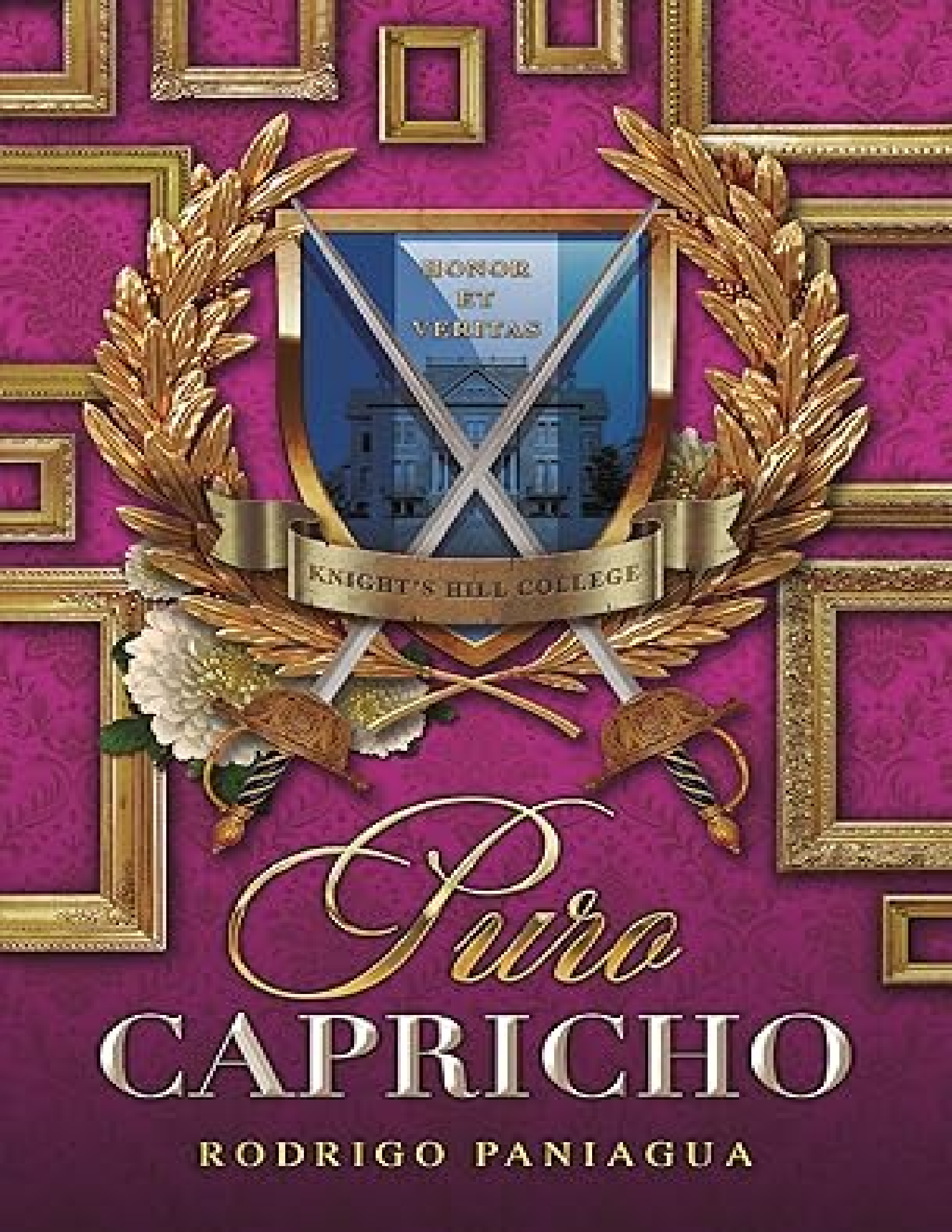
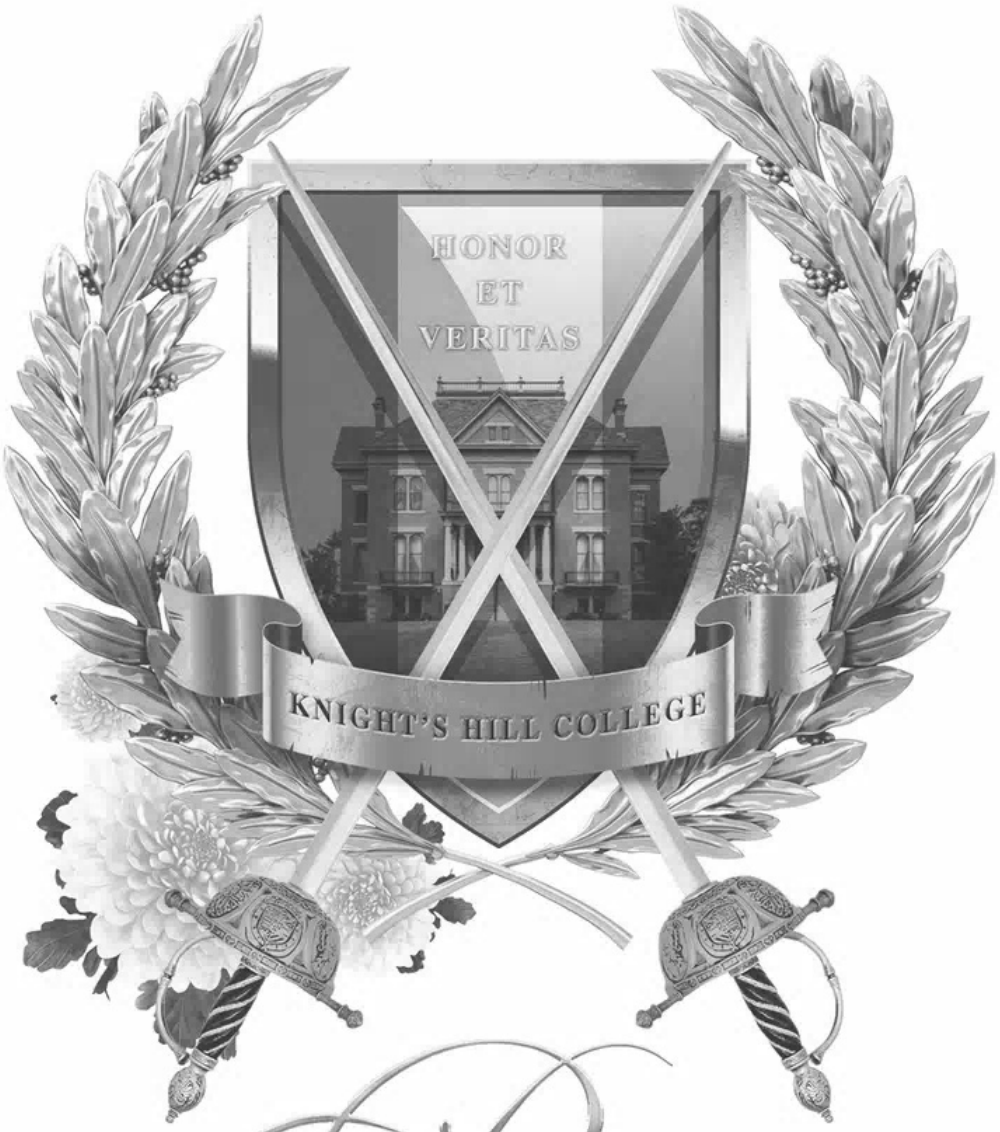


Pura CAPRICHO

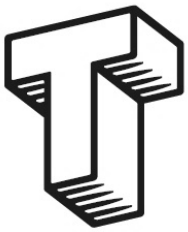
RODRIGO PANIAGUA

Puro CAPRICHO



Puro CAPRICHO

RODRIGO PANIAGUA



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: abril 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Rodrigo Paniagua
representado por Editabundo, S.L., Agencia Literaria.
All Rights Reserved
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87899-75-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

«They say all good boys go to Heaven,
but bad boys bring Heaven to you».

—Julia Michaels, *Heaven*

PARTE I



El chico nuevo



1

Guillermo del Prado

El viaje hasta la finca es bastante silencioso. Iván, el chófer de la familia, me ha recogido en el aeropuerto y ya llevamos una hora de trayecto. Él me conoce desde que nací, sabe cuándo no quiero hablar, y hoy prefiero ir en silencio, observando la maleza de los campos y la abundancia de alcornoques que tienen los bosques que recorremos. Estamos a punto de llegar; puedo sentirlo por cómo mi corazón se acelera.

Al oeste de Madrid, ya muy a las afueras, se encuentra el Palacio de Fonellosa, una finca de más de cien hectáreas con uno de los palacios más antiguos del país. En él se han alojado reyes, nobles, personas de alta cuna… y, desde hace más de cincuenta años, mi familia. Ser marqués de Fonellosa es algo así entre un privilegio y una maldición que ha ido pasando por generaciones. Ahora, esa maldición la tienen mis padres, los últimos en adquirir el título. Y, en un futuro, este pasará a mi hermana mayor, a no ser que decida rechazarlo y acabe en mis manos. Hubiese acabado realmente en las de mi hermano, el «chico perfecto» de la familia, de no ser por… bueno, da igual. Además, hoy en día, tener un título nobiliario sirve de poco; solo para engrandecer tu ego y poder mirar a los demás por encima del hombro. Yo prefiero permanecer en las sombras, ahí

todo es más divertido. O al menos, lo era.

Conforme Iván nos acerca a la entrada de la finca, ya puedo ver lo que me espera en los próximos años: un grupo de reporteros y fotógrafos en busca de carroña se aferran a los costados del Bentley negro. Observo sus caras, sedientas de respuestas, salivando por si les regalo una sola palabra con la que puedan trabajar: «Guillermo, ¿cómo ha ido tu estancia en Suiza?», «¿Era un internado o un centro de rehabilitación?», «¿Qué puedes decirnos sobre Roberto?», «Sentimos mucho lo acontecido, ¿podrías darnos más detalles sobre lo que ha pasado…?». Buitres. Vampiros. Sanguijuelas. Se alimentan de las desgracias ajenas, olvidan que eres una persona y te convierten en una máquina con la que pagar sus facturas. Normalmente les respondería con un escupitajo o un buen par de golpes, pero mi familia ya no puede permitirse más escándalos.

Las puertas de la valla se abren automáticamente y, durante el recorrido de cipreses hasta el palacio, tengo unos minutos para recuperar el aliento. Solo con oír el nombre de Roberto han regresado los recuerdos: una luz acercándose, mi voz rompiéndose en un grito, una corbata de satén manchada de sangre…

Siento una punzada en el pecho cada vez que vuelve a mi cabeza y me veo obligado a respirar profundamente, porque, por mucho que intente llorar, aún no lo he logrado desde el accidente.

Mi hermana, que me espera en la entrada del palacio, sale corriendo a abrazarme en cuanto me ve, y yo hago lo mismo. Me aferro a ella como si me fuese la vida en ello.

—¿Has vuelto más alto o es cosa mía? —me pregunta al separarnos, revolviéndome el pelo y secándose las lágrimas.

—Es cosa tuya —respondo—. No ha pasado ni una semana desde el entierr…

No logro acabar la frase. Sigo viendo surrealista que ya hablemos de la muerte de nuestro hermano como un acontecimiento más en nuestra apretada agenda.

—¿Qué tal si entramos? —propone Aria, aguantándose los sollozos y fingiendo que no me ha oído.

Entramos en silencio a la casa mientras Iván saca mis pertenencias del maletero del coche. El funeral de Roberto fue la

semana pasada, dos días después del accidente. Viajé con el cuerpo de mi hermano de vuelta a Madrid y, tras enterrarle en La Almudena, tuve que regresar al internado de Suiza para recoger mis cosas. No podré acabar allí el Bachillerato, puesto que me expulsaron por lo ocurrido.

De hecho, nos expulsaron a todos los que estuvimos allí.

Nadie de mi familia sabe lo que pasó realmente, ni siquiera Aria. Ella es la mejor hermana mayor que podría haber tenido; es atenta, madura y ha cuidado más de mí que mi propia madre. Ahora está preparándose las oposiciones a juez y fiscal y, si antes apenas la veía con el poco tiempo que paso en Madrid desde los nueve años, es como si ahora llevara siglos sin saber de ella. Mis padres me han mantenido bien ocupado todo este tiempo, llevándonos a mi mellizo, Roberto, y a mí a todos los internados de élite que han podido encontrar; como si pagar todo ese dineral por nuestra educación les aliviara la culpa por querer tenernos tan lejos desde tan temprana edad. Ahora estoy seguro de que el remordimiento asoma en sus conciencias y me muero por saber cuál es la decisión que van a tomar respecto a mí.

Caminamos hasta el otro lado de la finca. El palacio cuenta con más de veinte habitaciones, dos cocinas, siete baños y cuatro salones, pero sé exactamente dónde están mis padres.

Echaba de menos el palacio, aunque imagino que pasaré aquí el resto del verano hasta que mi madre sepa adónde me enviarán ahora…

Seguimos el hilo de música que suena al fondo del jardín trasero, donde está la piscina. Las vistas son increíbles, con las montañas de fondo y el coto de caza privado asomando a unos metros de nosotros. Junto a la piscina se encuentra mi padre, practicando esgrima al ritmo de Vivaldi. Mi madre, sentada sobre una hamaca blanca y tapada con una enorme pamela que le cubre el rostro rojo e hinchado por los lloros, revisa unas cuantas revistas del corazón, supongo que buscando si ya han hablado de Roberto en alguna de ellas.

—Madre.

En cuanto oye mi voz, se levanta automáticamente a abrazarme y

yo le devuelvo el abrazo, aunque no con la misma energía que he ofrecido en el de mi hermana. Mientras me mira de arriba abajo, puedo observar sus recientes reflejos oscuros en el pelo. Se los hizo para el funeral de Roberto, consciente de que vendría la prensa. Podría sorprenderme, pero, conociendo a Mercedes Alcázar, seguro que fue una estrategia con la que hacernos parecer una familia más unida. Al fin y al cabo, ella es la única de los cinco que no tiene el pelo negro y ondulado.

—¿Cómo ha ido el viaje, amor? —se atreve a preguntarme, retirándose la pamela. Si bien no me llevo muy bien con ella, ver su rostro aún afligido por los acontecimientos me destroza por dentro.

—¡Hijo! —me llama mi padre, levantando su florete—. ¿Te apetece un combate?

—Lo siento —respondo a mi madre, alejándome de ella—, me reclaman.

Agarro uno de los chalecos de seguridad negros que guarda mi padre para practicar y me bato en duelo con él. Llevo dando clases de esgrima desde que tengo memoria, y hasta entonces solo he asistido a internados que también la impartían como actividad extraescolar. A veces siento que es lo único que se me da bien: luchar.

—*En garde* —pronuncia mi padre.

Bosco del Prado no es un hombre que sepa expresar sus sentimientos. Él siempre parece optimista, en una burbuja ajena a este mundo. Es de los que prefiere pasar a la acción, por eso ni me molesto en preguntarle cómo lleva todo lo que está sucediendo. A su lado, es como si todo lo vivido esta última semana hubiese sido solo una pesadilla. No sé si actuaría igual si lo supiese todo…

El duelo de espadas comienza. Cómo echaba de menos el sonido de los aceros chocando. Los asaltos son breves, pero me llenan de una adrenalina que disfruto por completo. Además, siempre gano: conozco las debilidades de mi padre y sé qué movimientos va a hacer antes de que él mismo los lleve a cabo. Era más difícil cuando me batía con mi amigo Víctor en el internado de Suiza, o incluso con mi hermano Roberto. Con ellos no lograba anticiparme a sus movimientos para derrotarme.

Al igual que mi padre, mi hermana también es un libro abierto; sé qué decisión va a tomar antes de que lo haga ella. Y lo mismo sucede con mi madre. Quizá no sepa cuál va a ser su siguiente movimiento, pero no hay una sola vez en la que no reconozca la verdadera naturaleza de sus intenciones. Y hablando del diablo…

—Guillermo.

La voz de mi madre me desconcentra. Y es ahí cuando, durante el tercer asalto, mi padre clava la punta de su florete sobre mi pecho protegido. Dejo la mirada en blanco antes de girarme hacia ella.

—Sé que no quieres hablar ahora —me explica—, pero creo que es necesario.

—Mercedes —contesta mi padre, remangándose como si nada—, no atosigues al pobre chico. Está cansado y…

—Bosco, ahora no.

—Mamá, acaba de llegar —me defiende esta vez Aria, sentada en otra de las hamacas. Esta vuelve a girarse hacia mí, suplicándome con la mirada.

Yo suspiro, me quito el chaleco y le devuelvo el florete a mi padre.

—De acuerdo, adelante.

Comprendo que haya temas que debamos hablar, y más aún siendo una familia de apellido reconocido, pero Roberto ha sido un tema tabú hasta el momento. Mi madre trató de interrogarme en cuanto regresé a Madrid para el entierro, y me dolió obligarme a evadir sus preguntas. No tenía otra opción: los responsables de cubrir lo ocurrido ante los medios me matarían si yo abriera la boca en cualquier momento… Por eso, ante la insistencia de mi familia por saber la verdad, no me quedó otra que inventármela: Roberto se emborrachó en una fiesta y sufrió un accidente. Fin.

Entramos de nuevo al palacio y cruzamos por los miles de retratos de antepasados que decoran los pasillos hasta llegar al salón del ala oeste. Huele a lirios y naftalina, y hay un sofá de cuero mirando a la chimenea, donde dos espadas de coleccionista en perfecto estado adornan la parte superior en forma de equis. Roberto y yo estuvimos años pidiéndole a nuestro padre que nos dejase usarlas para practicar esgrima, pero nunca cedió.

Mi madre se sienta en el sofá, pero yo opto por acercarme al

minibar y servirme una copa de *whisky*. En el último internado donde he estado solo podía beber cerveza, nadie lograba colar bebidas más sofisticadas en la residencia sin que le pillaran.

—Amor, ¿te parece adecuado hacer eso? —cuestiona mi madre, mirando directamente la botella de cristal que tengo en mi mano. Yo hago oídos sordos y me termino de preparar la copa.

—Cada uno gestiona su luto como quiere.

—Ya, ¿pero alcoholizándote? ¿No has aprendido nada de tu hermano?

Buen punto. Una pequeña grieta en la narrativa que he construido; no pasa nada. Me siento a su lado en el sofá, lo más pegado posible al extremo. Mi madre suspira, puedo contemplar la paciencia en su rostro. Vivaldi sigue sonando desde el jardín.

—Acabas de regresar de Suiza, querido.

—Buena observación.

—Guillermo…

—¿No vas a aceptar un cumplido?

Otro suspiro.

—Cada vez que te expulsaban de un internado por meterte en líos —continúa mi madre—, tu padre y yo teníamos que buscar un nuevo centro al que meteros a ti y a Roberto. Quizá, si os hubiésemos llevado a colegios distintos… —comenta con la voz entrecortada—. A lo mejor, nos hubiésemos ahorrado todo esto.

Me quedo sin palabras.

—No sé qué esperas que responda.

—¿Por qué lo hiciste, Guillermo? —reclama—. ¿Por qué os juntasteis con esa gente…?

—¿«Esa gente»? —me río—. Todos éramos alumnos del mismo internado, te recuerdo. Y «esa gente» te caía genial en cuanto supiste de quiénes eran hijos…

—¡Suficiente!

Me callo. Podré meterme en muchos líos, pero también sé cuándo dejar de hablar.

Contemplo a mi madre llorar de nuevo; debe de ser horrible perder al «hijo bueno». Se lleva los dedos al puente de la nariz mientras continúa sollozando; yo permanezco ahí, inmóvil. Vuelvo a

sentir la punzada en el pecho, pero nada más.

—No sé qué vamos a hacer contigo…

—Vale —respondo—. Entonces, ¿cuál toca ahora? ¿Aspen? ¿Vermont? ¿Corea del Norte?

—No te vamos a enviar a más internados.

—¿Y eso por qué, madre? —Bebo un trago—. ¿Porque me echas de menos o porque no quieres que la prensa te vea deshaciéndote de tu otro hijo?

La mirada que me echa a continuación es letal. Me sorprende que no me haya cruzado la cara con un bofetón; claramente me lo merezco. Pero no recibo mucho más de ella, por lo que deduzco que también comprende mis mecanismos de defensa.

—Eso ha estado fuera de lugar, Guillermo —contesta finalmente, secándose una lágrima con suma delicadeza mientras levanta la barbilla—. Incluso para ti.

—En ese caso, me retracto. No quiero ver manchada mi marca personal.

Mi madre toma aire, regresando a su elegante postura de marquesa sobre el sofá.

—Comprendo que son tiempos difíciles para todos. Por eso te estoy permitiendo hablarme así. Pero, regresando al tema principal, no, no volverás a más internados.

Esta vez parece hablar en serio. Frunzo el ceño, olisqueando mi copa por encima.

—¿Quieres que estudie desde casa?

—No. Te he matriculado en el colegio más prestigioso de Madrid. Además, es internacional, por lo que no dista mucho de los internados en los que has estado…

Me encojo de hombros. No sabría corroborar si tiene razón; en los internados me ceñía a practicar actividades que distaban del ámbito educativo.

—Pero en este —continúa, levantándose del sofá—, más te vale no fastidiarla.

Mi madre abre el cajón de una cómoda cercana a la puerta y me entrega un panfleto. Sí que parece una escuela pija de cojones: un trío de alumnos de diferentes etnias aparece sonriente en la portada,

con un elegante edificio de estilo victoriano detrás.

—Knight's Hill College —leo en voz alta—. ¿Otro colegio británico?

—Así es, querido —contesta mi madre, cruzando los tobillos al sentarse de nuevo—. Forma parte de la misma red de escuelas a las que habéis estado asistiendo a nivel internacional, por lo que no te será del todo desconocido. Pero, esta vez, se encuentra en la ciudad. Aunque está a más de una hora de aquí, por lo que vamos a alquilarte un piso en Madrid para que estés más cerca.

—Eso no será necesario —contesto, levantándome del sofá—. No pienso ir.

—Tienes dieciséis años, Guillermo; casi diecisiete. Y vas a terminar allí el Bachillerato.

—¿Por qué no me buscáis otro internado? —reclamo—. Algún sitio lejos de la estúpida prensa sensacionalista de este país, donde no me conozcan.

—Eres de la nobleza española, querido —sentencia ella—. Eres Guillermo del Prado. Allá a donde te llevemos, las personas con las que te codees sabrán quién eres.

—Pues llevadme a algún sitio público.

Mi madre suelta una carcajada sonora. Debe de ser la primera vez que ríe desde que he vuelto de Suiza. Me vuelvo a sentar, derrotado; ya no me queda casi energía.

—Ahora mismo no quiero discutir esto.

—Verás —mi madre apoya su mano sobre mi rodilla—, es que no es un tema que debatir. Irás a Knight's Hill, terminarás el Bachillerato con buena nota y asistirás a una universidad de renombre. No te voy a llevar a ningún otro centro fuera de la ciudad donde acabes cometiendo fechorías dignas de un niño de diez años…

—Madre, para.

Veo que mi madre va a empezar a llorar de nuevo, esta vez en serio. Y no tengo la fuerza necesaria como para aguantar más dolor ajeno en lo que llevo de semana. Ha sido un viaje largo, un regreso crudo y una sentencia en forma de conversación. Suficiente por hoy.

—Estamos a 5 de julio, tienes tiempo para descansar y recomponerte hasta el inicio del curso… —me anima mi madre—. Y no empezarás de cero. Unos amigos de la familia tienen un hijo que

va a Knight's Hill y les he pedido que os conozcáis antes. Al menos, esta familia sí es de fiar…

Me remango la camisa azul de Loro Piana que he llevado todo el día puesta y me dejo caer sobre el respaldo del sofá. Mi madre se acerca y acaricia mi mejilla.

—Solo va a ser un año de tu vida, amor. Al principio será duro sin Roberto, pero estoy segura de que allí harás amigos de muy buen nivel.

Eso es lo que me preocupa. En los últimos siete años, he residido en cinco países, me han expulsado de cuatro internados y he vivido miles de historias y aventuras de la mano de mi hermano mellizo. Pero ahora que él ya no está, soy yo solo contra el mundo, contra un mundo lleno de vanidad, ambición desmesurada, relaciones peligrosas e intenciones ocultas; un mundo donde tienes un precio de salida y cada persona con la que te juntes puede hacer que suba o baje. Un mundo que, de saber la verdad sobre lo que pasó con Roberto, podría acabar destruyendo a mi familia.



2

Gala Ruiz-Johnson

Un mes después…

El aire de Mallorca me deja el pelo encrespado. Por eso, nada más llegar al muelle de Porto Cristo, me hago una coleta alta y me pongo una visera. El mozo del yate de mis amigos me acompaña hasta ellos desde la entrada del puerto. Solo llevo un bolso de rafia de Loewe, pero él se ofrece a cargar con él durante el camino y yo acepto encantada.

Estamos a finales de agosto y hace bastante viento; menos mal que me he puesto unos pantalones blancos en lugar del faldón de lino que tenía pensado. Tengo la manía de ir siempre con vestidos o faldas porque, desde pequeña, mi padre me ha dicho que «la feminidad es un don capaz de mover mareas». Nunca he llegado a comprender del todo esa frase, aunque siempre la he relacionado con las sirenas y esa forma de atraer marineros con el simple dulzor de su voz. Me encantaría tener un poder así, aunque no se puede comparar la voz de un ser mitológico con, no sé…, un top negro de Chanel.

La primera en venir a saludarme cuando me subo al yate es Jimena. Si ya de por sí tiene la piel bastante oscura, fruto de la

genética afrocubana de su madre, el sol de este verano le ha dejado un bronceado precioso. Su pelo está mucho más rizado de lo normal, y a ella le queda perfecto; una mezcla entre *sexy* y *casual*. Huele a crema de coco y bronceador. Cómo la echaba de menos.

—¡Gala, princesita! —me grita—. ¡Todo el verano sin vernos, somos lo peor!

—Esto no puede volver a pasar —gimoteo—. Con ninguno de vosotros.

Para ser honestos, mis amigos se han pasado la mayor parte del verano en un internado de Irlanda, así que no es que hayamos tenido mucho tiempo para quedar. Mi padre me propuso que fuese con ellos y que viviese la «experiencia irlandesa», pero me apetecía más pasar un poco de tiempo sola estos meses. Aunque tampoco es que los haya pasado sin compañía…

—No te has perdido nada interesante —recalca Dafne, bajando las escaleras de estribor. Lleva un vestido vaquero que tenía fichado en el catálogo de Abercrombie—. Hubiésemos aprendido más en un circo ambulante —confiesa mientras me da un fuerte abrazo—. Me encantan las sandalias.

—¡Gracias, Daf! Hermès, nueva temporada. Me encanta el vestido.

—Te lo presto cuando quieras. Has visto la subida en la Bolsa de este mes, ¿verdad? ¿Quién es el idiota que dijo que agosto es una pesadilla bursátil?

Dafne y su maldita manía de meterse en los negocios de nuestros padres. Ambos trabajan para el grupo JGHR, un imperio del sector de lujo (liderado por el abuelo de Daf). Su padre dirige una empresa de vino *gourmet* y el mío, una casa de moda femenina centrada en la elegancia clásica. Les va bien, soy bastante consciente de ello, porque mi padre tiene la misma manía que mi amiga de ponerme al día constantemente con el estado de las empresas, pero hoy estoy de vacaciones. Y, aunque a veces siento que mi padre me ha transformado en lo que quiere que el cliente vea cuando piensa en su marca, ahora no quiero pensar en ello. Solo quiero descansar.

—Daf, ¿qué hemos dicho de hablar de negocios en verano? —Su respuesta se ciñe a dejar los ojos en blanco. Hace tanto ese gesto que no sé cómo no los tiene así siempre—. Tenemos dieciséis años,

¿qué tal si tratamos de no ser adultos un poquito más?

Me bato a un duelo de miradas con ella hasta que decide sonreír de nuevo.

—Por supuesto —contesta con una frialdad que, de no estar ya acostumbrada a ella, me habría congelado por completo.

Mi amiga alza la mano y, en menos de diez segundos, un camarero aparece frente a ella.

—¿Sí, señorita Laurent?

—Hace el tiempo perfecto para un Martini Prosecco, ¿no crees?

El camarero parece dudar.

—Emm… Señorita Laurent, sus padres dijeron que nada de alco…

—¿Papá? —exclama Dafne, echando un vistazo a nuestro alrededor—. ¿Mamá? ¿Algún adulto presente?

Tras unos segundos sin respuesta de nadie, mi amiga inclina levemente la cabeza y juguetea con su sedosa melena negra, sonriendo al camarero.

—Veo que es nuestro día de suerte.

El camarero asiente avergonzado y luego se marcha.

—Marchando un Martini Prosecco, señorita.

—¡Que sean tres! Gracias, Alonso.

—¡El mío, sin alcohol! —añado.

—¡Santa Gala al rescate! —bromea Jimena, haciendo reír a Dafne. Yo solo golpeo su hombro, más que acostumbrada a que me llamen así.

Las chicas y yo nos marchamos a la popa del yate, donde se encuentra una mesa de caoba. Dafne nos asigna los sitios. Ellas tampoco suelen beber alcohol cuando nos vemos, así que deduzco que o bien ha pedido los Martini porque estamos de celebración o simplemente quería demostrar, una vez más, su habilidad para la convicción.

—¿No estáis emocionadas? —exclama Jimena, recibiendo la copa de Prosecco que le ofrece Alonso—. Este año terminamos el Bachillerato. ¡Y en nada, la universidad! ¿Tenéis pensado a dónde queréis ir ya?

—Dafne tiene hecho hasta un Excel —me río mientras pruebo mi copa.

—Desde los once años —brinda mi amiga—. Pero no adelantemos acontecimientos.

—Bueno, pues yo he estado mirando y creo que voy a probar suerte en el Royal College of Art —comenta Jimena, un tanto nerviosa—. Tienen un buen programa de Moda y mi familia tiene una casa en Kensington. ¿Cómo lo veis?

—Cielo, una no «prueba suerte» en lo que quiere —recalca Dafne, cruzándose de piernas—. Una define su objetivo y va a por ello sin pensárselo.

—Serías una sicaria excelente, Daf.

—¿Y tú qué, Gala? —pregunta Jimena entre risas. Sé que en un futuro me pedirá hacer prácticas en la empresa de mi padre, pero aún necesita reunir el valor para hacerlo. Dafne me lo habría pedido nada más conocernos, hará ya trece años—. ¿Te vienes conmigo a Londres? —me propone—. No me quiero separar de mi rubia favorita…

—¿Cómo que «tu rubia favorita»?

La voz de Tristán me pilla por sorpresa. Me giro y ahí está, entrando desde la cocina del yate, con su camisa blanca de Brooks Brothers entreabierta y el pelo más claro de lo normal; será por el sol.

Se sienta junto a Jimena.

—«Rubia», en femenino —se defiende ella—. Aunque vas a tener que currártelo más si quieres el puesto de «rubio favorito».

—Ah, ¿así que invitarte a mi yate todo el día no es suficiente? Con que esas tenemos…

—«Nuestro» yate —le corrige Dafne, poniéndose las gafas de sol.

—¿Me recuerdas qué nombre aparece en la popa, primita?

—El nombre de nuestro abuelo. *Primito*.

El barco se llama Mar de Tristán, pero, como ha dicho Daf, ni siquiera es en honor a él. El nombre completo de mi amigo es Tristán III de Aguilera Villarreal, y el yate fue bautizado por su verdadero dueño, Tristán I; el abuelo de Tris y Dafne, y actual director ejecutivo del grupo JGHR. Ambos son primos, procedentes de un linaje noble y muy antiguo del país: la baronía de Zambrana. Los De Aguilera cuentan con cientos de viñedos, empresas, títulos

nobiliarios y un patrimonio realmente envidiable. Además, por lo que me ha contado mi padre, tengo la teoría de que el abuelo Tristán no piensa jubilarse hasta que al menos uno sus nietos ocupe un puesto importante en la empresa.

Tienen la vida básicamente hecha.

—Vosotros compartiréis siete letras —continúa Dafne, cruzándose de brazos—, pero el talento para los negocios lo heredé yo, así que cíñete a las fiestas y el postureo.

—Ayy, ¡eso ha escocido! —reprocha Tris, pasando el brazo por los hombros de Jimena. Puedo ver cómo mi amiga se sonroja—. ¿Tanto odio porque te gané esa última partida de ajedrez en Irlanda?

—Sabes que hiciste trampas. —Dafne le lanza una servilleta con desgana y todos nos reímos.

Tristán se gira hacia mí y me saluda con la cabeza.

—¿Cómo vas, Gala?

—Feliz cumpleaños, cielo. Te veo bien.

—Xavier me ha dado caña este verano —comenta, acreditando a su entrenador personal mientras le da un par de golpes a su abdomen definido.

Hablando de cuerpos definidos. El último miembro del grupo decide aparecer al fin: Felipe sube por la escalera de popa y va directo a la toalla que hay a mi lado. A pesar de ser solamente mi amigo, soy bastante consciente de lo bueno que está y más cuando se echa su mojada melena castaña hacia atrás y muestra esa trabajada espalda de tenista. No me extraña que todas las chicas del colegio estén coladas por él…

Una pena que yo conozca el poco interés que tiene mi amigo por el sexo opuesto.

—¿Pero cuándo has llegado? —pregunta, abrazándome con energía.

—¿No podías haber esperado a que saliéramos del muelle, tío? —le dice Tristán, robándole la copa de Prosecco a Jimena—. Zarpamos en nada; el mozo está acabando ya de limpiar la proa.

—En dos semanas comienzan las clases, *bro* —replica él—. Pienso aprovechar cada segundo de lo que queda para nadar en el mar. ¡Por cierto! —Vuelve a girarse hacia mí—. El otro día vi a Jaimito en

el club.

Todos comienzan a canturrear a mi alrededor, y yo cierro los ojos hasta que paran. Ah, Jaime Gleason… El chico más perfecto que ha pisado el Knight's Hill College. Ojos verdes, hoyuelos diminutos, un fideicomiso de escándalo, un *château* en Francia… El sueño de toda chica.

—Me pilló practicando para el campeonato de tenis —explica Felipe—. Hablé un poco con él y me mandó saludos para todos vosotros, pero el primer nombre que pronunció fue el tuyo, Gala.

Eso me hace ruborizarme. Jaime es bastante popular en el colegio y, aunque nosotros también, siempre pensé que se acabaría fijando en alguien con más magnetismo, como Dafne, o más extrovertido, como Jimena. No es que yo me considere poco valiosa, ni mucho menos; pero mi breve experiencia me ha demostrado que atraigo a chicos que no me convienen. Así que la posibilidad de tener un futuro con un miembro de la familia Gleason es algo excitante. Al contrario que mis amigos, yo no busco ser CEO, ni diseñadora, ni deportista de élite. Yo quiero estudiar Bellas Artes y dedicarme a los actos benéficos, a las causas sociales. Pero, para ello, necesito casarme con alguien de provecho: un hombre que no solo pueda mantenerme, sino que sepa darme el nivel de vida al que ya estoy hecha. Es lo que quiero desde pequeña y no hay nada de malo en querer un príncipe azul, ¿no? Así que, si Jaime Gleason es ese hombre, no voy a impedir que el destino haga su trabajo.

Ni tampoco que mis errores de este verano supongan un problema para ello…

—Yo me lo encontré en Sotogrande a principios de verano —menciona Dafne—, antes de irnos al internado. No te comenté nada porque fue una conversación muy banal, pero vi que se está dejando el pelo largo.

—¡De locos! —comenta Tris, girándose hacia mí—. Así tendrás de dónde agarrar cuando os estéis comiendo la boca este curso.

Ahora soy yo quien le lanza la servilleta.

—Bueno, bueno… Os recuerdo que ahora ya solo nos quedan unos meses para prepararnos la selectividad —respondo—. Mi tiempo para dramas amorosos va a ser casi inexistente.

Todos me abuchean.

—¡Santa Gala al rescate! —bromea Felipe.

—¡Vive un poco, querida! —me riñe Dafne—. No siempre tienes que ser tan buenecita.

Me río para mis adentros. Por supuesto que tendría una cita con Jaime, eso entraría en el top de prioridades que ocuparían mi agenda. Pero aún trato de superar lo que he pasado este verano, y es más duro todavía, teniendo en cuenta que no me puedo permitir contárselo a nadie…

—¡Qué peñazo, la puta selectividad! —protesta Tris, levantándose un rato—. Mi padre no para de darme la tabarra con sacar buenas notas, como si no fuese todo lo que hago, joder. Solo para que acabe entrando en la empresa familiar y me tengan bajo su yugo…

Mientras Tristán comienza a quejarse, puedo ver el rostro de Dafne tratando de mantener la compostura. Es una verdad no escrita que mi amiga lleva toda la vida luchando por conseguir hacerse con el imperio de su abuelo. Y si bien su primo es aplicado, trabajador y buen estudiante, nunca ha sido tan ambicioso. Sé de primera mano que nadie presiona en casa a Dafne para que sea la mejor. Ya dan por hecho que Tristán es el futuro de la familia, no ella.

—Pues yo no pienso dejar que la selectividad me hunda —se anima Jimena, recuperando su copa de la mano de Tristán y alzándola—. ¡Pienso disfrutar cada momento del curso como hicimos el año pasado!

—Vale, Gabriella Montez —murmura Dafne—. Creo que es buen momento para dar paso a la celebración.

Con un par de palmadas, un trío de camareros aparece desde la cocina y dejan sobre la mesa del yate una enorme tarta blanca de vainilla. Felipe va a coger un poco con el dedo, pero Dafne le detiene con un golpe en seco.

—¿Deberíamos cantarte el «Cumpleaños feliz»? —pregunto.

—Mi cumple no es hasta mañana, ahorrémonos el ridículo —se ríe Tris mientras un camarero le ofrece abrir una botella de Möet & Chandon—. Pero mientras tanto, ¡a celebrar!

El tapón del champán estalla y la botella derrama su espuma

sobre todos nosotros. Los camareros ponen música en el estéreo y el capitán nos saca del muelle al ritmo de Azealia Banks.

Mezclar vino con champán nunca es buena elección. A la media hora de salir del puerto, todo son risas, fotos, bailes y el inmensurable esfuerzo de no caerse por la borda. Dafne y yo bailamos acompañadas por Felipe, mientras que Tristán y Jimena se restriegan al otro lado del yate. Rauw Alejandro suena de fondo.

Me pregunto cuánto tiempo tardará Tris en recordar que ya tiene una novia.

Aunque tampoco soy quién para hablar de malas conductas…

—¿Qué tal tu verano, Galita? —me pregunta justo Felipe, dándome una vuelta en la pista de popa.

—Pues acompañé a mi padre a Milán para preparar el desfile como cada año, pero no hice nada fuera de lo común —miento.

—¿Van a optar al final por el burdeos como color base para la colección masculina? —añade Dafne—. Mi padre me comentó algo de ello.

Efectivamente, esta Fashion Week es especial. Mi padre ha ampliado la empresa y, a partir de este año, su marca contará con línea masculina.

—Creo que sí —contesto—. Para ambas colecciones. Tienen un par de diseños muy similares a unos de Prada de 2009 y ha habido algún que otro problema con el sitio donde se hará; pero, por lo demás, todo solucionado —suspiro aliviada—. Hasta me dio tiempo a pasarme por el Palazzo Reale antes de coger el vuelo de vuelta. Fue mágico.

—¡Mola! —comenta Felipe—. ¿Fuiste sola?

Miento de nuevo y digo que sí.

—Me encanta —se ríe mi amiga—, es como si no hubieses ido ya unas cincuenta veces.

—La magia nunca caduca, Daf —respondo, deslizándome por la pista del yate.

—A eso lo llamo yo *la dolce vita*.

No podría estar más de acuerdo. Hay pocas cosas que me apasionen tanto como el arte. El arte de todo tipo: al óleo, en escultura, sobre una partitura, bajo el tul de una falda o retratado a

lo largo de un edificio… A través del arte es como llegamos a ser humanos. A través del arte, vemos y somos vistos. Cada detalle de una obra llega a simbolizar algo sin que nos demos cuenta siquiera. Podría pasarme horas hablando de él.

—¿Sabemos ya qué profesores vamos a tener este año? —pregunta Felipe, cambiando completamente de tema.

—Algunos son nuevos, pero la mayoría ya los hemos tenido —nos informa Dafne, que parece ir siempre un paso por delante del resto —. Volvemos a tener al profesor Morales en Historia; ya lo tuvimos en cuarto. Un cóctel con arsénico sería menos insufrible.

—Seguro que ahora nos tomará más en serio, ya no estamos en la ESO.

—La edad no importa, Gala. Un mono alopécico como Morales solo busca la humillación de sus alumnos, no su crecimiento intelectual ni su mejora académica.

—Yo voy a pasar de agobiarme —menciona Felipe—. Pienso ganar la copa del campeonato y la pondré en el currículum. Fijo que me dan una beca para estudiar en alguna *uni* de la Ivy League.

—Para optar a beca en la Ivy League necesitas más actividades extraescolares de las que tienes —le desilusiona Dafne—, y antes de presumir de copa, ¿no tendrías primero que derrotar a Álvar…?

—¡No menciones su nombre!

Nadie lo menciona nunca. Hay un chico de otro colegio al que Felipe odia con todas sus fuerzas y que gana todos los años el campeonato de tenis del club de campo, nunca falla. Por mucho que Felipe practique, nunca supera el segundo puesto. Este agarra la botella de Möet y le da un trago a lo poco que queda dentro. Dafne se marcha a retocarse el pelo en el momento perfecto.

Su primo y Jimena siguen bailando, cada vez más y más pegados.

—¿Deberíamos lanzarles un condón? —murmura Felipe.

—No seas cerdo. No están haciendo nada.

En realidad, sí. Que no se estén liando no excluye la enorme carga sexual que hay en el ambiente. Si yo fuese la novia de Tris y viese esta escenita, estaría echando humo. Jimena apoya la cabeza sobre su hombro, pero este lo retira al poco rato, en cuanto su móvil comienza a sonar. Nada más cogerlo y sin dar aviso previo, Tristán

desaparece por un lado del yate, dejando a Jimena sola en la pista. Ella nos sonríe a Felipe y a mí.

—Ahora volverá. Será Claudia.

El hecho de que ella misma sea consciente de que el chico que le gusta tiene novia es incluso más triste. Cada vez que pasan tiempo juntos, puedo ver cómo mi amiga se sumerge más y más en un cuento de hadas muy poco realista. Y, claro, a Tristán le gusta gustar; es evidente. ¿Por qué iba, si no, a seguir tratando de esa forma a una chica que claramente sufre en silencio por él? Por muy amigo mío que sea, Tris no es un chico apropiado para nadie. De cara a los padres y profesores sí, por supuesto: buenas notas, educación, carisma, caballerosidad… Pero cuando está con nosotros… (¡y más cuando está con los otros chicos de clase!), no hay quien le pare. Solo le gusta divertirse y liarla.

Jimena se marcha un momento a la cocina. Felipe apoya su cabeza en mi hombro.

—No soy el más indicado para hablar de «amoríos» —admite—, pero esto es muy triste.

—Ya… —suspiro—. Debe de ser muy duro para Jimena.

—Quizá deberíamos hacerle una intervención —me propone—. Para que pase página.

—Estoy totalmente de acuerdo —secunda Dafne, dándonos un susto de muerte.

Por un momento, noto cómo mi corazón se detiene mientras la veo bajar las escaleras. Al menos hasta que se vuelve a sentar a nuestro lado.

—Habláis de Jimena, ¿no? Del Royal College of Art. —Dafne se aparta el pelo con un manotazo—. Todo el mundo sabe que Parsons es una escuela mejor para estudiar moda.

Felipe y yo nos miramos a la vez, suspirando. Tenemos la certeza de que Dafne anda un poco ciega respecto a lo que su primo y Jimena se traen entre manos. O, al menos, pretende no darse cuenta. Pero es tan evidente. Ese constante tonteo inocente, esa química innegable…

Sin embargo, preferimos que siga así. Cuando algo se interpone en los planes de Dafne Laurent, es mejor que te pille alejado.

Tristán regresa unos minutos después, colgando la llamada que tenía.

—¿Qué tal Claudia? —le pregunta Felipe.

Jimena aparece de nuevo por la cocina, fingiendo aún que no le afecta que hablen de la otra chica.

—*Nah*, era mi madre —responde Tris—. Quiere presentarme a un chaval que llega nuevo este año a clase. Ya os contaré qué tal, pero, hablando de Claudia…

En cuanto Tris se sube al sofá del yate con una botella nueva de champán en la mano, ya me hago a la idea de lo que está a punto de decir.

—No… —murmura su amigo, emocionado—. ¡No te puto creo!

Tristán asiente orgulloso. Dafne deja la mirada en blanco mientras Jimena agacha la cabeza.

—¡Que hemos follado, chavales! ¡El menda se ha hecho un hombre!

El tapón de la botella vuelve a estallar. Felipe corre a abrazar a su amigo mientras comienza a sonar Quevedo. Yo miro discretamente a Jimena y le pregunto gesticulando si está bien. Ella asiente con dulzura, aunque sé que miente. Todos acabamos mintiendo.

Sinceramente, bastante estaban tardando. Tristán y Claudia llevan saliendo ya casi un curso entero. Tris no lo ha tenido fácil; sé de primera mano lo pesado que estaba con el tema.

—Enhorabuena, primo —aplaude Dafne, algo incómoda, echándose una última copa de champán—. Un dato un tanto perturbador para mí, pero te felicito.

—Gracias, primita. ¡A beber todo el mundo!

Brindamos de nuevo.

—¿Y cómo fue? —pregunta Felipe—. ¿La pusiste a cuatro o…?

—¿Qué tal si nos ahorramos los detalles? —sugiero, apretando el brazo de mi amiga para que tenga bien claro que estoy aquí con ella.

Los chicos se ríen.

—¡Santa Gala al rescate! —exclaman a la vez.

Yo les lanzo un besito al aire. Si supieran lo que he hecho este verano, cuando todos ellos andaban por Irlanda, ya no me verían

como una santa.

La fiesta continúa hasta las ocho de la tarde. Después, hacemos las maletas y volamos de regreso a Madrid. Hay que prepararse para el curso que viene.

Algo me dice que este último curso va a ser muy, pero que muy, distinto.



3

Guillermo del Prado

Unas semanas después…

Mi madre insistió en alquilarme una casa en Madrid y mi única condición fue que no estuviera en la misma zona donde se encontraba mi nuevo colegio. Paso de encontrarme con mis compañeros de clase fuera de horario escolar, ya es lo que me faltaba.

Así que, tras mucho investigar, acabamos descubriendo que la mayoría de los alumnos de Knight's Hill residían, o bien en La Moraleja, junto al colegio, o bien en El Viso y el distrito de Salamanca. Por eso, mi hermana acabó ofreciéndose a compartir su piso conmigo, y yo, teniendo en mente que no iba a pasar mucho tiempo en esa casa, acepté encantado.

Se trata de una azotea en el barrio de los Jerónimos, lo suficientemente lejos de todos esos vecindarios. Es un piso sencillo, claramente remodelado, teniendo en cuenta el estilo de los años 20 del vestíbulo del edificio. Nada más entrar, el olor a limpio y a pintura acrílica se apodera de mis fosas nasales. Deduzco que este último se debe al enorme cuadro abstracto que decora el recibidor del piso.

—¿Te gusta? —pregunta mi hermana—. Es de un artista emergente. Se supone que cada persona ve algo a través de todas esas manchas, líneas y colores. Me pareció un concepto interesante.

Intento buscar qué veo yo en el cuadro, pero ahí no hay nada para mí. Me encojo de hombros y pregunto a mi hermana por mi habitación. Ella me acompaña hasta uno de los cuartos del final de la estancia.

—¿Sabes cuándo vendrán los de la mudanza?

—No va a haber mudanza —contesto, sentándome sobre mi nuevo colchón—. Solo un poco de ropa que traerá Iván esta tarde y puede que me traiga mis pesas.

—¿Poniéndote fuerte para las chicas del Knight's Hill?

Aria sonríe con cierta picardía, pero yo no le sigo el juego; sigo bastante cansado por todo. Aun así, agradezco que mi hermana intente volver a la normalidad después de todo este verano de luto. Julio y agosto han consistido en mi padre tratando de animarme con partidos de esgrima y en mi madre llorando y confundiendo mi nombre con el de Roberto. Aria ha mantenido bien el tipo, tanto como yo. Solo que sé que ella aprovechaba sus momentos de soledad para llorarlo todo. Yo no.

Me salgo a la terraza del piso y contemplo las vistas en primera fila al Real Jardín Botánico. Está increíble en esta época del año; parece sacado de un cuadro de Monet. Cierro las cortinas de la terraza y me enciendo un cigarrillo por fuera. No quiero que mi hermana me eche la bronca.

Las palabras de mi madre no se escapan de mi cabeza: «Más te vale no fastidiarla». Es como si quisiera vetarme de hacer lo único en lo que destaco. Estoy harto de sentirme culpable por lo que pasó. Fue ella quien nos estuvo enviando desde pequeños a internados fuera del país, así que no quiero seguir responsabilizándome de las decisiones que ha tomado una persona que sufrió lo mismo que yo.

El sonido de una campana me devuelve a la realidad. Viene de mi bolsillo. Me saco el móvil con el pulso acelerado, consciente de lo que significa ese tono: el CDC sigue en marcha.

Leo el mensaje que ha llegado a través de la aplicación que diseñó mi amiga Luna tras la muerte de Roberto. Es, irónicamente, un

mensaje de ella:

¿Sigues vivo, marquesito?

Suelto una risotada involuntaria. Un uso de palabras bastante desafortunado, dada la situación. Pero, aun así, suspiro de alivio. Me esperaba algo peor; un mensaje completamente distinto, uno que me dejase con la piel de gallina. Pero solo es el de una amiga preocupándose por mí.

Voy a contestar en cuanto las cortinas del salón se abren de golpe. Casi me trago el cigarrillo del susto, pero, por suerte, no es mi hermana la que ha abierto.

—¡Te he pillado, *bro*!

Un chico de más o menos mi estatura, rubio, de ojos azules y con un reloj de Cartier adornando su muñeca me ofrece la mano. Debe de ser el alumno del Knight's Hill del que me habló mi madre. No he debido de oír el timbre de la puerta.

—Soy Tris.

—Guille. No le cuentes esto a mi hermana —le pido mientras lanzo el cigarrillo por la terraza.

—Tranqui, tío. Es el olor a tabaco el que te delatará.

—Nada que unas gotas de Tom Ford no puedan disimular.

—Bueno, en ese caso…

El tal Tris se hace con la caja de cigarrillos que tan descuidadamente he dejado sobre la mesa de la terraza. Se enciende un piti con el mechero que guardo dentro y le da una calada, sin miedo a que nadie le diga nada por ello. Me gusta este chico.

—Así que llegas nuevo al Knight's Hill —farfulla, dando otra calada —. ¿Nervioso?

—¿Algún motivo para estarlo?

—No si te juntas con la gente adecuada.

—¿Y esa gente eres tú?

Tris se ríe. Luego, niega con la cabeza.

—No tiene por qué.

Recibo otro mensaje en el móvil. De nuevo, con el sonido de la

campana.

—Pero, por lo que me han contado —continúa hablando—, tú y yo no somos tan distintos. Un pajarito me ha dicho que te has metido en algún que otro lío, y ahora quieren que te vuelvas un buen chico. A mí también me gusta divertirme de vez en cuando y no creo que sea nada malo.

Campana.

—A veces no lo es.

—*Nop*. —Se encoge de hombros, dando otra calada—. Pero hay que saber cuándo jugar y cuándo ser el chico bueno que todos esperan que seas.

—Eso no es algo que se me dé muy bien —escupo— y, sinceramente, creo que ya es muy tarde para siquiera intentarlo. Que los jodan a todos.

Tris se me queda mirando y me ofrece su cigarrillo. Le doy una larga calada y disfruto del humo mientras él sigue hablando.

—Me han contado lo que te ha pasado.

«No, no lo han hecho», me apetece contestar. «Mi madre lo habrá intentado. La prensa también lo ha intentado. Pero nadie sabe realmente lo que me ha pasado».

—Si estás sintiendo pena por mí, ahórratela. Estoy de puta madre.

—Derrochas alegría y encanto, tío. Eso desde luego.

Me limito a seguir fumando.

—Bueno… —continúa—. Puede que tu familia crea conocerte con exactitud, pero en el colegio solo eres el chico nuevo. Y esa fachada de tío duro y misterioso que te traes está de locos, en serio —me dice entre risas—, pero no va a funcionar en el Knight's Hill. Si eres problemático, si sacas notas de mierda, si no sigues las normas… te fulminan, chaval. Son un poco nazis, tío, y quizá hagan excepciones con el marqués de Fonellosa…

Siento cómo se me erizan los pelos de la nuca al oír ese nombre. Otra campana suena en mi móvil. Tris levanta las cejas, arrebatándome el cigarrillo.

—Pero yo no me arriesgaría.

—¿Te ha enviado mi madre para que me des la charla?

—No.

Tris tira de nuevo el cigarrillo por la terraza.

—Me ha enviado tu hermana. La que está viniendo.

Y nada más decirlo, Aria corre de nuevo las cortinas.

—¡Veo que ya os habéis presentado!

—Tienes un hermano encantador —le halaga Tris, sonriendo con elegancia y apretando mi hombro con la mano que hace unos segundos sujetaba un cigarrillo—. Le irá muy bien en clase.

—¡Seguro que sí!

—Una casa preciosa, por cierto. En muy buena zona, ¿tiene vuestra familia algo que ver con el Museo del Prado?

El tono al hablar que utiliza de repente le hace parecer cinco años mayor. Mi hermana se ríe.

—Nos lo preguntan mucho, pero no. Del Prado es un apellido aparte, aunque eso no quita que lo frecuentemos de vez en cuando.

—Es excelente. Deberíais visitar la exposición temporal que tienen de Caravaggio, si no lo habéis hecho ya.

—¡Me la apunto! —Aria se dirige a mí—. Ha llegado ya el uniforme, peque, pruébatelo en cuanto puedas.

—Oh, ¡te va a encantar! —me comenta mi (al parecer) nuevo mejor amigo mientras mi hermana se marcha de la terraza. En cuanto esta desaparece, la carismática sonrisa de Tris se borra y regresa a su persona.

—Eso ha dado un miedo que te cagas —le confieso.

—Sí. Pero a mí me ha ayudado a ahorrarme una larga serie de castigos y represalias —responde. Se guarda mi caja de cigarrillos en el bolsillo y luego regresa al salón de la casa.

Campana.

—No te olvides de las gotas de Tom Ford, chaval —se despide, descorriendo una vez más las cortinas—. Y, por cierto, siento lo de tu hermano.

—Tris —le llamo por última vez—. Yo no soy el marqués de Fonellosa.

El chico me mira y se encoge de hombros.

—Pero quizá, en un futuro, sí. Yo seré el barón de Zambrana y va a ser la caña.

Otra campana vuelve a sonar desde mi bolsillo.

—Contesta al móvil, tío. Alguien te echa de menos.

Tris cierra la puerta de casa al salir. Por supuesto que es barón; de ahí conocería mi madre a su familia. ¿Por qué iba a esperarme que me presentara a un chico normal y corriente de la escuela? No, tenía que ser uno con título nobiliario, uno de sangre azul. Su interés desmesurado por la clase alta me pone los pelos de punta.

Al menos el tipo ha sido simpático. Un tanto aterrador pero admirable al mismo tiempo.

Me dirijo a mi cuarto a ver el uniforme. Quedan muy pocos días para que comience el curso, así que será mejor que me vaya acostumbrando a lo que voy a llevar puesto durante los próximos meses. Al fin y al cabo, ya he vestido numerosos uniformes y llevo el escudo de mi familia grabado en la mayoría de mi ropa (a estas alturas, podría decir que hasta en la piel). No puede ser tan distinto a eso.

Ante mi armario, colgando sobre una percha, contemplo un *blazer* azul marino cubriendo una camisa blanca y una corbata de rayas azules, claras y oscuras. El escudo del colegio adorna tanto la corbata como la chaqueta. Mi hermana me ha dejado los pantalones gris marengo sobre la cama, junto a los mocasines negros con los que pisaré mi nuevo infierno.

Podría ser peor, pero odio los *blazers*.

Quizá haya que poner a prueba las palabras de Tris y averiguar si el colegio hará una excepción con las normas, cuando se trata de un marqués…

La campana sonando en mi móvil me devuelve una vez más a la realidad. Es el momento de ver los nuevos mensajes, no hay vuelta atrás. Cojo aire y los leo de seguido.

Esta vez no son de mi amiga Luna, sino del grupo que tengo con mis compañeros del CDC. Me dan la bienvenida de vuelta, me desean suerte en mi nuevo colegio y me proponen un día para volver a vernos pronto. Ahora cada uno de nosotros va a escuelas distintas, algunas incluso fuera de España. Pero debemos seguir en contacto y tampoco es que la distancia sea un problema para cualquiera de nosotros…

De todos los mensajes que me llegan, es el último el que se graba

en mi mente, el de mi amigo Alejandro: el líder.

Bienvenido de vuelta, marquesito.

Esto solo está empezando.



4

Gala Ruiz-Johnson

Amo el uniforme escolar. No hay nada que denote mayor elegancia y estructura que un *blazer* con escudo y una corbata a rayas. Además, aunque no podamos llevar la falda de cuadros por encima de la rodilla, el colegio hace la vista gorda con los zapatos que llevan un poco de tacón. Me siento poderosa llevando tacón, a pesar de medir ya de por sí 1,70, cortesía de mi herencia eslava.

Mi padre me adoptó cuando tenía cinco años. Soy de Polonia, aunque desconozco su idioma y, de no ser por los libros de historia y la información de internet, también desconocería su cultura. No tengo madre: nunca llegué a conocer a la biológica y mi madre adoptiva falleció en un accidente de coche cuando yo era pequeña. El recuerdo que tengo de ella cada vez es más difuso; solo logro retener el amor que le profesaba y lo marcada que me dejó su ausencia. Desde entonces, mi padre me ha tenido que criar solo. Bueno, «solo»… He contado con una serie prolongada de niñeras a lo largo de mi infancia, por lo que ayuda ha tenido.

Había pensado en atarme el pelo con un precioso lazo negro, pero al final he optado por llevarlo suelto, porque hoy lo tengo bastante bonito, rubio y brillante, con una especie de ondulación que me sale muy de vez en cuando. Me coloco bien las medias blancas, me

pongo mi pulsera de *charms* de Tiffany, me echo un poco de Chanel en las muñecas y salgo al comedor a desayunar.

La mesa está repleta de frutas, tostadas, mermelada y *croissants*. Me siento a un extremo y Oriana me sirve zumo de naranja. Mi padre se encuentra en la otra punta, leyendo las noticias en su iPad.

El gran Nuño Ruiz-Johnson… Estará revisando el estado de sus acciones en Bolsa. Es el director ejecutivo de Blaisè, una casa de moda que hasta el momento ha estado centrada en la mujer clásica, pero que también colabora con artistas en auge que muestran sus creaciones en las numerosas tiendas de la marca que hay alrededor del mundo. Al igual que yo, mi padre también es otro apasionado del arte. O, al menos, lo era.

Cuando yo era pequeña, fue él quien me introdujo al maravilloso mundo de las bellas artes; sin embargo, desde la muerte de mamá, su obsesión con el trabajo parece no dejarle tiempo para contemplar lo que tanto ha ayudado a crear. A veces, acudo yo sola a los eventos en galerías que prepara la propia marca. Alguien tiene que ser la cara visible de Blaisè.

Además, si antes no encontraba tiempo para agendarse unas cuantas horas de ocio, ahora menos, porque han surgido unos cuantos inconvenientes con la empresa desde mi regreso de Mallorca…

—¿Todo bien en el trabajo, papá?

—Algún que otro problema con la prensa, como siempre —contesta él, sin dignarse a mirarme—. Nada de lo que tengas que preocuparte, princesa.

Cada vez que mi padre me pide que no me preocupe es cuando más me preocupo; quizá es por la manía que comparto con Dafne de inmiscuirnos en los negocios de nuestros padres, pero no puedo evitarlo cuando siento que puedo ayudar.

—He visto en Instagram que el equipo de Carmousse contará con un músico nigeriano muy reconocido para tocar en su desfile —menciono sutilmente—. Es un lavado de imagen, por lo de las acusaciones de supremacía blanca que han lanzado contra su diseñador. Podríamos tratar de contactar con el PR que los ha llevado, ha hecho un trabajo buenísimo en las últimas campañas

de…

—Blaisè no necesita un lavado de imagen, princesa —replica mi padre, esta vez dirigiéndome la mirada—. Estamos mejor que nunca. ¿No ves que vamos a sacar nuestra primera línea de ropa masculina? Es emocionante. Prueba los *croissants*, los han traído los padres de Jimena de su último viaje a París.

Le lanzo una mirada de soslayo a Oriana, que contempla la conversación de pie entre ambos; hasta ella es consciente de lo que está pasando. Unto mermelada de frambuesa en uno de los *croissants*; están exquisitos. Sin embargo, no llegan a servirme de distracción.

—Bueno —suspiro. Me paso la servilleta por las comisuras de los labios y me levanto de la mesa—, debería ir saliendo.

—¿No es pronto? Pensaba que hoy empezabais más tarde… —cuestiona mi padre, mirando el reloj de pared antiguo de su izquierda—. ¿Quieres que llame ya a Pedro para que venga a buscarte?

—Sí, empezamos más tarde y por eso voy con las chicas al colegio, papá —le explico, agarrando mi bolso—. ¡Es el primer día de clase!

—Ah, sí. Vuestro «día del diamante», o como lo llaméis. Mándales recuerdos, princesa.

—De tu parte. Adiós, Oriana.

—Señorita.

Le doy un beso a mi padre en la mejilla y desaparezco por la puerta principal. El ascensor me deja en el sofisticado recibidor de principios del siglo xx, donde saludo a mi portero Fernando y le dejo un *croissant* del desayuno que he guardado para él. No saben igual cuando vienen de París.

—Muchas gracias, señorita —contesta él sonriente—. Por cierto, ha venido antes un hombre preguntando por usted. Dijo que se llamaba Julen y me ha pedido que le comunique que le llame.

Mi corazón se detiene por un milisegundo. Trato de mantener la calma: «Inspira, espira, inspira, espira…». ¿Cómo ha descubierto dónde vivo? Trago saliva discretamente y sonrío, frunciendo el ceño.

—Ahh, sí, Julen, de la galería de arte… —miento—. ¡Gracias,

Fernando! —le respondo, casi interrumpiéndole, mientras salgo del edificio—. ¡Chicas!

Dafne y Jimena ya me esperan fuera del portal. Jimena se ha alisado el pelo y, aunque le queda espectacular, siempre creeré que está más perfecta con sus rizos naturales. Dafne ha recurrido al lazo que me iba a poner yo en el pelo. El suyo es blanco, por lo que hubiésemos ido conjuntadas.

Nos damos un abrazo en grupo mientras observo a nuestro alrededor rápidamente: no hay rastro de Julen, menos mal.

—Dales las gracias a tus padres por los *croissants* —le digo a Jimena.

—Sí, ¡ya han recibido las flores de tu padre!

Parece que, esta vez, él ha pensado más rápido; no suele pasar. Puedo notar cómo Jimena esconde algo tras su espalda.

—¿Qué ha pasado, amor? —me pregunta Dafne, analizando mi seguramente evidente rostro de preocupación—. ¿A quién hay que destruir?

—A nadie —sonrío, buscando algo que decir. Cualquier cosa antes que contarles lo de Julen…—. Es mi padre. Entiendo que no quiera meterme en los asuntos de la empresa, pero es como estar esquivando constantemente al elefante en la habitación. Ha pasado ya casi una semana desde el accidente, y no parece decidirse con su siguiente paso.

Esta no es la primera crisis a la que se tiene que enfrentar mi padre, pero sí la primera en la que su enemigo principal procede de redes sociales. Al parecer, una cuenta anónima acusó hace unos días a Blaisè de usar mano de obra infantil de países en subdesarrollo para la fabricación de sus productos. No solo ha hecho despertar a la «bestia sensacionalista» de este país, sino que han comenzado a relacionar a la marca con otras mucho más baratas y de *fast fashion*, disminuyendo claramente su valor en la Bolsa. Eso ha pillado a mi padre totalmente desprevenido y se niega a aceptar el hecho de que necesita ayuda extra y urgente de expertos en *marketing*.

—Yo lo tendría clarísimo —responde Dafne—. Contactaría con el PR de Carmousse.

—¡Eso le he dicho yo! —exclamo, iniciando nuestro paseo—. Pero

está en negación.

Comprendo que soy su «niña bonita», pero es injusto que no me tome en serio. Hay veces que siento que, si mi padre me escuchase un poco y me hiciese caso, le sería de mucha ayuda. Que enfoque mi futuro en convertirme en una buena esposa no me impide ser consciente de mi excelente capacidad para resolver problemas.

—No te preocupes —me alienta Dafne—. Mi padre ha hablado ya con mi abuelo del tema. Él no está preocupado, han sufrido bulos peores. Además, seguro que la prensa se olvida en cuanto salga la nueva línea masculina.

Sonrío a mi amiga mientras relajo los hombros. Es todo un alivio escucharla.

—Debe de ser duro enfrentarse a unas acusaciones así… —comenta Jimena—. Sobre todo cuando son *fake news*. ¿Quién creéis que habrá sido el anónimo?

—Seguramente un exempleado rencoroso —sospecho.

—O alguna examante.

—*Ew*.

—Lo sé —aclara Daf—, pero hay que tener todas las opciones abiertas.

No va desencaminada. Soy consciente de que mi padre viaja mucho y que, tras la muerte de mamá, otras mujeres habrán sucumbido a sus encantos.

—Bueno, tratemos de pasar de ese tema —propone Jimena, deteniéndonos en mitad de la calle—. Hoy es nuestro primer día de clase, así que ya sabéis lo que toca…

Dafne y yo nos miramos, sonrientes.

—¡Desayuno con diamantes!

Jimena saca de pronto los tres cafés que guardaba tras ella. ¡Sabía que estaba escondiendo algo! Saco el mío del cartón donde los lleva y le doy un sorbo. Mmm, *latte* sin azúcar con un toque de vainilla… Cómo me conocen.

Desde que empezamos la secundaria, tenemos la tonta tradición de quedar las tres solas el primer día del curso, ya que entramos más tarde, y celebrar nuestro día de «desayuno con diamantes». Es simplemente metafórico, un ritual de iniciación del curso y del otoño:

compramos nuestros cafés preferidos y nos los tomamos de camino al Tiffany & Co., donde elegimos un nuevo *charm* para nuestras pulseras de la amistad. Las tenemos desde primero de la ESO. Ese año compramos el *charm* de un corazón; al siguiente, el de un helado; al siguiente, uno con forma de minibolso de plata; luego, el de una corona, y el año pasado, un caramelo. Este año, que además es el último, tenemos fichado desde enero el *charm* de una mariquita turquesa preciosa.

—Veréis, chicas… —Dafne comienza a abrir su bolso—, como terminamos el Bachillerato y es algo más especial, he querido llevar la parte de «diamantes» a un siguiente nivel…

—¿De qué estás hablando?

Antes de que podamos decir nada más, Daf saca de su bolso dos cajas azul turquesa cubiertas por un lazo blanco, como el de su pelo. Jimena y yo las observamos boquiabiertas y, para nuestra sorpresa, comenzamos a chillar en cuanto las abrimos y vemos el colgante Tiffany Knot de oro rosa que nos ha regalado a cada una.

—¡Daf! —exclamo, abrazándola—. ¿Cómo se te ocurre?

—Lo de las pulseras de amistad está bien, pero este año tocaba algo más…

Dicho esto, se aparta su sedosa melena negra de un manotazo y me fijo en que llevaba su colgante puesto todo este tiempo sobre la corbata del uniforme.

—Los colgantes tienen más clase.

—Pues menuda forma de comenzar el último curso, chicas… —murmulla Jimena, al borde de la llorera por el detallazo de Daf.

—¡No me veáis tan altruista! —replica esta, retomando el paseo—. También los he comprado a modo de celebración. Es un adelanto para cuando gane este año las votaciones a delegada del curso y cumpla mi siguiente punto del plan de diez años que he diseñado. Pienso convertirme en CEO del grupo JGHR antes de los treinta.

—Guau —responde Jimena, poniéndose ya el colgante—. Y yo no tengo claro ni lo que voy a cenar esta noche.

—Bueno —le recuerdo yo, entre risas—, pero ya sabes que estudiarás Moda en el Royal College of Art, ¿no?

—Creo que mejor iré a Parsons.

—¿Parsons, Nueva York? ¿No te viene mejor Londres, donde ya tienes casa?

—Sí, pero lo he estado pensando y Parsons tiene un mejor programa.

Miro directamente a Dafne. Ella asiente a su lado, como si no hubiese sido la artífice de ese cambio de idea. Seguro que le iba mejor una amiga viviendo en Manhattan que en Mayfair.

Dejo escapar un bufido.

—Pues yo aún no sé muy bien dónde podría estudiar Bellas Artes —confieso—. He mirado en varias universidades: Nebrija, la Paquito, la Universidad Duarte… Y no me decido.

—Eso le pasaba a Sadie, nuestra *roomate* en Irlanda —comenta Jimena—, y tuvo que acercarse al orientador escolar. Podrías hacer lo mismo aquí.

—Sadie era una persona demasiado desubicada, no hablemos de ella —me defiende Dafne—. No creo que Gala esté tan perdida…

Mis amigas comparten una mirada cómplice, recordándome que voy a pasar un curso repleto de referencias a este verano en el internado de Irlanda que no llegaré a pillar nunca. Aunque, para ser justas, ellas ni siquiera se huelen lo que yo he hecho este verano…

Julen regresa a mi cabeza. ¿Por qué demonios ha decidido pasarse por mi casa?

En cuanto alcanzamos la esquina de Serrano donde se encuentra Tiffany y nos quedamos contemplando su escaparate, Dafne nos propone un *selfie* para historias de Instagram.

—¡No, Daf! —le suplico—. Sabes que se me da fatal posar.

—Amor, tú podrías quedarte bizca y seguirías saliendo fabulosa.

—Eso lo dices porque eres mi amiga.

—Venga, ¡que hoy estamos divinas! —me anima Jimena, sacando mi colgante de la caja y colocándomelo—. Además, ¿no quieres que Jaime vea lo guapa que estás con el uniforme?

—Me va a ver en persona dentro de una hora.

—Sí —contesta Dafne—, pero con una foto tendrá para recordarte *toooda* la noche…

Ambas empiezan a reírse y yo les golpeo en el brazo.

—Sois unas guarrillas.

—Ya apareció Santa Gala… —se ríe Daf.

—¡Para guarrillo él! —se defiende Jimena—. ¿O no has visto la foto que ha subido esta mañana corriendo por el Retiro? No llevaba camiseta, y dudo que se la haya olvidado en casa…

Pues claro que no he visto esa foto, ¡la tendría ahora mismo puesta de fondo de pantalla! Finjo indiferencia ante esa noticia y acabo aceptando la propuesta de *selfie*. Me da miedo salir mal, y más aún si va para la cuenta de Dafne, que tiene casi noventa mil seguidores. Es una *it girl*; no hay nadie del Knight's Hill que no la siga. Aunque no me extraña, es guapísima y su estilo es ideal. Normal que todas las niñas del colegio quieran ser como ella.

David, el chófer de los De Aguilera, nos recoge frente a la tienda de Tiffany & Co. en su miniván negro Mercedes-Benz. Tristán se ha unido al viaje con nosotras, y ya va dentro del coche. Jimena le saluda desde la distancia; supongo que querrá limitar su contacto físico con él ahora que vamos a volver a pasar tiempo cerca de su novia. Tris lleva la corbata perfectamente planchada. Nunca se deja ni un detalle para lograr esa apariencia de chico perfecto. Quizá él sí sabría llevar a cabo el lavado de imagen que necesita Blaisè…

—Bueno, ¿y qué? —le pregunta Dafne cuando todavía no llegamos al colegio—. Ya te presentaron al chico nuevo, ¿no? ¿Cómo es?

Tris mira a su prima, luego a Jimena y después a mí. Entonces, suelta una risotada y, acomodándose en su asiento, comienza a negar con la cabeza.

—Es un puto caos. Os va a encantar.



5

Guillermo del Prado

Dejando a un lado los cigarrillos, el *whisky* ocasional y la comida basura en la que recaigo de vez en cuando, me atrevería a decir que mi cuerpo es un templo. Casi.

Cada mañana, trato de compensar mis malos vicios con un poco de ejercicio intenso, un desayuno alto en fibra e hidratos, una sesión de *skincare* adaptada a mi piel mixta y un gran consumo de agua mineral. Mi nueva rutina, ahora que tengo el parque del Retiro al lado de casa, comienza con cuarenta flexiones nada más levantarme y quince minutos corriendo por sus jardines. Aún hace calor por los resquicios del verano, así que decido quitarme la camiseta en cuanto comienzo a sudar. Me cruzo con un chaval de mi edad también corriendo que se me queda mirando y, en cuanto vuelvo a cruzármelo en la siguiente esquina, ha decidido también descamisarse. Vaya con mi don de influencia.

Hoy toca abdominales. Trato de hacerme un intensivo porque el tiempo se me echa encima y debería estar ya vistiéndome para ir al colegio. Qué pereza. Me ducho, me tomo las vitaminas y dejo que mis rizos se sequen mejor al aire. Me vale con estar lo mínimamente presentable para que no me expulsen el primer día.

El uniforme. El puto uniforme. No me disgusta en general, pero en

cuanto me pongo el *blazer*, ese maldito *blazer*… Me siento uno más de ellos: el maldito arrastrado que mi madre quiere que sea, adicto a las criptomonedas y a las carreras de caballos, el típico niño caprichoso que pide botellas de champán con bengalas en las discotecas. Todo lo que trato de no ser.

Es por eso por lo que decido dejar el *blazer* en casa y pensar en un sustituto más cómodo.

No entiendo por qué mi madre no me ha dejado asistir a un instituto público; allí nadie me conocería ni preguntaría cosas que no debe. En cuanto pise ese dichoso Knight's Hill College, sé perfectamente cómo cada mirada allí presente se posará sobre mí. Si van a quedarse observándome, que sea por otros motivos…

Iván me recoge frente al portal de mi hermana.

—¿Emocionado por su primer día, señorito?

—Con ganas, Iván —le respondo—. De que acabe.

Mi chófer se ríe y comienza la marcha. Ojalá pudiese quedarme con él todo el día.

Durante el viaje en el Bentley, me toco el tatuaje que llevo en el costado izquierdo, el del escudo del CDC. Notar el ligero relieve sobre mi piel me hace sentir más cerca de mi hermano, como si él no se hubiese ido. Si mis padres se enterasen de este tatuaje, me desheredarían *ipso facto*; sobre todo, teniendo en cuenta todo lo que ha supuesto para la familia. Pero nadie tiene por qué saberlo.

En cuanto llegamos a una calle donde un montón de coches de alta gama hacen cola y van dejando a estudiantes vestidos igual que yo, sé que ha llegado el momento. Mi pulso comienza a acelerarse y, si bien es una sensación que suelo disfrutar (y hasta trato de buscar), esta vez me resulta incómoda. No quiero estar aquí, nunca quiero estarlo. Mi primer día en cada internado al que he ido era igual de duro, pero al menos lo sobrellevaba con la compañía de Roberto. Ahora estoy solo.

Mi madre tenía razón, muy a mi pesar: si nos hubiesen llevado a colegios distintos, si no nos hubiesen trasladado a ambos cada vez que me expulsaban a mí… todo habría sido distinto.

—Que tenga un buen día, señorito Guillermo —me despide Iván, una vez que me deja frente al portón de entrada.

Me quedo frente a este, paralizado, y me pongo las gafas de sol en cuanto cierro la puerta del Bentley, antes de comenzar a notar las miradas del alumnado posándose sobre mí.

El edificio es realmente hermoso: las paredes son de ladrillo visto, con una ornamentación en tonos claros de estilo neoclásico que le da presencia a la construcción, y el recinto principal muestra dos torres sobre él con tejados en punta; seguramente diseñaron el centro a finales del siglo xix, cuando finalizaba la época victoriana. Cruzo el portón con arco de medio punto cuidadosamente cincelado y paseo sin rumbo por el patio principal.

Ya comienzan los murmullos; conforme camino, oigo mi nombre de vez en cuando salir de los labios discretos de algún compañero. No es hasta que pasan cinco minutos realmente incómodos que aparece una señora vestida con chaqueta roja y tacones de aguja que se dirige a mí con excesivo respeto.

—Marqués de Fonellosa, es un honor conocerle —me saluda nerviosa, luchando por no hacer una genuflexión. ¿Quién le ha enseñado protocolo?

—Yo no soy marqués, lo son mis padres.

—Discúlpeme —se ríe, aún más tensa—. Soy Teresa, la secretaria del centro. El director Brighton me ha pedido que fuera a por usted. Quiere decirle unas palabras antes de la presentación.

—Claro.

Teresa me lleva hasta el despacho del director. En el camino, le suplico que no me hable de usted, pero ella solo se disculpa y continúa haciéndolo.

El despacho de Brighton sigue la misma estructura y estilo del resto del edificio: muebles de nogal en perfecto estado, estanterías decoradas con libros antiguos y pequeñas esculturas griegas, una lámpara de bronce decorando su mesa… Todo parece cuidado al detalle.

—*Mister Del Prado* —se levanta el director, ofreciéndome un apretón de manos—. *It is such a pleasure to have you in our school.*

Sonrío a modo de respuesta. No creo que eso sea cierto; con mi historial académico, más que *pleasure*, deberían asustarse.

—Por favor, siéntese —continúa en inglés.

Dejando a un lado su evidente aspecto británico —ojos claros, piel rosada y postura rígida—, el acento claramente londinense de Brighton le delata por completo.

—¿Ha tenido un buen viaje hasta la escuela?

No soporto las conversaciones banales. Me muerdo el labio antes de contestar con un comentario sarcástico, y es ahí cuando recuerdo a mi madre pidiéndome que no la fastidie y a ese tal Tris sugiriéndome que me transforme en lo que esperan de mí cuando tenga que hacerlo.

Así que levanto la barbilla, apoyo las manos sobre mis muslos y sonrío.

—Ha estado bien, gracias —respondo en su idioma—. Dirige una escuela muy bonita.

—Oh, este campus es patrimonio mundial, ¿lo sabía? —comenta, lleno de orgullo—. En todo el complejo puede verse la influencia de la corriente victoriana y el estilo palladiano en el que se inspiró el arquitecto. Por lo que tengo entendido, se inspiró mucho en James Wyatt y su famosa…

—Abadía de Fonthill —contesto automáticamente—. Me he fijado.

Logro ver un ápice de sorpresa en el rostro del director.

—¿Así que tenemos entre nosotros a un apasionado de la arquitectura?

—No diría apasionado. Curioso, tal vez.

—No cualquier curioso conoce el trabajo de Wyatt.

Asiento levemente, sin dar respuesta alguna. Brighton me observa de arriba abajo; no parece disgustado con mi aspecto, pero tampoco conforme.

—Verá, señor Del Prado… Las normas sobre la vestimenta escolar son bastante estrictas. ¿No ha recibido acaso el *blazer* del centro?

Miro a donde él está mirando: a mi chupa de cuero azul. Es preciosa y no destaca tanto como podría; es el sustituto perfecto de esa horrible chaqueta escolar.

—¿Qué tiene de malo mi chupa? —le pregunto en español, con una inocencia claramente fingida.

—Es muy bonita —murmura, también en castellano, con un acento británico incluso más marcado—, pero el uniforme tiene una función

principal: crear una comunidad en la que todos los alumnos se sientan iguales. Si usted llevase esa chaqueta, rompería todo el sentido y funcionamiento del uniforme.

Vuelvo a pensar en Tris. Fue él quien ya me avisó de esto: «Si no sigues las normas… te fulminan, chaval», me dijo. «Son un poco nazis, y quizá hagan excepciones con el marqués de Fonellosa, pero yo no me arriesgaría».

Pero yo sí; me gusta el riesgo. Estoy haciendo lo posible por crear una buen impresión ante el director, pero nadie va a hacer que deje de tomarlos. He salido ileso de peores situaciones.

—Verá, director Brighton —susurro, bajando la cabeza—, ha hablado antes con mi madre, ¿cierto? Usted debe de ser ya consciente de todo por lo que mi familia ha pasado últimamente…

Brighton carraspea, incómodo.

—Así es. No he querido sacar el tema por si le hacía sentir…

—Ahora mismo necesito aferrarme a algo que no me aleje por completo de mi zona de confort. ¿Comprende? Este es un mundo hostil y, si puedo superar este día por el simple motivo de llevar una chaqueta de cuero, hagámoslo posible. Estoy seguro de que mis compañeros lo entenderán.

—No sé… —Está dudando. Lo tengo en el bote.

—Mi familia está sufriendo mucho, director Brighton —suspiro, melancólico, volviendo al inglés para que se sienta más cómodo hablando—. Estoy seguro de que, si esta escuela logra que el pequeño del clan sea un poco más feliz este nuevo curso, mis padres se lo agradecerán muy gratamente.

Me acerco un poco más a él.

—Y, cuando se trata de agradecimientos, son realmente generosos.

Eso parece abrirle los ojos. ¡Ding, ding, ding! Premio. Los adultos son unos básicos.

—Haré una excepción por hoy, señor Del Prado —contesta—. Para que se adapte al nuevo curso. Pero mañana quiero verle con el uniforme reglamentario, ¿de acuerdo?

—Es usted un santo, director.

—¡Señor Maresca! —grita él, dirigiéndose a la puerta.

Segundos después, un chico de mi edad, con pelo casco y patillas bien largas, se presenta y me da la mano. Lleva una pulsera con la bandera de España en la muñeca.

—Él es Juan Francisco Maresca —nos presenta Brighton—. Irá a su curso y a su clase. Se ha prestado como voluntario para enseñarle rápidamente las instalaciones.

—Encantado —contesta él en español y, por lo que parece, un tanto emocionado.

—Tiene quince minutos, Maresca —le pide el director—. Deben llegar puntuales a la presentación del curso.

—Descuide, director. ¿Vamos?

Asiento con la cabeza, despidiéndome de nuevo de Brighton.

—Está guapa la chupa —me dice Maresca por el pasillo. Me llega un olor a huevos duros de su aliento—. ¿He oído que te va a dejar llevarla hoy?

Asiento de nuevo.

—¡Qué cabrón! ¿Cómo lo has logrado, chaval? Debes de ser la hostia de importante.

¿Es que aquí todos cambian su personalidad cuando están frente a gente mayor?

—En realidad, ya sé quién eres —confiesa, entre risas—. Me hacía el interesante.

—Vale.

—Venga, va, que hay mucho que ver.

A la salida del edificio principal, nos subimos a una especie de carro de golf negro que había aparcado y el tal Maresca conduce. Durante el recorrido, me pide que le llame Juanfran, que así le llaman sus amigos; aunque algo me dice que no debe tener muchos.

—No te quedan mal esas gafas de sol —menciona en cuanto me ve ponérmelas—. Te lo digo en plan macho, ¿eh? Cero mariconadas.

No hemos llegado al primer punto y ya quiero bajarme.

El campus del colegio es inmenso. No sé ni cómo nos da tiempo a verlo, a pesar de ir en coche. Hay tantos bloques de edificios que no llego a quedarme con la función de todos. Sé que uno con grandes ventanales muestra la piscina climatizada de dentro, otro de aspecto más antiguo es la biblioteca del colegio y, por supuesto, me quedo

con el establo y las pistas de equitación que hay al fondo del todo.

Juanfran me explica todas las zonas un poco por encima, tratando, cómo no, de sacarme información sobre mi familia durante el trayecto entre bloques. No para de reírse como un loco con sus propios chistes y de hablarme a voz en grito en la cara. Tendría que haber traído chicles.

—Ahora, si quieres, te puedes venir con mis colegas —me sugiere casi al final del recorrido—. Son muy divertidos, sobre todo Tris y Felipe.

—A Tris creo conocerle ya.

—Es un máquina, ¿a que sí? —vocifera—. Está con una pava *megafollable* llamada Claudia. También tiene una prima, Dafne. Pero, entre tú y yo, esa es una estirada de cojones; se cree la puta reina del mambo porque las niñatas de la ESO le lamen el culo a todas horas.

Debe de ser muy «colega» de Tris para hablar así de su prima. Lo que hay que ver.

—Y sus amigas tampoco se quedan atrás, sobre todo Galita —sigue despotricando. ¿Será consciente de que nos acabamos de conocer?—. Eso sí, la tía es una frívola, pero está como un tren. Parece un puto ángel rubio, aunque siempre le dice que no a todos los tíos que han intentado algo con ella.

Me encojo de hombros, siguiéndole un poco la corriente por aburrimiento.

—¿Cuántos han sido?

—Pues yo y… —se queda pensando—. Seguro que hay más por ahí, *fijísimo*.

Estoy haciendo un esfuerzo atroz por no tirarme del carro y volver corriendo a pata a la entrada. Este chico no se calla ni debajo del agua.

—Luego tienen otra amiga, Jimena. Es negra —añade en voz baja —, aunque no tiene acento ni nada, ¿eh? Parece normal, como nosotros. Pero, bueno, aun así está para mojar pan la tía; no te voy a mentir. Ah, también me llevo mazo con los del equipo de *rugby*, son la hostia de graciosos. Una vez me hicieron…

—Ya hemos llegado —anuncio, aliviado por no tener que

escucharle más.

Juanfran aparca donde estaba antes el carro y yo me bajo a toda pastilla, en dirección a la entrada del colegio. Este me sigue como una lapa.

—¡Espera! ¿No quieres que te presente a mis colegas, tío?

—Estoy bien, gracias por el *tour*.

—Tú mismo, chaval. ¡Nos vemos luego, pieza! ¡Máquina!

Ese tono al hablar… Debe de creerse Torrente o algo.

Me quedo esperando a la entrada del patio, junto al portón. Al principio, logro pasar más o menos desapercibido, pero ser el único chico sin el *blazer* del uniforme no me es muy de ayuda. ¿Cuándo piensan comenzar la presentación? Quiero acabar con este día lo antes posible.

A los pocos minutos, veo a unos chicos entrar por mi lado. Uno de ellos me suena. Espera, ¿ese es el chaval con el que me he cruzado en el Retiro esta mañana? Se me queda mirando, así que doy por sentado que sí. El mundo es un puto pañuelo.

—¿Ese es el marqués que sale en la prensa?

Vuelvo a oír mi nombre mezclándose entre los susurros del alumnado. Llevo aún puestas las gafas de sol, es la única barrera que se interpone entre el resto y yo. Sin embargo, en cuanto miro a mi alrededor y los encuentro en silencio, observándome como si fuese una especie en extinción, me retiro las gafas y comienzo a devolverles la mirada.

Tardo un poco en llegar hasta ellos, pero acabo dando con Juanfran y Tris al otro lado del patio. A Juanfran le rodea el enorme brazo de un chico que también me observa. Y, a su lado, una chica con piel muy oscura y otra con los brazos cruzados también me miran por igual. Deben de ser Jimena y la prima de Tris que ha mencionado antes Juanfran, Dafne. Saludo a Tris con la mirada, sonriendo mientras me señalo la chupa. Este comienza a reírse y murmura algo que no llego a oír.

Estoy por acercarme a él cuando mis pies se detienen al verla: unos enormes ojos azules me dejan petrificado, casi sin aliento, y siento que un solo parpadeo suyo podría tirarme al suelo. Sus labios rosados se dejan entreabrir un poco. No para de mirarme y se pasa

un mechón rubio tras la oreja mientras lo hace, sin perder ese halo de atención que claramente me está prestando. Mi corazón comienza a acelerarse; la adrenalina que tanto extrañaba ha regresado a mi cuerpo. Y sonrío, porque al fin encuentro un buen motivo para asistir a este colegio.

Porque jamás me imaginé que, entrando en el infierno, podría encontrar a un ángel.



6

Gala Ruiz-Johnson

Unos minutos antes…

Nunca había oído hablar de Guillermo del Prado. Por supuesto que conocía su apellido, porque son una familia muy cercana a la Corona, marqueses de Fonellosa; y también había oído algo en las noticias sobre el accidente de uno de sus miembros este verano, pero no le había dado importancia. Suelo evitar los sucesos macabros y tampoco esperaba que nuestros caminos fueran a cruzarse en algún momento… Sin embargo, mi interés comienza a aumentar conforme Tris nos cuenta lo que sabe durante el trayecto al colegio:

—Al tío le han expulsado de cuatro internados, y eso ni siquiera es lo fuerte —dice mientras se acerca más a nosotras—. Al parecer, tenía un hermano mellizo llamado Roberto, pero murió en un accidente muy raro a mediados de agosto.

—¿Cómo que «raro»? —pregunta Jimena.

—«Raro» porque no hay información clara de lo que ocurrió. No se sabe si fue por un incendio, un accidente de tráfico, un atragantamiento, una caída… La versión oficial de la prensa, con base en las declaraciones de la madre, es que hubo un

«desafortunado accidente», pero ahí lo han dejado. Hay teorías de todo tipo.

—¿Creéis que se ha podido quitar la…?

—Jimena, suficiente —le acalla Dafne, cerrando los ojos.

Mi amiga cierra la boca, pero yo le agarro la mano porque estaba pensando exactamente lo mismo. ¿Y si fue un suicidio? Está claro que la familia Del Prado está ocultando información sobre la muerte de Roberto a toda costa y no me extrañaría que se tratase de algo así; a las familias importantes no les agrada que este tipo de noticias manchen la reputación de su apellido.

—Podría ser —contesta finalmente Tristán—, no quise preguntarle. Habrá que ganarse su confianza primero para que suelte los trapos sucios…

Tris me guiña el ojo. Me cruzo de brazos, un tanto ofendida.

—¡Te parecerá gracioso! ¿De verdad piensas que ese chico le va a contar un secreto tan sumamente custodiado por su familia al primer grupo de niñatos que conozca en el Knight's Hill?

—¿Cómo que niñatos? —se ríe él.

—Seguro que habla de ti y Felipe —señala Dafne, sin apartar la vista de su móvil.

—Tú eres la primera a la que le interesa acercarse a él —me señala Tris—. Sus padres son los marqueses de Fonellosa, ¿te suenan? Serías una futura marquesa, joder. Si hasta tienen un puto palacio a las afueras de la ciudad.

He de confesar que eso me pone la piel de gallina. No tanto por contar con otro noble en el colegio, sino por el soplo de aire fresco que supone una nueva cara en el curso; llevamos siendo más o menos los mismos estudiantes desde hace años. En cuanto a su título, está claro que hay otros alumnos con sangre azul en el Knight's Hill; de todos modos, hasta el momento, los únicos de nuestra edad eran Tris y Dafne, nietos del barón de Zambrana. Sea como sea, trato de pensar con la mente fría al contestar a mi amigo.

—¿Y? Lo que busco en un hombre va más allá de un título —termino diciendo—. ¿Para qué iba a querer juntarme con alguien con tan mal historial académico? «Expulsado de cuatro internados», tú mismo lo has dicho.

—Confiesa —canturrea Jimena—. Lo que pasa es que él no es Jaimito…

—Desde luego que no —me río—. Un chico así jamás sería el príncipe azul de nadie…

—Pero un sapo tampoco es —añade Dafne boquiabierta, señalándome la pantalla de su móvil—. El marqués está tremendo.

Observo la imagen que ha buscado en internet. Debe de ser de hace un año o así, y sale junto a su familia en un evento de etiqueta. Él lleva un esmoquin muy parecido al de su hermano; son casi idénticos.

—¿Cómo sabes quién es quién? —le pregunto a Daf.

—Los he buscado por separado: Roberto sale siempre sonriente, se le ve más cercano. Es Guillermo el que parece poseído por el alma rota de un personaje de Dumas.

—Qué específica, tía —susurra Jimena.

—Es mono, supongo —dejo caer—. Se le ve demasiado «chico». Yo busco a un hombre.

—Tienes dieciséis años, querida —me recrimina Dafne—. Si encuentras a un «hombre» interesado en ti, voy a verme obligada a llamar a la policía.

Aparto la mirada de mi amiga automáticamente mientras trago saliva. Si ella supiera…

—El caso es que no tiene Instagram —nos informa, chequeando su teléfono—, ni público, ni privado. Tampoco TikTok, ni X, ni Facebook. Y ya ni menciono LinkedIn.

—Dafne —recalca Tristán—. Solo tú tienes LinkedIn a nuestra edad.

—*Whatever*. No está por ningún lado; es como si no quisiese ser visto.

Mentiría si dijera que eso no me llama la atención. No conozco a nadie de nuestro curso que no tenga redes sociales. Al fin y al cabo sirven, como su buen nombre indica, para socializar. ¿Por qué no iba a tenerlas él?

—¡Hemos llegado! —anuncia el chófer.

—Gracias, David. —Dafne sale la primera. En cuanto contempla el colegio frente a nosotros, toma aire y suspira—. Hogar, dulce hogar.

El miniván nos deja frente al colegio y, como siempre que me subo a un coche, agradezco un día más haber llegado sanos y salvos a nuestro destino. Por muchas sesiones de terapia que me haya pagado mi padre, sigo teniéndole bastante pánico a la carretera desde que perdí a mi madre años atrás.

No tardamos ni dos minutos en llegar al patio interior de la escuela cuando un grupo de niñas ya se acerca a pedirle unos *selfies* a Dafne. Ella los acepta encantada, sonriendo con gracia en cada una de las fotos. Dos de las niñas del grupo le han dibujado un retrato, y otra le ha preguntado de dónde era el vestido con el que salió en la foto que se sacó este verano en Sotogrande.

—Valentino —responde ella—, pero no lo busques mucho porque no está a la venta. Fue un regalo del equipo.

Eso causa más alboroto entre las crías, que no parecen querer irse, así que Dafne se despide de ellas con gracia y sutileza. Va a ser una gran líder.

Después, conforme esperamos junto al resto de alumnos de nuestro curso, nos reunimos con Felipe y unos cuantos chicos del equipo de *rugby*, que se acercan a saludar a Tris. No he tenido tiempo de mirarlos uno a uno, cuando Felipe se me adelanta:

—Jaimito aún no ha llegado.

Le pido que baje el volumen, un tanto decepcionada; tenía la idea de llegar y que me viera entrar a cámara lenta, con el pelo suelto moviéndose ligeramente por el viento estival. Supongo que hoy no es ese día.

Entonces, veo a un hombre de pelo oscuro dado la vuelta al fondo del patio y, por un momento, se me para el corazón creyendo que es Julen. Pero, en cuanto se da la vuelta y veo que es solo un profesor, suspiro.

—¡Clau, mi niña! —grita Tristán en cuanto ve a su novia que pasa por nuestro lado hablando con dos amigas. Las tres paran de golpe y Felipe se echa miraditas con una de ellas. Tengo que confesar que, aunque no le diga nada a mi amigo, me enfada un poco que trate de hacerle ilusiones cuando sabe que no va a ir a más.

—Hola, Tris —le saluda Claudia, esquivando el beso que su novio intenta darle.

¿Desde cuándo se ha vuelto tan tímida?

—Voy a saludar a unas chicas de segundo antes de que se acerquen ellas —me avisa Dafne en voz baja, alejándose de nosotros.

—¿Va todo bien? —oigo preguntar a Tristán.

Claudia solo asiente con la cabeza.

—Sí, eh… Me gustaría hablar contigo luego, a solas. Creo que ahora no es el momento.

—Clau…

—¿Te parece vernos después —le interrumpe—, tras la charla del dire?

—Eh… Vale, sí.

Claudia se gira hacia el grupo y nos saluda con una sonrisa. Luego, se aleja con sus dos amigas.

—¿Qué coño ha sido eso? —me pregunta Felipe en voz baja.

—No tengo ni idea —respondo, desde lo más profundo de mi ser.

Me giro hacia Jimena y ella, para mi sorpresa, está igual de alucinada con la escenita.

Al cabo de un rato, Dafne regresa y saluda a otras chicas del curso. Yo me quedo hablando con Jimena, y Felipe se empieza a pegar de broma con Tris y otros chicos. Todo parece igual que siempre; no siento como si ya estuviésemos en el último curso…

—¿Qué pasa, grupete?

Juanfran Maresca hace acto de presencia ante nosotros y yo trato de no poner los ojos en blanco; y menos mal, porque Dafne ya se encarga de ello por todos. No me gusta ser cruel con nadie, pero qué chico más pesado. Lleva queriendo ser de nuestro grupo desde hace años y parece que no pilla las indirectas. Es sucio, machista y racista, ha intentado ligar con cada una del grupo al menos cien veces porque no entiende el significado de la palabra «no» y encima está extremadamente obsesionado con las corridas de toros porque su familia se dedica a ese negocio. Es insufrible.

—Este verano os mandé invitaciones para mi cumple y no contestasteis, cabrones —comienza a reírse solo—. Os perdisteis la capea, así que me debéis unas cervezas, ¿eh?

—Estuvimos en un internado —nos excusa Jimena, amablemente

—. No pisamos mucho Madrid, lo siento.

—Bueno, pues te invitas a unos chupitos en la próxima fiesta y listo, ¿vale, morenita?

En cuanto le guiña el ojo a mi amiga tras llamarla de esa manera tan despectiva, agarro del brazo a Dafne y a Felipe antes de que estos se le lancen a la yugular.

—No vale la pena —les digo en voz muy baja.

Por suerte, alguien viene en nuestro auxilio.

—¡Juanfran, socio!

Mario Rey pasa el brazo por los hombros de Juanfran, provocando que este se ilusione con el mínimo contacto de otro ser humano. Es el capitán del equipo de *rugby* y, para ser más exactos, el *casialgo* de Dafne. Curiosamente, lleva días sin hablar de él, pero tampoco es una chica muy dada a comentar su vida amorosa con asiduidad, así que deduzco que simplemente se han seguido viendo a solas en verano.

Jaime Gleason viene tras él y me sonríe nada más verme. Trato de no ponerme roja, pero me es imposible. Efectivamente, se ha estado dejando el pelo más largo; está guapísimo.

—¿Qué pasa, Daf? —saluda Mario—. Cuánto tiempo.

—No el suficiente.

—Yo también te he echado de menos. —Ambos comparten una sonrisa cómplice. Mario se dirige luego a Juanfran—: Creo que te llaman de Dirección, socio, deberías ir a ver —le dice en un tono más grave del habitual, apretándolo entre sus brazos.

—¡Eso es imposible, colega! —se ríe Juanfran, una vez más sin pillar la indirecta—. Acabo de volver de ahí; le he enseñado el colegio al chico nuevo.

—Espera, ¿has dicho «el chico nuevo»? —pregunta Dafne, mirándome de soslayo.

—Sí, ahora somos coleguísimas —responde Juanfran—. Está por ahí; el dire le ha dejado llevar hoy esa chupa tan guapa.

Todo el grupo dirige su mirada a la entrada del colegio y ahí está, en carne y hueso: Guillermo del Prado, el chico nuevo del Knight's Hill. Y en cuanto nosotros le encontramos, el resto también comienza a hacerlo. Y, cuando quiero darme cuenta, todos los ojos

del patio le contemplan con la atención con la que se mira un cuadro de Hopper.

Es alto, delgado y con una mandíbula tan afilada que podrías cortarte. Tiene el pelo negro y rizado, claramente secado al aire libre. Sus labios son gruesos y su ceño, fruncido. Está cruzado de brazos, apoyado en la pared y con las gafas de sol puestas. Es el único de todo el patio que no lleva el *blazer* del uniforme, solo una ridícula chupa de cuero azul con la que querrá demostrar algo.

El chico se quita las gafas y deja merodear su mirada entre las de todos nosotros, aterrizando sobre nuestro grupo. Le veo compartir una sonrisa con Tristán, señalándose sutilmente la chupa. Mi amigo comienza a reírse.

—El muy hijo de puta lo ha hecho —murmura.

No sé a qué se refiere, y por las bromitas internas que ya se trae con Tris, ni siquiera sé si quiero saberlo.

—¿Quién es? —me pregunta Jaime, que se ha quedado a mi lado.

Y entonces, antes de que pueda contestar, su mirada se posa en mí y un escalofrío recorre todo mi cuerpo porque, por un momento, dejo de ver al chico que ha perdido a su hermano, al alumno sin *blazer* con mala reputación, al noble de buena familia con un oscuro secreto… y solo veo al chico que está a punto de cambiarlo todo.



7

Guillermo del Prado

¿Qué está pasando? ¿Por qué me siento así? El ángel está junto al chico de esta mañana, el que corría por el Retiro. ¿Será su novio? Aún no la conozco, pero ya rezo por que no sea así. Le susurra cosas al oído, pero ella no responde; no deja de mirarme. Todos lo hacen, pero, de pronto, el resto ha desaparecido. Somos ella y yo. La luz y la oscuridad. El presente y el pasado.

Voy a acercarme al grupo con la poca fuerza que me queda en las rodillas cuando la secretaria de Brighton se digna finalmente a aparecer.

—*Welcome, students!* —canturrea con simpatía—. Pueden ir pasando al salón de actos. La presentación va a comenzar.

La pierdo entre la marea de estudiantes y una parte de mí teme no volver a encontrarla. Me uno al resto cuando quedan ya pocos en el patio, con la esperanza de sentarme al fondo del salón y no tener que sentir cientos de ojos clavados sobre mi nuca en la próxima hora. Desafortunadamente, en cuanto me dirijo al fondo, la voz rasposa y llamativa de Juanfran grita mi nombre desde las butacas de en medio.

—¡Guille, chaval! Te he guardado un sitio.

Me debato entre si cogerlo o no. No me veo capaz de aguantar

otra hora más junto al pesado del curso, pero a la vez estaría más cerca de esa chica porque su asiento estaría a unos pocos del mío, entre sus dos amigas. Joder.

—No, gracias —termino contestando.

Aún queda todo el curso por delante, por lo que decido reservarme nuestra primera toma de contacto para más tarde, lejos de los susurros con mi nombre y la presencia de cualquier alumno insoportable. Me siento en una esquina alejada del resto, junto al pasillo de la entrada.

Justo cuando tomo mi asiento, recibo un mensaje en el móvil. Es del CDC:

Marquesito, reunión a las 13.00

Seguidamente, me envían una ubicación, no muy lejos de mi casa. Respiro hondo. No debería. Me lo pienso por unos segundos, planteándome poner la excusa de que ya he empezado el curso y no tengo tiempo, pero estoy seguro de que no soy el único y, aun así, sé que todos asistirán; no te queda otra una vez que ya estás dentro. Acabo confirmando a regañadientes mi asistencia antes de guardarme el móvil de nuevo. Adiós a mi libertad.

El director Brighton se sube al escenario y todos los alumnos se levantan.

—*Welcome back, students!* —inicia su presentación—. *We are so honored to return for another year and welcome you to this new phase of your lives…*

La charla es tan básica como me imaginaba: comienza con un discurso motivador, luego un recordatorio de las normas del centro —entre las que se encuentra el uniforme reglamentario, tras lo cual todos se giran a mirarme—, otro recordatorio sobre la importancia de la selectividad para los del Bachillerato y sigue con una especie de discurso a lo Colin Firth que será para cubrir los últimos minutos de la hora. Todas las presentaciones escolares son iguales.

No paro de mirarla; y lo peor es que ella también lo hace. De vez en cuando, gira ligeramente la cabeza y se queda observándome. Mantenemos la mirada unos segundos y luego vuelve a girarse.

Ninguno de los dos se corta en ser sutiles, y a la vez puedo palpar la timidez en ambos. Es extraño.

Solo he estado con una chica antes, Luna. Y ni siquiera fuimos pareja; solo éramos amigos y decidimos explorar nuestros cuerpos juntos. Mi vida estudiantil y mis constantes cambios de país no me han permitido mucho tiempo para desarrollar ese aspecto de mi vida, el conectar con una persona y lanzarme a algo más con ella. En todos los internados a los que he ido, siempre había al menos una «parejita de enamorados», pero yo nunca me quedaba el tiempo suficiente para crear la mía. Y a Luna le pasaba algo parecido. Sin embargo, siempre me he preguntado qué se siente cuando te gusta alguien de verdad.

No conozco a esta chica y a lo mejor acabamos odiándonos, o quizá es perversa y representa todo lo que odio en una persona. Pero, por ahora, su mirada me hipnotiza, sus labios brillan sobre las luces de la sala y su pelo es sedoso y radiante. ¿Por qué me está pasando esto ahora? ¿Es algún medio de escape que me he autoimpuesto para aguantar mejor el día?

De pronto me vienen las palabras de Juanfran a la cabeza: «La tía es una frívola, pero está como un tren. Parece un puto ángel de pelo rubio». ¡Hablaba de ella! ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¿Gina? ¿Giulia? ¡Galita! La ha llamado Galita. ¿El nombre es así o será un apodo? Me urge la necesidad de saberlo.

Los asientos de en medio del salón comienzan a revolucionarse. Teresa, que se encuentra al lado del director, trata de silenciarlos, pero es bastante imposible. Dafne parece estar tonteando con un chico que tiene a su lado y puedo ver cómo Jimena le está dando largas a Juanfran desde la distancia. Pero el verdadero causante de tanto alboroto es el mismísimo Tris, que no para de hablar, cada vez más alto, a la chica que tiene sentada a su lado.

—Joder, Clau, es que no sé qué te pasa —le oigo decir.

—Tristán, no es el lugar ni el momento.

—Vale, entonces me paso los siguientes minutos retorciéndome en el asiento mientras tú me guardas el puto secreto que no quieres soltar.

—No quiero soltarlo aquí.

Los susurros que pretenden tener ya se han convertido en *vox populi*. En un momento donde los murmullos comienzan a esparcirse por el resto de la sala, la chica con la que habla, de pelo castaño recogido en una larga coleta, se levanta drásticamente y desaparece por la puerta. El director la observa de reojo, pero hace oídos sordos, y lo mismo cuando Tristán la sigue afuera.

Las puertas se cierran de golpe. Y parece que la conversación va a dejar de oírse, pero no es así. De hecho, en cuanto dejan de susurrar, sus voces se oyen tan bien como la del director Brighton aquí dentro, quien sigue hablando como si no pasase nada.

Cada vez me gusta más este colegio.

—¿Te parece normal esta actitud, tía? —exclama Tris al otro lado del salón de actos.

—Tristán, baja el volumen.

—Dímelo ya. ¿Por qué estás tan rara?

—No es algo fácil de decir, ¡deja de presionarme!

Miro a mi ángel, para ver si está tan atenta a la conversación como el resto. Y, efectivamente, la veo mirarse constantemente con una de sus amigas mientras de vez en cuando se inclina un poco hacia la puerta. El director sigue dando su discurso, cada vez más alto y esperando que alguien le siga prestando atención.

—¡No me digas que estás embarazada!

Todo el alumnado ahoga un grito a la vez. No puedo ver a Tristán en este momento, pero me lo imagino claramente con las manos en la cabeza.

—Por Dios, ¡claro que no!

Los murmullos inundan el ambiente. Hasta el director comienza a titubear, pendiente en parte de lo que puedan estar gritando sus alumnos al otro lado de la sala. El resto de los compañeros deja también de hablar, a ver de qué se puede enterar, pero la conversación ahí fuera se pierde durante unos segundos hasta que Tris vuelve a gritar:

—¿¡Que deberíamos qué!? —Su voz suena realmente dolida—. ¿Estás rompiendo conmigo? Joder, Claudia, ¿y por qué ahora? Si no nos veías futuro, ¿por qué has perdido la virginidad conmigo este verano? ¿Qué me estás ocultando…?

—¡Pues que no la perdí contigo, Tristán! ¡Joder! —explota la chica antes de que Teresa pueda siquiera abrir las puertas de la sala—. Sí, fue este verano… pero hubo alguien antes que tú.



8

Gala Ruiz-Johnson

Nunca había atestiguado un golpe tan duro. A uno de mis mejores amigos le ha engañado su novia justo antes de que perdiera la virginidad con ella.

Tristán está destrozado. Se deja caer sobre el sofá rococó de la cafetería del hotel Wellington, donde hemos terminado yendo tras la presentación del director Brighton. Menos mal que hoy era solo el primer día: tras el discurso en el salón de actos, el comité escolar ha preparado varios puestos de *catering* en uno de los patios interiores y luego nos han dejado marchar para la hora de comer. Íbamos a venir aquí después de todos modos, aunque esperábamos que Claudia también se nos uniera…

El hotel lo ha elegido Dafne, claro; le encanta venir y observar desde la distancia cómo los hombres de negocios toman café y cierran grandes acuerdos. El ambiente es tranquilo, elegante y perfecto para un grupo de adolescentes que necesita escapar de la trágica verdad que acaban de presenciar.

Además, me pilla cerca de casa y todo lo que pedimos papá se lo desgrava.

—Estoy bien —murmura Tris ante nuestras miradas de aflicción, con las manos aún en la cabeza y sin alzar la vista de la cuidada

moqueta roja. Se ha quitado la corbata del uniforme, que debía de estar ahogándole.

—*Bro* —le consuela Felipe—, esa tía no valía la pena. A nadie le caía bien Claudia, ¿a que no, chicas?

En cuanto su mirada cae sobre nosotras, las tres asentimos a la vez.

—Era una víbora —dejo caer.

—Que Dios se apiade de su reputación —añade Dafne.

—A mí a veces me soltaba comentarios un poco racistas —menciona Jimena.

Tristemente, yo he presenciado varios de esos comentarios. Claudia se creía graciosa «bromeando» sobre que, en realidad, mi amiga era mulata por ser fruto de una aventura entre su padre y la asistenta. Algo totalmente absurdo, teniendo en cuenta que su madre es una británica de ascendencia afrocubana; además de una mujer de éxito bastante reconocida en el mundo del arte, a quien admiro desde pequeña y que me ha enseñado muchísimo sobre esculturas y arte abstracto.

No me extrañaría si ahora Jimena quisiese ir a por todas con Tris. Sé que ha sabido mantenerse quieta porque él tenía novia, pero ahora que esa ordinaria ha salido del mapa, no veo por qué tendría que seguir guardando las distancias con mi amigo por ella.

—Encima no ha querido decir quién es el pavo con el que te los ha puesto —exclama Felipe, echando más leña al fuego.

Contemplo a Tris. Está serio y quizá un poco abrumado, pero apenas tiene los ojos vidriosos. Jamás le he visto llorar y, al parecer, no tiene planes de comenzar a hacerlo ahora.

—Bueno, ya acabará saliendo a la luz —respondo yo—. Tiempo al tiempo.

—De tiempo al tiempo nada —masculla Tristán entre dientes, levantando por fin la cabeza—. Pienso averiguar yo mismo quién cojones se acostó con mi chica…

«Mi chica». Siento lástima al oír esas palabras. Ya no es «su chica», y comienzo a pensar que no llegó a serlo en ningún momento.

—Bueno —continúo—, yo solo digo que todo se acaba sabiendo,

recuerda.

—No tiene por qué —me contradice rápidamente Jimena—. En Irlanda, recuerdo que alguien dejó tinta sobre el asiento del pupitre de Sadie, nuestra compi de cuarto. Nadie quiso dar la cara por lo que pasó, y hoy en día sigue siendo un misterio…

—Gracias por esta historia tan bien estructurada, querida —comenta Dafne, levantándose frente al grupo como si estuviésemos en un *briefing* de empresa—. Pero ¿qué tal si, en vez de deprimirnos y planificar una caza de brujas precipitada, nos centramos en organizar la fiesta perfecta para inaugurar el curso?

Por un momento, logro ver un atisbo de emoción en la mirada de mi amigo. Si hay algo que puede sacar a Tristán de este pozo… es una buena juerga. Y no hay mejores que las que organizan él y su prima. Cada inicio de curso, ellos lo celebran con una fiesta por todo lo alto en alguna de sus casas. Hubo un par de años en los que otros alumnos del Knight's Hill trataron de hacerles competencia, pero siempre acababan retirándose. Nunca sabíamos cómo ni por qué, solo que Dafne había tenido algo que ver.

Un camarero del hotel nos trae los cafés que hemos pedido mientras mi amiga nos explica lo que tenía pensado para este año. Su cabeza se ve iluminada por la lámpara de araña que tiene a su espalda.

—Esta vez toca en mi ático, así que ya he preparado un listado de temáticas. Ahora que terminamos el Bachillerato, había pensado en una *soirée* más adulta y sofisticada, sin perder la esencia juvenil y descarada de los cursos anteriores, pero requiriendo un *dress code* específico a los invitados y contando con un servicio de *catering* más a la altura de nuestra marca personal.

—¿Marca personal? —se ríe Jimena—. Daf, tía, te recuerdo que es una fiesta para comenzar el curso, no para reclutar nuevos inversores.

Dafne ladea la cabeza y se cruza de brazos mientras escucha nuestro *feedback*.

—Tiene razón —secunda Tris—. La idea suena bien, primita, pero parece que queramos vender algo a los invitados, y son solo nuestros compañeros de clase.

Mi amiga asiente ligeramente con la cabeza. Un momento…

—Es gracioso —menciona Felipe entre risas—, porque podéis meterle toda la planificación que queráis a la fiesta, que va a acabar con el equipo de *rugby* fingiendo que se follan la estatua del vestíbulo, y todo el mundo dejando las botellas vacías de champán tiradas por el salón.

—Pero a eso a ella no le importa —respondo al fin, esbozando una sonrisa cuando comprendo de qué va todo esto—. Dafne Laurent, ¡tú lo que quieres es asegurar tus votos para delegada del curso!

El grupo al completo ahoga un grito dramático. Daf deja la mirada en blanco.

—¡Por supuesto que no! Mi victoria ya está más que asegurada. Esto sería, en todo caso, una celebración adelantada. Además, yo no soy la única que disfrutaría de una fiesta así: a Tris podría ayudarle a pasar página, Jimena podría aprovechar y diseñarnos unos vestidos fabulosos, Felipe podría desfogarse un poco tras tanto machaque al tenis y tú, cielo, podrías pasar la noche junto a Jaime y compartir algún momento íntimo de una maldita vez. ¿No sería una fiesta de etiqueta el evento perfecto para tu primer beso?

Jimena me da un par de codazos levantando las cejas y me sonrojo frente a todas las miradas de mis amigos posadas sobre mí. Hasta Tris parece interesado en mi reacción.

—Yo no he dicho que esté en contra de esta temática…

—No —responde Dafne, alcanzando mi móvil, que estaba sobre la mesita de café—. De hecho, tú vas a inaugurarla.

—¿Cómo?

Antes de que pueda apenas reaccionar, Daf coloca el teléfono frente a mi rostro y lo desbloquea rápidamente. Después, comienza a toquetear con agilidad la pantalla. Por un momento, el corazón se me para, pensando en que Julen podría escribirme en ese mismo momento. Luego respiro aliviada al recordar que le bloqueé hace semanas.

—Listo —canturrea Dafne al minuto, devolviéndome el teléfono—. Acabas de invitar personalmente a Jaime a la fiesta.

—Pero… ¡Daf!

—¡Tienes que lanzarte más a la piscina de vez en cuando, Gala! —

me regaña, mirándose la manicura francesa—. De los cobardes, nunca se ha escrito nada.

Ya me lancé a la piscina este verano y aún sigo lidiando con las consecuencias.

Leo corriendo el mensaje, presa del pánico. Sin embargo, es una invitación bastante perfecta. Lo ha hecho respondiendo a su última historia de Instagram, como si me acabase de acordar de invitarle, y se lo ha escrito de manera dulce y desinteresada. Mi amiga es una mujer con muchos talentos.

—Vaya, está bastante bien.

—Creo que la palabra que buscas es «impecable» —contesta, guiñándome el ojo y dándole un sorbo a su *macchiato* con canela.

—Yo también voto por lo de una fiesta con clase —le dice su primo —. Pienso ponerme lo más follable posible y tirarme a todas las tías del curso que pueda.

En efecto, a eso lo llamo yo tener clase.

—Si lo vas a hacer para fastidiar a Claudia —responde Dafne—, quiero dejar constancia de que ella no pisará mi casa.

—Ni de coña —coincidimos todos.

—Y Juanfran, a poder ser, tampoco —solicita Jimena, bajando un poco la voz—. No quiero ser mala, pero no me siento nada cómoda cerca de él.

—Ese pobre chico no estaba ni en mi lista de «posibles» —sonríe Dafne—. Para una fiesta exclusiva, solo gente exclusiva.

Eso me trae a la mente a alguien en concreto.

—Entonces —carraspeo—, ¿vas a invitar al chico nuevo?

Siento escalofríos al pensar en él. ¿Qué es lo que tiene Guillermo del Prado que me genera tanta curiosidad de repente? Esos ojos negros no se apartaban de los míos cada vez que me giraba a verle en el salón de actos. Juanfran le ha ofrecido un asiento cerca de mi grupo y él lo ha acabado rechazando, ¿por qué? ¿Quiere ir por su cuenta? ¿No se atreve a hacer nuevos amigos? ¿No somos suficiente para él?

Tampoco es que me deba importar demasiado; no parece alguien del que quiera estar cerca. Que sea atractivo y de sangre azul no me va a nublar los ojos, pues el chico tiene una reputación. ¿Para qué

juntarnos con alguien al que acompañan tantos problemas? Vale, eso ha sido cruel. En realidad, no sé cómo es, más allá de los rumores sobre su trágica historia familiar. No sé si es un buen chico o si es un «puto caos», como nos ha dicho Tris por la mañana. Pero, sea como sea, no es el mejor momento para añadir más posibles conflictos a nuestras vidas porque se aproxima un curso bastante duro.

Deberíamos alejarnos todo lo posible de él… si Dafne y el destino no tuviesen otros planes.

—Puedes invitarle tú misma, ya que estás en racha —me termina contestando, señalando a mi espalda con la mirada mientras el corazón se me detiene—. Acaba de entrar al hotel.



9

Guillermo del Prado

De todos los hoteles de lujo que hay en Madrid, he tenido que acabar en el mismo donde está ella. Supongo que el CDC ha elegido la cafetería del Wellington porque aquí se cierran muchos negocios y es por eso por lo que jamás me hubiese imaginado encontrarme con nadie de mi edad aquí.

Ahora estoy solo, pero por poco tiempo. Quedan veinte minutos para la una de la tarde, y entonces aparecerán ellos. Hemos quedado en la zona del bar, pasando la cafetería. Cruzo un par de miradas con el grupo antes de que Tris me salude con la mano.

—¿Qué pasa, Guille?

—¿Qué pasa, Tris?

Devuelvo el saludo con la cabeza y, seguidamente, tomo la decisión de cruzar las puertas de la cafetería y sentarme en la barra del bar. Puedo notar todas sus miradas clavadas en mi nuca, pero trato de ignorarlo y me dejo envolver por el olor a cerveza de marca y las paredes con estampado a cuadros.

El camarero, un tipo de unos veintitantos, se acerca ágilmente a servirme.

—Ponme un Macallan, por favor. Del año que sea.

—No servimos *whisky* a menores —contesta este, un tanto

inseguro de si realmente soy menor o no. Quizá el uniforme escolar le ha dado una pista. Aun así, me aprovecho de ese indicio de duda.

—¿Menores? ¿No sabes quién soy?

Eso provoca que el camarero se yerga y trague saliva.

—¿Conoces a Federico Wellington, el dueño de este hotel?

Este niega con la cabeza, un poco tembloroso. Suelto una carcajada jocosa.

—Debes de ser nuevo, descuida. Es mi tío. Ahora: un Macallan, por favor.

—Sí.

Permanezco en mi taburete, observando cómo el camarero me prepara la copa. No soy el sobrino de ningún Federico Wellington, y dudo siquiera que exista un Wellington real del que pueda ser familia. Solo sé que el diseño del edificio es de Luis Blanco-Soler, como el de la antigua embajada británica o El Corte Inglés de Preciados.

Quitando eso, esta es mi primera vez aquí, aunque no parece la primera del grupito; a ellos cinco los veo bastante cómodos, casi como si viniesen a diario. Es solo una suposición, claro está. Se han pedido todos cafés, como si estuviesen en alguna especie de comedia televisada, y me siguen observando desde uno de los sofás de la cafetería; debí haber escogido un sitio más privado para sentarme.

Sin embargo, la zona del bar no es tan amplia y, de hecho, aquí estoy solo. Es una hora bastante tranquila, y en la cafetería tampoco hay muchos más clientes además del grupo: solo una pareja que toma algo en una mesa y unos cuantos señores mayores que leen a lo largo de la sala. Por eso oigo perfectamente las voces de las chicas mientras discuten:

—Es tu momento, querida —comenta la del cabello negro, que imagino que debe ser la prima de Tris; Dafne.

—No sé de qué hablas —responde el ángel de mechones dorados.

—Yo creo que sí. ¿Qué acabo de decir de lanzarse a la piscina?

—¡Aquí no hay piscina! —exclama en susurros.

—Sí que hay, y está en la planta de arriba —contesta la tercera chica.

—Esto es una tontería, solo lo preguntaba por curiosidad.

—Si no vas tú ahora mismo, me temo que tendrá que ir otra persona…

—No te atreverás… Daf… ¡Dafne!

Para cuando quiero girarme de nuevo, el afilado rostro de Dafne me sonríe a centímetros de distancia. Huele a perfume caro con matices dulces, como una preciosa flor tratando de atrapar todas las abejas posibles.

—Guillermo, ¿verdad? —pregunta, ladeando la cabeza—. Soy Dafne Laurent.

Me ofrece la mano con un tono amable y carismático que contrasta con su mirada felina y sus pómulos marcados. Aunque parece una buena chica, el lazo blanco que lleva en el pelo no engaña a nadie; o al menos, no a mí. Ya he conocido a otras Dafne Laurent en mis anteriores escuelas: extrovertidas a la vez que enigmáticas, perfectas; tienen el aura de misterio suficiente para que te acabes obsesionando con ellas, pero también tratan de mostrarse cercanas, lo justo para que te sientas afortunado de respirar su mismo aire. Curiosamente, nunca hay más de dos iguales en el mismo curso; a veces, ni en la misma escuela. No les gusta la competencia y, cuando aparece alguna, no tardan en deshacerse de ella. Son lobos con piel de oveja.

Le acepto el saludo antes de que me muerda.

—Encantado, Dafne.

—¿Por qué no te has sentado antes con nosotros? —pregunta desinteresadamente—. Hubieses sido más que bienvenido.

—Lo sé, y Juanfran parece un buen tipo…

Dafne asiente, levantando una ceja. Quiere dejarme claro que ambos sabemos que eso no es cierto, pero no quiere criticar a nadie en nuestra primera conversación. Una chica astuta.

—… pero suelo ser bastante solitario.

—¿Por eso no te has acercado ahora a saludar?

No sé si está sintiendo verdadera curiosidad o solamente busca una forma delicada de hacerme sentir mal por mi falta de educación. Seguramente ya sepa quién soy y la clase de familia a la que pertenezco. Se esperaría de mí un comportamiento más protocolario.

—He deducido que estaríais consolando a tu primo por lo sucedido antes. Menuda putada. No quería entrometerme.

—¿Mi primo? —sonríe, acariciando con el dedo el colgante de oro rosa que lleva sobre la corbata del uniforme—. Veo que nos tienes muy bien ubicados.

—Vuestro amigo Juanfran me ha hecho un buen resumen.

Admito que vuelvo a mencionarle para corroborar su reacción, pero se sigue manteniendo serena y educada. Solo sonríe y asiente con cara de póquer.

—Estoy segura de ello —contesta—. Pero no te preocupes. Para mi primo, lo que ha sucedido antes ya forma parte del pasado. Ahora estamos planificando la fiesta de inauguración del curso, y justo has aparecido cuando hablábamos de la lista de invitados.

—Mira qué casualidad.

—Podrías pasarte por la fiesta y conocer a algunos chicos del curso, ¡son todos un encanto! Este año va a ser difícil, deberías buscar algo de apoyo entre tus compañeros, ¿no crees?

Tengo la sensación de que ser amigo de Dafne es como asistir a un constante concurso de debate en el que nunca ganas. Me observa con detenimiento, ladeando una sonrisa. Es peor que su primo; al menos, Tris solo es encantador con los adultos que le convienen. Tratar de ser así con todo el mundo debe de ser agotador.

—Te lo agradezco —respondo, ignorando el hecho de que me ha vendido su invitación como si fuese un favor—, pero no me gusta ir a fiestas de críos.

—¿De críos?

Dafne levanta sutilmente las cejas, tratando de mostrarse más sorprendida que ofendida. Me fijo en su grupo, detrás de ella, que sigue la conversación como si fuese un partido de bádminton.

—Creo que tienes una idea equivocada de mí. Puede que Tristán parezca más lo que viene siendo un… niñato juerguista —acaba soltando a modo de broma—, pero, si hay algo que caracteriza a mis eventos, es la distinción. Mi fiesta requerirá etiqueta.

—Muchas gracias, en serio —repito—, pero ponerles esmoquin a los chavales de clase no va a hacer que tu fiesta deje de ser lo que

es.

—Sería una verdadera lástima que faltaras… —contraataca al segundo, apoyando su mano sobre mi hombro. ¿Está tratando de seducirme? Antes la he visto hablar bastante con el chico que estaba sentado a su lado; pensaba que era su novio—. Todos queremos conocerte mejor; todos y *todas*. ¿Has conocido ya a mis amigas, Gala y Jimena?

Tras decir lo último, gira su cabeza discretamente hacia atrás y ambos nos quedamos observando a las otras chicas del grupo. Bueno, mi mirada en realidad va directa a una persona: Gala. Bonito nombre. Ella aparta la mirada, y puedo ver desde mi asiento cómo su pecho se mueve con celeridad. El mío también, solo espero que su amiga no lo esté notando. No entiendo esta interacción. ¿Acaso ella ha dicho algo sobre mí? Además, ¿por qué Dafne me vende a sus amigas como si fuese un jeque árabe?

—Te queda todo un curso con nosotros, Guillermo —me aconseja ella—. Y, por lo que tengo entendido, vas a echar en falta buena compañía… Lamento lo de tu hermano, por cierto.

Sonrío con educación. Me tomaría más en serio su pésame si no lo estuviese usando para persuadirme. Aunque, tristemente, razón no le falta. Siempre he creído que era un chico solitario, pero la verdad es que nunca lo he sido realmente, porque no había momento en el que no pudiese contar con la compañía de Roberto.

Miro de reojo mi reloj de pulsera y me fijo en que el CDC estará a punto de llegar. No quiero que ambos grupos se crucen; no quiero que nadie sepa nada de esto.

—Está bien, me lo pensaré —termino aceptando.

—Es todo lo que quería oír —responde Dafne, pasándose un mechón de pelo tras la oreja y alejándose por fin—. Oh, y muy buena la de antes.

—¿Cómo?

—Mi familia es amiga del dueño del hotel. Saluda a Federico Wellington de nuestra parte.

Suelto una carcajada inevitable y luego me giro a tomarme el Macallan. Después, vuelvo a mirar el reloj. Debería irme antes de que lleguen.

Me despido con la mano del resto del grupo y estos me devuelven el adiós. Todos menos ella; Gala, mi ángel de mechones dorados. Aun así, no importa. Sobrevivir a una conversación con Dafne Laurent ha valido la pena si eso me lleva a tenerla más cerca. Solo quiero hablar con ella una sola vez y descubrir que no es para tanto, que la estoy idealizando porque mi cabeza necesita mantenerse ocupada.

Regreso a la casa de mi hermana, escribiendo en el camino por la *app* del CDC. Les pido ausentarme esta vez de la reunión por asuntos familiares, y ellos acaban accediendo a regañadientes. Comprendo que algunos de los miembros han viajado en *jet* privado desde sus colegios internacionales para esta reunión, pero teniendo en cuenta el asunto de mi hermano, supongo que esta vez me han dado carta blanca. De todos modos, tampoco tengo la intención de marearlos demasiado. Sé lo que ocurrió con el último que lo hizo.

En cuanto abro la puerta, vuelvo a encontrarme con ese enorme cuadro abstracto de Aria en el que tendría que ver algo, y sigo sin ver nada.

Me tiro sobre la cama y agradezco que este maldito día haya pasado de una vez; uno menos en el curso. Me alivia saber que puedo sobrevivir a este colegio, o al menos de momento. Aunque hoy solo era el día de presentación. Tendré que ir con más cuidado a partir de ahora.

Quizá las cosas se compliquen si vuelve a suceder algo como lo de esta tarde.

Quizá todo se caiga como un castillo de naipes si ese grupito descubre lo que me traigo entre manos.



10

Gala Ruiz-Johnson

La galería de arte a la que suelo ir cuando necesito desconectar se encuentra a las afueras de Malasaña. Es una nave muy pequeña, pero en ella hay expuestas varias de mis obras favoritas. Aquí se encuentran, por ejemplo, un par de piezas de Calíope Kohl, una escultora de origen tibetano que crea piezas asimétricas increíbles y me tiene obsesionada.

Me quedo un buen rato contemplándolas mientras descanso y la encargada de la galería, Krys, me sonríe desde el mostrador de la entrada. Ya me conoce porque vengo a menudo; aquí el ambiente está cargado de buena energía y un silencio reparador. O al menos hasta que veo una ristra de revistas cerca de una de las esculturas y empiezo a revisarlas por curiosidad. Y menos mal que lo hago, porque la cara de mi padre sale en la portada de una, con el titular más sensacionalista que he leído nunca: «Nuño Ruiz-Johnson: ¿posible explotador infantil?». Recuerdo este número: es de hace un par de semanas. ¿No podrían haberlo tirado a la basura ya? Adiós a mi refugio seguro.

Se cebaron con él de una manera increíble. Sé de primera mano que, en todos los años que Blaisè ha existido, nunca se ha usado mano de obra infantil y tampoco procedente de países en

subdesarrollo. Las fábricas de la marca se encuentran en Getafe, a las afueras de la ciudad, y todo es producto nacional. Cada elemento del catálogo se diseña y fabrica a mano, por eso comprendo la frustración de mi padre respecto a que pongan la marca como si de *fast fashion* se tratara. No he querido ni meterme en la *app* de la Bolsa, seguro que las acciones han debido de bajar bastante. Y lo peor es que, cuanto más tiempo pasa sin que hagamos nada, más van a bajar.

—Buenas tardes, querida —me saluda Krys, acercándose a la escultura—. Llevabas tiempo sin pasarte por aquí, ¿cómo va todo?

Me pregunto a qué aspecto de mi vida se refiere, pero tengo la respuesta para cualquiera de ellos: mal. Dudo por un momento si contestar con honestidad y si eso le hará sentir pena por mí. La empresa de mi padre va encaminada a un iceberg mediático y mis avances con Jaime Gleason aún son nulos; ni siquiera me ha contestado al mensaje de Dafne y era un mensaje perfecto. Si no me he vuelto loca con que aún no haya dicho nada es porque sé que él no está tan pendiente de las redes sociales como yo, y porque soy consciente de que pasa el tiempo libre entrenando para los partidos. El campo de *rugby* es, tanto para él como para mí, esta galería: un lugar donde encontrar la paz.

Me pregunto si todo seguiría igual en unos años si nos casásemos. Él persiguiendo una carrera de éxito sin perder su pasión por el deporte y yo estudiando Bellas Artes mientras continúo ayudando a causas sociales y trato de olvidar mis errores del pasado…

Me planteo si debería añadir estas visitas culturales en mi carta de presentación para la universidad, aunque sea por rellenar, pero mis motivos para estar aquí no son realmente puros: no intento culturizarme, intento esconderme. Además, me da igual la universidad a la que vaya; solo quiero una en la que enseñen bien la materia. No me importa el título universitario, pues de poco me va a servir si logro encontrar al príncipe azul que se encargue de darnos el nivel de vida que quiero mantener. Aunque, tal y como están las cosas, quizá me convendría entrar con Dafne en alguna carrera de negocios y hacer lo posible por ayudar a mi padre… Si fuera por mí, nombraría a Daf la directora de Blaisè y a Jimena la diseñadora jefa.

Tris sería el PR de la marca y Felipe… Bueno, ya le encontraríamos algún puesto; modelo de la línea masculina, quizá. Mi amigo es un deportista excepcional, pero no le veo mucho en el mundo de los negocios.

Se me ha ido la cabeza y Krys sigue esperando una respuesta.

—Es complicado —me río—. No hay nada interesante.

—¡Y yo me lo creo! —exclama ella, un poco decepcionada por mi respuesta—. No pareces la clase de chica que lleva una vida aburrida…

¿Tendrá razón? Si no parezco aburrida, ¿por qué mi cabeza se preocupa constantemente por algo tan básico como la respuesta de un chico? Jaime aún no me ha contestado, y un caballero lo hubiese hecho hace muchas horas. Sin embargo, no me gusta acusar a nadie de comportamientos que quizá estén justificados. A lo mejor, se le ha roto el móvil… ¡o la pierna mientras entrenaba! Estaría muy feo quejarme de su falta de caballerosidad cuando quizá ha estado sufriendo todo este tiempo.

Dios, ¿por qué no paro de darle vueltas? Soy una chica guapa e inteligente, amable con los demás y atenta con sus seres queridos. No entiendo a qué se deben todas estas inseguridades. Me gustaría ser más como mis amigas; más extrovertida, más arriesgada, más segura de mí misma. Dafne tiene razón: debería lanzarme más a la piscina. Pero una cosa es pensarlo y otra muy distinta hacerlo. No soy una chica hecha para llevar la voz cantante, aunque eso tampoco me convierte en una persona inferior o sumisa. Me gusta ser el apoyo de mis amigas y quiero ser una esposa ejemplar en el futuro, la madre más atenta y afectuosa, una buena filántropa que ayude con sus recursos a los demás… Por supuesto que podría dedicarme a todo lo que yo quisiera, tengo la capacidad para ello, pero mi sueño es este. ¿Qué hay de malo?

Creo que estoy preocupada por si Jaime me ve suficiente para él, y todo porque aún no ha contestado a un dichoso mensaje. A lo mejor, simplemente está ocupado. Yo lo he estado. Hoy me he pasado toda la mañana de compras y ayer me pasé la tarde entera con mis amigos en el Wellington planeando la fiesta de Daf.

De pronto, me viene a la cabeza el recuerdo de Guillermo. Hay

algo en su presencia que me sigue poniendo nerviosa, intranquila; es inevitable. Creí que eso se quedaría entre los muros del colegio, pero al verlo ahí, en el hotel, mi corazón volvió a acelerarse.

No tiene redes sociales, su familia oculta con afán la verdad sobre la muerte de su hermano y él tampoco es que sea muy hablador, así que no sé si esta curiosidad repentina por él se debe a la simple necesidad humana de conocer todas las verdades o más bien al magnetismo innato que posee tras esa mirada de ébano.

La forma en la que lidió con Dafne… No cualquiera podría. No se oía bien la conversación desde nuestra mesa, pero, en palabras de mi amiga, no fue fácil conseguir su confirmación para la fiesta. «Ha dicho que se lo pensará. Pero tranquilos, vendrá». Su seguridad es envidiable, aunque más aún la de él. De todos modos, sigue sin parecerme alguien de fiar, y está claro que no es un chico fácil. Si no, ¿por qué tampoco se acercó a nosotros en el Wellington? Ahí éramos muchos menos que en el salón de actos. Además, a Tris ya le conoce y ni siquiera estaba presente el pesado de Juanfran… Trato de no tomármelo personal porque está claro que oculta algo y ha estado ya en cuatro internados antes del Knight's… Por otro lado, tantas expulsiones no han debido de darle tiempo para establecer verdaderas amistades, y ahora que tampoco tiene a su hermano para contar con su apoyo… debe de ser frustrante. No creo que esa armadura de tipo solitario que luce sea aposta; creo que, en realidad, tiene miedo. Pero, lamentablemente, no es el único. La curiosidad que siento por él no se equipara al terror que me da lo que él pueda provocar en el ambiente del colegio, o en mí misma. Aunque Dafne le haya invitado a su fiesta, no pienso acercarme a él. No *quiero* acercarme a él. Los chicos así son capaces de revolucionarlo tod…

—¿Estás bien? —me pregunta Krys, atestiguando cómo he disociado por completo.

—Sí, disculpa —respondo, caminando hacia la salida de la nave—. Debería irme. Ha sido un placer volver a verte.

Opto por dar un paseo hasta mi casa, que no me pilla muy lejos, a unos treinta minutos; lo sé porque es lo que tardo en recibir una notificación en el móvil. *Esa* notificación; la de Jaime, sobre la fiesta:

¡Qué bueno! Me apunto de una :)

Sonrío de nuevo para mis adentros. ¡Al fin! ¿Tanto costaba?

Hago los últimos metros hasta casa sonriente y escuchando algo de Lana del Rey. Todo parece haber mejorado desde que Jaime ha aceptado mi invitación; o, al menos, hasta que giro la esquina de mi calle y le veo ahí, pegado a mi portal, esperándome.

—Julen.

En cuanto oye mi hilo de voz, se gira y me mira con una sonrisa. Se acerca a darme un beso en la mejilla y yo me mantengo paralizada.

—Cuánto tiempo, preciosa.

Observo a mi alrededor, rezando porque no haya nadie que conozca pasando por la zona ahora mismo.

Julen es bastante guapo, tiene el pelo oscuro, barba de tres días, unos hombros musculados y siempre viste de Pedro del Hierro. Además, es listo, ingenioso, cariñoso y encantador. Pero tiene veintidós años. Y es un monstruo.

—¿Cómo has descubierto dónde vivo? —me atrevo a preguntarle —. Da un poco de miedo encontrarte aquí…

—Tú me lo dijiste en su momento —me miente—. Y no contestabas a mis llamadas.

«Eso es porque te tengo bloqueado; pilla la indirecta».

—No deberías estar aquí.

—De verdad que no lo entiendo, Gala —me responde, borrando su sonrisa—. ¿Acaso no hemos pasado un verano perfecto juntos?

—Ha sido inolvidable, desde luego —contesto, apartando la mirada de él—, pero ya acabó. Y, ahora mismo, que alguien nos vea juntos solo nos va a provocar problemas de más, ¿no crees? ¡A ambos!

Julen se queda mirándome con ojos de cordero degollado.

—Lo comprendo. ¿Pero no quieres al menos acabar las cosas bien?

Suelto un suspiro que le sirve de respuesta. Su sola presencia me

provoca escalofríos.

—Déjame invitarte a cenar. Una última vez.

—¿Para qué, Julen? ¿De qué serviría?

—Como la despedida que nos merecemos. Han sido muchas semanas quedando, ¿no crees? Hemos hecho cosas…

—Eso ya lo has dejado más que claro.

—Entonces, deja de hacerte la tonta —contesta, bajando su tono de voz y señalando su teléfono—. Sabes perfectamente que tampoco tienes la opción de negarte.

Otro escalofrío. Maldito sociópata.

Escucho voces y risas llegando de otra calle y me entra el pánico. ¿Por qué me está pasando esto a mí? Lo único indebido que he hecho en toda mi vida, y tiene que regresar a mí como si fuese un fantasma de Dickens.

—Está bien, ¡de acuerdo! —respondo apresurada—. ¡Pero márchate!

—Te escribiré esta noche. ¡Más te vale contestar! —Eso me lo dice en tono de broma, como si así fuese a sonar menos amenazante.

—Muy bien, muy bien, adiós.

Julen se aleja por la calle mientras yo me apoyo unos segundos en la puerta de mi portal. Ahora tendré que desbloquear su número para que no regrese a mi casa.

Ojalá me hubiese ido este verano a Irlanda con mis amigos. Ojalá mis amigos tuviesen razón, ojalá fuese «Santa Gala» y no hubiese tomado la peor decisión de mi vida…



11

Guillermo del Prado

El CDC nos «encontró» hace poco más de un año, en mi último internado. Suiza es un país precioso y lleno de riquezas, pero bastante aburrido cuando te pasas los días encerrado en un internado tan estricto como el mío. Sin embargo, un día cualquiera, el destino me juntó con el grupo y yo convencí a Roberto para que se uniera… en mala hora.

Al principio éramos quince (ocho de ellos, españoles). O, al menos, eso pensaba; no tuve en cuenta que nuestro grupo solo era una rama de lo que es realmente este club centenario. En cuanto nos expulsaron a los españoles —los únicos *pringaos* a los que pillaron tras lo de Roberto—, la mayoría se mudó de vuelta a Madrid, y el resto pasó a otros internados en Londres, París y Gales. Sin embargo, ahora formamos una especie de «CDC español» y el hecho de estar lejos no los excluye de seguir asistiendo a las reuniones que, al estar el líder en Madrid, se realizan aquí.

Así pues, los componentes de nuestro grupo somos Víctor, Alejandro, Sancho, Luna, Gustavo, Arón y yo. También estuvo a punto de unirse un chico llamado Bruno, pero su caso es algo especial… Al igual que el de mi hermano.

Mis mejores amigos siempre han sido Víctor y Luna; lo que me

reía con ellos no era normal, y lo que la liábamos, tampoco. Quizá por eso acabamos como acabamos… Al igual que mis padres, los suyos y los de Alejandro nos han buscado un colegio en la ciudad para que vivamos en familia y así tenernos más vigilados tras la expulsión de Suiza. Se supone que tenemos prohibido vernos entre nosotros, y por eso Luna creó la *app* secreta.

Aun así, hoy me he puesto gafas de sol y una gorra; no puedo correr el riesgo de que me fotografíe alguien, ya sea paparazi o incluso el detective de mi madre. He quedado con Víctor y Luna en la Plaza de la Villa de París. Es un lugar bastante discreto, y ya sería demasiada casualidad encontrarme con alguien del colegio ahí también. Solo hay varios niños jugando en el parque, acompañados por sus respectivas niñeras, quienes los observan sentadas en los bancos de alrededor. Miro con detenimiento el majestuoso diseño del edificio del Tribunal Supremo, situado a un lado de la plaza. Después, me giro y contemplo la inocencia en las miradas de los críos mientras recuerdo un tiempo en el que yo también la tenía.

Una ligera sensación de peligro me alerta de que mis amigos se están aproximando.

—¡Pero si es el marqués de Fonellosa! —grita Víctor al girar la esquina de la plaza, saludándome con la mano. Aún lleva el pelo en punta y teñido malamente de rubio—. ¿Cómo andas, señorito?

—Todo bien, ¿y tú?

—Hola, *amore*. —Luna me da dos besos. El pelo ya le llega por la zona baja de la espalda, y sigue siendo más negro que la noche. De repente me doy cuenta de que se ha puesto un *septum*; mi amiga es capaz de hacerse lo que sea con tal de no parecer de familia bien.

Nos sentamos en el banco más alejado a los niños.

—¿Qué os contáis? —pregunto—. ¿Cómo son vuestros nuevos colegios?

—Un coñazo —contesta Víctor—. El mío está a tomar por culo de casa y os echo de menos.

—*Same here*, las niñas de mi cole de monjas son estúpidas —añade Luna, liándose un piti—. ¿Y tú qué, marquesito? ¿Cómo va todo en el «nuevo mundo»?

Yo me encojo de hombros.

—Sin más.

—No me lo creo —sonríe—. Si pospusiste la última quedada del CDC es porque te debió de salir algo más interesante. De «asuntos familiares», nada.

—Qué va, tía, es solo que justo aparecieron unos chavales de mi colegio y no quería que me viesen quedando con vosotros.

—Ostia, ¡menudo golpe en el ego, macho! —Víctor me da un puñetazo en el hombro—. ¿Tanto te avergüenzas de tus colegas?

—Sabes que no es por eso. —Me acomodo en el banco—. Si mi madre se entera de que os sigo viendo, me deshereda.

—*Amore*, que lo entendemos. A este no le hagas ni caso.

Me miro con Víctor y le agarro de la cabeza para despeinarle con ganas, aunque no me lo llegue a creer del todo, tampoco quiero comprobarlo. Las únicas personas que conozco que hayan logrado salir han sido mi hermano y otro chico llamado Bruno Luque. El destino de Roberto ya lo sabemos, pero el de Bruno sigue sin conocerse. Un día dijo que ya no quería formar parte de todo esto, y nadie volvió a verle el pelo. Absolutamente nadie.

Preguntaría por él durante alguna de las reuniones, pero he acabado descubriendo que, dentro del CDC, es mejor no buscar respuestas que no quieres descubrir.

Cambio de tema radicalmente, despeinando de nuevo a mi amigo.

—¡Cómo os echaba de menos, cabrones!

—Yo lo que echo de menos es meterte otra paliza con la espada —recalca Víctor, aún creyendo que en el internado él era mejor que yo en esgrima—. Ya podrías animarte a echar unos golpes.

—¿No te valió con el último duelo? ¿Aún quieres que te humille más?

—Ya quisieras, chaval.

—Que sí, que los dos sois muy buenos con la esgrima —concluye Luna, encendiéndose el piti—. Cuéntanos algún salseo de tu nuevo colegio, anda. ¿Cómo son tus compañeros?

—Pues unos pijos de mierda, fijo —responde por mí Víctor—. Como los nuestros.

—Dijo el que practica esgrima —le vacilo.

Me hace gracia que mi amigo comente cosas así. Cree que, por ir

vestido de Levi's, es todo un chico de la calle. De hecho, me hace gracia saber que ambos piensan así. Nunca han soportado a la gente rica, ni siquiera cuando íbamos al internado. Irónicamente, los dos vienen de familias extremadamente acomodadas. Se burlan de mí porque la mía cuenta con un título nobiliario, pero, si ellos lo tuvieran, seguramente serían mucho más poderosos que yo. De hecho, sus nuevos colegios también son de renombre. El de Luna es incluso de monjas, lo cual sé que no le hace nada de gracia.

—Hay gente maja —confieso—. Solo llevo un día allí.

—Pero nadie es tan chulito como nosotros, ¿a que no?

—No, Víctor, claro que no.

—¿Alguna chica guapa? —Luna me observa, aparentando indiferencia. Se moría por preguntármelo. Soy consciente de nuestro historial, de cómo perdimos la virginidad juntos en su habitación del internado y de las otras veces que siguieron. Pero, desde que ella entró en el CDC, no ha pasado nada más. Solo somos amigos; muy buenos amigos. Ella es la única persona con la que puedo quejarme del CDC, ya que ella tampoco está contenta con formar parte de él. Sin embargo, sabía que me acabaría preguntando por otras chicas.

—¿Por qué? —le respondo—. ¿Quieres que te presente a alguna?

—No me cierro puertas —me guiña el ojo—. ¿Y bien?

No va a dejarlo hasta que conteste.

—Sí, hay alguna chica interesante.

Mi amiga asiente con la cabeza, mirándome y sonriendo con un orgullo fingido.

—Bien por ti —murmura antes de dar otra calada. Le robo el piti y fumo yo también.

—Pues cuidado con las niñas de papá, ¿eh? —me advierte Víctor —. Son las peores.

Eso me hace reír.

—¿Y tú qué coño sabrás, si no te liaste con ninguna en el internado?

—En el internado no, pero aquí, sí. Además, los pijos de Madrid son diferentes, te lo juro. Son más déspotas, se lo tienen más creído. Creen que el mundo es suyo, como si no hubiese más España que ellos. Los tíos se sienten con la potestad de hacer lo que

les venga en gana sin ninguna consecuencia, y las tías van de angelitos cuando seguramente sean unas…

—Cuidado con lo que dices, ¿eh, *amore*? —le avisa Luna, golpeando con cariño su cabeza—. Que no me lleve con muchas chicas no significa que no sea una *girl's girl*.

—Yo solo digo que los pijos de ciudad no son de fiar. Son mucho peores, y te recuerdo que tu hermano está de acuerdo conmigo.

Los tres nos quedamos en silencio, de repente. La mención a Roberto me ha pillado totalmente desprevenido, y que Víctor haya hablado de él en presente aún más.

—Estaba —se corrige—. Perdona, tío.

—*Nah*, está bien. Roberto tampoco soportaba a la gente rica.

—Y tú tampoco —me recuerda Luna, acariciando mi mejilla.

—Yo no soporto a la gente. Punto.

—Eres tonto.

Luna se ríe mientras sube una de sus piernas sobre mi muslo derecho. Me vuelve a pasar el piti para que fume de él. Me ha dejado la boquilla un poco húmeda, no sé si ha sido aposta.

—Aunque, por otro lado —continúa Víctor—, he visto a algunas chicas de este barrio y están bastante buenas. Se nota que llevamos mil sin pasar por aquí. Yo no descartaría tirarme a unas cuantas.

—Eres un cerdo —le responde Luna.

—¡Es cierto, joder! Van de niñas buenas, pero me encantaría saber cuánto les dura. —Víctor se dirige a mí—. ¿Qué, chaval? ¿No hay alguna de tu colegio a la que te apetezca pervertir un poco?

—Yo no estoy tan enfermo, tío —me río.

—¿Estás seguro de eso?

No, no lo estoy. Quizá hace un año hubiese mostrado mayor interés en el desafío de corromper a una chica buena, de conseguir llevarla al lado oscuro… Pero han cambiado muchas cosas desde el Guillermo que vivía en Suiza. Yo ya no busco problemas, solo divertirme. Y en los juegos del amor, la diversión se acaba pronto.

Ahora yo debo ser el chico bueno. Tengo que ser la persona a la que perviertan, a la que transformen en lo que todo el mundo espera que sea. Por mi familia. Necesito ser como el Tristán que conoce mi hermana y el director Brighton, no el que conocí yo. Debo

dejar de buscar los problemas, y mucho menos provocarlos.

O, al menos, esa es la teoría.

—Por cierto, *amore* —menciona Luna—, nos diste plantón en la última quedada, pero habría que ir pensando una fecha para reorganizarla. La cosa promete.

—Claro… —Mi cuerpo se tensa automáticamente, pero hago lo posible por ocultarlo—. ¿Qué tal la semana que viene?

—¡De locos! —grita Víctor—. Pues el viernes mismo. ¡Se va a liar, hijos de puta!

Ninguno le pide que baje la voz, a pesar de las miradas juzgadoras de las niñeras que nos observan al fondo del parque. Está claro que la plaza entera le ha oído, pero a Víctor no le da miedo ser visto.

Podría desear ser de Zaragoza o vivir en Nueva Orleans, pero eso daría igual. Una vez que estás dentro del CDC, ya puedes estar en el pueblo más remoto de Australia, que asistir a las reuniones es obligatorio si no quieres sufrir las consecuencias. En nuestro caso, al haber sido expulsados del internado, Alejandro decidió que fuéramos solo los españoles quienes nos reuniéramos en Madrid, y que el resto siguiera haciendo sus reuniones del CDC en Suiza. Al fin y al cabo, existen miembros y reuniones de estos por todo el mundo.

La verdad es que, si hubiese sabido todo lo que implicaba formar parte de esto, me lo habría planteado dos veces. Me dan igual sus enormes privilegios: este club ha acabado con vidas; la de Roberto, sin ir más lejos. Y ahora me tiene capturado hasta el resto de mis días.

En cuanto regreso a mi casa a pie, ya ha anochecido. Y mañana es lunes, por lo que toca regresar al maldito Knight's Hill College una vez más. Sin embargo, hay algo que logra quitarme los nervios, y se encuentra en el cuadro abstracto de la entrada que compró mi hermana.

«Se supone que cada persona ve algo a través de todas esas manchas, líneas y colores», me dijo Aria. Pero yo no había visto nada, hasta este momento. Y ahora no consigo apartar la mirada del maldito cuadro, desde que mis ojos descubrieron el rostro pintado de Gala entre las líneas rojizas del centro.



12

Guillermo del Prado

La fachada del Knight's Hill College no deja de sorprenderme. Me quedo observándola unos minutos antes de lanzarme al vacío y asistir a mi primera clase. Teresa, la secretaria del centro, ha tenido la amabilidad de enviarme por correo mi horario de clases. Mi madre, por supuesto, me matriculó en la rama de Sociales. Quiere que estudie Finanzas en la universidad, justo como hubiese hecho Roberto… A veces siento que murió el hermano equivocado.

Sigo llevando la chupa de cuero azul, y la dichosa americana del uniforme debajo, para que no me digan nada. Me dispongo a ir al aula que me toca, en el edificio Hardy del campus. ¿Cuál es ese? Me habría hecho falta un mapa. Debo preguntarle a algún estudiante o llegaré tarde. Dios, preferiría ahora mismo colarme en la azotea de alguna de las torres y pasar escondido ahí todo el día.

—¡Pero bueno, macho! —Juanfran pasa su brazo sobre mis hombros. Huele como si acabase de salir del establo—. ¿No tendrás ahora clase con Morales?

Busco el nombre del profesor en mi horario, rezando por que sea cualquiera menos ese, pero acabo asintiendo con la cabeza, muy a mi pesar.

—Me toca Historia.

—¡De locos! Nos toca juntitos. ¿Qué orientación haces?

—Ciencias Sociales, ¿y tú?

—Igual, como la mayoría. Pues qué guapo que podamos compartir algunas clases, ¿no, tío? Nos ponemos juntos en los trabajos, ¿eh? Que quiero que me invites a tu palacio.

Juanfran se empieza a reír como un energúmeno y yo sonrío con educación mientras llegamos al edificio. Está bastante cuidado, con muros de ladrillo visto y una enorme enredadera cubriendo uno de ellos.

En cuanto cruzo la puerta del aula, mi mirada va directa hacia el grupo. Están todos otra vez colocados en rebaño. ¿Acaso se separan alguna vez? Son como un *pack*. Cada uno parece en su mundo: Tris y su amigo, el de pelo castaño, parecen estar tonteando con un par de chicas, mientras que la que se llama Jimena los observa con cierta tristeza. Gala, que hoy se ha puesto una diadema de perlas y parece una princesa, le acaricia el hombro con cariño y le dice unas palabras que no llego a oír. No sé a quién de los dos está mirando, pero Jimena está claramente sufriendo un mal de amores. Dafne está atenta a lo que le cuenta una niña pelirroja que parece un par de cursos menor. Sin embargo, todos están sentados muy cerca, como si flotasen siempre en la misma órbita. La mayoría de los estudiantes de la clase los observa, atentos a cada movimiento. Es como si la luz que atraviesa la ventana solo los iluminase a ellos.

—¿Qué? —me dice Juanfran—. ¿Por dónde nos sentamos?

—Siéntate donde quieras.

Me dirijo a buscar un pupitre en cuanto veo al chico del Retiro adelantarme por la izquierda. Va directo a por Gala, y ella sonríe con timidez en cuanto le ve. Mierda. ¿Es su novio? No, no creo. Sus amigas los miran y sonríen como tontas entre ellas. Vale, eso significa que solo es un «posible novio». No hay nada cerrado aún.

¿Pero por qué me preocupa? Tenga pareja o no, ya puedo ir olvidándome de ella. Tengo que alejarme de los líos amorosos y de todo lo que pueda provocar que me descentre este curso. Mi madre ya me avisó de que no podían expulsarme de este colegio y no sé qué es capaz de hacer si eso ocurre. Quizá mandarme a un campamento militar, o a Guantánamo, directamente; seguro que

encuentra los contactos adecuados.

Aunque quizá sí que deba acercarme a su grupo. Tris fue bastante receptivo conmigo y, a lo mejor, ellos son la «buena influencia» que necesito para este curso. Además, cualquier opción es mejor que sentarse junto al pesado de Juanfran.

—¡Felipe! —grita Jimena, mirando al amigo de Tris mientras otro par de chicos de la clase lo elevan por los aires con este partiéndose de risa—. ¡Te vas a matar por tonto!

—Venga, ya, chavales. —El chico se despide de ellos, dándoles la mano—. Aire.

Menudo chulito, el Felipe. Joder, pues de «buena influencia», nada. No sé quién de ellos es peor, si la «abeja reina», el «niño perfecto», la «pobre enamorada» o el «machito de la clase». Gala, ¿qué haces con ellos?

—Gracias, Corina —escucho decir a Dafne mientras acompaña a la niña con la que estaba hablando a la salida del aula y, seguidamente, se dirige a la pizarra—. ¡Atención todos! Un momento, por favor.

Toda la clase se gira hacia ella, sentándose en sus correspondientes pupitres como si fuese a iniciar la asignatura.

—Me alegra mucho compartir con vosotros un año más de clases —recita sonriente, como si se hubiese aprendido un discurso de memoria—. Ya sabéis que este es nuestro último curso aquí, llevamos años acumulando experiencias entre todos y me hace muy feliz pensarlo. Como ya imaginaréis, me vuelvo a presentar a delegada del curso, y me gustaría volver a contar con vuestro voto para poder seguir tratando de hacer el Knight's Hill un poco más nuestro. Así que, como siempre, si tenéis alguna duda o propuesta sobre qué podría mejorar yo en el campus, no dudéis en comentármela ahora o en la fabulosa fiesta que haremos en mi casa.

Dafne permanece en el sitio, lanzando besos a los estudiantes, mientras la mayoría de estos aplauden. Jimena le grita cosas como «guapa» y «reina», mientras que Juanfran le recuerda frente a la clase que él no ha recibido invitación a la fiesta, siendo claramente ignorado. Me resulta fascinante cómo trata de ganarse el puesto de delegada como si fuese el de presidenta del país; quizá sea porque

es lo más parecido a ello en este colegio.

—Un discurso precioso, señorita Laurent —comenta el profesor Morales, un hombre calvo de metro setenta, vestido con chaqueta de *tweed*, entrando por la puerta. Deja su cartera sobre su mesa mientras mira con desgana a Dafne—. Un tanto desesperado, pero con buena estructura. Vaya a sentarse.

Dafne le sonríe y, en cuanto se gira para volver a su asiento, deja la mirada en blanco por el camino. De todos los escenarios que podría haberme imaginado en esta clase, un profesor tratando de humillar a la «alumna perfecta» del curso en público no era uno de ellos.

—Good morning, students. As you know, this year we are going to focus on…

La clase da comienzo y yo he terminado sentado junto a Juanfran. No estoy contento. Al menos, Gala no se ha sentado con nadie. Sus amigas van juntas, y los chicos, igual. El capullo del Retiro ha preferido ponerse con otro de sus amigos, el que tonteaba con Dafne el otro día. Idiota.

Podría haberme sentado con ella. Podría ahora mismo coger mis cosas y moverme a su lado. Pero la decisión adecuada sería mantener las distancias y no sucumbir.

Estoy acostumbrado a tener clases en inglés, pero esta se me está haciendo especialmente tediosa. El profesor Morales parece totalmente falto de motivación por su trabajo, se ciñe a hablar con un tono lineal y a leer diapositivas. ¿No se supone que este es un colegio de élite?

—I have a question, professor. —Dafne levanta la mano.

—Not now, Miss Laurent. Wait until the end of the lesson, as the rest of your peers.

No tengo que girarme hacia ella para saber que le sale fuego por los ojos.

El profesor termina de hablarnos sobre la Revolución Industrial y decide mandarnos el primer trabajo del curso. Tenemos un par de semanas para entregarlo y presentar un PowerPoint por parejas en inglés. ¿La temática? A elegir; algún punto clave sobre dicha revolución a lo largo de los siglos xviii y xix. Estoy seguro de que la

mayoría de la clase lo hará desde la perspectiva de la clase burguesa.

—*You have ten minutes to decide who you will work with and what part of the lesson it will be about. Starting now.*

Nos da diez minutos para elegir a un compañero y una temática. Toda la clase se revoluciona de pronto. Veo cómo Dafne agarra instintivamente a Jimena del brazo, mientras que Tris y ese tal Felipe chocan las palmas como si fuese obvio que lo harían juntos. Me giro hacia Gala; está sola.

—Bueno, tío —bosteza Juanfran de fondo—, ¿de qué hacemos el trabajo?

Ni en broma. Prefiero hacerlo solo a tener que aguantar a este chaval. Miro a Gala de nuevo. Joder. Dura decisión. Vuelvo la cara y el chico del Retiro también la está mirando. Y luego me mira a mí. Es ahora o nunca. Nos retamos brevemente con los ojos y nos dirigimos a la vez hasta ella, pero como la tengo solo dos pupitres por delante, no tardo nada en sentarme a su lado.

Lo siento, Juanfran. No he tenido mucho margen para pensar.

Su rostro se enciende al verme. Está claro que no me esperaba.

—Hola, ¿qué hay? —le ofrezco la mano—. Soy Guillermo.

—Gala.

Parece estar un poco en las nubes. Su mano, al igual que su voz, es suave y algo fría, perfecta para el calor estival que emana de la mía.

—¿Tienes pareja?

—¿Cómo? —pregunta, un tanto confusa.

—Para el trabajo.

—Ah. No, aún no.

Me fijo en que, a pesar de que todo su grupo se haya ya emparejado, ella ni siquiera se ha molestado en moverse de su asiento. O bien está con la cabeza en otro sitio ahora mismo, o bien tenía bastante claro que alguien iría a por ella. Segura e inteligente. No está mal.

—¿Te gustaría ponerte conmigo?

No voy a mentir, la estoy devorando con la mirada. Es inevitable. Gala me analiza por unos segundos. Sentir sus ojos clavados en mí

me provoca temblores y mi corazón se acelera. Se lo está pensando en profundidad; de repente, me siento en una entrevista de trabajo.

—¿Cuál es tu media del curso anterior?

Suelto una risotada involuntaria, pero ella no la sigue. ¿Está hablando en serio? La clase se sigue emparejando a toda prisa, y ella solo me mira, serena, a la espera de mi respuesta. Caray, en mi cabeza era más dulce, menos analítica. Sin embargo, hay algo en todo esto que me sigue atrayendo.

—Un 5 suizo. Es algo así como un 8,50 en España, ¿por? —termino contestando, fingiendo desinterés. No atendía mucho en clase, pero, por suerte, soy bueno con la memoria.

—No está mal —reacciona ella, levantando las cejas.

—¿Qué pasa? ¿Te esperabas menos? —bromeo, pero Gala asiente —. ¿Y eso por qué?

—Por tu reputación.

¡Zas! No se corta ni un pelo. Me lo dice sin más, pero con una amabilidad que hace que la verdad sea un poco menos dolorosa.

—¿Ya tengo una? —sonrío—. ¿Y qué van diciendo por ahí del «marqués de Fonellosa»? —pregunto, vacilante.

Gala se ríe, arqueando una ceja.

—Tú no eres marqués. Tus padres lo son.

Vaya. Por una vez que alguien lo entiende, y funciona en mi contra. Me reto a un duelo de miradas con ella. No me lo está poniendo fácil, pero algo me dice que es por un buen motivo.

—No importa lo que digan, ¿verdad? —contesta a mi pregunta—. En este colegio, si llegas nuevo, te conviertes en la comidilla. Y es más divertido si se crean los rumores más atroces sobre ti.

—Entonces deben de estar pasándoselo bomba, teniendo en cuenta lo que la prensa vomita sobre mi familia…

—No te quepa duda —responde al instante—. Pero esa prensa siempre está soltando basura sin siquiera informarse bien, yo no les haría caso.

—¿Tú lo haces?

—¿Caso? —vuelve a clavar la mirada en mí—. No.

—Entonces, ¿he pasado la prueba?

Gala ladea una sonrisa, mirándome de arriba abajo.

—Aún no. ¿Sobre qué querrías hacer el trabajo?

—Sobre la rana Gustavo, pero no creo que nos dejen —aseguro, consiguiendo arrancarle una risilla. Dios, es guapísima—. Si no me aceptas como compañero de trabajo, pensaré que es porque te crees todo lo que oyes sobre mí. Y eso te convertiría en otra oveja más del rebaño…

Vuelvo a sentir su mirada analizándome. ¿Qué es lo que trata de leer en mí? Sé que no soy un libro abierto, y también que, al igual que el resto del Knight's Hill, se muere por saberlo todo sobre mí. Pero eso no va a pasar.

—Ey, Gala. —Una chica rubia con mirada felina y la corbata desajustada se acerca a nosotros, ignorándome por completo—. ¿Tienes ya pareja para el trabajo?

—Me pongo contigo si quieres, Adri —responde ella, sonriéndome mientras lo dice—. Luego buscamos tema en el recreo.

—*Perfe*.

La tal Adri, que me ha quitado mi pareja para el trabajo, se marcha de nuevo, y yo solo sonrío, tratando de no ceder ante mi ego dañado. Y yo que pensaba que lo tenía hecho con ella…

Gala se gira y llama a Juanfran.

—¿Has encontrado pareja para el trabajo?

—No —contesta este, riéndose—. El cabrón este me ha dejado tirado, ¡no se abandona a un hermano!

—Tranqui, tío —suspiro—. Haremos el trabajo juntos.

—¡De locos!

—*Okay* —suspira el profesor Morales, levantándose de su asiento —*, back to the lesson…*

Comparto otra mirada desafiante con Gala y noto cómo se lo está pasando genial, así que me vuelvo a mi pupitre, pero solo para recuperar mi libro de Historia. Después de cogerlo, regreso a su lado.

A la mierda las distancias. No se va a deshacer de mí tan fácilmente.

—No te importa que me quede aquí, ¿verdad?

—Shh.

Permanezco en silencio. Durante el resto de la clase, Gala no se

gira ni un instante hacia mí. Se ha disociado totalmente de mi presencia y ahora solo tiene ojos para el profesor. Alguien me lanza una bola de papel desde atrás y, al girarme, veo a Juanfran un poco molesto.

—¡*Bro*! —susurra a gritos—. ¡Que hay que pensar un tema para el trabajo!

—¡Luego!

Contemplo una ligera sonrisa asomando en los labios de Gala. Sí, sí, puede estar «prestando atención» a la clase todo lo que quiera, pero su cabeza está en mí; lo tengo claro. Bueno… más o menos.

—¿De qué te ríes, rubita? —me atrevo a preguntarle.

—Intento prestar atención —contesta, alzando la barbilla—, así que…

—De eso nada, guapa —señalo con la cabeza a Morales—. Este tío es un peñazo bilingüe.

Vuelvo a hacerla sonreír.

—¿Alguna vez has…?

—Para —me interrumpe—. Sé lo que intentas.

Por un momento me quedo totalmente descolocado. ¿De qué está hablando? Su rostro se gira hacia mí de nuevo y me mira con cara de póquer.

—No vas a tener nada conmigo.

—¿Qué coño? —respondo entre risas.

—*Is there any problem, Mister Del Prado?*

Toda la clase dirige sus miradas hacia mí. Me quedo paralizado ante la situación. Genial, ni una clase entera he pasado sin liarla.

—*He was just asking me some questions about the schedule* —sale Gala en mi defensa—. *Since he is new in the school…*

—*You can catch up about it later* —responde el profesor, dejando la mirada en blanco y sentándose de nuevo en su silla—. *Now, focus*.

—*Yes, Sir.*

La clase continúa y todos devuelven su atención a la pizarra. Me giro alucinado hacia Gala. Ella me mira de soslayo, arqueando una ceja.

—¿Qué?

—*What was that, my lady?*

—Una damisela de brillante armadura rescatando al caballero en apuros.

—Para no querer nada conmigo, te veo bastante dispuesta a dar la cara por mí…

—Se llama tener principios, «marqués». Y ahora no tengo tiempo para charlar, así que haz caso al profesor y *focus*.

Permanecemos unos cuantos minutos atentos a la clase, pero no logro concentrarme. Ella sí parece estar inmersa en las palabras de Morales, aunque también noto cómo su atención recae sobre mí de vez en cuando. ¿Cómo es posible que esto me divierta tanto, de repente? Se aparta en un momento el pelo de su hombro y me llega un dulce aroma a vainilla y jazmín.

Vale, no aguanto más. Nunca me he sentido tan débil…

Exceptuando, quizá, la noche del accidente.

—¿Entonces cuándo?

—¿Cómo?

—¿Que cuándo tienes tiempo para charlar? ¿Después de clase?

Gala suspira.

—Olvídalo, Guillermo. —Mi nombre sabe a miel saliendo de sus labios—. Este curso necesito centrarme en mis estudios. Y si nuestras interacciones no van a formar parte de estos, no las necesito.

Asiento lentamente, procesando la información.

—Oído cocina —murmuro.

Nos quedamos en silencio, mirándonos durante un par de segundos más. Si no quiere saber nada de mí fuera de las clases, ¿por qué no dejo de palpar esa tensión tan evidente? Poco me ha durado el afán por mantenerme centrado en los estudios. Lo siento, madre; necesito respuestas.

En cuanto acaba la clase recojo mis libros antes de que Juanfran venga detrás de mí otra vez y salgo pitando hacia Secretaría. La sala huele un poco a humedad, seguramente por las paredes antiguas y los muebles de coleccionista. Allí, Teresa me recibe con una enorme sonrisa mientras escribe en su ordenador.

—Buenos días, señor Del Prado. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría recibir un *tour* guiado por el campus. Se me siguen

haciendo un poco lío las instalaciones.

—¡Oh, disculpe! Creí que ya se lo había hecho un estudiante del centro.

—Lo hizo, lo hizo… —Me rasco la cabeza, apoyado sobre el mostrador—. Lo que pasa es que no llegó a ser del todo conciso con los detalles importantes y busco a una persona que sepa darme la información que necesito sobre… la vida estudiantil.

—Estupendo —me contesta, agarrando un libro que parece lleno de fichas de estudiantes—. En tal caso, le buscaré un nuevo compañero que pueda…

Le aparto el libro de las manos antes de que pueda abrirlo.

—No hace falta que busques más, Teresa —respondo, esbozando una sonrisa traviesa—. Ya he encontrado a la persona perfecta.



13

Gala Ruiz-Johnson

Me prometí no acercarme a ese chico. Pero, al parecer, él tiene otros planes.

Guillermo del Prado no es como me esperaba. Sus ojos se han cruzado tantas veces con los míos en este par de días que era evidente su fijación por mí. Sin embargo, no me esperaba que fuese capaz de lanzarse tan fácilmente. De verdad que no le entiendo. Primero no quiere sentarse con nosotros, ¿y ahora se sienta a mi lado en clase? ¿Cuál es su plan? ¿De verdad pensaba que me pondría con él en el trabajo de clase? ¿Con el alumno de las cuatro expulsiones que podría bajarme la media de Bachillerato? ¿Con el chico nuevo que huele a problemas? A problemas y a Maison Crivelli, por cierto. El aroma afrutado con tintes de cuero que emana de su piel me nubla la mente cada vez que me llega. A pesar de ello, y aunque sigo ansiosa por saber más de él y sus secretos, prefiero mantenerme alejada si ello va a suponer un cambio en mi vida.

Bastantes problemas tengo ahora mismo. Entre la llegada de Julen a la ciudad y mi padre en una crisis por los rumores anónimos sobre su empresa, mi agenda ya está completa hasta el año que viene. De hecho, llevo desde anoche con la cabeza en otro lado por el mensaje que recibí de Julen:

Gracias por desbloquearme, preciosa.

¿Cuándo puedes quedar?

«¿Contigo? Nunca».

Le odio. Y le odio aún más porque no me queda otra que decidir una fecha. Si hubiésemos dejado las cosas en verano, al menos lo que pasó se habría quedado en un bonito recuerdo. Bueno, más bien en un recuerdo a secas. Pero ¿por qué tiene que volver a aparecer y estropearlo todo? Si alguien se enterase de todo esto, mi reputación y posiblemente la de mi padre se irían al garete.

Llevo toda la mañana tratando de no pensar en ello, pero me ha resultado imposible. He intentado concentrarme en los problemas de mis amigos, en ser la «Santa Gala» que ellos conocen… Pero cada vez me siento menos santa. Y, para más inri, no solo me vuelven a dejar sola a la hora de hacer parejas, sino que se une a mi listado de problemas el chico nuevo; Guillermo del Prado, tan atractivo como insistente.

En mi cabeza era un caballero de oscura armadura: misterioso, maduro, diferente… Pero en clase ha dejado bien clarito que es como los demás chicos y solo busca liarse conmigo; con la niña buena de la clase, el «angelito» de ojos claros. Dios, ¡estoy tan harta de esa fama que no me extraña que luego tome las decisiones que tomo!

Y la cosa no acaba ahí. Durante el primer descanso del día, mientras trato de buscar cómo responder al mensaje de mi nuevo acosador, recibo una llamada de Secretaría. Teresa me espera a la entrada de la sala, acompañada por el «marquesito», que está colocado detrás de ella, sonriente y con las manos a la espalda, como un niño bueno que no ha roto un plato en su vida. Aprende rápido.

—¡Ay, Gala, querida! —canturrea Teresa—. ¿Le podrías hacer un *tour* por el campus? El pobre aún se hace un poco de lío…

—Y supongo que me ha solicitado él —deduzco, mirándole a los ojos.

—Sí, dice que te ha visto interactuar en clase y que le pareces una

alumna bastante considerada. ¡Y estoy de acuerdo! Eres una alumna perfecta.

¿Considerada? ¿En serio? ¿Solo por cubrirle en la clase de Morales?

—Gracias, Teresa —sonrío—. Pero ahora tengo otra clase.

—Te hago un justificante, no te preocupes —dice y luego, se gira hacia Guillermo—. ¡Le va a encantar el campus!

—Eres un sol, Teresa.

Esta regresa sonrojada a su mesa y Guillermo me señala la puerta de salida, dejando que pase yo primero. Todo un caballero, teniendo en cuenta cómo ha manipulado a la secretaria.

—Muy sutil, tu movimiento —le dejo caer mientras abandonamos el edificio principal—. Debes de dominar el ajedrez.

—Me defiendo.

Me vuelve a llegar el potente aroma de su colonia, y he de admitir que es tan adictivo que me impide estar tan enfadada con él como debería. Me fijo en él más de cerca: se le ve muy pulcro, así que está claro que se preocupa por su imagen. Lleva el pelo ligeramente engominado, lo que le da un brillo especial a sus rizos negros. Me saca entre unos quince y veinte centímetros de altura, y eso que yo llevo un poco de tacón. Vuelve a llevar esa chupa de cuero azul, aunque hoy por encima del uniforme, y tiene la mirada cuidada pero cansada. Y cómo no: guardar tantos secretos agota a cualquiera; lo sé de sobra.

—El colegio Knight's Hill College fue construido como mansión para un noble español a finales del siglo xix —comienzo a informarle con el tono lineal de una guía turística—. Sin embargo, sirvió de hospital durante la guerra civil y luego…

—¿Y tú vienes aquí desde pequeña?

—Tras ejercer de hospital —continúo—, el actual fundador compró la propiedad y mandó construir nuevos edificios a lo largo de la amplia parcela para convertir el terreno en una escuela para chicos…

—Se te ve muy bien informada. ¿Te gusta la historia?

—A finales de los 70, se abrieron las puertas a estudiantes femeninas y se convirtió, oficialmente, en uno de los primeros colegios privados mixtos de la ciudad después de la dictadura

franquista.

—¿Es eso cierto?

—La verdad es que no tengo ni idea, no lo he comprobado nunca.

Guillermo suelta una risotada que no me veía venir. Tiene una risa bonita, lo suficiente como para que me relaje un poco con él al escucharla.

—¿Te ha cabreado mucho que haga esto? —me pregunta mientras pasamos por un arco de piedra del campus, posando su mirada en mí.

Me quedo unos segundos contemplando sus ojos oscuros y suspiro. Luego, me encojo de hombros.

—Un poco, sí. Pero también sé que la he tomado contigo en clase por motivos ajenos a ti, así que te pido disculpas.

—Siempre puedes pasar de Adri y ponerte conmigo en el trabajo de Historia.

—Ni lo sueñes.

Vuelve a reírse. Le sigo mostrando los diferentes edificios del campus y trato de hacerle recordar qué asignaturas tomará en cada uno. A lo largo del camino, él sigue haciéndome preguntas personales que yo trato de eludir. Si ni él ni su familia tienen pensado soltar prenda de su vida personal, ¿por qué iba a tener que hacerlo yo?

Aun así, él es más divertido de lo que me esperaba. Acabamos apoyados en la valla del campo de equitación.

—Bueno —suspiro—, diría que ya te he enseñado lo esencial.

—Eres mejor guía que Juanfran.

—A Juanfran no te lo quieres tirar.

—¿Quién te ha dicho que no?

Ahora soy yo la que suelta una carcajada. Nos quedamos mirándonos, una ligera brisa le mueve el rizo que cae por su frente.

—Lamento si te he llegado a incomodar.

—Las he pasado peores.

Permanecemos unos segundos en silencio en los que logro sentirme un poco a gusto.

—¿Cuál es el problema entre tu amiga y el profesor Morales? —me pregunta de la nada. Siento que lo ha hecho para pasar página, lo

cual agradezco.

—¿Hablas de Dafne? —Niego con la cabeza, arqueando una ceja —. Morales es muy duro con ella, y yo tampoco lo entiendo, no hay nadie más aplicado que Daf.

—Quizá sepa que va a llegar a un nivel en el futuro que él nunca alcanzará.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y tú qué? —pregunta ahora—. No me has dicho cuál es tu media del año pasado.

Ladeo la cabeza y sonrío.

—9,50.

—Menuda empollona.

—Gracias.

—No era un cumplido, angelito.

Le doy un golpe suave en el hombro y él se ríe. ¿Me acaba de llamar «angelito»? Estupendo, así que definitivamente me ve como el resto del curso.

—¿Y en qué internados has estado? —pregunto, fingiendo que no he oído esa palabra.

—Mmm… —recuerda—. El primero en Gales, luego en Berlín, California y, el último, en Suiza. Todos internados británicos. Y, a pesar de mi «mala reputación» —me guiña el ojo—, éramos muy buenos estudiantes.

—¿«Éramos»? —Nada más hacer la pregunta, siento que la he fastidiado. Él y su hermano, claro. ¡Seré tonta!—. Perdona, ¡no hace falta que respondas! —le pido antes de que pueda contestar.

—No pasa nada —sonríe—. No quiero fingir que Roberto nunca existió.

Oírle pronunciar el nombre de su hermano muerto me pone la piel de gallina.

—¿Deberíamos volver? —propone.

—Sí, hay que pasar de nuevo por Secretaría antes de clase.

En el camino de regreso, compruebo si llevo en mi bolso el estuche y mi cuaderno. Guillermo aprovecha para meter la mano también y sacar el libro que llevo conmigo.

—Adelante, coge lo que quieras —le escupo, fulminándolo con la

mirada.

—*The Decay of Lying* —lee la portada, traduciendo después—. *La decadencia de la mentira*… ¿Es bueno?

Me encojo de hombros.

—Eso es subjetivo, ¿no? Oscar Wilde es de los pocos autores clásicos que me gustan de verdad. Y el único libro suyo que nos van a mandar leer de él es el de Dorian Gray, pero yo prefiero este.

—Interesante —comenta—, ¿y eso por qué?

—Bueno, es un ensayo bastante interesante sobre el arte y la vida. Habla de cómo el verdadero arte se ve amenazado por la realidad y por la forma en que la retratan sus creadores cuando, en realidad, el arte se compone de bellas mentiras y de la imaginación del artista.

—¿Y estás de acuerdo?

Me detengo en seco y le miro. No puedo evitar sonreír. En todos estos años, ninguno de mis amigos me había preguntado por mis lecturas.

—¿De verdad te interesa?

Él solo arquea las cejas, esperando mi respuesta. Suspiro antes de hablar:

—Creo que hay formas muy distintas de proyectar una realidad. Algunas más bellas, otras más imaginativas… pero cualquiera de ellas acaba mostrando la verdadera intención de su creador.

Guillermo sonríe mientras me devuelve el libro.

—Así que te va el arte.

—A todo el mundo debería irle el arte —respondo—. No hay mejor forma de retratar el mundo y a las personas.

Él solo asiente.

—¿Cuál es tu artista favorito?

—Me gusta mucho Gian Lorenzo Bernini. Sus esculturas me fascinan, tienen mucho sentimiento.

—Hace un tiempo visité la Cátedra de San Pedro… Parece sacada de otro mundo.

Frunzo el ceño al instante, más sorprendida que confusa.

—¿Conoces el trabajo de Bernini?

Guillermo se ríe.

—¿Y esa cara de desconcierto? ¡Ah, es verdad! Que no pega con

mi reputación.

Trato de ocultar mi sonrisa. No voy a mentir, por supuesto que estoy impactada. Hablando con él, no suena como una persona que haya sido expulsada de cuatro internados. ¿Cómo es eso posible? ¿Por qué no podía tratarse de un chico normal, con su palacio y su título nobiliario, pero sin esa carga en el expediente y ese afán de meterse líos? Todo habría sido más fácil, y puede que hasta me hubiese puesto con él en el trabajo de Historia.

—¿Así que eres otro apasionado de la escultura?

—Arquitectura, más bien —corrige—. Pero el arte es arte, ¿no?

Sonrío, bajando la mirada involuntariamente.

—Disculpa si he sido muy dura antes —me excuso—. Pero estamos en el Bachillerato y no puedo permitir que alguien me influya de manera negativa.

—No te preocupes, sé que soy un desastre sin remedio —responde—. Pero ¿quién dice que no serás tú quien acabe influyendo en mí? De manera positiva, claro.

Cierto. Podría ser. Me ciño a encogerme de hombros.

«No te conviene acercarte a él, Gala», me recuerdo. «Los chicos así son los peores».

Llegamos al patio principal, el de la entrada del colegio. Pero, antes de entrar al edificio de Secretaría, nos quedamos de pie, uno frente al otro.

—Gracias por el *tour*, angelito —me agradece Guillermo—. Y por la charla sobre arte.

Ahí está otra vez. «Angelito».

—Considéralo una rama de olivo —le respondo—. A partir de ahora, vamos a tener que vernos básicamente a diario.

Él asiente sonriente, sin quitarme la vista de encima. Siento un escalofrío recorriendo mi cuerpo; un escalofrío inevitablemente excitante. Él da un paso más hacia mí.

—Sabes que si te hubieses acercado tú a invitarme a la fiesta —me confiesa—, hubiese dicho que sí al momento, ¿verdad?

El corazón se me detiene por unos segundos. Rememoro en mi cabeza aquel momento, en el hotel Wellington, y me sumerjo en un mar de vergüenza al instante. Me ciño a asentir sin parar.

—Puedes venir a la fiesta, si quieres —murmuro, intentando no trabarme.

Guillermo suelta una risotada, bajando la mirada.

—Puede que me pase.

—¡Ahí está!

Me giro de repente, y un grupo entero de fotógrafos y periodistas se asoman desde la puerta del colegio. Los tenemos al lado, pero, por suerte, no pueden entrar en las instalaciones.

—Mierda —musita Guillermo—. Putos pesados.

Ahora lo entiendo: su familia no quiere soltar prenda sobre lo que pasó con su hermano, y ahora toda la prensa del país está luchando por llevarse la exclusiva a través del pequeño de la familia. Qué espanto.

Guillermo rodea mi espalda con su alargado brazo y me saca de ahí, pero no lo suficientemente rápido. Entre las constantes preguntas a gritos que lanzan los periodistas sobre el fallecido Roberto, una de ellas no marca diana en mi compañero, sino en mí.

—¡Señorita Ruiz-Johnson! —escucho—. ¿Qué sabe de los rumores que circulan sobre Blaisè y la presunta explotación infantil? ¿Por qué no se ha pronunciado aún públicamente?

Me voy a girar, pero Guillermo aprieta más mi cuerpo al suyo y me sigue sacando del patio.

Y así, de pronto, todas las preguntas dejan a Roberto a un lado y van a por mí: «¿Está en una relación con Guillermo del Prado?». «¿Piensa seguir apoyando a su padre?». «¿Blaisè piensa compensar a las presuntas familias en países en subdesarrollo que han utilizado para la fabricación de sus productos?». «¿Se considera partidaria de la supremacía blanca?»…

Y un largo etcétera que me revuelve el estómago.

Y de no ser por Guillermo, que en cuanto desaparecemos del patio de la entrada ya casi me ha fusionado con él, habría acabado insultando a los periodistas y destruyendo del todo la reputación de mi padre. La presión de sus brazos rodeándome me hace sentir protegida por unos segundos.

¿Para qué juzgar la mala fama de Guillermo y de su familia si la mía está casi peor?

—¿Estás bien? —inquiere cuando ya estamos a salvo.

Otra pregunta que llevaba tiempo sin escuchar. Quizá Guillermo no es tan mala influencia como creí que sería. Al menos, me acaba de salvar de un grupo entero de buitres carroñeros.

Debería dejar de preocuparme tanto por lo peligrosas que puedan ser las personas a mi alrededor, cuando el verdadero problema nace de mí: esta ira que siento ahora mismo, estas ganas de arrancarle el pelo a la periodista que ha iniciado la rueda de preguntas… Algo así fue lo que me impulsó a verme con Julen este verano; el deseo de ser otra. Ya me estoy cansando de interpretar a la niña buena, la amiga de todos, la hija perfecta, el «angelito» que creen que soy.

Cada segundo que pasa, Santa Gala está más muerta. Yo la estoy matando.

Guillermo puede ser un desastre sin remedio, pero yo soy una asesina.



14

Guillermo del Prado

Mi hermana me despierta a las ocho de la mañana y, en cuanto abro los ojos, observo un traje nuevo de Prada colgando de mi puerta. Es completamente negro, hasta la camisa. Podría decirse que Aria comprende bastante bien mi personalidad.

Pensé que este fin de semana podría descansar. Qué ingenuo.

Hago unas cuantas flexiones en el suelo de mi habitación antes de salir a desayunar. Aria ha preparado zumo de naranja natural. Corrección: ha contratado a alguien para que lo prepare. Pero, en cuanto me siento en la isla de la cocina a tomármelo, da igual quién lo haya hecho; está tremendo. Me preparo una tostada con aguacate.

—¿Qué pasa hoy, que tengo que llevar un traje?

—¿Te has olvidado? —me pregunta Aria, colocándose unos pendientes, como si no supiese ya la respuesta—. El evento benéfico de mamá. Lo ha organizado aquí al lado, en una galería cerca de la iglesia de San Jerónimo.

—¿Y es obligatorio ir?

Aria me mira, arqueando una ceja. Se sienta a mi lado, en otro de los taburetes de diseño.

—Sé que mamá no es tu mejor amiga —admite—, pero la familia

tiene que apoyarse.

—Y estar en los momentos que necesitamos, ¿no? —repito—. Eso suena muy bien saliendo de sus labios, pero ni ella misma sabe cumplirlo.

—Que no haya pasado mucho tiempo contigo no significa que no cuide de ti. —Me quedo en silencio. Aria acaricia mi brazo—. Y, si no, te recuerdo la que ha montado para alejarnos de todos los medios. Este verano nos habríamos vuelto locos con la prensa encima de nosotros a diario, mencionando a Roberto.

Tomo aire con fuerza. Odio cuando tiene razón.

—Joder, vale. Me pondré el puto traje.

—¡Cuida esa boca! —me grita, dándole un mordisco a la tostada con aguacate que me he dejado en la isla—. Y piensa que Prada te sienta genial.



El ambiente de la galería es exactamente como me esperaba. Un espacio bastante luminoso y dinámico, repleto de señores adinerados en traje que se bailan el agua entre ellos y luchan por mostrar en sus conversaciones quién es más hombre y tiene más riquezas. Podría meter a mi padre en este grupo, pero, siendo honestos, fue de él de quien heredé mi carencia de habilidades sociales. De hecho, puedo verlo en una esquina, con un traje oscuro, probando los canapés que seguro que mi madre ha escogido personalmente. Ella es todo lo contrario a mi progenitor: la veo aparecer deslumbrante por el fondo de la enorme sala con un vestido de tubo color carbón y una sonrisa radiante con la que saluda a sus invitados. Caray… Nadie diría que su hijo ha muerto hace unas semanas.

—¡Chicos! —nos saluda, dándonos un abrazo muy suave—. Estáis espectaculares.

—Gracias por la ropa, mamá.

Por supuesto. Qué fácil se vende mi hermana. Aria lleva un vestido marengo con mangas abullonadas. No comprendo mucho de moda, pero estoy seguro de que es de la nueva colección. Mi madre apoya

su mano en mi espalda.

—¿Qué tal está yendo el nuevo curso, querido?

—Está siendo interesante.

—¿Te estás portando bien?

—A ratos.

—Guillermo…

—Todo va bien, ¿vale?

Mi madre reprime una sonrisa y me besa en la mejilla. Después, vuelve a largarse. Trato de no tomarme de manera personal su macabra felicidad y se la adjudico al exceso de dopamina que le está provocando este evento.

Me doy una vuelta por la galería, contemplando los cuadros de estilo rococó que hay expuestos, y no tardo mucho en observar el cartel de presentación del evento, que se encuentra en un enorme puesto junto a una de las obras. Se me acelera el pulso.

—Esto es una puta broma.

Una foto de mi hermano decora el costado del póster. Al otro lado, el título: «Exposición de arte del siglo xviii, organizada por Mercedes Alcázar. Los beneficios irán destinados a centros de salud mental para la prevención de víctimas de suicidio».

Me entran unas ganas irracionales de llorar y gritar, o de pegar a alguien. ¿Cómo puede ser tan cabrona? Hacer un espectáculo de su propio hijo e inventarse algo así. Les dije que Roberto se había emborrachado en una fiesta y que por eso había sufrido aquel accidente. ¿De verdad mi madre prefiere que la gente piense que se suicidó? Como si eso hiciese quedar mejor a la familia…

Roberto jamás se suicidaría. Roberto amaba vivir. ¡Roberto estaba bien!

Por eso nos ha comprado los conjuntos a todos: trajes oscuros, vestidos grises… No es que conozca nuestros gustos, ¡es que vamos de luto!

Voy directamente hacia la salida de la galería cuando Aria me intercepta.

—¡Guille, no te vayas! —me susurra—. Por favor, quédate por la familia.

—¿Por la familia? —contesto, luchando con todas mis fuerzas por

no levantar aún más la voz—. ¡Tu madre está dando a entender que nuestro hermano se quitó la vida!

—Vale, ¿y qué? ¿Prefieres que se sepa la verdad?

—¿Tú lo sabías?

Me llevo los dedos al puente de la nariz en cuanto se queda callada. Lo peor de todo es que tampoco me puedo enfadar con ella; la verdad que cree conocer sobre lo ocurrido sigue siendo la que yo me inventé para la familia.

—Esto es acojonante.

—Si te lo hubiésemos comentado, ¿habrías venido? —Ahora soy yo el que se queda en silencio. Aria se acerca más a mí—. Por favor, Guille. Quédate. Hazlo por Roberto.

—Claro que lo haré por Roberto —le respondo—. Debería haber alguien en esta familia preocupándose por él de verdad.

Puedo saborear la hipocresía en mis palabras, nada más pronunciarlas.

Seguidamente, dejo a mi hermana con la palabra en la boca y me dirijo al primer camarero con bandeja de copas que encuentro para robarle una de vino tinto. Que alguien tenga el valor de impedírmelo.

Me quedo los siguientes minutos tratando de esquivar a los invitados, pero siempre acabo dando con alguno que me reconoce y me da el pésame; el pésame y el coñazo. Yo solo sonrío y doy las gracias, y me muerdo la lengua por dentro cuando me preguntan algo relacionado con la «depresión» de mi hermano. Ahora mismo, solo hay odio dentro de mí.

—Y dinos, Guillermo —pregunta uno de los señores mayores de corbata azul—, ¿ya tienes pensado qué querrás estudiar?

Para mi sorpresa, escuchar una pregunta que no tiene que ver con mi hermano me alegra un poco la mañana. Hago el ademán de contestar, pero me veo interrumpido por mi madre, que se aferra con elegancia a mi brazo desde atrás.

—Hará Finanzas —anuncia—. Mi hijo saca unas notas excelentes.

—Creo que estás hablando del hijo equivocado.

Mi respuesta provoca un silencio realmente incómodo en el grupo que nos está escuchando. Mi madre pierde la sonrisa por unos segundos, pero luego la recupera con gracia.

—¡Claro que no! Tú sacas muy buenas notas.

—Pero yo no quiero estudiar Finanzas —me dirijo de nuevo al señor—. Ese era Róber. Yo aún no lo sé.

—¿Nos disculpáis?

Mi madre, que ya me tiene cogido por el brazo, me aleja del grupo y me acompaña hasta la puerta de donde van saliendo los del *catering*. Allí me suelta el brazo y me contempla por unos segundos.

—No te voy a decir nada porque sé que esto tiene que ser duro para ti…

—¿Y para ti, madre? —le contesto—. ¿Para ti es duro? Porque yo no es que me pase las noches llorando por Roberto, pero tampoco organizaría fiestas en su honor, y menos inventándome su historia.

—Para mí sí es duro, Guillermo —resalta ella con la voz baja y temblorosa—. Más que duro. Soy su madre, y que lleve el luto de manera distinta a ti no lo hace menos lícito. Al igual que tú te pones ese caparazón de acero conmigo, yo lloro en casa cada noche por tu hermano. Pero hay algo que olvidas, querido, y es que en esta familia debemos mantener un perfil. Y si queremos acabar con el acoso de los periodistas y las habladurías sobre lo sucedido, no nos queda otra que organizar estos eventos y dar una historia que les quite las ganas de seguir preguntando. Porque eso es lo que la gente busca: respuestas.

—¿Y por qué tenemos que dárselas?

—Porque, si se las damos nosotros, tendremos el control de la narrativa —sentencia—. Nadie se traga lo del «desafortunado accidente». Si piensan que se quitó la vida, y no que sufrió un estúpido accidente estando ebrio, al menos dejarán de cuestionar las cosas. ¿Entiendes?

Mi madre y yo compartimos una mirada desafiante. Lo peor de todo es que, en el fondo, comprendo lo que hace. Llevo demasiados años en estas esferas, donde todo son mentiras, engaños y reputaciones de cristal. La mía en el Knight's Hill, por ejemplo, ya parece bastante dañada y acabo de llegar.

—Sí que lo entiendo —acabo admitiendo—. Pero no lo comparto. Esperaré fuera a que el *show* acabe.

En el camino, Aria me ve salir de nuevo, pero esta vez no me

detiene.

Me quedo sentado en el banco de enfrente, tratando de no arrugar la chaqueta de Prada y leyendo el libro que me he traído por si me aburría. Es una lástima el macabro motivo de este evento, porque los cuadros son espectaculares. A Gala le encantaría la exposición.

Alguien sale al cabo de unos minutos y veo de reojo cómo se sienta a mi lado. Me espero lo peor, hasta que escucho la voz de mi padre.

—*The Decay of Lying* —lee en la cubierta de mi libro—. No te hacía leyendo a autores clásicos por tu cuenta.

—Me han hablado muy bien de este ensayo —contesto, encogiéndome de hombros.

Apenas le miro a la cara; no puedo. Mi padre suspira.

—No nos odies, Guillermo. Tu madre está haciendo todo lo posible por mantener a flote a esta familia.

—Yo ya no voy a decir nada —respondo. Mi voz se empieza a quebrar—. No puedo más.

Mi padre me pasa un brazo por los hombros.

—Tenemos que mantenernos unidos. Sé que es algo que no paramos de decirte una y otra vez, pero es por un buen motivo. No te haces una idea de lo que nos ha costado callar a la prensa. Y, bueno, yo no soy tan hábil con las personas como tu madre, pero tengo muy claro que lo que está haciendo ella aquí ahora mismo, todo este paripé, es por ti.

Me apoyo sobre el respaldo del banco. Eso es difícil de creer. ¿Por qué iba a organizar todo esto para protegerme a mí, si no se ha molestado en cuidar de nosotros desde que comenzamos a caminar? Siempre he estado con cuidadores y niñeras, de internado en internado. Soy consciente del privilegio con el que he crecido, pero eso no quita que mi comprensión de las palabras «madre» y «padre» se deba a que se encuentran en el diccionario.

—No puedo presenciar esto —confieso—. Odio ver toda esa *performance* cuando todo ocurrió por mi culpa.

Noto cómo mi padre, que hasta el momento se ha mostrado relajado, tensa todo su cuerpo.

—Ni se te ocurra pensar que es por tu culpa —sentencia, mirándome fijamente con los ojos vidriosos.

Siento un escalofrío al verle; no me espera una reacción así de él.

—Aquí estáis —nos saluda Aria, sentándose al otro lado del banco, antes de que él pueda contestar—. ¿Estás mejor?

Mi padre se marcha al instante. ¿Qué mosca le ha picado? En cualquier caso, intento centrarme en la pregunta de mi hermana y hago lo posible por no dejar la mirada en blanco. Pues claro que no lo estoy. ¿Cómo voy a estar mejor? Esta situación es insostenible. La prensa llegará de un momento a otro a la galería y el supuesto suicidio de mi hermano será oficial. La verdad siempre será una mentira a oídos de los extraños, y lo peor de todo es que ni siquiera puedo culpar de ello a mis padres.

Solo hay un responsable de la muerte de Roberto, y no es ninguno de ellos.



15

Gala Ruiz-Johnson

A la salida de la escuela de idiomas, he quedado con Dafne y Jimena en la plaza de Colón. El ambiente está tranquilo para ser por la tarde. Las chicas se han cambiado de ropa y llevan unos preciosos vestidos de verano. Yo no he tenido tiempo de pasar por casa, así que sigo con el uniforme. Me están esperando con un café en la mano.

En cuanto me acerco a ellas, pillo a Dafne despotricando aún sobre Morales.

—¡Es un chimpancé con más ego que neuronas! —exclama, ofreciéndome el café que me han comprado—. No sé por qué me odia desde hace años. ¿Os dais cuenta de lo amable que es con todos los de clase menos conmigo? ¡Hasta con Tris, que le vacila siempre!

—Quizá ve en ti mucho potencial y por eso es duro —le consuela Jimena—. Como en la peli *Whiplash*.

—En esa película, el calvo mandón al menos tenía talento y conocimientos. Este seguramente trabaje en Knight's Hill por enchufe.

—Seguramente —comento yo, introduciéndome en la conversación.

—¿Qué tal las clases, amor? —pregunta Dafne, colocándose las solapas de su vestido de Miu Miu.

—¡De clases, nada! —responde Jimena al instante—. ¿Podemos hablar de tu nueva amistad con el chico nuevo?

Ya estaba tardando en salir el tema en la conversación. Suspiro y me siento junto a ellas.

—Quiero dejar clara una cosa, y es que no va a pasar nada entre Guillermo y yo.

—Uhh… *Guillerrrrmo* —canturrea Jimena—. Mira cómo pronuncia su nombre con deseo.

Las tres nos reímos ante la tontería que acaba de soltar.

—Sigue pareciéndome raro que no tenga redes sociales —analiza Dafne—. Pero supongo que le harían borrárselas tras el accidente de su hermano. ¿Te ha soltado algo sobre lo que pasó?

—Daf, le hice un *tour* por el campus —respondo—. Solo hablamos de Bernini y Oscar Wilde, no dio tiempo a más.

—¿Hablasteis de arte y literatura en vuestra primera conversación? —sonríe Jimena—. ¿Pero qué película de Woody Allen es esta?

Volvemos a reírnos. Me quedo mirando la plaza, risueña.

—He de confesar que me ha sorprendido. Un grupo de periodistas nos intentó atacar a preguntas a la entrada del colegio y él gestionó muy bien la situación.

—¿Os atacaron a los dos? —gesticula Jimena—. Hay que estar mal de la cabeza… Pero, bueno, ahora sabemos que señor Solitario puede ser un caballero de brillante armadura, ¿no?

Esbozo una sonrisa amable que se borra de mi cara en cuanto recibo un mensaje de Julen:

Me canso de esperar, preciosa. ¿Cuándo nos vemos?

Dios. Aún no le he contestado y sé que debería, pero me puede el pánico. Tenía a Julen en mi cabeza como un chico atento, inteligente y divertido; sin embargo, después del verano y de que se presentara en persona frente al portal de mi casa, ya no sé qué es capaz de hacer si no hago lo que me pide. «Solo quiere quedar, Gala. Respira. Solo quiere quedar una última vez». Trato de tragar saliva sin que

mis amigas lo noten; pero no son tontas.

—¿Va todo bien, Gala?

Por suerte, antes de que pueda contestar, una chica de tercero que también luce el uniforme se acerca a nosotras. Lleva la melena rojiza atada a un lazo negro, justo como lo llevaba Dafne el primer día. Siempre me olvido de su nombre; Jimena y yo la llamamos «la sombra de Daf».

—¡Corina! —le saluda esta. ¡Así se llamaba!—. ¿Has traído las gráficas?

—Sí, Dafne —responde emocionada, pasándole unas tablas que ha dibujado ella misma. Me fijo en las pecas adorables que decoran su rostro—. Seguro que ganas, te va a votar un sesenta y siete por ciento del curso.

—Sesenta y siete por ciento —repite ella, con un tono de decepción—. ¿Tanta gente va a dejar su voto en blanco?

—Bueno…

Corina se muerde el labio inferior. Deduzco que están hablando de las votaciones para delegada del curso. La pobre chica siempre le hace de relaciones públicas a comienzos del año. Pero sí que es raro: por lo general, siempre le sale el porcentaje de victoria por encima del noventa por ciento, porque nadie se atreve a presentarse contra ella…

—Bueno, ¿qué? —contesta Dafne, perdiendo un poco la paciencia.

—Que este año se presenta alguien más.

Jimena y yo nos miramos de reojo. Oh, oh.

Dafne respira y sonríe de nuevo. Ladea la cabeza con dulzura.

—¿Y quién es?

—Lucía Campoamor —responde Corina, entrecerrando los ojos como si le fuese a explotar una bomba encima.

—¿La amiga de Claudia? —pregunta Jimena—. Esa chica siempre ha sido una petarda. ¿Por qué le ha dado por presentarse a delegada?

—Porque Claudia se lo ha pedido —murmura Dafne, más para ella que para nosotras—. Ahora que no sale más con Tris, se ha terminado su tregua conmigo.

Mientras continúan con la conversación, yo aprovecho para

contestar el mensaje de Julen. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Y el tiempo corre.

Este viernes por la tarde antes de cenar.

Podemos tomar algo en el Circolo Popolare.

Me responde al minuto con un emoji sonriendo, y yo trato de coger aire.

—Gracias por la info, Corina —contesta Dafne sonriéndole a la niña—. Me encanta cómo te queda el lazo.

—Es como el tuyo —comenta Corina, emocionada, como si Daf no se hubiese percatado ya de ello—. Aunque no me sienta tan bien, por supuesto.

—Nos vemos mañana.

Las tres nos quedamos mirando sonrientes a la chica, esperando a que capte la indirecta y nos deje a solas. Tarda varios segundos en despedirse al fin.

—¿Estás bien? —le pregunta Jimena a Dafne.

—Por supuesto. Nunca está mal un poco de competencia. Ya era hora, ¿no? Volviendo a Santa Gala —se gira hacia mí, dándole un sorbo a su café—, puede que Guillermo no sea el chico que tienes en tu cabeza desde pequeña, ¡pero a lo mejor eso es incluso mejor! Quizá, siendo su amiga y pasando más tiempo con él, puedes salir un poco de tu zona de confort y hacer alguna tontería de vez en cuando…

«Tranquila, Daf», pienso. «De tonterías, voy sobrada».

—Literal —añade Jimena—. Es como cuando en Irlanda, Dafne y Sadie se escaparon a…

—No hablemos de eso ahora —le interrumpe Dafne—. Gala no estuvo ahí; no seas descortés con ella. —Se vuelve a girar hacia mí —. Mira, comprendo que las tres buscamos cosas muy distintas en la vida y que tu sueño sea encontrar al marido ideal y tener una vida de ensueño ayudando en actos benéficos. Es más que fabuloso… Pero ahora somos jóvenes y aún tienes mucho tiempo para encontrar a ese hombre. Mientras tanto, disfruta un poco de Guillermo y otro poquito de Jaime, y hasta si quieres otro poquito de

Juanfran…

Jimena y yo empezamos a chillar asqueadas. Después, estallamos a carcajadas.

—Que no todo tienen que ser chicos, ¿eh? —comenta Jimena—. Yo me muero por ver la primera colección masculina de Blaisè en persona. ¡Qué ganas de la Fashion Week!

—La secretaria de mi padre ya nos ha cogido los vuelos a Milán —respondo, también emocionada.

—¿Quiénes vamos, al final?

—Pues nosotras, nuestros padres, Felipe y Tris. También había un asiento para Claudia, pero supongo que se ha quedado vacío.

Sonrío de soslayo a Jimena tras decirlo. No me puedo ni imaginar lo feliz que debe de estar mi amiga, ahora que el amor de su vida es libre como un pajarito y ya no tiene una novia que le impida cumplir sus fantasías. De todos modos, todavía le queda un obstáculo que debe sortear para salir con Tristán: la opinión de Dafne al respecto. Y es un obstáculo bastante peligroso.

—Bueno —contesta esta—, primero toca mi fiesta del viernes, y esa sí que va a ser legendaria…

—Y la disfrutarás, ¿verdad? —le pregunto, acariciando su hombro —. Porque mucho «Santa Gala tiene que soltarse el pelo», pero estoy segura de que vas a pasar toda la fiesta convenciendo a cada invitado de que te vote para delegada.

—Eso no será un problema, lo prometo —contesta mi amiga, riéndose.

Seguidamente, abre su bolso y saca el teléfono. Marca un número de su agenda y llama mientras se levanta del banco.

—¡Lucía! —la oímos decir—. Contigo quería hablar, querida…

Dafne se aleja de nosotras durante la llamada, pero tampoco hace falta que escuchemos lo que va a pasar; la conocemos y conocemos su superpoder.

Jimena y yo nos miramos, conscientes de que, en cuanto cuelgue el teléfono, ya no tendrá una contrincante en la votación.



16

Guillermo del Prado

Ya ha llegado el viernes. Lo prometido es deuda, y mi reunión con el CDC no se puede hacer esperar más. Sus mensajes me han estado recordando a diario la fecha de hoy, por lo que no me queda más remedio que ir; ya lo he retrasado bastante y empiezan a enfurecerse.

Esta será la primera vez que los veo desde que volví de Suiza, desde que volví sin Roberto.

Me pongo un traje de esmoquin clásico, es básicamente obligatorio cuando nos reunimos. Esta vez, comenzaremos la noche en un hotel antiguo del centro. Estoy algo nervioso porque soy consciente de lo que va a pasar esta noche, y no sé si estoy preparado para volver al ruedo…

Oigo a mi hermana tocar la puerta antes de adentrarse en mi cuarto. Lleva una bata de seda y una copa de vino en la mano.

—¡Qué guapo! —comenta con timidez. Se me hace raro; no hemos hablado mucho desde el evento de la galería. Debe de venir a pedirme tregua—. Te iba a proponer una noche de manta y peli, como cuando eras pequeño. Ya había preparado una de Fellini y todo.

—Vaya.

—No sabía que ibas a la fiesta del curso.

Me giro automáticamente hacia ella.

—¿La fiesta del curso? ¿Cómo te has enterado?

—Sigo a esa chica, Dafne, en Instagram. Es la prima de Tristán, ¿no? Parece bastante sofisticada; me recuerda un poco a mamá. —«Sí. Ambas son un poco dictadoras», admito para mis adentros—. ¿Te ha invitado a su fiesta y no me has dicho nada?

—Bueno, es que…

De pronto, me llega un mensaje más del CDC. Pego un respingo ante el sonido. Mierda, tendría que haber silenciado el móvil. Mi hermana entrecierra los ojos en cuanto nota mi reacción.

—Porque vas a la fiesta de Dafne, ¿verdad? —me reclama, más como una orden que como una pregunta.

—Aria…

—De Aria, nada. Dime, por Dios, que no vas a meterte en líos ni a quedar con nadie que tengas prohibido. Dime que no me vas a obligar a avisar a mamá.

Tenso la mandíbula. No sería capaz… ¿o sí? Al parecer, mi hermana ha resultado ser muy fácil de sobornar. La última vez, a mi madre solo le costó un vestido nuevo.

—¿En esto te has convertido? —le contesto, torciendo la boca—. ¿En su soplona?

—No me hagas sentir como la mala, cuando sabes que es por tu bien.

—¡Que sí, que vale! —replico, dejándome caer sobre mi cama—. No, no he quedado con ellos. Puedes estar tranquila.

Aria se sienta a mi lado, aún con la ceja arqueada.

—De verdad que me encantaría creerte, Guille.

—Pues hazlo.

—Lo haré —responde, levantándose de nuevo—. En cuanto me envíes una foto desde la fiesta.

—¿Qué? —No puedo evitar soltar una carcajada. ¿Está hablando en serio?

—Sí —me explica—. Dame las pruebas que necesito para creerte, y estaré tranquila. Envíame alguna foto con tus compañeros, en la casa de Dafne, y sabré que todo está bien.

Le echo un pulso de miradas a mi hermana. No va a ceder. ¡Será cabrona!

—Estupendo. —Me levanto de la cama, alisándome las solapas del esmoquin—. Si no queda más remedio, me haré una ridícula foto.

—Y ni te molestes en engañarme con edición. Lo notaré.

Suspiro y me despido de Aria. Camino hasta el Paseo del Prado y paro el primer taxi que veo pasar desde la acera. Hoy no llamo a Iván para que me lleve, mejor no dejar huellas.

—¿Adónde, jefe? —me pregunta el taxista al entrar en su coche.

—Al Hyatt Regency —le indico, pero luego me corrijo—. Aunque antes vamos a tener que hacer una parada.



17

Gala Ruiz-Johnson

El Circolo Popolare está a rebosar a esas horas de la tarde. El ambiente es exquisito; las paredes, repletas de botellas, brillan y las lámparas de araña le dan el toque luminoso y sofisticado que esta velada tan sombría necesita.

Me arrepiento de haber venido tan guapa. No ha sido por Julen, sino por la fiesta de Dafne a la que tengo que ir directamente después. Maldito *dress code* de etiqueta; ahora él se pensará que me he puesto guapa para la ocasión, y eso es un privilegio del que Julen ya no debería disfrutar. Mi vestido rosa palo de satén, diseño de mi amiga Jimena, contrasta a la perfección con el local.

—Estás preciosa —me comenta, una vez que nos sentamos.

—Es porque tengo un evento, después —replico automáticamente —. Pero gracias.

Un camarero nos toma nota y Julen pide por mí. En verano, cuando hacía justamente eso, me parecía caballeroso y decidido: un hombre que sabe lo que quiere y lo que yo podría querer. Sin embargo, ahora que se me han caído las gafas de color de rosa, solo veo al macabro controlador que me tiene bajo su yugo.

—Yo tomaré un Very Mindful Negroni y ella, un Pistacchio Martini.

—Cámbialo por un piña colada virgen, por favor —sonrío al

camarero—. Soy menor.

Esa ha sido una forma muy precipitada de atacar al atacante, pero espero que le haya servido de recordatorio: yo no soy la única que puede perder aquí.

El camarero me sonríe incómodamente de vuelta y se marcha.

—Bien, ¿de qué quieres hablar?

Julen se inclina hacia mí desde su lado de la mesa.

—¿No nos echas de menos? ¿Todo lo que fuimos?

—Pues no. —Nos sostenemos la mirada—. Lo que vivimos estuvo bien —miento, tratando de calmar el ambiente—, pero debió quedar atrás, donde lo dejamos. ¿Por qué te ha dado ahora por extorsionarme para continuar algo que no va a ningún sitio?

—No te estoy extorsionando.

—Espero que no —comparto—. Porque tú tienes mucho más que perder que yo.

—¿Estás segura de eso? —Permanecemos en silencio durante unos segundos—. Sé que lo que hice no estuvo del todo bien —se excusa mientras yo trato de mantener cara de póquer—. Pero, aun así, creo que fuiste muy precipitada rompiendo lo nuestro. Ni siquiera quisiste escuchar mi versión de lo que pasó…

—No necesito oírla. Lo que hicimos no tiene perdón. Lo que hice no tiene perdón.

—Gala, por favor —insiste—. Eso ha quedado en el pasado. ¡Todos estamos bien ahora! Y aún hay mucho que no conocemos del otro. ¿De verdad que no piensas de vez en cuando en lo que podría haber si…?

—Si todo ha quedado en el pasado —le interrumpo—, ¿por qué no borras el vídeo?

Eso le deja callado. Por supuesto, no piensa borrarlo; le quitaría todo el poder que tiene sobre mí.

Fui una estúpida este verano. Una estúpida por aceptar aquel café, por dejar que me invitase a aquel local frente al Duomo, durante la visita a Milán en la que nos conocimos, y permitir que me agasajase con esas palabras dulces que me decía. Ahí fui estúpida… y precipitada. Fui a acompañar a mi padre en un viaje de trabajo y él dio conmigo paseando por la galería Vittorio Emanuele II. Me llamó

«*bella*», me contó que estaba de Erasmus y que se iría dentro de poco. Me ofreció la «oportunidad» que nos había brindado el destino de encontrarnos ahí mismo, en aquel instante, y yo me dejé llevar. Quise lanzarme a la aventura, atreverme a dejar a Santa Gala en casa por una vez y salir con un chico mayor en secreto. Retarme a mí misma.

Pero todo comenzó a ir demasiado rápido y, para cuando quise darme cuenta, ya había tomado decisiones con las que tendría que vivir el resto de mi vida.

¿Cómo iba a explicarle yo a mi padre que había empezado a salir con un hombre de veintidós años y que, tras perder la virginidad con él, el muy desgraciado lo había grabado todo con su móvil?

Me odio a mí misma. No tanto por dejarme querer por alguien que se aprovechó de mí, sino por la cobardía que siento ante esta situación. Podría hablar con la policía y denunciarle por grabarnos sin mi consentimiento, pero me da tanto miedo que esta historia llegue a los oídos equivocados y afecte a la reputación de mi familia que prefiero tratar de lidiar yo sola con la situación.

—Sigo sin comprenderlo, Julen —comento, bajando la voz—. ¿Por qué quieres volver ahora?

—Porque no he dejado de pensar en ti.

Eso me lo creo. La de veces que se habrá visto aquel vídeo en sus noches solitarias. Siento una arcada al pensarlo y aparto la mirada.

—Hablo en serio —insiste—. Quiero hacer las cosas bien contigo. Y lo siento mucho si te he hecho sentir incómoda con mi reaparición. Pero es que te echaba de menos.

Por un momento, mis defensas se toman un descanso. No puedo seguir sujetando el escudo. Le miro y vuelvo a ver al chico que conocí en Milán, el que me cautivó con su sonrisa y su bandolera de universitario; el que me decía esas cosas bonitas, el que me traía flores y me prometía viajar juntos por toda Europa. Pero al instante recuerdo que solo es un controlador demente que me ve como su potencial muñeca humana.

—No… no me has hecho sentir incómoda —miento.

—Entonces, ¿qué te parece volver a vernos? —me propone—. Sin presión. Empezar de cero, como dos amigos que tratan de

reconectar.

—¿No piensas borrar el vídeo?

—Es el recuerdo más bonito que tengo de los dos —se excusa, una vez más—. No quiero que quede en el olvido.

Qué pena, porque yo sí.

Me lo pienso fervientemente. Ahora le miro y solo veo al sinvergüenza que destrozó lo que podría haber sido un precioso recuerdo. Pero, por otro lado, salir con él de nuevo es la única opción que tengo para intentar deshacerme del vídeo por mi cuenta.

—Podemos intentarlo. Muy de vez en cuando —recalco—. Te recuerdo que, ahora más que nunca, me tengo que centrar en mis estudios.

—Genial —sonríe Julen. El camarero nos trae las copas y brindamos—. Por nosotros.

Nos tomamos las copas mientras, una vez más, Julen se dedica a preguntarme por mi vida y hacerme sentir especial. Poco a poco, comienzo a ver al chico del que me enamoré en Milán. Y poco a poco, también, vuelvo a querer destruirle por lo que hizo.

Al acabar la velada, él mismo me lleva en coche hasta el portal de Dafne. O, al menos, hasta el portal que le he dicho que es el de Dafne. Es evidente que no confío en él. Una vez que se aleja lo suficiente por la carretera, camino un par de manzanas hasta el verdadero portal de mi amiga, en la calle Ayala.



La casa de Dafne Laurent es de ensueño: amplias habitaciones repletas de muebles rococó, cuadros de coleccionista, techos altos, alfombras caras… El salón principal, de doble tarima, tiene unas vistas increíbles, y podría perderme todo un día en su vestidor. Pues, entre los contactos que tiene su familia y la influencia con la que cuenta en redes, Dafne tiene toda la ropa que desea.

Por ahora, solo ha llegado el grupo. El servicio de *catering* sigue organizando las mesas con aperitivos en cuanto Jimena me abre la puerta y me da un abrazo.

—¡Princesita! ¡Qué bien que hayas llegado! —me mira de arriba

abajo, contemplando su propia obra con orgullo—. ¡Espectacular!

—Gracias —respondo, girando sobre mí misma—. Es un Jimena Vallehermoso original.

El talento de mi amiga no conoce límites. Si bien mi vestido es sencillo, ajustado por la cintura y con falda larga de vuelo, se nota que está hecho a medida y con un resultado exquisito. Para ella misma, se ha diseñado algo más atrevido, de terciopelo esmeralda, con escote asimétrico y falda lápiz. Podría pasar por mayor de edad si entrase así en un club. Además, se ha peinado con gomina todo el pelo hacia atrás.

—¿Cómo va todo? —le pregunto, paseando por el recibidor.

—Como siempre: Tris y Felipe lanzándose uvas por la casa, Dafne haciendo llorar a los camareros y yo sacándome fotos en su vestidor.

—Anda —respondo riendo—, vamos a ayudar.

En cuanto entramos al salón principal, todo parece preparado al detalle: bandejas de plata con *snacks* artesanales milimétricamente colocados, carritos con cócteles, música clásica en el altavoz, que Tristán cambiará en menos de cinco minutos por algo de Funzo…

—¡Has llegado!

Dafne se acerca a darme otro abrazo. Su vestido azul oscuro, de pierna abierta y con espalda al aire, también es perfecto. Jimena se ha pasado el juego esta vez.

—¡Dafne, lo has dejado precioso! —la felicito.

—Mi madre me ha obligado a que pida los cócteles del *catering* sin alcohol —menciona, sonriendo luego con malicia y señalando con la cabeza un par de botellas de ginebra vacías sobre la mesa del café —. Así que me he encargado yo personalmente de aderezarlos aquí.

—Eres lo peor.

—Tranquila, he dejado algunos vírgenes, para que mi santa favorita pueda beber.

«Santa». Empiezo a desear que tuviera razón.

—Rápido —propone, alcanzando su móvil—, vamos a sacarnos una foto nosotros, que los invitados van a llegar en nada… ¡Zipi y Zape, dejad de hacer el tonto y venid!

Los chicos aparecen por el fondo del pasillo, aún riéndose y pegándose. Están guapísimos, ambos con esmóquines casi idénticos.

Felipe siempre lleva el pelo peinado hacia atrás y le queda muy *sexy*. Tristán lo lleva según se levante, le da bastante igual. Aunque no me extraña, al muy desgraciado le queda bien todo. Jimena le observa con una mirada hambrienta.

—Límpiate la baba, cielo —le susurro entre risas.

Uno de los camareros nos saca una foto y, después, Dafne hace los honores de abrir la primera botella de vino blanco. Las ha traído todas de la marca de su padre, Boisson Dorée. Supongo que no es mal momento para promocionar las bodegas de su familia frente a sus compañeros.

—Por una velada perfecta —brinda Daf—, y por el comienzo de un curso inolvidable.

—¡Y por follarme a todo lo que se menea! —añade Tris, algo adelantado con las copas.

Felipe se ríe y Jimena, también. Irónicamente, los dos han estado coladitos por él en algún momento de sus vidas. Yo soy la única que conoce el secreto de Felipe, y fue porque le pillé llorando en el baño de una fiesta, durante segundo de la ESO. Al parecer, a pesar de estar de lío por aquel entonces con Lucía Campoamor, la amiga de Claudia, se acababa de dar cuenta de que quien le gustaba de verdad no era otro que su mejor amigo. Traté de consolarle y explicarle que no había nada de malo en ello, pero no se bajó de la burra: según él, si su padre se enteraba, pasarían cosas muy malas. Yo no soy quién para decidir nada, y es por eso que, casi tres años después, sigo haciéndome la tonta cuando le veo ligar con todas las chicas del curso.

—Agg, ¡qué pesado! —exclama Dafne, mirando su teléfono—. Juanfran no para de escribirme por Instagram. El muy idiota cree que se le ha perdido mi invitación.

—Pues cuidado, porque el tío es capaz de presentarse aquí —deja caer Jimena.

—Lo sé, mi portero está avisado. Tiene una lista de «invitados» y de «no deseados».

De pronto, casi como si estuviese coordinado, el timbre de la casa comienza a sonar con insistencia. Dafne sonríe al escucharlo y nos mira con descaro.

—Comienza el *show*, queridos.

Como bien había imaginado, Tris ha cambiado la música en cuanto ha tenido la ocasión. Ahora el ambiente está más animado, con más de cuarenta compañeros de clase vestidos de punta en blanco y bebiendo cócteles mientras juegan a verdad o reto. Se escuchan risas por toda la casa; Felipe y el equipo de *rugby* se están echando pulsos en esmoquin y varios de clase le están pidiendo un *selfie* a Dafne con el que poder fingir luego en redes que son amigos. Después, Mario Rey se la lleva a una esquina del salón y comienza a besarla. Hacen una pareja de ensueño, casi presidencial. No entiendo por qué Daf no se lanza a salir oficialmente con él, aunque, conociéndola, supongo que no es de las que se quiere atar al primer chico guapo que le hace caso en el instituto.

Jimena charla con unas amigas sobre los vestidos que nos ha diseñado para esta noche, y Tristán no para de lanzarle la caña a todas las chicas del curso posibles. Ya le he visto ir al baño con un par de ellas. Han venido casi todos, menos Juanfran, Claudia y su amiga Lucía, por motivos evidentes, y mi amiga Adriana, quien no se lleva muy bien con Dafne. No sé cuándo nació ese *beef* entre ellas, pero no me imagino a ninguna de las dos asistiendo a una fiesta que organice la otra.

Bueno, diría que, de la clase, también falta alguien más…

Llevamos un buen rato en la fiesta, cuando recibo un mensaje de Julen. Me voy a la terraza del fondo a leerlo tranquilamente, pero me marcho en cuanto me llega una ráfaga de olor a maría y acabo en el recibidor, que está vacío. Julen me propone vernos de nuevo la semana que viene. Suspiro, planteándome qué contestarle, cuando, de pronto, noto un par de dedos tocando mi hombro. Me giro al instante y contemplo a Jaime mirándome sonriente.

—Estás increíble —me dice a modo de saludo. Le huele el aliento a vodka y frambuesa.

—Tú también —respondo, aunque lleve el mismo esmoquin que todos los demás—. Eres el pingüino más mono de todo el Ártico.

Jaime se ríe, y yo me enorgullezco de mi ingenio. Me siento un poco nerviosa. Dafne ha creado tantas expectativas respecto a lo que pueda suceder entre Jaime y yo en esta fiesta que ahora no sé

ni cómo actuar frente a él.

—¿Llevas mucho aquí? —le pregunto.

—Más o menos desde que Tris le ha comido la boca a la tercera chica del curso… —Ahora soy yo la que se ríe. Sí que está bastante desatado—. La verdad es que me apetecía ya que fuera esta noche.

—¿Ah, sí? —pregunto, aliviada.

—Sí. Llevo un tiempo agobiado con los entrenamientos y…

Jaime continúa hablándome, pero, de repente, pierdo por completo la concentración porque uno de los camareros abre la puerta del recibidor para dejar entrar a un chico engominado de metro ochenta y mucho que logra captar mi atención con su sola presencia. Sus ojos de ébano me miran y mi pulso se acelera.

Guillermo.

¿Qué tiene de especial? Lleva puesto lo mismo que los demás (la falta de originalidad en el vestuario masculino de esta fiesta es apoteósica) y, sin embargo, a él no le queda igual que al resto. Con ese esmoquin, ya no parece ese chico inmaduro y pasota con el que he hablado estos días; ahora es un hombre. Conforme se acerca a nosotros, el olor de su colonia me envuelve y me deja aún más KO.

Suelto un enorme suspiro; de pronto, el vestido me queda demasiado ajustado.

La voz de Jaime sigue de fondo, pero mis oídos no llegan a interpretar sus palabras. Guillermo le aparta de en medio con un elegante movimiento.

—Disculpa —le dice, dirigiéndose hacia mí—: Bonito vestido, angelito.

«Angelito»; siento escalofríos al oírle pronunciar de nuevo esa palabra.

—Gracias —respondo con una sequedad automática—. Muy original, el esmoquin.

Jaime le observa, comparando sus trajes. Guillermo no me aparta la mirada de encima, mostrando una pequeña sonrisa. Es como si supiese lo que pienso en realidad.

El silencio se vuelve más incómodo conforme pasan los segundos. Jaime nos mira, yo los miro a ellos. Los ojos de Guillermo no se desanclan de los míos.

—¿Qué tal si me esperas en el salón? —termino sugiriéndole a Jaime—. Esto no va a durar mucho.

Él acepta amablemente y se retira. Maldito Guillermo; me está fastidiando mi momento romántico. Este podría ser el comienzo de la historia que le contaré a mis nietos sobre cómo acabé con su abuelo y me lo está ensuciando.

—Qué poco receptiva —comenta él, acercándose aún más a mí. Estamos completamente solos—. Creí que te haría ilusión verme.

—No te hacía tan creyente.

—Me invitaste tú.

—Más bien, te permití venir.

—Si quieres pensar eso…

Nos quedamos callados, sin dejar de mirarnos. Guillermo acaba rompiendo otra vez la tensión.

—Me he leído tu libro, *La decadencia de la mentira*.

—¿En serio? —pregunto, realmente sorprendida—. ¿Por qué?

—¿No te interesa más saber lo que pienso de él? —Vuelvo a desafiarle con la mirada. ¿A qué está jugando?—. ¿O lo que pienso de ti por leerlo? —continúa.

Respondo con una risotada.

—Quizá en otro momento. La noche es joven.

—Sí, pero yo no voy a pasarla aquí.

—¿Cómo?

—Es una larga historia. —Guillermo saca su móvil y activa la cámara—. ¿Te importa?

No entiendo nada. Sin embargo, ante tanta confusión, termino asintiendo con la cabeza. Guillermo apoya ligeramente su mano en el norte de mi espalda y nos enfoca con la cámara frontal. Su tacto es cálido sobre mi piel fría. Detesto que me saquen fotos y siempre trato de evitarlo, aunque me obligo a posar bien e intento poner una mirada felina que rara vez saco; no quiero sonreír, pero quiero salir guapa. Él tampoco sonríe. De hecho, ni se molesta en mirar cómo hemos quedado después y simplemente se guarda automáticamente el móvil en el bolsillo. Me quedo un poco perpleja.

—¿A qué ha venido eso?

—Un recuerdo de esta noche —me guiña el ojo—. Estás tan guapa

que necesitaba capturarlo.

Intento no sonrojarme ante ese halago tan básico, pero me es imposible. El marquesito es bueno en lo que quiere.

—¡Atención, por favor!

La voz de Dafne suena desde el salón principal y me dirijo hacia allí junto a él. En cuanto llegamos con el resto, encuentro a Jaime buscándome con la mirada; siento alivio al contemplar su interés. Mi amiga se sube sobre la tarima alta del salón, cóctel en mano.

—Bueno, primero de todo, ¡estáis todos fabulosos! —Se oyen unas risas—. Quería agradeceros el haber venido. Está siendo una fiesta de comienzo de curso muy especial y, dado que me han informado de que seguramente vuelva a ganar estas elecciones a delegada, aún hay más que celebrar…

No quiero ni saber de qué ha sido capaz para deshacerse de su oponente.

—Por eso —continúa, levantando su copa—, alcemos nuestras copas… La quinta, en el caso de Felipe —más risas—, y brindemos por un curso inolvidable.

—¡Salud, querida! —exclama una voz a mi lado.

Todas las miradas se dirigen a la entrada del salón, junto a nosotros. Nadie se ha percatado de cuándo ha llegado, pero ahí está Claudia Guzmán, con un vestido rojo furia y una copa entre sus dedos. Sonríe, y eso no es nada bueno.

Los murmullos comienzan. Tristán la observa, atónito, y Jimena me mira, asustada por lo que pueda llegar a pasar esta noche. Sin embargo, nada de eso impone a Claudia, que solo levanta la barbilla y alza la copa como bien ha ordenado la anfitriona.

—¿Por qué ha parado la música? —canturrea—. Esta fiesta acaba de empezar.



18

Guillermo del Prado

Unos minutos antes…

Le prometí a mi hermana unas fotos en la fiesta y eso es justo lo que voy a hacer antes de marcharme de aquí. El portero del edificio pregunta mi nombre y luego me acompaña hasta el último piso. Un camarero me abre la puerta y ahí está, en el recibidor, como si me estuviera esperando; su vestido me deja sin aliento.

Gala me mira conforme me acerco y, por un momento, olvido dónde estoy, qué hago aquí y por qué no puedo quedarme. Sé que no puedo estar mucho tiempo, pero tampoco quiero ser descortés. Logro quitarme a ese tal Jaime de en medio durante la charla y termino mencionando el ensayo de Oscar Wilde antes de que la conversación se desvanezca. He logrado sorprenderla. Si le fascina cada dato nuevo que aprende de mí, no quiero saber cómo reaccionaría ante mis secretos más oscuros.

La voz de la anfitriona llama a los invitados al salón y me fijo de repente en la casa que me rodea: el estilo rococó en el que se basa su decoración es evidente; de sus altos techos cuelgan lámparas de araña, la estructura es clásica y los muebles parecen dignos de un museo. Los ventanales del salón están abiertos, supongo que para

los alumnos que fuman. Nos reunimos con el resto, y puedo notar cómo regresan los susurros y las miradas de reojo entre mis compañeros de clase. ¿No les sería más fácil hablarme directamente, antes que elucubrar posibles rumores sobre mí?

Dafne da su brindis, haciéndolo un poco sobre ella, por supuesto, y el final se ve interrumpido por la chica que rompió con Tristán enfrente de todos. ¿Qué hace aquí?

—¿Por qué ha parado la música? —dice mientras presencio cómo ahora los murmullos van dirigidos a ella—. Esta fiesta acaba de empezar.

El silencio se puede cortar con un cuchillo. Dafne se baja de la tarima del salón.

—¿Mi portero no te ha avisado? —pregunta, sin miedo a ser clara —. No se permiten perras en el edificio.

—¿Pero sí gatitas? —contesta al instante—. Guárdate las uñas, cielo. Le he dicho a tu portero que soy familiar de tu vecina del 2.º A y se lo ha tragado.

—Claudia… —Tristán se acerca a ella, apartando a algunos invitados de su camino. Avanza con un poco de torpeza y cuatro tonos distinto de pintalabios esparcidos por su boca. Su pajarita está desanudada y lleva un pedo del copón—. ¿Qué cojones haces aquí?

—No es justo que me pierda esta fiesta. Yo también termino el instituto este año.

—¿Y has venido para qué? —pregunta él con una floja pronunciación—. ¿Para demostrar que siempre harás lo que te dé la gana, sin tener en cuenta a los demás? Eso ya ha quedado muy claro…

—Esta es una fiesta privada, «cielo» —resuelve Dafne, colocándose junto a su primo—. Solo amigos y familiares.

—Que te crees que todos estos son tus amigos.

Nadie la defiende. Jimena, la otra chica del grupo, se coloca junto a Dafne.

—Más que tuyos, sí.

—¡Ja! —exclama Claudia, echándose hacia atrás—. Ya tuvo que salir esta. A ti te ha venido de locos que rompamos, ¿a que sí?

Contemplo la escena con inevitable interés. Así que se trata de él,

de Tristán; él es el chico al que mira siempre con tanto deseo. Observo a la prima de este, pero ella solo frunce el ceño, un poco confusa ante la situación.

—¡Claudia! —Gala se une al resto, irrumpiendo drásticamente en la conversación—. Por favor, márchate. Esto es muy incómodo para todos.

—Para todos, ¿eh? ¿Por qué? —cuestiona esta, con su voz rompiéndose. Qué poco ha durado con la barbilla alta—. ¿Porque me oísteis decirle que me acosté con otra persona? Sois una panda de chismosos, ¡todos vosotros!

—¡Y tú una novia de mierda! —añade Tristán, encendiéndose.

Felipe se acerca corriendo a retenerle por detrás mientras que Dafne da unos pasos más hacia la no invitada.

—Verás, querida —le explica la anfitriona en un tono tan bajo que solo los que estamos más cerca llegamos a oír—. No digo que no tengas tus motivos para haber venido hasta aquí a exponer tu descontento con la situación, pero… ¿no crees que está siendo contraproducente? Mira a tu alrededor.

Dafne y Claudia contemplan el salón juntas: todos los ojos clavados en ellas, con un silencio que solo cubre la música del estéreo. Los ojos de Claudia comienzan a aguarse y Dafne le seca la primera lágrima que cae por su mejilla.

—Ahora todos piensan que estás loca —confirma con falsa tristeza —. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que sientan miedo y lástima por ti?

—No me hagas hablar de ti, Dafne Laurent —masculla Claudia entre dientes—. Eres la peor de todo el grupito.

Dafne se muestra impávida ante el comentario; sus dos amigas se le unen a ambos lados, a modo de apoyo, y veo cómo otro chico bastante alto, creo que es del equipo de *rugby*, se coloca delante de ellas.

—Cuidado con lo que dices de mi chica.

—No soy «tu chica», Mario —le sonríe Dafne, apartándolo con delicadeza—. Pero gracias por tu apoyo. Creo que Claudia ya se iba.

—Porque tú lo digas…

—Porque lo decimos todos —se atreve a decir Gala—. Estás haciendo el ridículo.

Vaya. Eso sí que no me lo esperaba.

El silencio en la casa se vuelve sepulcral y hasta yo siento lástima por ella. ¿Qué esperaba que fuera a pasar si aparecía aquí? Claudia toma aire, mirando a su alrededor con los ojos cristalinos, y antes de darse la vuelta y volver por donde ha venido, Tristán se suelta de Felipe y la detiene.

—¡Espera un momento! —exclama, arrastrando las palabras—. Dímelo de una puta vez, Claudia. ¿Con quién fue?

Todos los invitados de la casa nos inclinamos ligeramente hacia delante. Esto está siendo surrealista, y veo que voy a llegar tarde a la reunión del CDC, pero quizá valga la pena. Saco un par de fotos de la gente con el móvil para enseñárselas después a mi hermana. Total, nadie se está fijando en mí ahora mismo.

—¿De qué serviría? —responde, secándose de nuevo las lágrimas de impotencia—. Ya me he humillado bastante, ¿no crees?

—¡Dímelo! —grita Tristán, iracundo. Parece que se va a lanzar a su yugular de un momento a otro, y es por eso por lo que ayudo a Felipe a retenerle—. ¿Cuándo pasó? ¿Cómo sucedió?

El alcohol ya ha hecho mella en él. Felipe, el tal Mario y yo le rodeamos con nuestros brazos, haciendo lo posible por impedir que cometa una locura. Todos contemplan la escena en puro silencio y veo a algunos de ellos grabándola a escondidas. Por lo menos, a mi hermana no le faltarán pruebas de que he estado aquí…

—¡Contesta, joder! —sigue gritando Tristán—. ¿Cuándo cojones pasó?

—¡A su regreso del internado! —termina confesando Claudia, definitivamente llorando—. Tú también acababas de volver, pero preferiste irte de fiesta con tus amigos, ¿vale?

El silencio se disipa. Los murmullos regresan y las miradas cómplices, también. Tristán da un paso torpe hacia atrás, desconcertado. Felipe y Mario le siguen sujetando.

—No puede ser —murmura Gala—. Los únicos que estuvieron en el internado de Irlanda fueron Felipe, Jimena, Daf y él…

—A mí no me mires, tío —comenta Felipe con rapidez.

—Existen más internados en el mundo, pequeña genio —responde Claudia, al borde del desmayo; la pobre chica se empieza a marear.

—Alguien debería traerle un poco de agua —me atrevo a comentar. Gran error.

Las miradas regresan a mí, en especial la de Tristán, que me mira con tanto odio en la cara que comienzo a temer por mi vida. Se acerca agresivamente hacia mí.

—Tú también estuviste en un internado. En el de Suiza, ¿verdad, hijo de la gran puta? Y también es de la misma red de escuelas que nuestro colegio…

En cuanto le veo crujirse el cuello, sé que esto no va a acabar bien. Felipe y Mario le vuelven a retener entre sus brazos antes de que pueda ir directo a por mí. Sin embargo, no me salvo de sus palabras.

—¿A qué coño has venido a este colegio, cabronazo? ¿A restregarme cómo te has follado a mi novia?

—¿De qué hablas, tío? —me defiendo.

—¿Te abro las puertas de mi grupo y así me lo agradeces?

Su boca no se cierra en ningún momento. Los invitados continúan atestiguando cada instante, cada golpe que Felipe logra evitar que me dé, cada frase mal pronunciada que sale de su lengua alcoholizada, llegando a la última, que termina por destruirme:

—¿Te la follaste antes o después de que la palmara tu hermano?

—¡Tris! —escucho reprender a Gala.

La sangre me baja a las manos y voy corriendo hacia él, pero mi golpe se ve interrumpido en cuanto Gala se interpone. Logro detener el puño antes de provocar el caos.

—¡No lo hagas! —me suplica—. Está borracho y dolido.

—Me está acusando sin pruebas.

—Eres mejor que esto.

¿Lo soy? Permanecemos unos segundos mirándonos. Primero se hace la desinteresada conmigo, luego me cubre en clase de Historia. Después, me hace un *tour* por el campus y empiezo a creer que hemos conectado. Llego hoy a esta fiesta y se vuelve a hacer la difícil, ¿y ahora me dice que «soy mejor que esto»? ¿En qué clase de batidora mental me encuentro?

—Creo que debería irme ya —concluyo y miro a Dafne antes de marcharme—. Buena fiesta.

Joder, y encima ya llego tarde. Me van a matar.

Salgo corriendo de la casa y me subo al primer taxi que pasa por la calle. Le digo la dirección al taxista y no vuelvo a abrir la boca durante el resto del viaje. No quiero y no puedo.

El corazón me va a mil por hora conforme salimos de la calle. En cuanto alcanzamos la primera rotonda, el foco de un coche me apunta directo a la cara, provocando que me aferre con fuerza a mi asiento mientras me vuelven los recuerdos a la cabeza…

Una luz acercándose.

Mi voz rompiéndose en un grito.

Una corbata de satén manchada de sangre…

Necesito tranquilizarme antes de llegar a mi siguiente parada de la noche; el corazón se me va a salir del pecho si sigo así. Agarro mi móvil con fuerza y busco entre las fotos la que me he sacado con Gala. Su belleza me calma. Contemplo esos mechones dorados que contrastan con mis rizos oscuros. Incluso sin sonreír parece un ángel, por eso corre peligro cerca de mí.

Si el cielo y el infierno se fusionasen, a saber qué podría pasar.

PARTE II



Primera fila



19

Gala Ruiz-Johnson

La luz que entra por la ventana de Dafne es casi cinematográfica. Me levanto de su cama de casi dos metros de ancho y contemplo las vistas, sentada en el alféizar de la ventana. Se oyen pajaritos por la calle y todo parece en paz; es casi como si anoche no hubiese existido.

En cuanto piso la cocina de la casa, me doy cuenta de que he sido la primera en levantarme. Sé que Daf y Jimena seguían dormidas junto a mí y, con lo mucho que bebieron los chicos, dudo que se levanten hasta dentro de un par de horas. Los padres de mi amiga le dieron la noche libre al servicio de la casa y no llegarán hasta dentro de unas horas, así que yo misma me preparo un café.

—Buenos días, mi niña. —Felipe aparece bostezando en la cocina. Se echa el pelo vagamente hacia atrás y se queda medio tumbado sobre la isla de mármol. Le preparo otra taza.

—Qué pronto te has levantado —le digo—. Pensé que estaríais muertos de la resaca.

—Tris lo está. A mí el pedo se me pasó en cuanto tuve que impedir que matara al nuevo.

Siento un escalofrío al recordar la escena. La forma en que mi amigo casi se lanza al cuello de Guillermo, acusándole injustamente

de haberse acostado con Claudia. Supongo que a ella le encantó presenciar los estragos que provocó por no ser invitada y sentirse como Eris, la diosa de la discordia.

—Oye, tía —me comenta Felipe en voz baja—. No me hagas mucho caso, pero creo que Ferran Burgos me lanzó la caña anoche.

—¿Hablas en serio? —pregunto, aguantándome una carcajada.

—Iba hasta las cejas de vino y champán, y se puso supertontorrón con todo el mundo. Pero a mí me agarró por los hombros y empezó a decirme que «era un tipo de puta madre» demasiado cerquita de mi boca.

—Jamás me lo hubiese imaginado. Bueno, tampoco me lo hubiese imaginado de ti…

Oímos unos pasos y Felipe me sisea con urgencia. Dafne y Jimena entran a la cocina.

—Buenos días —anuncian ambas.

Dafne va directa a la nevera y saca algunos de los aperitivos que sobraron ayer. Los coloca por toda la isla y luego se sirve un vaso de agua mineral. Está fabulosa con ese vestido de satén negro que usa como pijama. Jimena se sienta junto a Felipe, apoyando la cabeza en su hombro y quedándose frita de nuevo.

—¿Deberíamos encargar algo de comida? —cuestiona Daf—. No queda mucho de ayer.

—Me apetece *sushi* —respondo.

Felipe y Jimena me abuchean. Daf y yo nos reímos. El *sushi* y la resaca no son los mejores aliados.

—¿Cómo está Tris? —pregunta Jimena a nuestro amigo. Él se encoge de hombros.

—Se puso a gritar como un energúmeno en cuanto le metí en el cuarto. Le cabreó que lo alejásemos de la fiesta cuando aún no había acabado. Pero, bueno, como ya iba bastante pedo, se fue quedando sopa poco a poco. En cuanto se fue la gente, tuve que dormir en el suelo porque no paraba de patalear en sueños, el cabrón.

—Has sido un buen amigo —le condecoro.

—Anoche lo fuimos todos —me corrige Dafne, seriamente—. Los cinco somos un equipo; una familia. Nos protegeremos las espaldas,

pase lo que pase.

—Vale, soldado —se ríe Jimena—. ¿A quién quieres que nos carguemos?

Dafne le lanza un arándano a la cara y ella se lo come después.

—De quien no estamos hablando es de Mario —recalco—. ¿La forma en la que quiso protegerte de Claudia? Sublime.

—¿Vamos a darle una medallita por eso? —contesta mi amiga, frunciendo el ceño—. Es como felicitar a un oso por asustar a una lombriz.

—Le tienes enamoradito —canturrea Jimena, tratando de ponerse en pie.

—Es mono y besa bien —sentencia Dafne—. Pero no es más que un crío.

—Tú dale un par de años —le defiende Felipe.

—Agg… puta resaca. —Los murmullos que suenan de fondo nos alertan de que Tristán se acerca—. Buenos días.

—De buenos, nada —me oigo decir—. Ayer te comportaste fatal.

¿De dónde ha salido tanta rabia, de repente? Todo el grupo me mira, sorprendido, y yo no me quedo atrás. Tristán le roba el vaso de agua a su prima y luego suspira.

—Ya lo sé, joder. Me pudo la rabia.

—Piensas disculparte el lunes con Guillermo, ¿verdad?

—¡Pero mira cómo defiende a su nuevo amorcito! —sigue canturreando Jimena.

—No es defenderle, es que se pasó —contesto—. Y a los amigos hay que decirles siempre cuándo han obrado mal.

—Te lo pido por favor —me implora Tris—. Retén a Santa Gala hasta dentro de unas horas.

Me siento en una de las banquetas de la isla. No sé por qué me he enfadado tanto en cuanto le he visto; quizá porque he comenzado a recordar nítidamente su actitud de anoche. Guillermo parecía confuso, perdido… Y en cuanto mi amigo dijo aquello de su hermano… Hasta a mí me dolió el corazón.

—Te juro que me disculparé —me suelta Tristán, unos segundos después—. La pagué con él injustamente, pero, joder, ¿podemos hablar de la puta bomba que soltó Clau anoche? ¿Quién más ha ido

a un internado este verano?

—Sí que fue una pista un poco extraña —deja caer Daf, comiéndose una tosta de caviar.

—¿De qué te va a servir averiguar quién fue? —comenta Jimena, robando un sorbo del café de Felipe—. Al fin y al cabo, la culpa no fue de él, sino de tu novia.

—¿Tú crees? —contradice Felipe—. Quiero decir, a lo mejor el pavo sabía perfectamente que estaba pillada y, aun así, se lanzó…

—Seguiría siendo culpa de ella —secunda Daf.

—O quizá el chico no lo sabía —añado yo—. ¿Tú sabes la de gente que se acuesta con alguien, desconociendo con qué clase de persona lo está haciendo realmente?

El grupo entero se me queda mirando, una vez más. Hoy estoy que me salgo.

—Espero que ese café sea *decaf* —me susurra Dafne, señalando mi taza.

—Me voy a disculpar con tu marquesito —me contesta Tristán—, pero tampoco hace falta que ahora defiendas al amante de Claudia.

—Por supuesto que no le defiendo, Tris. Simplemente desconocemos cuánto de culpa tiene él, realmente…

La discusión se ve milagrosamente interrumpida por un mensaje en mi móvil. Lo miro de inmediato.

—¡Qué fuerte! —exclamo al leerlo—. Es de Jaime. Dice que se alegró de verme anoche.

Todos en la isla comienzan a hacer soniditos, hasta Tris. Sonrío del alivio.

—Os veis casi a diario —explica Jimena—. Un mensaje así de cutre solo se envía para sacar conversación. Quiere algo contigo, fijo.

De eso ahora estoy segura. Al final voy a tener que darle las gracias a Guillermo por su acto de presencia anoche; algo me dice que el repentino interés de Jaime por mí ha crecido en cuanto se vio amenazado por él. Un comportamiento un poco pueril, la verdad, pero al menos ha surgido efecto.

—¿Qué le vas a contestar? —dice Felipe.

Y es entonces cuando recuerdo que hay otro mensaje al que debería responder: Julen. Me propuso vernos la semana próxima y al

final, con todo lo ocurrido, no le dije nada. Después de hablar a Jaime, le contesto mientras el tema de conversación en la cocina regresa al posible amante de Claudia. Le digo que sí, que nos veamos, con la esperanza de poder elaborar un plan para deshacerme de ese maldito vídeo nuestro que custodia con tanto empeño.

Y así, mientras consigo al chico que me interesa, también mantengo callado al que podría destruir mi vida.



20

Guillermo del Prado

El sol cubre mi cuarto entero al amanecer. Benditas cortinas.

Despierto por la alarma y el olor a beicon que ha alcanzado el dormitorio; mi hermana debe de haber pedido el desayuno a algún restaurante de la zona. Ya han pasado tres días desde aquella fatídica noche. Y, aunque podría decir que la fiesta de Dafne fue el momento más fuerte con diferencia, la agresividad con la que me trató Tristán no logra compararse con lo que sucedió después.

Salgo de la cama, aún dolorido, y levanto levemente mi camiseta interior negra para comprobar que, efectivamente, el moretón que recorre todo mi costado izquierdo ha alcanzado un violeta oscuro preocupante. Puedo contemplar el escudo del CDC que llevo tatuado bajo los golpes.

Esto se me está yendo de las manos. Es como si pudiese oír a mi propio hermano pidiéndome que salga de ahí, pero no puedo. Ya es demasiado tarde. Una vez que te tatúas el escudo tras la iniciación, formas parte de ellos para siempre. Y Roberto no llegó a hacérselo… Pero yo sí.

Al menos él ya es libre.

—¡El desayuno, Guille! —me grita Aria desde el salón—. ¡Venga, que tienes clase!

—¡Voy!

Me pongo el uniforme rápidamente, por mucho que me duela moverme.

Cuando mi hermana me preguntó cómo fue la fiesta, mentí y respondí que «aburrida». Pero no me extrañaría que alguien acabase enviándole alguno de los cientos de vídeos que ahora irán rondando entre las cuentas de TikTok del curso.

Mi corta relación con Tristán ahora está tensa, desde luego, pero la que no me quito de la cabeza es esa tan extraña que he creado con Gala. La forma en la que nos miramos, esa manera que tiene inconscientemente de protegerme… Es literalmente mi ángel de la guarda.

Aria abre la puerta de mi habitación, con su móvil apoyado en la oreja.

—¿La de llamar antes te la sabes? —increpo, por suerte, con la camisa ya puesta. Si mi hermana viera mi golpe del costado, se volvería loca.

—Es mamá —me explica—. Quiere hablar contigo.

—Es bonito querer cosas.

Los ojos de Aria se quedan en blanco y me ofrece el teléfono sin más miramientos. Se lo acepto a regañadientes.

—Madre.

—¿Cómo están yendo las cosas en el nuevo colegio? —me pregunta con un interés poco común en ella—. Me ha dicho tu hermana que ya estás haciendo buenos amigos.

«Buenos amigos»; no podían ser de otro tipo. ¿Para qué quiere que se lo cuente, cuando es obvio que Aria ya la ha puesto al día? Está claro que quiere apaciguar la situación desde la última vez que nos vimos…

—Sí, el otro día fui a la fiesta de una amiga.

—De Dafne Laurent, ¿no? Su padre es un tiburón de los negocios —me aclara, como si me importase una mierda—, y su abuelo, ¡ya ni te digo!

—Lo llego a saber y me acuesto con ella.

—¡Guillermo!

Dejo asomar una pequeña sonrisa. Mi hermana, que está oyendo

la conversación, también.

—Lo estás haciendo muy bien, hijo —expresa mi madre—. Sigue así, sin meterte en problemas. Ya verás cómo te aguarda un futuro increíble.

Dicho eso, me cuelga. Mi madre está… ¿orgullosa de mí? Le devuelvo el móvil a Aria, que me sonríe también con satisfacción antes de regresar al salón. ¿Será verdad? ¿Estoy haciendo las cosas bien? Quizá es porque aún no me he metido en problemas —salvando el de la fiesta con Tristán—, o a lo mejor porque, sin querer darme cuenta, sí que estoy tratando de ser mejor.

Me viene a la cabeza la foto que me hice con Gala esa noche. ¿Todo esto será por ella?

No he parado de recordarla durante todo el finde. ¿Cómo es posible que la quiera hacer mía, y a la vez tema que eso pueda repercutirle? Por ahora, al parecer, es ella la que me está influyendo a mí. Pero eso podría cambiar en cualquier momento…

Estaría mejor con ese pesado de Jaime, desde luego. Él no le daría tantos problemas.

Quizá deba ceñirme a tratar de ser su amigo. Por ella y por mí.

Al fin y al cabo, ella es el único motivo por el que me apetece ir hoy a clase.



21

Gala Ruiz-Johnson

En clase de Equitación, la profesora Roca nos hace dar tres vueltas seguidas a trote y dos a galope. Me han dejado coger a Perla, mi yegua favorita, y con ella da gusto montar. La mayoría de los alumnos que toman esta clase en el Knight's Hill son chicas. Los chicos suelen elegir Rugby o Natación como asignatura deportiva. Aunque la mayoría acaba tirando por la segunda opción, si al final no los aceptan en el equipo de *rugby* para los partidos oficiales.

El campo de hípica del colegio es lo suficientemente extenso, perfecto para el grupo reducido que compone cada clase; y lo mismo pasa con el establo, donde entran sin problema los diez caballos con los que cuentan. Al final de cada lección, vamos por orden dejándoselos al mozo. Yo suelo ponerme de las últimas en la fila porque me gusta pasar tiempo con Perla, me relaja. Mientras la acaricio, avanzando lentamente en la cola, oigo una voz que me llama desde el fondo del establo.

—Así que hoy te han dejado a Perla, ¿eh?

Adriana Velázquez se acerca con su casco bajo el brazo. Se ha hecho una coleta alta que le queda fantástica. Para tratarse de la chica más fiestera de todo el curso —o esa es la fama que la precede—, podría pasar perfectamente por una princesa de cuento.

—Mañana nos dan el trabajo de Historia, ¿no? —le pregunto sonriente.

—Lo sé… ¿Qué nota crees que nos ha puesto?

Nos pasamos la cola de espera en el establo dilucidando sobre las calificaciones de Morales y, para cuando el mozo recoge a Perla, hemos cambiado de tema y nos andamos riendo a carcajadas. La verdad es que me divierto mucho con ella.

Mientras salimos del establo, mi mirada se dirige hacia la pared de cristal con la que cuenta el bloque de la piscina climatizada. Se pueden ver a los alumnos nadando y estirando en su interior, y no puedo evitar fijarme en el cuerpo escultural de Guillermo, que se pasea por el borde de la piscina olímpica, marcando unos abdominales de escándalo y un bañador corto que, a diferencia del resto de los chicos, le queda de muerte… Un momento, ¿eso que tiene en el costado es un moretón?

—Así que te pone el nuevo.

—¿Cómo? —Me giro automáticamente hacia Adriana, que me mira juguetona.

—*That's okay*, ¡lo pillo! Está bien bueno, el chico.

—No sé de qué me hablas.

—Pensé que te gustaba Jaime Gleason.

—Jaime y yo nos llevamos muy bien —contesto, sin haberme pensado mucho esa respuesta.

Adriana observa más detalladamente a Guillermo.

—Te estaba pidiendo ser su pareja en el trabajo, ¿verdad? —cuestiona—. Cuando me acerqué yo a ofrecértelo.

Me encojo de hombros.

—Prefería ponerme contigo.

Adriana vuelve a sonreírme.

—No se le ve mal chico, en realidad. Debe de ser duro empezar de cero en un cole nuevo, y más aún cuando has perdido a tu hermano.

—¿Sabes algo de eso? —le pregunto con verdadera curiosidad.

—Lo mismo que el resto —suspira, quitándose el polvo del establo de los pantalones—. Solo digo que quizá le vendría bien el hombro de una buena amiga.

—¿Y esa amiga soy yo? —me río.

—Fue a por ti, tía. Y no le he visto acercarse a nadie más en clase con tanta decisión.

Regreso la mirada al ventanal de la piscina.

—¿Por qué no le dices de veros? —me sugiere Adri—. Algo informal. Las apariencias engañan; quizá descubrís algún interés en común.

De eso ya tengo respuesta: a los dos nos gusta el arte en todas sus formas, además de que ambos contamos con la misma aversión hacia la prensa sensacionalista. Sin embargo… ¿decirle de vernos? ¿A solas? Eso podría prestar a confusión. No quiero nada más que una posible amistad con él; por mucha curiosidad que me genere, no puedo olvidar que guarda demasiados secretos y que le acompañan los problemas. Y ya bastantes tengo yo de por sí, intentando llegar a algún puerto con Jaime y tratando de que Julen permanezca con la boca cerrada y desaparezca de mi vida.

¿Cómo lo hará Adri? Por lo que dicen, se lía con más de veinte chicos al mes. Yo no sería capaz de gestionarlo. Aunque, bueno, me temo que esos rumores son exagerados…

¿A quién quiero engañar? Quiero escribir a Guillermo. No he cruzado palabra con él desde la fiesta de Dafne, y se fue en el peor momento posible. Esta semana, apenas me he atrevido a hablarle de la vergüenza que siento al recordar la escena… Pero sé que le debo una explicación de lo ocurrido.

—Quizá tengas razón —respondo a Adriana—. Luego le escribiré.

En cuanto Adri me sonríe, un repentino aroma a Chanel me indica que Dafne anda cerca. A los pocos segundos, se presenta frente a nosotros, acompañada —o más bien, escoltada— por dos chicas de clase.

—¡Adriana Velázquez! —saluda, mostrando la sonrisa más falsa que he visto jamás.

—¡Dafne Laurent! —responde Adri, imitando su tono.

—¿No tienes ningún botellón al que asistir?

—¿No tienes ninguna nación que subyugar?

—Me temo que hoy libro —contesta Daf, ladeando la cabeza—. Quizá el sábado, justo el día donde pones a prueba tus destrezas…

Adri se cruza de brazos.

—Sabes que hago más cosas con mi vida, aparte de salir de fiesta, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Se ve que montas a caballo y…, por lo que dicen —murmura—, también he oído que te lo metes.

—¡Vale, suficiente! —exclamo, llevándome bruscamente a Dafne del brazo—. Adri, cielo, hablamos esta tarde.

Adriana se despide con una sonrisa demasiado amable para acabar de sufrir los picotazos de mi amiga. En cuanto Daf y yo nos hemos alejado lo suficiente del área de equitación, retomamos el paso normal a los vestuarios.

—¿Qué demonios te pasa con Adriana? —le riño.

—No, ¿qué demonios te pasa a ti? —se ríe ella—. Todos saben que es una paria. Se pasa los findes bebiendo, drogándose y haciendo a saber qué con hombres mayores. Dime con quién te juntas y te diré quién eres…

No podía haber dado más en el blanco. Podría achacar a Adri el haberme convertido en la idiota perdida e inconsciente que se ha liado con un tipo mayor este verano, pero ¿de qué serviría? La culpa solo es mía…

Dafne continúa mirándome, a la espera de una respuesta. ¿Qué quiere que le diga? ¿«Dime con quién te juntas y te diré quién eres»? ¿Con quién demonios se juntará ella para comportarse a veces como una princesita cruel y retorcida? Podría preguntárselo, pero no me atrevo.

—Daf, Adri es mi amiga y mi compi de trabajo en Historia —acabo justificándome, temiendo por dentro el haber iniciado una discusión —, así que te pediría que no hablases mal de ella delante de mí. Además, si queréis que me ponga con alguna de vosotras, ¿qué tal si, la próxima vez, no me dejáis tirada a la hora de elegir pareja?

Mi amiga suelta un suspiro.

—Tienes razón, y me disculpo —responde, apoyando su mano en mi hombro—. Llego a saberlo y me hubiese encargado de buscarte a alguien mejor. No volverá a pasar, ¿de acuerdo?

Daf me acaricia el colgante de Tiffany que ella misma me regaló.

Suspiro y le sonrío. Me siento fatal por Adri.

—Ella es super buena chica. Algún día me explicarás por qué le

tienes esa manía.

—*Whatever*.

Continuamos tranquilamente con nuestro paseo en dirección a los vestuarios, dando por zanjada nuestra discusión sobre Adriana. Aun así, por muy poca gracia que a mi amiga le haga verme con ella, esta no podría haberme dado un mejor consejo.

Las apariencias engañan. Eso ya lo tengo comprobado.

Una vez que nos hemos cambiado, cojo el móvil, busco el número de Guillermo en el grupo de clase de WhatsApp y le escribo directamente. Le sugiero vernos fuera de clase. «Algo informal».



22

Guillermo del Prado

En lo que llevamos de semana, no he podido hablar con ella y siento que me evita como la peste. A veces, cruzamos miradas en clase de Historia, pero no pasamos de ahí. Ha habido un par de veces en las que he hecho el ademán de acercarme a ella, y siempre sale despavorida. ¿Tan mal hice yéndome de la fiesta de Dafne?

No hay quien entienda lo que sucede entre nosotros. Este toma y daca constante me está volviendo loco, y dudo mucho que a ella le sea indiferente. Quiero hablar con ella y que aclaremos las cosas. Desde que la conozco, mi madre ha recuperado la esperanza en mí. Roberto ya no está las veinticuatro horas al día en mis pensamientos, y hasta yo me siento más centrado en clase.

Necesito esa buena influencia, a ese ángel que me da paz.

Durante la clase de Natación, el entrenador Cristóbal nos divide por carriles en la piscina olímpica del centro. Me he dado cuenta de que, en esta asignatura, la mayoría somos chicos.

—Quiero que cada uno haga dos series a crol —indica el entrenador—. Sin pausa. Quiero comprobar vuestro rendimiento individual antes de seguir avanzando, por lo que esto no es una carrera —recalca—. Repito: ¡esto no es una carrera! No quiero ver velocidad, quiero ver buena técnica, ¿de acuerdo? ¡En posición! A mi

salida.

Somos el mismo número de alumnos que de carriles, por lo que esto, definitivamente, se va a convertir en una carrera. Al menos, para mí. No puedo evitarlo, lo llevo en la sangre. Aún recuerdo en el internado de Suiza, cómo casi me batía a muerte cada vez que practicaba esgrima con mi amigo Víctor. Los dos somos muy buenos, pero ambos contábamos con esa necesidad de demostrar quién era el mejor.

Lo era yo, diga lo que él diga.

Antes de que suene el silbato del entrenador, me fijo en quiénes tengo en los carriles de al lado: a mi derecha se encuentra Felipe, el machito de la clase; no he hablado mucho con él, pero sé que es el amigo inseparable de Tristán. Él se encuentra al otro lado de Felipe, también evitándome la mirada; porque, claro, eso hace nuestros encuentros menos incómodos. A mi otro lado está Juanfran, que sigue pegado a mí como una lapa; aunque, para ser justos, estos últimos días me he sentido más solo de lo normal, por lo que un poco de compañía no me ha ido mal.

«¡Píííí!».

El silbato marca la salida. Me lanzo de cabeza a la piscina y comienzo a nadar. Sé que mi técnica es buena, practico natación desde hace diez años y estuve en el equipo de mi internado en California. Puedo comprobar de reojo cómo, casi al final del primer largo, la mayoría de los estudiantes se ha ido quedando tras de mí…

Todos, menos dos.

Felipe logra seguirme muy bien la marcha y Tristán también, aunque ya va perdiendo fuelle al inicio del segundo largo; no ha sabido propulsarse bien en el cambio de sentido. Para cuando llegamos al tercer largo, solo quedamos dos posibles ganadores. El resto aún sigue a mitad del segundo y, por lo que me da tiempo a ver, con una técnica bastante pobre. Juanfran, por ejemplo, no mueve las piernas al crol y va a tener agujetas en los brazos después.

En cuanto estamos por alcanzar el borde de la piscina al final del tercer largo, comparto una mirada muy fugaz con Felipe. Efectivamente, no soy el único compitiendo ahora mismo. Al final

vamos a tener más en común de lo que me esperaba.

Me propulso con todas mis fuerzas para el largo final y nado como si me persiguiese un tiburón. Sin embargo, no logro adelantarle; es como si lo tuviese pegado a mi costado y nos viésemos obligados a nadar al mismo ritmo. El último carril se acaba y solo puede ganar uno.

Tiempo.

Para cuando alcanzamos el borde de la piscina, nos quitamos las gafas a la vez, dirigiéndonos al entrenador.

—¿Quién ha ganado?

—¡¿Pero será posible?! —nos regaña—. ¡He dicho que no es una carrera! En cada clase igual… ¡Siempre hay un par de chavales que necesita estar por encima! Salid ahora mismo, quince flexiones cada uno.

Pues menudo castigo. En mi casa hago cuarenta nada más despertarme.

Felipe y yo salimos de la piscina, de nuevo completamente compenetrados, y eso nos obliga a mirarnos a los ojos y acabar riéndonos. El chico me ofrece la mano mientras se quita el gorro.

—Bien jugado.

—Lo mismo digo.

Comenzamos con las flexiones.

—No te hacía tan competitivo —menciona durante estas—. Te veía más pasota.

—La gente aquí tiene la manía de etiquetar demasiado pronto.

—¿Te va el deporte?

—Me va la adrenalina. Y ganar me la provoca.

—Tienes buena técnica —contesta, tras una risotada—, pero podrías haberme ganado si hubieses doblado menos los pies con la zancada.

—Quizá la próxima.

Terminamos de hacer las flexiones y Felipe me vuelve a ofrecer la mano.

—Creo que no nos han presentado decentemente. Felipe Castellano.

—Guille —respondo—. ¿Estás seguro de que quieres que tu amigo

te vea conmigo?

Ambos dirigimos la mirada hacia Tristán, quien sigue dentro del agua, escuchando las palabras del entrenador mientras nos observa con cara de póquer.

Felipe se encoge de hombros.

—Ni caso. Se siente mal por lo que hizo, iba pedísimo.

—Ya.

—¡Deberías venirte con nosotros alguna vez! —me anima.

—Claro. ¿Por qué no?

Antes de volver a entrar a la piscina, contemplo las vistas a través de la pared acristalada del fondo. Se puede ver perfectamente el campo de equitación desde mi posición. Un grupo de estudiantes monta a caballo alrededor de una pista. Logro encontrar a Gala al instante. Lleva un polo rosa y dos coletas bajas con el casco de jinete; está perfecta.

—Mola, ¿eh? —comenta Felipe, mirando también—. Yo me metí en Natación porque es a la que se apuntan los tíos, pero mi familia tiene caballos y montar es una pasada.

Querría preguntarle por qué elige una asignatura basándose en si la eligen más chicos o chicas, pero no tenemos la suficiente confianza. Yo llego a saber que Gala iba a Equitación y me hubiese apuntado de una. Mis padres también tienen caballos, así que monto desde los seis años cuando paso tiempo en el palacio.

Acabo agotado al finalizar la clase; el entrenador ha sido verdaderamente duro con nosotros. Nos dirigimos a los vestuarios, y noto cómo Felipe se coloca a mi lado mientras nos cambiamos.

—Te lo quería preguntar antes —me explica, señalando mi costado —. ¿Qué cojones te ha pasado, tío?

Alguien iba a acabar preguntándolo. El moretón que ocupa mi costado izquierdo ya no se ve tan oscuro, pero sigue siendo llamativo. Lo bueno es que sigue tapando lo suficiente el pequeño tatuaje que guardo bajo él, por lo que nadie me ha preguntado aún por este.

—Oh. Una mala caída.

—Pero malísima, ¿eh? Eso tienen que vértelo.

—No te lo hice yo, ¿verdad?

Surge un silencio repentino en el vestuario y todos nos observan. Tristán se sitúa entre Felipe y yo, con el rabo entre las piernas. No literalmente.

—No, no fuiste tú —le respondo sin ningún tipo de emoción.

—Quería disculparme, tío —añade—. Se me fue la olla, ¿vale? Sé que eres un tío legal.

—Ya…

—¡Hablo en serio! Claudia es un puto bicho, puede haberlo hecho con cualquiera. ¿Qué tal si te lo compenso?

—¿Me vas a pedir ahora una cita o qué?

Algunos de los chavales se ríen. Tristán también.

—Mucho mejor. Vente a Milán con nosotros, tío. El padre de Gala nos ha invitado al grupo entero a ver su primer desfile masculino en la Fashion Week, y yo iba a ir con Clau, pero… pues eso.

«El padre de Gala». Eso implica que ella también estará, ¿no? Tentador.

Me planteo seriamente ir por unos segundos. Sería el momento perfecto para pillarla por banda y que no pudiera seguir esquivándome… Pero si es eso lo que quiere, evitarme, no voy a ser un puto pesado con ella; lo último que quiero es incomodarla. Pff. Vaya mierda todo.

—Gracias por la invitación —termino resolviendo—. Pero no me van ese tipo de eventos.

—¿No te van los viajes gratis por Europa? —se ríe Felipe.

—Ya he visto mucha Europa —contesto algo fardón, provocando el abucheo y las risas de varios de mis compañeros.

—Bueno, tú piénsatelo —insiste Tristán.

Asiento con la cabeza, declarando así la tregua entre nosotros. Y, en cuanto me empiezo a anudar la corbata, recibo un mensaje en el móvil.

No puede ser; es de Gala.

Me envía el *link* de una exposición sobre arte y arquitectura que hacen muy cerca de mi casa, y luego pregunta si me apetece que vayamos, como «algo informal». ¿Esto va en serio? La adrenalina que tanto ansiaba venciendo a Felipe en la piscina recorre ahora todo mi cuerpo con este mensaje. ¿Qué puedo contestar a algo así,

viniendo de alguien que parecía no querer volver a saber de mí nunca más?

—¿Y esa miradita? —Juanfran acaba de salir de las duchas. Está totalmente en pelotas y la vista es desagradable. Comienza a tocarme los mofletes en broma—. ¿Te ha escrito alguna churri? ¿A quién te vas a follar hoy, máquina?

—Para —le ordeno.

Pero él no para. Trato de vestirme lo más rápido posible para quitármelo de encima, pero mientras él sigue canturreando gilipolleces, termina escurriéndose con un pequeño charco del suelo y aferrándose a mi chupa azul de cuero para no caerse.

Oigo un *crack* que me corta la respiración.

—Ostia, tronco, lo siento —dice el muy imbécil entre risas.

Chequeo el tejido. Un pequeño fragmento de la zona del hombro se ha deshilado.

La furia se apodera de mí. Agarro a Juanfran del cuello y lo estampo contra una de las paredes de azulejos blancos. Felipe y Tristán se acercan corriendo a mí.

—¡Eh, tío, no! ¡Para!

Les cuesta retirarme las manos de su cuello y puedo percibir el completo terror en la mirada de Juanfran, más que merecido; deben de estar saliendo llamas de mis ojos.

«Puto *wannabe* de mierda. Jódeme esta chupa y te jodo a ti».

—¡Guille, hostia! —termina gritando Felipe, agarrándome directamente de la cintura y separándome por completo de la pared. Está fuerte, el tío.

Logro regresar a mí, poco a poco. Todos los chicos de clase me miran, asustados. Genial, si ya tenía mala reputación en este colegio, acabo de superarme.

—¿Estás bien? —se atreve a preguntar Tristán lentamente, con las manos levantadas, como si me estuviera viendo sostener un arma.

Me limito a asentir. Las pulsaciones me van a mil. Las imágenes regresan a mi cabeza: una luz acercándose, mi voz rompiéndose en un grito, una corbata de satén manchada de sangre…

Esto no puede volver a pasar. Es solo una chupa.

Es solo una chupa…

—Perdón —susurro, antes de abrir la puerta del vestuario y salir a toda leche de allí.



23

Gala Ruiz-Johnson

Guillermo aceptó mi invitación.

En cuanto leí su mensaje, sentí cómo el peso del mundo se bajaba de mis hombros. Hemos quedado hoy sobre las siete, por lo que me da tiempo a pasar por casa y ponerme algo más elaborado que el uniforme. Encuentro en mi vestidor una falda color crema que aún no he podido estrenar y lo veo como una señal. Me dejo el pelo suelto, un poco alborotado, y me pongo una pizca de colorete en las mejillas. Antes de salir, me miro fijamente al espejo.

—Eres una buena amiga, Gala —me digo—. Y serás una buena amiga para él también.

Me encuentro con Guillermo frente a la fuente de Neptuno, cerca del Ritz. Se ha puesto una camisa blanca remangada que le queda genial y un poco de gomina en los rizos. ¿Cómo puede verse tan elegante y a la vez tan impredecible? En cuanto me abraza, me dejo llevar de nuevo por el aroma adictivo de su colonia.

—¿Cómo estás, angelito? —me saluda. Puedo notar en su tono que lo pregunta de verdad.

—Estoy bien —respondo, algo nerviosa—. ¿Vamos?

Todo esto es surrealista. Y estoy tan nerviosa por hablar de la fiesta de Dafne que, por poco, cruzo un semáforo en rojo.

—¡Gala, joder! —Guillermo me agarra de la cintura fuertemente, con una mezcla perfecta entre tacto y rigidez que me eriza la piel.

Hay pánico en su rostro. Y en el mío. ¿Cómo puedo estar siempre tan atenta a la carretera y, al segundo de tenerle cerca, olvidarme por completo de mi seguridad? Un escalofrío recorre mi pecho, imaginando de nuevo a mi madre perdiendo la vida en la autopista.

Ambos tardamos unos segundos en reaccionar ante lo ocurrido.

—Tienes que mirar antes de cruzar, por Dios —me explica como si fuese una niña pequeña y él, un padre histérico. ¿Por qué se pone así? De mí, podría entenderlo, ¿pero de él?

—Vale, disculpa. Solo ha sido un despiste.

Le escucho suspirar, más de alivio que de hastío. Al ponerse el semáforo en verde, posa sus dedos sobre mi espalda para hacerme avanzar. Mi confusión aumenta al ritmo de mis latidos.

—¿Cómo has descubierto esta expo? —me pregunta, curioso, al llegar.

—Buscando en internet.

Mientras contemplamos las imágenes de la galería, Guillermo ladea una sonrisa que me deja algo más tranquila. He encontrado una exposición que trata el arte y la arquitectura a partes iguales, por lo que tendremos algo en común de lo que hablar. Por suerte, en Madrid siempre hay eventos así de interesantes.

—¿Vas a explicarme ya por qué me has estado evitando? —lo suelta tan de sopetón que me veo obligada a coger aire.

Trago saliva y respondo:

—Supongo que, en parte, me siento responsable de lo que pasó en casa de Dafne. —Guillermo suspira conmigo—. Viniste porque te invité, y mis amigos no se portaron como debían —continúo—. Quise hablar contigo el lunes, pero no me vi capaz. Me siento avergonzada.

—Pero tú no hiciste nada —contesta al instante—. De hecho, eres el único motivo por el que me hubiese quedado.

Mi corazón se detiene. Quedar con él a solas no ha sido buena idea.

«Piensa en Jaime. Piensa en Julen. No te puedes permitir más caos amoroso».

—No me contaste al final tu opinión sobre el libro —carraspeo, después de unos segundos en silencio—. *La decadencia de la mentira*.

Guillermo se queda mirando un cuadro de la pared mientras se mete las manos en los bolsillos. Tiene mi edad, pero ¿por qué siento que su alma es mucho mayor? Trato de quitarme ese pensamiento de la cabeza; el último chico del que pensé lo mismo acabó siendo una pesadilla…

—Creo que, al final —razona—, tratar de debatir sobre el papel del arte en la realidad, y cómo se puede retratar sin perder veracidad, es una manera de ocultar nuestras propias mentiras, más allá de un lienzo o un papel.

Touché. Vuelvo a tragar saliva. Es como si conociese todos mis secretos, pero no dijese nada.

—¿Te has leído *On the Road*, de Jack Kerouac? —me pregunta, al verme callada—. Es muy distinto al estilo de Wilde, pero creo que te gustaría.

—Entonces me lo leeré.

—Te lo puedo prestar, si quieres.

—Me gustaría.

—Pues está hecho.

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Vuelve a ladear una sonrisa mientras dirige su mirada a mis labios; sabe perfectamente lo que está haciendo.

—Podríamos ir a tomar algo —me sugiere.

Me encojo de hombros a modo de respuesta. No encuentro el aire para contestar.

Encontramos una pequeña quesería cerca de la exposición. Guillermo apoya de nuevo su mano en mi espalda al entrar, me deja pasar antes y me ofrece el asiento que parece más cómodo. Para haber sido expulsado de cuatro internados, al menos tiene modales.

—¿Qué te vas a pedir? —me pregunta, mirando la carta.

—Quizá un zumo de naranja.

—Puedes pedirte lo que quieras —me contesta, aguantando una sonrisa—, pero creo que en este sitio son especialistas en vinos. Sería un delito no probar alguno.

Me lo planteo muy seriamente, pero yo nunca bebo. Es ridículo siquiera pensar en ello, ni siquiera somos mayores de edad. Aunque todos mis amigos beben a veces… No sé. Me lo estoy pasando bastante bien, ya me siento mucho más a gusto a su lado y no creo que una copa vaya a cambiar nada… Mmm, mejor no. Olvidémoslo. La última vez que me acabé una copa de vino, terminaron pasando cosas horribles y… No, no puedo dejar que eso vuelva a ocurrir.

—Quizá en otra cita. De momento, tomaré el zumo.

—¿Otra cita?

Vuelvo a hacerle sonreír. Mierda. Me sonrojo inevitablemente. ¿Cómo he podido mencionar esa palabra? Me río con nerviosismo mientras busco una salida a esa metedura de pata.

—Me refería a una quedada. Creo que dentro de poco van a exponer las nuevas obras de Calíope Kohl. ¿La conoces? —Él niega con la cabeza, sin dejar de mirarme los labios—. Es una escultora increíble de origen tibetano que crea unas piezas asimétricas con las que estoy ob-se-sio-na-da. Pone tanto de ella en cada obra que te hace sentir toda su elaboración, y emana tal sensualidad de ellas que…

Me olvido de lo que iba a decir en cuanto me fijo en él. Tiene la cabeza apoyada en su mano y me observa como si estuviera estudiándome. No sonríe con los labios, pero sí con la mirada.

—Buenas tardes —nos interrumpe el camarero. Gracias a Dios—. ¿Saben ya lo que van a pedir?

—Sí —contesta Guillermo, devolviéndole las cartas—. Dos zumos de naranja, por favor. Y una tabla de quesos locales, si puede ser.

Le sonrío mientras el camarero se marcha.

—¿Nada de vino?

—Bueno, el zumo tiene muy buena pinta.

Asiento lentamente. Cada segundo que pasa me cuesta más recordar el objetivo de esta tarde: Guillermo necesita una amiga, como bien dijo Adri; una aliada en el Knight’s Hill. Y, teniendo en cuenta que yo soy «Santa Gala», no hay mejor voluntaria para el

caso.

—Estás muy guapa —deja caer.

—Gracias —contesto automáticamente, aguantando la respiración —. Esto no es una cita.

En cuanto vomito esas palabras, siento la urgencia de coserme la boca. Guillermo se ríe.

—¿Estás segura de eso? Podrías haberte acercado en el recreo a pedirme un momento a solas para comentarme lo que te pasaba, pero has buscado una exposición de arte en internet, has comprado las entradas y luego has aceptado tomar algo conmigo. No he visto muchas películas románticas, pero esto parece una cita en toda regla.

Respiro profundamente. Después, intento mantenerme seria mientras me apoyo sobre la mesa.

—Me encanta pasar tiempo contigo, Guillermo —le admito—. No voy a mentir en eso. Pero repito: yo ahora solo quiero centrarme en mis estudios. Te recuerdo que la selectividad está a la vuelta de la esquina…

—Sigo oyendo solo excusas.

Lleva razón. Debo pronunciar lo que él necesita oír o, si no, esta tensión no acabará. Suspiro y me lanzo.

—Quiero ser tu amiga, nada más. Una aliada. No quiero que estés solo todo el curso, y menos después de lo que has tenido que pasar.

Veo cómo agacha la cabeza, abatido por mis palabras. Apoyo mi mano sobre la suya.

—Todos tenemos fantasmas del pasado —susurro—. Y no hace falta que me cuentes los tuyos, pero quiero que sepas que si necesitas a alguien, tu amiga estará aquí.

Eso parece reconfortarle. Da la vuelta a su mano y agarra la mía con delicadeza. Después, la lleva lentamente hacia sus labios y besa el dorso con suavidad, sin apartar la vista ni un segundo de mí. Sus movimientos son delicados, como si quisiese permitirme la oportunidad de apartar la mano en cualquier momento.

—En ese caso —susurra tras el beso—, gracias. *Amiga*.

Sonrío a modo de respuesta. No puedo hacer más. Hemos firmado un trato no escrito, y ahora somos oficialmente amigos. Solo amigos.

Ojalá alguno de los dos se lo creyera.



Al día siguiente, todo ha vuelto a la normalidad: ya no hay malos rollos ni tensión en el ambiente. Puedo ver a Guillermo reírse con Tris y Felipe en un descanso de clase, y Adriana me mira con travesura en cuanto me ve abrazada a él.

En clase de Historia, Juanfran continúa bromeando sobre su «invitación perdida» a la fiesta de Dafne, y nosotros nos hacemos los suecos. El profesor Morales comienza la clase repartiendo los resultados del trabajo por parejas y, unos minutos después, Teresa aparece con una sonrisa en la cara.

—¡Disculpe, profesor! *Excuse me!* —comenta la secretaria en inglés—. Solo vengo a informar a los alumnos. Ya hemos contado los votos y… ¡Un año más, nuestra delegada del curso será Dafne Laurent!

Toda la clase aplaude a mi amiga. No es un aplauso muy efusivo, quizá porque era evidente que iba a ganar ella, pero eso no hace que Daf se muestre menos agradecida. Lanza besos por toda la clase y sonríe como lo haría un Kennedy.

—Quiero agradeceros… —comienza a decir, levantándose del asiento.

—Señorita Laurent —le interrumpe el profesor, buscando el trabajo de mi amiga entre los demás papeles—. No ha entrado en el Tribunal Supremo, relájese. ¿Por qué no se centra mejor en perfeccionar sus notas académicas?

Nada más decirlo, suelta el trabajo sobre su pupitre. Puedo ver la nota desde mi asiento: un 8. No es mala nota, pero, para Dafne, eso es un 3,5.

El profesor reparte los trabajos que quedan y regresa a su mesa.

—*Now, let's continue with the lesson…*

La clase es bastante tensa, sobre todo porque sé perfectamente qué está pensando mi amiga.

—¿Está bien? —me pregunta Guillermo en voz baja.

—Se le pasará —miento.

—Te he traído esto. —Guillermo saca de su cajonera un libro bastante roto.

Me lo ofrece y leo la portada: *On the Road*, de Jack Kerouac. Sonrío al recordar.

—Al final me lo has traído.

—Te dije que lo haría.

Un hombre que cumple con su palabra. Increíble.

La clase termina y todo el mundo sale del aula. Yo sigo con Jimena recogiendo mis cosas mientras Dafne se acerca decidida a Morales.

—Profesor —le pregunta en inglés sin perder la sonrisa—, ¿podría explicarme en qué hemos fallado para no recibir un sobresaliente como nota?

El profesor permanece unos segundos contemplándola, lo que hace que crezca la ira reprimida de mi amiga.

—No era lo suficientemente bueno.

—¿Podría especificar? Ya sabe, para mi… —carraspea— mejora académica.

—No tengo tiempo, Laurent —contesta vagamente, colgándose su bandolera—. Algunos tenemos responsabilidades de verdad, como comprenderá.

Esa pulla a su reciente victoria como delegada me ha escocido hasta a mí. Las tres nos quedamos solas en la clase, masticando lo que acaba de pasar.

—Tremendo capullo —comenta Jimena, ya en español—. Necesita echar un polvo.

—Y una visita a Turquía —añade Dafne—. Yo también estaría amargada si me pareciera a Nosferatu.

—Siempre podemos envenenarle el café que se trae siempre —bromeo.

—Seguro que tu novio conoce trucos para acojonar a otros tíos —deja caer Jimena, mirando su móvil.

—¿Hablas de Mario? —reacciona Daf—. Que no es mi novio, solo un lío.

—Me refería al de ella —contesta, señalándome con la mirada—. El marquesito y tú ahora sois uña y carne, ¿no?

—Solo somos amigos.

—Sí, sí… —se ríe Jimena—. Como hermanos, casi.

—Amigos o no —señala Dafne—, ve con cuidado, cielo.

Frunzo el ceño como respuesta. Daf mira a la puerta de clase y luego habla:

—Tris me ha contado algo que pasó el otro día en los vestuarios. No se lo podéis decir a nadie, tienen un «código de hermanos» o no sé qué ridiculez masculina con la que han pactado no hablar del tema, pero… Guillermo atacó a Juanfran.

Se me hiela la sangre de repente.

—¿De qué estás hablando?

—Por lo que tengo entendido, Juanfran le rompió un poco la chupa de cuero, y él se puso como una furia. De no ser por los chicos, casi se lo carga ahí mismo.

Me quedo totalmente paralizada.

—Bueno, a ver, era Juanfran —justifica Jimena—. ¿Quién no ha querido matarle en algún momento?

Por mucha razón que tenga, esto sigue siendo serio. ¿Será ese el motivo por el que le expulsan siempre? Recuerdo el moretón que vi en su costado cuando estaba en Natación. ¿Tiene problemas de agresividad? ¿Acaso intentó matar a alguien? ¿A su hermano, quizá? ¿De quién me estoy haciendo amiga?

Camino en una nube de confusión hasta el pasillo, y no es hasta que llego a la salida del edificio, que me fijo en el libro que él mismo me ha prestado. ¿Cómo puede un caballero transformarse en un monstruo?



24

Guillermo del Prado

Mis mañanas se han vuelto más activas durante estos últimos días. Tristán aparece por mi casa a las seis y media de la mañana, y salimos a correr juntos por el Retiro antes de las clases. No me viene mal un poco de compañía, y más aún después de mis últimos incidentes.

Tanto Tris como Felipe me han repetido varias veces que no me preocupe por lo ocurrido en el vestuario. Ninguno de los chicos, ni siquiera Juanfran, dirán nada de lo ocurrido. Han debido de achacar mi reacción violenta a una especie de trauma por todo lo que he pasado con Roberto, y supongo que tampoco están equivocados.

—Es un «código de *bros*», tío —me explica una vez más Tristán, mientras corremos frente a la fuente del Ángel Caído—. Como en el Club de la Lucha. Nadie dice nada.

No sé de qué cojones está hablando, pero a mí me sirve.

—De acuerdo —suspiro, controlando la respiración mientras corremos—. Os lo agradezco.

—Eso sí —añade, con la respiración entrecortada—, algún día tendrás que contarme por qué te pusiste así por una chupa. Sabes que estás forrado, ¿verdad? Que te puedes permitir otra.

—Esta es especial —recalco, sin dar más detalles. Fin de la

conversación. De todos modos, trato de buscar un nuevo tema del que hablar antes de seguir agrandando el misterio sobre mi chupa —: Por cierto, ayer pillé a Claudia mirándote en el comedor. ¿Cómo lo llevas?

Tristán deja la mirada en blanco. Luego, niega con la cabeza.

—Lo llevo. Le he perdido respeto desde la fiesta, la verdad. Pero, a veces, la echo de menos.

—Es normal, tío. Llevabais mucho tiempo juntos.

—Me la suda. Ahora me quiero tirar a Carlota Pozuelo. Vamos juntos a Alemán y está tremenda.

Suelto una carcajada. El chaval no pierde el tiempo.

—¿Y tú qué? —me dice—. ¿No hay alguna tía a la que quieras que te presente del curso?

Niego con la cabeza, sonriente.

—No me interesa ninguna.

—Y una mierda.

Llegamos al estanque del parque y, rodeados por turistas madrugadores y otros corredores, nos paramos a descansar un rato. Tris aprovecha para hacer sentadillas.

—¿No te mola nadie, en serio? —me sonríe—. ¿Ni siquiera el pibón rubio con el que te sientas en Historia… y que casualmente es amiga mía?

Le miro con el ceño fruncido.

—Gala y yo solo somos amigos. Ya lo dejamos claro.

—Y tuvisteis que dejarlo claro porque no lo estaba, ¿verdad? —No respondo a eso. Tris suelta una carcajada—. Tío, vente con nosotros a la Fashion Week, ¡en serio! Milán es una pasada, nos van a tratar como a estrellas de cine y vendrá tu Galita.

—No es «mi Galita» —respondo, tratando de creerme mis propias palabras—. Si voy, la prensa irá a por mí, y no pienso robarle un mínimo de atención a la marca de su padre.

Otra mentira. Sinceramente, si voy a Milán y la veo la mitad de guapa de lo que estuvo la otra tarde en la exposición, no sé si podré resistirme a comérmela entera, y ese no es el plan.

—No eres tan famoso, cabrón —se ríe Tris—. Y si eres amigo de Gala de verdad, tu apoyo significaría mucho para ella. ¿No crees? —

Ahí me ha pillado. Tiene toda la razón pero, joder, no es buena idea.

—Me lo pensaré —sentencio—, aunque ya te digo que va a ser un «no».

—Como tú veas, *bro.* —Tristán se encoge de hombros, terminando su ronda de sentadillas—. Pero que sepas que me rompes el corazón.

—Te lo compensaré, amorcito.

Tris me lanza un beso al mismo tiempo que observo una figura acercándose tras él.

—¡No jodas! ¿Guille?

Mierda. ¿Víctor? ¿Qué coño hace aquí a estas horas?

—Ey, ¿cómo estás?

—Pues volviendo de un *after* —se ríe, dándome un fuerte abrazo. Apesta a ginebra—. No te veo desde la última reu…

—Ha pasado tiempo, sí —logro interrumpirle.

Se genera un silencio realmente incómodo en el ambiente. Tristán nos mira a los dos, algo extrañado, y luego le ofrece la mano.

—¿Qué tal, tío? Soy Tristán.

—Víctor. Amigo de aquí, el máquina. ¿Eres uno de sus nuevos colegas *pijolis*?

Tris suelta una risotada falsa que logra acallar a Víctor. No le ha gustado ese comentario, desde luego. Víctor tose y nos sonríe una vez más.

—Bueno, pues os dejo seguir siendo sanos. ¡Encantado, eh!

La forma en la que Víctor me observa antes de marcharse me deja preocupado. Es un buen colega de fiestas, pero seguro que ahora informa al CDC de que hago *running* con mis nuevos compañeros de clase. Al CDC no le gustan los cambios ni ver a sus miembros relacionarse con gente lejana a su entorno; te quieren suyo, intocable. Como si de un grupo amish se tratase, no esperan que te adaptes a otros ambientes que podrían distanciarte de tu verdadero destino.

Se dice que a Bruno Luque le pasó algo así, y ya nadie sabe dónde está.

Víctor se va casi corriendo y Tristán se queda con los brazos en jarra mirándome.

—¿Quién era ese pavo?

—Uno con el que coincidí en el internado.

—¿En cuál de ellos? —bromea.

—Ni me acuerdo, tío —respondo, siguiéndole la broma—. No le conozco mucho, la verdad —miento.

—Pues me da que él piensa distinto. Se le veía bastante cercano.

Asiento mientras aparto la mirada y le desafío a una carrera hasta uno de los quioscos.

Es difícil mantener los secretos bajo llave si estos no paran de vagar por la ciudad.



25

Gala Ruiz-Johnson

Nada más llegar a casa, puedo oler la colonia de mi padre desde la entrada: Blaisè Pour Homme.

Me asomo al salón y, efectivamente, está descansando sobre el sofá, tomándose una copa de *whisky* y escuchando un poco de *rock* de su época. Me siento a su lado y le doy un abrazo. Él no aprieta mucho al responder, lo cual me extraña, pero tampoco le doy importancia.

—¿Cómo ha ido el viaje de negocios?

—Muy bien, princesa —me dice seco—, pero ahora no me apetece hablar del tema.

Me quedo mirándole un buen rato. Está mintiendo.

—¿Ha ocurrido algo? —Él niega con la cabeza—. ¿Contactaste con el PR de Carmousse?

Su suspiro me sirve de respuesta. Trato de no enfadarme.

—Esta misma noche les escribo yo misma. ¡No puedes agobiarte, pero luego no hacer nada!

—Gala, ¡ya basta! —me riñe—. Eres aún una cría, esto no es asunto tuyo. Si no he contactado con su relaciones públicas es porque los posteos dañinos ya han cedido. La cuenta anónima esa ha dejado de actuar, así que es solo cuestión de tiempo que la gente

olvide lo que dijo de mis fábricas.

Yo no lo veo tan sencillo; la gente no olvida así como así. Ojalá fuera tan fácil.

—El problema es que la Bolsa sigue en picado y me estoy empezando a poner de los nervios. Vamos a tener que despedir a algunas personas, como la cosa siga así. Y no es la primera vez que hacemos una limpia masiva de empleados, lo cual no es muy agradable…

—Hazme un favor y habla con el equipo de PR —insisto—, aunque no vayas a contratarlos. Pídeles que te hagan un análisis superficial de la situación y que sean sinceros contigo, solo eso. Sé que te está estresando la bajada de la Bolsa de Blaisè, pero, si no atacas el problema principal, no vas a poder reparar el daño.

Mi padre no contesta. Se ciñe a sonreír y a acariciarme el pelo.

—¿Cuándo he criado yo a una niña tan inteligente?

—Nunca —respondo—. Fueron las niñeras.

Los dos empezamos a reírnos como llevábamos tiempo sin hacerlo. Después, nos quedamos un rato abrazados. Querría seguir insistiéndole en intentar acabar con esa cuenta anónima que nos ha fastidiado. Contratar a algún *hacker* o a quien sea que nos pueda ayudar a descubrir quién ha intentado hundir la empresa, pero también comprendo que ahora está cansado.

—Siempre serás mi niña. Lo sabes, ¿no?

—Claro que sí —le contesto sonriente—. Por cierto, ¿nos conseguiste los asientos en *front row* para el desfile de Milán? —aprovecho para preguntarle—. Las chicas están emocionadísimas.

—Por supuesto, princesa. Desde hace meses.

Suspiro, aliviada por que algo haya salido bien de una vez por todas. Los desfiles de moda son mi zona de confort; me he criado viéndolos desde que tengo memoria. Cada vez que mi padre me llevaba a alguno de ellos cuando era pequeña, era como si todo lo demás a mi alrededor desapareciese y solo existiese aquella realidad; una realidad donde solo la belleza y el arte tenían cabida.

—Me voy a dormir —se despide mi padre, dejándome sola en el sofá—. Descansa.

Sé que le pasa algo, pero también le conozco lo suficiente como

para no insistir de más. Unos minutos después, yo también me retiro a mi cuarto. Empiezo a sacar los libros de la mochila y me doy cuenta de que no llegué a sacar el otro día la novela que me prestó Guillermo. Aún no me la he empezado; tengo miedo de hacerlo y que su rostro no desaparezca ni un segundo de mi cabeza. Sigo sin dejar de pensar en él y en su posible pasado violento…

Por eso, por primera vez en semanas, recibir un mensaje de Julen me alivia un poco.

Baja un momento. Estoy en el portal.

Cojo aire y tiro el móvil sobre la cama. Después, me asomo al pasillo y me acerco al dormitorio de mi padre para comprobar si ya está dormido. Ha caído rendido; se deberá al bote de ansiolíticos abierto que hay sobre su mesilla de noche. Cojo las llaves de casa y salgo haciendo el mínimo ruido posible. A estas horas de la noche, por suerte, el portero ya se ha retirado y no me veo obligada a justificar por qué hay un tipo mayor que yo esperándome frente al edificio.

Julen me da un abrazo al verme y siento escalofríos.

—Ya te echaba de menos. ¿Cómo estás?

Pego otro suspiro con el que dejo clara mi respuesta. Julen se ríe.

—Comprendo. ¿Una semana dura?

—Se podría decir que sí —bufo.

—Vamos, he reservado en un restaurante.

Podría mandarle a freír espárragos, pero en realidad no he tenido tiempo para cenar y es una buena oportunidad para intentar hacerme con su teléfono.

—Genial, pues vamos.



Julen ha reservado muy cerca de mi casa, en un restaurante llamado Castizo; el ambiente es elegante a la par que acogedor. Nos sirven una tortilla de patata con la que pierdo la cabeza.

—¡Esto está increíble!

—Sigue contándome —me pide él—. Entonces, ¿ya se ha

solucionado lo de la cuenta anónima?

—Más o menos —contesto, limitando mis respuestas—. Pero la marca ahora necesita un lavado de imagen urgente, y mi padre no quiere verlo.

—¿Y cómo le has visto hoy? ¿Se le veía muy nervioso, preocupado…?

—Le he notado raro. Pero supongo que estaría cansado.

Julen asiente, analítico; cómo se nota que es estudiante de Periodismo. No sé por qué, pero llega un momento en la velada en que logro sentirme mínimamente a gusto con él de nuevo. Como si todo el chantaje y la traición posteriores a nuestra historia se hubiesen desvanecido, y es como regresar a las primeras citas que tuvimos en Milán. Durante todo mi tiempo de visita allí, aproveché para verme con él y, dado que durante su Erasmus estaba conociendo un montón de sitios chulos que visitar, nos los recorrimos absolutamente todos. Incluso me reservó un barco para navegar por el Lago di Como y me acompañó a ver el Palazzo Reale. Fue mágico.

Mis amigos seguían en el internado de Irlanda, aprendiendo y haciendo a saber qué más, pero yo estaba viviendo mi cuento de Disney, enamorándome poco a poco de un hombre atento, maduro y que sabía escuchar y cuidarme como merecía. No quería salir de esa burbuja, y no lo hice hasta que descubrí la clase de «hombre» que era…

—Si tu padre te escuchase un poco más, Blaisè ya estaría por delante de Dior en ventas.

Sonrío a modo de agradecimiento. Mentiría si dijera que no lo he pensado. Soy inteligente, ¡maldita sea! La gente debería hacerme más caso, de vez en cuando. Aun así, no caigo en su adulación.

Observo cómo deja su móvil encima de la mesa.

—Quiero mucho a mi padre —insisto mientras lo miro—, pero, sí, siento que no me escucha cuando debe. Ojalá mi madre estuviese aquí conmigo, dándome el apoyo que necesito…

Julen no contesta. Solo agarra mi mano sobre el mantel y yo aprovecho para dejar escapar un par de lágrimas con las que ganarme su empatía.

—¡Ey, no llores! —me pide, moviéndose de sitio y sentándose a mi

lado en la parte de sillón. Pasa su brazo por mis hombros—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti. Yo lo estoy.

Sonrío con un cariño fingido. Para ser sinceros, han sido unos días largos y confusos, y yo he pasado por muchas emociones, de ahí que no me haya costado soltar las lágrimas. Lo único malo es que este acercamiento le da pie no solo acercarse a mí, sino también a mis labios. Me quedo petrificada. El beso comienza en un pico inocente, pero, conforme va cogiendo confianza, introduce su lengua en mi boca y yo trato de mantener la calma. Intento agarrar su móvil discretamente mientras me sigue besando, pero no logro alcanzarlo.

—¿Por qué no vamos a tu casa? —gimotea en mi cuello—. O dime un día en el que no esté tu padre…

Es ahí cuando sus manos suben por mi costado hasta alcanzar mis pechos. Eso sí que no.

—Nos está mirando la gente —le dejo caer—. No es un lugar apropiado.

—Joder, Gala —se queja, volviendo a su sitio—. Menuda calientapollas. Voy un momento al baño.

Nada más se levanta, suspiro al ver que se ha dejado el móvil sobre la mesa. Hago el ademán de ir a por él, pero ahí es cuando Julen regresa y se lo lleva. Mierda, mierda y mierda. Le he dejado sobarme para nada; qué asco.

Me quedo en mi sitio mientras Julen está en el baño y el camarero recoge nuestros platos. Poco a poco vuelvo a tranquilizarme hasta que recuerdo que los tsunamis llegan cuando el mar está en calma.

—Vaya, vaya… —escucho una voz riéndose a mi lado. Me giro y encuentro a Claudia apoyándose sobre la silla que tengo delante. Su rostro brilla de satisfacción mientras el mío palidece por momentos —. Si es Santa Gala.

—Claudia —respondo, tragando saliva discretamente—. ¿Qué haces aquí?

—Disfrutar de las vistas. Son tan buenas que hasta he sacado vídeo y todo.

La muy arpía señala su móvil. Estoy de las cámaras hasta las narices.

Lo pillo, nos ha visto besándonos y ahora me tiene bien cogida. No me puedo creer que el absurdo plan de intentar borrar mi vídeo de un teléfono haya provocado que esa maldición se duplique. ¿Qué clase de karma he acumulado?

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto sin tapujos—. Yo no te he hecho nada.

—«Estás haciendo el ridículo» —vocifera, agudizando la voz ridículamente en lo que parece una vaga burla de la mía—. Eso es lo que me dijiste delante de todos en la fiesta de Dafne.

—Y no mentía —me defiendo, levantándome de la mesa—. Te estaba haciendo un favor.

—Y una mierda —se ríe de nuevo—. El favor te lo voy a hacer yo a ti ahora mismo guardándome esto —señala de nuevo su móvil.

—¿Y por qué algo me dice que no me va a salir gratis?

Claudia suelta una carcajada y da un par de pasos hacia mí.

—Nada en esta vida es gratis, bonita. Ni siquiera para ti —recalca, acariciando un mechón de mi pelo y soltando una última frase antes de desaparecer del restaurante—: Todo tiene un precio, y tú estás a punto de descubrir el mío.



26

Gala Ruiz-Johnson

Si los desfiles de moda eran mi zona de confort, por primera vez en la vida, este no va a ser el caso.

Me paso todo el vuelo a Milán mordiéndome las uñas. Mis amigos creen que estoy nerviosa por el desfile de mi padre, pero nada más lejos de la realidad: Claudia me tiene bien agarrada. ¿En qué momento decidí planear algo tan contraproducente? Cada vez que intento salirme de la norma, todo sale mal.

—Venga, chicos —se anima Dafne, que le ha pedido a la azafata una copa de champán para todos—. ¡Un brindis por Blaisè! Va a ser un desfile divino.

Todos brindan y dan un buen trago. Yo me ahorro lo último, porque siento que voy a vomitar.

—¿Estás bien? —me pregunta Jimena, sentada a mi lado. Yo solo asiento con la cabeza—. Pues no lo parece, nena. Nunca te había visto tan mareada en un vuelo.

Eso puede parecer cierto. Si bien le tengo pánico a los coches y la carretera, suelo viajar bastante tranquila en avión. Me encantaría contarle lo que me pasa a Jimena; desahogarme con una amiga de verdad, alguien que sepa que no me va a juzgar… Y sé que Jimena no lo haría, pero tampoco puedo arriesgarme a que se le escape lo

más mínimo y todo el mundo se termine enterando de lo que he hecho.

Mi secreto va mucho más allá de un beso baboso con Julen, mucho más.

El avión nos deja a la hora de comer en Milán. Al ir en clase *business*, salimos los primeros y llegamos rápidamente a la salida del aeropuerto, donde un chófer nos espera sujetando un cartel con mi apellido escrito. Nos lleva en un miniván de la Fashion Week directamente al hotel que ha reservado mi padre, y allí, nos cambiamos y nos preparamos para el *show* de Blaisè, que es en un par de horas.

Aprovecho que mis amigos charlan entre ellos y se preparan a mi espalda para cerrar los ojos, tomar aire y tratar de meditar un poco. Debo confiar en que todo saldrá bien. El mal se ha quedado en Madrid, no me ha perseguido hasta aquí. Aun así, estoy tan descentrada que no recuerdo haberme puesto el vestido plateado que llevo ahora mismo, y mucho menos haberme maquillado; he debido de hacerlo todo automáticamente.

«Todo tiene un precio, y tú estás a punto de descubrir el mío». Sus palabras permanecen selladas en mi mente.

Al cabo de unos minutos, Felipe posa su mano suavemente en mi hombro y me sonríe al espejo que tengo enfrente.

—Es hora de irnos, preciosa.

Al llegar a la entrada del desfile, un montón de fotógrafos callejeros nos aniquila a *flashazos*. Comienzo a marearme de nuevo, hay demasiados estímulos a mi alrededor. Jimena debe de notarlo, porque se aferra a mi brazo antes de que yo pueda caerme. Se lo agradezco con una sonrisa.

—Tía, en serio —me susurra—. Me estoy preocupando, ¿qué te pasa?

—Demasiadas emociones —justifico. Tampoco estoy mintiendo—. Ya se me pasará.

—Mmm… Te creeré por esta vez. Oh, ¡ahí están!

Jimena saluda a unas chicas que la llaman desde la entrada del edificio; las conozco, trabajan para mi padre. Se marcha corriendo hacia ellas, con la enorme falda de su vestido morado haciendo

ondas en el aire.

—¡Os veo luego!

No entiendo adónde va hasta que recuerdo que le pedí a mi padre que le dejase ver el desfile entre bastidores, junto a las del equipo de Diseño. Se moría por una experiencia así, por lo que traté de hacerla realidad. Ojalá mis amigos me recordasen siempre de esta forma, intentando cumplir sus deseos…

—¿Pasamos ya? —pregunta Tristán, aún posando para un par de fotógrafos—. Tenemos otro *photocall* dentro, ¿no?

—Mira que te encanta la atención —le reprocha Dafne, colocándose bien el escote de su vestido.

—Será cosa de familia, primita.

—¡Hay que ver lo guapos que estáis! —Esa voz…

Me quedo congelada por unos segundos, como un cervatillo que escucha una pisada en el bosque. Me giro lentamente y Claudia nos observa sonriente, maquillada con un pintalabios en tono café, a juego con su vestido y sus alas de arpía.

—Tu persistencia es admirable, querida —la felicita Dafne, metiéndose las manos en los bolsillos de su mono rosa—. ¿Qué haces aquí?

Claudia se encoge de hombros. Aún ni me ha mirado.

—Mi invitación no ha prescrito, que yo sepa.

—Prescribió cuando le pusiste los cuernos a mi colega —le suelta Felipe.

—Venga, ¡eso es agua pasada! ¡Con lo bien que nos lo podemos pasar hoy! —No llego a entender si está hablando en serio o con sarcasmo—. Además, mi padre es amigo del director de Blaisè.

Su mirada por fin me encuentra y noto un escalofrío que recorre mi cuerpo. El resto del grupo también me observa. Sabía que mi padre se lleva con la mayoría de los padres de mi curso, pero jamás hubiese dicho que fuese «amigo» del de Claudia.

Así que ese es su plan: chantajearme con volver al grupo. Quiere obligarme a ayudarla a limpiar su reputación, a regresar a lo que era. Una misión imposible en toda regla.

—Y claro —continúa ella—, prefiero pasar tiempo con vosotros, antes que verme obligada a… «hablar» con ellos.

No han pasado ni dos minutos y ya me está chantajeando de nuevo. Delante de todos, además. Me la creo, es capaz de contarle a mi padre lo de Julen; de enseñarle ese asqueroso vídeo. Y yo no puedo hacer nada.

—Puedes hablarles de lo pendón que eres —le responde Dafne, ladeando la cabeza—. Eso quizá los entretiene.

—Había pensado en mostrarles algo más… audiovisual —prosigue ella, sin apartar la vista de mí—. Últimamente, mi carrete está bastante interesante…

—¿Por qué? ¿Ahora tienes OnlyFans?

—Dafne, para —le pido, casi interrumpiéndola—. Puedes venir con nosotros, Claudia.

Bajo la mirada tan pronto como noto las de mis amigos clavándose en mí. Tristán me agarra suavemente del abrazo y me aleja un poco del grupo. Daf va con él.

—¿Qué se supone que estás haciendo, tía? —susurra mi amigo.

—Nos pasamos un huevo con ella en la fiesta —trato de excusarme—. Dejemos que esté con nosotros aquí y que luego se marche por donde ha venido.

—A ti te pasa algo, estás rarísima —acentúa Dafne—. Habla de una vez.

—Luego —le prometo—. Pero, por ahora, dejemos que Claudia se quede hasta que salgamos de la *kissing room*. No quiero problemas en el día especial de mi padre, ¿vale?

Ahí logro convencerlos, lo sé porque Tris y Daf se miran a la vez y suspiran. Me sirve.

—Señorita Ruiz-Johnson.—Uno de los organizadores del evento se acerca al grupo—. Su padre los espera dentro. Me ha pedido que los vaya avisando.

—Estupendo, gracias.

Me dirijo con el grupo y la chantajista a la entrada del edificio en el que se hará el desfile. Mientras esperamos en la cola del *photocall*, las miradas de odio dirigidas a Claudia no se hacen esperar, pero ella parece tremendamente tranquila, sonriéndonos a todos e incluso agarrándose a mi brazo en un momento, justo antes de que me toque posar para los fotógrafos.

—Deslúmbralos, mi vida —me susurra, antes de soltarme—. La cámara te adora.

Esa frase con doble sentido me desestabiliza. ¿Cuántas fotos llegó a sacarnos esa noche? ¿Qué piensa hacer con ellas? Me coloco sobre la cruz que indica el suelo del *photocall* y comienzo a posar, algo adormecida por la situación.

Las voces gritan mi nombre, los fotógrafos me piden que los mire, los *flashes* no cesan y mi cabeza comienza a dar vueltas. Llega un punto durante ese eterno minuto en el que siento que voy a desplomarme ahí mismo, delante de todos. Pero, por suerte, una mano se aferra a mi cintura y me acerca a su cuerpo discretamente. No me hace falta verle la cara para saber de quién se trata, porque, en cuanto me envuelve su aroma, ya me siento como en casa.

—Te tengo, angelito.



27

Guillermo del Prado

La decisión de asistir al desfile ha sido de último minuto. No ha sido fácil, desde luego. Pero Tristán tenía razón: a los amigos hay que apoyarlos, y Gala se merece todo lo que yo pueda darle.

Sí, sabía que sería difícil resistirme al verla allí, más deslumbrante que nunca. Pero al encontrarla al borde del desmayo, posando en el *photocall*, por poco me toca correr antes de que se cayera. Controlar mis pensamientos ha sido más fácil de lo que creía.

—Te tengo, angelito.

Gala parece bastante sorprendida al verme; sin embargo, en cuanto me mira a los ojos, logro provocarle una sonrisa y arquea un poco las cejas con clemencia, dándome las gracias por sostenerla. Posamos unos segundos más para los fotógrafos, siguiendo las voces que gritan nuestros nombres y, finalmente, el encargado de los invitados nos guía hasta los asientos.

—Gracias por venir —insiste, al sentarnos.

—Para eso están los amigos.

Verla así de mareada me ha recordado a Claudia en la fiesta de Dafne; parecía confusa, perdida y abrumada. Apoyo mi mano suavemente sobre uno de sus muslos.

—¿Va todo bien?

—Sí, eh… —responde, rascándose la nuca—, es un día importante, ya sabes.

—Comprendo.

—¡Sabía que vendrías, cabrón! —Tris, que acaba de pasar por el *photocall*, se acerca a darme un fuerte abrazo.

Luego le doy otro a Felipe y saludo con dos besos a Dafne y a… ¿Claudia? ¿Qué hace aquí, con ellos? ¿No se supone que no iba a venir?

—¡Ay, acabo de ver a Marc Ortega! —suelta Dafne, saludando a un chico en el otro lado del *front row* con pinta de *influencer*—. Le conocí en un evento de la marca Carivaldis. Voy a saludarle, ahora vuelvo.

—No sabía que venías —me comenta Claudia, como si apenas tuviésemos la confianza para habérselo contado.

—Ha sido algo espontáneo.

—¿Y dónde tienes tu asiento?

Algo me dice, por cómo sonríe, que es consciente de la situación; esta chica tiene un gusto bastante macabro por generar momentos incómodos. Tristán comparte una mirada con Gala, supongo que explicándole así lo que está pasando. Por suerte, ella reacciona rápido.

—Aquí, en el sitio de Jimena, que verá el desfile con el equipo.

Todos respiramos tranquilos. Tomamos asiento y ahora soy yo quien sonríe con la mirada a Gala, dándole las gracias. Siento cómo la energía de mi cuerpo se recarga a su lado.

Nos quedamos hablando entre todos mientras los invitados se siguen sentando. Suena música tecno de fondo y Tris se levanta a bailar y hacer el tonto durante un momento. Claudia le ríe las gracias, pero él se hace el sordo con ella. Bien hecho.

En realidad, todos le dan la espalda a Claudia. En cuanto Dafne regresa de su encuentro con su amigo *influencer*, se da cuenta de que solo está libre el asiento de la esquina y ella, por supuesto, no se queda callada.

—No pienso sentarme a tu lado, amor.

Claudia se gira desinteresadamente y la mira.

—¿Qué más da?

—Da mucho. Una cosa es que te acoples y otra que me dejes en un ladito del grupo, solamente acompañada por tu indeseada presencia.

La forma que tiene de hablar a veces me causa risa y admiración a la vez. Observo cómo Claudia dirige su mirada directamente hacia Gala, como si la obligara a mantener el control. ¿Qué clase de interacción ha sido esa? Miro a Gala y la veo tensarse de nuevo, como antes.

Aquí está pasando algo.

Justo en este momento, veo cómo Jimena se acerca corriendo a nosotros.

—Vaya —suelta Claudia, jocosa—, ahora nos faltan huecos, de nuevo.

—¿Qué hace ella…? —cuestiona Jimena, agitando la cabeza después—. Da igual. Necesito que los chicos vengáis conmigo… Ah, ¡hola, Guillermo! ¡Tú también!

Me miro con Tris y Felipe y, aunque extrañados, los tres accedemos a seguirla. Giro la cabeza hacia Gala conforme nos alejamos de ella, gesticulando con los labios si está bien. Ella asiente con una sonrisa cansada, lo cual me deja un poco preocupado.

Acabamos en el *backstage* del desfile, donde todo es caos y purpurina. Los modelos están sentados frente a espejos con mil bombillas, el equipo corretea de un lado a otro y unos cuantos fotógrafos documentan la preparación del evento. Jimena nos lleva hasta una chica alta con una boina morada que lleva un audífono en la oreja para comunicarse con todo el equipo.

—Greta, aquí los tienes.

—Bien, bien —contesta con un ligero acento italiano, dejando en espera una llamada—. Cualquiera de los tres está bien. ¿Les has contado?

—¡Ay, no! —Jimena se gira hacia nosotros, algo estresada, mientras Greta continúa con su trabajo—. Uno de los modelos nos ha fallado. Necesitamos un sustituto de última hora y, bueno, por suerte, los tres estáis bastante bien, así que… ¿quién se anima?

Nos miramos entre nosotros. ¿Hacer de modelo para la marca del padre de Gala? Puedo ser buen amigo, pero… ¿tanto?

—Yo ni de coña, tía —declina Felipe—. Si mi padre se entera de que he estado desfilando con trapitos y maquillaje delante de la gente, me mata.

Joder con su padre.

—Venga, yo lo hago si quieres —contesta Tristán, bastante enérgico—. Pero me pondrán guapete, ¿no?

Jimena se ríe, dándole un beso en la mejilla.

—Ayy… ¡Eres el mejor!

Greta cuelga y se acerca a nosotros.

—¿Y bien?

—Yo lo haré —se presenta Tris—. Tristán III de Aguilera Villarreal; a su servicio.

—¿Eres noble o algo así? —pregunta curiosa.

—Casi casi —responde, pasando su brazo por mis hombros—. Mi abuelo es el barón de Zambrana, y aquí, el amigo, es hijo de los marqueses de Fonellosa.

—¿He oído Fonellosa? —Un hombre muy alto de pelo platino y piel rojiza aparece tras unas cortinas desde la sala de al lado; va bien vestido y parece poderoso. Nos ofrece la mano.

—¡Señor Ruiz-Johnson! —saluda Tristán, regresando a su *alter ego* de niño bueno.

¿Ese es el padre de Gala? Me cuadra; tienen un aire en la forma de actuar. El hombre es elegante, muy digno. A pesar de ser tan alto, no baja ni un momento la barbilla para dirigirse a nosotros y su apretón de manos es realmente firme.

—He oído hablar de ti —me dice—. Lamento lo de tu hermano, chaval.

—Gracias, señor.

—¿Tienes experiencia como modelo?

Miro a Tris automáticamente. Él solo sonríe.

—Creo que Tristán podría hacer un gran trabajo en su desfile…

—Tío, a mí no me importa —me susurra este—. No es que sea mi sueño, solo quería ayudar.

—¿Y bien? —insiste el hombre—. ¿Alguna experiencia?

Suspiro y me sincero. Sí que he trabajado de modelo, Roberto y yo fuimos la imagen infantil de Ralph Lauren hace ya unos años; no hay

nada más adorable que dos pequeños mellizos casi idénticos. También nos quisieron fichar para Tommy Hilfiger, pero el mundo de la moda nunca fue para nosotros.

—Más que suficiente. —El señor Ruiz-Johnson ladea una sonrisa—. Vestidle enseguida y que salga en último lugar.

—Pero, señor —replica Greta—, le correspondería el conjunto número cinco, por lo que…

—Es el futuro marqués de Fonellosa, querida —la interrumpe—. Que cierre el desfile. Luego haremos el tejemaneje de la firma de sus padres y negociaremos la remuneración.

—¿Eso no se tiene que negociar antes? —La frase me sale de forma automática; gajes de haberme criado en un entorno movido por el dinero y el poder. Siento un escalofrío al recordar a mi madre. Al final quizá sí que valdría para estudiar Finanzas…

El señor Ruiz-Johnson se ríe.

—Un chico listo. De acuerdo, negociemos.

La conversación se hace corta. La primera cifra que me ofrece me parece más que justa, pero yo se la regateo para que me vea espabilado; tampoco necesito todo ese dinero. El hombre me recuerda que esto también podría ser bueno para mi imagen en cuanto a la prensa se refiere: podría convertirme en la versión masculina de Cara Delevingne, con familia de alta cuna, pero modelo. Sin embargo, aunque me tiente dejar atrás mi reputación, el verdadero motivo por el que pienso salir ahí fuera y desfilar es por ella, por Gala. Aunque, evidentemente, eso no se lo voy a decir a su padre.

Tristán, sin embargo, parece notarlo.

—Al final sí que vais a ser muy buenos amigos —comenta, guiñándome el ojo.

—Anda, anda —respondo, echándole del *backstage*—. Déjanos trabajar a las estrellas, chaval.

Respiro hondo y, tras una ronda rápida de maquillaje y vestuario, ya estoy listo para que comience el desfile. La música cambia, las luces se atenúan y el silencio se apodera de todo el edificio.

El *show* va a comenzar.

Y, en cuanto acabe, quizá deje por fin de ser la bala perdida de la

nobleza, el chico malo del Knight’s Hill con un hermano muerto. A lo mejor ahora seré simplemente Guillermo del Prado, el alumno ejemplar.



28

Gala Ruiz-Johnson

El desfile ha sido todo un éxito. Ya en la *kissing room*, el ambiente es más calmado. Todos los invitados parecen conocerse —cosas del *networking*— y yo me acerco a saludar al equipo de diseñadores, del cual Jimena ya parece formar parte. Me alegra verla tan ilusionada; le espera un futuro muy prometedor en el mundo de la moda.

Echo un vistazo a mi alrededor y me cruzo miradas con un montón de famosos. La verdad es que la lista de invitados es espectacular, me siento afortunada. Y más aún cuando veo a Guillermo; ya se ha cambiado de nuevo al traje italiano con el que ha venido. Ha estado increíble desfilando. Le han vestido con uno de mis conjuntos favoritos de la colección: una gabardina burdeos, de estilo años 50, y unos bóxeres negros con estampado de mármol. En cuanto he visto de nuevo sus abdominales duros y brillantes sobre la pasarela, se me ha cortado la respiración. Pero eso no pienso decírselo.

Me acerco a él. En el camino, puedo observar cómo el evento sigue su curso: Dafne va de un lado para otro, presentándose ante los nuevos socios del grupo JGHR; Tristán y su padre parecen tener una charla informal con un directivo de Blaisè; Felipe conversa con un par de modelos (se ha desabotonado un poco la camisa del traje: está ligando), y mi padre… mi padre sigue raro.

Le veo charlar seriamente con su socio mayoritario en una esquina de la sala, como si estuviesen elaborando algún plan secreto o negociando chanchullos entre ellos. ¿De qué hablarán? No he podido verle aún en lo que llevo de viaje porque ha estado muy liado, aunque yo tampoco es que haya estado con la cabeza en la tierra. El caso es que siento como si, en parte, me estuviese evitando…

Claudia me contempla desde la mesa del *catering*; la muy perra no descansa.

—Pero si es el modelo estrella —canturreo en lo que alcanzo a Guillermo.

Él se ríe.

—¿Qué tal he estado?

—Exquisito.

—No me parece un mal adjetivo.

Nos mantenemos la mirada. No sabría explicar por qué, pero me hace muy feliz que esté aquí. Amo a mis amigos, pero siento que él es mi verdadera zona de confort ahora mismo. Es como jugar al pillapilla en el recreo, y que él sea «casa».

—Podría haber estado más imponente si hubiese sabido que desfilaría —se justifica—. Hubiese hecho algo de ejercicio o…

—Venga ya, ¡eres un fardón!

Volvemos a reírnos mientras le golpeo el brazo. Después, volvemos a mirarnos.

—Oye —me dice seriamente—, ¿va todo bi…?

—¡Nuestra estrella! —Mi padre aparece por sorpresa tras de mí, mucho más enérgico que hace solo un rato, y le ofrece la mano a Guillermo; han debido de conocerse en el *backstage*.

—Muchas gracias por dejarme formar parte de su primer desfile masculino, señor. —Ver por primera vez a mi nuevo amigo así de formal me pone los pelos de punta, pero me gusta.

—Gracias a ti, chaval —contesta mi padre—. El hijo de los marqueses de Fonellosa desfilando para mi marca, ¡qué honor!

Guillermo me mira y yo le guiño el ojo. Mientras continúan charlando, noto cómo me tocan el hombro por detrás. En cuanto me giro, deseo no haberlo hecho.

—¿Puedo ayudarte, Claudia? —pregunto cansada.

Ella me mira sonriente, copa en mano. Debe de sentirse muy empoderada chantajeando a otra mujer. Me tenso inevitablemente; mi padre y mi amigo siguen sumergidos en su conversación, pero temo que escuchen algo de la nuestra.

—Solo quería felicitarte por el desfile —explica Claudia—. Diría que se te ha caído la baba en cuanto tu amiguito ha desfilado. De no ser porque ya sé que te van algo más mayores…

La agarro fuertemente del brazo y me la llevo a una esquina de la sala. Compruebo que nadie nos está mirando antes de empezar a hablar.

—Corta el rollo ya. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Hacer que te vuelva a querer la gente? Porque lo veo difícil.

—Solo quiero que seamos *besties*, tía —responde entre risas—. Nada más.

—Las *besties* no chantajean.

—¿Quién está chantajeando? —cuestiona, encogiéndose de hombros—. Somos amigas, Gala. Y, como amiga, sé que debo callarme las cosas que he visto. Al igual que tú debes ayudarme si lo necesito.

—Has visto demasiado *Los Soprano*.

—Voy a hablar un rato con mi padre, ¿vale? —se despide, dándome dos besos envenenados—. ¡Nos vemos! Ah… —menciona, antes de marcharse—. Y, tranqui, no le diré a nadie que eres más zorra que yo.

Se me congela la sangre al escucharla. Ahora mismo le tiraría de los pelos, pero me quedo en silencio, viéndola marchar; hay que mantener la compostura en esta clase de eventos.

Me tiembla el cuerpo al pensar en la que me espera al volver a Madrid, y hago un esfuerzo para regresar a la conversación de mi padre con Guillermo, fingiendo normalidad.

—Tus padres también han debido de pasarlo mal… —dice mi padre —. ¿Y qué hay de tu hermana?

—¡Papá! —interrumpo automáticamente. ¿Cómo se le ocurre estar hablando con él de la reciente muerte de su hermano? De verdad que alucino.

Miro a Guillermo; el pobre permanece quieto, tratando de

mantener la compostura. Sé que, en cierto modo, lo está haciendo por mí, y eso me da más pena.

—No pasa nada, no se preocupe —sonríe él, ofreciéndole la mano de nuevo—. Debería marcharme ya, le he dicho a mi piloto que saldríamos en dos horas.

—¿No te quedas en el hotel? —pregunta mi padre—. Te puedo conseguir una *suite*…

—Tengo deberes. Pero gracias.

—Un chaval responsable, ¡así me gusta!

—Te acompaño a la salida —le digo, aferrándome a su brazo.

Si él se porta como un caballero, yo también puedo ser una dama.

Espero con él a que llegue su taxi. La calle sigue llena de paparazis fotografiando a *influencers* vestidos con complementos de más. Acompaño a Guillermo hasta la esquina que da con la carretera principal, mientras él me observa con las manos en los bolsillos.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Qué está pasando con Claudia?

Se me detiene el corazón, otra vez. Hoy me da un infarto, seguro.

—Nada —miento.

—Acabo de desfilar semidesnudo para tu padre —aclara, ladeando una sonrisa—, y he dejado que se pase cinco minutos preguntándome sobre mi hermano. ¿No me merezco un poco de honestidad a cambio?

Dudo unos segundos en contarle la verdad. Pero no.

—He oído lo que pasó en el vestuario —me defiendo—. Con Juanfran.

Guillermo lleva la mirada al frente.

—Este nivel de evadir preguntas es bastante avanzado, incluso para mí.

Me vuelvo a aferrar a su brazo mientras suelto una carcajada.

—Yo no pregunto si tú no preguntas.

—¿Así funcionan las amistades?

—La nuestra, sí.

Le dejo pensando y rezo para que acceda a mi petición. En mi cabeza, él tiene tantas ganas de seguir conociéndome como yo a él, pero al final asiente.

—De acuerdo. Pero solo diré que conmigo no tienes de qué preocuparte.

Curiosamente, le creo. Me sigue preocupando de dónde le nació tanta rabia acumulada, pero no le veo capaz de hacerme daño a mí. Quizá es porque soy su única aliada, pero quiero pensar que hay algún otro motivo más fuerte…

—Lo sé —termino respondiendo—. Tú tampoco.

El taxi llega y Guillermo se despide de mí con un beso en la mejilla. Me sujeta la mano por unos segundos, los suficientes como para poder sentirme como en casa un poco más. Mientras le veo alejarse, Claudia llega a la esquina y se coloca de nuevo a mi lado.

—Qué monos —suspira—. ¿Sabe tu chico que tonteas con otros? Te diré, por experiencia, que eso nunca acaba bien.

No aguanto más. Ya he dejado que me pisen bastante y he permitido que se me trate como a la niña mona y tonta durante demasiado tiempo, así que no pienso aguantar que una adúltera cruel e insoportable me trate como su esclava. Por lo tanto, tras comprobar que no hay ningún paparazi pendiente de nosotras, aprovecho su exceso de confianza para tirarle el móvil de un sutil manotazo, el cual acaba estampado fuertemente contra el suelo. Su sobresalto me llena de adrenalina.

—Ups.

Claudia me asesina con la mirada y, mientras se acerca a recogerlo, estiro discretamente el zapato, provocando que esta trastabillé con él y se caiga al suelo.

—¡Ay, no! —grito, tratando de captar la atención de los fotógrafos —. ¡Menudo desastre!

Llevo el tiempo suficiente acompañando a mi padre durante la Fashion Week como para saber cómo controlar a esos paparazis. Después, mientras un par de ellos se van acercando, me agacho a su lado, enfurecida, contemplando al fin un ápice de temor en su mirada.

—Esto es lo que va a pasar, Claudia —sentencio—: Si le envías ese vídeo a mi padre, puede que yo me lleve una reprimenda, pero te aseguro que, después, él hará lo posible por destruirte a ti y a tu familia. Y yo le ayudaré.

Claudia intenta levantarse, pero la retengo discretamente en el suelo, apoyándome en su hombro.

—Ahora bien —continúo—, si decides enseñarlo en el colegio, puede que mi fama de Santa Gala se vaya al traste y algún que otro idiota me llame zorra, pero mis amigos me defenderán a toda costa y, por el tiempo que nos queda aquí, creo que podré soportar la convivencia. La cosa es: ¿podrás tú? —Esta vez, me levanto. Y dejo que ella también lo haga, aunque claramente lo hace sin mucha seguridad—. Porque tú te convertirás en la perturbada que va grabando a sus compis de clase dándose el lote por la ciudad. Y ya bastante mal hablan de ti como para empeorarlo, ¿no?

Mi tono al hablar se vuelve tan frívolo e insensible que parezco Dafne, pero me da igual. Siempre soy buena, siempre pienso en los demás, siempre digo «sí» cuando no debería, por no herir los sentimientos de nadie: ya estoy harta, ya me da igual todo.

—Eres tan mala como el resto de tu grupito —se ríe Claudia por lo bajini—. Puede que incluso peor.

—No te equivoques, Clau —contesto, sonriente—. Soy *mucho* peor. Así que borra ese vídeo y dejemos nuestro problema aparcado.

Claudia, que parece no aprender, se acerca una vez más a mí con tono amenazante, pero ya no me achanta. Los fotógrafos están cada vez más cerca, así que me muestra una falsa sonrisa de cara a ellos.

—No —contesta entre dientes—. El vídeo se queda, pero puedes estar tranquila. Pienso descubrir todos tus secretos, Gala Ruiz-Johnson. Y cuando dé con el peor de todos, haré que este te rompa en mil pedacitos.

No contesto más. Regreso en silencio al edificio mientras Claudia posa para los paparazis, apenas consciente del manchurrón que se ha hecho en su vestido al caerse en el suelo. En cuanto vuelvo al interior del evento, me quedo un rato a solas en el servicio, paralizada tras todo lo que acaba de pasar. ¿En quién me estoy convirtiendo?

Ya me da igual lo peligroso que pueda llegar a ser Guillermo del Prado, acabo de descubrir que yo puedo ser peor. Además, se aproxima una guerra y le necesito en mi bando.

PARTE III



Amistades peligrosas



29

Guillermo del Prado

El Palacio de Fonellosa está precioso en esta época del año. He venido a visitar a mi familia durante el fin de semana y, puesto que el coto de caza está tranquilo tras la hora de comer, mi hermana y yo aprovechamos para pasear un rato. Las hojas del otoño caen a nuestro paso conforme caminamos por el bosque y puedo oír a los pájaros cantar sobre los olmos. Aquí respiro paz. Y la necesito.

Algunos reporteros siguen acampados en la entrada del recinto, pegados a la verja de acero negro. Siguen esperando a que aparezca algún vehículo, ya sea nuestro o del servicio, que les dé el mínimo de información sobre Roberto. Buitres. Vampiros. Sanguijuelas. Encima, el estar tanto tiempo esperando los vuelve más incisivos cuando ven llegar a alguien.

—Buscan carroña como quien busca diamantes —me quejo a Aria, pateando una piedra en el camino.

—Es el precio que hay que pagar por una vida privilegiada —contesta ella, subiéndose la cremallera del chaleco acolchado—. Podría ser peor, ¿sabes?

—¿Peor que haber perdido a un hermano y que la prensa nacional te lo recuerde a diario?

Eso la deja pensando.

—Hay cosas peores.

—Sí —murmuro—. Una madre controladora.

Aria se engancha a mi brazo y me fijo en que llevamos las botas altas a juego.

—Se está esforzando, Guillermo. Ya no está tan encima, ¿te has fijado?

—Porque ya me tiene bajo su yugo —le explico—. Me estoy codeando con los hijos de sus amigos, aún no he dado ningún problema y acabo de salir en la prensa desfilando para una marca del grupo JGHR, lo que ha desviado por completo la atención de lo de Roberto. —Suelto un suspiro, provocando que Aria detenga la marcha. Me sujeta por los hombros.

—¿Pero tú eres feliz?

Esa pregunta me pilla totalmente por sorpresa. ¿Lo soy? Confieso que, en estos últimos días, no he pensado tanto en mi hermano como solía hacerlo. He ocupado mi mente en el Knight's Hill, en mis nuevos amigos y en Gala. La experiencia de hacer de modelo para la marca de su padre fue divertida, y he de admitir que me llevo de miedo con Tris y Felipe. Pero eso no quita que siga echando de menos mi antigua vida, en el internado de Suiza, con Roberto, Víctor, Luna y el resto de la pandilla. Antes de que todo se volviese oscuro, claro.

¿Soy mala persona por estar dejando esos recuerdos atrás?

Tampoco es que esté abandonando a mis viejos amigos. Sigo quedando de vez en cuando con ellos, y está claro que no podría irme del CDC ni aunque quisiera. Las reuniones continúan y, por más que quisiera escaparme de estas, ellos terminarían encontrándome… La imagen de Bruno Luque me viene a la cabeza, como cada vez que pienso en dejarlo. ¿Qué le habrá ocurrido? ¿Por qué nadie sabe nada de él?

Es frustrante sentirse atrapado y no tener a quién contárselo. Si Aria o mis padres se enterasen de que sigo manteniendo el contacto con ellos, no sé qué serían capaces de hacer. Y eso que simplemente creen que se trata de unos chicos irresponsables que beben y organizan fiestas clandestinas; la típica «mala influencia». Si supiesen todo lo que verdaderamente conlleva formar parte del CDC,

seguramente ya los hubiesen denunciado ellos mismos…

Me he planteado seriamente hablar todo esto con Gala; no solo por ser la persona a la que más unido me he sentido en meses, sino porque algo me dice que ella también guarda algunos demonios dentro. Pero algo me huele raro entre ella y Claudia, por mucho que evada mis preguntas, y no quiero que contarle mi secreto le suponga más peso sobre su conciencia.

—Podría estarlo menos —termino contestando a mi hermana.

—Nos sirve, por ahora —sonríe—. A Roberto le gustaría verte bien. Además, en unos días vamos al *ballet*, ¡eso sí que le hubiese encantado!

Suelto una risotada.

—¿Encantado? *El lago de los cisnes* era su obra favorita. Se hubiese vuelto loco, aunque ya la hayamos ido a ver cien veces.

Mi hermana y yo nos reímos. Roberto era para el *ballet* y la música como yo soy para la arquitectura. Llegaba un punto en el que yo solo iba a ver las obras por cómo él contagiaba su pasión. Ver esta obra por primera vez sin él va a ser duro, pero nuestros padres nos han obligado a ir, para seguir dando la imagen de «familia perfecta» de cara al público.

Al cabo de unos minutos, cruzamos el campo que separa el bosque del palacio y nos quedamos en el jardín trasero. Mi madre está sentada a una mesa, haciendo unas llamadas.

—¿Qué tal el paseo?

—Pedregoso —contesto.

—Me han mandado un correo del colegio —me informa—. Tienes una excursión al Museo Thyssen con tu curso.

—¿El Thyssen? —Mi hermana suelta un bufido mientras una de las asistentas le trae un café—. ¿No saben que conocemos a la baronesa? Ya podrían haber escogido un museo que no nos conozcamos de memoria.

Es cierto. Yo no la he visto tanto, ya que he pasado más tiempo en internados que en Madrid, pero sé que la baronesa Thyssen-Bornemisza, fundadora del museo, es amiga de mi madre. De hecho, mi familia tiene bastantes contactos en ese terreno.

—Da igual, yo no he ido tantas veces —les recuerdo—. No

conozco Madrid como lo hacéis vosotras.

Mi hermana agacha la cabeza y mi madre aparta la mirada. No quería que sonase como si les echase en cara haberme mandado fuera de casa tantos años, solo quería tranquilizarlas y dejar claro que no me importa visitar de nuevo ese museo, y menos aún si lo voy a ver con Gala. La última vez que contemplé obras de arte con ella, en aquella exposición, fue todo un placer observar cómo sus ojos se iluminaban con cada pieza.

—Seguro que aprendes mucho, querido —me anima mi madre—. Tus nuevos amigos también deben de haber ido mucho a ese museo; quizá con ellos descubras algo nuevo.

Muy sutil, madre. Está claro que, si pudiese ofrecer mi mano en matrimonio a cada uno de los miembros de esa pandilla, lo haría. Mi primer instinto es alejarme de ellos solo para cabrearla, pero entonces recuerdo que no estoy tan mal con el grupo y que me divierto a su lado. De todos modos, no pienso dejar que ella lo sepa.

De repente, mi padre aparece por la puerta trasera del palacio con un par de espadas en la mano.

—¿Qué te hace un partidito de esgrima? —dice mientras me ofrece una de ellas.

Últimamente parece querer practicar más que nunca. Sin embargo, suspiro al pensar que quizá es su forma de seguir sintiendo cerca a Roberto.

—Padre, acabamos de comer… —le contesto—. Pero prepárate para perder.

Conforme nos dirigimos a por las protecciones, la campanita del móvil que suena con los mensajes del CDC retumba en mi bolsillo. Mi padre se gira a mirarme ante la urgencia con la que leo el mensaje y, por un momento, pierde la sonrisa. Es casi como si hubiese reconocido el motivo de mi premura.

—Un momento —le pido, deteniendo la marcha para ver de qué se trata.

Es un mensaje de Luna diciéndome que han encontrado a Bruno, y las dudas que tenía sobre lo que le podía haber ocurrido se resuelven de la peor de las maneras, pues la foto que manda a continuación me deja sin aliento: Bruno yace sobre una cama de

hospital, con la cara magullada e irreconocible y su cuerpo cubierto de gasas y férulas; tiene los ojos cerrados, y a saber si volverán a abrirse. Desconozco de dónde ha sacado esta imagen mi amiga, pero tampoco me atrevo a preguntarlo. Ni siquiera sé si me está avisando de lo que podría pasar si me alejo mucho del CDC.

—¿Va todo bien, hijo? —pregunta mi padre, tan serio como cuando hablamos en la exposición que organizó mi madre.

Yo solo asiento con la cabeza. Ahora mismo no encuentro las palabras para contestar.



30

Gala Ruiz-Johnson

Madrid estaba lluviosa cuando salimos del aeropuerto, pero al menos logré ver a mi padre sonriente después de mucho tiempo. Han sido varios meses preparando el desfile y, ahora que ha terminado con muy buenas críticas, parece que todo está más calmado. Sin embargo, los problemas no han terminado: Julen sigue mandándome mensajes que solo contesto a veces, tranquilizándole, cuando ni siquiera es él quien debería estar preocupado; y puedo notar la mirada de Claudia clavada en mi nuca mientras el curso entero espera a los buses de la excursión frente a la entrada del colegio. Ella está con su amiga Lucía, charlando, riéndose de vaya uno a saber qué y seguramente planeando cómo puede seguir atormentándome. De vez en cuando me giro a mirarla y nunca falla: siempre la encuentro observándome.

En cuanto se me pasó la adrenalina del momento, una manta de miedo me cubrió por completo. ¿Qué acababa de hacer? Si bien había esquivado su primera bala, era solo cuestión de tiempo que Claudia recargase su arma. Por ahora, lo único que puedo hacer es refugiarme en mi grupo, que espera al bus algo alejado del resto.

—Menuda idiotez la idea del Thyssen —resopla Dafne, cruzándose de brazos—. Nuestro abuelo se lleva desde hace años con la

baronesa y conocemos el museo mejor que el guía.

—A mí me da igual —contradice Tris, guiñándole el ojo a Carlota Pozuelo—. Así estamos más libres para… socializar.

—Menudo cabronazo te has vuelto, chaval —se ríe Felipe, despeinando a su amigo.

—Tiene razón, deberías relajarte —le sugiere Jimena. Me da que ese consejo es más por ella que por él—. Pues yo sí tengo ganas de ir, ¡me encanta salir del colegio en horario de clases!

—Yo también, la verdad —secundo, agarrándome al brazo de mi amiga y fingiendo que todo va bien—. Espero que nos lleven a ver la nueva colección.

—Y si no, ya te lleva a verla mi amigo. —La voz de Mario Rey me pilla desprevenida.

Me giro y ahí está, junto a Jaime Gleason, que se ha puesto rojo como un tomate y le da un golpe a su amigo en la espalda.

—Tío, cállate.

Ahora me sonrojo yo un poco. Jaime se queda a mi lado, pero Mario se marcha junto a Dafne y le pasa el brazo por los hombros.

—¿Qué pasa, guapetona?

—Cuidado con el abrigo, Mario. —Dafne se deshace del brazo, sacudiéndose después la prenda con las manos—. Me lo regaló el equipo de Max Mara.

—Hablando de trapitos —menciona su «medio novio», mirándome a mí—. Ya vi las fotos de Instagram. Qué guapo el desfile, ¿no?

—Estuvo muy bien —sonrío—. Es la primera línea masculina de mi padre, así que…

—¿La primera? —Jaime levanta las cejas—. Vaya, eso es impresionante.

—¡Fue de locos! —añade Juanfran, acoplándose al grupo sin vergüenza alguna—. He visto las fotos de Guille… ¡Cómo caminaba el cabrón!

—Es verdad, el chico nuevo también desfiló. —La lengua incontrolada de Mario no deja de sorprenderme—. Llegamos a saber que estabas seleccionando a compis de clase y nos apuntamos, ¿a que sí, *bro*?

Me giro a mirar la reacción de Jaime, pero él solo agacha la

cabeza. Está muy pegado a mí, supongo que porque el círculo en el que estamos hablando es bastante cerrado. No le tenía tan cerca desde la fiesta de Dafne, básicamente desde la última vez que cruzamos más de dos palabras seguidas.

—No le hagas caso —me termina diciendo.

—¡Yo también me apunto a la próxima! —se ríe Juanfran, aún haciéndose hueco entre Mario y Tristán.

—Guille desfiló porque se les cayó un modelo —explica Felipe—, a modo de favor. Fue un grande, la verdad.

—Pues por ahí viene el rey de Roma —suelta Jimena, mirando hacia la carretera que tenemos a nuestro lado.

Un majestuoso Bentley negro estaciona frente a nosotros y de él sale Guillermo, con el uniforme bien puesto y, sobre él, su queridísima chupa azul de cuero. En cuanto nos ve, se une al grupo, colocándose entre Jaime y yo. Menudo caradura. El olor de su colonia me embriaga al instante.

—Hola, buenas.

—Llegas tarde —le alecciona Daf.

—Disculpa, no quería venir —bromea. Siento un cosquilleo en el pecho al contemplar su sonrisa y cómo me guiña el ojo después.

Por suerte para él, un par de buses llegan al minuto. Noto tensión entre Jaime y Guillermo a la hora de subirse al vehículo, como si los dos quisieran hacerlo justo delante de mí. No pensarán que me voy a sentar con alguno de ellos, ¿no? Ni en broma. Ahora mismo no tengo la cabeza como para eso, y lo último que necesito es que el insecto de Claudia me vea congeniando más con alguno de ellos.

—Tía —me giro corriendo hacia Jimena—. Por favor, siéntate conmigo.

—¡Claro, princesita! —contesta ilusionada, riéndose ante mi tono desesperado—. Pero no hace falta tanto dramatismo.

—De eso nada, monada —me reclama Dafne en voz baja—. Jimena hoy es mía. Sé que Mario se quiere sentar conmigo y no me apetece nada.

—¿Que soy tuya? ¡Qué bien! —comenta Jimena, arqueando una ceja—. ¿Y vengo con correa o me la compras ya en el museo?

Dafne le lanza un beso a modo de disculpa.

—¡Yo tampoco quiero ponerme con ninguno de los chicos! —refuto, también en voz baja.

—Pues ponte con tu amiguita, la «divertida» —responde con retintín, señalando a Adriana Velázquez, que ya está al fondo del autobús—. Seguro que se sienta sola.

Dejo la mirada en blanco; qué manía más tonta le tiene a Adri. Me acabo poniendo con ella, que, efectivamente, no iba sentada con nadie. Tristemente, Dafne no es la única que la tiene tachada de paria en el curso. Su fama de «vividora nocturna» desde hace un par de años la precede y, en un colegio como el Knight's Hill, eso nunca es positivo; pero a mí me da igual. Adri me da conversación todo el viaje, lo cual agradezco, porque entre Jaime, Guillermo y Claudia, me están entrando migrañas. Para cuando el bus nos deja frente al museo, sin embargo, tengo que salir corriendo del vehículo a respirar aire fresco para calmarme un poco. Aunque la calma dura más bien poco.

—Enhorabuena por el desfile, mi amor.

Me giro y ahí está: la víbora en persona, Claudia Guzmán. Lucía me observa tras ella.

—Gracias —respondo con sorna.

—He de decir que me gustó bastante, aunque no pudiésemos pasar mucho tiempo juntas…

Y gracias a Dios. Para el poco que pasamos, le hice comprarse un móvil nuevo…

Es la primera vez que volvemos a hablar desde lo ocurrido en Milán y estoy temblando por dentro; ese valor repentino que me dio en el momento ha desaparecido por completo. Claudia me mira sonriente, como si ya supiese perfectamente la dosis de veneno que me va a inyectar en la sangre.

—Pero bueno —exhala—, ¿tu padre ya está más contento? Sus accionistas se habrán emocionado con la buena acogida, ahora que ya ha pasado un poco la polémica sobre sus fábricas…

Oigo los murmullos de los compis de clase que tenemos al lado. La acera de la calle es muy estrecha y, si bien el estruendoso tráfico logra camuflar las palabras de Claudia, no lo hace del todo. Me encojo de hombros, tratando de mantener la calma.

—El recibimiento ha sido muy bueno.

—¡Qué bien! Por tu padre, quiero decir. No por los esclavos de países en subdesarrollo que, al parecer, trabajan para él…

Los murmullos se duplican. Ni que a ella le importase nadie que no fuera ella. Pero, efectivamente, estoy siendo humillada y no puedo hacer nada. Solo rezar para que no hable más de la cuenta. Al menos, esos rumores que está soltando ahora son de conocimiento público.

Dafne aparece, moviéndome ligeramente a un lado para situarse delante de mí.

—¿Qué acabas de decir, amor?

La sonrisita malévola de Claudia desaparece por unos segundos.

—Nada que no sea verdad.

—Te invito a que visites las fábricas de Blaisè en Getafe cuando quieras… —le propongo, un poco tímida ante todas esas miradas sobre nosotras.

—¿Y las… «otras fábricas»? —insiste, con una sonrisa perversa. La muy perra no se baja del burro.

—Claudia… —Dafne pronuncia su nombre de tal forma que, conociéndola, sé que se viene un comentario de lo más afilado—. Si tanto te gusta la atención, ¿por qué no haces algún directo en TikTok hablándonos de tu rutina de *skincare*? Así lo gente podrá anotar lo que no debe hacer.

Una explosión de carcajadas estalla a nuestro alrededor. Dafne apenas parpadea mientras vemos cómo Claudia busca rápidamente una respuesta igual de cruda. Pero no la encuentra, y el tiempo pasa, así que opta por regresar a mí.

—Gala sabe que yo no mentiría. Y menos si he visto cosas con mis propios ojos… —Sabandija perversa. Tenso la mandíbula, consciente de que apenas puedo defenderme.

—Déjala, Daf —le pido a mi amiga—. Vámonos de aquí.

Comienzo a encontrarme fatal. Dafne me hace caso y se marcha conmigo al interior del museo. Le agradezco en silencio que no me haga preguntas, a pesar de que sabe que algo no va bien. Se lo vi en la cara cuando estuvimos en Milán y lo acabará sabiendo todo. Todos lo harán.

El interior del vestíbulo es tan sumamente silencioso que al fin puedo respirar. El profesor Morales ya ha pasado lista y nos está dejando entrar a la galería. El arte me tranquiliza, eso es un hecho. Camino sujeta al brazo de Daf, que sigue sin romper el silencio del paseo, y me dejo sumergir en las obras que nos rodean: Rembrandt, Caravaggio, Hopper, O'Keeffe… No es hasta que ya llevamos unas cuantas salas que Dafne sugiere que nos sentemos.

—¿Ya estás mejor? —me pregunta. Yo solo asiento con la cabeza —. ¿No me vas a decir qué te pasa con la petarda de Claudia?

Esta vez, niego con la cabeza. Sé que se lo contaré, no me queda otra. Pero hoy no.

—De acuerdo —suspira mi amiga—. ¿Quieres que te deje un rato a tus anchas?

Miro a mi alrededor; estamos básicamente solas en la sala. Aún no ha llegado nadie del curso a esta parte del museo, por lo que esbozo una sonrisa a modo de respuesta y Dafne, tras acariciar mi cabeza con cariño, regresa con el resto del grupo.

Me levanto a analizar las obras de esa sala, que, para mi suerte, son bustos y esculturas. Permanezco frente a una de ellas. Se trata de un hombre desnudo, en una posición bastante tortuosa que incomoda a la vista. No me corto en admirar y estudiar el cuerpo del sujeto, cada detalle esculpido en su piel, cada curvatura y cada rasgo. Su pene es diminuto, casi imposible de ver.

Es mientras lo observo que escucho una voz grave y familiar sobre mi oído derecho.

—¿Sabes por qué los hacían tan minúsculos?

Siento un atisbo de vergüenza por un segundo. Que Guillermo me haya encontrado apreciando justamente eso, después de apenas haber hablado con él desde Milán, me hace sentir ridícula. Se coloca a mi lado, admirando también la escultura, mientras yo tomo aire antes de contestar.

—Unos genitales pequeños significaban pureza, moderación… — Noto su mirada clavada en mí—. Inocencia. Aquello a lo que todo hombre de antaño aspiraba. Era raro ver una obra de arte sin esta simbología.

»Y cuando eran grandes —continúa él, tras un carraspeo—, se

asociaban a la depravación, al salvajismo… A la lascivia.

Me atrevo a mirarle a los ojos.

—Una información bastante peculiar, ¿no crees?

—Es lo que tiene ser unos frikis del arte, angelito.

Disimulo una sonrisa. Por un momento, todos mis pensamientos me abandonan en cuanto uno nuevo se apodera de mi cabeza: «¿Cómo será Guillermo desnudo?».

Su atractivo es evidente y, por lo que pude ver desde la cristalera de la piscina cubierta, también sé que tiene buen cuerpo. Incluso con ese moretón decorando su costado, sus líneas y curvas eran dignas de una escultura italiana. Pero mi entendimiento sobre su anatomía se limita a esa información. De pronto, necesito conocer más, saber si ese pasado tormentoso y ese instinto rebelde acompañan su fisionomía.

«¿Qué eres realmente, Guillermo? ¿Inocencia o lascivia?».

Por el modo en que sus ojos me penetran cada vez que nos miramos, la respuesta parece obvia. Sin embargo, soy plenamente consciente de que todo lo que conozco de él hasta el momento no es más que la punta de un iceberg infinito. Lo único que tengo claro es el calor que me provoca el dulzor de su fragancia y la satisfacción que me produce su voz sobre mi piel.

Es estúpido. Sé que no quiero a un chico así como mi futuro marido, pero la atracción es inevitable. Le deseo. Es mi amigo, pero le deseo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Debo de tener las mejillas sonrojadas. Me observa desde esos veinte centímetros de altura que nos separan y yo me quedo embobada con esos rizos ligeramente engominados. Quiero parar todos los pensamientos que me florecen ahora mismo, pero no puedo evitarlo. Quiero hundir mi mano en su pelo, traerle hacia mí y besar sus gruesos labios. Quiero que él me devuelva el beso y que mi corazón se detenga por unos segundos. Quiero obligarle a hacerme olvidar toda esa vida llena de secretos y chantajes en la que yo misma me he metido…

—Hoy no hablas mucho —bromea.

—Creo que tú lo has dicho todo.

Eso le hace sonreír, y aprovecho que la tensión ha aminorado para cambiar de tema.

—Ya me leí tu libro, *On the Road*. Te lo devuelvo mañana.

—Puedes quedártelo. ¿Te ha gustado?

Me encojo de hombros.

—Puedo comprender por qué te gusta a ti. Quiero decir… Es básicamente un manifiesto sobre cómo hay que rebelarse contra la sociedad convencional y cómo hay que tratar de exprimir la vida a base de experiencias. Lo que no me vi venir fue ese toque nihilista al final del libro; aunque supongo que, teniendo en cuenta la vida sin rumbo que llevan los personajes y esa búsqueda de una llamada espiritual que nunca llega, está bastante conectado.

Guillermo me mira por unos segundos y esboza otra sonrisa. Después, se cruza de brazos con el ceño fruncido.

—Menuda sabelotodo.

Choco mi frente contra su hombro, soltando una risilla cansada. Él se queda algo más pegado a mí, aún contemplando la escultura.

—Mi oferta sigue en pie, angelito. Si necesitas hablar, no te cortes.

Intento ahorrarme el suspiro de frustración. ¿Por qué ha dicho eso? ¿Es que ha presenciado mi escenita con Claudia?

—Gracias —termino respondiendo—, pero estoy bien.

—No, no lo estás.

Dejo escapar una risotada.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Los labios de Guillermo se acercan a mi oído. Siento cómo los pelos de mi nuca se erizan y mis latidos aumentan el ritmo.

—Porque conozco a mi amiga.

Hago lo posible por que no me note tragar saliva.

—Tu amiga está genial —logro murmurar, con la voz entrecortada.

Guillermo se ríe aún en mi oído. Recoge con los dedos el mechón rubio que me tapa la oreja y lo coloca tras ella. Vuelve a susurrarme:

—Estará genial cuando me deje encargarme de ella.

Cierro los ojos un momento; necesito concentrarme. El corazón me va a mil por hora, siento un hormigueo bajándome por el estómago y puedo notar cómo mi cuerpo ha cedido ante la presencia de Guillermo. Su olor, sumado al tono de su voz, grave y

potente, me deja completamente obnubilada. Tardo unos segundos en reaccionar y, para cuando lo hago, ya es demasiado tarde.

Él se ha ido, como si este último minuto solo hubiese existido en mi cabeza.

Podría enfadarme por cómo ha jugado conmigo… si no hubiese sido yo la que ha comenzado la partida. ¿En qué momento he creído que esto saldría bien? Tomo un poco de aire y trato de razonar conmigo misma: no pasa nada por sentirme excitada al pensar en mi amigo, siempre que la cosa no vaya a más… ¿Verdad?

En los pocos segundos que logro relajarme, vuelvo a sentir unos dedos apoyándose en mi espalda y mi pecho vuelve a hincharse.

—Ey.

La sorpresa al ver la cara de Jaime Gleason a mi lado me deja totalmente desconcertada. Le sonrío instintivamente mientras camino con él a la siguiente sala.

—Hola, Jaime.

—¿Te está gustando el museo?

Asiento algo nerviosa. Puedo oír cómo el resto de nuestros compañeros se acerca tras él, y yo sigo con la cara rojísima. Mantengo la compostura como puedo y contesto:

—Es bastante variado, eso me gusta. ¿Y a ti?

—Sí, ¡estoy de acuerdo! Oye…

Jaime me agarra suavemente del brazo y me dirige a una esquina de la siguiente sala. ¿Qué está haciendo? De nada le sirve separarnos del resto cuando seguimos ante la mirada curiosa del curso entero. Todos nos observan desde la distancia; Juanfran grita obscenidades de las que nadie se ríe, y Dafne y Jimena me sacan el pulgar, como si ya supiesen qué está pasando.

—Joder, no sabía que me costaría tanto —comienza a musitar Jaime, algo sudoroso. Nunca le había visto así, es algo entre adorable y preocupante.

—¿Va todo bien? —le pregunto, algo más serena, pero sin perder la timidez.

—Sí, esto… —suspira mientras se rasca la nuca—. Que si te apetece dar una vuelta el sábado.

Abro bien los ojos del asombro, provocando unas risas de fondo.

Menudos cotillas.

—Los dos solos —sentencia, captando el desconcierto en mi rostro.

Me quedo totalmente en blanco. ¿Al fin ha pasado? ¿Me está pidiendo una cita? Debería estar dando saltos de alegría: hasta hace unas semanas, ya me imaginaba casándome con él, veraneando en su *château* de Francia y viviendo del fideicomiso de su familia mientras me dedicaba al arte y la beneficencia; pero ahora solo puedo pensar en la escultura que acabamos de ver. Miro a los chicos de mi curso —pueriles, incautos e inocentes— y no siento interés alguno. Luego miro a Jaime, tan bueno, tan dulce, tan popular… y solo veo a la persona que podría aportarme aquello que siempre he creído desear, pero no lo que realmente anhelo.

¿Qué me está pasando? Debo de estar cansada; seguramente sea eso.

«Déjate de tonterías, Gala. Esto es justo lo que te conviene», me digo. La pasión puede nacer poco a poco en una relación, como el fuego en una hoguera, pero la estabilidad es crucial. Y yo quiero una pareja en la que pueda confiar, no una que no sepa cuál es su siguiente paso.

Guillermo pasea ya por la siguiente sala, y yo le puedo ver desde la mía. Se cruza de brazos apreciando una obra de arte, marcando los bíceps sobre su camisa remangada y me vuelve a provocar palpitaciones. Nunca me había sentido tan excitada, ni siquiera cuando Julen me gustaba… Pero eso no logra nublarme la vista. Sé perfectamente lo que busco, y es a Jaime Gleason.

Le miro y sonrío.

—Claro —accedo—. El sábado me va bien.

Escucho los aplausos y silbidos que me esperaba de sus amigos. Yo me río, fingiendo que su intrusión no me molesta. Mis amigas se acercan después a abrazarme y a felicitarme por haber logrado lo que tanto tiempo llevaba esperando.

¿Por qué no estoy tan ilusionada como ellas?

Adriana me mira entre el resto de los alumnos que continúa su camino por la galería. Sé que me está leyendo la mente, sé que está viendo lo que nadie más ve… Y eso me hace sentir reconfortada

pero no satisfecha.

Decido quedarme sentada un rato más en la misma sala. No quiero ver el museo con el resto del curso, y menos volver a cruzarme con Guillermo; no después de haber accedido a la cita con Jaime. No le debo nada, ni él a mí, pero ¿por qué me siento tan culpable de repente?

Es un hecho que llevo ya mucho tiempo sin tomar buenas decisiones… pero la peor de todas ha sido quedarme sola en esa sala, porque no pasan ni dos minutos que Claudia ya se ha sentado a mi lado. Dejo la mirada en blanco cuando la veo.

—No suelo decir palabrotas —recalco—. Pero eres un coñazo.

Eso la hace reír. Bien por ella.

—Me sorprende que todo el curso me haya cancelado por jugar a dos bandas… cuando no veo que tú tengas problema jugando a tres.

—Me aburres, Claudia —suspiro, realmente agotada—. Sé que no somos amigas, pero tampoco creo haber sido tan mala contigo como para que te cebes de esta manera.

—Te dije que encontraría tus secretos más oscuros —me recuerda —. Pero con lo que no contaba era con encontrar los de tu padre…

Mi cuerpo se vuelve a tensar.

—Ten cuidado con lo que vas a decir.

—Tranquila, dejemos el asunto «fábricas» a un lado —bromea—. Me preocupa más su adicción. ¿Habéis hablado de ello?

No contesto; no sé cómo hacerlo ante algo tan estúpido.

—¡Sí, mujer! —me informa—. Noté en la *kissing room* que él y su socio visitaban mucho el baño. Y, cada vez que salían, iban un poco más animados. O se estaban haciendo unas pajas o unas rayas, no queda otra.

—Claudia, no me obligues a romperte otro móvil. —Aprieto los dientes con toda la ira que llevo dentro. No sé qué odio más, si la facilidad que tiene para faltarle el respeto a la figura de mi padre o el hecho de que podría ser posible su teoría.

—Por desgracia —suspira Claudia—, son solo cavilaciones. Pero ten por seguro que me será fácil conseguir las pruebas.

—Estás enferma.

—¡Déjame, lo estoy disfrutando! Vuelves a ser mía… —Claudia se

pasa su castaño y enmarañado pelo de bruja hacia atrás. Antes la veía guapísima, pero ahora la veo como realmente es—. Lo que quiero es sencillo, reina: volver con Tristán.

La carcajada que me sale es totalmente involuntaria.

—Y yo un pegaso como mascota —contesto—, pero hay sueños imposibles.

—Yo no lo veo tan imposible.

—Si quieres volver con él, ¿de qué te sirve ser tan cruel conmigo delante de todos?

Claudia se inclina hacia atrás.

—¿Hablas por lo de antes? Cielo, solo era para dejarte claro de qué soy capaz.

—Ah, por supuesto. ¿Quién no querría estar con alguien así…?

—Tu misión es sencilla, Gala —me interrumpe, ahora más seria—: Si logras arreglar lo mío con Tris, tu secretito y el de tu padre estarán a salvo conmigo. Te recuerdo que rompiste el iPhone, no el iCloud. Sigo teniendo ese besito tontorrón con tu *sugar daddy* en mi carrete. Aunque seguro que no me hará falta usarlo, ¿verdad? Eres un poco puta pero no tonta.

El corazón se me detiene por un momento. Claudia percibe cómo se me tensa el cuerpo otra vez, porque decide seguir antes de marcharse:

—¿Liada con un tío mayor mientras tonteas con otros dos? Dios, se te van a comer viva. Aunque, bueno, al menos he visto que te llevas con Adri Velázquez. Podríais fundar juntas un aquelarre de zorras.

—Eres toda una «*girl's girl*», por lo que veo. Sororidad a tope, ¿eh?

A Claudia no parece afectarle el comentario. Estoy segura de que los rumores y habladurías sobre Adriana siempre han sido extremadamente exagerados, pero no es el momento para rebatirlo.

La chantajista me ofrece la mano.

—¿Qué me dices? El regreso de mi novio por la reputación de tu familia. ¿Hay trato?

Pienso en Tristán por un momento: es mi amigo, de mis mejores amigos; ¿podría hacerle algo así con tal de guardar unos secretos?

Necesitaría más tiempo para pensarme la oferta, ni siquiera es seguro que mi padre consuma drogas. ¿Y si todo esto es una estratagema de las suyas? Claudia siempre ha sido un bicho, pero antes nos poníamos las gafas rosas y lo dejábamos pasar.

El tiempo corre. Y, aunque ya no queda más que derrota y desesperación, me aferro a ese ápice de esperanza que me mantiene de pie.

—No hay trato —respondo, levantándome. Ella hace lo mismo.

—Una lástima. Lo único que haces es retrasar lo inevitable.

—Déjame en paz, Claudia. A mí y a mi familia. Das mucha pena, y Dafne tiene razón: tienes el cutis fatal.

Antes de oír su respuesta, me marcho de allí. Soy consciente de lo que he hecho y de lo que estoy provocando. Sé que no va a descansar hasta que haga lo que me pide, pero, a lo mejor, si sigo ignorándola como hace el resto, se acabará cansando…



31

Guillermo del Prado

Soy el último en llegar a mi siguiente reunión del CDC. Esta vez es en otro hotel, en una sala privada. Siempre me pregunto quién pagará las salas para nuestras reuniones; pero, como nadie lo ha mencionado nunca, tampoco hago el ademán de hacerlo yo. En esta hay un billar rojo en el medio, y mis amigos ya están haciendo una partida. Todos vamos de etiqueta, como establece la norma del club. La única componente femenina del grupo, Luna, ha traído un vestido negro bastante ajustado, y, por un momento, casi olvido que tenemos la misma edad, porque parece toda una mujer. Me saludo con todos y acabo dándole dos besos a ella.

—Pero mírale qué buenorro, con el esmoquin —comenta, acariciando la solapa de la chaqueta—. Pareces un caballero y todo.

—Soy un caballero —le corrijo.

Luna tiene la manía de mencionar lo bien que me queda el esmoquin cada vez que nos vemos en las reuniones, en cada una de ellas. Trato de pensar que lo dice siempre como mi amiga, pero algunos de sus comentarios han llegado a rozar lo sexual. Me hace sentir raro, porque ahora mismo es como una hermana para mí.

—Bueno, ahora que ha llegado el «marquesito tardón» —comenta Alejandro Gil, otro de los miembros del CDC—, ¡a divertirse,

cabrones!

Esta es la parte buena de las reuniones, porque todo son risas, juegos inocentes y creernos mayores: Sancho ha traído unos puros cubanos que le robó a su padre y, en cuanto Gustavo le da una calada al suyo, comienza a ahogarse en un ataque de tos, lo cual provoca una serie de risotadas entre los demás. Arón, borracho ya de Johnnie Walker, reta a mi amigo Víctor a un pulso, y el que pierda tendrá que liarse con el busto de un filósofo que hay expuesto en el pasillo del hotel. Unas rayas de cocaína decoran el alféizar de la ventana durante unos segundos. Luna y yo hacemos equipo en una partida de billar contra Alejandro y Gustavo. Obviamente ganamos; Gustavo es malísimo dando a las bolas. Ahora bien, por muchas partidas que juguemos, sigo sin quitarme de la cabeza la excursión al museo. Ese momento que pasé con Gala, Dios… Me arriesgué muchísimo intentando provocarla, y aún más cuando vi que lo había conseguido. Estaba excitada, pero no tanto como yo. La forma en la que su pecho subía y bajaba al ritmo de mis palabras solo hacía que me entrasen más ganas de comérmela entera ahí mismo…

Hace ya semanas que Gala se ha convertido en lo primero en lo que pienso por las mañanas, y en lo último que imagino a lo largo de mis noches… Y tenerla de nuevo tan cerca, tan dispuesta a ceder conmigo ante nuestros instintos más primarios… Jamás pensé que conseguiría manifestar algo así en ella, ¡ni en mil años! Quizá no somos tan distintos como creía. O quizá, Víctor tenía razón y existe una especie de placer en pervertir a las personas menos dispuestas a transgredir los tabúes…

Hablando del rey de Roma.

—Venga, ¿quién nos consigue un par de espadas? —balbucea mi amigo en un momento de la noche, subiéndose a una banqueta que parece datada de otro siglo—. ¡Este tío y yo vamos a ver quién es mejor en esgrima!

En cuanto veo su dedo señalándome, no puedo evitar reírme. ¿Cómo puede seguir siendo tan competitivo? Las últimas dos veces que nos batimos a duelo en Suiza, perdió. Fue por muy poca diferencia, pero así fueron las cosas.

—Estás borracho, amigo —le contesto, ayudándole a bajar de la

banqueta.

—¡Vamos! Puedes fingir si quieres que soy uno de tus nuevos amiguitos de Madrid —se ríe—. Como el rubito con el que te vi corriendo por el Retiro el otro día…

Los chicos me miran extrañados. No, no les había comentado nada de mis nuevos amigos. Y menos después de la foto de Bruno Luque que me envió Luna…

—Así que el marquesito está ampliando su red de contactos —comenta ella, sonriente pero con el ceño fruncido, apoyándose sobre el taco del billar.

El grupo se mantiene en silencio, mirándome, esperando algún tipo de respuesta por mi parte. ¿Pero qué puedo contestar a eso? ¿«Sí, me llevo con más gente, aparte de vosotros»? Dios, no esperarían que me mantuviese aislado en una esquina durante mis clases…

—Es solo un colega que se me ha unido a las carreras matutinas —termino justificándome, sintiéndome estúpido al instante.

—¿No le habrás contado nada de esto? —cuestiona Alejandro, enfocando con el dedo a cada uno de nosotros.

—Por supuesto que no —declaro. Luego, señalo a mi amigo—. Pero vamos, volviendo al tema, no pienso batirme a duelo con el borracho este.

—¡Y una mierda! ¡Mirad cómo se acojona!

Víctor comienza a bailotear ridículamente a mi alrededor. Cierro los ojos por unos segundos para no presenciar tremenda escena. La danza, por suerte, se ve interrumpida por Sancho.

—A ver, chavales. *Focus!* Que la quedada de hoy es para algo. Es hora de planear la siguiente prueba.

Siento cómo se me erizan los pelos del brazo. Todos nos colocamos alrededor de la mesa de billar; la luz que la ilumina le da un toque de cine *noir* a la sala.

La última vez que la liamos fue tras la fiesta de Dafne y casi nos detiene la policía, pero logramos escapar a tiempo. Aun así, los moretones que me hice siguen acompañándome.

—Toca ir a más, chicos —informa Alejandro—. La última vez estuvo bien, pero no lo suficiente. Nos estamos ablandando, y eso

no puede ser.

—¿A quién le tocaría? —pregunta Arón.

—A Guille, por supuesto. —Alejandro apoya su mano en mi hombro—. Aún le queda mucho para compensarnos.

Un silencio sepulcral inunda la sala. Razón no le falta, pero siento sus palabras como una daga retorciéndose en mi estómago.

—Ah, por eso quieres ir a más —le responde Luna—. Porque aún no es tu turno.

—No es por eso, reina —brama Alejandro, bastante ofendido—. Ya nos llegará nuestro momento a todos. Pero aquí, el amigo, necesita demostrarnos que al menos hay un futuro marqués de Fonellosa que sabe cumplir como un hombre.

Trato de tragarme las ganas repentinas de soltarle un puñetazo. No sigo en el CDC por la necesidad de demostrar mi hombría, sino por un motivo mucho más macabro, así que ya podría ahorrarse sus comentarios de machista podrido. El lado bueno es que, cuando estábamos en el internado, estas reuniones se hacían semanalmente. Ahora es solo cada vez que nuestras agendas nos lo permiten, por lo que este curso serán muchas menos.

—Va, tío… —Gustavo se apoya en la mesa de billar, mirándome fijamente, como el resto del grupo—. Lo harás de puta madre, justo como lo has estado haciendo hasta ahora.

—Eso depende de lo que toque.

Dirijo la mirada a Alejandro, que parece más emocionado que nadie por planear la siguiente reunión. Este se apoya también sobre el billar y comienza a dar ideas. Yo aparto el rostro sutilmente, intentando no verme afectado por la situación. Luna apoya su mano sobre la mía y me dirige una mirada con la que intenta hablarme. Y entiendo perfectamente lo que quiere decir: «Hazlo por Bruno. Hazlo por Roberto».



32

Gala Ruiz-Johnson

El lago de los cisnes es de mis obras de *ballet* preferidas; siempre logra emocionarme. Mi padre me consiguió las entradas hace mucho tiempo para este viernes, aunque claro está que también las sacó para hacer *networking*, pues todos los socios mayoritarios del grupo JGHR van a estar allí.

Me preparo con el vestido blanco de Dior que he comprado para la ocasión, ya que el que tenía de Blaisè lo llevé hace un par de semanas. Le añado como detalle final un brazalete de Bvlgari y el colgante Knot de Tiffany que me regaló Dafne, y me recojo el pelo en un desenfadado moño que, junto al vestido, me hace sentir como una diosa del Olimpo. Ya estoy lista para salir, pero me encuentro a mi padre luchando por ponerse bien la pajarita del traje, así que me acerco a ayudarle entre risas, es adorable.

—Gracias, princesa —me dice, bajando la mirada—. Que sepas que te he acabado escuchando y vamos a contratar al PR de Carmousse para que lleve una estrategia con la nueva colección masculina.

—¿En serio? —pregunto emocionada—. ¡Ay, papá, qué bien! Pues espero que hablen con el *community manager* que lleva vuestras redes, porque seguro que a los accionistas les gustaría…

Dejo de hablar en cuanto le veo la cara. Un rostro abatido, apesadumbrado. Entonces caigo: él nunca ha accedido a ninguno de mis consejos en cuanto a Blaisè se refiere… ¿Por qué ahora?

—Papá… —me atrevo a preguntar, una vez le he anudado la pajarita—. ¿Va todo bien?

Es triste cómo sé, mucho antes de que abra la boca, que va a mentirme.

—Más que bien, princesa. No te preocupes.

Ni siquiera levanta la mirada al decirlo. Mi padre me besa la frente y va a por su abrigo. Ahora entiendo de quién he sacado esa forma de evadir las preguntas. Decido no insistir por el momento; hoy es una tarde de música y danza, no de resolución de conflictos empresariales.

Pedro, nuestro chófer, nos lleva hasta el Teatro Real. Durante el breve viaje en coche, siento la necesidad de romper el silencio y sacarle conversación a mi padre. Él es un tiburón en su trabajo, pero tiene la manía de no saber disimular cuando no está de humor para asistir a un evento público y eso acaba repercutiendo en Blaisè. De ahí que le lance una pregunta que le hará dejar de pensar en el trabajo:

—¿A mamá le gustaba el *ballet*?

La forma en que gira la cabeza rápidamente hacia mí logra sorprenderme y siento cómo Pedro también me mira desde el espejo retrovisor. Mi padre muestra un semblante de curiosidad.

—No sueles preguntar sobre ella —reflexiona.

—Tú tampoco la mencionas mucho.

La verdad es que a veces siento que es un tema tabú… Pero el recuerdo que tengo de ella se va difuminando conforme pasan los años y temo que algún día lo único que quede en mi memoria sea cómo me la imagino sufriendo ese accidente de coche.

—Beatriz amaba el *ballet*, sí —termina contestando mi padre—. Era una loca de la danza. Le gustaba el arte, como a ti. Y también era muy cabezota; en eso has salido a ella.

Finjo reírme, preguntándome cómo puedo salir a alguien a quien perdí siendo tan pequeña. A veces, también pienso en mi madre biológica, en cómo sería. Mis padres me adoptaron directamente en

un centro, por lo que esa información es inexistente. Sin embargo, me pregunto si ella también sería una cabezota amante del arte. Hoy veremos danzar al Ballet Nacional de Ucrania; ¿este es un plan que ella disfrutaría?

—Ya hemos llegado, señor.

Pedro nos deja casi a las puertas del teatro y, en cuanto llegamos a la entrada, la mayoría de los asistentes a la obra ya esperan allí; casi todos van vestidos de gala. La plaza de Isabel II, donde dan las puertas principales, se llena de voces y risas conforme nos sumergimos en ella.

Logro atisbar a Tris y a Daf con sus padres. Tristán se ha puesto un traje azul, casi a juego con su padre, y Dafne, con una coleta alta, lleva un vestido del mismo tono y de hombros tapados. En su conjunto, parecen una familia presidencial.

—¿Nerviosa por mañana? —me pregunta Dafne en voz muy baja, cuando me acerco a saludarlos.

Mañana, sábado. El día de mi cita con Jaime.

—Supongo —suspiro—. Pero mi padre va a pasar la noche fuera de la ciudad, por lo que estaré a mis anchas para prepararme y podré llegar cuando quiera a casa.

—Jimena y yo iremos a hacerte compañía hasta que llegue tu príncipe, no te preocupes —me asegura, guiñándome un ojo.

Tristán decide unirse a la conversación mientras hacemos la cola para entrar.

—Y luego te lo puedes llevar a casa —me aconseja—. He oído que a Jaime le gusta hacer chupetones para marcar territorio.

Daf y yo ponemos cara de asco al unísono. Tris se ríe.

—Yo a lo mejor mañana quedo con Carlota Pozuelo. Está buena, ¿eh?

—Primito —le reprende Dafne—. No intentes hablar con nosotras como lo harías con Felipe. No pensamos cosificar a otra chica, y menos a sus espaldas.

Irónico que diga eso, con lo horrible que habla siempre de Adriana.

—¡Es que él no ha podido venir, joder! —se queja Tris—. Pero nos veremos luego, por si os queréis apuntar.

—Gala tiene que descansar para su cita, ¿no lo entiendes? —exclama mi amiga, haciendo las veces de representante—. Además, te recuerdo que tenemos deberes, y a lo mejor tu padre quiere que mañana le acompañemos al golf.

No deja de sorprenderme la iniciativa que tiene Dafne de aprovechar cada oportunidad para escalar un poco más en el imperio de su propia familia. Yo no aguantaría un solo partido de golf sin dormirme, ni aunque fuera a hacer los mejores contactos.

—Tía, qué coñazo eres —bufa Tris—. Tendrás bien contento a Mario.

—Yo con Mario no tengo nada.

—Mentirosa —sonrío yo. Dafne golpea mi brazo, ocultando su sonrisa, y luego se agarra a él conforme avanza la cola del teatro. Me dirijo después a Tris, bajando la voz—. ¿Y lo de Carlota es oficial? ¿Ya has superado al cien por cien a Claudia?

Tristán suelta una carcajada.

—Pues, quitando que sigo buscando alguna pista de quién cojones se acostó con ella… Casi casi, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad. —La verdad es que quería saber el nivel de dificultad que me encontraría si acabase accediendo al chantaje de Claudia; menos mal que no lo he hecho.

Dafne deja la mirada en blanco.

—Claudia es patética. Menuda bala has esquivado, primito.

—Tampoco estaba tan mal… —se defiende él.

—Esa chica te engañó —le alecciona—. Perdiste la virginidad con ella, un momento importante en la vida de toda persona, y luego te confesó que ya se había acostado con otro. ¡Eso es cruel y rastrero! ¡Es perverso! —La pasión con la que habla mi amiga logra despejar la cabeza de su primo y vuelvo a agradecer no haber sucumbido a las amenazas de Claudia, porque Dafne no me lo hubiese puesto fácil.

—¡Qué coño! ¡Tienes razón! Que la jodan —celebra Tristán mientras entramos finalmente en el edificio.

—Hablando de Satán…

Nada más entramos al edificio, observamos a Claudia con su padre saludando a unos socios. Por suerte, suben a la siguiente planta sin

llegar a vernos; suspiro aliviada.

El vestíbulo del Teatro Real es realmente impresionante: las columnas burdeos que rodean la sala brillan sobre el suelo de mármol, el ambiente es cálido y elegante, y puedo ver cómo ya hay personas conversando en los pisos de más arriba.

—¡Gala! —Me giro y veo a Adriana junto a las escaleras de la izquierda, con un espectacular vestido rojo a juego con su pintalabios. Me acerco a abrazarla.

—No sabía que venías —le confieso.

—Ha sido algo de último momento. Me ha invitado un amigo.

No puedo evitar preguntarme si ese «amigo» será uno de esos chicos con los que siempre anda liada según las malas lenguas del Knight's Hill. No la juzgaría si así fuera, pero me puede la curiosidad.

—¿Vienes a celebrar tu cumpleaños? —me pregunta—. Sé que es en nada.

Levanto las cejas, sorprendida de que se acuerde.

—Qué va, mi padre tenía entradas y vienen varios socios de la empresa también…

—Él está aquí, hemos estado hablando hace un rato. —¿Cómo? ¿Quién? Adriana sonríe ante mi perplejidad—. Guille, tía. —Siento un cosquilleo en el pecho al escuchar su nombre—. He oído lo de que vas a salir con Jaime, pero a mí no me engañas.

Me cruzo de brazos, el cosquilleo se intensifica.

—De verdad que no sé de qué me hablas.

—De que nadie te obliga a nada, Gala. No tienes que hacer algo que no te apetece solo porque creas que es lo que quieres.

Comienzo a entender hacia dónde se dirige, y no es algo de lo que me apetezca hablar ahora mismo, así que es la primera vez que agradezco que Dafne intervenga cuando estoy con Adri.

—¡Bonito vestido, Adriana! —la felicita, chequeando su conjunto de arriba abajo—. Muy de *Pretty Woman*. —Mi amiga no da puntada sin hilo.

Adriana contesta con una sonrisa.

—Me encanta Julia Roberts. ¡Deberías verla en *Blancanieves*! Hace de reina malvada, como tú.

—¿Una reina es «malvada» solo por saber lo que quiere? Vaya,

cielo, no te hacía tan estrecha de miras… Bueno, no te hacía estrecha, en general.

—¿Y con «saber lo que quiere» te refieres a querer humillar a otra chica que no le ha hecho nada?

Las dos comparten una sonrisa que sirve de *mutis* triunfal para Adri, que se marcha por las escaleras mientras Daf me avisa de que nuestro palco se encuentra a la derecha, así que recorremos de nuevo el vestíbulo y, en cuanto miro un momento hacia arriba, ahí está: Guillermo.

Tan guapo como en la fiesta de Dafne, vestido de punta en blanco, y observándome desde el balcón del segundo piso con una sonrisa. Finjo sorpresa con la cara, y luego me sujeto a mi amiga para subir las escaleras; me tiemblan un poco las piernas.

Al llegar al siguiente piso, le pido a Daf que vaya sin mí a los asientos. Esta saluda a Guillermo y se marcha, dejándome a solas con él. Se oye el barullo de la concurrencia por todo el edificio.

—Veo que vienes de cisne blanco —comenta, mirándome bien el vestido—. ¿O es de angelito, porque sabías que venía?

Suelto una carcajada.

—Me encanta esta obra.

—A mi hermano también —nada más decirlo, carraspea—. Le encantaba.

Asiento, fingiendo no darle importancia al hecho de que se acaba de abrir conmigo sobre su pasado. Siento que tengo tantas cosas que decirle… y a la vez no me sale ninguna. Sus ojos siguen clavados en mí; me siento anclada al suelo cuando me mira.

—He hablado antes con Adriana —menciona—. Así que es tu cumple.

—Aún no —respondo, sonrojada—. El 17 de octubre.

—Pues habrá que celebrarlo a lo grande, ¿no?

—No pensaba hacerlo. Es una edad sin importancia alguna, los diecisiete no significan…

—Pueden significarlo todo, si tú quieres.

Nos mantenemos la mirada. Después, Guillermo da un paso hacia mí. «Por favor, que no haga de las suyas ahora», pienso. «No con mi padre tan cerca…». Pero él se asoma a mi oído de nuevo,

susurrando.

—Hay miles de galerías que podemos explorar —dice y retengo un suspiro—. Conozco una…

—Tengo una cita mañana. —No sé de dónde nacen esas palabras ni tampoco la fuerza con la que las pronuncio, pero me siento en la obligación de hacerlo, y mejor decirlo antes de que continúe hablando. Guillermo se distancia un poco de mí, confuso ante la confesión. Ahora no sé qué decir—: Con Jaime.

Genial, la guinda del pastel. Que alguien me tape la boca, por favor. Puedo ver cómo oculta su decepción bajo una sonrisa educada.

—Me alegro, Gala. Eh… —carraspea—. Hacéis muy buena pareja. Seréis muy felices juntos.

—Guillermo…

Salvado por la campana. El teatro avisa de que la obra va a comenzar. Guillermo agarra mi mano y besa suavemente el dorso, como el día que tomamos zumos de naranja y comimos queso; una corriente de pura electricidad recorre mi brazo hasta llegar a mi corazón.

—Disfruta de la obra, angelito.

Seguidamente, desaparece como la bruma de un bosque cuando llega el calor. Me quedo sola en el rellano, desolada, y entonces aparece Tristán para acompañarme a nuestro palco. Menos mal, apenas puedo sostenerme en pie tras esta interacción.

Tris me sienta entre él y Dafne, en la primera fila de butacas, con nuestros padres aún charlando por detrás. Busco a Guillermo, pero no logro encontrarle. Sin embargo, al otro lado del teatro, pero en la misma fila, doy con Adriana. El chico que tiene a su lado parece de nuestra edad, por lo que suprimo la idea de que sea un *sugar daddy*. Ella me saluda y señala con el dedo a un par de palcos a mi izquierda. Busco con la mirada y ahí está: en primera fila, junto a una chica con el pelo tan negro como él y una pareja mayor bastante elegante. Será su familia, o lo que queda de ella.

Comienza la función. El primer movimiento de Chaikovski ya me eriza la piel; sin embargo, no consigo estar tan metida en la obra como otras veces. No dejo de mirar a su palco, con la esperanza de

que él me mire a mí. ¿Por qué demonios lo hago? ¿De qué me sirve?

Mañana a estas horas estaré paseando con Jaime por la ciudad, riéndonos, tonteando y quizá hasta compartiendo un helado por Serrano. Ojalá tuviese tantas ganas de eso como antes.

No me atrevo a ir a hablar con él durante ninguno de los descansos. Ya bastante he hecho el ridículo confesándole mi cita de esa manera, y encima ahora siento que también le he perdido como amigo… ¿A quién quiero engañar? Guillermo y yo no podemos ser amigos.

Dafne me pregunta a mitad de la obra si estoy bien; ha debido de notar cómo no paro de mirar hacia la izquierda, en vez de hacia el escenario.

—Todo genial —miento.

—Voy un momento al lavabo —nos susurra mi padre durante el último acto. Ha estado bastante inquieto durante toda la función, ha debido de ir ya como seis veces; y eso me preocupa, por lo que mencionó Claudia en el museo. ¿Y si la muy arpía tenía razón? ¿Qué debería hacer?

En una de las veces en las que volteo la cabeza hacia Guillermo, le encuentro finalmente mirándome de vuelta. No me sonríe ni expresa ninguna emoción con el rostro, solo me observa como si fuese yo la obra con la que se quiere deleitar. Nos aguantamos la mirada por unos segundos hasta que, de la nada, se levanta de su asiento y parece marcharse del palco.

Le sigo instintivamente y me marcho corriendo al pasillo de la planta; sin embargo, en cuanto llego y miro hacia su salida, no encuentro a nadie. Estoy sola en mitad del corredor y me siento ridícula. No quiero volver tan pronto al palco y que Dafne me haga más preguntas que no quiero responder, así que aprovecho para ir al baño. Con un poco de suerte, me encontraré con mi padre y comprobaré que todo está bien. O al menos, albergo esa esperanza hasta unos segundos después.

Sigo escuchando a la orquesta de fondo conforme llego a los aseos, y es ahí, justo antes de llegar, cuando me cruzo con ella en el pasillo, con Claudia. Lleva su dichoso nuevo móvil en la mano y me sonríe con complacencia mientras a mí se me corta la respiración.

¿Por qué sonríe ahora? ¿Qué demonios está pasando?

Alcanzo los baños y escucho unas risas que salen del aseo de caballeros. La curiosidad mató al gato, o eso dicen. Y, ahora mismo, felina de mí, no resisto la tentación de comprobar que mi padre está bien y que solo está tardando porque se ha encontrado con algún socio ahí dentro… La puerta del servicio de caballeros sigue entreabierta, lo suficiente para no ser vista, pero sí observar lo que sucede dentro.

Y lo que sucede… me deja sin palabras.

Conforme el movimiento número 10 del segundo acto de Chaikovski llega a su fin, encuentro efectivamente a mi padre con su socio. Charlan frente a los espejos del lavabo, mientras mi padre enrolla un billete de cien euros entre sus dedos y con él esnifa la línea de polvo blanco que hay sobre la pila.

Y entonces, la sonrisa de Claudia regresa a mi cabeza.

Jaque mate.



33

Guillermo del Prado

El público sale eufórico del teatro y no es para menos, el Ballet Nacional de Ucrania ha hecho un trabajo exquisito esta noche, especialmente al final del segundo acto. A mi hermano se le hubiesen saltado las lágrimas, lo sé por la forma en la que Aria me apretaba la mano mientras veíamos la función.

Acompañamos a nuestros padres hasta el Bentley, que Iván ha estacionado en la misma plaza por la que salimos. Llegarán al palacio en una hora, si no hay tráfico. Mi madre me abraza con fuerza en su despedida; debe de haberle afectado ver el *ballet* sin él.

—Lo estás haciendo muy bien, hijo —susurra mi padre mientras se despide con un buen apretón de manos—. Sigue así.

Caray. Ver el *ballet* favorito de Roberto ha debido de tocarle a ambos la fibra sensible. ¿Por qué yo no logro llorar desde que murió? ¿Qué puto problema tengo?

En cuanto Iván les abre la puerta del coche, escuchamos un «¡Ahí están!» al fondo de la plaza. Los cinco nos giramos y encontramos a un grupo de hombres con cámaras y micrófonos que nos obligan a entrar en el coche.

Buitres. Vampiros. Sanguijuelas.

—No puedo lidiar con esto ahora mismo —suspira mi madre,

realmente afligida.

—Arranca rápido, Iván —ordena mi padre, consciente de que, si los periodistas nos alcanzan, comenzarán con sus preguntas insensibles, y este es el peor momento.

—Lo siento —comento angustiado, ya dentro del coche—. Esto ha sido por…

—¡No ha sido por tu culpa, Guillermo! —estalla mi padre—. ¡Deja de culparte, joder, hijo!

Toda la familia permanece en silencio. ¿Por qué le dan esos vahídos en cuanto sale el tema de Roberto? Lo que realmente me extraña es que traten de no hacerme sentir culpable con su muerte. ¡Yo estaba ahí, joder! Lo presencié todo y no pude hacer nada…

Seguimos en silencio hasta que Iván nos deja a Aria y a mí frente al portal de casa. Al menos, este encontronazo de último minuto me ha obligado a dejar de pensar en lo ocurrido en el teatro… La noticia de su cita con Jaime me ha mantenido en vilo durante toda la obra. ¿De qué me extraño? Es lo que debía pasar. Las chicas como Gala acaban con los chicos como Jaime: correctos, transparentes, cercanos. Yo solo soy una historieta en el camino, un cliché de chico atormentado que no deja atrás el pasado. Soy consciente de ello; pero, aun así, duele.

En un momento del último acto, he encontrado a Gala a un par de palcos a mi derecha. Me ha pillado observándola, así que ahora encima pensará que me he obsesionado con ella… Sin embargo, me ha mantenido la mirada durante un buen rato, el suficiente para verme obligado a trasladarme a los asientos de atrás de mi palco. Parece una ironía que sus ojos, azules como un campo de hielo, me hayan derretido.

A la salida, he tratado de buscar al grupo entero para despedirme, pero no he dado con ninguno. Y en cierto modo, lo he agradecido.

—¿Quieres ver alguna peli? —me sugiere Aria, subiendo ya a casa —. ¿*La voce della luna*, quizá?

Cuando mi hermana me ofrece ver algo de Fellini, sé que lo hace para animarme. Debe de creer que la aparición de la prensa ha debido de afectarme lo más mínimo, cuando, en realidad, ya he llegado a acostumbrarme a la carencia de empatía por parte de ese

gremio. Voy a contestar, cuando recibo un mensaje de Tristán:

Estoy con Felipe en los jardines de Lepanto. ¿Te unes?

Me lo pienso un momento, imaginando que las chicas podrían también andar por allí, pero luego analizo el mensaje y da a entender que solo estarán ellos. Ahora mismo no me veo con fuerzas de volver a verla. No puedo.

Doy un largo paseo desde el Paseo del Prado hasta los jardines que hay tras la Ópera. Allí, los chicos están sentados en una plazoleta, frente a una fuente de piedra. Los oigo reírse a metros de distancia y, conforme me acerco y el olor me llega, comprendo a qué se debe.

—Menudo par de porreros —me río.

—¡Marqués de Fonellosa! —me gritan a la vez.

Les siseo fuertemente mientras me siento a su lado. Si queda algún periodista por aquí cerca y me encuentra junto a dos amigos que ahora mismo apestan a maría, voy a ser portada del *Hola.*

Hombres G suena desde uno de sus móviles. Qué retro. Felipe escondía el canuto tras él, en su lado del banco. Se ha apagado, así que lo vuelve a encender y me ofrece una calada.

—No, gracias.

—Venga, *bro* —insiste—. Ahora eres uno de los nuestros.

Suspiro, agotado del día, y termino accediendo.

«Ahora eres uno de los nuestros». Algo parecido me dijo Alejandro Gil, en aquel momento presidente del CDC, cuando me proclamó nuevo miembro de su grupo. Y, desde entonces, no me han dejado ir. Siento un escalofrío.

El aire otoñal de los jardines es refrescante pero no frío, por lo que, en cuanto suelto el humo de la calada por la boca, no se puede confundir con vaho. Los chicos me aplauden.

No es mi primer porro, ni mucho menos. En el internado de California, Roberto y yo nos juntábamos en los descansos con los chicos de último curso. Ellos siempre tenían hierba de sobra y nos dejaban fumar un poco. Tendría unos trece años y, efectivamente, me creía el puto amo soltando humo por la boca mientras sonaba

Nirvana desde la radio de sus coches.

Es así como estoy viendo a Tristán y Felipe ahora mismo: como dos críos que se creen intocables por consumir algo tan básico que, aun siendo ilegal, es tremendamente accesible. Lo que me sorprende es que algún listillo no los haya estafado con tomillo.

—Ya habías fumado antes, ¿verdad? —cuestiona Felipe.

—¿No te he contado cómo le conocí? —le suelta Tris—. Le pillé fumando de extranjis en la terraza de su propia hermana. Fumando tabaco, claro. Pero, aun así, le metí un susto de muerte.

Me río ante el recuerdo de aquel momento. Es como si hubiesen pasado siglos desde entonces. No he fumado nada desde aquel día. De hecho, ni siquiera puedo llamarme «fumador»; solo lo hago en ocasiones contadas, cuando tengo mucho estrés o cuando me ofrecen en fiestas. Además, podría decirse que es la única «droga» que consumo, y eso que lo he tenido más que fácil para tomar cualquier otra…

—Me pidió que no dijera nada —sigue contando Tristán—, y yo le dije que ya le delataría la peste a tabaco. ¡Y va y me suelta…!

—«Nada que unas gotas de Tom Ford no puedan disimular» —interpretamos a la vez.

—He librado ya mis batallas —confirmo, haciéndolos reír a carcajadas.

Lo había olvidado, van fumadísimos. Tris golpea mi brazo en broma, y yo me aguanto el dolor que me provoca en el moretón del costado que sigo teniendo debajo.

—Somos los únicos con contactos en el Knight's Hill —presume Felipe, retirándome el porro y dándole otra calada—. Los del equipo de *rugby* siempre quieren que les pasemos, y solo lo hacemos a cambio de favores.

—¿Qué les pedís, una mamada?

Tris se descojona y Felipe parece hacerlo después, tras unos segundos esbozando una expresión que no logro categorizar. Algo así como enfado o molestia. ¿Le ha sentado mal el comentario?

—Sabes que Gala mañana queda con Jaime, ¿verdad? —Las palabras de Tristán son como un chorro de agua fría. ¿A qué viene eso?

—Bien por ella, supongo.

—Conmigo no, chaval —se ríe de nuevo, acomodándose en el medio del banco—. Os estáis follando todo el día con los ojos en clase de Historia. Deja de fingir, hostia, que lo hemos visto todos. ¿Por qué crees que Jaimito le pidió la cita en el Thyssen? El cabrón escuchó a alguien decir que seguro que os liabais en esa excursión.

—No pasó nada —insisto—. Somos amigos.

—Sí, Claudia y yo también lo éramos, y ahora sigo buscando al que se la tiró a mis espaldas —se regocija, señalando luego a su colega con la cabeza—. Y este también es «amigo» de la mitad de las tías del curso…

Me giro hacia Felipe y él agacha la cabeza, sonriendo con timidez. Algo me dice que la información de Tristán no está muy bien contrastada.

—Yo solo te aviso como colega, tío. Eso sí, Gala es como una hermana para nosotros —concluye Tristán, apoyando su dedo sobre mi pecho—, y como le hagas el más mínimo daño, iremos a por ti, capullito de sangre azul.

—¿Acabas de llamarme «capullito de sangre azul»?

—Hostia, tío, ¡qué buena! —se ríe Felipe—. «Capullito de sangre azul». ¡Suena de locos! Repítelo varias veces. Capullito de sangre azul, capullito de…

Y así, tras una leve amenaza de «hermano mayor», me encuentro con los dos fumados alucinando mientras repiten unas cuantas palabras al unísono. Cada vez me caen mejor.

—Tíos, lo he pillado —infiero, antes de que sigan—. Que no sea un capullo.

—No —me corrige Tris—. Un «capullito de sangre azul».

Los dos vuelven a partirse de risa y, esta vez, me uno. Tristán se levanta de repente del banco.

—Voy a mear entre arbustos. No miréis, maricas.

—¡Ya te gustaría, *bro*! —contesta Felipe con nerviosismo.

Él y yo nos quedamos a solas y Felipe comienza a liar otro porro. El estribillo de «Voy a pasármelo bien» suena desde su móvil.

—¿Qué tal todo? —le pregunto.

—Bien, tío —responde—. Con un poco de presión por el

campeonato de tenis, pero poco más.

—Siento si te he ofendido antes con lo de las mamadas —comento —. Era solo una coña.

—¿Por qué iba a ofenderme? —contesta, bastante más a la defensiva de lo que me esperaba. Me encojo de hombros.

—Ah, no sé.

Nos quedamos en un silencio absurdamente incómodo. Luego, Felipe coge su teléfono y comienza a escribir.

—Pff, tengo que responder a esta tía de cuarto con la que me lie el finde pasado —comienza a fardar—. Quizá nos veamos mañana.

—Vale.

Felipe es definitivamente gay; ni siquiera bisexual, gay. Actúa exactamente igual que mi hermano antes de que saliese del armario conmigo. ¿Qué problema hay con que te gusten los tíos?

Comprendo que quizá sus padres sean de la vieja escuela o que en un colegio como el Knight's Hill no sea buenísima idea salirse de lo establecido, pero me provoca impotencia escucharle hablar así de las chicas, como si lo opuesto de ser homosexual fuese ser un gilipollas.

—Hagas lo que hagas —le digo—, estará bien. No le debes ninguna explicación a nadie.

Por la cara que pone, creo que me ha entendido. Le veo tragar saliva discretamente, y seguidamente sella el papel del nuevo canuto con la lengua. Tristán regresa.

—¿Qué me he perdido, cabrones?

—Felipe me contaba cómo lleva el campeonato —contesto, guiñándole el ojo a este, que me sonríe de vuelta y me ofrece la primera calada.



Ya de vuelta, a las tantas de la noche, camino tranquilamente por el centro. Madrid parece llena de vida a estas horas; ya me han parado seis Relaciones Públicas ofreciéndome un 2x1 en chupitos y una «cachimbita» en su local, y he tenido que explicarle a un par de ellos que sigo siendo menor para que me dejen en paz.

En cuanto piso la Plaza Mayor, sin embargo, todo cambia: la tranquilidad se desvanece y la sustituye un estado de alerta inminente en cuanto mis ojos se topan con los del chaval que está apoyado sobre la estatua del centro. Va con tres amigos, que también se giran para verme.

¿De qué me suena? ¿Y por qué me mira con odio en cuanto parece reconocerme?

—No me jodas —le oigo murmurar—. Es uno de los niñatos de aquella noche.

Mierda. Ya me acuerdo. Fue durante la última reunión del CDC. Nos topamos con ese chico y sus amigos… y la noche no acabó nada bien para ellos.

—¡Tú, cabrón! —me grita, caminando hacia mí—. Ven aquí, que te vas a cagar.

Evidentemente, salgo a toda pastilla de allí. Todo su grupo de colegas me persigue y comienzo a zigzaguear entre las calles del centro, tratando de despistarlos y que me pierdan el rastro. No paran de gritar mientras me persiguen, por lo que me es fácil saber en qué momento he logrado darles esquinazo. Joder, si no acaban conmigo los del CDC, lo harán sus víctimas.

Vuelvo a pensar en Bruno Luque. ¿Seguirá vivo? ¿Fue solo una alerta por querer salir del club? ¿Quién le hizo eso?

El resto de mi camino de regreso es tenso. No sé si volveré a toparme con alguno de ellos o si acabaré sufriendo, por ende, las consecuencias de lo que hicimos aquella noche. Por eso, en cuanto llego sano y salvo al portal, me ofrezco a mí mismo un *whisky* del minibar de mi hermana, a modo de recompensa.

Es fuerte, pero, ahora que me siento vivo, sabe como el néctar de los dioses. Adoro cuando eso pasa. El corazón me sigue yendo a mil. Me termino la copa y limpio todo para no dejar rastro. Luego, como mi hermana sigue dormida, aprovecho para darme una ducha nocturna.

El agua caliente cae sobre mi cuerpo mientras pienso en la carrera que me he pegado, en las mentiras de Felipe y en los periodistas correteando hacia el coche de mis padres.

Ha sido una noche de lo más intensa.

Sin embargo, todo se marchita en cuanto el recuerdo de Gala reaparece: ella recorriendo el vestíbulo del teatro con ese vestido blanco, su mirada encontrándose con la mía, mi pulso acelerándose conforme subía las escaleras a mi encuentro, sus labios pronunciando unas palabras malditas…

«Mañana tengo una cita. Con Jaime».

La promesa de una historia de amor de la que yo no formo parte. Un anuncio en forma de despedida. Y, aun así, lo ignoro. Porque odio lo que salió de sus labios, pero no puedo odiar el aroma de su perfume, el brillo de sus ojos ni la curvatura de su cuello. No puedo odiar al ángel que me sacó del infierno, a la chica que me propuso una amistad, una alianza, que me ayudase a olvidar.

Mi mano enjabonada camina resbaladiza sobre mis músculos. A pesar de estar limpiándome, me siento sucio. Mi propio tacto se siente corrompido por el pensamiento de ella, aquí conmigo. Sus ojos clavados en mí conforme sus dedos recorren mi alma desnuda.

Suspiro. El cristal de la ducha está empañado. Ya debe de ser casi medianoche, así que me dejo llevar por mis pensamientos impuros una última vez, antes de que llegue el nuevo día.

Porque, a partir de ahora, deberé olvidar todo lo que ya siento por ella.

Y no tengo ni puta idea de cómo voy a hacerlo.



34

Gala Ruiz-Johnson

Cocaína. Anoche mi padre estaba esnifando cocaína en el lavabo mientras el resto se deleitaba con *El lago de los cisnes*… La obra de mi infancia, quebrantada ante este nuevo recuerdo que, sin duda, jamás escapará de mi conciencia.

El regreso a casa, aunque fingí toda la normalidad que pude, fue de lo más tenso. Además, él también lleva tiempo raro conmigo, así que el ambiente ya estaba cargado. En cualquier caso, decidí callármelo todo por el momento y encontrar una ocasión más apropiada para intervenir que no fuera justo antes de un viaje de trabajo importante. Quería que este finde se marchara concentrado por la mañana… aunque seguramente no lo necesite, con lo que parece meterse.

El sábado por la tarde sigo dándole vuelta al tema cuando Dafne y Jimena se presentan en mi casa. Daf ha traído una botella de Boisson Dorée del 2002, sacada directamente del viñedo de su padre, adonde nos propone ir mañana para celebrar la cita de hoy. Las tres nos instalamos en mi habitación y, mientras Jimena nos echa el vino en copas de cristal, Dafne me elige el conjunto para esta tarde en el vestidor.

No me apetece nada. No es que no quiera ver a Jaime; de hecho,

estoy un poco nerviosa por cómo va a ir la cita. Es decir, llevo muchos años creándome expectativas con él, pero si ya creía que tenía la cabeza hecha un lío antes, el encontrarme a mi padre consumiendo drogas con su socio, sumado a la posibilidad de que Claudia lo grabara… Es demasiado.

—*Princess!* —Jimena chasquea los dedos frente a mi cara. Las chicas se ríen en cuanto regreso a la conversación—. ¿Pero qué te pasa? Estás ida.

—Tengo mucho en qué pensar —confieso—. Deberes…

—Sí, «deberes» —insinúa Dafne—. Sé lo que te preocupa.

Abro bien los ojos, mirando a mi amiga. ¿Lo sabe? ¿Su padre también está metido en todo esto? Las empresas de ambos pertenecen al mismo imperio y trabajan básicamente codo con codo. No, no puede ser. Dafne me está sonriendo, no puede ser eso.

—Y yo he venido preparada —continúa, saliendo del vestidor.

Seguidamente, agarra su bolso de Chanel y saca una ristra de preservativos morados de él. Jimena se lleva las manos a la boca, al borde de la risa, mientras yo permanezco observando en silencio.

—Ten. La primera vez siempre es importante.

Bueno es saberlo. Aunque ese tren, para mí, ya pasó.

—Pues yo he oído que las primeras veces siempre son un desastre —contradice Jimena, tirada sobre mi cama—. Por eso no me espero nada mágico.

—Yo tampoco —secundo, metiendo los condones de nuevo en el bolso de mi amiga—. Y da la casualidad de que hoy no va a ser.

Opto por guardarme la información de lo que pasó este verano entre Julen y yo. Si mis amigas se enterasen ahora, después de tantos meses callándomelo, seguro que se enfadarían.

—Eso no lo sabes —se ríe Daf—. No es que os acabéis de conocer. Todos somos amigos desde los tres años, tía. Acostarte con Jaime va a ser como cerrar un acuerdo, uno que lleváis negociando mucho mucho tiempo.

—Eres tonta —sonrío.

—¿Cómo creéis que lo hará Jaime? —cuestiona Jimena.

Dafne se sienta a su lado y yo me siento en mi tocador *vintage*.

—Mmm, parece gentil —dilucida mi amiga—. Seguro que te

pregunta constantemente si estás cómoda, y se encarga de ti antes de acabar él. —Caray, qué específica.

—Buah, ¡le pega mazo! —contesta Jimena entre risas.

—Chicas, no me apetece hablar de cómo lo hará Jaime, la verdad —exhalo, girándome a retocarme el pelo para la cita.

Surge un pequeño silencio hasta que habla Dafne.

—Aunque, claro, el que tiene pinta de hacerlo genial es Guillermo. Seguro que él no es virgen.

La miro a través del espejo del tocador. Dafne me observa como lo hace cada vez que está desafiando a alguien. ¿A qué juega? ¿Es porque me vio ayer hablar con él en el *ballet*?

—Tampoco me interesa —replico.

—Pues te juro que, por un momento —confiesa Jimena—, pensé que la acabarías perdiendo con él. Todo el curso cree que hay algo entre vosotros; así, como un tonteo…

Se me encoge el pecho por un momento. ¿Eso es lo que dice ahora la gente? ¿Que estoy tonteando con el futuro marqués de Fonellosa? ¿Por eso me habrá pedido Jaime la cita?

—Es solo un amigo —respondo.

—Ah… —suspira Jimena, acomodándose en la cama—. A mí no me importaría perderla con un amigo. Que haya más confianza, ¿sabes?

Sé que está pensando en Tristán. Y eso me hace pensar en Claudia.

Dios, me duele la cabeza. Son demasiadas cosas: Julen, Jaime, Claudia, mi padre… No me apetece estar ahora pendiente de un estúpido rumor más. Me encantaría al menos contarles a mis amigas lo que vi en el teatro y que ellas me digan cómo debo confrontar a mi padre, pero no me veo con fuerzas.

Mientras Daf nos explica cómo su gestión como delegada del curso está siendo un desastre ya que nadie trabaja bien —aunque se salta la parte en la que hizo llorar a Teresa hace unos días—, recibo un mensaje de Guillermo:

Disfruta de la cita de hoy, te la mereces.

Siento una punzada en el corazón al leerlo. ¿Lo habrá hecho para

liberarme de él o para hacerme sentir aún peor? Ya no logro fiarme de ningún hombre desde Julen.

—¿Quién es? —pregunta Dafne, al verme tan atenta a la pantalla.

—Mi padre —miento—. Ya ha llegado a París.

—Claro… —Me sorprende cómo Daf y Adriana no son amigas; las dos son igual de avispadas.

—Oye, ¿no tenía que venir a las siete? —cuestiona Jimena, mirando el reloj de su móvil.

Tiene razón; ya ha pasado media hora desde que se supone que llegaba. Comienzo a preocuparme porque nunca me había imaginado a Jaime como alguien impuntual.

—Menuda *red flag* —se queja Dafne, peinándose ahora ella en mi tocador.

—Tendrá una buena excusa —le defiendo, algo nerviosa.

—Más le vale. La última vez que quedé con Mario y llegó tarde, le dije que no pensaba volver a perder más tiempo con él y me marché.

—¿Y qué pasó?

—Se presentó en mi casa al día siguiente con un ramo de rosas y me pidió que le acompañara a la *boutique* de Rolex. Elegí uno con el dial verde perfecto para él y, desde entonces, no ha vuelto a llegar tarde.

—Pero luego no sois nada —le vacila Jimena—. Espera, ¿esto pasó antes o después del verano en Irlanda? Porque recuerdo que le contaste a Sadie…

Dafne le lanza uno de mis cojines para que se calle. Llevaban ya tiempo sin sacar el tema de Irlanda y de su compañera de habitación. Mientras nos reímos, suena finalmente el timbre.

—¡Por fin! —gritan mis amigas al unísono.

Yo me asomo al telefonillo y Fernando me informa de que «un caballero pregunta por mí a la entrada». Le pido a las chicas que me deseen suerte y ellas me lanzan los condones de Dafne como confeti, a modo de broma.

Tardo menos de un minuto en alcanzar el vestíbulo del edificio, y me da rabia no haber sido más lenta, teniendo en cuenta su impuntualidad. ¿Qué clase de hombre hace esperar a su posible

futura mujer? Sé que me estoy adelantando unos cuantos capítulos, ¿pero así quiere empezar?

Pues la cosa empeora: el chico que me espera en el portal ni siquiera es Jaime.

—¡Julen! —exclamo en voz baja al salir—. ¿Qué demonios haces aquí?

Él me mira, preocupado. Tiene la barba un poco más espesa de lo normal, y el pelo algo desaliñado, pero le sigue quedando bien.

—Estaba preocupado por ti —me responde—. Ya no me respondes los mensajes.

—Te pedí un poco de distancia por lo de Claudia —le repito—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Me está chantajeando! No puedo arriesgarme a que nos vuelvan a ver juntos, ni ella ni nadie. Puedo acabar muy mal…

—Vale, ¿y qué hay de mí? —contesta, señalando el interior del portal—. Déjame pasar.

—¿Estás loco? —La furia me recorre todo el cuerpo en cuestión de segundos. Estoy a punto de gritarle, pero mis ojos dan con Jaime al final de la calle. Está a pocos metros—. Mira, te juro que contestaré más a tus mensajes, pero, por favor, márchate ahora mismo.

—¿Nos vemos pronto?

—Dame unas semanas y te prometo que te digo algo.

—Lo harás —me asegura—. Porque, si no, volveré.

No añado nada más y él se aleja del portal mientras yo permanezco allí, sonriente, fingiendo que no quiero llorar. En este tiempo, Jaime llega hasta mí; lleva una bandolera *vintage* que cruza su pecho.

—¿Quién era? —me pregunta, viendo alejarse a Julen.

—¿Qué ha pasado? —le respondo.

—¿Cómo?

—Que llegas tarde.

—Mmm… Te dije sobre las siete.

—Me dijiste a las siete.

—Vaaale, pues ya estoy aquí —se ríe.

Le miro esos hoyuelos de escándalo que le salen y trato de pensar en frío: «Nuestros hijos serán guapísimos, nuestros hijos serán

perfectos…».

—¿Nos vamos? —Jaime dobla su brazo y yo me agarro a él tímidamente, dando así por comenzada la cita.

En el camino, comienza a ofrecerme pistas sobre dónde tiene pensado llevarme, y de todos los clubs y restaurantes que tenía en mi mente, el 100 Montaditos se salía por completo de mi listado. Jaime pide una mesa en la terraza, ya que hace muy buena tarde, pero le explican que el local está lleno y que tendríamos que sentarnos dentro.

Esto con un reservado no pasa.

Dejo mi bolso de Céline sobre un taburete y le pido al camarero una cola *light*. Jaime se coge una cerveza y un par de montaditos de jamón serrano. Yo no tengo hambre, pero accedo a uno de queso y tomate.

—¿Te he contado ya —me pregunta, de repente— la historia de cuando mi tío Imanol se cayó de un caballo este invierno?

—No, cuenta.

La cita, por suerte, mejora ligeramente. Pasan los minutos y luego las horas; y, entre el barullo de universitarios borrachos y la megafonía gritando nombres sin ton ni son, Jaime me relata anécdotas graciosas de su familia que consiguen hacerme desconectar. Y también me pregunta sobre mí, sobre mis viajes a Milán o del trabajo de mi padre.

—Debe de ser muy duro —comenta, rozando nuestras manos—. Llevar un negocio en el sector del lujo y cuidar solo de una hija.

—Bueno, creo que se ha podido permitir algo de ayuda —bromeo.

—Seguro que sí… —añade, agachando la cabeza—. Y… ¿fue él quien contrató a Guillermo del Prado para su desfile?

Se me tensa el cuerpo al oír ese nombre salir de sus labios. Además, ¿es envidia lo que noto en el tono de su voz?

—Fue algo de último momento, como dijo Felipe en la excursión.

—Ya, cosas que pasan —responde, aunque no logro entender si lo dice con sarcasmo—. ¿Es tu padre el que suele contratar a los modelos o tenéis a una persona que se encargue de eso?

La pregunta me deja un poco confusa.

—La última palabra la suele dar el diseñador. Mi padre es el

director ejecutivo.

—Ah, vaya —suena decepcionado—. De todos modos, mmm… Esto me da un poco de corte, pero…

Jaime agarra de pronto su bandolera y saca de ella una carpeta blanca. Me la ofrece y, en cuanto la abro, me quedo sin habla al observar sus fotos.

—¿Crees que podrías pasárselo a los de Blaisè para su próximo desfile?

Algo bajo mi pecho se hace añicos, lo puedo sentir. Comienzo a darme cuenta de que todas las preguntas que me ha hecho esta noche no eran siquiera sobre mí: eran sobre la marca. La esperanza de un futuro prometedor al lado de Jaime Gleason se desvanece en cuanto comprendo el verdadero motivo de esta cita.

—Jaime… —reacciono—, ¿has quedado conmigo para que te consiga trabajo?

Su respuesta es una risa nerviosa.

Dios, qué equivocada estaba; él nunca se ha interesado en mí, jamás. Felipe me dijo que le había visto a finales de verano y que preguntó por mí, mostrando especial interés. Fue durante esas fechas cuando mi padre anunció a la prensa el lanzamiento de la primera línea masculina de Blaisè. No he atado cabos hasta ahora, ¡qué idiota! Antes era más lista. Ahora comprendo que lo único por lo que Jaime ha estado celoso de Guillermo ha sido por su efímera carrera como «chico Blaisè», no por su cercanía conmigo.

—A ver, tú me gustas, Gala —termina justificando—. Eres muy buena amiga.

Esta puñalada duele incluso más. Ojalá pudiera escapar de aquí ahora mismo, huir a mi galería de arte favorita y que Krys, la encargada, la cerrase para mí.

—O sea que sí —constato, medio riendo—. Me siento estúpida.

—Venga, Gala —murmura—, ni siquiera esperaba que me vieses a tu altura.

—¿De qué hablas?

Jaime suspira ante mis ojos.

—De que eres la princesita del curso, y eso ya es mucho decir en el Knight’s Hill… Todos sabemos eso de que quieres ser una mujer

florero y dedicarte a la caridad con el dinero de tu marido. —Dicho con esas palabras lo hace sonar como algo sucio—. Si te gusto es porque crees que yo podría ser ese hombre que buscas. ¿Acaso no estás esperando tú también algo de mí?

—Yo he quedado contigo para conocerte mejor y ver si valía la pena invertir el tiempo en nosotros. Y que busque a alguien capaz de mantener a una familia no significa que sea lo único que me interese de él.

—Lo que tú digas, Gala. Pero suena a cazafortunas.

Un segundo. Eso es lo que tarda Jaime Gleason en caerse por completo de mi altar. De pronto, ni sus ojos son tan verdes, ni sus hoyuelos tan adorables, ni su *château* en Francia tan impresionante. Respiro profundamente, reteniendo a duras penas las lágrimas de impotencia.

—Jaime, querido —contesto sonriente, ladeando la cabeza como lo haría Dafne—, con todo el respeto… ¿Me puedes decir qué fortuna tienes tú?

Jaime se ríe con nerviosismo.

—Sabes perfectamente que mis padres tienen una empresa de…

—¡Enhorabuena! —le interrumpo—. Naciste en la cuna que tocaba. Pero hablo de tu fortuna, no de la de tus padres. ¿Has pensado ya qué quieres hacer con tu vida? Dónde quieres vivir, a qué te gustaría dedicarte… ¿O piensas estar chupando del bote hasta los cuarenta?

—¿Es coña?

Nunca me había puesto así. Supongo que es la primera vez que alguien roza mi límite de esta manera. Una cosa es tratarme de «princesita», como si fuera una cabeza hueca y superficial —de hecho, la gente nunca se espera que llegue a ser inteligente, y eso hasta lo puedo usar a mi favor—, pero otra es llamarme «cazafortunas» por no querer conformarme con un hombre sin ambiciones.

—Llevas toda la noche hablando de ti y, sin embargo, no has dicho realmente nada. Tus historietas familiares han sido graciosas, entretenidas, pero pensé que serías alguien con más iniciativa… y no he visto nada de eso en toda la tarde. Solo eres un crío sin idea de

nada que me juzga a mí por sí tener claro lo que busco.

—Y pensarás que te voy a invitar a la cena, después de esto —brama, al fin tan ofendido como yo.

La Gala de hace unas horas estaría sumida en la ansiedad, contemplando el semblante furioso del chico por el que ha estado tanto tiempo colada, pero ahora solo siento que acabo de hacer justicia.

—No lo necesito, gracias. De hecho, invito yo a esto a lo que tú llamas «cena». ¿Crees acaso que, porque quiera a un hombre que pueda mantenerme, necesito que lo hagan? Me da que, entonces, no has entendido absolutamente nada.

—Pues no, tía, no hay quien te entienda.

—Sí que lo hay. Solo que no eres tú.

Agarro mi Céline y me marcho de allí a toda prisa, antes de comenzar a llorar en mitad del local. Ya puedo oír las palabras de Dafne («Los hombres no sirven para nada»), y también las de Jimena («Menuda forma de hacerte desperdiciar un buen *outfit*»).

Mi cabeza no hace más que llenarse de nuevos problemas. Primero Julen, luego Claudia, después mi padre y ahora este idiota. Trato de tomar respiraciones profundas antes de que me dé un ataque de ansiedad.

Ahora estoy sola en mitad de la calle y siento un leve mareo que me obliga a sentarme en el primer banco que encuentro. Las lágrimas finalmente aparecen. Adiós a la historia de amor que llevaba tanto tiempo esperando; he puesto demasiados huevos en una cesta que estaba rota.

Jaime es un imbécil, ¿y de qué me extraño? Julen ha acabado siendo igual, a pesar de todo lo que hemos vivido juntos. Quizá estoy maldita.

Guillermo. Aún no he contestado a su mensaje deseándome una buena cita. Tampoco he escrito a Julen, pero al muy impresentable le pueden dar por saco esta noche. Borracha de cólera, me meto en el chat de mi amigo y le respondo rápidamente:

La cita ha ido como el culo, pero gracias.

Guillermo me contesta antes de que pueda bloquear la pantalla.

No sé qué ha pasado, pero menudo gilipollas.

Me río inevitablemente. Lo necesitaba. Tanto como necesito verle ahora mismo. Sigo sin saber sus intenciones al mandarme un mensaje antes de la cita, pero ahora mismo me da igual. No hay nadie, absolutamente nadie, con quien quiera estar ahora más que con él.

Y es por eso que respondo:

¿Quieres venir a mi casa?



35

Guillermo del Prado

El taxi me deja frente al portal de Gala. Me detengo en la entrada unos segundos, asimilando que su cita no ha ido bien y que las posibilidades que creía perdidas con ella ahora han reaparecido. Sin embargo, la alegría me dura más bien poco porque, en cuanto me recibe en su piso, se me rompe el corazón: ojos hinchados, nariz enrojecida… Se lanza directa a mis brazos y me dejo querer, acariciando su melena con paciencia mientras termina de desahogarse sobre mi hombro.

Gala me guía después hasta el salón. Su casa es de techos altos y paredes turquesas, decoradas con todo tipo de cuadros y muebles tradicionales. Huele a flores silvestres. La lámpara de araña está ya encendida cuando se deja caer sobre el sofá de terciopelo. Me quedo a su lado, apoyado sobre el brazo del mueble.

—Gracias por venir —dice, como si me hubiese invitado a un evento benéfico.

—Nada, mujer. Son quinientos euros.

Eso la hace reír, aunque sus carcajadas se mezclan con los jadeos de la llorera.

—Sales barato.

—¿Qué ha pasado?

Ella me hace un hueco a su lado en el sofá, me explica toda la tarde: Jaime llegando tarde, llevándola luego a un bar *low cost* a cenar, pidiéndole trabajo de modelo para la marca de su padre… Lo que viene siendo un cabrón sinvergüenza, vaya.

—Luego me intentó hacer sentir mal por lo que quiero —remata.

—¿A qué te refieres?

Gala se coloca recta en el sofá y me mira directamente.

—Soy una chica de la vieja escuela, Guillermo —explica, jadeante —. También soy feminista, por supuesto, y plenamente consciente de que podría convertirme en una CEO de prestigio si me lo propusiese… Pero mi futuro lo veo distinto al que se espera de las chicas hoy en día.

Me reclino aún más hacia ella, tratando de comprender.

—Yo no quiero ser como Dafne, ¿sabes? Yo no quiero mi imperio, ¡yo quiero a mi príncipe azul! Casarme con un buen hombre, con el que pueda seguir viviendo bien mientras me dedico a ayudar a los demás a través del arte y, quién sabe, tener hijos de los que poder cuidar. ¿Tan horrible es? ¡Quiero un maldito cuento de hadas! ¿Eso me hace peor persona?

Sus ojos se vuelven a llenar de lágrimas. ¿Cómo puede alguien querer herirla por saber lo que quiere en la vida? Apoyo mi mano en su espalda, acariciándola con suavidad.

—No le debes explicaciones a nadie —contesto.

—Yo solo quiero a un hombre que me regale gardenias —declara entre sollozos—, que me escriba cartas a mano y me baje la luna. Vale, igual eso último es mucho pedir, pero…

—Dime cuánto cuesta la luna, yo te la bajo.

—Eso no tiene precio, Guillermo.

—Tú tampoco lo tienes.

Su sonrisa logra iluminar la habitación. Me mira con ternura, como si estuviese a punto de volver a llorar; pero no lo hace, solo agarra mi mano con fuerza y asiente levemente con la cabeza.

—Gracias por venir.

—Eso ya lo has dicho —bromeo.

—Una vez no era suficiente.

Nos quedamos cara a cara, a centímetros de distancia. Sus ojos,

aunque aún algo rojos, siguen siendo como dos diamantes brillantes. A pesar del dolor y la tristeza que emana, su perfume no ha dejado de embriagarme en ningún momento. Es que es perfecta, simplemente perfecta.

Y me muero por besarla. Me muero por rozar sus labios y hacer lo posible por hacerle olvidar lo ocurrido. No la quiero dolida ni tampoco insegura; la quiero fuerte, capaz de comerse el mundo. Si quiere que le bajen la luna, me hago astronauta. Si quiere gardenias, le construyo un invernadero a rebosar de ellas. Y si lo que quiere es un marido con recursos, heredaré ese maldito título de marqués si hace falta. Lo que sea para dejar de verla así.

—Ojalá pudiese contarte todo lo que tengo en la cabeza —me confiesa, susurrando.

—No tienes por qué hacerlo hoy —respondo en el mismo tono—. Estás cansada.

—Tú eres el único del que no me canso.

Sus ojos se posan en mis labios a la vez que un cosquilleo se apodera de mi pecho. Parece borracha de tormento. Sé que ahora mismo podría moverme unos centímetros y besarla tan apasionadamente como lo he hecho ya mil veces en mi cabeza. Pero no lo hago.

Es en ocasiones como esta cuando los chicos como Víctor aprovecharían para corromper a la chica buena. Gala está destrozada, vulnerable. Cree que quiere besarme, que lo necesita, pero lo que busca realmente es una vía de escape. Y si me convierto en eso para ella, todas estas semanas de jugar al gato y al ratón desencadenarían en un mísero contacto desesperado.

Ni siquiera es por las palabras de anoche de Tris («Como le hagas el más mínimo daño, iremos a por ti, capullito de sangre azul»), aunque es evidente que no quiero hacérselo. Es porque besarla ahora mismo, por mucho tiempo que lleve anhelando este momento, sería un completo desacierto.

Por eso, cuando la veo acercarse poco a poco a mis labios, agarro su rostro entre mis manos y planto un beso en su frente.

—Te voy a dejar dormir un poco —indico, tras un suspiro—. Escríbeme mañana para decirme cómo estás, ¿vale?

Aprovecho su confusión para levantarme del sofá y alcanzar la salida de la casa. En cuanto cierro desde fuera, aprieto con fuerza los puños, resistiendo las ganas de volver ahí dentro y cumplir mis deseos.

Pero así no actuaría el hombre que Gala merece.



36

Gala Ruiz-Johnson

El chófer de los De Aguilera nos recoge frente a mi portal en su miniván negro. El plan de Dafne de visitar hoy los viñedos de su padre sigue en marcha. La intención del viaje era celebrar la cita de anoche, pero me lo tomo más como un domingo de desconexión.

Durante el trayecto, me planteo muy seriamente confesar a mis amigos alguno de mis pesares, como si llevase tantos libros en el bolso que necesitase hacerlos cargar con algunos. Podría explicarles lo de Claudia, pero para ello quizá debería contarles lo que hice este verano en Milán con Julen, y no sé si estoy preparada. Y respecto a mencionar la nueva adicción de mi padre, si alguien se fuese mínimamente de la lengua frente a las personas equivocadas, un rumor como este, sumado al de las fábricas de Blaisè, supondría la ruina para la empresa.

Es inútil. No puedo decir nada.

—¿Un poco de Boisson Dorée sin alcohol? —me ofrece Dafne, sacando una botella fría del compartimento del coche.

Rechazo el trago amablemente. Está siendo más dulce de lo habitual; como no les escribí al acabar mi cita con Jaime, quizá ha supuesto cómo fue… A quién quiero engañar: es Dafne. Ya me ha debido de leer los pensamientos antes de subirnos al coche. Estoy

segura de que ha ordenado a todos que no me pregunten por ayer, ya que nadie lo ha hecho.

—De puta madre —se lamenta Tris, bloqueando su móvil—. Otro sospechoso de mi lista con coartada.

—¿De verdad sigues buscando quién se lio con Claudia? —le pregunto, acomodándome el cinturón de seguridad.

—Me sigue reconcomiendo, joder. Sé que es una gilipollez, pero me quita el sueño.

Miro involuntariamente a Jimena, que finge no estar dolida ante la respuesta. Por suerte, se le pasa en cuanto Tris le pasa el brazo por los hombros.

—Pero ya seguiré investigando mañana, hoy solo quiero darme un chapuzón y pillarme un buen pedo.

—Nada de pedos —recalca Dafne, cruzada de piernas.

—Nada de pedos —responden los chicos, haciendo el saludo militar.

Todos nos reímos y, antes de apartar su brazo de Jimena, Tris le planta un beso suave en la frente. Uno muy parecido al que Guillermo me dio anoche. Mi amiga se sonroja, y yo me miro con Felipe de soslayo, ambos plenamente conscientes de la escenita.

Llegamos finalmente a los viñedos de Hernán Laurent, el padre de Daf. De aquí salen todas las reservas de Boisson Dorée de Europa; hablamos de miles de hectáreas de parcela, más de ciento cincuenta empleados en la viña y unas bodegas tan extensas como sus plantaciones.

Me encanta venir aquí, es como adentrarse en una película veraniega. El miniván nos deja frente a la casa de Dafne, un elegante chalé de piedra del que repta la hiedra por las paredes.

Inmaculada, la ama de llaves, nos recibe ilusionada:

—¡Cada vez que os veo, habéis crecido un metro!

Inma es como una segunda madre para Tris y Daf. Tras un caluroso abrazo con ellos, nos lanza unos besos a los demás y luego nos ofrece zumo natural. Esto es vida.

—¿Ha venido Elena? —le pregunta Daf.

—No, cariño. Mi peque está estudiando, que tiene examen el lunes. —La «peque» tiene un año más que nosotros. Veo la

decepción en el rostro de Tris antes de que ella añada—: Marchaos, anda, ¡ahora os llevo algo de comer!

Nos pasamos toda la mañana descansando en la piscina. Tris y Felipe se retan constantemente a carreras de crol, mientras que las chicas nos quedamos tiradas en las tumbonas con la ropa puesta. Jimena se pone al día con la *Vogue* de este mes, Dafne sigue avanzando con su lectura de Robert Kiyosaki y yo me ciño a tomar el sol. Me he olvidado de traerme un libro, y tampoco he leído mucho desde que me terminé el que me regaló Guillermo.

Regreso al recuerdo de anoche. Nunca había sentido tantas ganas de besar a alguien, ni siquiera a Jaime o a Julen. No dejo de pensar en sus palabras: «Dime cuánto cuesta la luna, yo te la bajo». ¿Qué chico dice algo así? Es por eso por lo que me dejó tan fría su despedida. ¿Por qué no quiso besarme? No podía haberme encontrado más dispuesta… Se me encoge el pecho al pensar en lo fea que debía de estar tras haber llorado tanto. Dios, le espanté como una idiota.

—Buenos días —nos saluda Jorge, uno de los empleados del recinto—, ¿habéis pedido más toallas?

Todos le damos las gracias y, antes de marcharse de nuevo, parezco ser la única en notar cómo le echa una mirada a Felipe. ¡Y este se la devuelve! No es la primera vez que presencio una interacción así entre ellos. Jorge será uno o dos años mayor que nosotros. Es del pueblo de al lado y viene a sacarse un dinerillo extra trabajando aquí unas horas al día. Es muy majo y no entiendo cómo él y mi amigo aún no han decidido darse al menos el número.

—¡Va, Felipe!

Noto cómo este se tensa ante la llamada de Tris.

—¿Un par de largos más?

—Estoy cansado, tío.

—¡Y una polla! Tendrás que ponerte más fuerte para el campeonato, digo yo. ¿No querrás que te vuelva a machacar…?

—Como menciones a Álvaro Montenegro una sola vez en esta casa, te ahogaré aquí mismo mientras lo grabo para Claudia.

Se me ponen los pelos de punta al escuchar ese nombre tan cerca del verbo «grabar». Sigo con la incertidumbre de lo que ocurrió en el

ballet. ¿Qué va a pasar ahora?

Felipe le hace una ahogadilla a Tris y luego ambos se ríen.

—¡Será cretino! —Suelto un respingo ante el grito de Dafne. Está mirando el móvil con enfado, dejando su libro en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jimena.

—Morales ha subido las notas del último trabajo. Me ha puesto un 7, el paleto alopécico.

—Daf, dijimos que aquí desconectaríamos —le recuerdo—. Pasa de él.

—Quiere hundir mi futuro. Quiere que acabe como él.

—Tía, si tú tienes un pelazo —la anima Jimena.

—¡Me refiero a fracasada!

—Tú fracasarás en algo cuando los cerdos vuelen, primita —exclama Tristán desde la piscina. Dafne le lanza un beso.

—No hablemos de Morales, ¿vale? —nos pide Jimena, quitándose las gafas de sol—. Mañana volvemos a clase y tengo cero ganas. ¡Charlemos de cualquier otra cosa, porfa!

Surge el silencio y podemos oír a las cigarras canturreando al fondo. Es entonces cuando carraspeo y me lanzo a contar lo que pasó anoche, desde que salí de casa hasta que salí del restaurante; saltándome algunos detalles, claro está.

Al acabar la historia, el silencio regresa unos segundos más. Debe de haberlos pillado a todos por sorpresa. Felipe es el primero que se lanza a hablar:

—Jaime me caía bien. Qué putada que ahora le vaya a partir las piernas.

—Gracias, amor, pero no será necesario —me río—. No pierdas el tiempo con él como lo he hecho yo.

—Unas palabritas sí que se va a llevar —insiste Tristán.

—¿Quieres que le hunda? —se ofrece Dafne—. Solo tengo que hablar con…

—Chicos, ¡chicos! —imploro—. Lo que me pasó ayer fue horrible, muy decepcionante. Pero ¿sabéis qué? Ahora estoy aquí, en mitad de la nada, tomando el sol con mis mejores amigos… y no podría estar más feliz.

Jimena, que está a mi lado, se inclina para sujetarme la mano. Yo

se la aprieto.

—Eres demasiado icónica —reclama Dafne—. Pienso decirles a todos que Jaime es imberbe ahí abajo.

Eso provoca unos minutos de carcajadas en el grupo. Al cabo de un rato, cuando ya hemos vuelto todos a nuestros quehaceres, me llega un nuevo mensaje. Lamentablemente, no es de Guillermo, sino de Julen, que me pregunta cómo estoy hoy.

Respondo «Bien» y luego dejo el móvil en modo avión. Por un momento, me planteo escribir a Claudia y preguntarle qué vio, pero me resisto. Luego me pongo a hablar como si nada de la última película de Sydney Sweeney con Jimena, hasta que Tris sale del agua y empieza a sacudirse como un perro sobre mi amiga.

—¡Te voy a matar, rubito! —le grita ella, levantándose de la tumbona y persiguiéndole por el área de la piscina.

—¡No corráis, os vais a resbalar! —tengo que gritarles.

Jimena acaba dando con él; pero, antes de poder golpearle, este la agarra de la cintura y se la lleva al agua. Mi amiga rompe a gritar antes de verse interrumpida por el cloro a su alrededor. Menos mal que llevaba un bikini bajo el vestido.

—Son como críos —balbucea Dafne. Sigo sin creerme que no vea lo que está pasando entre ellos.

Tris y Jimena se empiezan a lanzar agua agresivamente, provocando que Felipe decida salir de la piscina.

—Demasiada tensión sexual para quedarme ahí —me susurra al oído, sentándose en la tumbona donde estaba mi amiga. Respondo con una risilla.

Al menos no está aquí Elena, la hija de Inma. Ella y Tris llevan tonteando desde pequeños; es todo inocente, pero… sería incómodo verlos hacerlo delante de Jimena.

—Por cierto, Gala —Dafne se inclina hacia mí—, he visto que han vuelto a subir las acciones de Blaisè. Ahora entiendo por qué tu padre estaba tan enérgico en el *ballet*.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Tengo ganas de preguntarle si ella sospecha que su padre consume drogas, pero conozco a mi amiga: si Hernán Laurent no consume, tendré que confesarle por qué se lo pregunto; y, si lo hace, no me lo diría ni a mí ni a nadie.

—Estaba de celebración —me ciño a responder. Tampoco miento.

—Me extraña que te fijases —suelta Tristán entre risas—. No parabas de mirar hacia el palco del marquesito.

Siento cómo se me enrojece la cara y Dafne me mira, arqueando una ceja.

—¿Es eso cierto?

Genial. Suelto un suspiro.

—Tengo que contaros algo. Algo fuerte.

Y, dicho esto, me lanzo a narrarles el resto de anoche: lo que pasó tras dejar a Jaime atrás, la visita de Guillermo, el casi beso que terminó aterrizando sobre mi frente, sus frías palabras de despedida.

—Ni siquiera le he escrito aún —admito—. Fue todo muy raro. No sé qué me pasa, pero no dejo de pensar en él desde hace semanas. Al principio creí que era solo porque es el chico nuevo, la «carne fresca» del Knight's Hill. Pero hemos conectado. Me siento a gusto a su lado, podemos hablar de cualquier cosa y también le encanta el arte y…

—A mí eso me suena a partidazo. —Jimena me guiña el ojo.

—A mí me cae de puta madre —secunda Felipe.

Sin embargo, los primos De Aguilera parecen tener algo más que decir. Me giro hacia ellos, que se mantienen silentes.

—A ver, soltadlo ya.

Comienza Dafne:

—Cielo, te entiendo. Guillermo del Prado es guapo, rico y noble. Pero no olvides que también es un peligro y una causa perdida.

Sabía que saldría por ahí. Yo tampoco dejo de pensar en sus cuatro expulsiones de internados prestigiosos, en los secretos que sigue ocultando y en la casi paliza que le dio a Juanfran en los vestuarios; sin embargo, desde que estoy conociendo su otra faceta, siento que existe un buen motivo por el que se comporte así.

—No es tan malo como lo pintan en el curso, de veras —le defiendo.

—En realidad —añade Tris—, no sé qué decirte. Primero está la que le lio a Juanfran por esa chupa, y luego… El otro día salí con él a correr y tuvimos una interacción un poco rara con un viejo amigo suyo. Era como si quisiese ocultar quién era. —Tris respira,

llevándose el pelo mojado hacia atrás—. Mira, sé que Guille es buen chaval y, si decides comenzar algo con él, os apoyaré… Pero oculta algo, Galita. —Mierda. ¿Y si tiene razón? ¿Y si a lo mejor ya no le considero tan peligroso porque yo ya no me considero tan santa?

Me dejo caer de nuevo sobre el respaldo de la tumbona.

—Ni siquiera comprendo lo que estoy sintiendo.

—Pues yo sí —resuelve Dafne—. Es puro capricho, amiga mía. Un puro, enrevesado y excitante capricho. O, al menos, recemos por que sea eso —sentencia, recuperando su libro del suelo y abriéndolo por donde estaba—. Porque, como sea algo más, estás bien jodida.



37

Guillermo del Prado

Me he pasado todo el fin de semana entre carreras y flexiones, llevando mi cuerpo al máximo de su capacidad para no pensar en aquel beso esquivado. Y, aun así, no se va de mi cabeza.

No estoy preparado para regresar al colegio. Luego de ducharme, antes de ponerme el uniforme, compruebo frente al espejo cómo el moretón de mi costado va aclarándose poco a poco. Sigue doliendo, pero al menos no ha ido a más. Por un momento, temía verme obligado a acudir al hospital y que mi familia lo descubriese todo.

Iván hoy me deja pronto frente al colegio, cuando la luz del sol apenas ilumina los edificios del campus. El Knight's Hill College se llena de barullo conforme los vehículos de alta gama estacionan frente al portón de entrada, liberando a estudiantes con *blazers* azules y corbatas a rayas. El olor a perfume caro y arrogancia envuelve el ambiente. Me sigo sintiendo raro entrando al colegio sin Roberto a mi lado.

Como quedan cinco minutos para la primera clase y no quiero socializar, aprovecho para ir al baño y contestar unos mensajes. Me encierro en uno de los cubículos del fondo y, sobre la taza del inodoro, abro el último mensaje que he recibido del CDC:

> Mañana por la noche te enviaremos la fecha de la próxima

reunión.

Estate atento, marquesito.

Mi corazón se acelera drásticamente. No se cansarán hasta que acabe como mi hermano. La próxima reunión se acerca y sigo sin verme preparado. Aún sufro las consecuencias de la anterior: el moretón en el costado, aquel chico afligido linchándome por la calle… No quiero ni imaginarme qué es lo que se viene ahora…

—¡Te lo juro, tío! —Oigo el sonido de la puerta abriéndose, seguida por la voz de Jaime Gleason desternillándose con alguien más.

Echo un vistazo por el hueco de mi puerta entreabierta: son Mario Rey y Ferran Burgos. No los conozco mucho, solo sé que están en el equipo de *rugby* y que son unos capullos. Ambos se apoyan en la pila del lavabo mientras Jaime continúa con su historia.

—La muy zorra quería ir a más, tuve que pararle yo los pies.

—Hostia, macho —se ríe Ferran—. Ni de coña me hubiese imaginado así a Gala.

Se me corta la respiración por un momento. ¿Por qué están hablando de ella?

—Pues ya ves —sigue Jaime—. Estábamos en mitad del lugar, tíos. ¡Y cómo me sobó el paquete! Os juro que no llego a pararla y me hace una paja ahí mismo.

Hijo de la gran puta. «No puedes matarle, Guillermo», me recuerdo. «Si le tocas la cara a ese niñato cabrón, te expulsarán». Aprieto bien fuerte los puños, al nivel de clavarme las uñas en la palma. No me queda otra si quiero seguir con el expediente limpio.

—Tú, ¿lo dices en serio? —cuestiona Mario—. Dafne me ha hablado mil veces de ella y siempre la pinta como doña perfecta.

—Es una guarra, tíos. Al final he pasado de ella.

—¿Y no te consiguió siquiera lo de modelo? —le pregunta Ferran.

Claro, es eso; había olvidado que quiso aprovecharse de Gala para entrar en Blaisè.

—Qué va, pagaban una mierda. ¿No veis que la empresa está de capa caída con los rumores esos de su padre? Van a acabar debajo

de un puente.

—Joder, *bro*, te pasas.

—Y ahora encima tengo Historia —suspira Jaime, repeinándose frente al espejo—. Me va a tocar verla.

—Nada, tío, pues suda —le recomienda Ferran.

—¡Venga! —Mario se despide de él con un saludo de mano, y luego Ferran hace lo mismo—. Nos vemos en el descanso.

Jaime se queda un rato más en el baño, mirándose en el espejo. Quizá si lo hago ahora puedo estamparle la cara contra el cristal y nadie sabría quién ha sido. Resisto con todas mis fuerzas las ganas de salir del cubículo. Sin embargo, estas se desvanecen cuando, mientras se observa a sí mismo con chulería desmesurada, suelta una risita jactanciosa.

Este gilipollas me va a oír.

Abro la puerta de un golpe, lo suficientemente fuerte como para hacerle estremecerse del susto. Le acorralo contra la pila del lavabo en cuestión de segundos, enredando su corbata en mi mano para tirar de ella si me fuera necesario.

—¿Qué coño haces? —exclama el muy imbécil.

—Ser un santo, eso hago —le escupo—. Soy tan santo que te voy a dar dos opciones. Una: puedes seguir expandiendo ese rumor estúpido y claramente falso sobre lo que hizo Gala contigo el sábado. Dos: puedes desmentirlo absolutamente todo y disculparte con ella. La diferencia entre ambas es que en una de ellas no acabas con la cara como un cuadro de Basquiat.

Puedo escuchar los latidos de Jaime saliéndosele del pecho; el muy imbécil está acojonado.

—Te expulsarían —logra alcanzar a murmurar.

—Cierto. ¿Pero crees que eso me va a parar? Dime, ¿quieres acabar con la mandíbula de colgante?

Verle tragar saliva es como una dosis de insulina. Acaba negando con la cabeza, tembloroso, mientras aún le sujeto del pescuezo.

—¿Qué opción eliges? —le grito—. Quiero oírtelo decir.

—Lo des… desmentiré todo —tartamudea—. Y pediré perdón.

—Eso es, buen chico —canturreo, dándole unas palmaditas en la cara—. Me daría mucha pena romperte los huevos a martillazos,

¿sabes?

Una vez que le suelto, se marcha corriendo del baño, musitando las palabras «puto psicópata» en el camino. Suspiro aliviado, con las manos temblorosas, recordando lo muchísimo que extrañaba la buena adrenalina.

En cuanto llego a clase, encuentro a Dafne, Felipe y Jimena mirando cómo Gala y el imbécil hablan solos en una esquina. Gala le escucha, asintiendo seriamente. Al cabo de un rato, Jaime regresa a su sitio y me echa una última mirada antes de sentarse. Patético.

Voy directo hacia Gala. La veo mucho mejor que la última vez.

—Ey.

—Hola —me saluda, algo tímida—. ¿Cómo estás?

—No, ¿cómo estás tú?

—Escucha, siento muchísimo cómo me porté el sábado.

—Yo no lo siento —le explico—. Necesitabas a tu amigo y me llamaste. Lo único que me preocupó fue no saber de ti al día siguiente. ¿Ahora estás mejor?

Me siento realmente mal al pensar que podría haberle escrito yo, pero tampoco quería presionarla de ninguna manera. Gala tarda unos segundos en contestar, pero ahora lo hace esbozando media sonrisa.

—Supongo que sí. Jaime se acaba de disculpar por su comportamiento. No me lo esperaba.

—Al menos el cretino ha comprendido que no te llega a la suela de los zapatos.

Su mirada emana una dulzura casi irresistible y me obligo a apartar los ojos antes de que me deje totalmente derretido. Aprovecho para llamar al resto del grupo.

—Vale, chicos. Se me ha ocurrido algo. Reservaos mañana por la noche, saldremos todos.

—Mañana estupendo —confirma Dafne, mirando su agenda del móvil—. Hoy justo tengo la cena de Estée Lauder.

—Y yo clases de italiano hasta tarde —añade Gala.

—¿Hablas italiano? —me giro a preguntarle.

—*È solo da un anno che lo faccio, sto ancora imparando* —responde con una sonrisa—. He ido ya tantas veces a Milán que me

picó el gusanillo, pero llevo poco en la escuela de idiomas.

—Pues tu acento es perfecto. —Miro al resto—. ¿Os apuntáis mañana, entonces?

—Qué misterioso todo —farfulla Jimena, meneando la cabeza—. *I'm in*.

—¡De una, tío! —secunda Felipe.

—¿Y nos vas a dar alguna pista? —cuestiona Gala, manteniéndome la mirada mientras espera mi respuesta. ¿Por qué tiene que ser tan guapa? Me encojo de hombros.

—Podréis aguantar unas horas.

Mientras el resto comienza a soltarme quejas y exigir información, Tristán aparece por la puerta de clase, tensando la mandíbula mientras se acerca a nosotros.

—¡Eh, Tris! —le llamo—. Resérvate mañana, que…

—Lo he descubierto —me interrumpe—. Ya sé quién es el mamonazo que se tiró a Clau.

Nos cruzamos miradas entre todos. ¿Habla en serio? ¿Cómo se habrá enterado?

—¿De veras? —curiosea Jimena—. ¿Y quién es?

Tristán no responde, pero no hace falta. Porque cuando el profesor Morales entra por la puerta, su cara de puro odio nos lo dice todo.



38

Gala Ruiz-Johnson

—¿El profesor Morales? —exclama Felipe—. Qué asco, tú.

El grupo entero espera a Guillermo en la calle paralela al Paseo del Prado, al otro lado del museo. Son las doce menos cuarto de la noche, y llevamos esperando ya diez minutos. Ha pasado un día y medio desde que Tris nos soltó la bomba, y no ha querido hablar del tema hasta ahora.

—Tío, no estoy loco —se defiende, apoyado sobre una pared de ladrillo—. Claudia lo dijo delante de todos; dijo que fue «a su regreso del internado». ¡El tío que se tiró estuvo también en uno este verano, como nosotros! Pero no caí en algo: había revisado los perfiles en redes de cada alumno del Knight's Hill durante semanas, y no fue hasta anteayer cuando se me ocurrió mirar también los de los profesores. Y ahí estaba: una foto en Facebook de Benicio Morales con el equipo de docentes del Internado Cardenal Ulloa, en Sotogrande, donde trabajó de profesor en un curso intensivo.

—Un momento —le corta Jimena—. ¿Su nombre es Benicio? Madre mía…

—Parece lícito —le apoya Dafne, con las manos en los bolsillos de su gabardina—. Está claro que Morales es un cerdo, no me extrañaría que se liase con una estudiante.

—Tía, no apoyes esta teoría solo porque te caiga mal el profe.

—¡No es por eso, Jimena! Acabas de escuchar a mi primo, todo encaja.

—Estamos hablando de un hombre adulto acostándose con una adolescente. Es una acusación muy *heavy* que no deberíamos afianzar tan a la ligera —añade mi amiga.

—Eso es cierto —coincide Felipe, apoyándose en el hombro de Jimena—. Si eso fuese cierto, el tipo tendría que ir a la cárcel…

—La edad de consentimiento sexual en España es de dieciséis años —vomito sin poder evitarlo—. En teoría, sería legal.

¿Por qué no podré callarme? Supongo que, si algún día sale a la luz mi historia con Julen, no me gustaría que me viesen como una pobre joven ingenua que tomó malas decisiones. Simplemente quise arriesgar, salir de mi zona de confort por una vez en mi vida y disfrutar del momento. Otra cosa fueron ya las consecuencias.

—Sigue siendo asqueroso —responde Felipe.

—Me voy a cargar a ese cabrón —musita Tris.

—Haces bien, primito.

—¡Deja de meter cizaña, Daf!

—¿Qué? No le vendría mal una paliza a ese inútil.

—Tris —le digo, apoyándome en la pared con él—. Tú trata de buscar alguna prueba más concluyente y estaremos de tu lado al cien por cien, ¿vale?

Mi amigo asiente con la cabeza, al tiempo que oímos una puerta abrirse desde el Museo del Prado. De ahí sale Guillermo, subiendo la rampa que da a una de las puertas para empleados. Lleva una camisa violeta de Brooks Brothers acompañada de un chaleco plateado, y el pelo tan brillante que parece mojado. Tiene el aspecto de un príncipe.

—¿Lleváis mucho esperando?

—Siglos, tío —le vacila Felipe.

—Anda, pasad.

—¿A qué viene tanto secretismo? —cuestiona Dafne, agarrándose a mi brazo—. ¿Nos llevas a alguna fiesta tipo *Eyes Wide Shut*, con capas y máscaras, de la que nadie puede saber nada?

—No —se ríe él—, pero creo que os va a gustar.

Una vez dentro del museo, le vemos saludar al guardia de seguridad, quien nos abre la siguiente puerta, que da a la galería principal. Está totalmente a oscuras.

—Amigos —anuncia Guillermo—, ¡que se haga la luz!

Tras un par de palmadas claramente ensayadas, todas las luces se encienden a nuestro paso y me quedo maravillada: ¡tenemos el museo entero para nosotros! Nunca me había sentido tan privilegiada.

—Tres —calcula Jimena, mirando su reloj de pulsera—, dos, uno…

De pronto, el grupo entero comienza a cantarme el «Cumpleaños feliz». Me llevo las manos a la cabeza, totalmente impactada ante este giro de los acontecimientos. Miro mi reloj y, efectivamente, acaba de comenzar el día de mi cumpleaños. No me lo puedo creer, apenas contaba con celebrarlo este año.

Tras terminar la canción, todos aplauden y Dafne saca unas copas y unas botellas de Boisson Dorée espumoso que había escondidas.

—¿Sabíais todos sobre esto? —les pregunto, aún sin creérmelo.

—Aquí, el marquesito, nos contó el plan anoche —explica Felipe, pasándole un brazo por los hombros—. Llegamos a pensar que su familia era la dueña del museo.

Guillermo se ríe.

—Que me apellide Del Prado no tiene que ver con que conozca a las personas adecuadas…

—¡Bueno, venga! —Tris comienza a echarnos vino en las copas—. ¡Que comience la fiesta!

Jimena pone música en un estéreo que traía escondido en el bolso y todos mis amigos se van a merodear por las salas al ritmo de Pole mientras Guillermo se acerca por detrás a mi oído y susurra unas palabras:

—Feliz cumpleaños, angelito.

Mi corazón deja de latir por un segundo, y luego lo compensa con un acelerón de pulsaciones. Me giro a mirarle.

—¿Esto es real? ¿Todo esto es por mí?

—¿Te extraña? —pregunta, esbozando una sonrisa que me vuelve a quitar el aliento.

Guillermo entrelaza lentamente nuestros dedos, guiándome con él

a uno de los cuadros de la galería. En este, aparece un velero en la noche, cerca de un puerto. Solo le ilumina la luz de la luna, asomada entre las nubes.

—Aún no he podido bajarte la luna —me explica—, pero quería enseñarte mi favorita.

Dios. Siento las ganas repentinas de lanzarme a sus brazos y besarle de una vez. Guillermo me mira. Veo sus pupilas agrandarse levemente.

—Eres una caja de sorpresas —termino por decirle.

—Mira quién habló.

Suelto una risilla nerviosa. Si él supiera…

Su rostro va acercándose poco a poco al mío. Apoyo mi mano débilmente sobre su pecho, aceptando lo inevitable. Por un momento, dejo de pensar en las posibles consecuencias de lo que podría ser esto. Somos como dos imanes que han luchado demasiado tiempo por escapar de la cohesión.

—Gala… —deja escapar, casi pegado a mis labios.

—Ajá… —jadeo de vuelta.

—¡Eh! —Tristán aparece por sorpresa desde una de las salas contiguas, tapándose la boca al encontrarnos—. Hostia, ¡perdón!

Tras un respingo del susto, ambos nos reímos, alejándonos un poco del otro.

—¿Qué pasa, Tris? —le dice Guillermo.

—Os iba a proponer algún juego de beber, pero veo que ya andáis liados.

La sonrisa que le asoma a mi amigo me obliga a ponerme aún más roja. Guillermo vuelve a cogerme de la mano y me lleva con el resto. De pronto, siento que estoy soñando.

Hoy no existe nada más que lo que vivo ahora mismo: ya no hay vida fuera de este museo, somos los últimos humanos del planeta; y estoy bien con eso.

Pasamos el resto de la noche bailando, corriendo por los pasillos, jugando a retos y bebiendo espumoso. Acabamos sentados en el suelo de la sala de las musas, contando anécdotas de cursos pasados, historietas de mis amigos en el internado de Irlanda y algún que otro chascarrillo que Guillermo se atreve a confesarnos de

sus otros colegios.

Una noche perfecta.

Se hacen las tres de la mañana y nuestros padres insisten, con mensajes, en que volvamos a casa. Me despido de mis amigos, que se marchan por la misma puerta de salida, pero yo me quedo un poco más.

Encuentro a Guillermo sentado en la galería central. Ahora solo estamos los dos.

—¿Qué miras? —pregunto, colocándome a su lado.

—Nada en particular. Estaba pensando.

Me apoyo en su hombro.

—Mi reino por tus pensamientos.

Guillermo se ríe.

—Es la primera vez que organizo algo tan loco solo. Siempre que montaba estos paripés lo solía hacer supervisado por mi hermano, que era el más sensato de los dos, y pensé que me dolería más de lo que lo ha hecho.

Me giro a mirarle, apenada por sus palabras. Apoyo mi mano sobre la suya.

—Ha sido el mejor regalo de mi vida. Y seguro que Roberto se enorgullece de todo lo que estás consiguiendo.

Guillermo me devuelve la mirada. Sus ojos están vidriosos, pero no alcanza a llorar. Aprieta mi mano contra la suya.

—A veces voy a llevarle crisantemos a su panteón. Le encantaban esas putas flores —se ríe.

—Son preciosas.

—Tú eres preciosa.

Vale, suficiente; no aguanto más esta tensión. Poso suavemente mis labios sobre su mejilla en un beso efímero pero intenso, trasladándolos poco a poco al centro de su rostro. Nuestras bocas se encuentran en un abanico de emociones con sabor a espumoso. Al fin. Hundo mis dedos en su pelo y él hace lo mismo. Nuestras lenguas juguetean en territorio inexplorado, dejando salir unos cuantos jadeos entre tomas de aire. Un cosquilleo nervioso se ha apoderado de mi pecho y ya no se quiere ir.

Me da igual su pasado, y me da igual el mío. Por un momento,

dejo de pensar en mi futuro, en encontrar al chico ideal de los cuentos de hadas y solo le quiero a él, al idiota de la chupa azul que siempre supe que crearía caos a mi alrededor. Ya no me importa, puedo vivir en el desorden.

Guillermo me acaricia la mejilla en cuanto separamos los labios. Me sonríe con afecto mientras reina el silencio en el museo, un museo que ahora mismo es solo nuestro.

Por primera vez en semanas, estoy realmente feliz.

—Gracias por esta noche.

Su respuesta es otro beso. Uno breve y conciso, pero que calienta mi corazón. De repente, me siento vulnerable, aunque no en el mal sentido. Me he trasladado a otro mundo en el que nada de lo que diga puede hacerme daño, y por eso me atrevo a confesar:

—Claudia va a por mí.

Las palabras se me escurren de la boca. La noticia le pilla totalmente desprevenido, y no me extraña.

—Por eso estoy tan rara —justifico—. Y por eso me comporté así en la Fashion Week. Sabe cosas de mí que no quiero que nadie más sepa, y no me pidas que te diga qué es, porque de verdad que no quiero, pero necesitaba sacar esto de una vez por todas con alguien.

Los segundos pasan, y mi pecho sube y baja a mayor velocidad. Guillermo no dice nada en un principio, pero, finalmente, se acerca más a mí y me acaricia la espalda.

—Cuando quieras hablar, aquí estaré, angelito. Y, en cualquier caso, ya pensaremos algo para solucionarlo.

Eso es bastante difícil, pero verle tan seguro me provoca una ráfaga de optimismo. Se levanta tranquilamente del banco mientras yo permanezco ahí un rato más.

—Será mejor que recoja todo esto.

Me río mientras le veo marcharse a por todas las botellas que hemos ido dejando por el camino. Después, suspiro profundamente. Me alegra seguir siendo su «angelito», incluso después de haberle confesado que no todo son nubes, alas y aureolas.

El timbre de un móvil suena un par de veces a mi izquierda. Miro al banco en el que estoy y veo el iPhone de Guillermo iluminándose. Dos notificaciones ocupan la pantalla, el *link* de una ubicación y un

mensaje de un tal CDC:

31 de octubre, 23.00

—¡Guillermo! —le llamo—. ¿Quién es CDC?

No le veo, pero sí oigo un cristal cayéndose al suelo. Corro en su ayuda hasta la sala donde se encuentra.

—¿Va todo bien? —pregunto en cuanto llego.

—Sí, sí —responde con nerviosismo, arrancándome su móvil de la mano—. Escucha, deberías irte a casa, ¿vale? Dame un segundo y te pido un Uber.

—Tranquilo, estoy al lado. Quiero pasear.

—Déjame que limpie esto un poco y te acompaño.

—Insisto, puedo ir sola. Te mandaré mi ubicación en tiempo real para que estés más tranquilo —contesto, remarcando la palabra «ubicación».

—Mmm, de acuerdo —termina accediendo—. Y escríbeme también cuando llegues, por favor.

—Claro, pero oye… ¿Quién es CD…? —Me veo interrumpida por otro beso. Sus labios bloquean mis pensamientos por unos segundos, y luego regresan todas las dudas. Sin embargo, se marcha tan rápido de la sala que no me da tiempo a resolverlas.

—Hablamos mañana.

Paseo intranquila hasta mi casa. No por el silencio atroz que ocupa las calles a esas horas de la noche, sino por la ferviente manía que hemos tomado él y yo de acabar nuestras noches repletos de incertidumbre.

La curiosidad me está matando: ¿quién es CDC y por qué le escribe tan tarde? ¿Por qué le ha mandado esa fecha y ese lugar? Es en dos semanas, no queda mucho. Guillermo se ha hecho el tonto y, si hay alguien que entiende de evadir preguntas, esa soy yo. No sabría decir por qué pero tengo un mal presentimiento. ¿Y si él también está en peligro? ¿Y si ese tal CDC es el motivo por el que rara vez suelta prenda de su pasado? ¿Tendrá algo que ver con su hermano?

Sea lo que sea, ahora sé que le tengo a él y que él me tiene a mí.

Y por eso pienso averiguar quién es CDC y por qué lo oculta con tanto esmero.

PARTE IV



Máscaras y secretos



39

Gala Ruiz-Johnson

La luz del alba empapa de brillo las paredes de mi cuarto y me estiro sonriente sobre la cama, feliz de que sea sábado y no tenga que sucumbir a la potestad de mi despertador. Parece que va a ser un buen día porque ha sido una buena semana, después de tanto tiempo. Pero todo se oscurece de nuevo en cuanto salgo de mi cuarto y los gritos de mi padre al teléfono logran ponerme los pelos de punta. ¿Con quién está hablando tan acaloradamente? Quizá se trate de un malentendido con algún departamento de Blaisè… o quizá su camello se ha quedado sin mercancía. Yo ya no me fío.

Aprovecho la concentración de mi padre en esa discusión para colarme en su dormitorio; es ahora o nunca. Oriana hoy tiene el día libre, por lo que solo estamos él y yo en casa. Comienzo a abrir ágilmente los cajones de su cómoda y su mesilla de noche, en busca de algún tipo de estupefaciente que deba verme obligada a tirar por el retrete. Busco y busco, pero no encuentro nada; solo a una chica desesperada frente al espejo de su habitación. Estoy violando completamente la intimidad de mi padre, pero lo hago por su propio bien. Sigo sin creerme lo que vi en el *ballet*.

El timbre de mi móvil me deja paralizada durante medio segundo. Enciendo la pantalla y ahí está, un nuevo mensaje de Claudia. Un

vídeo.

El vídeo.

Antes de poder procesarlo, esta me llama.

—¿Ya lo has visto? —pregunta satisfecha, nada más descolgar.

—No, pero deduzco lo que es.

—Tienes un mes y medio para cumplir mis deseos, cielo. Convence a Tris de que vuelva conmigo o serás la puta del colegio con el padre yonqui.

Voy a contestarle, pero ya me ha colgado. La odio como no he odiado nunca a nadie. Jamás le deseo el mal a nadie, pero con ella…

Y lo peor de todo es que, a pesar de toda esta ira, siento que voy a tener que ceder a su chantaje si no quiero que todo empeore. Es un hecho, ya me tiene encadenada. Y ni siquiera sé cómo voy a lograr que Tris vuelva con ella.

—¿Qué haces aquí?

Doy tal respingo ante la voz de mi padre que por poco rompo mi móvil. Me llevo las manos al pecho mientras me giro hacia él, que me mira cruzado de brazos desde la puerta.

—¡Papá, qué susto!

—¿Por qué estás en mi habitación?

—Venía a darte los buenos días, pero no estabas.

Me sorprendo ante la rapidez con la que contesto. Sin embargo, mi padre permanece callado. Se queda mirándome con el ceño fruncido, supongo que tratando de leerme la mente. Por suerte, detectar las mentiras nunca ha sido su punto fuerte.

—Disculpa, princesa, buenos días —termina contestando, mientras se acerca a abrazarme—. He tenido una mañana espantosa por uno de los accionistas. Yo ya he desayunado, pero tienes zumo y tostadas con aguacate en la cocina.

Al salir del cuarto, mi padre cierra la puerta y se confina en su despacho. Yo desayuno sola, acompañada por los trinos y gorjeos que suenan en la calle. Me pongo al día con los mensajes: reacciono a un par de *stickers* de Felipe, respondo a un audio de tres minutos de Jimena y le doy *like* a los últimos posteos de Dafne en Instagram. Aprovecho también para eliminar el perfil de Jaime de mis amigos; ya no quiero saber más de él y, aunque se disculpase, apenas nos

dirigimos ya la palabra en clase, por lo que prefiero cortar por lo sano.

Ojalá pudiese también bloquear a Claudia.

Y a Julen. Está más que pesado desde la última vez que nos vimos; no para de insistir en subir a mi casa y tengo miedo de que trate de presionarme para hacer algo más. Una cosa es volver a besarle, pero la idea de acostarme con él de nuevo me asquea. Además, ¿hasta cuándo voy a tener que lidiar con él? ¿Para qué querrá seguir hablando conmigo, si está claro que la chispa entre nosotros está muerta y enterrada?

Y en cuanto a Guillermo… Desde la noche del museo parecemos dos completos idiotas. Cada vez que hemos intentado hablar, hemos terminado riéndonos por lo estúpidos que parecíamos: todo el rato trabándonos, diciendo cosas sin sentido y bajando la mirada como si acabásemos de conocernos. Aunque en cierto modo, así es, porque este Guillermo no es para nada el que conocí el primer día de clase. El viernes se despidió de mí con otro beso a la salida del colegio, frente a todo el curso. Acababa de hacer oficial los rumores sobre nuestra supuesta relación, y no pareció importarle en absoluto.

Los mensajes no tardaron en llegarme, y los comentarios en Insta de las fans de Dafne tampoco: «¿Estáis juntos?», «¿Desde cuándo estáis liados?», «¿Ya lo habéis hecho?»…

La respuesta es sencilla: no, no estamos juntos. Somos solo amigos; unos muy buenos amigos que comparten muestras de afecto y bromas internas. Pero estoy bien así, por el momento.

Anoche me llamó para darme las buenas noches y acabamos hablando tres horas por teléfono. Él se abrió más sobre su familia y su pasado, sin llegar a ahondar en ningún tema en concreto. Y yo le acabé confesando mis metas y miedos, mi trauma con la carretera por el accidente de mi madre y cómo es mi relación con mi padre, aunque sin entrar en detalles de lo que me preocupa actualmente, claro. Guillermo resultó ser bastante ingenioso, también… Llevaba tiempo sin reírme tanto y no quería colgar. Soy plenamente consciente de que mi sonrisa al despertar esta mañana ha sido por él.

Justo recibo una llamada suya al acabar el desayuno y se me

ilumina la cara al ver su nombre en la pantalla.

—¿Sí? —contesto, levantándome de la mesa.

—Cuánto tiempo, angelito —me saluda entre jadeos. Habrá salido a correr—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien. Con un poco de resaca posPrado.

—¿PosPrado? —repite—. Mmm, pues sí que acerté con el museo, porque para que sigas así después de tantos días…

—Eres idiota —me río—. Pos Guillermo del Prado, quería decir. He dormido más bien poco.

—¿Y eso por qué? —me vacila—. ¿Algún sueño subidito de tono?

—Ya quisieras.

Intento no entrar en su juego, porque Guillermo tiene la manía de hacer que todo lo que salga de sus labios suene con una sensualidad desmesurada. Ya me costó lo suyo no caer en la tentación de subir el nivel de la conversación anoche.

—Bueno, dime —continúa—, ¿te ha llegado ya?

—¿De qué hablas?

Como si estuviese ensayado, el timbre de casa suena. Como estoy al lado, me acerco al telefonillo. Fernando me habla desde portería:

—Señorita, le acaba de llegar una carta. ¿Se la subo?

—Guillermo, ¿qué has hech…?

—Te veo luego —responde entre risas. Y me cuelga.

¿A qué viene todo este misterio? Espero nerviosa a que el portero llegue a mi piso y, en cuanto lo hace, le dejo un poco de propina de la cartera de mi padre y me marcho corriendo a mi cuarto a abrir el sobre. Huele a Guillermo y parece escrito a mano…

Corrección: ¡está escrito a mano! ¿Será posible? ¿Esto es real?

Leo la carta con un puño en el pecho:

Mi estimado angelito:

Confío en que, al recibir esta carta, te halles en excelente salud y buen ánimo. No puedo sino rememorar con gran emoción aquella velada que compartimos en el museo. Si me fuera posible, regresaría en el tiempo, solo para repetir aquel primer beso.

No obstante, por mucho que esa noche haya significado para mí,

no puedo evitar sentir que aún te debo un verdadero obsequio, en honor a tus diecisiete otoños.

Por ello, me atrevo a rogar tu asistencia esta tarde, a las cinco, en el Real Casino de Madrid. No han pasado ni veinticuatro horas desde la última vez que pude gozar de tu compañía, pero ya anhelo con pasión el volver a encontrarnos.

No me falles y seré tuyo.

Tu fiel amigo,
Lord Del Prado

La carta se me resbala de las manos; me siento completamente abrumada. ¿De verdad lo ha hecho? Recuerdo perfectamente mis palabras tras aquella penosa cita con Jaime: «Yo solo quiero a un hombre que me regale gardenias, que me escriba cartas a mano y me baje la luna». ¿Acaba de escribirme una maldita carta a lo Jane Austen porque lo mencioné hace unos días? Está claro que me vio destrozada aquella noche.

Agarro de nuevo el móvil y le escribo:

Me ha encantado la carta.

Pero no seas tonto, la noche en el Prado fue el mejor regalo que he recibido nunca.

Su respuesta no tarda en llegar:

Lo siento, no hablo en siglo xxi. Mejor te veo a las 5.

Suelto una risotada mientras tiro el móvil sobre la cama. Luego me tiro yo y leo y releo la carta hasta aprendérmela; todo esto es surrealista. Está claro que los amigos se preparan fiestas entre ellos y se quedan hablando por teléfono hasta las tantas, pero escribirme una carta a mano como si estuviéramos en *Los Bridgerton*… Eso sobrepasa las barreras de la amistad… ¿Verdad?

Sea como sea, me encanta. El Guillermo de estos últimos días es cercano, está aprendiendo a abrirse poco a poco —al menos conmigo— y es todo un caballero con modales. Cuida de mí porque me ha cogido cariño y porque, por mucha atracción que sintamos

por el otro, nos hemos hecho amigos de verdad. Admito que ya no me lo puedo imaginar empujando a Juanfran contra la pared del vestuario —para nada—, pero también sé que aún tiene mucho bagaje que confesar… Porque… ¿quién es CDC y qué va a pasar el 31 de octubre?

Esas tres letras no se van de mi cabeza desde que las vi en la pantalla de su móvil. He dejado caer alguna pregunta sobre el tema durante estos días, pero ambos nos hemos convertido en unos reyes del subterfugio. Supongo que me tocará esperar a que llegue la fecha para descubrir el pastel.

Y, mientras tanto, me pondré guapa y gozaré inocentemente de su compañía.



El Casino de Madrid es todo un sueño hecho arte, cuyas paredes, de elegantes tonos blancos y dorados, evocan tiempos mejores. Camino por el vestíbulo, de donde nacen dos escaleras de mármol cubiertas por una alfombra roja y, tras subirlas, permanezco allí a la espera, contemplando las vistas desde la valla, extasiada ante el diseño neorrococó de cada arco y columna. ¿Cómo es que no había venido aquí antes?

—¡Gala! —Guillermo me recibe en lo alto de la escalinata que da al segundo piso. Le contemplo mientras baja hasta mí, con una camisa remangada de algodón grueso y un chaleco entreabierto por encima; elegante pero informal. Oculta una de sus manos mientras me recibe.

—Bonito vestido.

—Bonito chaleco.

Me da un beso en la mejilla, y no sé cómo lo hace, pero es capaz de provocarme calores con el mínimo contacto de su piel. Mientras se aleja tras el beso, me muestra la mano que escondía, de donde saca un ramo de preciosas gardenias rosas. Sonrío.

—¿Es en serio?

—¿No te gustan?

Abrumada una vez más, acepto el ramo de flores con cierta

timidez. Él tuerce la boca, aún mirándome.

—¿Va todo bien?

—Me encantan, Guillermo. Es solo que… no tienes por qué hacer esto. —Ese comentario sí que lo deja descolocado. Agacho la mirada —. Sé que tratas de cumplir todas mis expectativas para que deje de estar triste por mi fracaso con Jaime… —ratifico—. ¡Y te lo agradezco! Pero te aseguro que estoy bien tal como estamos. Sé que te gusta ir a tu bola, y a mí no me importa que nuestra relación se ciña a ser amigos que se dan unos besitos de vez en cuando… —Eso le hace sonreír—. Lo que quiero decir es que… No quiero que pienses que debes hacer todo esto para que sigamos viéndonos.

En cuanto oigo mis palabras, me fijo en el daño que me han causado tanto Julen como Jaime. Pensé que lo llevaba mejor, pero está claro que yo antes no era tan insegura.

Guillermo entrelaza sus dedos con los míos.

—Mira mi cabeza. ¿Ves alguna pistola apuntándola?

—¿Qué? —carcajeo—. No, ¿de qué hablas?

—Exacto. Nadie me está obligando a hacer esto. Lo hago porque quiero, porque me gustas, Gala. Porque somos amigos, ¿no? Así que deja de creer que voy a ser como el imbécil de Gleason y dame la oportunidad de ir en serio. Estoy a punto de demostrártelo.

¿Demostrarme qué? No encuentro las palabras para responderle, pero, de pronto, me siento bastante inquieta. Me encojo de hombros, sonriente, y él me guía sin soltarme la mano hasta el segundo piso.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le pregunto, subiendo del todo las escaleras.

—Hoy se celebra una subasta benéfica y quería que vinieras.

—¿En serio? —responde emocionada—. ¡Qué ilusión! ¡Nunca había ido a una y me moría de ganas!

—¿Es tu primera subasta? —cuestiona, con cierto brillo en su mirada—. Pues me alegra que sea esta, porque es algo especial.

—¿Especial por qué?

No le hace faltar responder. Nada más entrar en la sala de subastas, de un exorbitante estilo rococó, una de las mujeres que está saludando a los invitados aterriza su mirada en mí. Se despide

del invitado con el que hablaba y camina directa hacia nosotros.

Se me para el corazón en cuanto la reconozco. La he visto en internet, en las fotos de su familia.

—¿Guillermo…?

—Hola, querida. —La mujer me ofrece la mano—. Es un placer conocerte al fin.

—Gala —me presenta Guillermo—, ella es Mercedes Alcázar. Mi madre.



40

Guillermo del Prado

Pensé que ya tenía los ojos abiertos… hasta que llegó la noche en el Prado. No voy a mentir: la idea de esa fiesta sorpresa nació de mi desesperada necesidad de mantener la mente ocupada. Sabía que esa noche recibiría las indicaciones del CDC para la siguiente reunión, y ya bastante nervioso me encontraba como para pasarla solo. Sin embargo, acabó siendo una noche de puras epifanías.

En cuanto sentí por primera vez los labios de Gala rozando los míos, noté cómo un mundo entero se abría poco a poco dentro de mí. Seguí besándola hasta quedarme sin aire, y luego maldije mi respiración por obligarme a parar. Toda la noche queriendo que pasara rápido… y, de pronto, solo quería detener el tiempo.

Por poco descubre mis mensajes del CDC. Bueno, realmente los descubrió, pero creo que logré desviar su atención.

Hemos pasado el resto de la semana tonteando, riéndonos como dos idiotas y ayer estuvimos charlando hasta las tantas de la noche por teléfono. No voy a negarlo: Gala está llenando ese enorme vacío que hay en mi interior y, por eso, hoy quería demostrarle lo mucho que eso significa para mí.

En cuanto le he presentado a mi madre, que ahora mismo le ofrece la mano tan elegante como siempre, he notado cómo Gala se

ha tensado un poco. Está nerviosa por conocerla y supongo que eso es bueno, pero no debería estarlo. De hecho, en cuanto le comenté a mi madre que había invitado al motivo por el que ya no soy un alumno caótico, casi salta de alegría.

—El placer es mío —le responde Gala.

—Mi Guillermo no ha dicho más que maravillas sobre ti.

Miro de reojo a mi amiga, esbozando una sonrisa tímida. Ella se sonroja sutilmente.

—Seguro que ha exagerado.

—Lo dudo mucho. Se te ve toda una señorita. Además —añade, dirigiéndome la mirada—, llevaba muchísimo tiempo sin ver a mi hijo así de bien, por lo que quería agradecerte que lo estés ayudando a integrarse en la escuela. Después de lo que ha pasado este verano, no pensamos que…

—Ya está bien, mamá —la freno; no quiero que la charla dé pie a ningún tema del que no estoy dispuesto a hablar—. Déjame que le presente al resto de la familia, anda.

Me aferro al brazo de Gala y tiro suavemente de él para entrar de lleno a la sala. Una azafata nos ofrece una paleta para la subasta a cada uno y, mientras caminamos por la cámara, Gala me mira con ojos juguetones, abrazando el ramo de gardenias que le he traído.

—Así que le has hablado de mí.

—Evidentemente. Eres mi amiga, ¿no? —Le guiño el ojo, lo cual le provoca una carcajada.

Aria está hablando con mi padre al lado del diminuto escenario; llegamos en el momento justo.

—Aria, padre —introduzco—, esta es Gala, mi amiga del Knight's Hill.

—¡Por supuesto! —reacciona mi hermana, saludándola con un abrazo—. ¡Eres la chica de la fiesta!

—¿Cómo?

Alerto a mi hermana con los ojos; espero que no diga nada del *selfie* que me saqué con Gala en la fiesta de Dafne para demostrarle que no me escapaba a otra reunión del CDC.

—Oh, es que… —se excusa mi hermana, que ha captado la indirecta— sigo a tu amiga Dafne en Instagram y recuerdo que te

sacó en una historia con un precioso vestido rosa.

—¡Es verdad! Lo había olvidado.

—Me alegro de que estés rehaciendo tu vida —me susurra mi padre al oído. Parece realmente aliviado.

—Damas y caballeros… —Un hombre bajito vestido de etiqueta se sube al escenario y nos habla desde el atril de la esquina.

Entrelazo mis dedos con los de Gala. Es un acto bastante arriesgado pero que parece funcionar.

—Deberíamos ir a nuestro sitio —le susurro.

Ella solo asiente, siguiendo mis pasos y me siento con Gala a unas cuantas sillas alejadas de mi familia, quería un poco de intimidad con ella. Pero eso no evita las miradas indiscretas que nos echa mi hermana de vez en cuando. La voy a matar.

—Comenzamos la puja en…

Las piezas de la subasta van desfilando por el escenario a un ritmo que me parece más rápido del normal. Se va acercando el momento de la sorpresa que le tengo preparada a Gala, y estoy un poco nervioso. Aunque se me pasa un poco al girarme hacia ella y ver sus ojos azules, iluminados por la emoción. Estar presenciando su primera subasta benéfica, teniendo en cuenta que es en parte a lo que quiere dedicarse en un futuro, es todo un honor.

Miro a mi alrededor durante la puja de un cuadro renacentista y me fijo en la arquitectura del edificio; es una locura. De un estilo barroco más que evidente, también la ornamentación y los detalles bañados en oro son una gran obra de arte en sí mismos. De pronto, mi móvil comienza a vibrar y lo saco del bolsillo para leer el mensaje que me ha enviado mi madre, a siete asientos de mí:

Orgullosa de ti. Al fin rodeándote de buena gente. Estás sentando la cabeza.

Me giro para mirarla y ahí está, más sonriente que nunca, saludándome con la mano. La saludo de vuelta, un poco confuso ante lo que siento. Ahora que ha hecho oficial su orgullo por mí, podría tomármelo como un triunfo, pero parte de mí siente que el triunfo es más bien de ella. De algún modo, me está convirtiendo en

todo lo que esperaba la familia de Roberto, no del mellizo problemático. Yo era la mala influencia del dúo, el que le metía siempre en líos, el que encabezaba las travesuras… Si yo hubiese muerto aquel día, otro gallo cantaría.

—¿Estás bien? —me pregunta Gala, irrumpiendo en mi oscuridad.

—Sí, tranquila.

—Continuamos por el lote número 17… —anuncia el subastador.

Uff. Llegó el momento. Estiro la espalda y agarro bien fuerte la paleta de la subasta. Me fijo en que me ha tocado el número 22; era el favorito de Roberto, será una señal.

Un par de azafatos traen al escenario una escultura de bronce de cuarenta centímetros con una forma asimétrica y a la vez pulcra que evoca cierta sensualidad escondida. Gala ahoga un grito al verla.

—No puede ser —murmura.

—*Amor de Falopio*, la última pieza de la escultora Calíope Kohl —presenta el subastador—. La obra de Kohl aún no está muy reconocida en España, pero apunta a maneras en el mundo del arte, desde luego. La puja comienza en dos mil euros.

—¿Sabías que tendrían esta pieza? —me pregunta Gala.

—¿Que si lo sabía?

Levanto instantáneamente la paleta y noto cómo ella aguanta el aire.

—¿Pero qué haces? —susurra, alterada.

—Comprar tu regalo de cumpleaños.

—¿Estás loco?

¿De verdad pensaba que iba a traerla a una subasta, mostrarle en persona la última obra de su artista favorita y no regalársela después? Lo que hay que oír…

—¡Dos mil para el joven Del Prado! —comenta el subastador, señalándome. Después, señala a un señor mayor al otro lado de la sala—. ¡El caballero ofrece dos mil quinientos!

Vuelvo a levantar la paleta.

—¿Podrías parar? —insiste Gala.

—¡He oído tres mil!

—He venido con una sola intención a este evento —le respondo.

—¡Tres mil quinientos para la dama del fondo!

Levanto la paleta de nuevo.

—¡Cuatro mil por aquí!

—Yo también sé jugar a esto, ¿sabes? —me sonríe Gala, levantando su paleta—. ¡Cinco mil!

—¡Cinco mil ofrece la chica de mirada cerúlea!

—¡Seis mil! —subo yo.

—¡Seis mil, me dicen! ¡Menudo duelo de enamorados!

—Diez mil euros. —Mi corazón se detiene en cuanto oigo esas palabras salir de la boca de mi madre.

Gala y yo nos giramos hacia ella, observando cómo mantiene su paleta levantada mientras todos los ahí presentes comienzan a murmurar entre ellos, seguramente planteándose si esa escultura podría ser una buena inversión.

—¡Diez mil euros ofrece la marquesa de Fonellosa! Un placer tenerla aquí, por cierto.

No puedo dejar que mi madre gane esta puja. Ella sabe que es mi regalo para Gala. Si la compra ella, me estará comprando a mí; me estará dejando claro que le pertenezco, que está invirtiendo en mi relación con Gala. Y eso convertiría lo único que me hace feliz ahora mismo en una eterna sentencia.

Levanto una última vez la paleta, retando con la mirada a mi propia madre.

—Veinte mil euros.

El motivo de los murmullos varía en la sala. Ahora estarán hablando de esta especie de duelo madre-hijo que se acaba de formar. Mi madre es consciente de ello, y sé que no quiere que nos vean como enemigos en público. Por eso baja lentamente su paleta y me deja ganar esta subasta.

—Veinte mil a la una —continúa el subastador—, veinte mil a las dos… ¡Adjudicado! ¡Veinte mil para el pequeño de la familia! Continuamos con el siguiente lote…

Respiro profundamente mientras bajo la paleta. No me arrepiento de nada. Todo este dinero irá a una causa benéfica y saldrá de mi bolsillo en cuanto pueda acceder a mi fondo fiduciario. Mientras tanto, lo pagarán mis padres, y sé que, aunque mi madre haya perdido esta batalla, lo hará sin ningún problema, porque sigue

viendo a Gala como una buena oferta para mi futuro.

Así funciona ella. Y yo ya no me molesto en intentar cambiarlo.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —comenta Gala, más para ella que para mí.

—Ha sido calderilla para tratarse de una obra de arte, Gala.

—Lo sé, pero no tenías que haberlo hecho. De verdad que no era necesario, yo…

—Gala —le repito, agarrando su barbilla con los dedos—. El dinero no es nada cuando la persona a la que va no tiene precio.

Eso le hace sonreír. Suspira profundamente, como yo hace un rato, y me acaricia la mejilla.

—Muchas gracias.

—¿Cómo que gracias? Me debes como cinco mil zumos de naranja.

Mi comentario la hace reírse a carcajadas, por lo que nos vemos obligados a abandonar la sala.



Iván nos lleva en el Bentley hasta casa de Gala y pasamos todo el recorrido mirándonos como tontos, oliendo las gardenias y hablando de otros alumnos del Knight's Hill.

—Oye —carraspeo cuando ya estamos a punto de llegar a su casa —, no hemos hablado aún mucho de este tema, pero… ¿cómo van las cosas con Claudia?

Puedo ver a mi amiga temblar por unos segundos. Después, aprieta los labios en un intento de sonrisa y asiente con la cabeza.

—Ahí siguen. No sé muy bien qué hacer, me estoy ciñendo a evitarla.

—Podría hablar con ella. Dejarle claro unas cositas…

—Creo que eso lo empeoraría —se ríe—. Está claro que tiene un montón de rencor que necesita expulsar… Pero gracias por ofrecerte.

Justo en ese momento, llegamos a nuestro destino, así que salgo del coche y mi chófer me deja abrirle la puerta a mi amiga.

—Todo un caballero —sonríe ella, apoyándose en mi mano para salir—. Estaba muy equivocada contigo, desde luego.

—Seguramente —respondo, levantando la barbilla—. Por cierto,

creo que vendrán a traerte la escultura en una semana.

—Estupendo.

Compartimos otra sonrisa tímida. Gala lleva encima el ramo de gardenias rosas, del que no se ha separado ni un segundo. Y yo estoy plantado ante ella sin saber qué hacer. No me quiero despedir, quiero subir con ella a su casa y pasar todo el día juntos; quiero protegerla a toda costa, de arpías como Claudia y de cualquier otro monstruo que se tope en su camino…

—Por cierto —recuerdo—, mis padres me han dicho que ya escribirán al tuyo, pero te voy adelantando que quieren que vengáis a la fiesta de máscaras del 31 de octubre.

—El 31 de octubre —repite, más como declaración que como pregunta.

Me tenso por un segundo. Sé perfectamente que vio la notificación del CDC durante la fiesta en el museo, ¿pero llegó a leer el mensaje? ¿Ella es consciente de lo que pasará esa noche? Será después de la mascarada, así que no debería preocuparse por eso… Trato de no comerme mucho la cabeza y simplemente asiento.

—Se hará en el Museo Cerralbo. Enviarán a tu padre los detalles, pero ya puedes ir preparándote un conjunto especial.

—Genial, ¡qué ganas!

—Gala.

Los dos nos giramos a la vez. Un chico de pelo oscuro, un poco de barba y un polo de Pedro del Hierro se acerca desde un lado de la calle. Me cruzo de brazos instantáneamente, marcando terreno; no me está dando un buen presentimiento.

—Julen —saluda Gala, con la voz temblorosa.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Todo genial, tío —responde él—. ¿Tú quién eres?

—Un compañero del instituto —contesto, recalcando la última palabra—. ¿Y tú?

—Un viejo amigo.

—Y tan viejo.

—Guillermo, muchísimas gracias por todo —se despide Gala, apretándome en un abrazo casi desesperado—. Márchate y hablamos luego —me susurra al oído durante este.

Decido obedecerla, muy a mi pesar. Sé que Gala es inteligente y no se quedaría sola con ese tipo si no supiera lo que hace, pero no me marcho conforme, preocupado por quién es ese tal Julen y cuáles son sus intenciones con ella. Y no solo eso, también preguntándome si él tendrá algo que ver con el chantaje de Claudia.



41

Gala Ruiz-Johnson

El 31 de octubre. La fiesta de máscaras será el 31 de octubre, la misma noche en la que ese tal CDC ha citado a Guillermo en esa ubicación que también le enviaron por mensaje. Ojalá hubiese podido ver dónde era…

Podría haberle intentado sonsacar algo si el pesado de Julen no hubiese aparecido. Si no fuera por lo fácil que le sería hundirme, ya hubiese pedido una orden de alejamiento contra él.

Después de tener que despedirme de Guillermo, tras el pedazo de regalo que me ha hecho, me he quedado cara a cara con Julen, realmente enfurecida.

—¿Qué te he dicho sobre presentarte sin avisar en mi portal?

—¿Qué te he dicho yo de no contestar a mis mensajes? —Puedo percibir la desesperación en su tono—. Íbamos a quedar el jueves y me diste plantón.

—Te avisé de que me encontraba mal.

—Gala, no me mientas.

—¡Genial! ¿Quieres la verdad? —Compruebo si hay gente a nuestro alrededor antes de explotar—. ¡Estoy harta, Julen! No solo jodiste lo que podía haber sido un recuerdo perfecto de mi primera vez, sino que me chantajeas con este, ¿y con qué fin? ¿Seguir

viéndonos? ¿No es evidente que te repudio? Solo quedamos para que te cuente mis dramas y luego tú insistas en subir a mi casa. ¡No puedo más! ¡Eres un pesado!

—Gala…

—Ni se te ocurra pronunciar más mi nombre —le escupo—. Dios mío, ¡no quiero verte más! Cuéntale a mi padre lo que hicimos, ¡cuéntaselo a la prensa si quieres! Publica ese dichoso vídeo haciéndolo con una menor, a ver qué tal te sale la jugarreta. Yo lidiaré con las malditas consecuencias, pero al menos te perderé de vista para siempre…

—¡Hay un montón de cosas que no sabes! —insiste—. Tú no lo entiendes. Subamos a tu casa y…

—Adiós, Julen.

No puedo quedarme más tiempo aquí, así que cruzo la acera de la calle y me dirijo de vuelta al centro, dejándole con la palabra en la boca. Una vez más, ese imbécil inmaduro me ha fastidiado lo que estaba siendo un día perfecto. Podría tratar de aferrarme al recuerdo de Guillermo pujando por mi regalo hace apenas una hora, regalándome esas gardenias y mirándome con una lascivia controlada, pero me es imposible; mi mente está intoxicada por el recuerdo de un examante obsesivo que no logra pasar página.

Puedo notar cómo la reminiscencia de nuestra historia cambia de color y va pasando poco a poco de un brillante rosa palo a un sucio gris oscuro. Incluso aquella noche; la noche en la que, después de varios días viéndonos por todo Milán, visitando cada museo, galería, palacio y yacimiento, decidimos dar el siguiente paso en nuestra relación.

Por aquel entonces, a mediados de agosto, mis amigos seguían en el internado de Irlanda y Julen era todo lo que buscaba en un chico: altamente atractivo, muy inteligente, bastante maduro y todo un caballero. Ni siquiera me importaban sus orígenes más humildes, porque sabía que era un hombre capaz de conseguir lo que fuera por mí. Me sentía segura con él, casi enamorada.

El piso donde pasó el Erasmus se encontraba por Navigli, un área de la ciudad en la que se podía sentir la vida local. Aquella noche, me invitó a una *pizza* con vino blanco cerca del canal. Yo no bebía

nunca, pero hice una excepción. Después de cenar, no tardamos mucho en ir a su casa; sus compañeros de piso habían salido de fiesta y estábamos solos. No era la primera vez que iba allí, pero en esa ocasión la energía era distinta. Julen atrapó mi cara entre sus manos y comenzó a besarme, mucho más apasionadamente que las últimas veces. Apoyó su cadera casi sobre la mía y, en cuanto sentí su erección presionando mi estómago, comprendí que quizá había llegado el momento.

—¿Te apetece…? —comenzó a preguntarme, señalando hacia abajo con la mirada.

Me puse muy nerviosa, pero estaba muy cómoda con él y pensé que, quizá, probar con alguien que me hacía sentir así sería una buena forma de perder la virginidad. A lo mejor no volvería a tener una oportunidad como esa para hacerlo por primera vez: en una hermosa ciudad de Italia, bajo el calor de un hombre que parecía quererme… Sin embargo, aún no me sentía preparada del todo. Estaba mínimamente excitada por la situación, pero no lo suficiente como para tener bien claro que ese era el momento.

—Julen —murmuré, cabizbaja—. ¿Crees que podríamos esperar un poco más?

—Joder, Gala, pero si llevas toda la noche calentándome —dijo en un tono algo tosco que me sobresaltó—. Pero no pasa nada, comprendo que no eres lo suficiente madura, no te preocupes —añadió recolocándose la erección y haciendo el ademán de volver a la calle.

Los nervios se apoderaron de nuevo de mí. ¡Claro que era madura! Tenía ya dieciséis años, era una chica responsable e inteligente… ¡Y estaba harta de ser Santa Gala! Quizá todas estas inseguridades eran algo que pasaba siempre, algo que había que afrontar. Y Julen me gustaba, confiaba en él.

Así que, antes de que pudiera abrir la puerta para marcharnos de nuevo, me lancé a sus brazos, besándole con fuerza mientras él, poco a poco, me iba devolviendo el beso aferrado a mi cuerpo. Me cogió en peso y me llevó a su habitación. Tuvo tacto conmigo, aunque eso no impidió que me doliera hacerlo. No paraba de decirme a mí misma mientras lo hacíamos que eso era normal, que

la primera vez dolía, y por eso no le pedí parar; por eso, cuando me preguntaba si me estaba gustando, yo asentía nerviosa y soltaba un gemido fingido.

La verdad es que no sentí estar haciendo el amor, sino estar quitándome un peso de encima; como viajar en *jet* privado por primera vez o montar a caballo siendo niña. Esa primera vez en la que todo son nervios y miedo, pero que, al acabar, sabes que sigues viva y que no ha sido para tanto. Pero no me importaba porque me sentía especial; él me hacía sentir así. Me imaginaba como una sirena atrayendo a un marinero con mi voz aterciopelada y mi mirada azul. Sentía poder ahí mismo, sobre el colchón. Ingenua de mí, creí que yo era quien controlaba la situación.

Julen llegó al orgasmo unos pocos minutos después de comenzar. No supe muy bien qué hacer mientras le oía, así que traté de gemir igual de alto porque lo creía correcto. Después, salió de mí y se quedó tumbado a mi lado en la cama. Me acarició el pelo mientras me miraba, sonriente.

—Ha sido especial —concluyó.

Yo solo asentí, pensando que aquello mejoraría, que simplemente necesitaba práctica y que, quizá, algún día tendría uno de esos orgasmos con él… Sin embargo, al día siguiente me di cuenta de que lo de Julen había sido un error y corté la relación. Al fin y al cabo, quedaba poco para volver a Madrid y aquello no iba a ninguna parte. No me imaginé que lo que llegaría a partir de entonces sería el fin de mi paz…

No dejo de pensar en cómo acabo de gritarle a Julen y en lo capaz que le veo de enviarle nuestro vídeo a alguien por rencor. Entre él y Claudia, me va a acabar dando un infarto.

Y, encima, Guillermo casi lo presencia todo. Sé que no me sacará el tema, pero también sé que seguramente le siga dando vueltas a lo que ha visto. De todos modos, él no me preocupa: me ha escrito que ya ha llegado a casa y que le llame si necesito algo. Sigo sin acostumbrarme a que un chico al fin me trate con decencia.

Mis pensamientos se desvanecen en cuanto suena mi teléfono. El nombre de Dafne aparece en la pantalla y regreso al presente. Le cojo la llamada al tercer toque.

—Daf.

—¡Ey! ¿Qué haces?

—Nada interesante —contesto, paseando por la calle Serrano—. Iba a pasarme un rato por la galería.

—Genial, nos vemos allí. Mándame ubi. —Seguidamente, me cuelga.

No sé si me apetece ahora ver a nadie, pero seguro que Dafne sabe adaptarse a mi estado de ánimo. Sé que se apunta al plan porque he pasado tanto tiempo con Guillermo esta última semana que casi no hemos hablado.



Daf llega veinte minutos después de pasarle la ubicación, con unas gafas de sol de Emporio Armani, un suéter de Jean Paul Gaultier a rayas y un abrigo *vintage* azul. Sus pantalones son tan blancos que brillan a la luz del sol otoñal.

—Hola, cielo. —Me da un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Perfectamente, ¿y tú?

—Si me hubieses dicho esto hace dos días colgada del brazo del marqués, te hubiese creído. Pero con la cara que traes hoy… —escupe Dafne, agarrada a mi brazo mientras nos dirigimos a la galería. Al ver que no le digo nada, añade preocupada—: ¡¿Te ha hecho algo?!

—¡No, por Dios, Daf! Deja de preocuparte por Guillermo. No me pasa nada, de verdad.

—Tía, tú y tu dichosa manía de callarte las cosas para no preocupar a nadie…

—¿Me lo estás diciendo tú?

Dafne y yo nos miramos, compartiendo una sonrisa cómplice.

—Supongo que «calladitas estamos más guapas», ¿no?

Eso me duele escucharlo. Ojalá pudiese gritarle la verdad a los cuatro vientos, confesarle mis demonios y todos mis secretos. Ojalá no nos viésemos con la presión de callar y sonreír, de fingir que todo va bien y que nuestras vidas perfectas están a la altura de lo que se espera de nosotras. No quiero ser así; no quiero acabar siendo la

amiga sonriente, la mujer obediente, la persona altamente vulnerable a la que tratan como a una muñeca…

—¿Recuerdas en tercero de primaria —comenta Daf—, cuando me caí del columpio en el parque? Viniste corriendo a ayudarme y ni siquiera te preocupaste por la herida —se ríe—. Le dijiste a Jimena que fuese a buscar tiritas y, mientras tanto, te quedaste conmigo haciéndome reír y hablándome de los estilismos de Grace Kelly. ¡Y teníamos nueve años!

El recuerdo me provoca una sonrisa.

—No me acordaba.

—Es lo que haces, Gala. Ayudar a los demás, hacerlos sentir bien. ¿Por qué no dejas que tus amigos hagan lo mismo por ti?

Suspiro, derrotada. Quizá tenga razón.

—Te prometo que voy a empezar a hacerlo, ¿vale? —le sonrío.

—¡Me vale! —sonríe de vuelta—. Por cierto, ¿Guille te ha invitado a la mascarada del 31 de octubre? —asiento levemente—. ¡Estupendo! Tris y yo también iremos. Va a ser una fiesta muy exclusiva y podremos desfogarnos un poco los cuatro.

No sé a qué se refiere exactamente mi amiga con lo de «desfogarse»; seguramente hable de tomarnos alguna copa de alcohol o quizá de despotricar sobre cada uno de nuestros compañeros… Pero lo primero que viene a mi mente al oír ese verbo es la línea de cocaína que vi meterse a mi padre en el baño.

—Ahora que Guillermo y tú estáis superunidos —menciona Dafne, aún agarrada a mí—, ¿te ha llegado a contar algo de lo que pasó con su hermano?

—Qué va.

No llega a ser mentira, pero tampoco verdad. Si bien se ha ido abriendo poco a poco conmigo en estas últimas semanas, la información que me ha dado sobre Roberto se ha ceñido a datos puntuales sobre su personalidad y solo puedo decir que me hubiese gustado conocerle. De todos modos, no es algo que vaya a compartir con Dafne, porque Guillermo me lo ha contado desde la confianza y no me parece bien contárselo a nadie.

—¡Gala, preciosa! —nos saluda la encargada de la galería cuando entramos.

—Krys, ¿cómo estás?

—Genial, con mucho trabajo. Estaré en el almacén, llamadme para cualquier cosa.

Me guiña el ojo y se va. Como ya me conoce, es consciente de que solo vengo a mirar.

Y, de hecho, tampoco nos quedamos mucho, porque no me gusta compartir durante demasiado tiempo mi refugio de la ciudad, ni siquiera con mi mejor amiga.

Después de recordar más momentos juntas en primaria, nos despedimos de Krys y salimos de la galería entre risas. Sin embargo, las carcajadas se ven interrumpidas por la vibración del móvil de Daf, ya en plena plaza de Colón.

—Uff —suspira, mirando la pantalla—. Es Corina. Tengo que cogerlo.

—Te espero aquí.

Dafne contesta a la llamada, alejándose un poco mientras yo me siento en un banco. No tardo mucho en recibir compañía.

—No me lo creo.

Nada más girarme, noto cómo mi corazón pierde una pulsación en cuanto observo los ojos de Claudia contemplándome, bien abiertos. Lleva las manos ligeramente levantadas y, por el brillo de sus uñas impolutas, deduzco que se acaba de ir a hacer la manicura. Perfecto.

—Hola —saludo apesadumbrada.

—Mira qué casualidad —responde, sentándose a mi lado—. Llevábamos tiempo sin ponernos al día.

—Ya te echaba de menos —vacilo—. ¿Has venido a decirme cómo manipular a mi amigo para que te perdone?

Ella se ríe. Es la primera vez que queda oficialmente claro que me tiene bajo su yugo.

—Tranquila, cielo. —Claudia se cruza de piernas a mi lado—. Por suerte para ti, ya te he hecho yo la mitad del trabajo. Tris me desbloqueó ayer en Instagram.

—Genial, ahora solo queda que te acepte como súcubo.

—Muy graciosa. Pero ahora ponte manos a la obra. Te recuerdo que tu tiempo para cumplir lo que debes está corriendo. Un desbloqueo no es un *rebound*.

—¿Crees que es tan fácil convencer a un amigo de que regrese con su ex pirada?

—¿Sabes qué es fácil? —dice mientras juguetea con su pelo—. Contarle a todo el mundo que la niña buena del Knight's Hill se zumba a un tío mayor, y que su padre…

—¿Gala? —Dafne permanece detrás de nosotras y se me corta la respiración, ¿habrá oído algo?

En cuanto nos levantamos para mirarla, Claudia finge normalidad.

—Pero si es la abeja reina… ¿te has perdido por Serrano?

—Serrano es mi territorio, querida. ¿Qué haces tú aquí?

—Charlar un poco con una compi —contesta, aferrándose a mi brazo.

—Por supuesto… A Gala siempre le han gustado las obras de caridad.

Eso le borra la sonrisa a Claudia. Dafne da unos pasos más hacia nosotros.

—Aunque creo que alguien debería enseñarte las diferencias entre «charlar» y «extorsionar».

Fabuloso, lo ha oído absolutamente todo… En cuanto veo a mi amiga ladear la cabeza y cruzarse de brazos, comienzo a temblar.

—Habrás oído mal —contesta Claudia, perdiendo la seguridad en su voz.

—¿De verdad piensas que ibas a lograr volver con mi primo después de la humillación que sufrió por tu culpa?

—¿Por mi culpa? —repite Claudia, tremendamente ofendida.

—Ahora le ha dado por hacer una «caza de brujas» para saber a quién te tiraste y, sinceramente, es insufrible. Se piensa que es Morales, así que déjalo estar y aléjate de nuestro grupo.

—¡También era mi grupo antes! ¿Qué pasa conmigo?

Dafne da un par de pasos hacia ella. Dios, sé perfectamente lo que le va a decir…

—Amor —comienza, susurrando—, nunca ha sido tu grupo. Nadie te aguanta. Solamente Lucía Campoamor, y porque a ella tampoco la soporta nadie. Estás sola en un juego al que nunca vas a ganar, así que deja a mi amiga en paz. Como me entere de que la sigues extorsionando con ese ridículo secreto suyo, te juro que me

encargaré personalmente de exponer el tuyo.

Claudia deja escapar una carcajada.

—No serás capaz.

—¿Por la gente a la que quiero? Apuesta tus cejas mal depiladas a que sí.

Antes de marcharse cabizbaja, Claudia me dirige una última mirada. No sé qué quiere retratar exactamente en ella —si odio, disgusto, miedo o decepción—, pero ahí está, la clara despedida de una experiencia traumática más en mi vida.

—¡Bonita manicura, por cierto! —le grita Dafne mientras la vemos alejarse.

En cuanto nos quedamos solas, temo por mi vida. Daf me acaba de defender. No, me acaba de salvar de un gran chantaje. Pero también ha descubierto uno de mis mayores secretos y que estaba dispuesta a manipular a su primo; a mi propio amigo.

Sin embargo, nada más girarme hacia ella a la espera de su reprimenda, me encuentro con un rostro decepcionado pero no enfurecido. Me observa triste por las circunstancias, aunque tampoco me pregunta nada ni me reprocha lo que he hecho. Simplemente parafrasea:

—Supongo que calladitas… a veces sí estamos más guapas.

Y es entonces cuando caigo. Si no me regaña no es porque no quiera, es porque no soy la única que ha estado ocultándole secretos al grupo. Porque yo habré estado a punto de ceder ante el chantaje de Claudia… Pero es Dafne la que sabe con quién engañó a Tristán.



42

Guillermo del Prado

Luna y Víctor me escriben para quedar a la hora del recreo. Es martes y luego tengo Mates, por lo que decido hacer pellas. Me es más difícil de lo que imaginaba, con el conserje dando vueltas por la entrada y Teresa paseando de un lado a otro del campus, pero finalmente lo consigo. Quedo con ellos en un parque no muy lejos del colegio, a las afueras de La Moraleja. Ya estamos a finales de octubre y cada vez hace más frío, pero con la chupa de cuero azul sigo lo suficientemente abrigado.

En cuanto llego, Víctor se está despeinando su tupé decolorado y Luna anda charlando con unos alumnos que llevan el mismo uniforme que yo asomando bajo sus chaquetas. No los reconozco, deben ser más pequeños.

—Ey —saludo a Víctor, sentándome a su lado en el banco—. ¿Qué está haciendo?

—Ganándose el pan, hermano.

Ahora lo veo bien: cómo Luna se guarda en el bolsillo los billetes azules que le han dado esos estudiantes y les pasa de manera muy discreta una bolsa con hierbas dentro. Ya conocía esta faceta de Luna (también pasaba maría en Suiza), pero no me esperaba que fuese a ampliar su red de contactos hasta el área donde estudio.

—¡Hola, bombón! —me saluda, sentándose en el último hueco del banco y besándome la mejilla—. Pero qué *sexy* estás con este uniforme.

—Molaba más el de Suiza —recalca Víctor.

—Va, no seas celoso —bromeo. Después, miro a Luna—. Tía, te agradecería que te llevaras el negocio a otra parte. No quiero meterme en líos por ir andando con la nueva camello de mi colegio.

Víctor y ella se miran, aguantándose la risa.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan buenecito? —se alarma mi amiga.

Suelto una risotada. Estoy acostumbrado a que se quieran mostrar radicales y fuera de la ley, pero no a que me hagan sentir mal a mí por volverme más responsable. Pensándolo bien, estoy sorprendido ante lo mucho que he cambiado en menos de dos meses… Pero eso no implica que no sepa divertirme.

—Simplemente no quiero líos —me defiendo—. ¿Quieres vender? De puta madre. Solo hazlo en otro sitio.

—Vale, agente —contesta, haciéndome el saludo militar—. Nos hemos acercado antes a tu cole de principitos y te hemos visto hablar con la rubia perfecta esa.

Una corriente de pánico navega involuntariamente por mis venas. No me hace nada de gracia que le hayan puesto cara a Gala; de hecho, no quiero que le pongan cara a ninguno de mis nuevos amigos. Sin embargo, ya van dos que conocen.

—¿Y qué? —respondo.

—Parece maja. —Luna se encoge de hombros—. Un poco pan sin sal, pero cómoda.

—¿Cómoda?

—¿No es eso lo que quiere tu madre para ti? —se ríe—. Una chica cómoda, que no dé problemas y que venga de buena familia. Es una pena que ahí no vayas a encontrar lo que realmente buscas.

—A ver, dime, ¿qué es lo que busco? —cuestiono, resistiéndome a poner los ojos en blanco.

Luna se acerca un poco más a mí y su *septum* reluce bajo la luz del sol.

—A una chica peligrosa —me susurra con un tono bastante *sexy*—.

Que te dé caña, que no la veas venir.

—A lo mejor necesitamos conocerla —propone Víctor, liándose un cigarrillo—. Preséntanosla, tío.

El pánico me puede de nuevo y me quedo totalmente en blanco. Por suerte, no es la sensación que doy por fuera. Me ciño a sonreír y a negar con la cabeza.

—Ni de coña, que seguro que le acabáis soltando alguna barbaridad.

—Sabes perfectamente que no le hablaríamos del CDC —me recuerda Luna, dirigiéndose después a Víctor—, pero déjalo. Seguramente esa chica sea otra pava más a la que se tire y luego ni conteste a sus mensajes.

Me sorprendo ante el comentario. Ni que me hubiera follado a muchas chicas. Luna es literalmente la única con la que lo he hecho por ahora… ¿Eso sintió después de que lo hiciéramos? ¿Que la había dejado de lado?

Me planteo seriamente si podría hacerle algo así a Gala. Acostarme finalmente con ella y luego dejar de hablarle a diario, por ejemplo… No, me sería difícil; sería como oler un puñado de rosas y luego taparse la nariz hasta dejar de respirar. No tendría sentido.

—No lo creo, Luna —les confieso—. Esta chica es especial.

Me arrepiento del comentario al instante. No quiero que mi amiga crea que lo he dicho como indirecta hacia ella. Aunque, por suerte, no parece tomárselo así. Luna acaricia el tacto de mi chupa de cuero y recorre mis hombros lentamente con los dedos, sin apartar la vista de mí.

—Seguro que lo es —coincide—. Vais a ser muy felices en vuestro cuento de hadas.

Sé que lo está diciendo con un poco de retintín, pero no me importa. Luna y Víctor son muy buenos amigos; se preocupan por cómo estoy más allá de las reuniones del club y seguro que me defenderían si el CDC acabara intentando hacerme lo mismo que a Bruno Luque.

Durante el recorrido por mi chupa, Luna encuentra con los dedos el roto que provocó el imprudente de Juanfran. Lo observa con detenimiento y luego me mira preocupada.

—Deberías llevar a que te arreglen esto. A Roberto no le gustaría ver su chupa dañada.



43

Gala Ruiz-Johnson

Hoy he vuelto a intentar sonsacarle información a Dafne sobre con quién demonios se acostó Claudia y quién es el maldito causante de todo el caos que se ha montado desde que inició el curso, pero mi amiga se desentiende por completo. Me da rabia que no diga nada. El fin de semana, yo le acabé contando toda la historia con Julen —saltándome el chantaje que me está haciendo él con su vídeo—, pero ella no suelta prenda de lo de Tris. Se ciñe a encogerse de hombros y limarse las uñas mientras responde que no le conozco. Pero no la creo: si no le conociese, me lo contaría; es decir, ¿qué habría que perder? Aquí hay gato encerrado, y realmente podría ser cualquiera del curso…

—¡¿Qué pasa, guapetonas?! —saluda Juanfran mientras se cruza con nosotras.

Bueno, *cualquiera* no.

Es el segundo descanso de la mañana, permanecemos sentadas en una esquina en la clase de Francés y la incógnita me está estresando. Aunque, por otro lado, me alivia que Daf no me conteste. Algo me dice que ella también tiene chantajeada a Claudia y que, por eso, no ha dicho nada. ¡Claro! ¡Así logró que Lucía renunciara a su candidatura para delegada! Seguro que hizo que

Claudia, al ser su mejor amiga, la obligase. Si Daf la tiene amenazada y no se lo puede contar a nadie, al menos eso me hace creer que Claudia, durante su corta temporada chantajeándome, tampoco abrió la boca con nadie respecto a mis secretos.

—¿No me vas a dar ninguna pista, entonces? —insisto por última vez.

—A ver, Gala —suspira mi amiga—, es un tipo de otro instituto, ¿vale? Pero conoce a mi primo, y por eso resultaría incómodo.

—Ya, claro…

—No sé qué respuesta esperas, cielo. No todos los secretos son bombas nucleares.

—¿Y por qué no se lo has contado ya a Tris? ¿A ti no te gustaría que él te lo dijera si fuese al revés?

Dafne se gira y me mira directamente esta vez.

—Gala, hazme caso. Lo estoy protegiendo.

—¿Y quién protege al profesor Morales? ¿Eh? Tristán es capaz de darle una paliza a la salida o de rayarle el coche.

—Oh, por favor —bufa—. Morales tiene un Skoda de segunda mano con tapicería roñosa. Tris le estaría haciendo un favor.

—Te lo estás callando para matar dos pájaros de un tiro, ¿a que sí?

Mi amiga me observa con la ceja arqueada y una sonrisa juguetona; parece que le divierte escuchar mis conjeturas.

—Morales es muy duro contigo —desarrollo— y, si tu primo le da un escarmiento, no solo dejarás de verte obligada a cubrir la identidad del verdadero amante de Claudia, sino que el «profe malo» se habrá llevado su merecido.

—Eres una dramática, *and I love you for that*. —Dafne me besa en la mejilla y trata de regresar con el resto de los compañeros, pero yo la agarro de la muñeca antes de que pueda hacerlo.

—¡Daf! —exclamo en un susurro—. Tris ha sufrido mucho por esto. No puedes ocultarle algo así.

—¿Pero tú sí puedes manipularle para que vuelva con la zorra que lo engañó? —Dafne se suelta de mí, ahora mucho más seria—. No te hacía una hipócrita, amiga.

—En primer lugar, son situaciones completamente distintas y lo

sabes. En segundo lugar, yo no he llegado a hacer nada para que Tris vuelva con ella…

—Porque no te he dado tiempo —me corrige, sentándose encima de un pupitre.

—Tu primo tiene derecho a saber que conoces la verdad.

—¿Y se lo vas a decir tú? —cuestiona, cruzándose de brazos—. Míralo desde esta perspectiva, Gala: mi secretito estará tan a salvo contigo como el tuyo está a salvo conmigo. ¿Entendido?

—Dafne…

—¿Entendido?

Suspiro, cabizbaja. Este curso está siendo un desastre total. Al menos, si supiese con quién se acostó Claudia, no necesitaría a mi amiga para protegerme… Si Daf oculta esa información bajo tantas llaves y Claudia cede automáticamente ante sus chantajes, eso solo puede significar que se trata de algo realmente comprometedor; puro escándalo del bueno.

—No diré nada —contesto finalmente.

—Fabuloso. Tú eres fabulosa. Podrías confiar un poco más en mí, la verdad.

—¿Qué pasa con vosotras dos? —Hablando del rey de Roma… Tristán se sienta en el pupitre de delante, mordiendo una manzana mientras observa el panorama.

—Menudas caras me traéis. ¿Va todo bien?

Comparto una mirada con Daf, la cual se muestra totalmente normal. Menudo dominio de la situación, yo nunca podría.

—Gala está rayada porque su padre no va a estar en toda la semana y se está planteando dar una fiesta en su casa.

Abro tanto los ojos que casi se me salen de las órbitas. Dafne ya ni me mira, simplemente asiente ante la emoción de su primo.

—¡De locos, Gala! —grita él—. No tenemos fiestón desde tu cumple.

—Tampoco ha pasado tanto, creo que podríamos esperar un poco m…

—Insisto —me interrumpe Daf—. Que no te dé miedo hacer de anfitriona, ¡yo te ayudaré! ¿Este viernes te viene bien?

Tris se marcha corriendo a avisar a los demás sobre el viernes

mientras yo aniquilo con la mirada a mi amiga. El corazón me va a mil por hora, ¡no tengo tiempo ni fuerzas para organizar una fiesta! Y menos para esta semana… Tengo mil deberes, dos exámenes y, por el amor de Dios, ¿quién narices se ha acostado con Claudia? ¿Por qué nunca me entero de nada?

Dafne me mira sin ninguna muestra de preocupación. Tan solo arquea la ceja e inclina la barbilla hacia mí. Sé que debo confiar en ella; tendrá sus motivos para ocultar esa información, pero es duro, y más aún cuando todavía debo compensar lo mala amiga que he estado a punto de ser con Tristán.

Necesito saber el maldito motivo por el que no dice nada. Sin embargo, eso puede esperar, y sobre todo tras las palabras que me dice antes de que empiece la siguiente clase:

—He sido tu amiga al cien por cien, Gala. Ahora te toca ser tú la mía.



44

Guillermo del Prado

Justo cuando da la hora del recreo, mientras el curso entero comienza a abandonar el campus, yo aprovecho para ir a refrescarme la cara. Tantos deberes me están matando y, por mucho que me encante Dibujo Técnico, aún hay partes del temario que no domino.

En cuanto salgo del lavabo, doy con la cara de Gala entre las decenas de cuerpos uniformados que recorren el pasillo. Parece afligida, mareada. Me acerco rápidamente a ella, antes de que se desplome. En cuanto da conmigo, sus ojos comienzan a humedecerse.

—Gala, ¿qué pasa?

—Nada. Solo estoy un poco… —Se lleva una mano al pecho—. No… no entiendo por qué todo el mundo oculta algo.

Me tenso al escucharla.

—¡Estoy harta, Guillermo! —estalla—. Cansada. Los secretos no han hecho más que amargarme este curso. Los míos y los del resto.

Algunos estudiantes se giran a mirarnos, así que me la llevo a una esquina del pasillo.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto en voz más baja—. ¿Te has enterado de algo que…?

—No —sentencia, bajando la mirada con derrota—. No me entero de nada. Llevo tanto tiempo tratando de callarme las cosas que he olvidado que aquí todos están haciendo lo mismo. Y al final del día… es como si me tocase a mí pagar el pato por todos.

—De verdad que no estoy entendiendo nada.

De repente, Gala acaricia mi rostro. Me mira con súplica mientras un par de lágrimas recorren sus mejillas.

—Guillermo… Yo sé que no lo sabemos todo el uno del otro todavía, pero ¿tú alguna vez me has mentido?

Me quedo totalmente en blanco. ¿Lo he hecho? No tengo ni idea; me he visto obligado a maquillar la verdad tantas veces que ya es automático. Ni siquiera me fijo en a quién le estoy diciendo qué; es como si estuviese programado para ocultar ciertos matices de mi vida. Quizá le he mentido sobre lo que pasó con Roberto o a lo mejor simplemente he evadido con destreza sus preguntas. No me acuerdo.

Y, pensándolo en frío, es triste ver cómo no me cuesta hacerlo. Por eso odio este ambiente; por eso odio todo en lo que mi familia me quiere convertir. No somos más que una sociedad nacida de las mentiras y las falsas promesas. Creamos unas expectativas que luego nutrimos basándonos en ilusiones, y no sé si es por miedo a ser rechazados o por miedo a que la gente no tenga la fuerza de aceptar nuestra realidad.

—No, nunca te he mentido —contesto con una seguridad inimaginable. Porque, sinceramente, no sé cuánta verdad hay en mi respuesta—. De todos modos, a veces las verdades están pintadas de una manera bastante subjetiva… ¿No decía algo así tu querido Oscar Wilde?

Eso la hace sonreír. Se aparta un par de mechones que le caen en la cara y se ve más tranquila ahora.

—Dándome de mi propia medicina, ¿eh?

—Tú te lo has buscado, angelito.

—Te quiero pedir un favor —añade, jugueteando con mi corbata—. Dime una verdad que no sepa. —Levanto las cejas ante la pregunta. Sus ojos siguen vidriosos—. Lo que sea. Hoy necesito que alguien sea honesto, que me diga algo que normalmente no diría. Quiero

que me confieses una verdad tuya. Por favor.

—Gala, no sé qué decirte…

—Soy tu amiga, Guillermo —sentencia—. Cuéntame lo que quieras contarme.

Sé por dónde va y no quiero que siga. Está claro que su curiosidad prevalece, que sigue queriendo saberlo todo sobre la muerte de Roberto, y no la juzgo por ello; pero esa verdad es demasiado peligrosa como para dejarla salir de mi familia.

Sin embargo, sus ojos siguen clavados en los míos. Ese azul intenso está a punto de destrozarme por completo y, si no me queda otra que confesarle algo aquí y ahora, tengo la revelación perfecta…

—¿Quieres una verdad? Aquí va una —declaro, acercándome aún más a ella—: No me apetece seguir fingiendo que solo somos amigos que de vez en cuando se dan un beso. Me aburre seguir pretendiendo que no tenemos unas ganas atroces de comernos a todas horas, tan grandes que no me dejan ni dormir, y estoy seguro de que a ti tampoco. —El pasillo está casi vacío. Todo el mundo se ha ido. Sostengo su rostro entre mis manos—. Mi verdad es que quiero hacerte mía, día y noche, desde el primer momento en que te vi. Me lo he estado guardando todo este tiempo porque pasar un rato contigo ya me servía para aguantar todo el día. Y es horrible porque, cuanto más te conozco, más necesito de ti. Pero no me pidas que te cuente secretos que solo compartiría con mis personas más cercanas si ni tú misma aceptas lo que somos.

—¿Lo que somos?

Acerco mis labios a los suyos y, con ellos, sello mi declaración. Su boca cede ante la mía en un solo segundo, confirmando mis teorías más enrevesadas. Por supuesto que no somos amigos; los amigos no se besan así.

En cuanto me separo, su mirada sigue clavada en mí, y encuentro en ella una paz que antes no había. Bajo mis manos hasta las suyas y se las cojo con cariño. Ella aprieta las mías de vuelta, soltando un enorme suspiro. ¿Cómo puede oler tan bien?

—Ha sido una verdad perfecta —me felicita—. Gracias.

Eso me hace reír. Gala se me acerca de nuevo y me planta otro beso. Yo la apoyo suavemente contra la pared que tiene detrás y

volvemos a besarnos apasionadamente. Esta vez me aferro a su cintura, dejando caer todo mi peso sobre ella. Gala hunde sus dedos en mi pelo, jadeando cada vez que le muerdo el labio, lo cual logra excitarme de una manera garrafal.

El sonido de unos tacones llegando del fondo del pasillo nos interrumpe. Me vuelvo a separar rápidamente de ella en el tiempo exacto en que una de las profesoras del centro pasa por delante. La saludamos con educación y, en cuanto se aleja, nos miramos y estallamos en carcajadas.

—Eso ha sido surrealista —se ríe Gala.

—Sí…

Seguidamente, se vuelve a apoyar en la pared.

—Tienes razón, ¿sabes? —coincide—. Aún no tengo muy claro lo que somos.

Dicho eso, trata de arreglarme un poco el pelo que ha despeinado. Y, antes de marcharse también por el pasillo, me mira de nuevo, esbozando una sonrisa traviesa.

—Pero doy una fiesta este viernes en mi casa. Ven y averigüémoslo.



45

Gala Ruiz-Johnson

Nunca había visto a tanta gente en mi propia casa, y la fiesta ni siquiera ha empezado. Vivo en un enorme piso de la calle Juan Bravo, de techos altos, amplias habitaciones y muebles de coleccionista. Siempre me he sentido como en un palacio aquí dentro, pero esta noche se me está haciendo bastante pequeño.

Dafne ha propuesto a unas alumnas de tercero ayudar en la fiesta, para que pudieran vivir la «Experiencia Laurent» desde dentro. Ellas, por supuesto, han dicho al instante que sí, sin ser conscientes de que iban a acabar ejerciendo de camareras. Aun así, dudo mucho que eso les importe; la influencia que tiene Daf sobre ellas es sobrenatural.

Mi amiga se está encargando de todo. No sé si lo hace como autopenitencia por haber acordado una fiesta en mi casa sin siquiera preguntármelo o porque directamente necesita tener el control de todo. Sea como sea, me hace un favor.

Yo me he quedado encerrada en mi cuarto, frente al espejo del tocador. Detrás de la cama, pegada a la esquina, se encuentra aún envuelta en papel de burbujas la escultura que Guillermo consiguió en la subasta. Por suerte, la trajeron mientras mi padre seguía de viaje y le pedí discreción al portero. Aún ni la he abierto, no sé qué

excusa ponerle a mi padre en cuanto la vea… «¡Ah, sí! Me la compró mi *casialgo* por veinte mil euros como regalo de cumpleaños…». Le da algo.

Me llega el olor a Chanel de Dafne, quien, tras darle un par de indicaciones a Corina —«la sombra de Daf»— sobre cómo deben organizar la mesa de canapés, llama a la puerta.

—Adelante.

Dafne entra y se sienta en la cama. Lleva un precioso vestido corto de Valentino.

—Jimena me ha escrito, ya está llegando. ¿Tú cómo estás?

Me giro hacia ella y la miro muy seriamente. Ella suspira, decepcionada.

—Sé lo que estás pensando —admite—. Crees que soy mala amiga.

—No creo eso. Pero has organizado una fiesta en mi casa sin mi permiso, solo para apartar a tu primo de una información que le está matando por dentro.

—No le está matando —me corrige—. Él ya está en paz, creyendo que ha sido el profesor Morales. ¡Y aún no le ha matado! Eso es buena señal, ¡alégrate!

Frunzo el ceño, y eso le borra la sonrisa.

—¿De verdad serías capaz de chivarle a alguien lo que te conté de Julen? —me atrevo a preguntar, consciente de que mi amiga, al saber eso, tiene un poder muy fuerte sobre mí.

Dafne solo se encoge de hombros.

—¿Sinceramente? Sí. Sería capaz de muchas cosas, Gala. Me conoces. Pero jamás lo haría, porque eres mi amiga. Y por eso sé que tú tampoco le dirías nunca a Tristán que yo sé con quién se acostó Claudia.

Me quedo en silencio. Tiene razón; puede que seamos muy distintas y que tengamos a veces nuestros roces, pero siempre nos acabamos protegiendo del resto.

Dafne se levanta de la cama y se acerca a darme un abrazo.

—También sé que confías en mí —murmura durante este—. Por eso hoy relájate y disfruta de la fiesta. Lo tengo todo bajo control. Absolutamente todo.

No sé a qué se refiere con eso último, pero la creo. Alguien llama al telefonillo.

—Será Jimena —dilucida mi amiga—. Ponte ya el Blaisè nuevo, ¡que comienza la fiesta!

Solo han pasado diez minutos y ya ha llegado la mitad del curso. Pensé que no cabríamos todos en casa, pero he sido una exagerada. Hay hueco de sobra, solo que nunca había visto a tantas personas aquí reunidas. De todos modos, he tenido que sobornar a Fernando para que no le diga a mi padre lo de esta fiesta.

Cuando llegan Tris y Felipe, me los llevo a mi habitación, donde Daf y Jimena nos esperan con copas de champán alejados del resto. Nos las llenamos hasta el borde y brindamos.

—Por la primera fiesta que organiza nuestra Galita —menciona Tristán.

—Y encima lo ha hecho de perlas —secunda Dafne, guiñándome el ojo.

—¡Por Santa Gala! —grita Felipe. Todos le siguen.

Nos acabamos la copa y luego salimos con el resto. Alguien ha puesto música de Sebastian Yatra en el estéreo. La gente habla, se ríe, bebe y fuma en la terraza. Un par de compañeros me felicitan por la fiesta; yo solo asiento y sigo merodeando por la casa.

—Aún no ha llegado —me sonríe Jimena, en un momento—. Es obvio que no paras de buscar a Guille entre la gente. ¡Tranquila, *chill*! Bebe un poco y yo te aviso cuando llegue.

—Ey.

Jimena y yo giramos la cabeza. Jaime Gleason se queda frente a mí. No hablo con él desde que se disculpó en clase por aquella cita pésima. Me quedo en blanco.

—Buena fiesta —me dice y, por su tono, me da que ya lleva varias cervezas.

—Gracias.

Después, se hace un silencio de lo más incómodo. Él se tambalea frente a nosotras y yo aparto la mirada sutilmente, por si logro que pille la indirecta de que se largue, pero no se mueve.

—Que conste que no me pareces una «cazafortunas» —me confiesa, tratando de vocalizar como puede—. Es solo que es un

poco raro que…

—Jaime, vete por donde has venido —le pide Jimena—. Aquí no pintas nada.

—¿Y quién me va a echar? —responde con un bufido—. ¿Tú?

—Puedo llamar a Dafne…

—Bueno, vale, me voy.

En cuanto se larga, mi amiga y yo nos miramos. Después, comenzamos a reírnos y nos damos un abrazo.

—Ayyy, princesita, ¿cómo estás? —me pregunta, acomodándose el escote de su vestido naranja—. Esta fiesta está siendo increíble.

—Pensé que iba a ser peor, la verdad —dejo caer—. Creí que la gente se volvería loca y lo destrozaría todo, pero supongo que nadie derrama una gota de alcohol por si se le manchan los mocasines de ante.

Eso provoca que mi amiga estalle en carcajadas, lo cual llama la atención de Tristán.

—¿Pero qué pasa aquí? —cuestiona, pasando el brazo por los hombros de Jimena.

—Nada, nada —contesta ella, agarrando la mano de mi amigo que cuelga sobre ella.

Guau, menudo movimiento acaba de hacer.

Tristán le da la vuelta como en un vals y se la lleva a mi cuarto, indicándome con la cabeza que yo también vaya. Un momento… ¿está sugiriendo un trío o es que el champán ya se me ha subido?

—Venid —ordena—. Hemos planeado algo.

En cuanto cierro la puerta de mi cuarto desde dentro, observo que somos de nuevo el grupo de los cinco. Dafne y Felipe revisan el portátil que mi amiga se ha traído de casa y, apenas miro qué hacen, veo que están dentro del perfil de Facebook de Morales.

—¿Habéis hackeado la cuenta del profesor? —pregunto, asustada.

—Algo así —se ríe Felipe—. Nos hemos creado un perfil falso para vacilarle.

Dicho esto, Dafne hace clic en el perfil que han montado. La verdad es que es bastante realista: se trata de una mujer de mediana edad llamada Vanesa y en bastante buena forma, pero no lo suficientemente guapa como para estar fuera de la liga de

Morales. Hay un chat abierto en la esquina inferior de la pantalla.

—Ya le hemos mandado la solicitud al muy imbécil —se ríe Tris, arremangándose su camisa azul de Boss—. Se va a cagar.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta Jimena.

—Arruinarle la semana —resuelve Dafne, echándome una mirada al final—. He comprobado que Morales solo se mete en Facebook durante los findes, así que el lunes por la mañana transformaré el perfil de «Vanesa» en el de un partido político en contra de los principales inversores del colegio.

—En cuanto la junta escolar vea que el profe apoya al enemigo, lo echarán a la puta calle —finaliza Tris, con una sonrisa malévola en la cara.

Ah, vale. Así que a esto se refería Daf con tener bajo control «absolutamente todo».

—No sé si esto es buena idea —suspira Jimena—. Podríamos meternos en un lío.

—Si nos descubren, mi niña —rebate Tristán—, y eso no va a pasar.

Tris le da un beso en la mejilla para tranquilizarla. Jimena se sonroja, como siempre. Miro automáticamente a Dafne, y esta es la primera vez que puedo comprobar cómo su rostro se apaga al verlos. Entrecierra los ojos mientras los sigue observando y, por un momento, temo por Jimena; porque esa es la cara que pone Daf cuando algo no le convence.

—Tiene que aprender la lección, Jimena —continúa Felipe, apartándose el mechón castaño de su tupé que le cae por la frente —. ¿De verdad queremos en el Knight's Hill a un pervertido que se lía con las estudiantes?

Noto cómo el corazón se me acelera. Intentan vengarse de un hombre que, al parecer, se ha acostado con una chica de dieciséis años cuando ni siquiera es cierto. El plan de Dafne se está yendo de madre y, por mucho que confíe en ella, es imposible que esto acabe bien.

Justo en este momento, alguien llama a la puerta. Al abrir, veo a la pequeña Corina, con su melena rojiza recogida en un moño que le hace parecer un poco más mayor, buscando a Dafne con la mirada.

—Siento interrumpiros.

—¿Qué pasa, amor? —le pregunta Daf—. ¿Mario está preguntando otra vez por mí?

—No… Acaba de llegar una invitada que no estaba en la lista. Está aún en la puerta.

Miro a mi amiga, que solo deja la mirada en blanco, cierra el portátil y se dirige a la entrada de mi casa. El grupo va tras ella.

Recorremos la mitad de la casa, dejando nuestras copas por el camino, saludando a compañeros, cantando algún verso de la canción que está sonando y riéndonos sin apenas ser conscientes del huracán que está por llegar. Porque, en cuanto alcanzamos el vestíbulo, el tiempo se para y un ligero *déjà vu* aparece frente a nosotros; un *déjà vu* con el pelo alisado y los labios pintados de un rojo venganza.

Claudia Guzmán es muchas cosas, pero resignada no es una de ellas.

—¿En serio? —brama Dafne, cruzándose de brazos—. ¿Otra vez colándote?

La sonrisa de Claudia me hiela la sangre.

—Me temo que este no es el caso.

—¿De qué estás hablando?

—Puede quedarse —ordena Tristán, dejándonos a todos sin aliento tras sus siguientes palabras—. La he invitado yo.



46

Guillermo del Prado

Llevo quince minutos frente al espejo de la habitación, decidiendo cómo peinarme para la fiesta de Gala. Esto ya es ridículo, ni que importase tanto. Al final me decido por un polo negro, mi Hublot con la correa de cuero y mis vaqueros favoritos, tampoco era muy difícil elegir. Mientras me coloco el reloj de pulsera, me viene a la mente uno de los últimos recuerdos que tengo de Roberto: nos vestíamos juntos en la habitación del internado, bromeando sobre una palabra estúpida que había salido en el libro de Biología y ajustándonos la corbata de satén, el uno al otro, antes de ir al teatro. Me encantaban esos momentos, cuando nos preparábamos juntos para alguna noche especial, compartíamos secretos y opiniones y nos reíamos como nunca, con ese humor que parecía que solo él y yo pillábamos. Ahora el sonido de su risa se ha ido difuminando en mi memoria y sé que, de aquí a unos años, ya ni lo recordaré.

Alguien llama al telefonillo de casa. Por un momento, me imagino que a mi hermana se le habrá olvidado coger las llaves o algo por el estilo, porque se ha marchado a una cena no hace mucho, pero, en cuanto abro la puerta, los ojos de Luna iluminan el rellano.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendido, y a la vez un poco intranquilo, mientras me abraza.

Si mi hermana descubre que Luna, o cualquier otro miembro del CDC, ha pisado su casa, quizá me deja de hablar de por vida.

—Qué chulo el cuadro —comenta, señalando con la cabeza la enorme pintura abstracta que hay tras de mí. Me fijo en que lleva un mono oscuro y unas Converse y siento que es como si Avril Lavigne hubiese diseñado su vestuario—. Es como mucho fuego y caos, ¿no?

—Dicen que cada persona ve algo diferente.

—Qué locura.

Luna entra en la casa sin siquiera preguntarme, aunque tampoco me importa; sé que ella es así. Se coloca bien el *septum* mientras toma asiento en el sofá.

—Tu hermana ha decorado superbién la casa.

—Gracias —me siento a su lado—. ¿Ha pasado algo?

—Qué va.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Ella se me queda mirando fijamente con la ceja arqueada, como si la respuesta fuese evidente. Ni siquiera me molesto en preguntar cómo ha descubierto mi dirección. Ella diseñó la *app* privada del CDC, así que es capaz de cualquier cosa. Además, el CDC va mucho más allá de nuestro pequeño grupo…

El CDC lo sabe todo.

—Vengo a ver a mi amigo, como en los viejos tiempos —contesta —. ¿O es que ya tienes plan?

—Pues, en realidad…

—Había pensado en ir a Magnate. Los viernes tiene un ambientazo brutal, ¿te apuntas?

—Lo siento, Luna, ya he quedado.

De todas las reacciones que podría esperarme de ella, la que menos me esperaba se cumple: Luna comienza a llorar desesperadamente frente a mis ojos. La acojo entre mis brazos.

—¿Qué sucede?

—Perdona, tío, es que… —se seca las lágrimas— pensé que lo recordarías. Hoy hace cuatro meses desde que Roberto…

Noto una presión en el pecho al instante. Es verdad; han pasado cuatro meses desde aquella noche. Vuelvo a abrazar a mi amiga.

—Joder, me había olvidado.

—Es normal —responde, sorbiéndose la nariz—. Tienes una vida nueva y estás pasando página. Es lo mejor que podría ocurrirte, te lo mereces.

—Pero no quiero olvidar tan rápido a mi hermano… —aclaro—. Le echo de menos cada día.

—Yo también, Guille. Yo también… —Luna baja la cabeza, aún secándose las lágrimas—. No te preocupes, hoy saldré por los dos en su honor. Seguro que hoy vas a alguna fiesta super *fancy* de alguno de tus amigos pijos, y no quiero que te la pierdas por esto.

Vacilo un momento sobre qué contestar a eso. Esta noche iba a ser especial para mí, iba a ser un punto de inflexión en la extraña relación que he formado con Gala.

—¿No nos podemos encontrar un poco más tarde esta noche allí? —le sugiero.

—Porque no crees que me dejen ir contigo al sitio donde vas, ¿verdad? —Luna esboza una media sonrisa que logra entristecerme. No puedo dejar a mi amiga así, sola. Pero tampoco sé cuán buena idea es llevarla conmigo.

—Es en una casa —le explico—, y no me parece correcto…

—¿Desde cuándo piensas en lo que es correcto y lo que no? —resopla mi amiga—. A ver, ¿de quién es la casa?

Me quedo en silencio el tiempo suficiente como para que sirva de respuesta. Luna comienza a asentir, dejando la mirada en blanco.

—De la chica. Comprendo, tío. De verdad que lo comprendo.

Siento alivio al escuchar las palabras, porque parece que las dice en serio. Sé que Luna en algún momento ha sentido algo por mí, pero al final del día es mi amiga a muerte y siempre busca lo mejor para mí. Éramos amigos desde antes del CDC y nuestra relación no se ha visto afectada por este. Es mi confidente dentro el club, nos cubrimos las espaldas y eso lo necesito más que nunca.

—Así que vais en serio, ¿eh?

—Me gustaría aclararlo esta noche —me río, secándole una última lágrima que le cae.

—Quiero lo mejor para ti y lo sabes —me recuerda—. Pero te pido que pienses muy bien con quién te juntas, ¿de acuerdo? Y especialmente a quién le cuentas las cosas.

Entiendo perfectamente a qué se refiere. Trago saliva.

—No le he dicho nada.

—Pero lo acabarás haciendo si comienzan a salir. ¿Y crees que podrá aguantarlo?

Los enormes ojos de mi amiga, ahora rodeados de rímel corrido, me dejan pensando. Y no es tanta mi preocupación por que no soporte la verdad sobre lo que pasó, sino por las consecuencias de que conozca toda la historia; por que los otros miembros del CDC traten de silenciarla. Si la meto en esto conmigo, sería para siempre y nuestros años de romance se transformarían en supervivencia.

Tomo una profunda bocanada de aire porque siento que me falta el oxígeno. No puedo hacerle eso a Gala, no puedo llenarla de mi mierda. No me puedo creer que se me pasase siquiera por la cabeza contárselo en cuanto me lo pidió en el pasillo; la libré de una buena.

—Será mejor que me vaya yendo. —Luna se levanta del sofá—. Magnate abre en unos minutos y conozco al de la puerta. Te veo luego.

Mi cabeza no deja de dar vueltas. ¿Seré capaz de contarle la verdad a Gala en algún momento? Está claro que no soporta que le oculten cosas, siendo ella, irónicamente, la primera en hacerlo. Porque… ¿quién es ese Julen que la esperaba en el portal? ¿Era familia, amigo o más que amigo? No llegó a confesarse conmigo. ¿Y si es eso lo que me quería contar hoy? Quizá esta noche es para aclararme que no quiere nada serio con el chico perdido de las cuatro expulsiones; que soy un buen juguete para entretenerse, pero no para nada más…

Ahora mismo necesito despejar la cabeza, así que recojo la chupa y cambio de opinión: me marcho con Luna a Magnate.



47

Gala Ruiz-Johnson

El silencio se vuelve sepulcral. Aún en el vestíbulo, tras las palabras de Tristán, el grupo al completo permanece inmóvil. Dafne y yo compartimos una mirada cómplice y sé al instante lo que está pensando, aunque yo no tenga nada que ver con todo esto. Tris estira el brazo, dándole la bienvenida a Claudia a mi casa. Genial, aquí nadie me pide permiso para nada.

De vuelta al salón, Daf y yo nos quedamos un poco más atrás que el resto. Corina trata de acompañarnos, pero esta vez soy yo la que la espanta con una sola mirada.

—¿Qué coño acaba de pasar? —balbucea mi amiga entre dientes —. Creí que con la venganza a Morales le bastaría.

—¿Crees que quiere volver con ella? —pregunto, mordiéndome las uñas—. Sé que Tris la desbloqueó de Insta hace poco.

—Uff —suspira—. Vale. Por el momento, finjamos normalidad hasta que comprendamos un poco mejor la situación, no vayamos a dar un paso en falso. Claudia es una perra bastante retorcida, y lo estoy diciendo yo, así que…

Asiento nerviosa.

—De acuerdo.

—Por cierto… —carraspea—, ¿has notado algo raro entre mi primo

y Jimena?

Me encojo de hombros automáticamente. ¿Cómo puede ser tan avispada para todo, y luego no ver el constante tonteo que tienen frente a ella? Sin embargo, ese no es mi campo de batalla; y tampoco es que me pueda permitir muchos más combates.

Nos adentramos de nuevo en la fiesta y vuelvo a observar a mi alrededor. ¿Dónde está Guillermo? Empiezo a repasar la última vez que hablamos en clase, tras darnos el lote bestialmente en medio del pasillo. ¿Le asusté? No puede ser… ¿Qué le habrá pasado? ¿Dónde demonios se habrá metido? Pienso en enviarle un mensaje, pero tampoco quiero meterle presión, así que decido centrarme en mis invitados.

El transcurso de la noche se hace más liviano de lo que pensaba: todos hablan con todos, la música no está demasiado alta y las felicitaciones por la fiesta no paran de llegarme. El sonido de las copas chocando y las risas entre comentarios jocosos resuenan por toda la casa, que se ha llenado de un aroma a ginebra, fresa, sudor y tabaco. Dafne baila con Mario, e incluso llegan a liarse delante de todos por primera vez. Felipe se lía con otra chica de clase (debe de ser la cuarta en lo que llevamos de curso) y, sorprendentemente, nadie hace ascos a Claudia, pero me choca que Tristán no pase ni un solo minuto con ella. ¿A qué está jugando? Ella no para de buscarle con la mirada cada vez que la veo.

Ya son las dos de la mañana y mucha gente se ha marchado a continuar la juerga en algún club privado, pues siempre hay alguien del curso con contactos para que los cuelen. Conforme vamos siendo menos, irónicamente, la fiesta parece animarse más. Hay un momento en el que puedo ver a Tris susurrar algo a Felipe en el oído; seguidamente, este se sube a una silla y golpea su copa con un cuchillo.

—A ver, chavales —anuncia—. ¿Quién se apunta a jugar a la botella?

Pongo automáticamente la mirada en blanco.

—¿En serio? —vacila Jimena, poniendo palabras a mis pensamientos—. ¿Tenemos seis años ahora o qué?

—Venga —le anima Tristán, guiñándole el ojo—, será divertido.

Mi amiga no necesita más para animarse. Dafne se coloca entre ellos dos, uniéndose al círculo que se está formando. Es oficial: al fin ha palpado la química que se traen y no le gusta lo más mínimo.

—Venga —nos anima Felipe mientras vacía del todo una de las botellas de Boisson Dorée—. Sabemos todos cómo se juega, ¿no? Uno gira la botella y a quien le toque tiene la opción de elegir «beso» o «verdad».

Todos en el círculo asentimos. Somos más de los que me esperaba jugando. De todos modos, hay quien se ha negado y se ha ido a charlar a la terraza; yo querría haberlo hecho, pero la presión social ha podido conmigo. Claudia se ha sentado frente a Tris y yo me he quedado frente a Felipe, entre unos compañeros de clase a los que espero no tener que besar. Al menos, Juanfran no estaba invitado.

—Bueno, pues comienzo yo —inicia Felipe, lanzándole un beso a una chica con la que voy a Equitación—. A ver quién es la afortunada.

Dios, no soporto cuando Felipe hace eso: primero se lía con una, ¿y ahora lo intenta con otra, en la cara de la anterior? No hace falta ir de mujeriego para ocultar quién eres realmente. Recibo un mensaje de Dafne en el móvil mientras gira la botella:

¿Crees que Tris quiere jugar a esto para poner celosa a C.?

La miro directamente a los ojos y me encojo de hombros, totalmente perdida. No es una mala teoría, en realidad. ¿Invitarla solo para que le vea besándose con otras chicas? Me lo podría creer, viniendo de mi amigo.

Solo espero que, si besa hoy a Jimena, no lo haga con ese fin; eso la destrozaría.

—Se repite —menciona Felipe en cuanto la botella señala a Ferran Burgos—. Otro chico, no cuenta.

Ya. Como si no estuviese deseando comerle la boca a Ferran.

—Si no quieres besar, te toca «verdad» —dice con voz juguetona una de las chicas.

—Que no, que repetimos.

La botella se detiene de nuevo y Felipe se besa con la chica que le

ha tocado. Todos comienzan a canturrear como niñatos a su alrededor. De verdad que no entiendo por qué estamos jugando a esto.

—Siguiente. —Felipe le pasa la botella al chico que tiene a su lado.

El juego continúa bastante rápido y las personas que no participan han optado por marcharse, a pesar del drama que está naciendo conforme gira la botella.

—¡Tu turno, Tris!

Tristán le da brío a la botella, haciéndola girar tan rápido que parece que nunca va a parar. Eso provoca una tensión en el ambiente espantosa.

—Por Dios, que pare ya… —murmura Jimena—. Me está mareando.

En cuanto la botella cede y su cuello termina por señalar el vestido blanco de Claudia, estoy segura de que mi amiga ha maldecido sus propias palabras.

—De puta madre —reacciona Tris—. ¿Beso o verdad?

—A ver, pues beso —contesta ella—. No sería el primero.

—No tienes huevos a decir «verdad» —se ríe Felipe, mirando de reojo a Tristán.

Es evidente que han estado planificando toda esta escenita.

—¿Cómo?

—Que prefieres besar a tu ex, al que has engañado, antes de atreverte a contestar una pregunta que él te haga —responde mi amigo.

Madre mía. Ahora entiendo el maldito contexto. Agarro discretamente el móvil y le mando un mensaje a Dafne:

La ha invitado para sonsacarle lo de Morales.

En cuanto ella lo lee, me mira y asiente.

—He dicho «beso» —insiste Claudia, mirándome directamente a mí—. Por un beso no pasa nada, ¿a que no?

—¿A mí por qué me miras? —contesto, tratando de mostrarme todo lo fría posible—. La decisión es tuya, cielo.

Me giro hacia mis amigas, y ellas me sonríen con orgullo y

complacencia.

—Pues ya he decidido —repite Claudia, gateando hasta Tristán con cierto patetismo en sus zancadas—. Si no me besas, tendrás que contestar tú a una verdad.

Tristán aprieta la mandíbula, pero acaba cediendo; le ha salido el tiro por la culata. Puedo ver cómo Jimena aparta sutilmente la mirada.

—Bien, sigamos.

Después de tres vueltas al círculo, el ambiente logra mantener el mismo nivel de tensión. Yo opto por «verdad» cada vez que giro la botella, pero en el momento en que esta señala a Felipe, accedo al «beso» sin ningún remordimiento. Sé que él no va a ir diciendo luego por ahí que le he hecho una paja en el baño, y también sé que él me agradecerá después el haber accedido a besarle en público.

Para cuando llega la cuarta vuelta… Ahí todo comienza a calentarse. Jimena gira la botella, y el cuello de esta aterriza entre los primos De Aguilera. La tensión se apodera del ambiente esta vez, pero cuando Jimena hace el ademán de volver a girar la botella, Dafne la detiene.

—¿Sabes qué? Me está señalando más a mí, así que…

Los chicos empiezan a vitorear en cuanto Daf posa sus labios sobre los de mi amiga. Podría creer que lo ha hecho para captar la atención masculina, para desprender una imagen más juguetona de la que suele mostrar… Pero tengo bien claro que solo lo ha hecho para marcar territorio con su primo: Jimena es suya y de nadie más.

Llegan las tres y media de la mañana. Me vuelve a tocar girar la botella y, antes de que esta se pare, ya he optado por «verdad». En cuanto le toca a Tris de nuevo, no sé cómo lo logra, pero parece que la ha girado a la velocidad exacta para que aterrice perfectamente frente a su exnovia.

—Bingo —murmura.

—Beso.

—Ya no puedes elegir beso conmigo —se regodea—. Estarías repitiendo.

—¿Y? Gala no para de elegir «verdad»…

—Que contestes a una puta pregunta, joder.

—¡Tris! —le llamo la atención. No quiero que se vuelva a poner como una furia en una fiesta.

—Tú solo contesta a la pregunta y ya, Guzmán… —le aconseja Felipe.

Me llega un nuevo mensaje al móvil. Esta vez es del grupo de WhatsApp que tengo con mis amigos. Dafne ha escrito que Morales ha picado el anzuelo y ha aceptado la solicitud del perfil falso de Facebook. Miro a mi amiga y tiene una sonrisa maquiavélica decorando su rostro.

Sería una faena que ahora Tristán descubriese quién es realmente el que se tiró su ex…

—A ver, escupe de una vez —se rinde Claudia.

—La pregunta es sencilla, amorcito —se deleita Tristán, crujiéndose los dedos—: ¿Te gusta follarte a profesores?

Los murmullos a lo largo del círculo suenan más altos que la música del estéreo. Claudia estalla tanto como Tris y, así, de repente, el caos termina apoderándose de mi hogar.

—¡Vale, chicos, calmaos! —Mis palabras se diluyen en el ambiente. Dado que nadie me escucha, opto por escapar a la cocina.

Felipe ha empezado a liarse con Melisa Botega, Dafne sigue preparando la venganza para Morales, Tristán y Claudia están al borde de lanzarse platos a la cara y el resto del curso simplemente disfruta de la anarquía.

Aprovecho la soledad que encuentro en la cocina para intentar avanzar un poco con la limpieza. Me entra pereza al pensar que Oriana libra este fin de semana y que tendré que ser yo la que recoja todo el estropicio de la fiesta. Lo que haga ahora, me lo ahorraré por la mañana. Pero no pasan ni cinco minutos, cuando Jimena se presenta en el cuarto con mi móvil en la mano.

—Tía, alguien te está llamando.

Ahogo un grito. ¿Cómo? ¿A estas horas? Descuelgo al instante, con el pánico de que a mi padre le haya pasado algo. Quizá un accidente, como a mi madre, o una sobredosis…

—Hola, ¿tú eres «Angelito»? —pregunta la voz de un chico que no logro reconocer—. Perdona las horas, pero estoy aquí con un amigo tuyo y no me puedo hacer cargo de él por mucho tiempo.

Se me para el corazón cuando escucho el mote con el que me llama; solo puede estar hablando de Guillermo. Me llevo una mano al pecho.

—Disculpe, pero no entiendo. ¿Qué está pasando?

—Tu amigo está borrachísimo. Trabajo en la seguridad del club Magnate, por el barrio de Salamanca, y ahora estoy haciéndome cargo de él, pero me está sustituyendo un colega y no puedo estar mucho más tiempo así. ¿Te importa venir a por él?

Respiro con fuerza. Esto no puede estar pasando. Le invito a mi fiesta para que resolvamos lo que hay entre nosotros… ¿y él prefiere marcharse a un local a pillarse el pedo del siglo?

—Guillermo tiene padres, una hermana… —justifico—. ¿Por qué me ha llamado a mí?

Oigo un suspiro al otro lado de la línea. El segurata finalmente contesta:

—Te he buscado en sus contactos. No para de repetir tu nombre.



48

Guillermo del Prado

Unas horas antes…

Magnate es uno de los clubs más exclusivos de la ciudad. Es para mayores de edad, pero, conociendo a la gente indicada, siempre hay excepciones. El interior del club es grande y oscuro, y está decorado con muebles de terciopelo negro y neones violetas. Huele a cachimba de mora, y la música es tan *sexy* como perfecta para restregarse en la pista.

La gente a nuestro alrededor lleva traje o vestidos de fiesta, y llamamos la atención entre tanto treintañero con empleo en las cuatro torres. Si han dejado entrar a Luna con esas Converse, no es por otro motivo que por el de sus contactos. Luna detesta a los ricos, pero adora su estilo de vida. Podría perfectamente buscar un trabajo o estudiar en un instituto público, pero ella va siempre por libre, haciendo pellas cada día en su colegio religioso y sacando dinero de venderles hierba a chavales pijos de su edad.

A veces, pienso que la vida no le ha cambiado tanto a pesar de la expulsión de Suiza. De hecho, es como si lo que pasó con Roberto no hubiera ocurrido, porque todos hemos seguido con nuestras vidas como si nada…

El día del «accidente», uno de los conductores que pasaba por la autopista en aquel momento llamó a la policía. Fue él quien dio nuestros perfiles a los agentes y luego al internado para acusarnos de lo ocurrido. Sin embargo, los miembros *senior* del CDC llegaron a tiempo para que la policía detuviese la investigación y las acusaciones. Lo que no pudimos evitar fue la expulsión del internado porque, tras vernos obligados a decir que todo había ocurrido por una «fiesta en la que mi hermano se emborrachó», nos echaron a patadas para no manchar la reputación de la escuela. Fue un precio a pagar, y nadie ha vuelto a abrir la boca desde entonces…

—Venga, ¿qué quieres? —me grita Luna al oído por encima del barullo.

Me encojo de hombros y muevo la mano con esmero.

—¡Lo que sea!

Veo a mi amiga pedirle algo al camarero, pero no sé qué. Al cabo de un rato, tengo un copón de Aperol Spritz con extra de Prosecco en la mano.

—¡Vamos a bailar!

Luna me arrastra hasta la pista de baile. Conforme me voy terminando la copa, me siento más desinhibido, más en paz conmigo mismo. Noto cómo cada persona con la que me cruzo se restriega conmigo y me da igual. Por un instante, siento a Roberto bailando a nuestro lado, dejándose llevar e incluso mostrándonos un par de pasos de *El lago de los cisnes*, y comienzo a reírme con euforia. La copa me ha dado más energía de la que esperaba; será que llevaba días sin beber alcohol.

En un momento de la noche, decido mirar mi Hublot y me fijo en que ya han pasado tres horas desde que llegamos. Observo a mi alrededor y Luna ni siquiera está conmigo en la pista. Me encuentro rodeado de gente que no conozco, algunos mirándome con caras rancias y otros riéndose. ¿No estaré desnudo?

—¡Ten! —me grita Luna, al encontrarme. Me ofrece una nueva copa—. ¿Quieres sentarte un rato?

Asiento al instante. Me siento con mucha vitalidad, pero no quiero volver a perderme.

Luna ha conseguido un reservado perfecto en el piso de arriba del

club. Estamos alejados del resto y la música ahí nos permite hablar sin gritar. En cuanto me siento sobre el colchón del sofá y me quedo quieto unos segundos, puedo notar cómo el sudor me cae a chorretones.

—Bebe un poco de agua también, cari —me sugiere, dándome de una botella que ha conseguido—. ¿Cómo te encuentras?

—De puta madre. ¡Me podría comer el mundo ahora, joder!

—Vaaale, vale —se ríe ella—. Sí que te he visto a tope ahí abajo…

—No sé qué me pasa, tía. Es rarísimo.

—Tú eres así —me explica, acariciando mi pecho por encima del polo—. Tienes brotes de energía. Te salen muy de vez en cuando. Aún recuerdo aquella noche que tú y yo… —suelta una risita—, bueno, te acordarás, ¿no?

Su mano empieza a bajar por mi vientre hasta alcanzar mi paquete. Ni siquiera estoy duro, solo confuso.

—Fue increíble —me susurra al oído—. Y sabes que con práctica sería hasta mejor.

Le aparto rápidamente la mano de ahí. La vitalidad se me va en un momento, y así, de repente, llega el bajón de la noche.

—¿Qué haces, Luna? —cuestiono, con más curiosidad real que reproche.

Eso parece dejarla perpleja. ¿De verdad creía que agarrándome la polla iba a dejar que me hiciera lo que fuera? Luna levanta la cabeza con orgullo.

—¿Esto es por la chica esa? —replica—. ¿Ya no te gusto?

Me encantaría ahora mismo decirle que no, que, en realidad, no me ha gustado nunca. Es mi amiga y la quiero, pero como se quiere a una hermana. Cuando follamos, solo éramos dos chavales en busca de experiencias, nada más. ¿Cómo ha podido quedarse anclada ahí?

No deja de mirarme y el tiempo corre, así que respondo lo primero que se me ocurre:

—Quiero a Gala. Me estoy enamorando.

—¿Que la quieres? —repite entre risas. Puedo ver cómo sus ojos brillan bajo los neones—. *Amore*, te has encaprichado con la niña buena, y sabes que le vas a hacer daño. Así es la gente como

nosotros: un cactus de espinas afiladas en un mundo de globos felices. A la mínima que queremos a alguien, lo acabamos rompiendo. Tú lo sabes más que nadie.

Sus palabras se clavan en mí como una espada en llamas. Comienzo a pedir perdón en voz muy baja, atormentado por la imagen de mi propio hermano, mirándome con decepción desde mi propia cabeza. No logro centrar mis pensamientos. La segunda copa me está dejando KO. Me apoyo contra el respaldo del sofá mientras Luna se levanta.

—Ahora vuelvo.

Pero no lo hace. Pasan los minutos y luego, las horas. Yo trato de levantarme, pero me cuesta la vida. Todo me da vueltas, la música se distorsiona a través de mis oídos y, por mucho que busque a Luna entre la gente, apenas logro diferenciar caras. ¿Qué cojones llevaba esa bebida?

No sé cómo, pero consigo salir del local. Un hombre calvo y grande me recoge del suelo. Por un momento, teniendo en cuenta mi historial, pienso que me va a dar una paliza. Pero, por suerte, parece un buen tipo y me ayuda a sentarme a una esquina de la entrada. Siento ganas de vomitar, aunque no me sale nada; tampoco las palabras.

Solo hay una que se repite dentro de mí, cada vez más alto…

—A ver, socio, no puedo pasar la noche contigo —me explica el hombre calvo, tratando de vocalizar lo suficiente para que un borracho como yo lo entienda—. ¿Tienes a alguien que podamos llamar?

No, no tengo a nadie. Antes tenía a Roberto, pero ya no está. Mi hermano está muerto, está muerto por mi culpa. Yo lo maté. Y puedo ver su cuerpo sin vida en cada calle que cruzo, cada clase a la que asisto y cada sueño que tengo. Su corbata de satén ensangrentada me perseguirá hasta el día de mi puta muerte.

Dado que no encuentro respuesta, el hombre agarra mi móvil y lo desbloquea con mi cara. Se mete en la *app* de Contactos y comienza a buscar.

—Solo dime un nombre, tío —insiste—. Alguien que sepas que te puede ayudar.

Ya no estoy seguro de que eso sea cierto, porque ya nadie puede ayudarme. Pero es la única palabra que logro pronunciar:

—Angelito.



49

Gala Ruiz-Johnson

Son ya casi las cuatro de la mañana y no pienso llamar a Pedro para que me lleve a recoger a Guillermo, así que me veo obligada a buscar un taxi. Por suerte, siempre hay bastantes por mi zona. Dejo a mis amigos a cargo de la casa y callejeo ágilmente hasta llegar al Paseo de Eduardo Dato.

No tardo mucho en conseguir un taxi libre. Le doy la dirección que me ha facilitado el tipo de seguridad y tardo quince minutos en llegar al local. Detesto ir en coche, sobre todo a estas horas; mi madre tuvo el accidente por la noche, y recorrer ahora la carretera solo me ayuda a imaginar la escena.

Desde fuera, el local parece bastante exclusivo, pues los asistentes van en traje y ropa de gala. Nada más bajar del taxi, a quien pido que me espere, encuentro fácilmente a Guillermo: un hombre bastante grande y rapado cuida de él en una esquina de la calle y parece que hasta le ha dado una botella de agua para que se hidrate; será el segurata que me ha llamado.

—Hola, soy Gala —me presento. Luego, carraspeo—. El «angelito».

—Pues menos mal que te tiene así guardada en su agenda —suspira—. Ya está algo mejor. Todo tuyo, yo me tengo que pirar ya.

—Sí, muchísimas gracias por todo —le digo antes de que vuelva al trabajo.

—Angelito —balbucea Guillermo, tratando de alcanzarme con la mano. Le ayudo a levantarse.

El taxista refunfuña al ver el estado de mi amigo, pero sale del coche para ayudarme con él y, entre los dos, logramos colocarle bien el cinturón. No comprendo cómo puede seguir oliendo bien, a pesar de la borrachera. Es como si el olor a Aperol se hubiese fusionado con el de su colonia y hubiese mejorado la fórmula.

—Así que tenía razón —murmura, ya de camino a su casa—: Eres mi ángel de la guarda.

—«Santa Gala al rescate» —contesto, apretando la mandíbula—. Ya te vale.

El taxista ha puesto la música bien alta, supongo que para darnos algo de privacidad. Con lo borracho que va Guillermo, seguro que cree que me muero por echarle la bronca. Y razón no le falta. No me hace nada de gracia verle así, como una cuba, sin poder apenas sostenerse en pie; y mucho menos después de descubrir por lo que está pasando mi padre… Lo último que me apetece ahora mismo es vivir rodeada de «consumidores».

—¿Estás bien? —me pregunta el borrachuzo, tocándome con cariño la punta de la nariz.

—No, no estoy bien —replico—. ¿Me puedes decir por qué te has pillado semejante cogorza?

—Me encanta esa palabra —se ríe.

—¡Guillermo!

—Hoy hace cuatro meses que murió Roberto.

Me quedo totalmente en blanco. ¿Qué se responde a eso? Me muerdo la lengua mientras pienso qué decir, pero no es necesario, porque Guillermo atrapa mi mano y la besa suavemente, mirándome con ojos de cachorrillo.

—Perdóname —me susurra—. Quería ir a tu fiesta.

Suspiro.

—Lo sé. Y yo quería que vinieras.

Guillermo mira al taxista y, tras verle más que centrado en la carretera, se desabrocha el cinturón y se sienta a mi lado.

—¿Qué haces?

—Quiero estar contigo, Gala —me susurra al oído, mordiendo después el cartílago de mi oreja—. A la mierda los errores del pasado, quiero empezar de nuevo contigo.

Trato de comprender qué está queriendo decir, pero sus labios tan cerca de mi rostro me están despistando. Su mano pasea sensible sobre mis muslos, y puedo notar cómo todo lo que sentí aquella mañana en el museo regresa ahora mismo.

—Necesito ser tuyo, Gala —me suplica entre jadeos susurrantes—. Y que tú seas mía. De nadie más. Quiero, por una vez, hacer las cosas bien.

Apoyo mi mano sobre la que él tiene encima de mi muslo, no sé si para pararle o para hacerle seguir más rápido.

—Guillermo, no creo que este sea el momento…

—Nunca nadie me ha puesto tan jodidamente cachondo —me confiesa, besando lentamente mi cuello, dejando que cada encuentro con mi piel sea especial, y me pregunto cómo puede ir hasta las trancas y seguir siendo tan bueno en esto.

—Vamos a llegar —trato de cortarle—, ponte el cinturón.

—Pónmelo tú.

Guillermo redirige mi mano hacia su abdomen y luego la deja ahí a mi elección. Me atrevo a bajarla un poco, y en cuanto noto la enorme erección que resalta sobre sus pantalones, decido dar marcha atrás.

Miro la *app* de mapas en la pantalla del taxista: la casa de Guillermo está en la siguiente manzana.

—Sigues borracho —le recuerdo, odiando no poder seguir con esta conversación—. Hablaremos mejor mañana.

—Puedo hacerte mucho más feliz que Julen. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué?

—Ya hemos llegado —anuncia el taxista.

Me quedo de nuevo sin palabras. ¿Por qué dice eso? ¿Qué sabe él de Julen? La sola mención de ese capullo me corta el rollo por completo.

El taxista me ayuda a dejar a Guillermo en su casa y luego le suelto un billete de cien, por las molestias. Ya en la casa, ayudo a mi

ami… a Guillermo a desvestirse y a ponerse una camiseta vieja a modo de pijama. Todo esto en puro silencio; lo último que quiero es que su hermana se despierte y me vea aquí…

—Eres un angelito —repite Guillermo con una sonrisa, ya bien arropado en la cama por mí.

—Y tú eres idiota —termino riéndome—. No vuelvas a beber así, por favor.

—¿Quién es él?

Suelto otro suspiro.

—No quiero hablar de Julen ahora mismo. Pero te prometo que lo haré algún día.

—Aquí estaré —balbucea, cerrando los ojos—. Total, cada uno con sus traumas.

Y así, tras una noche de lo más innecesaria, me marcho caminando a mi casa y doy por concluido el día. En cuanto llego al piso, mis amigos han recogido por mí y se han marchado ya a dormir. Mañana se lo agradeceré, pero, por ahora, solo quiero cerrar los ojos.

Me meto en mi cama, pero no logro dormir. No paro de analizar cada una de las frases que Guillermo ha soltado en el taxi: «A la mierda los errores del pasado», «Quiero empezar de nuevo contigo», «Quiero por una vez hacer las cosas bien»… ¿Todo esto tiene que ver con Roberto?

Sé perfectamente que el Guillermo que he visto esta noche no es el real, sino una fachada que ha construido sobre sí mismo, a modo de fortaleza. Ojalá pudiera ayudarlo, pero me resulta imposible hasta que sepa todo lo que necesito saber de él.



50

Gala Ruiz-Johnson

En menos de cuatro horas, ya ha amanecido. No he podido pegar ojo, así que agradezco que el rayo de luz que aterriza sobre mi cara me haya indicado que ya son las ocho; anoche me olvidé de cerrar las cortinas. Una vez más, me levanto la primera tras la fiesta y, como esta vez ha sido en mi casa, me muevo con mucha más libertad que en otras ocasiones.

Bajo en un momento a la cafetería que tengo a un par de manzanas y compro *croissants* recién hechos para todos. Me doy un caprichito y también pido un *latte* sin azúcar con un toque de vainilla para mí. Ya en casa de nuevo, el olor a bollo tostado parece despertar a mis amigos, que van llegando uno a uno a la cocina.

—Madre mía, ¡qué nochecita! —exclama Jimena, apoyándose dramáticamente contra la pared de azulejos—. Te fuiste en el mejor momento, tía.

—No te creas que yo lo pasé mejor…

—¡Es verdad! ¡Cuenta!

Comienzo a narrarles a ella y a Felipe cómo fue mi parte de la noche con Guillermo y, para cuando llegan Tris y Dafne, opto por saltarme la parte en la que él mencionó a Julen y preguntó por él. Nadie tiene por qué saber eso.

—Ibais a ponerle un nombre a lo vuestro anoche y al final… —Jimena parece más afectada que yo—. Cuánto lo siento, princesita.

—No pasa nada.

—Bueno —sonríe Dafne, mirando al móvil—. Ya tengo preparadas las fotos y el nombre para cuando «Vanesa» cambie su perfil por completo. El plan «*Good bye*, Morales» se efectuará el lunes.

—¿Al final lograste sonsacar a Claudia con quién te engañó? —le pregunto directamente a Tris.

Él niega con la cabeza.

—Se lo sigue callando. No tiene ovarios para confesar y, sinceramente, ya me empieza a dar un poco igual.

Tristán se sienta sobre la encimera, llevándose un vaso de agua fría a la frente. Dafne le mira, dubitativa.

—¿Qué estás diciendo?

—Todo esto de «pillar al malo» ya me está agotando, así que esta noche lo he pensado bien a fondo y voy a pasar página oficialmente.

—¡Muy bien dicho, bello! —aplaude Jimena.

Felipe apoya su mano en el hombro de Tris.

—Estamos contigo, *bro*.

—El plan ya está en marcha —añade Dafne—. Ya no se puede parar, que conste…

Tris se estira, cansado.

—Ahora solo quiero liarme con quien me dé la puta gana, sudar de relaciones y pasármelo como un cabrón ahí fuera.

—¿Y la parte de estudiar te la dejas para otro año o…? —bromeo. Tris me guiña el ojo entre risas—. Oye, una pregunta… ¿por qué la invitaste ayer?

Todos permanecemos atentos a su respuesta. Tristán levanta las cejas, pensativo.

—Supongo que quería intentar que admitiese la verdad delante de todos, pero… —suspira—. Una parte de mí siempre va a querer saber qué hubiese pasado si no me hubiese roto en mil pedazos, ¿sabes? Odio que haya alguien ahí fuera al que le he ofrecido toda mi confianza y que se haya aprovechado de mí como si no significase nada…

El corazón comienza a latirme fuerte. No puedo seguir así, es

inviable. Tris es uno de mis mejores amigos; guardarle un secreto tan fuerte como este durante lo que queda de nuestras vidas terminaría acabando conmigo. Es por eso por lo que vomito cada palabra como si lo necesitase para respirar de nuevo:

—Tris, ¡yo también estuve a punto de traicionarte!

Mi amigo frunce el ceño. Todos lo hacen.

—¿De qué hablas?

—Claudia me amenazó. Se enteró de un secreto mío y me forzó a manipularte para que te plantearas regresar con ella. Por suerte, Dafne logró callarla, pero no voy a mentirte: me estuve planteando muy seriamente hacerlo.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta Tristán a su prima, aún más ofendido.

—Desde hace muy poco —confirma ella, encogiéndose de hombros—. Tenía que ser ella quien te lo dijera, no yo.

—Pero, tía… —comenta Felipe—, ¿qué secreto es tan fuerte como para que le hagas algo así a Tris?

Noto cómo mis ojos empiezan a humedecerse y no puedo hacer nada. Miro de reojo a Dafne, que niega sutilmente con la cabeza. Ella ni siquiera conoce la existencia de mi vídeo sexual, pero es plenamente consciente de que, solo con el vídeo de Claudia de «Santa Gala saliendo con un tío mayor», mi reputación se vería radicalmente afectada en el Knight's Hill si esa información saliera de esta cocina. Y más aún cuando, inevitablemente, el vídeo de Julen acabase saliendo a la luz después… Y por eso decido optar por contar mi otro secreto.

—Vio a mi padre drogarse con su socio —revelo— cuando fuimos al *ballet* y, al parecer, lo grabó.

Todos se llevan las manos a la cabeza. Incluso Dafne se muestra sorprendida.

—¿Es eso cierto?

—Sí lo es —admito—. Estaba tan asustada por otra posible bajada de las acciones de Blaisè que me vi obligada a sucumbir a los deseos de Claudia.

—Menuda perra —suelta Felipe entre dientes.

Sé que el secreto de mi padre también podría conllevar

consecuencias si alguien más lo descubriera; sin embargo, al ser un hombre mayor y rico, algo me dice que sería más fácil que la gente lo olvidase. No sería la primera noticia sobre un ricachón consumiendo drogas que acaba pasando desapercibida. Y puede que esté siendo egoísta, pero no me siento con fuerzas para que mi vídeo con Julen salga a la luz, que es lo que terminará ocurriendo si Claudia rompe su silencio… ¿Y cómo me recuperaría de algo así? No es justo, ni siquiera he empezado a vivir la vida…

—Aun así, Galita —menciona Tris—, podrías haber confiado más en nosotros. Joder, que entiendo lo de tu padre, pero que me vendieras sin siquiera buscar otras opciones…

—Tris, ¡no llegué a hacerlo!

—Pero has dicho que te lo planteaste. Estabas dispuesta.

—¡De verdad que…!

—Lo siento, Gala, no estoy de humor…

Y sin más que decir, agarra su abrigo del recibidor y se va.

Felipe va tras él, y Jimena, después. Mi amiga no se va sin antes mostrarme con tristeza su rostro decepcionado. Le pido perdón con los labios, pero sé que tengo mucho trabajo por delante para compensarle esta casi traición. Cómo agradezco que Dafne llegara antes de llevarla a cabo.

Ella es la única que se queda conmigo. Me seca las lágrimas con un pañuelo.

—¿Por qué no me dijiste lo de tu padre?

—Tenía miedo, Daf. Sé que tú lo tienes todo bajo control, pero a mí este curso se me está haciendo cuesta arriba y solo estamos en el primer trimestre. Primero lo de Julen, luego esto. Y Claudia que parece estar en todos sitios…

—Estabas protegiendo tu reputación familiar —me interrumpe—. Lo respeto. ¿Hay algo que no me hayas contado aún?

—No —miento.

Falta la peor parte de todas, pero esa sí que no puedo contársela a nadie. Una cosa es la fama que me puede generar mi *affaire* con Julen, y otra muy distinta el vídeo que podría difundirse…

La forma en la que lo descubrí fue incluso peor que el propio material.

Una tarde de agosto, tras mi regreso de Milán y después de haber dejado atrás mi historia con Julen, fui sola a tomar un café a la pastelería Mallorca que tenía más cercana.

El recuerdo de esa primera vez que jamás debió serlo ya no me atormentaba por las noches, seguramente porque se había quedado en Italia y Madrid ahora era mi refugio. Sin embargo, el olor de su colonia me llegó antes de poder verle: ahí estaba, frente a mí, en la terraza; se sentó en mi mesa antes de que pudiera reaccionar…

—Veo que Madrid no te resta belleza.

—Julen, ¿qué haces aquí? —pregunté casi en *shock*.

—Ver a mi chica.

Solté una risotada involuntaria. Después de esa noche, cuando había decidido que lo nuestro era un error, solo le había vuelto a escribir para despedirme y decirle que volvía a casa, así que aquello no tenía ningún sentido.

—No soy tu chica y nunca lo he sido.

Julen parecía confuso.

—¿Cómo que no? ¿Y todo el tiempo que hemos pasado juntos?

—Ha sido un buen verano, ¿pero qué tal si lo dejamos ahí? —De verdad que quería sonar amable, pero no me lo estaba poniendo fácil. ¿No pillaba las indirectas? ¿No comprendía por qué ya no contestaba sus mensajes?

Su rostro cambió tras mi propuesta y se mostró serio y un poco dolido.

—¿Me estás dejando? —comenzó a levantar la voz—. Aún no hemos acabado.

—Dios, Julen, yo creo que sí.

Dicho esto, con el miedo de que montase una escena, me levanté de la mesa y marché calle abajo. Pero él me siguió.

—¡Aún no hemos acabado! —repitió—. Hicimos el amor…

—Eso nunca pasó, ¿me oyes? —le indiqué muy lentamente—. Nunca hicimos nada.

—Es tu palabra contra la mía —contestó, dejando de caminar—. Y yo tengo pruebas.

Me detuve en seco; giré lentamente sobre mis pasos y me acerqué a él. Julen señalaba su móvil. Mis ojos se volvieron vidriosos, y él

sonrió con satisfacción.

—No serías capaz…

—¿De grabarnos esa noche? —interrumpió—. Quería un bonito recuerdo que has logrado mancillar tú solita.

—Bórralo.

Julen solo sonrió. Para qué molestarme, si era evidente que eso no entraba en sus planes.

—Borrarlo significaría que lo nuestro ha acabado, *amore mio*. Y solo está empezando…

Le bloqueé en cuanto llegué a mi casa y traté de mentalizarme de la existencia de ese vídeo. Mi único consuelo era creer que no volvería a verle…

Y luego comenzó este maldito curso.



Dafne se queda conmigo un rato más y no puedo estar más agradecida. Tris, Felipe y Jimena ahora están descontentos conmigo y, aunque me lo merezco, no lo soporto. Al menos, Claudia ya parece fuera del mapa. En cuanto al resto, Julen, de momento, está medio controlado, y ahora lo que me preocupa de verdad es la adicción de mi padre y ese tal CDC con el que se va a reunir Guillermo.

Sigo sin tener muy claro en qué punto estamos él y yo, pero lo que sí sé es que quiero estar ahí cuando me necesite, al igual que quiero estarlo para el resto de mis amigos, porque no pienso volver a hacerles ningún tipo de daño en la vida.

Ya por la tarde, me quedo leyendo a Sylvia Plath en el salón hasta que recibo un mensaje. Mi pulso se detiene en cuanto veo el nombre de Claudia en la pantalla. ¿Es que no se cansa nunca?

Sé que Tris lo sabe todo. ¿Pensabas que te irías de rositas?

Otra amenaza más, ya ni me sorprende. Al parecer, Tris ha acabado hablando con ella. Me consuela saber que ella misma se ha cavado su propia tumba. Aun así, siento temblores al pensar en lo que habrá hecho para devolvérmela… Vuelvo a dejar el móvil en la

mesa sin darle mucha importancia y, al cabo de un rato, oigo el sonido de la puerta desde el sofá.

Mi padre ha llegado de su último viaje de negocios. Es raro que no salude; creerá que no estoy en casa. Sin embargo, en cuanto observo su semblante furioso al verme, me levanto automáticamente del sofá, confusa.

—Papá… ¿pasa algo?

No necesita decirlo en voz alta. Tan solo me muestra la pantalla de su teléfono, donde el vídeo que sacó Claudia besándome con Julen está reproduciéndose. La muy arpía lo ha acabado haciendo.

Miro a mi padre, en busca de cualquier excusa, pero ya no me sale la voz. A él parece que tampoco, porque solo pronuncia tres palabras que me hielan la sangre:

—Tenemos que hablar.



51

Guillermo del Prado

Levantarme es la mayor de mis torturas. Conforme salgo de la cama, un casco imaginario se aferra a mi cabeza y la aprieta cada vez más hasta desgarrarla. Necesito un ibuprofeno y quince litros de agua ahora mismo o moriré.

Mi hermana no está en casa, y, por la nota que me ha dejado en la nevera, descubro que ha salido a tomar el *brunch* con unas amigas. Genial, al menos no me verá con la resaca del siglo.

Me prepararía un zumo de naranja, pero ahora mismo no quiero sucumbir al ruido infernal del exprimidor. Sin embargo, el timbre de mi teléfono logra sustituirlo. ¿Desde cuándo llevo el volumen del móvil al máximo?

Miro la pantalla y me aparece la cara de Luna sonriente en ella. Suspiro y descuelgo.

—¿Sí?

—*Amore*, ¿cómo estás? —me pregunta con suma dulzura—. Me tenías preocupadísima.

—No deberías haberme dejado tirado, entonces.

—Te juro que no fue así. —Me siento a escucharla en la isla de la cocina—. Fui a por un poco más de agua para ti y me encontré con unos amigos que se liaron a hablarme. Para cuando volví al

reservado, ¡ya no estabas!

No me lo llego a creer del todo. Estuve horas esperándola ahí, por muy rápidas que se me pasasen. Aun así, estoy tan cansado que decido ceder.

—Está bien. No pasa nada.

—¿¡Qué pasa, marquesito!? —La voz chillona de Víctor aparece por sorpresa y me taladra el cerebro.

—Tío, ¡no grites!

—Huy, perdona, mi reina —suelta entre risas—. ¿Mucha marcha anoche o cómo?

—Mucha —murmuro—. ¿Qué hacéis?

—Estoy acompañando a doña Camello a hacer de las suyas.

—Trae el móvil, anda —escucho decir a Luna. Después, sigue hablándome en voz más baja—. Escucha, respecto a lo que pasó ayer…

Cierro los ojos un momento y me llevo los dedos al puente de la nariz. Lo había olvidado por un momento: nuestra discusión, su acercamiento.

—Es igual, Luna. Íbamos taja.

—Aun así. Eres mi mejor amigo y siempre querré lo mejor para ti. No te voy a mentir, no me llego a fiar del todo de esa chica, pero a lo mejor me estoy equivocando, así que… Solamente ten cuidado, ¿vale?

Ahora dice que no se fía de ella, pero recuerdo perfectamente cómo anoche soltó que era yo quien seguramente le haría daño. «Somos como un cactus de espinas afiladas en un mundo de globos felices. A la mínima que queremos a alguien, lo acabamos rompiendo».

—Estaré bien —me ciño a contestar.

—¡Tío! —La voz de Víctor regresa a la llamada—. ¡Que nos vemos en nada! ¡Va a ser la hostia! Más te vale estar ahí, ¿eh?

¿Acaso tengo otra opción? El simple recuerdo de lo que me espera la noche del 31 hace que se me revuelva el estómago. No estoy preparado, pero tampoco me queda otra. Tengo que hacerlo para acabar con todo esto, para hacerle justicia a Roberto.

—No me lo perdería por nada —contesto.

Y, para cuando les cuelgo, salgo corriendo al lavabo, soltando toda la comida y el alcohol de la noche anterior. No me encuentro bien, pero, siendo justos, dudo que vaya a hacerlo en lo que me queda de vida.

En cuanto logro incorporarme de nuevo en el baño, recibo un mensaje de Tris:

Túúúú, ¿qué te vas a poner para la mascarada?

Regresan las arcadas. Mi plan es sencillo: me pondré un esmoquin, una máscara veneciana y fingiré divertirme durante toda la noche. El único objetivo será llegar al día siguiente.



52

Gala Ruiz-Johnson

Nunca antes había visto al gran Nuño Ruiz-Johnson así de furioso. El enfado normal de mi padre tiende a lo esporádico y conciso, con algún grito y alguna muestra de disgusto. Además, nunca suele ir dirigido hacia mí, pues no soy una hija que dé muchos problemas… Pero esta vez es distinto: su mirada es fría, gélida; sus fosas nasales están más abiertas que nunca y puedo notar cómo la vena de su frente palpita con fuerza. Me observa a un metro de distancia, pero parece como si fueran kilómetros.

Claudia lo ha hecho. No cedí a su chantaje y ha ejecutado mi sentencia.

—Papá… —comienzo—. No sé por dónde empezar.

—¿Desde cuándo os veis? —pregunta directamente.

Me quedo en silencio, planteándome si mentir una última vez.

—¿¡Desde cuándo!? —insiste mi padre, ahora más alto. Doy un respingo del susto.

—Nos conocimos este verano.

¿De qué me sirve seguir ocultándolo? Ya no hay esqueleto en el armario: han descubierto el cadáver. Mi padre se tapa la cara con la mano mientras pasea por el salón.

—No es tan horrible como parece, papá —lucho por justificarme—.

Fue algo inocente…

—¡Joder, Gala! —vuelve a gritar—. ¿Crees que me lo creo?

Me quedo en blanco por unos segundos. Después, reacciono:

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando?

—¿Alguien más lo sabe? A parte del que me ha enviado las fotos, claro…

Permanezco perpleja. ¿Ahora cambia de tema? Mi padre vuelve a preguntarlo con insistencia, acercándose a mí. Niego con la cabeza, pero no con mucha seguridad. Él no deja de mirarme hasta que confieso.

—Dafne lo sabe.

Eso le hace suspirar de alivio.

—Ella sabrá callárselo. ¿Quién más?

—Papá… ¿de qué hab…?

—¡Gala!

Cojo aire y confieso.

—Claudia Guzmán. Es la que sacó este vídeo.

—Esa malcriada asquerosa… —balbucea—. Hablaré con su padre.

—No hará falta, ¡en serio! —insisto—. Dafne y yo hemos logrado silenciarla.

—Ya veo, ya.

Se acabaron los modales con ella. Si tengo la oportunidad de destruirla, no me quedaré quietecita.

—Quiero que me digas el nombre de este tipo —me ordena mi padre, abriendo la *app* de Notas de su móvil—. Solo necesito su nombre para dar con él. Le haremos llegar un contrato de confidencialidad, tanto a él como a la niñata de los Guzmán, para que mantengan la boca cerrada…

—¡Papá!

—¡No me vengas con «papá», Gala! —estalla—. Me has decepcionado como nunca. ¿En qué momento se te ocurre? ¡Podrías haber provocado un caos! Imagina que esto llega a oídos de los accionistas de la marca… Ya sabes que son tipos muy conservadores y que algo así podría hacer que retiraran la confianza en nosotros, joder… —murmura, soltando un bufido—. Pensé que eras más responsable.

No quiero ni imaginarme si el vídeo que hubiese visto fuera el otro…

De todos modos, sus últimas palabras provocan que me hierva la sangre y aprieto la mandíbula todo lo que puedo para no vomitar lo que quiero decir, pero me es imposible callar.

—Perdona, papá —respondo con frialdad—. La próxima vez tomaré tu ejemplo y me meteré una raya en los baños del teatro. Eso seguro que no los escandaliza tanto…

Mi voz suena tan seca de repente que hasta yo me doy miedo. Mi padre, que se había puesto rojo del enfado, ahora está blanco como la niebla.

—¿Cómo has…?

—De verdad que me fascina —le interrumpo— cómo se me requiere ser siempre perfecta, y a la vez todos me tratáis como si fuese estúpida.

La casa pierde el sonido por completo. Durante el atroz silencio, mi padre decide sentarse en el sofá, y yo le acompaño. Puedo ver por primera vez en años sus ojos humedeciéndose.

—¿Lo sabes desde hace mucho?

Siento la preocupación en su pregunta. Si hay algo peor que sentirse decepcionado por una hija es haberla decepcionado tú. Asiento con la cabeza.

—Te vi en el *ballet*. Y Claudia también. Tiene otro vídeo tuyo y me ha estado haciendo chantaje con ambos.

Volvemos a guardar silencio. Mi padre se tapa la cara con las manos. He debido de dar en el botón justo, porque toda la energía con la que me estaba gritando se ha transformado en puro cansancio.

Él comienza a llorar, y eso provoca que yo también lo haga.

—Papá, no quería hacerte sentir mal —le digo—. Pero tampoco sabía qué hacer con tu problema con…

—Siento mucho que lo vieras, hija —me interrumpe—. No sabes por lo que he estado pasando últimamente…

—¿Lo haces mucho? —me atrevo a preguntarle—. Lo del baño, quiero decir.

Él niega con la cabeza. Pero algo me dice que no está siendo del

todo sincero.

—Solo en algún que otro evento, en privado. Cuando siento que lo necesito.

—¡Pero no lo necesitas!

—Sí que lo hago —condena—. A pesar de la buena acogida de la línea masculina, ahora mismo Blaisè está afrontando muchos problemas. Entre ellos, los que provocó el maldito rumor de internet sobre nuestras fábricas y la explotación, que parece que todavía trae cola… —suspira—. Las acciones no paran de bajar y no hay equipo de *marketing* que logre evitarlo a pesar de que, tanto en nuestra web como en nuestras redes, se pueden ver perfectamente las fábricas de Getafe. Además… —va a continuar, pero, de pronto, se detiene—. Nada. Eso es todo.

Sé que no lo es, pero no le insisto. Puedo creerme lo de las acciones, quizá por eso Dafne lleva sin mencionármelas algún tiempo; imagino que no quería preocuparme.

—Por favor, papá —le pido, apoyando mi mano sobre la suya—. Podemos salir de esta, pero no recaigas en cosas así. No vale la pena.

Mi padre aparta la mano sutilmente.

—No es tan sencillo como lo pintas.

—Quizá no —sonrío—. Pero somos familia y la familia se apoya pase lo que pase.

Logro que mi padre esboce una sonrisa, melancólica pero esperanzadora.

—Intentaré dejarlo —me acaba diciendo—. Pero tú tienes que bloquear a ese hombre de todas partes. Y, si vuelve a contactarte por donde sea, me avisas.

—De acuerdo.

Me planteo enseñarle ahora la escultura de Calíope Kohl, para que al menos vea que sí hay chicos en mi vida que valen la pena, pero no lo hago y, ahora que el ambiente está más calmado, simplemente aprovecho para abrazar a mi padre y marcharme a mi cuarto. Tanta intensidad en tan poco tiempo me ha dejado KO.

Me tumbo sobre mi cama mientras agarro mi teléfono. He recibido un mensaje de Guille, dándome las gracias por ayudarle anoche, a lo

que respondo con un corazón porque ahora no me apetece hablar más; ya le veré el lunes en clase.

Estoy a punto de apagar el móvil cuando me llega un nuevo mensaje.

No me lo puedo creer. Es de Julen, que me manda un *link* que da con uno de los artículos sobre las supuestas fábricas clandestinas de Blaisè. ¿Es en serio? ¿Ahora encima trata de ponerme en contra de mi padre? Le dejé bien claro que no quería volver a saber más de él. Nunca pilla las indirectas, y por eso, antes de bloquearle finalmente e irme a dormir, le escribo un último mensaje:

> Vuelve a contactar conmigo y nuestra próxima cita será en comisaría.



53

Guillermo del Prado

Llegó la gran noche. Mi hermana pone música de vals en los estéreos del salón mientras nos vestimos para meternos más en la temática del evento. Mi familia organiza el baile de máscaras cada año en esta fecha; es una fiesta benéfica en que las aportaciones voluntarias de los invitados ayudarán a más de cinco organizaciones que luchan contra la pobreza y la exclusión social.

Este año va a hacerse en el Museo Cerralbo, que nos ha abierto las puertas por la noche para que las decenas de contactos que tienen mis padres puedan hacer *networking* bajo el subtexto caritativo del evento. Como dice a veces mi hermana, es un *win-win*.

—A ver, que te vea —canturrea ella, entrando en mi habitación y llevándose una mano a la cara—. Cada día alucino con lo guapo que es mi hermano.

Yo dejo la mirada en blanco. Voy bastante normalillo, la verdad. La temática de este año es «blanco y negro», por lo que he optado por un esmoquin completamente negro de pies a cabeza; lo único blanco que llevo es una rosa saliente del bolsillo de la chaqueta. El pelo lo tengo totalmente engominado hacia atrás y parezco sacado de una película de Al Pacino.

—Estás perfecto y punto en boca —me silencia Aria, mirando mis

caras.

—Tú más, hermanita.

Ella se ha puesto un vestido de tubo con lentejuelas negras y también ha optado por engominarse el pelo hacia atrás; le queda muy elegante, porque así se ven mejor sus enormes pendientes de ónix.

—Solo nos queda el toque final —concluye ella, ofreciéndome una caja de seda.

Abro la caja y me encuentro dos antifaces, uno de encaje violeta y el otro de un intenso púrpura oscuro. Típico de mi familia: darnos un color diferencial para remarcar nuestra posición en esta fiesta. Agarro el púrpura y me lo sujeto por encima de la cara frente al espejo. La verdad es que luce bastante *sexy*.

Aria se coloca tras de mí.

—Este es el primer año sin él —suspira, triste pero no dolida—. Va a hacerse raro.

—Lo superaremos —la animo, consciente de que, al menos, esta noche haré justicia a Roberto.

Mi hermana me abraza.

—Estás haciendo un gran trabajo, de verdad —me recuerda—. Has tenido que empezar de cero y convertirte en un alumno ejemplar, y lo has conseguido. Sé que no ha sido fácil… —«Desde luego que no»—, pero aquí estás. Eres un *crack*.

Sus palabras de aprobación son como un regalo, un regalo que no me he llegado a merecer. Mis notas han mejorado bastante y mis compañías, también. Pero no he hecho más que mentir a mi familia en lo que llevamos de curso, prometiéndoles que había cambiado del todo y que había dejado mi antigua vida atrás…

Y existe el riesgo de que mi antigua vida acabe esta noche con la nueva… Pero no puedo pensar en ello, tengo que confiar en que todo saldrá bien.

Me llega un mensaje de Tristán. Ellos ya están llegando al evento.

—Será mejor que tiremos —le digo a mi hermana—. Los invitados están llegando.

—¿Ves? —se ríe ella—. Qué formal te has vuelto ahora.

Me río educadamente y apago la luz de mi cuarto al salir. Antes de

irnos, le echo un último vistazo a la casa de mi hermana, con el horrible y repentino presentimiento de que quizá sea mi última vez en ella.



54

Gala Ruiz-Johnson

Me coloco bien el escote mientras el Audi recorre el Paseo de la Castellana. Mi padre le indica a Pedro que no se dé prisa por llegar, que tampoco hace falta ser los primeros. No para de mover la pierna con nerviosismo, y trato de convencerme a mí misma de que no se trata del síndrome de abstinencia.

Me retoco el maquillaje por octava vez frente a la cámara frontal del móvil. Ni siquiera estoy nerviosa por la fiesta, pero lo que pasará después me tiene un poco tensa. Voy a tener que pasar gran parte del evento con el ojo echado sobre Guillermo, pendiente de sus movimientos y sus escapadas.

Esta noche pienso descubrir qué es lo que oculta con tanto esmero.

—Gracias por esto, princesa —comenta mi padre en un momento del trayecto—. La invitación era para ambos, pero la has conseguido tú.

—Los padres de Guillermo son encantadores, os llevaréis genial.

—Eso espero —carraspea—. Esta noche hay mucho en juego. Podemos lograr que la compañía remonte si conozco a las personas indicadas.

—Lo sé —le sonrío, cogiéndole de la mano—. Pero trata de no

pensar en ello o te pondrás más nervioso. Eres un hombre de negocios poderoso y con muchos años de experiencia.

Mi padre me sonríe de vuelta, muy poco convencido. ¿Qué ha pasado con el hombre fuerte y decidido que me ha criado?

—Blaisè ha generado millones de beneficios desde hace décadas —le animo—. Puedes con esto y más.

—¿Seguro que no quieres ocupar mi lugar en un futuro? —cuestiona, apretando mi mano—. Se te daría de muerte.

Yo solo me río. Soy plenamente consciente de ello.

Pedro llega a la calle de Ventura Rodríguez; estamos a un minuto del evento.

—Hoy vas a recuperar esa pizca de caché que ha perdido la empresa las últimas semanas —le recuerdo a mi padre, antes de salir del coche—. Y lo vas a hacer sobrio.

—Ni drogas, ni alcohol. Seré fuerte. Te lo prometo, princesa. —Mi padre asiente con energía. Me alegra haber hablado por fin las cosas; me siento mucho más aliviada sabiendo que él me tiene en cuenta como apoyo.

—Gala —susurra en cuanto paramos, más para él que para mí—, siempre serás mi niña pequeña. Lo sabes, ¿verdad?

Le sonrío mientras le veo salir del coche y aprovecho el momento en que va a abrirme la puerta desde el otro lado para hablar rápidamente con el chófer:

—Pedro —le llamo en voz muy baja, sacando del escote dos billetes de cincuenta que he tomado de la cuenta que me deja mi padre para darme caprichos—. Quédate por la zona, te voy a necesitar antes de acabar la noche. Y mi padre no debe saberlo.

Él recoge el dinero y asiente sin soltar palabra. Un hombre de acción, como debe ser.

Llegamos a la entrada del evento cuando este ya ha comenzado. Han abierto la valla del jardín para que los invitados pasen por ahí primero y se nota que el ambiente sigue *in crescendo*, pero al menos no está vacío. En cuanto decimos nuestros nombres, nos dejan pasar.

Ya en el jardín, aprovechamos para ponernos los antifaces. El de mi padre es de un gris un pelín azulado brillante, bastante sencillo y

a juego con su traje a rayas blancas y negras, como bien indicaba el *dress code*. El mío es plateado, bastante femenino y con una preciosa gardenia que decora el lado derecho, a juego con mi vestido blanco de Ralph Lauren.

Antes de pasar al interior del museo, oigo una voz llamándome desde la entrada. Me giro y trago saliva: Dafne ha llegado a la fiesta junto a Tristán y sus padres.

—¡Estás fabulosa! —comenta mi amiga mientras me abraza, dando después una vuelta para mostrarme bien su vestido de tul negro—. ¿Te gusta? Jimena me pidió diseñármelo para hoy.

—Es increíble, como todo lo que hace —sonrío. Luego, miro a Tris —. Hola.

—¿Qué hay?

Nuestras voces suenan distantes, pero eso no parece alarmar a los padres de nadie. Mi padre saluda a los suyos entre risas y comentarios sobre el grupo JGHR. Al fin y al cabo, todos poseen distintas empresas del mismo imperio.

—Sácanos una foto, primito —le ordena Daf, dejándole su móvil—. Y encuadra bien, como te he enseñado, ¿quieres?

Tris acepta el mandato mientras yo me coloco al lado de mi amiga frente al edificio. Con estos vestidos, se puede ver a simple vista lo opuestas que son nuestras personalidades. Si ya de por sí me cuesta hacerme fotos, es aún más incómodo cuando me las saca un amigo al que he herido.

—Ya está —termina diciendo Tristán, devolviéndole el móvil—. He sacado ochenta.

—Genial, gracias. —Dafne se pone a mirarlas—. Le prometí a Jimena que subiría alguna hoy etiquetándola por el vestido.

—¿Pasamos ya? —pregunto con cierta desesperación. Nuestros padres ya han entrado, y a mí me gustaría acabar con esta situación tan incómoda.

El ambiente es sensacional: las lámparas de araña aportan un tono dorado a las instalaciones y los muebles y tapices de cada cámara transportan a una época más dura y a la vez más sencilla; me hacen sentir en una novela de Jane Austen. Y, por si fuera poco, una banda clásica ameniza el evento con versiones orquestales de

canciones pop.

—Ni que estuviéramos en *Los Bridgerton* —balbucea Dafne, alcanzando una copa de la bandeja de un camarero. Yo la miro con la ceja arqueada—. ¿Qué? Nuestros padres están en la sala de al lado. Además —añade, acariciando su antifaz de terciopelo granate —, no me reconocerían.

Me río involuntariamente. No tardo mucho en dar con Guillermo, que ha venido guapísimo al evento: lleva el pelo engominado hacia atrás y un antifaz oscuro que le queda muy *sexy*. Camina hacia nosotros con las manos en los bolsillos. Primero saluda a Tris, luego da dos besos a Dafne y finalmente viene a por mí.

Comienza a sonar la versión orquestal de «Blue», de Billie Eillish. Los primos se retiran a pasear por la fiesta y nos quedamos a solas.

—Estás despampanante —me felicita.

—Tú sí que lo estás.

—Tenía ganas de verte. No hemos podido hablar desde…

Asiento rápidamente. Estos días hemos tenido algunos exámenes sorpresa y no hemos podido charlar mucho, y menos de aquella noche en el taxi. Sin embargo, me alegra ver que no hay tensión entre nosotros; todo lo contrario.

—¡Gala! —Su madre se acerca a darme dos besos—. Preciosa, como siempre.

—Un evento impresionante, marquesa, ¡felicidades!

—Muchas gracias por venir. Y, por favor, llámame Mercedes.

—A mi padre le encantaría conocer a la familia para poder agradecerles la invitación.

—Por supuesto, estoy deseando conocerle yo también —me sonríe, dirigiéndose a su hijo después—. Ha llegado la familia Vidal. Les prometí que saludarías.

Guillermo accede con un movimiento de cabeza y eso hace que su madre se vuelva a marchar. Él se me queda mirando, un poco triste.

—Tengo que irme un momento. ¿Hablamos luego?

Asiento una vez más con la cabeza. Guillermo se acerca a besar mi mejilla, y noto cómo mi pulsación se acelera como un motor a punto de salir a pista. Antes de alejarse de nuevo, me susurra unas palabras:

—Me acuerdo perfectamente de esa parte de la noche.

—¿Podrías ser más específico? —pregunto, reprimiendo una sonrisa. Él hace lo mismo.

—La del Guillermo borracho actuando como un capullo en el taxi. Prometo compensártela.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —logro pronunciar, casi sin aliento. Su olor, su tacto y su tono al susurrar me están cortando la respiración. Y el hecho de que su familia dirija todo lo que está sucediendo ahora mismo a nuestro alrededor… he de confesar que me pone a cien.

—Dame una hora. Te veo en los jardines.

Dicho eso, acaricia mi hombro y desaparece por el pasillo, dejando una estela de su delicioso aroma por el camino. Yo me quedo ahí, pendiente de respirar de nuevo.

La siguiente media hora pasa muy rápido, porque me dedico a acompañar a Dafne a lo largo del museo mientras ella se presenta a todos los empresarios que logra reconocer; se muestra amable, carismática y divertida, como siempre. A quien no veo es a Tristán, o al menos hasta unos minutos después.

En un momento en que ya no me aguanto más, decido ausentarme de la conversación para ir al servicio. Es en la entrada donde me topo con mi amigo, que está saliendo acompañado de una chica bastante guapa con el antifaz torcido.

Tris y yo compartimos una mirada que se transforma en una sonrisa cómplice.

—Es guapa —comento, sin saber qué otra cosa decir.

—Es la hija de un embajador. Daf seguro la conoce.

Nos quedamos en silencio. No hablamos desde el sábado pasado. Cada día he querido escribirle y disculparme, pero conozco a mi amigo y sé que necesitaba distancia para pensar. Ha debido de ser duro que dos chicas a las que quería le hayan apuñalado por la espalda (o casi) este curso.

—Tris, jamás voy a poder compensar lo que estuve a punto de hacer —me lanzo—. Pero te juro que nunca me he sentido tan mal por algo en mi vida. Esta situación ni siquiera me deja dormir, no sé cómo he podido gestionarme tan…

—Gala… ¡Gala! —me calla, medio sonriente—. Fue una mierda, sí.

Pero sé que, si te planteaste hacerlo, fue solo porque estabas desesperada por proteger a tu familia.

Aprieto la mandíbula. A mi familia realmente no, a mí.

—Puedo entenderlo, de verdad. Solo que… —se encoge de hombros— la próxima vez dímelo antes, ¿vale? Puedes confiar en mí.

Le sonrío de vuelta, cubriéndole con mis abrazos. Qué alivio volver a estar bien; no pienso volver a fastidiarla así con un amigo. Aunque miedo me da que finalmente salga a la luz la verdadera identidad del tipo con el que se acostó Claudia. Como Tristán descubra que Dafne y yo sabíamos que no era Morales, seguramente no me dirija la palabra nunca más…

Luego de ir al baño, me quedo frente al espejo del lavabo, echándome un poco de agua fría sobre la nuca. El ambiente cada vez está más caldeado, las salas ya están repletas de gente y tanto bullicio me empieza a agobiar. Llevo todo este tiempo sin ver a mi padre, pero le he dejado en buenas manos, así que confío en él.

En cuanto salgo del servicio, veo a Dafne al fondo del pasillo. Ella también me ve, y levanta la mano para instarme a ir con ella, pero no doy ni dos pasos cuando un camarero me intercepta.

—Señorita Ruiz-Johnson —me pide—. Necesito que me acompañe.

Su voz me llega a sonar, pero no la reconozco bajo la máscara de falso metal que llevan los empleados del evento. Me alerto ante la petición, pero accedo, con el miedo de que le haya pasado algo a mi padre. Aviso a Dafne con la mirada de que he de seguirle, y luego voy tras él hasta una sala cerrada al público en un piso superior.

Entro en la habitación y el camarero cierra la puerta tras de mí. En ese momento, comienzo a tensarme. ¿Y si ha sido todo una trampa? ¿Y si la persona que hay tras esa máscara no es otro que el mismísimo CDC que mensajea a Guillermo? ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—Tenía que verte a solas. —Ahora sí reconozco su voz y mi pulso se acelera drásticamente. Su mano agarra la parte baja de la máscara y se la aparta con un movimiento.

En cuanto compruebo finalmente de quién se trata, me dejo llevar por el pánico que me invade.



55

Gala Ruiz-Johnson

Me apoyo instintivamente contra la pared del fondo, junto a la ventana. Su rostro está ligeramente iluminado por la luz de la luna, y eso lo hace incluso más tétrico. Julen se acerca lentamente hacia mí, tratando de mostrarse inofensivo, pero colándose en la fiesta para encerrarme en un cuarto a solas ha superado con creces la línea de la psicopatía. Me planteo si gritar bien fuerte serviría de algo o sería en vano, pues aún puedo oír desde aquí a la orquesta de abajo.

—No es lo que tú piensas —me tranquiliza, casi tocándome—. He venido aquí porque necesito contarte algo…

—¿No pillaste la indirecta cuando te volví a bloquear? —le recuerdo—. ¿Vas a matarme para que no vaya a la policía y les cuente que te tiraste a una menor?

—Sabes que entrabas perfectamente en la edad de consentimiento —se justifica, el muy cerdo, como si no tuviese más motivos para denunciarle—. Y no estoy aquí por eso.

—¿Qué quieres de mí, Julen? —le grito, con la intención de que a alguien le dé por escuchar ahí fuera.

Él se sienta en un sofá que hay en la esquina y se lleva las manos a la cara, a punto de llorar. Aun así, no me atrevo a salir corriendo y tratar de abrir la puerta; estoy demasiado nerviosa para que un plan

así salga bien.

—Necesitaba pedirte disculpas y explicarte la verdad.

—¿De qué hablas ahora?

Julen levanta la mirada.

—¿Acaso crees que conocerme fue casualidad?

Siento cómo los pelos del brazo se me ponen de punta. No podía haber sido una noche tranquila, no. No podía haber hecho las paces con Tristán, haberme sacado un par de *selfies* con Dafne y haberle preguntado a Guillermo quién narices era CDC y que me dijese que solo era un amigo suyo de algún internado con el que mantenía el contacto… No, claro que no.

—¿Es que acaso ya no sabes qué hacer para seguir teniéndome bajo tu yugo? —le reprocho entre dientes—. Me das pena, Julen.

—Entiendo que no quieras verme, pero antes de acabar del todo necesito que conozcas la verdad sobre tu padre…

—¡Ni le menciones! —exclamo—. Esa información que crees saber sobre las fábricas clandestinas es un bulo.

—No lo es. Nuño Ruiz-Johnson es un hombre sin escrúpulos que…

—¡Lávate esa boca!

—¡Mató a mi padre, Gala!

Voy a responderle instantáneamente, pero esa frase me deja sin palabras. Tardo unos segundos en reaccionar y, aun así, me cuesta.

—Estás realmente mal de la cabeza.

—Por favor, escúchame —insiste, acercándose más a mí—. Di contigo en Milán para llegar a él. Es un hombre perverso y quería vengarme a través de su hija, pero te conocí y…

—¿Y te enamoraste? —me río—. Llevas meses extorsionándome con el vídeo sexual.

—Lo borro ahora mismo, ¡te lo juro! —responde, señalando su móvil—. Pero tienes que creerme cuando te digo…

—¡Nos acostamos! —grito entre lágrimas—. ¿Me estás diciendo que me quitaste la virginidad solo para vengarte de mi padre? ¡Eres un enfermo!

—¡Claro que no! —solloza, sujetándome la cara con sus manos—. ¡Te quería, Gala! Y aunque él sea un asesino, sé que tú eres buena, eres como un ángel…

—¡No soy un puto ángel!

Y, antes de que pueda seguir hablando, la puerta se abre de par en par frente a nosotros. Un par de guardias de seguridad agarran por los brazos a Julen y se lo llevan de allí. Yo sigo apoyada en la pared, procurando no caerme del mareo y secándome las lágrimas.

—¡Mi amor fue real! —le oigo gritar mientras se lo llevan—. ¡Nunca mentí con lo que sentía! ¡No confíes en él!

Sigo en *shock* y hago lo posible por no creerme lo que acaba de decirme. ¿Cómo es capaz de llamar asesino a mi padre? Siento un bloqueo en el pecho con el que me cuesta respirar.

—¡Gala! —Dafne entra en la sala conmigo. Ha debido de ser ella la que ha alertado a seguridad—. Respira lentamente. Uno, dos, uno, dos…

Poco a poco, vuelvo a poder hacerlo. Ya ha pasado todo, ahora estoy a salvo. Dafne me repasa el pelo con la mano.

—¿Era él? —pregunta.

—Sí, sí.

—Era mono. El toque «loco de mierda» le daba el rollo.

Eso me hace reír. No quiero presentar cargos contra él, pero me prometo a mí misma hacerlo si vuelvo a verle una sola vez más. Regreso con mi amiga a la planta principal, un poco nerviosa por que los invitados hayan presenciado la escenita. Pero, por suerte, todo parece en calma.

—¿Estás bien? —me pregunta Daf.

—Sí. Te lo prometo.

Me he dejado el móvil en el ropero con el bolso, así que uso el de mi amiga para mirar la hora. No puede ser; tendría que estar en el jardín con Guillermo desde hace rato. La noche está yendo demasiado deprisa.

Trato de calmarme un poco y luego retomo el camino de salida al jardín. No voy a dejar que el impresentable mentiroso de Julen me arruine el resto de la noche. Esta no ha hecho más que empezar; lo sé en cuanto veo a Guillermo esperándome en una esquina, apartado del resto de invitados. Apenas hay dos personas más en el jardín, todo el mundo se ha quedado dentro porque hay calefacción y empieza a refrescar.

—*My lady…*

Guillermo me ofrece la mano para besar la mía. Yo la acepto, posando mis dedos sobre el guante de cuero negro que lleva puesto y él posa sus labios lentamente sobre mi dorso. Después, como si se hubiese cansado de ser un caballero, tira de mi mano hacia él y me agarra por la cintura. Lo siguiente es un beso; uno apasionado, de esos de película. Su lengua conquista cada rincón de mi boca mientras hunde sus dedos en mi pelo y yo encuentro en sus labios la serenidad que necesito.

Ninguno se ha quitado el antifaz; supongo que llevarlo aún puesto le da al momento un *sex-appeal* difícil de rechazar.

—Joder, Gala —jadea entre mis labios—. Necesito más de ti.

—Hoy soy tuya —me atrevo a decir—. Completamente tuya.

Guillermo me agarra del cuello con suavidad, presionando lo justo para empezar a sentir cómo me humedezco.

—Te quiero mía hoy —susurra—, mañana y cada uno de los días que siguen. ¿Entiendes?

¿Esto es una propuesta de relación? Pensé que, cuando recibiese una oficialmente, sería todo más formal, quizá dando un paseo por Colón o en el restaurante del Ritz. Sin embargo, no me molesta. Llevo toda mi vida buscando a los Jaime y a los Julen que la vida me ha puesto en el camino, pero ahora estoy aquí, con el cuello rodeado por los dedos fuertes y suaves de Guillermo del Prado, y no podría sentirme más como en casa.

—Yo también te quiero mío —confieso—. ¿Te ves capaz de serlo?

—Solo encuentro una forma de demostrártelo.

Sus manos se trasladan de nuevo a mi cintura para transportarme a la pared de piedra del fondo del jardín. Guillermo echa un vistazo a su alrededor; estamos solos. Se oye a la orquesta tocar dentro y mi respiración se acelera antes de que comience todo.

—¿Confías en mí? —me pregunta, paseando su dedo por mi clavícula.

Asiento sin pensármelo, a pesar de que no llega a ser del todo cierto. Y es entonces cuando ese dedo, el que sigue recorriendo mi cuerpo, se une a su dedo medio y ambos entran en mi boca. Muy lentamente. A pesar de ser de noche, puedo observar cómo sus ojos

brillan bajo la luz de las farolas mientras empapo sus dedos con mi saliva. En cuanto los saca de mi boca, se los mete en la suya. Y después, con una destreza inesperada, utiliza la otra mano para levantarme con discreción el vestido y juguetear por dentro de mi ropa interior.

No es la primera vez que un hombre llega hasta allí abajo, pero se siente como si lo fuera. Sus dedos acarician pacientemente la zona mientras él me sigue besando, gozando con cada uno de mis gemidos. El miedo de que nos pillen recorre mi cuerpo, pero le vence mi miedo a que pare.

Jadeo su nombre. Él sonríe cada vez que lo hago. No sé qué hacer con las manos, así que uso una para apoyarla sobre su nuca y la otra para acariciar su erección por fuera del pantalón. Está muy dura y me enorgullece ser la responsable.

—Te voy a dar un buen motivo para que te quedes conmigo —menciona, mordiéndome el labio después y agachándose sin temor frente a mí.

¿Qué pretende hacer?

Ahogo un grito en cuanto noto su lengua repasando mi monte de Venus. Está fría por el champán, pero yo estoy ardiendo, como un volcán en erupción o el sol en pleno agosto. Acabo aferrándome a su pelo, a pesar de que le vaya a despeinar por completo.

—Por favor, Guillermo… —gimoteo, cerrando los ojos y dejándome llevar.

—¿Por favor, qué? —me pregunta desde abajo.

No tengo respuesta para eso. ¿Quiero que pare? ¿Quiero que siga? Claro que quiero que siga. ¿Por qué me importa tan poco que nos pillen ahora mismo? Yo no soy así. Quizá sea por mi encontronazo de último momento con Julen, o porque portarme como Tristán, descarada y sin remordimientos, me haga sentir de nuevo más reconectada con él. Desconozco el motivo, pero le agarro del pelo otra vez y dirijo su cabeza hacia donde la escondía hace un rato.

No me disgusta esta forma de demostrar que quiere estar conmigo. Otra muy buena habría sido decirme todas las verdades que sigue callando, pero, poco a poco, tenemos toda una vida por delante.

—Oh, Guillermo… —Mis dedos se van hundiendo cada vez más en su pelo.

Estoy cerca, muy cerca. Por primera vez en mi vida, comprendo lo que está a punto de suceder con mi cuerpo… Pero se ve interrumpido por la alarma de su móvil.

Guillermo detiene la lengua en seco. Saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y chequea la alarma antes de apagarla. Miro de reojo la hora en su pantalla: las once menos diez; casi es la hora de su cita con CDC.

—Mierda —murmura—. Joder, Gala, lo siento. Pero tengo que irme.

—¿Tus caballos se van a convertir en ratones o algo así?

Guillermo no se ríe. Me coloca bien la ropa interior, luego el vestido, y me acaba besando en la frente. Después, la junta con la suya.

—Perdóname, yo… Intentaré volver, ¿vale?

—Guillermo, me estás preocupando.

No me gusta su tono al hablar. Suena… suena como si se estuviese despidiendo. Antes de marcharse del recinto, posa una última vez sus labios sobre los míos; esto es definitivamente una despedida. Me muero de ganas de ponerle cara de una vez a ese tal CDC, porque ya no se me ocurren más teorías de las que ya he elucubrado en mi cabeza.

—Gracias —susurra antes de irse.

En cuanto se gira rápidamente, deja caer su máscara suavemente al suelo y la recojo entre mis manos, contemplando cómo se aleja.

¿A qué ha venido eso? Le doy medio minuto de ventaja en el que entro a avisar a mi padre de que me marcho a airearme un poco. Para cuando logro encontrarle, está riéndose con un grupo de hombres, a cuya mitad reconozco. Está borracho.

Me planteo si acercarme un momento y regañarle por romper su promesa, pero tengo tiempo para reprenderle más adelante. Ni siquiera es el único asunto del que deberíamos hablar esta noche… Pero, si no me voy ahora mismo, perderé a Guillermo de vista y no podré seguirle.

Salgo del recinto y me veo obligada a esconderme tras una

columna; por poco me pilla. Guillermo sigue en la acera de la calle y observo cómo al fin llega un taxi que le recoge. Una vez que cruzan por el museo, corro al Audi de mi padre y me monto a toda prisa. El chófer, que esperaba dentro con la radio puesta, da un respingo al verme.

—Disculpa, Pedro —le digo—. Sigue a ese taxi.

El trayecto se hace eterno. Permanezco al borde del asiento trasero, sin perder de vista la matrícula del taxi en el que va Guillermo. A veces me entra el miedo al pensar que nos ha visto, y otras al girar una esquina y no encontrar el coche. ¿A dónde estamos yendo?

—¿Seguro que quiere continuar, señorita? —me pregunta Pedro—. Estamos entrando en una zona un poco… desconocida.

Me lo planteo muy seriamente, pero no. Me prometí descubrir hoy el pastel y es lo que pienso hacer.

—Sigue, por favor —ordeno—. Y a mi padre ni una palabra, ¿vale?

—Claro.

Pedro conduce a una velocidad moderada porque conoce mi fobia a la carretera, pero ahora mismo necesito que vaya más rápido si no queremos perderlos. Llega un punto del trayecto en el que solo somos ese taxi y nosotros. A lo largo de una carretera comarcal, casi a las afueras de la ciudad, veo que el taxi se mete en una especie de camino sin salida y le pido a Pedro que siga por la comarcal unos metros más y me deje ahí.

—Señorita, insisto en que esto es peligroso —me recuerda—. No pienso dejarla aquí sola.

—De acuerdo, pues quédate aquí fuera. Volveré enseguida.

Pedro para el coche a regañadientes y continúo el camino a pie, con sumo cuidado. En cuanto recorro casi toda la salida que han tomado, me fijo en que, como esperaba, no lleva a ningún lado. Cuando doy con el taxi, que está regresando por donde ha venido, me escondo tras unos bloques de cemento que hay ahí abandonados. Camino un poco más y puedo oír el ruido de unos trenes y también unas risas, cada vez más cercanas. Deben de ser ellos.

Alcanzo finalmente una verja de alambre con un hueco lo

suficientemente grande para pasar y, dado que no hay otro sitio al que haya podido ir Guillermo, la atravieso. Las voces cada vez se oyen más nítidas, como si estuviese a un tiro de piedra de ellas.

He llegado a unas vías de tren. Hay bastantes, pero las primeras están ocupadas por un vagón de carga que me bloquea la vista de lo que hay detrás, de donde proceden las voces que estoy oyendo. Una de ellas suena femenina; en un momento pronuncia el nombre de Guillermo.

Ya he llegado. Es el momento de la verdad.

Paso por un lado del vagón y finalmente los encuentro. No a Guillermo, pero sí a otras seis personas más, de espaldas a mí. CDC no es uno solo, es un grupo. Ninguno de ellos se fija en mí, pero siguen pronunciando su nombre como si él estuviera presente. ¿Dónde está y por qué no le veo?

Me atrevo a acercarme un poco más a ellos, desde donde observan las vías del fondo, sentados en sillas, como quien observa una función. Todos van vestidos de traje; hubiesen podido colarse sin problema en la mascarada. Siguen clamando su nombre, animándole.

—Aguanta, Guille, tío —grita uno.

—¡Hazlo por Roberto! —añade otro.

Y es ahí donde mi cuerpo se pone alerta. Corro rápidamente hacia ellos, en busca de respuestas. Y todos se asustan al verme llegar, llamándole y buscándolo entre las vías de la estación. Sin embargo, soy yo la que acaba sin palabras al verle tumbado sobre una de ellas…

… esperando al tren que está a punto de alcanzarlo.

PARTE V



Ponme a prueba



56

Guillermo del Prado

Quizá debería morir aquí. Quizá así sería todo más fácil.

Tumbado sobre las vías de tren, rezo para que el hueco entre los barrotes donde me encuentro sea lo suficientemente espacioso para salir vivo de esta. Ya ni siquiera es por gusto; es porque no me queda otra.

Es justo entonces, mientras los pensamientos más oscuros recorren mi mente, que el único motivo por el que sigo queriendo vivir comienza a gritar mi nombre.

—¡Guillermo! —La voz de Gala resuena a unos metros de mí, realmente histérica. ¿De verdad es ella?—. ¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo?

—Déjale, chica —contesta en voz baja Luna—. Tiene que hacerlo.

—¿Estáis todos locos? ¿Cómo podéis estar aquí parados, viendo cómo está a punto de atropellarle un tren?

—Sobrevivirá… —la tranquiliza Víctor, y puedo notar cómo esboza una media sonrisa—, o quizá no.

Gala comienza a gritar como una energúmena. Oigo unos pasos acercándose.

—¡Que le dejes en paz, hostia! —grita Alejandro.

—Guillermo.

Levanto la cabeza y ahí está: mi ángel de la guarda, con ese vestido blanco que parece un presagio de las puertas del cielo.

—Vete de aquí, angelito —le pido—. Por favor.

—¿Por qué estás haciendo esto? —me pregunta, con lágrimas en los ojos—. No entiendo nada.

No logro centrarme del todo. Mi cabeza se pelea entre los sollozos de Gala y el sonido del tren que se acerca, haciendo retumbar las vías que me rodean.

—Gala, vete ya —contesto con la mayor tranquilidad que me es posible.

—¿Es por Roberto? Se suicidó, ¿es eso?

—Gala…

—Joder, Guillermo, ¡te quiero! —termina gritando—. Me estoy enamorando de ti como una estúpida, ¿y ahora vas y te intentas matar?

Mi corazón se salta un latido al oír esas palabras. «No me hagas esto ahora, por favor…».

—Tú no lo entiendes.

—De acuerdo —suspira, con la voz temblorosa—. Pues a la mierda.

El tren se acerca. En menos de treinta segundos ya nos habrá alcanzado. Gala deja de hablar, pero no oigo pasos alejándose. Levanto de nuevo la cabeza y se me para el corazón al verla tumbada conmigo en la vía.

—Gala, ¿qué cojones haces?

—Si tú no te levantas, yo tampoco lo haré.

Había logrado mantenerme sereno hasta ahora, pero verla a mi lado, corriendo el riesgo de morir también por mi culpa provoca que las pulsaciones se me salgan por la boca.

—Levántate, ¡ahora!

—Yo también estoy cansada, ¿sabes? —replica con lágrimas cubriendo todo su rostro—. De ser la niña buena. Santa Gala, la pringada a la que nadie se toma en serio y de la que todos quieren algo. A lo mejor yo también debería quedarme aquí tumbada.

—¿Pero qué…?

El tren nos va a alcanzar. Diez segundos. Joder, joder… ¡Joder!

—¡Mierda, Gala! —Me levanto de un salto del suelo y me agacho para recogerla entre mis brazos. Por poco me tropiezo al salir con ella de las vías, y menos mal que no ha sido así, porque esa muerte hubiese sido inminente.

El tren atraviesa nuestro tramo de vías y yo pierdo la apuesta. Mis amigos del club aplauden en cuanto regresa el silencio, y ahí es cuando dejo de nuevo a Gala sobre tierra firme.

—Una lástima, tío —se regodea Alejandro, acercándose a mí con el resto—. Sabes lo que esto significa, ¿no?

—¿Qué demonios es esto? —vuelve a preguntar Gala, con la poca energía que le queda en el cuerpo. Su cara gacha, aún cubierta de lágrimas, brilla a la luz de la luna.

—Ya de poco sirve ocultárselo, ¿no? —nos plantea Víctor, acercándose a ella después—. Nena, bienvenida al CDC: el Club De Caballeros. Nos retamos a pruebas un poco locas y apostamos pasta, no hay mucho más que explicar.

—¡Tío! —exclama Sancho—. ¡Como se lo cuente ahora a alguien, estamos bien jodidos!

—No lo hará —respondo automáticamente.

No me atrevo a mirarla. Nunca me he sentido tan ridículo. Gala comienza a partirse de risa, lo que nadie se espera.

—¿Perdón? —estalla de nuevo en carcajadas—. ¿Un poco locas? ¿Te parece «un poco loco» tirarte a las vías, a ver si logras sobrevivir a que un tren te pase por encima? ¡Estáis como una regadera!

Seguidamente, se acerca a mí, lo cual temía. Sigo sin poder mirarla a los ojos, pero ella me levanta la cabeza con la mano.

—¿Por qué haces esto, Guillermo? ¿Es por el dinero? ¿Tu familia está…?

—Su familia está forrada, guapa —la interrumpe Luna—. Como las de todos los aquí presentes. Lo hace por la adrenalina, porque tu chico necesita algo más que fiestecitas tontas con máscaras y visitas cliché a museos del centro.

Gala me mira de nuevo, con la traición decorando su rostro, y se marcha de allí corriendo, como si tratase de esquivar un puñal que yo le he clavado. Mierda.

—¡Gala, por favor! —La sigo hasta el otro lado de la verja rota.

Nos hemos quedado solos, lo cual me deja más libertad para explicarle todo esto. Ella no para de andar, su vestido se ondea tras ella como un manto de niebla escurridiza.

—¿A dónde vas ahora?

—Mi chófer me espera fuera.

—No te vayas, por favor…

—¡Sabes cómo murió mi madre! —estalla, dándose la vuelta hacia mí—. ¡Conoces la historia del accidente! Y aun así, has arriesgado tu vida para acabar igual por… ¿diversión? ¿Por un poco de adrenalina?

—Gala, no lo hago por la adrenalina —le explico—. Al menos, ya no…

—¿Y por qué, entonces? Por favor, dame una razón que no me haga odiarte más de lo que lo hago ahora…

Tomo aire, esperando que esta confesión me sirva para no perderla:

—A comienzos del curso pasado, en el internado de Suiza, conocí a un grupo de estudiantes españoles que me animaron a entrar en el CDC en cuanto descubrieron mi linaje. Todos habíamos acabado ahí por orden de nuestros padres y compartíamos la desgracia de ser la oveja negra de nuestras familias…

»Ni siquiera sacábamos malas notas, pero cada adulto con el que tratábamos seguía recordándonos lo poco valiosos que resultábamos para el mundo que nos esperaba. No nos gustaba… —me pienso bien cómo describirlo— relacionarnos con el resto de los estudiantes ni seguir mucho el protocolo. Por eso el club se convirtió en nuestra fuente de escape: desafiábamos las reglas, probábamos la adrenalina de primera mano y compartíamos un secreto que nos uniría para siempre.

—¿Pero a qué precio? —responde Gala, aún incrédula.

—Las primeras reuniones eran más tranquilas —explico—. Solo unos pocos se habían unido. Víctor, Gustavo y yo éramos los únicos que quisimos jugar desde el principio. Alejandro nos invitó, al igual que le habían invitado a él en su momento. Al parecer, este club lleva existiendo en todo el mundo desde hace décadas y nosotros éramos la nueva generación. Tienes que hacer una prueba de iniciación y, si la pasas, te conviertes en miembro, marcado con un

tatuaje del escudo del CDC. Pero las pruebas que nos poníamos antes eran bastante básicas: llamar en anónimo al teléfono personal de algún profesor, bajarle los pantalones a algún compañero en mitad del pasillo, dar la puta nota en mitad de las duchas tras clase de Educación Física… Y, aunque no se debía apostar, nosotros lo hacíamos para darle más vidilla al juego. Apostábamos poco de primeras, pero el dinero siempre lo hacía todo más interesante.

Miro hacia atrás, donde el grupo espera mi regreso.

—Luna se unió después. Nos habíamos hecho muy buenos amigos y nos acostábamos de vez en cuando; de hecho, fue la chica con la que perdí la virginidad. —Gala aparta la mirada—. ¡No hay nada entre nosotros, te lo juro! Pero en un momento, me confesó que se sentía sola y, creyendo que la ayudaba, les hable de ella a los chicos. Y como su padre resultó ser también un miembro *senior* del club, hicieron la vista gorda por no ser un hombre. Sería la primera y única integrante femenina del CDC.

—Será porque las mujeres suelen tener más cabeza —reprende Gala.

—Seguramente —suspiro—. En fin, las apuestas subieron de nivel con la llegada de más miembros, y las pruebas también. Sancho y Arón, también hijos de familias prestigiosas, entraron después, más por presión social que por otra cosa. Pero después de un par de reuniones viendo cómo funcionábamos, ya les dio por engancharse. Solo podías entrar si venías de buena sangre y te aceptaba el presidente.

—O sea que erais una secta.

—No, no lo éramos —insisto—. Pero quien entraba en el club, no quería marcharse.

Gala deja los ojos en blanco, como si lo que acabase de decir fuera estúpido; quizá lo sea.

—Un estudiante becado oyó hablar del club y quiso probar. Estos decidieron ponerle a prueba solo por las risas, y le obligaron a colarse por la noche en los establos del internado, liberar un caballo y galopar a lo largo del campus. Era bastante sencillo, pero el chico se llevó una coz del caballo y se fracturó un par de costillas en la caída, lo que llamó la atención del director del centro. Aunque

lograron silenciarle, el chico dijo que ya no quería ser miembro y, a riesgo de que hablase con las autoridades de nuestro club… —Me quedo en silencio. La foto que me pasó Luna de Bruno Luque apaleado regresa a mi memoria.

—¿Qué pasó con él? —cuestiona Gala.

—Si te vas del club o resultas una amenaza para este… —carraspeo—, te hacen la vida imposible, a ti y a tu familia. Y puede que algo peor. El caso es que no… no volvimos a saber de él.

—¿Y qué diablos le pasó a tu hermano, Guillermo?

Me obligo a bajar la mirada.

—Es complicado —razono—. Gala, tienes que entender…

—¡Basta de evasivas! —grita, histérica—. ¿Cómo murió?

Noto cómo mis ojos comienzan a humedecerse. Ya de nada sirve seguir ocultando la verdad. Suspiro y, por primera vez, confieso en voz en alta:

—Él era reticente a unirse al club, pero le acabé convenciendo, después de una discusión. —La voz me empieza a temblar—. Le dije que era un *pringao* y que no tenía huevos para nada. Así que accedió a pasar la prueba inicial para entrar al club, conseguir el tatuaje y callarme la boca. Pero llegó la noche de su primer «juego», y… no superó la prueba.

Gala se lleva las manos a la boca, provocando que llore aún más.

—¿Cómo puedes seguir formando parte de esto? —me pregunta con repulsión.

—¡Porque no me queda otra! —estallo—. ¿No lo entiendes? Mi hermano murió, pero también perdió la apuesta. Y a ellos les dan igual las consecuencias. Solo ven que no pasó la prueba y que, por lo tanto, dejó una deuda pendiente; una deuda que solo yo puedo cubrir.

Siempre he deducido que, si moría otro miembro del club, la deuda quedaría saldada. Pero teniendo en cuenta que éramos familia, y que la prueba se hizo como un favor que le había pedido a Alejandro, no lo debatí mucho.

—¡¿Y no era más fácil confesárselo a tus padres y acabar con todo esto?!

—¡A mi madre casi le da un infarto tras la noticia de Roberto! —

replico—. Explicarle que, además, tendría que pagar una deuda por su muerte podría haber acabado con ella…

Gala mantiene la compostura tras mi razonamiento.

—Así que te lo callaste.

—Me lo callé —confirmo.

No recibo respuesta. Sé que lo que estoy confesando ahora mismo no tiene marcha atrás, pero nunca había visto tanto desconcierto en los ojos de Gala, y no hay nada que me dé más miedo ahora que perderla a ella. Me prometí no hacerle daño, no ser como el imbécil de Jaime Gleason… y he acabado siendo mucho peor.

—Por favor, di algo.

Se lo pido porque su silencio duele tanto que me está destrozando, pero las palabras que tiene guardadas para mí podrían ser igual de dolorosas. Finalmente, habla:

—Entonces, ¿has seguido… «jugando» con el club para cubrir la deuda de tu hermano y que tu familia no descubra que murió por una apuesta estúpida e infantil?

Asiento lentamente. Efectivamente, eso me duele. Más que nada porque es verdad.

—Pasé otra prueba hace unas semanas. Con la de hoy, habría cubierto mi deuda —le explico—. Pero ahora que he perdido, la deuda acaba de aumentar.

—Oh, pues lo siento mucho —contesta, volviendo a reírse—. Llego a saber esto y te dejo morir en las vías. ¡Seré tonta!

—Gala…

—Pensé que eras un hombre, Guillermo —me reprocha. Hay furia en su voz—. Pero de nada me sirve que me trates como a una princesa y me regales flores y esculturas si luego vas a cometer actos tan atroces y sumamente estúpidos como este. Y ya ni siquiera hablo de tu deuda con el club, hablo de cómo demonios llegasteis a participar en algo así. Es estúpido.

—No hagas eso, Gala, ¡no es justo! —exclamo—. Yo jamás te he juzgado, así que te pediría que tú no lo hicieses.

—¿Pero cómo no te voy a juzgar? —grita, hastiada—. ¿Crees que esto es un juego de hazañas? ¡No, querido! Es un suicidio lento y fatigante. Es una ruleta rusa vestida de club privado y Roberto ha

sido la víctima de tus «antojos adrenalínicos» o como quieras llamarlo.

—¡No tienes ni puta idea de todo por lo que he pasado! —estallo —. Antes de conocerte, ¡este club era lo único por lo que me despertaba cada mañana!

—¡Podrías habérmelo dicho y te habría ayudado! —replica entre lágrimas, una vez más—. Dices que no somos solo amigos, pero no haces más que seguir ocultándome la verdad de todo…

—Oh, tienes razón —recrimino, perdiendo ya lo que me queda de cordura—. Te he ocultado muchos secretos, ¿por qué no vas y se lo comentas a tu amigo Julen?

El silencio que surge tras mis palabras me confirma el daño que han hecho. Gala permanece callada, mirándome con tormento. He arriesgado mucho soltando ese comentario, pero es lo único que podía utilizar en mi defensa.

Gala se seca las últimas lágrimas sin ninguna prisa.

—Tienes razón. —Su voz se quiebra conforme habla—. Los dos estamos bien jodidos. Tú has perdido a tu hermano por puro capricho y yo he vuelto a confiar en un chico que no me conviene.

No dice nada más. Se da la vuelta y camina sola hasta la salida del paseo terroso. Yo solo la miro alejarse; no puedo hacer más.

Ya no me queda absolutamente nada por lo que valga la pena despertarse.



57

Gala Ruiz-Johnson

Escapar de una pesadilla para entrar en otra, así ha sido despertarse al día siguiente. Solo tardo medio minuto, treinta preciados segundos, en darme cuenta de que todo lo que sucedió anoche no fue un sueño desafortunado; la verdad salió a la luz y me rompió en pedacitos.

Me deslizo vagamente hacia el comedor, donde Oriana ya ha preparado todo el desayuno y lo ha repartido a lo largo de la mesa. Mi padre está allí trabajando con su iPad, con la camisa bien puesta y su colonia echada, como si anoche no se hubiese emborrachado mientras mi confianza en él también se hacía trizas.

—Buenos días, princesa.

—De buenos, nada —le recrimino, dirigiéndome después a nuestra asistenta—. ¿Nos dejas solos, Oriana, por favor?

Ella asiente y se marcha a la cocina. Seguramente lo escuche todo desde allí, pero, a estas alturas, ya no me importa. Me dirijo fríamente a mi padre con la mirada. Él me detiene.

—Antes de que digas nada —comenta entusiasmado—, ¡ayer fue una noche fantástica en todos los sentidos! Vi la luz, Gala, ¡después de tanto tiempo! Conocí a un montón de inversores importantes; a algunos incluso ya los tenía fichados desde hace tiempo. Mercedes,

la madre de Guillermo, fue muy amable presentándomelos y bueno… —se ríe—, el padre de tu amigo es un cachondo, también.

—No, desde luego vi que te lo pasabas bien. —Mi tono frío y distante le borra la sonrisa. Sabe que lo vi borracho, riéndose con aquellos hombres.

Mi padre deja el iPad sobre la mesa.

—Princesa, te juro que no me metí nada.

—Pero te emborrachaste.

—Pido disculpas por ello, pero estaba muy nervioso. Ya sabes que llevamos una mala racha en la empresa y me jugaba mucho anoche. Sé que beber de más podría haber torcido la balanza en mi contra, pero, por suerte, no fue así y supe estar a la altura. Siempre he sabido caer de pie, princesa, ¡pero este trimestre está siendo muy duro y los adultos a veces también tenemos inseguridades!

Nunca le había visto abrirse tanto. Ni siquiera cuando hablamos de su adicción, lo cual me sorprende. Mi padre apoya su mano sobre la mía.

—Fueron unas cuantas copas de más, pero ahí se quedó, te lo juro. Y no se repetirá.

Me encantaría creerle; de verdad que sí. Y, aunque no llego a hacerlo del todo, acepto su promesa. Sin embargo, esta conversación no ha acabado.

—Por cierto, Julen se coló en la fiesta —le anuncio—. El chico de mi vídeo.

—¿Qué hizo? —pregunta completamente serio.

—Contarme patrañas —contesto—. Dijo que mataste a su padre y, la verdad, no vale la pena…

—Dame su nombre —me interrumpe—. El nombre completo.

—Eh… Julen Santino. No me sé el segundo apellido.

—Suficiente. —Mi padre se levanta de la mesa antes de que pueda reaccionar y me besa en la frente antes de irse—. Te veo luego.

Asiento rápidamente, un poco en *shock*. ¿Qué piensa hacer? Ya le sacaron del evento, y seguramente el equipo de seguridad se encargó de él anoche, así que no creo que volvamos a saber de él en mucho tiempo, y mi padre debería centrarse en otros temas… Al igual que yo.

Mi mente regresa a Guillermo en cuanto acabo de desayunar. No sé cómo voy a reaccionar en cuanto le vuelva a ver en clase. Me va a ser físicamente imposible superar algo así. Por suerte, tengo el puente del Día de Todos los Santos por delante y eso conlleva algunos días sin tener que cruzarme con él.

Aun así, cada vez que entro en mi vestidor, me encuentro con la escultura de Calíope Kohl que me regaló y toda la fuerza que he logrado acumular se desvanece por completo. Necesito irme de esta casa.

Por suerte, Dafne escribe por el grupo de WhatsApp que tenemos solo las chicas y nos sugiere hacer un *brunch* esta mañana. Aunque acabo de desayunar, con tal de salir de aquí, acepto al instante.



Me encuentro con ellas en el Palacio de los Duques, un hotel de Gran Meliá al que llevábamos siglos sin ir y que se encuentra lo suficientemente escondido como para ser encontradas. Nos reunimos en la cafetería, que está perfectamente iluminada por una bóveda de cristal y con unos sillones tapizados de lo más cómodos. La paz se respira en el ambiente.

Pedimos lo de siempre: yo un *latte* sin azúcar con un toque de vainilla, Dafne un *macchiato* con canela y Jimena un té matcha. A eso le añadimos zumo de naranja y la comida que incluye el *brunch*. Jimena se ha puesto un mono vaquero de Levi's que le queda espectacular y Daf va algo más formal, con una chaqueta de *tweed* gris sobre un vestido a juego. Esta no para de hablar de cómo fue la fiesta, y es tan amable que opta por saltarse la parte en la que Julen me retuvo en una habitación. Sin embargo, siento que ya le he ocultado demasiados secretos a Jimena, por lo que decido ser yo quien le confiese toda la historia. De principio a fin, o al menos todo lo que Dafne ya sabe, incluido el hecho de que Claudia nos había grabado y que también me chantajeaba con eso.

Jimena se queda a cuadros, como era de esperar.

También les cuento cómo fue mi noche con Guillermo. No les informo de todo, claro, pero sí les digo que me ha decepcionado y

que me ha roto el corazón. Mis amigas me conocen, y por eso no se molestan en tratar de sonsacarme nada más. Les digo que no quiero volver a verle, aunque eso vaya a ser imposible; y, conforme me escucho hablar de él, me veo obligada a parar porque voy a llorar.

¿Cómo puede valorar tan poco su vida? ¿Cómo puede arriesgarse tanto? Mi madre perdió la vida en un accidente, lo que nos destrozó a mi padre y a mí, y él… él parece estar buscando lo mismo.

La imagen de su cuerpo tendido sobre las vías del tren sigue atormentándome cada minuto; estoy rota por dentro. Dafne coge el móvil y, al cabo de un rato, nos dice que les ha dicho a los chicos que dejen de llevarse con Guillermo; dice que aquí todos somos una familia y que no aceptamos a capullos que joden a alguno de los miembros. Yo simplemente sonrío porque, aunque no quiera que Guillermo sufra más de lo que ya lo ha hecho, tampoco quiero seguir teniendo a nadie en común con él.

En un momento donde Dafne se excusa para ir al lavabo, me quedo a solas con Jimena y surge un silencio incómodo que me veía venir desde hace días. No hemos hablado desde que confesé que casi intento volver a juntar a Tris con Claudia y, aunque ya vuelva a estar bien con mi amigo, también le debo una disculpa a ella.

—Sé que te dolió —le confieso—. Y estás en tu derecho de odiarme.

—No te odio, Gala —responde, apoyándose en el respaldo del sillón—. Pero sí me dolió.

—Jimena —la cojo de las manos—. Lo siento mucho. ¡Muchísimo!

Mi amiga se ríe tímidamente.

—Mira, realmente da igual. No llegaste a hacer nada, y tampoco es que él y yo seamos algo…

—Eso no te lo crees ni tú —contesto, jugueteando entre los dedos con el colgante de Tiffany que nos regaló Daf—. En cualquier caso, estuvo horrible… Debí decirle a Tris lo que pasaba; seguro que él me hubiese ayudado. —Con un profundo suspiro, yo también me dejo caer sobre mi respaldo—. Es irónico: uno de los motivos por los que ha ocurrido todo esto es porque no quería que lo de Julen saliera a la luz, y al final ha sido en vano, porque mi padre recibió el otro día el vídeo que nos sacó Claudia.

—¿¡Qué!? —exclaman Jimena y Dafne, que justo regresaba del lavabo.

—Lo que oís.

—A ver si lo entiendo —resume Daf, sentándose de nuevo—: Tú viste cómo le dije que no hiciese tonterías si no quería salir dañada, ¿verdad? Tú fuiste testigo —asiento—. Y, aun así, ¿ha decidido portarse como una perra cutre y chivarse a tu padre de lo de Julen?

Vuelvo a asentir. Por suerte, logré esquivar la reprimenda de mi padre, contraatacando con su problema de adicción, pero a saber si el plan de Claudia ha acabado aquí o tiene mucho más pensado… Lo único que me tranquiliza es el rostro maquiavélico de mi amiga, mirando al vacío y esbozando una sonrisa. Eso solo puede significar una cosa:

—Es hora de que esta zorra aprenda una lección.



58

Guillermo del Prado

El lunes es como un camino de brasas que me veo obligado a cruzar y esta vez es peor que el primer día que pisé el colegio. En aquel momento, llegué sin ninguna expectativa, dejándome caer como un trozo de carne a un foso de leones. Pero ahora conocía la escuela, había logrado ir cambiando poco a poco mi reputación y hasta me había hecho con un grupo de amigos que no ponía en peligro mi vida… y todo ha vuelto a cambiar. Me doy cuenta de ello al empezar la clase de Natación.

Antes de entrar a la piscina, en los vestuarios, me acerco a saludar a los chicos, que ya están en bañador dejando sus mochilas en las taquillas.

—Ey, ¿qué pasa? —los saludo, ofreciéndoles la mano. Pero ellos apartan la mirada—. ¿Ocurre algo?

Tristán me mira, frunciendo el ceño. Sabe perfectamente que comprendo la situación, pero me gustaría saber hasta qué niveles la comprenden ellos. Puedo notar que no están enfadados conmigo, por lo que infiero que solo están siguiendo órdenes.

—Gala, ¿no? —me atrevo a corroborar.

Tris asiente y Felipe apoya su mano en mi hombro.

—Tío, te dijimos que no le hicieses daño y has sudado por

completo.

Suspiro profundamente. ¿De qué cojones me iba a servir discutir ahora?

—Ya —corroboro—. No fue mi intención hacerlo, pero supongo que las personas como yo siempre acabamos dañando a quienes queremos. Ha sido un placer, chicos.

Mi reacción debe de descolocarlos, porque, antes de que pueda empezar a quitarme la ropa, Tris viene hacia mí.

—Mira, *bro* —comenta en voz muy baja—. Ella no ha querido contarnos qué has hecho… Pero está destrozada.

Asiento lentamente, con el corazón mucho más roto tras saber que, al menos, me ha seguido guardando el secreto. Miro alrededor y, por suerte, nadie parece seguir nuestra conversación.

—Arréglalo, joder —finaliza—. Sé un hombre, tío.

—¡Pero si el coleguita ya es todo un machote! —canturrea Juanfran, acercándose a nosotros y apoyándose en mi espalda—. ¿No le habéis visto el paquetón con el bañador o qué? Pero cero mariconadas, ¿eh?

No se ríe absolutamente nadie. Yo tampoco le respondo, ya no tengo fuerzas para volver a hacer frente a nadie. Sin embargo, Felipe ya se encarga por mí.

—Ey, colega —saluda, agarrándole del cuello del uniforme—. Vuelve a soltar un comentario así delante de mi cara y la siguiente hostia te la suelto yo, ¿va?

Juanfran responde acojonado y se marcha a una esquina a ponerse el bañador. Felipe me guiña el ojo antes de marcharse con Tris a la piscina. Me jode tener que alejarme de ellos por todo lo ocurrido, porque se han convertido en mis únicos amigos aquí dentro.

Mentira: en mis únicos amigos en general.

Ni siquiera sé si puedo seguir considerando amigos a Luna y Víctor, por mucho que los quiera, porque forman parte de todo lo malo de mi vida…

Vuelvo a mirar a Tristán y a Felipe. Como siga perdiendo así a la gente de mi vida, no sé qué medidas voy a acabar tomando.



59

Gala Ruiz-Johnson

Tengo la suerte de no coincidir en clase con Guillermo el primer día tras el puente. Sin embargo, para cuando llega el martes, sé que tendré que enfrentarme a su presencia durante la clase de Historia. Por el momento, trato de centrarme en los demás para no pensar mucho en el tema.

Paso el descanso entre las dos primeras horas con los primos De Aguilera. Dafne al fin ha pasado a la tercera fase de su plan de venganza con Morales, explicándome que ha posteado unos cuantos comentarios más en el perfil de Facebook del profesor desde la cuenta falsa para que la repercusión al cambiar el perfil sea más fuerte. Ha estado poniéndole comentarios detalladamente elaborados que, a la hora de convertirse en una cuenta contra los inversores de la escuela, le harán parecer casi la mente pensante del movimiento contra estos. Y, ahora que al fin ha modificado por completo la apariencia del perfil, solo es cuestión de horas que la bomba anónima llegue al comité escolar. Tris, por su parte, nos confiesa que se está liando de manera informal con un par de chicas del colegio y que el finde tras la mascarada lo pasó con Felipe en los viñedos del padre de Daf y allí pudo ver a Elena, la hija de la ama de llaves, con la que también tuvo algún que otro encuentro divertido…

Está que se sale, desde luego.

En el siguiente descanso, Felipe me distrae hablándome de cómo se está escribiendo ahora con Jorge, el mozo de los viñedos, que se atrevió finalmente a pedirle el número de teléfono. Me alegro muchísimo por él, y más aún cuando me confiesa que está pensando en quedar con él por Madrid si la cosa comienza a ir a más. El caso es que su horario es complicado, en especial estas semanas, ya que su padre le está haciendo entrenar a diario para machacar de una vez a Álvaro Montenegro en el campeonato de tenis del club de campo, pero yo sé que quedarán. Es algo que me hace muy feliz, sobre todo porque me duele verle fingir constantemente que es un idiota mujeriego que no sabe tratar bien a las chicas, cuando sé que en el fondo es un romántico empedernido. Yo le cuento un poco por encima cómo fue la fiesta de máscaras, pero no me detengo mucho a hablarlo porque mi cabeza se va directamente a Guillermo y no me apetece hablar de él.

A la hora del recreo, comienzo a ponerme nerviosa. La siguiente clase es la de Historia y ya no hay nada que me impida pensar en que llega el momento de verle. Sé que se acercará a mí y que intentará hablarme. Y lo peor de todo es que, tanto si se acerca como si no, me va a doler. Intento que Jimena me distraiga hablándome de la nueva línea que ha sacado Carolina Herrera, pero de nada me sirve. Le busco entre la gente para irme haciendo a la idea de que él está más cerca de lo que parece, y me ahogo poco a poco en un mar de angustia del que, casualmente, me saca la persona que menos me esperaba…

—¡¿Qué pasa, rubia?! —exclama Juanfran, acercándose al grupo —. Estás más blanca de lo normal, ¿qué te pasa?

—Eh, Juanfran. —Mario Rey, que tiene a Daf entre sus brazos ahora mismo, le pide que se acerque con el dedo—. ¿Te has enterado de lo del fantasma del establo?

—Buah, ¿qué dices, tío? —responde con atención.

Eso me hace reír. Me miro con el grupo mientras oímos la patraña con la que Mario le está vacilando hasta que llega la hora de volver a clase.

Mi corazón comienza a ir más rápido; ha llegado el momento.

Entro en la clase agarrada al brazo de Jimena como si soltarme fuera a matarme. Para cuando entro en el aula, ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Él ya está sentado en su pupitre y, si bien yo me he sentado a su lado durante las últimas semanas, es evidente que ya no voy a hacerlo más.

Me atrevo a observarlo por unos segundos, los suficientes como para arrepentirme después. Sigue siendo tan guapo que duele. En cuanto supe qué clase de personas eran Julen y Jaime, dejé de verlos atractivos al instante… Pero con él no me pasa. Sin embargo, comienzo a sentir unas ganas irremediables de llorar en cuanto le recuerdo sobre esas vías del tren.

Aparto la mirada al mismo tiempo que él me encuentra con la suya. Siento un escalofrío y, de pronto, un ligero mareo que me obliga a caminar antes de desmayarme allí mismo. Me dirijo hacia el pupitre vacío que hay al lado de Juanfran —sí, a esos niveles he llegado— y aguanto la respiración en cuanto cruzo a su lado; oler su colonia ahora mismo sí que podría destruirme del todo.

—Gala.

No. Por favor, no. Su voz sigue sonando melodiosa en cuanto pronuncia mi nombre. Y lo peor llega después. No llega a agarrarme de la muñeca, pero roza mi brazo con sus dedos, tratando de captar mi atención de manera discreta. No me detengo.

—Gala —vuelve a decir, levantándose del pupitre y acercándose a mí. Se dirige brevemente a Juanfran, que se acaba de sentar a mi lado—. ¿Me cambias hoy el sitio?

—Ni se te ocurra moverte —le ordeno.

Él levanta las manos como si yo sostuviera un arma entre las mías.

Guillermo se queda contemplándome en silencio unos segundos. Dios, ya puedo oler su colonia. El recuerdo de aquella noche me nubla la vista, y tengo que aguantarme las lágrimas para no provocar una escena aquí mismo.

—Por favor, háblame.

Cada palabra que pronuncia es como una punzada más en mi pecho. No sé cuántas veces ha debido de llamarme en estos días ni cuántos mensajes me ha enviado, porque le bloqueé nada más marcharme de aquella estación. Ni siquiera sé si me saldría la voz si

tuviese que dirigirme directamente a él. ¿Por qué ha tenido que hacer todo eso?

—Sé que lo he hecho todo mal y que soy un estúpido —me susurra, agachándose para estar a la altura de mi pupitre—. Sé que estoy jodido y que tengo mucho que sanar para dejar de hacer daño a las personas que quiero, pero, por favor… —suplica—. Eres lo único que me ha hecho feliz en muchísimo tiempo.

Por ahí sí que no paso. No puede decirme algo así y luego tratar de matarse por una deuda. Si tanto le hubiese importado, habría pensado más en su futuro conmigo —¡en su futuro a secas!— y no en la posibilidad de perder la vida por un estúpido juego macabro.

Le miro finalmente a los ojos, con toda la rabia que me es posible para no sucumbir a esa belleza que tiende siempre a debilitarme, y respondo con frialdad, rezando por que no me tiemble la voz.

—Fuera… de… mi… vista.

—Sabes perfectamente por qué hice lo que hice —se justifica en voz muy baja—. Por favor, no pienses que no te tuve en cuenta cuando me… —mira hacia un lado y puedo notar la presencia de Juanfran observándonos— cuando me tumbé allí. Tenía que saldar esa deuda para empezar de cero contigo de una maldita vez…

—¡Ya habías empezado de cero! —me oigo gritar—. ¡Y había otras soluciones, pero tú elegiste esa, así que no quiero saber nada más de ti!

Puedo notar las miradas de mis compañeros clavándose una a una en nosotros. Guillermo apenas se molesta en girarse a verlos; sus ojos están fijos en mí. Y ahora mismo le odio.

—Me… —suspira, al cabo de unos segundos— me dijiste esa noche que me querías.

Y lo peor es que lo sigo haciendo; pero ya estoy harta de querer a personas que me acaban hiriendo. Esto tiene que acabar aquí y ahora; y aunque estoy a punto de expulsar las palabras más venenosas que he pronunciado en toda mi vida; sé que es lo único que puedo hacer para que tanto él como yo pasemos página.

—Pues mentí —sentencio—. No te quiero, Guillermo. ¿Crees que por ser de sangre azul me tenías ganada? Eres un desastre de persona. Y el tiempo que pasamos juntos estuvo divertido, sí. Pero

aspiro a más, así que se acabó.

Me acerco unos centímetros más a él y, a pesar de que lo único que quiero ahora es llorar y buscar la forma de encontrar una máquina del tiempo, trato de remarcar mis últimas palabras.

—Para mí solo has sido puro capricho.



60

Guillermo del Prado

Las palabras que me escupe Gala encima ni siquiera logran atravesarme. Conozco esta sensación porque siempre me llega cuando me siento sin esperanza; una especie de caparazón de piedra rodea mi cuerpo y no deja que ni el cuchillo más afilado lo atraviese. No dejo entrar a nada ni nadie, ya es automático. Pero tantos años tallando esa piedra me han hecho comprender que eso no es del todo bueno. Y por eso soy consciente de que cerrarme del todo en este momento es lo peor que puedo hacer. Necesito comenzar a tomar las riendas de mi vida antes de que la vida me pase por encima.

Ni siquiera he llegado a decirle que yo también la quiero…

Por la tarde, después de clase, me marcho al cementerio de La Almudena; mi hermano está allí enterrado, en el panteón familiar. Es realmente espectacular, con sus columnas de piedra blanca y estilo corintio en la entrada. Al parecer, mi bisabuelo también fue un aficionado a la arquitectura.

Miro la tumba más reciente que hay dentro y observo el nombre completo que hay escrito sobre ella: Roberto Ventura del Prado Alcázar. Leer la fecha en la que data su vida entera es más duro. Menos de dos décadas de vida; es casi ridículo.

—¿Qué tal, Róber? —me oigo decir.

Observo a mi alrededor. El cementerio parece vacío, casi como si todo me perteneciese. He venido con el uniforme del Knight's Hill, así que doy una vuelta sobre mí mismo para enseñárselo bien a mi hermano.

—¿Te mola? Víctor dice que el de Suiza era más bonito, pero no sabría qué decirte.

Me quedo en silencio.

—Mmm… Estoy sacando mejores notas —continúo al cabo de un rato—. Ahora seguro que te superaría en algunas asignaturas, cabrón —me río—. Sigo poniéndome tu chupa azul casi todos los días. ¿Qué más, qué más…? —murmuro—. ¡Ah! Aria está bastante contenta con las opos y papá sigue insistiendo en practicar esgrima conmigo. A mí no me importa, ya sabes que soy la hostia, por mucho que Víctor crea que es mejor que yo.

Carraspeo, leyendo el segundo apellido de la tumba.

—Mamá lo lleva un poco peor. Ya sabes cómo es: las apariencias siempre van primero. Pero, en el fondo, sé que se desmorona cada vez que piensa en ti. Y no me extraña, la verdad. A mí también me gustaría romper a llorar de una puta vez, ¿sabes? Pero no sé por qué no me sale. Aún no te he llorado; es bastante fuerte. Quizá es porque me niego a ver la realidad, que ya no estás conmigo. En mi cabeza, es como si no vinieses a clase porque estás malo o haciendo pellas sin mí —vuelvo a reírme—, no porque simplemente ya no estás aquí.

Noto cómo mi respiración comienza a trabarse.

—Hoy es la primera vez que lo tengo bien claro. Porque me he sentido solo y sin ninguna red sobre la que dejarme caer. Solo de verdad.

Cada vez me cuesta más hablar. Mi voz se resquebraja conforme continúo.

—Viniendo hacia aquí, me he puesto a pensar… y no me ha gustado la conclusión a la que he llegado. Porque quizá te deba una disculpa, y he tardado meses en darme cuenta. Así que supongo que estoy aquí para pedirte perdón, aunque ni siquiera sé si lo vas a poder oír.

Tomo aire.

—Perdóname, Roberto. No solo por meterte en ese club, sino por todo lo demás. Por llevarte al lado oscuro, por convertirte en la otra oveja negra del clan, a pesar de que eras perfecto y tenías un futuro brillante por delante.

Mis ojos se humedecen en cuestión de segundos, y es ahí cuando comprendo que, después de tanto tiempo esperando, voy a llorar.

—Soy yo el que debería haber muerto aquella noche. Soy yo el que debería haber aceptado el reto, o al menos el que debería haberlo rechazado por ti. Fui un hermano de mierda y eso siempre recaerá sobre mi conciencia. Te quiero muchísimo, Roberto. A pesar de lo poco que lo he demostrado. Te quiero y te echo de menos, cada puto segundo de cada puto día.

Para cuando quiero darme cuenta, estoy de rodillas frente a su tumba y contemplo las flores secas que decoran el suelo del panteón; los últimos crisantemos que le traje, su flor favorita. Ahora estoy hecho de lágrimas, no dejan de salirme. Sollozo en cuanto el lloro se vuelve doloroso, y con cada jadeo encuentro un nuevo motivo por el que llorar.

Estoy solo, y llevo estándolo mucho tiempo.

Su muerte me ha encadenado al club eternamente.

He perdido al amor de mi vida.

Y me he perdido a mí mismo.

Una mano se posa sobre mi hombro y, por un solo segundo, mi fe me hace creer que se trata de mi propio hermano. Pero al girarme hacia la persona que me contempla desde atrás, me encuentro con la mirada compasiva de Aria.

—Está bien, Guillermo. Está bien, cariño.

Lleva un ramo de crisantemos frescos en la mano. Ha venido a cambiarlos.

Me levanto rápidamente a abrazarla. Y así nos quedamos durante minutos. Aria acaricia mi espalda como lo haría una madre y me besa el hombro hasta que dejo de llorar.

Tras la muerte de Roberto, quedé en *shock* y ni siquiera fui yo quien le contó a mi familia que mi hermano había muerto por un accidente; de todos modos, sé que ellos me culpan por no haberlo

cuidado lo suficiente. Nunca lo han dicho en voz alta, pero sé que es así. Y tienen razón: lo que le sucedió a mi hermano fue culpa mía y de nadie más.

El CDC cubrió toda la situación ante la ley y los medios, y desde entonces, mi padre trata constantemente de consolarme practicando esgrima conmigo, y mi madre se ciñe a intentar transformarme en Roberto y fingir que mi hermano se suicidó, todo para despistar a la prensa y que nadie pueda acusarme de nada. Y deduzco que me trasladaron al Knight's Hill para alejarme todo lo posible del CDC, aunque les haya salido el tiro por la culata en ese sentido.

Sea como sea, nunca hemos llegado a hablar directamente del tema. De lo que ocurrió esa noche, de Roberto…

—Todo irá bien —me susurra Aria mientras se acaba el abrazo—. ¿Estás mejor ahora?

Me encojo de hombros. No lo tengo muy claro, llevaba meses, casi años, sin llorar. Sin embargo, si algo tengo claro es la sensación de esperanza que guardo ahora en mi interior; como si por primera vez en mucho tiempo viese una salida al final del túnel.

Si puedo sacar algo bueno de mi situación es que, ahora mismo, ya no tengo nada que perder.

—Quizás, ahora no —respondo finalmente a mi hermana—. Pero lo estaré.



61

Gala Ruiz-Johnson

Hoy, en clase de Equitación, me han vuelto a dejar coger a Perla para cabalgar alrededor de la pista; necesitaba conmigo a mi yegua favorita, así que me siento agradecida. Ni siquiera me he hecho una coleta para la clase, por lo que mi pelo se mueve al ritmo del viento y las zancadas al galope. Me siento todo lo libre que puedo sentirme ahora mismo. De hecho, estoy tan a gusto que, al final de la clase, soy la última en llegar al establo.

El ambiente aquí huele a heno, abono y perfume de marca, una mezcla extraña. Conforme las otras chicas van dejando sus caballos al mozo, yo aprovecho el tiempo de espera para abrazar a Perla; no hay nada que en este instante me dé más fuerza.

—Sois uña y carne —se ríe Adriana, observándonos mientras se acerca.

—Llevaba tiempo sin que me tocase en clase.

—Perla es muy dócil —asume, acariciando su hocico—. Supongo que la profesora Roca te ve capaz de domar caballos más salvajes.

Frunzo el ceño. ¿Eso ha sido una indirecta? Pensándolo bien, rara es la vez que no me ha adjudicado un caballo negro para la clase, y los negros tienden a ser los más indomables.

—El otro día vi la escenita en clase de Historia —me acaba

desvelando—. Y debo de ser la única testigo que no se creyó una sola palabra de lo que dijiste.

Trago saliva involuntariamente; odio que siempre me tenga calada.

—Me hizo daño, Adri —me ciño a contestar.

Ella solo asiente con la cabeza. La brisa de noviembre azota nuestros cabellos, así que Adri se pasa el suyo, de un dorado precioso, tras las orejas.

—Estoy segura de eso —responde—. Y no me puedo ni imaginar lo que ha hecho para que estés así con él.

—No puedo… —empiezo a decir. Pero luego me retracto—. Ha hecho cosas que no termino de entender y que… —respiro—, bueno, que no apoyo.

Permanecemos en silencio durante unos segundos. Las demás estudiantes hablan a voces desde el otro lado de la fila con sus caballos.

—Pues vaya asco —termina diciendo Adri—. Guille me gustaba mucho, la verdad. Supongo que me sentía bastante identificada con él…

—¿En plan?

—Venga ya —resopla—. ¿No ves el patrón? Nadie le tomaba muy en serio al principio, como si fuese una especie de espectáculo en sí mismo. Le veían problemático, misterioso, seguramente un poco loco… Es literalmente la imagen que el curso tiene de mí desde vete a saber cuándo.

Asiento levemente, sintiéndome fatal por que la responsable de esos rumores sea mi amiga Dafne. Adri sigue hablando:

—Pero os conoció a vosotros. ¡Te conoció a ti! —me señala—. Y hasta yo vi un cambio.

—Yo también creí que había cambiado, ¿sabes? —me defiendo—. Pero sigue siendo igual que cuando llegó al Knight's Hill. Puede que incluso peor, porque parece que no ha aprendido nada en el camino…

Adriana gira la cabeza y su mirada se dirige a la pared de la piscina climatizada. Yo también miro por inercia, y me arrepiento al instante. Ahí está él, una vez más, tan *sexy* como siempre con ese

bañador que apenas le tapa lo justo. Se ha quitado el gorro y lleva el pelo mojado y despeinado.

Es un desastre; pero era mi desastre.

Ya no sé qué me duele más, si el recuerdo de aquella noche en las vías o las palabras que disparé a su corazón frente a toda la clase.

Noto cómo Adriana me observa.

—Quizás, y esto es solo una sugerencia… —recalca—, podrías dejar de pensar por un momento en lo que crees que la gente merece de ti y plantearte qué es lo que quieres tú realmente de los demás.

Me quedo pensando en sus palabras, pero me niego a procesarlas.

—Hay límites, Adri. Y por mucho que quiera fingir que nada ha pasado, lo que hizo fue arriesgado. Si hubiese salido mal, tanto él como yo hubiésemos perdido algo muy valioso…

—Pero no lo habéis perdido, ¿verdad? —Me mira a los ojos, con cierto brillo en su mirada, casi como si comprendiese a la perfección de qué estoy hablando—. Seguís aquí y todo sigue igual, al fin y al cabo. A lo mejor, eso significa algo.

Sí, claro. Que, al parecer, sí que soy su ángel de la guarda.

—No puedo estar con alguien así —concluyo, dando unos pasos adelante con Perla mientras avanza la cola—. Necesito calma y estabilidad.

—Por las otras veces que hemos hablado, pensé que él te la daba —me recuerda—. Además, Gala… Siento ser yo quien te diga esto, pero la estabilidad y la calma quizá las quieras, pero no las necesitas. Y no te vendría mal soltarte el pelo de vez en cuando —comenta, peinando uno de sus mechones—. ¡Como has hecho hoy! Te he visto en la pista y estabas radiante. Se te veía feliz, más libre que nunca.

—No es lo mismo sobre un caballo.

Adriana se limita a levantar una ceja. No soporto cuando me hace replantearme mis decisiones.

¿Tenía que haber sido más abierta con Guillermo? Sigo sintiendo una punzada en el pecho recordándolo ahí tumbado, con el tren llegando hasta él a toda marcha. Estuvo a segundos de acabar como mi madre. ¡Y yo con él, por Dios!

Otro escalofrío me recorre el cuerpo cuando me recuerdo a mí misma tirada a su lado. Estuve a punto de morir por él, y no dudé ni un segundo. Qué estúpida fui. ¿Cómo puedo estar tan cabreada con él si, en realidad, yo hice lo mismo? Qué horror, estoy echa un lío.

¿Y si Adriana tiene razón? No quiero ver a Guillermo porque siento que no se merece estar conmigo después de arriesgar tan estúpidamente su vida. Pero si escucho a mi corazón… atravesaría ahora mismo el cristal de la piscina y me fundiría en sus brazos. ¿Por qué le echo tanto de menos?

Adri tiene razón, no hay nada de verdad en lo que le dije en clase. Y lo peor de todo es que fui más cruel de lo que Dafne ha podido ser nunca con alguien.

La cola avanza, y mi compañera se despide de mí con unas palabras que suenan como una estocada final:

—Un chico puede ser como un caballo, Gala. A veces, los más rebeldes son los más interesantes.



62

Guillermo del Prado

Creo que voy a volver a adoptar la mala costumbre de escaquearme del colegio, como antes. Siempre lo había hecho por aburrimiento, pero esta vez se trata más bien de soledad. Cuando llega la hora de comer no tengo con quién pasarla, lo cual nunca ha sido un problema, pero hoy me cuesta comer la ensalada de pasta mientras escucho de fondo la risa de Gala de vez en cuando. Simplemente no puedo; sigue doliendo demasiado.

Víctor coge mi llamada al primer toque. Él tampoco debe de estar muy contento en su instituto, porque acepta mi propuesta al momento. Quedamos en el parque que hay cerca de mi colegio y luego pillamos un taxi hasta El Viso. Allí, nos colamos en su casa, que está vacía a esas horas, y nos pasamos lo que queda de tarde hasta que acabe el colegio vapeando como idiotas y jugando a la Play. Cuesta creer que mi vida se encuentre entre eventos benéficos, escuelas de prestigio y esto. Menudo sinsentido.

Es increíble cómo puedo estar con él tranquilamente en la misma sala sin sentirme incómodo por no hablar de lo que pasó la noche de la mascarada. Perdí la apuesta, ahora debo más dinero al CDC y eso me está matando. Sin embargo, mi amigo debe de comprenderlo, porque no saca el tema.

Llega un punto de la tarde en el que me canso de mirar la pantalla del televisor y me salgo a la terraza de su cuarto a tomar un poco el aire. Su vecindario es realmente tranquilo: solo hay chalés enormes y calles vacías. Víctor sale conmigo al cabo de un rato.

—¿En qué piensas, tío?

Me encojo de hombros. Se enciende un cigarrillo y me ofrece a mí otro. Acepto sin pensármelo mucho. Me acuerdo de mi primer encuentro con Tristán hace ya meses. No he fumado un cigarrillo desde entonces.

—Ey, ¿quieres echar un duelo de esgrima en el jardín? —me propone Víctor—. Tengo aquí las espadas, y algo me dice que aún te sigues creyendo mejor que yo.

—Qué pesado, tío —bufo—. Soy mejor que tú, acéptalo de una vez.

Él se ríe, pero insiste un par de veces más. Es altamente competitivo y, aunque no me importaría coger ahora una espada y ganarle a un duelo en cuestión de segundos, estoy demasiado cansado como para aceptar.

—Recuerdo que —rememora—, después de las clases de Esgrima, el que perdía siempre invitaba en la cafetería del campus.

—Sí —me río—. Te gastaste tu pasta en invitarme a cafés.

Mi amigo golpea mi hombro y después se tira sobre una de las tumbonas de su terraza.

—Piensas mucho en la rubita esa, ¿a que sí? —Agradezco que no pronuncie su nombre; no sé si ahora mismo podría aguantarlo.

Me vuelvo a encoger de hombros; se ve que hoy no tengo muchas respuestas.

—Amigo, era una sin más —trata de consolarme, aunque me entran ganas de soltarle un guantazo en cuanto dice eso—. Te mereces alguien con más mundo, más aventurera, no sé si me entiendes…

Mientras levanta las cejas dando a entender que Gala no es ningún ser sexual, me llega a la cabeza la noche en que todo acabó: mis últimos momentos con ella en la mascarada, con mis labios recorriendo su cuerpo hasta hacerla estremecer… Joder, cómo la extraño.

—¿No has pensado nunca en salir con Luna? —suelta Víctor de la nada—. Así, en plan más serio. Además, la tía tiene pinta de chuparla de puta mad…

—Te voy a parar aquí mismo —le interrumpo—. Luna es mi amiga, tenga la pinta que tenga. Y, si bien la quiero mucho… —suspiro, cerrando los ojos inevitablemente—, ella no es Gala.

Un dolor en el pecho me obliga a sentarme. Es el dolor del recuerdo y el de la verdad, porque me doy cuenta de que estoy atrapado en un infierno del que jamás podré salir; porque a cada chica que aparezca a partir de ahora en mi vida… la acabaré comparando con ella.



63

Gala Ruiz-Johnson

Las palabras de Adriana siguen asediando mi conciencia; por eso, inquieta y confusa, termino llamando a Jimena y le propongo ir a cenar fuera. Quizá no pueda perder la cabeza como lo hace Guillermo, pero quiero comprobar que puedo cruzar la línea de lo que conozco.

Las calles de Madrid están llenas a estas horas. El cielo ya está oscuro y la brisa de noviembre envuelve el ambiente. Me he puesto una gabardina rosa sobre un vestido oscuro ajustado, porque, con lo que tengo preparado para esta noche, no puedo pasar por estudiante de instituto…

—¿A dónde me llevas, princesita? —pregunta Jimena tras diez minutos de paseo.

—Vamos a algún sitio con clase para desfasar un poco —me escucho decir—. Hoy quiero salir de mi zona de confort.

Jimena suelta una carcajada. Hasta yo estoy sorprendida.

—*Okay, queen! Slay!* —resalta, chasqueando los dedos. Se ha puesto unos preciosos vaqueros ajustados y una blusa verde que ella misma ha customizado. Le quedan genial en contraste con su piel oscura.

Paseamos sin ningún destino pensado por el Paseo de la

Castellana, cerca del piso de mi amiga. Durante el camino, mientras buscamos algún restaurante a la altura, Jimena me cuenta cómo es ver a su mejor amigo liarse con una chica distinta por día, delante de ella.

—Empiezo a sentir que lo hace aposta —se queja—. A veces, noto como si yo le gustase, ¿sabes? Tris es más cariñoso conmigo que con cualquier otra persona… Pero, en cuanto pasa de mí y se marcha con otra chica, me hace sentir como si fuera su hermana lesbiana o algo así.

—A Tris le gustas, te lo aseguro —declaro—. Pero es tan tonto que quizá ni se haya dado cuenta.

—Tris no es tonto —le defiende, suspirando.

Yo me agarro a su brazo y le beso la mejilla.

—Eres un sol. ¡Y un pibón! ¿No has pensado en buscarte otro chico interesante y, quizá, pasar de él al fin?

—¿Tú pasarías así de fácil del marquesito? —Me quedo totalmente en silencio. Jimena se lleva una mano a la boca—. ¡Tía, lo siento! Ni lo he pensado, ¡discúlpame!

—¿Sabes qué? Me lo merezco —sonrío—. Por haber sido una amiga de mierda contigo por lo de Claudia. Dejémoslo en tablas, ¿vale?

—Eres idiota.

Nos reímos juntas a la vez que nos paramos en seco ante un local que tiene muy buena pinta.

—Creo que este es perfecto —coincide mi amiga, mirándome con satisfacción, así que entramos al Pabblo sin pensárnoslo mucho.

—¿Tienen reserva? —nos pregunta la *maître*, nada más pasar.

—No —respondo, atusándome el pelo—.Venimos solo a tomar una copa.

—Ah, pues… —La veo dudar—. ¿Me enseñáis el DNI?

Noto cómo me tiembla el pulso, pero aquí nadie me conoce, así que decido hacer caso a mi intuición y me lanzo a la piscina antes de arrepentirme:

—Eres un encanto —sonrío—, pero venimos aquí asiduamente. Somos amigas de Javi, las internas de KPMG.

—No sé quién es Javi.

—Oh, eres nueva, entiendo —ladeo la cabeza—. Tranquila, le hablaremos bien de ti al propietario. —Seguidamente, le guiño un ojo. Eso parece hacerle gracia a la *maître* ¡y menos mal!, porque me va a estallar el corazón.

—Venid conmigo, anda.

Durante el camino hacia nuestra mesa, oculto una sonrisa mientras miro a mi amiga, que no puede dejar de sonreír. Lo hemos logrado: hemos pasado por adultas.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —grita en susurros Jimena, una vez sentadas—. ¿Quién es esta chica que tengo delante? Pensaba que íbamos a cenar, pero te perdono. ¡Esto es cien veces mejor!

Suelto una carcajada y justo en ese momento un camarero nos ofrece una carta de cócteles.

—No me puedo creer lo que acabo de hacer —me llevo una mano al pecho—. ¡El corazón se me va a salir del pecho!

Sé que es una tontería. En fin, ¿fingir ser mayor de edad para tomar unos cócteles? Guau, menuda malota. Pero he conseguido alejarme de Santa Gala por un momento y, en cierto modo, he podido comprender mínimamente lo que es sentir… adrenalina.

—¡Tía, tía! —exclama Jimena con entusiasmo, mirando la carta—. Me voy a pedir un Appletini, que así va a juego con mi *outfit*. ¿Y tú?

Voy a contestar, pero mi cuerpo se tensa al mirar al fondo del local.

—No puede ser —murmuro—. Ahora vuelvo.

Me levanto de un salto y camino decididamente hacia Julen, que está cenando con un tipo trajeado que busca algo en su maletín. Al verme acercar, puedo notar cómo se tensa.

—¿Me estás siguiendo? ¿¡Acaso tengo que pedir una orden de alejamiento!? —digo, todavía a un par de metros de la mesa. No me importa quién pueda oírnos.

—Gala, a ver, tengo que explicarte…

De repente, el hombre que está sentado frente a él levanta la cabeza de su maletín hacia mí, sorprendido, y no doy crédito a lo que veo. Siento unas ganas irremediables de llorar y retrocedo unos pasos.

—Princesa…, esto es difícil de explicar.

No sé qué responder, así que miro de nuevo a Julen.
—¿Qué demonios haces aquí con mi padre?



64

Gala Ruiz-Johnson

Jimena aún me espera en nuestra mesa mientras yo me mantengo incrédula ante la imagen de Julen y mi padre sentados en la misma mesa.

—Princesa… —repite mi padre.

—No me llames así —le corto entre dientes—. ¿Qué está pasando aquí?

Ellos se miran.

—Lo… —comienza Julen—, lo que traté de decirte en la mascarada…

—Todo está bien, Gala —le interrumpe mi padre—. Vuelve con tu amiga.

—¿Cómo que «todo está bien»? ¿Va en serio? —exclamo—. ¿Te pillo reunido con el tipo que me está haciendo la vida imposible y crees que voy a pasar de largo?

—Estamos negociando, eso es todo.

—Pero no va a durar mucho —añade Julen—. No hay dinero que reviva a mi padre, ¿verdad, señor?

Miro a ambos, en alerta, y me llevo la mano al cuello. No puede ser.

—¿Era cierto? —pregunto a mi padre en voz baja—. ¿Le mataste?

—No le maté, ¡lo hizo él solito! —responde con tedio—. Su padre fue uno de los afectados por el despido colectivo que tuvimos que llevar a cabo hace unos años para sanear la empresa, y él decidió quitarse la vida. Lamento mucho lo ocurrido, pero no podíamos seguir manteniendo todos esos puestos de trabajo…

—¡Claro que podíais! —defiende Julen—. Ese despido le quitó el pan a cientos de familias solo para que los ricos os hicierais más ricos.

—No es así —le explica mi padre, totalmente calmado—. ¿Crees que fue fácil para nosotros llevar al paro a tanta gente?

—Ni siquiera os presentasteis en su funeral —continúa Julen—. Me dais asco.

—Hay una junta detrás de todo despido —le explico a Julen—. ¿Por qué la has tomado con mi padre?

—Porque es el director de Blaisè, ¿no? —contesta, mirando con una sonrisa perversa a mi padre—. Él es el psicópata que tiene la última palabra.

—Así que es cierto —corroboro—. Todo lo que vivimos fue para vengarte de él.

—No es tan sencillo.

—¡Sí lo es! —le grito. Por suerte, su mesa queda un tanto alejada del resto y, gracias a esto y a la música que suena de fondo, los otros comensales no pueden seguir la conversación, pero hay varios ojos mirándonos; espero que no nos reconozcan—. La pregunta es sencilla: ¿elucubraste un plan para vengar a tu padre que implicaba conquistarme?

Julen baja la cabeza y mi padre cierra los ojos, como quien no quiere presenciar una masacre.

—Al principio, solo quise hundir su empresa —procede Julen—. Empecé a escribir tuits esparciendo rumores sobre las fábricas de Blaisè y algún que otro cotilleo empresarial que mi padre me había chivado cuando trabajaba allí. Sin embargo, no se hacían virales y estaba siendo una pérdida de tiempo.

»Entonces, investigando la marca, encontré el artículo de una revista del corazón donde Nuño decía que cada año veraneaba unas semanas en Milán para organizar su siguiente desfile en la Fashion

Week. Revisé fotos y datos de internet de los años anteriores, y así pude descubrir los días que seguramente estaríais allí. Fue arriesgado, pero funcionó.

—Debes de tener mucho dinero y tiempo libre para permitirte un plan tan enfermizo —le escupo.

—Usé la herencia de mi padre —me echa en cara—. Ah, y soy estudiante de Periodismo en la Complu. Pero, aun así, me temo que encontraros no sería difícil para nadie: internet lo sabe todo de vosotros.

Siento un escalofrío pensando en ello.

—En cuanto te conocí aquel día —continúa—, no quería más que ganarme tu confianza. Tiré de todo lo que venía de ti en redes, y así me transformé en tu hombre perfecto. Lo siento, pero también me fue demasiado fácil…

Aprieto con fuerza los dientes para no soltarle un bofetón ahí mismo.

—¿Y qué entraba exactamente en tu plan? —me atrevo a preguntarle, arriesgándome a que mi padre comprenda de qué hablo.

—¿Te refieres a sí pretendía acostarme contigo? —me sonríe—. No, eso fue bastante improvisado.

Me quedo de piedra. ¿Cómo se atreve a decirlo así, delante de mi padre? Para mi sorpresa, este no se muestra para nada atónito.

—Lo grabé por si acaso —sigue Julen—, gajes de la carrera, pero pensé que lo acabaría borrando sin más. Al fin y al cabo, aunque habías dejado de hablarme y habías vuelto a Madrid, ya no te necesitaba porque mis tuits al fin se habían empezado a viralizar. Sin embargo, pronto vi que en Blaisè todo seguía igual, y tuve que volver al ataque e ir más allá…

—¡En Blaisè no todo seguía igual! —le reprocha mi padre—. La cotización de las acciones cayó considerablemente.

—Vaya, pobrecitos, las acciones perdieron valor —se burla Julen—. ¡Menuda gilipollez! Yo quería verte jodido de verdad. Por eso te mandé el vídeo.

Se me detiene el corazón y me veo obligada a sentarme en cuanto lo escucho.

—¿El vídeo? ¿Qué vídeo? —Ninguno responde. Me río. ¿Qué vídeo va a ser? Miro a mi padre con lágrimas en los ojos—. ¿Desde cuándo lo tienes?

Él baja la cabeza.

—Desde antes de la Fashion Week.

Y es ahí cuando empiezo a encajar piezas. Por eso lleva tanto tiempo raro conmigo, por eso se mostraba distante, por eso andaba tan estresado cuando estaba en casa conmigo y por eso…

—¿Por eso comenzaste a…? —le pregunto, casi al oído, con la voz quebrada.

Mi padre se encoge de hombros, mirando a Julen con desprecio.

—Me envió el vídeo anónimamente, pero no me pidió recompensa a cambio de borrarlo ni nada. Solo decía que, si hablaba con la policía, me arrepentiría. Y cada vez que le ofrecía una solución, me contestaba reenviándome el mismo vídeo, una y otra vez. Solo quería torturarme, volverme loco.

—Te lo mereces, hijo de puta —le escupe Julen.

De pronto, recuerdo la de veces que insistió estas últimas semanas en que subiéramos a mi casa. No quería volver a acostarse conmigo, quería buscar más trapos sucios. Giro la cabeza lentamente hacia él, levantándome de nuevo.

—¿Y tú qué te mereces? ¿Eh, cabronazo? Eres un monstruo, un sociópata de los gordos. ¿Ya estás contento? ¿Has conseguido lo que querías?

Julen se levanta también, quedándose a centímetros de mí.

—Nunca lo haré. Porque mi padre nunca volverá —después, mira a mi padre—. Esta reunión es una pérdida de tiempo. Al contrario que todos vosotros, yo no tengo precio.

Entonces, comprendo por qué mi padre me pidió el nombre completo de Julen el otro día. Con los vídeos que le mandaron Julen y Claudia, le puso cara a su acosador anónimo; pero conmigo le pudo poner nombre. Al parecer, yo no era la única que sufría amenazas…

Jimena llega a la mesa y se queda a mi lado.

—¡Hola! ¿Qué tal va todo por aquí?

Mi padre mira su móvil y luego se levanta también de la mesa.

—Verás, joven —le dice a Julen—. Quizá tengas razón en esto último, pero hay algo en lo que te equivocas…

Tres segundos después, como si estuviese todo coreografiado, dos agentes de la ley aparecen por la entrada del restaurante en dirección a nosotros. La cara de Julen se vuelve pálida como la tiza y yo me aferro a la mano de mi amiga. Mi padre solo sonríe, acabando la frase.

—Esta reunión no ha sido una pérdida de tiempo.

—Julen Santino —recita un agente mientras el otro le esposa—, queda detenido por acoso anónimo por internet, difamación y daños a la reputación comercial, violación a la privacidad y delito de difusión de imágenes íntimas sin consentimiento de una menor.

—¡Ay, madre! —exclama Jimena—. Llego a saberlo y me quedo en nuestra mesa.

Todo el restaurante nos mira mientras sacan de aquí a Julen y algo me dice que no volveré a verle más, ojalá sea así. Lo que Julen ha hecho es imperdonable; espero que se pudra en la cárcel.

Mi padre se gira hacia mí.

—Gala…

Le detengo con la mano. Ahora soy yo la que no puede mirarle a la cara y no sé si podré volver a hacerlo nunca más.

—Por favor, vete —le pido—. Ya hablaremos de todo esto, pero ahora mismo… —suspiro fuertemente, aún sin creerme lo que acabamos de vivir— necesito que te vayas.

Él no dice nada más, solo asiente con la cabeza. Me alegra que lo entienda. Saluda a Jimena y se va. Nosotras volvemos a nuestra mesa y, al cabo de unos pocos minutos, el resto de los clientes continúa sus conversaciones como si nada.

—Tía, ¿me vas a explicar qué ha sido todo eso? —pregunta Jimena, obviamente curiosa.

—Te juro que lo haré —contesto, agotada—, pero ahora vamos a tomar algo, porfa.

—Guau, hoy sí que no te reconozco.

—Sus bebidas —nos ofrece el camarero, dejando dos cosmopolitan sobre la mesa.

—Oh, aún no hemos pedido —le explica mi amiga—. Estaban

deteniendo al acosador de mi amiga, superintenso todo.

—Esto es de parte de los caballeros de esa mesa —nos corrige, señalando a un par de veinteañeros que nos observan desde el otro lado del local. Nos saludan con sus copas, sonrientes y algo sonrojados.

Típico de los hombres: ven a dos chicas solas que acaban de casi protagonizar una detención en medio del restaurante, y aun así se arriesgan a ver si pescan algo.

Pues mira, pescar no pescarán nada, pero nos beberemos todo lo que nos ofrezcan.

El camarero se larga y Jimena comienza a reírse como una colegiala. Como lo que somos, vaya.

—Madre mía —susurra—, menuda situación. ¿Te imaginas que ahora se acercan?

—Que nos paguen las copas que quieran —respondo con un suspiro—. Para cuando se acerquen y traten de ligar con nosotras, les enseñaremos nuestras fotos con el uniforme escolar, a ver si siguen sonriendo.

Jimena me observa con cierta sorpresa, pero a mí ya no me importa nada.

Al fin y al cabo, hoy es una noche sin límites y yo ya he sobrepasado los míos: he presenciado cómo se llevan detenido al tipo que se ha dedicado a extorsionarme con un vídeo sexual desde hace meses y encima he descubierto que mi padre se ha visto obligado a verlo repetidas veces, lo que probablemente le ha hecho caer en la cocaína para tratar de superarlo, así que soy la responsable de su adicción y de todo lo malo que me ha pasado. Está claro, pues, que ser una niña buena no funciona para nada porque, a la mínima que te equivocas, tu mundo se puede resquebrajar, por lo que hoy solo quiero dejarme llevar.

Pero, siendo honestos, no me apetece nada acercarme a esos tipos que tan amablemente nos han invitado a las copas; solo quiero beber hasta olvidar todo lo ocurrido estos días.

Y eso voy a hacer.



65

Guillermo del Prado

La noche ha llegado a Madrid y yo sigo en la terraza de mi amigo, en El Viso. Sus padres aún no han llegado, y no es hasta que sale la luna que me entero de que están en un evento de su empresa. Y yo preocupándome por nada.

Víctor ha sacado unas cervezas y, aunque yo soy más de *whisky*, no se la rechazo. Me paso la siguiente media hora oyéndole hablar de lo patéticos que le parecen sus compañeros del nuevo instituto, y la otra media se dedica a intentar convencerme, de nuevo, de tener algo con Luna.

—¿Pero a qué viene tanta insistencia?

—Creo que sois perfectos, tío —dice, secándose una mancha de cerveza del jersey negro de Palm Angels—. Desde hace ya mucho tiempo. Me lo he callado hasta ahora, pero el otro día, tras la movida del tren, Luna me contó que discutisteis la noche que salisteis los dos solos.

No discutimos. Se me lanzó, yo me aparté y luego me atacó de manera gratuita; no es lo mismo. Aun así, no estoy en posición de ponerme a debatir.

—Está muy preocupada por ti, tío —continúa—. Dice que no le contestas a los mensajes desde la noche del tren…

No miente. Ella y Alejandro me intentaron llamar tras no superar la prueba y pasé de contestarles. Alejandro seguro que lo hizo para recordarme cuánto había subido la deuda y Luna… Bueno, simplemente no tengo ganas de hablar con ella.

—La verdad es que no quiero perderla —me explico de nuevo—, pero no la quiero de esa forma. Lo siento mucho.

Víctor asiente, sin darle mucha importancia. Es posible que Luna le haya pedido que me saque este tema, por lo que sé que va a hacerle aún más daño enterarse de lo que siento a través de él.

—¿Crees que se van a pasar mucho conmigo en la próxima prueba? —me atrevo a cuestionar.

Mi amigo muestra una sonrisa cordial.

—Si quieres acabar cuanto antes con la deuda, van a tener que ser duros con el juego, ya lo sabes.

Exhalo todo el aire que puedo, consciente de que, ahora mismo, los más sádicos del club estarán haciendo una lluvia de ideas para la siguiente reunión.

—Yo también le echo de menos, ¿sabes? —me recuerda Víctor—. A tu hermano.

Asiento seriamente.

—Le quería mucho —continúa—, y estoy seguro de que estaría superorgulloso de ti.

—Yo no estoy tan seguro de eso —me río.

—Yo sí.

Nos mantenemos la mirada. El sabor de la cerveza me acaba cansando, así que dejo lo que queda del botellín apoyado en el suelo. Ya no me duele tanto hablar de Roberto, porque todo lo que guardaba dentro lo pude soltar en el cementerio. Sin embargo, aunque ya le pidiese perdón, me avergüenza creer que su alma sigue por ahí, pululando, y que ahora mismo podría estar viendo cómo sigo pasando pruebas para el club, como si no hubiese aprendido ninguna lección.

¿Cuándo podré empezar de cero?

—Algún día seré un hombre distinto —digo en voz alta, más para mí que para mi amigo.

Él solo sonríe, brindando consigo mismo.

—Seguro, hermano.

Se escucha el roce de las hojas de los árboles, movidas por la brisa. La noche está tranquila, o al menos lo estaba hasta que mi móvil empieza a vibrar. Leo varias veces el nombre que aparece en la pantalla, sin recordar siquiera que tuviera su número guardado.

—¿Jimena? —pregunto al descolgar. Es la chica del grupo con la que menos he hablado, no sé qué hace llamándome—. ¿Va todo bien?

—Guille, siento mucho llamarte así, de la nada. —Su voz suena alterada—. Pero necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre?

Jimena tarda un poco en contestar. La escucho tragar saliva al otro lado de la línea.

—Verás… —pregunta finalmente, con la voz temblorosa—. ¿Sabes si tu familia tiene contactos en el cuerpo de Policía? Han detenido a Gala y se niega a llamar a su padre.



66

Gala Ruiz-Johnson

Unos minutos antes…

No es hasta el tercer cóctel que siento los efectos del alcohol llegando a mi cerebro. Le digo a Jimena que me espere, y me levanto un momento para ir al baño; noto cómo me cuesta caminar recta y pensar con claridad.

Me mojo un poco la cara, lo suficiente como para que la máscara de ojos de Chanel no se desperdicie, y me miro al espejo. ¡Estoy buenísima! Este vestido me queda perfecto y parezco mucho mayor de lo que soy. Con él, puedo ver perfectamente mi futuro con claridad: una mujer de éxito, casada con un hombre a mi altura, dedicándome a las causas benéficas a través de mis *sexys* y profundos conocimientos de arte. ¡Estoy que me salgo!

—Princesita —me dice Jimena, levantándose, cuando regreso a la mesa—. Deberíamos irnos, se hace tarde.

—¡Jimenaaaa! —le digo abrazándola bien fuerte. Entonces veo a unos tipos que nos están mirando y me dirijo hacia ellos—: ¿Habéis visto lo guapa que es mi amiga?

Ella sonríe medio incómoda y nos saca a ambas del local. Fuera, hay una leve brisa otoñal que me sienta de miedo y comienzo a

bailotear por la plaza del edificio hasta llegar a la calle externa. Es como si nada malo hubiese ocurrido esta noche.

Jimena me mira preocupada, pero la encuentro riéndose de vez en cuando.

—Nunca te había visto tan taja, tía.

—¡No estoy borracha! —respondo, dando saltitos—. ¡Soy libre! ¡*Wiiii*!

—¡Gala!

Salgo corriendo instintivamente. La velocidad me hace sentir como un pájaro que surca las nubes y vuela contracorriente. Soy como un ave fénix, renaciendo de sus cenizas.

—¡Soy libre! —vuelvo a gritar—. ¡Y nadie me puede parar! ¡Nadie!

—Buenas noches, señoritas. —Un hombre uniformado se acerca a nosotras. El coche patrulla que tiene detrás ilumina nuestros rostros de rojo y azul. Está estacionado junto a El Corte Inglés que hay detrás, de manera poco discreta.

—Hola, agente —saluda Jimena, bastante tímida para ser ella—. ¿Hay algún problema?

No sé por qué, pero comienzo a cantar:

—*Everybody knows that I'm a good girl, officer…* —Me encanta Lana del Rey. Aunque ahora su música me recuerda a Guillermo, y me duele escucharla. Pero hoy me apetece ponerme toda su discografía. ¡Viva Lana!

—Discúlpela, está un poco cansada —explica Jimena.

—¿Pueden enseñarme sus DNI?

—¡Que manía con pedir el DNI! —exclamo, riendo—. ¿Qué importa la edad? Los tíos siempre acabáis haciendo lo que queréis con nosotras, no importa cuándo hayamos nacido.

—¿Perdón?

—¡Pues no te perdono!

Puedo escuchar la risa nerviosa de mi amiga mientras me aprieta el brazo con fuerza. El agente me mira, tensando la mandíbula.

—No se ponga así, agente —balbuceo—. Acaban de detener al idiota que me lleva acosando desde septiembre, ¡nos merecemos un trato de honor esta noche!

—DNI —ordena el agente—, ¡ahora!

Me quedo cruzada de brazos, aún tambaleándome un poco. Dios, qué bien sienta plantarle cara a un hombre. ¡Que les den a todos!

—Gala, dáselo —me pide Jimena por lo bajini.

—No te tengo miedo —respondo en voz alta—. Mi futuro marido, que no será un estudiante de Periodismo con el pene ridículo, hará que te despidan.

—¿¡Pero qué dices, Gala!?

—Se acabó —reacciona el agente, sujetándome por el brazo—. Usted se viene conmigo.

—¡Alcánzame si puedes! —contesto, empujándole ligeramente y dándome a la fuga entre risas—. ¡Soy libre! ¡Soy inmortal!



Una hora después, me encuentro en una celda de la comisaría más cercana, tras haberle suplicado a Jimena en el camino que no llamase a mi padre. Se me ha pasado la borrachera en cuanto me he visto tras los barrotes, por lo que mi cabeza ahora da vueltas con una resaca prematura y me siento totalmente derrotada.

No he tardado ni una hora en pisar fondo. Esto es lo que pasa cuando decido lanzarme a la piscina y salir de mi zona de confort: me acuesto con un psicópata vengativo, tengo una cita con el capullo de mi clase, meto a mi padre en las drogas y me enamoro de chicos más perdidos que yo.

Por suerte, estoy sola en el calabozo. No estoy cómoda, desde luego, pero al menos no hay ninguna reclusa mirando mi vestido con ganas de pelear por él, ni otro potencial acosador comiéndome con la mirada. Permanezco un par de horas allí mientras Jimena está fuera, supongo que pidiendo ayuda. No sé a quién estará llamando, pero espero que sea a algún adulto que no se vaya a chivar después a mi padre. ¡Podría haberle sugerido a mi portero, Fernando! Total, más vendido no puede estar…

El agente que me ha metido aquí llega al cabo de otro largo rato. Yo me levanto, a la espera de que vuelva a abrir la celda.

—Muy bien, señorita —dice mientras lo hace—. Han venido a buscarla. Que no se repita lo de esta noche.

Asiento rápidamente sin llegar a devolverle la mirada. Solo quiero salir de este sitio, nada más. ¿Quién demonios me ha sacado de aquí?

En cuanto salgo de la comisaría, exhalo todo el aire que me es posible. Jimena está hablando con Guillermo y su hermana, quien, deduzco, es la que ha hecho que me liberen. Doy un paso más y los tres se giran a verme.

—¿Cómo estás, princesita? —me abraza Jimena—. Qué movida, ¿eh?

—He sido una estúpida —contesto, dirigiéndome luego a Aria—. Gracias por sacarme de aquí.

—No te preocupes, bonita. Tengo mis contactos de la carrera de Derecho —sonríe—. Eres buena chica y les he asegurado que no volverás a meterte en líos, así que han prometido discreción.

Respiro de alivio al escucharla.

—Mil gracias, Aria.

—No me las des a mí. Es mi hermano el que estaba realmente preocupado.

Sé que no miente. Guillermo, que se ha apoyado en un coche de la calle, agacha la cabeza y se hace un silencio de lo más violento. Aria le lanza una mirada a Jimena.

—Bueno, algo me dice que tenéis que hablar sobre algunas cosas, así que voy a dejar a tu amiga en casa.

Las chicas desaparecen por la carretera en el coche de los hermanos, dejándonos completamente a solas. No quiero estar aquí, pero tampoco quiero no estarlo.

—Gracias —me ciño a decir—. Ha sido una estupidez.

—Estoy de acuerdo.

Oír de nuevo su voz dirigiéndose a mí es como un puñetazo que logro aguantar. Ha pasado poco más de una semana desde el incidente del tren, y siento que han sido años. Cómo le echo de menos; le necesito como al oxígeno. Noto mis ojos humedecerse.

—Tenías razón —suelto de repente, provocando que levante la mirada—. Tú nunca me has juzgado, en ningún momento. Y yo, a la primera de cambio, me alejé de ti sin intentar entender qué te ocurría. Pero, por Dios, Guillermo, ¡si te mueres, me muero! No

puedo imaginar que acabes como mi madre; no sé cómo podría… —Me sorbo la nariz. Él se pone de pie y se acerca poco a poco a mí—. Soy una amiga de mierda, no te merecías que te tratase así… y menos aún después de lo que has pasado por Roberto.

Guillermo tensa la mandíbula. Le veo sonreír mientras me seca la lágrima que ya ha escapado por mi mejilla, y eso me llena por completo.

—Creí que habíamos acordado que no éramos amigos.

Me río inevitablemente. Nos quedamos mirando.

—Mi padre consume drogas —le confieso—. Por mi culpa, al parecer.

—Creo que deberíamos alejarnos de la comisaría si vas a seguir hablando.

Vuelvo a reírme.

—Me estoy sincerando contigo, ¿vale? Le pillé durante el *ballet*, estaba poniéndose a tono con su socio en los lavabos. Y Julen… Julen es un tipo con el que salí este verano, mucho mayor que yo. Pensaba que habíamos tenido una relación real, pero nos grabó haciéndolo y me ha estado amenazando con ello hasta esta noche, en la que me he enterado de que mi padre sabía del vídeo y que lo estaba martirizando con él. Y, por si te preguntas qué pinta Claudia en medio de todo esto, pues me pilló en una de las citas que Julen me obligó a tener con él y nos grabó besándonos. También grabó a mi padre esnifando en el *ballet*, y por eso me tenía bajo sus órdenes; casi tengo que manipular al pobre Tris por su culpa. —Suelto un enorme suspiro. Al fin, todo fuera.

Guillermo se queda en blanco, mirándome fijamente mientras intenta procesar toda la información.

—Vaya —termina soltando—. Y creía que mi vida era complicada.

Nada más lo dice, comienzo a llorar de la risa. Me apoyo en su pecho mientras lo hago.

—¡Lo más gracioso es que ni siquiera estoy exagerando!

—Joder, Gala. Es normal que te sintieses tan jodida —dice y me aprieta entre sus brazos—. Gracias por compartirlo conmigo.

Volver a sentir su calor en mi piel me devuelve a la vida. Siento ganas de llorar de alivio porque, a pesar de esta terrible noche, el

haberla acabado a su lado era todo lo que necesitaba.

—Hay una última cosa —concluyo, mirándole a los ojos—. Mentí. La última vez que hablamos en clase, mentí. Sí te quiero, te quiero desde antes de saber que te quería, de hecho. Y estoy tan enamorada de ti que recuerdo haberme tumbado contigo en las vías del tren aquella noche, y sigo sin arrepentirme, porque eso evitó que murieras allí.

Puedo ver cómo los ojos de Guillermo brillan sobre la noche. Me besa suavemente en los labios y luego apoya su frente con la mía.

—Yo también estoy enamorado de ti, angelito —contesta—. Hasta las putas trancas.

Suspiro de alivio; al fin parece que todo se endereza. Me aferro a él en un abrazo que pensaba que duraría más de lo que lo hace, porque Guillermo se separa lentamente de mí al cabo de unos segundos.

—Pero tú también tenías razón —aclara—. Soy un desastre de persona y aspiras claramente a más; no soy lo suficiente para ti. Aún queda bastante para que llegue a ser el hombre en el que quiero convertirme, y juro que, cuando lo consiga, seguiré luchando por ti. Pero, mientras tanto, deberías estar con alguien que sí esté a tu altura. Porque te lo mereces, angelito.

Antes de que pueda reaccionar, Guillermo se acerca al borde de la acera y llama al taxi que pasa por ahí. Le ofrece un billete que no llego a ver al taxista y escucho cómo le da mi dirección.

—Ve a casa —me dice después—. Y descansa un poco, ¿vale? Nos vemos en clase.

Guillermo se despide de mí con un beso en la mejilla, uno tan suave como intenso y que sabe a despedida.

Se ha acabado. Se ha acabado, oficialmente.

Me subo al taxi sin mediar palabra, de nuevo al borde del llanto, pensando en todo lo que ha salido mal para haber llegado a este punto. Me he portado como una niñata, no he sabido estar a la altura de las circunstancias y, pensándolo bien, quizá todo esto sea una señal de que jamás sería una buena esposa ni una buena filántropa. Por un lado, ser tan perfecta y correcta como se ha esperado siempre de mí, no me ha llevado a nada bueno y algunas

personas han llegado a hacer conmigo lo que han querido, como Claudia, Jaime… y puede que hasta mi padre. Sin embargo, cuando he intentado salirme del redil, como hice al conocer a Julen, también he convertido mi vida en un infierno… Tengo la sensación de que, haga lo que haga, siempre me llevo todos los palos. Y, sin embargo, con todo lo ocurrido, también he descubierto que soy más egoísta de lo que imaginaba y que el título de «Santa Gala» con el que tan generosamente me bautizaron mis amigos no es más que papel maché, porque a veces he llegado a ser más arpía que la propia Claudia.

Estoy perdida; creo que he pasado por demasiadas cosas en los pocos meses que llevamos de curso y que todavía no soy capaz de procesarlo.

Sea como sea, aquí sigo, vivita y coleando. Y, a lo mejor, todo es más fácil y la vida no es tan seria como siempre he creído. Quizá sí que existe el libre albedrío, y no pasa nada por saltarme las normas de vez en cuando. Quizá Guillermo no iba tan desencaminado cuando se tumbó en las vías del tren. Bueno, no, eso fue una locura, pero comienzo a comprender por qué lo hizo: vivimos encerrados en una jaula de oro donde el dinero abunda tanto que pierde su valor; nos moldean desde pequeños para ser la imagen de nuestros antecesores y, en cuanto algo de nosotros difiere de sus valores, se toma como amenaza. Pero transgredir el protocolo no siempre es un acto de rebeldía, también es la búsqueda del autoconocimiento. A lo largo de nuestra vida, podremos seguir las normas como todo el mundo, pero ahora somos jóvenes y merecemos equivocarnos, merecemos lanzarnos al vacío sin miedo a la caída…

Me viene a la cabeza esa ráfaga de energía que sentí al mentirle a la *maître* del restaurante; adrenalina pura y dura, salirse de lo correcto… Siempre he buscado seguir las normas y huir de las represalias, pero ¿qué pasaría si ahora quiero desafiarlas?



67

Guillermo del Prado

Noviembre va poco a poco llegando a su fin. Los días han pasado rápido, como si el tiempo supiese que necesito sanar. He dejado de faltar a clase —era el momento para dejar de escaparme si no quería que me terminasen pillando— y me he mantenido con perfil bajo; lo que no ha sido muy difícil porque el grupo se ha acostumbrado a mi presencia y ya no soy la comidilla de nadie. Por suerte, ahora los rumores recaen sobre otras personas, como que Ferran Burgos se dopa para jugar al *rugby* o que el profesor Morales usa su perfil de Facebook para divulgar unos ideales políticos que ni siquiera sabía que compartía; al parecer, el consejo del colegio no está nada contento con eso y le van a llevar a una junta disciplinaria.

También me he enterado de que nadie asistió a la fiesta que organizó Juanfran hace unos días para celebrar no recuerdo qué. Yo pensé en ir cuando me invitó, pero no quería ver a nadie fuera del colegio. El pobre chaval se pasa los días lanzando bromas sobre que le dejaron tirado, pero hasta yo siento algo de lástima por él, por muy insoportable que sea.

El último domingo del mes, el colegio abre sus puertas para celebrar el inicio del Adviento. Nos obligan a ir a misa a primera hora, y luego montan unos puestos de café y comida en el patio con

intención benéfica. Mis padres no vienen por conflictos de agenda, y que mi madre me haya obligado a asistir a esta ceremonia (¡durante el fin de semana!) cuando ella ni se ha molestado en hacerlo, me parece de lo más hipócrita. Aun así, no me quejo. Hoy no nos han obligado a llevar el dichoso uniforme y, desde que hice las paces con Gala, vuelvo a llevarme con los chicos, por lo que está siendo un buen día. Ya han pasado varios desde que todo ha ido regresando a la normalidad y, aunque ya no me llamo por las noches con Gala ni hablamos tanto como antes, no se hace incómodo cuando comemos juntos o pasamos el recreo con el mismo grupo. A veces la noto mirarme con dolor, como si supiese que esto no debería ir así entre nosotros, pero no puedo estar con ella si no voy a estar a la altura…

Ahora sí somos amigos… o eso he querido pensar.

Casi a la hora de comer, me refugio con los chicos en el patio trasero del colegio. La mayoría de los asistentes se encuentran en el patio de la entrada, disfrutando de la música del estéreo y de los puestos, pero nosotros necesitamos un descanso de todo eso.

En cuanto nos sentamos junto al muro de ladrillo de la escuela, me fijo en que tanto Tris como Felipe llevan jerséis de Polo a rayas muy parecidos, y me pregunto si se escriben para planear ir vestidos a juego o si eso surge esporádicamente.

—Que rule —ordena Tristán, pasándole la petaca que guardaba en su bolsillo a su amigo. Es de acero, con una cubierta de cuero marrón por la zona baja; se parece a las que tienen algunos chicos del CDC.

Ahora que lo pienso, llevo muchos días sin saber nada de ellos y me temo que no es buena señal. Cada vez que mi móvil vibra, pienso que es un mensaje del club y me pongo a temblar. No me quiero ni imaginar lo que están planeando para mí, ahora que la deuda con ellos es más grande. En cuanto me escriban, sé que deberé contestar si no quiero acabar como Bruno… pero, por ahora, prefiero beber.

Felipe da un trago. Luego voy yo. Al principio no ubico el sabor, pero luego caigo en que es ginebra con tónica; me esperaba algo más fuerte, pero al menos sabe bien.

—No me puedo puto creer que se esté acabando el año —musita

Tris, dando un trago a la petaca—. Cada vez pasa todo más rápido.

—Tranqui, tío —le animo entre risas—, en unos meses vas a estar rezando por que se acabe el curso de una vez.

Los chicos se ríen. He dado en el clavo: la maldita selectividad.

Nos quedamos un buen rato más ahí tirados charlando sobre todo un poco: clases, chicas, fiestas, historietas suyas del pasado en el Knight's Hill… Ya me siento como en casa, y es un sentimiento que jamás creí que lograría tener entre estos muros.

—Tío, tienes que venir a jugar al billar con nosotros —me sugiere Felipe—. Pero somos unos máquinas, así que más te vale ir practicando.

Asiento, ocultando una sonrisa. Si supiesen la de veces que he jugado al billar en las reuniones del CDC, no andarían tan subiditos…

—Ey. —La voz de Gala nos pilla totalmente desprevenidos.

Felipe se guarda tan rápido la petaca detrás de él que seguramente se haya manchado la espalda del jersey. Al comprobar que es nuestra amiga y no una profesora, nos reímos del susto. Ella también lo hace.

—¿Qué pasa, Galita? —la saluda Tris, mostrándole la petaca—. Te daría un poco, pero mejor comprobamos primero que no haya polis cerca.

Gala le saca el dedo corazón mientras los chicos se ríen. Es la primera vez que la veo hacer ese gesto. Después, me mira a mí.

—¿Podemos hablar?

Se hace un silencio sepulcral que solo la música de la fiesta logra cubrir. Yo me ciño a asentir y me levanto del suelo. Paseamos por los pasillos vacíos del edificio central del campus, donde una vez nos besamos apasionadamente…

Gala está preciosa, como siempre: lleva un suéter negro que parece de satén y unos pantalones blancos bastante ajustados; su perfume azota mis fosas nasales. Es perfecta y me jode no estar a la altura.

Tenemos una conversación bastante banal a lo largo del pasillo, y no es hasta oír su primer suspiro que me lanzo a preguntarle si va todo bien.

—Sí —contesta—. Solo quería estar un rato contigo a solas.

No me lo está poniendo nada fácil.

—No sé si eso es buena idea… —admito.

—¿Por qué? —Gala se para en seco, y yo lo hago con ella. Se acerca un poco más a mí, sin miedo a lo que pueda pasar.

—Ya hemos hablado de esto —le recuerdo—. No soy…

—«No soy lo suficiente para ti» —recita, dejando la mirada en blanco—. Y una mierda.

Levanto las cejas, sorprendido al escucharla decir esa palabra. Entre sacarle el dedo a Tristán y soltar tacos, no parece la Gala de siempre.

—¿Qué está pasando?

—Mira, Guillermo. No he parado de darle vueltas —exhala—. Siempre he buscado a un príncipe azul: un hombre decidido, ambicioso, maduro…

—Exacto.

—Pero cada vez que he creído encontrarlo, ha sido una enorme decepción —resume—. ¿Sabes con quién he sido realmente feliz? — Da un paso más hacia mí, provocando que termine apoyado contra la pared del pasillo.

—¿Con quién? —pregunto en voz baja.

—Con el hombre caballeroso, protector, divertido y generoso al que, al parecer, he tomado erróneamente por un idiota temerario que no me merece, pero eso va a cambiar.

Suelto una risa nerviosa. Su mano recorre el ancho de mis pectorales, y una suave erección comienza a florecer entre mis pantalones.

—Oye, angelito —susurro, básicamente porque me he quedado sin aire—. No sé a dónde quieres llegar.

—A que me he cansado de ser Santa Gala —enumera—. A que te echo de menos. A que quiero entender lo que hay dentro de tu cabeza. A que tú ya has demostrado muchas veces que puedes estar a mi altura… y es hora de que yo demuestre también que puedo estar a la tuya.

De repente, acerca su rostro más y más al mío y, cuando menos me lo espero, su mano se desvía de mi cuerpo y pulsa sin remordimientos la alarma de incendios que hay a mi lado.

El sonido estruendoso de la alarma abarca instantáneamente el pasillo: es agudo, continuo, y nos va a dejar sordos. De repente, una lluvia que sale del techo comienza a bañarlo todo. Gala y yo acabamos empapados en cuestión de segundos, y eso es lo que me despierta, porque, por un momento, siento que estoy soñando.

¿De verdad acaba de hacerlo? ¿Es consciente del lío en el que se puede meter?

—¡Vámonos! —sugiero, agarrándola de la mano y saliendo escopeteado de allí.

Por suerte, el portón que da a la parte trasera del comedor, por donde traen el inventario y entran los empleados, está abierto en ese momento y podemos escapar sin ser vistos. Hace nueve grados en la calle y estamos chorreando, pero la adrenalina es tan alta que apenas siento el frío.

En cuanto llegamos a un sitio escondido y más o menos seguro, comienzo a reírme instintivamente. Esto es no está bien, pero es tan surrealista que no sé cómo reaccionar. Ella también se está riendo. Me fijo en sus manos, están temblando del subidón.

Está tan guapa que olvido lo sucedido y me lanzo a sus labios.

Joder, y qué bien besa.

—¿Por qué has hecho eso? —termino gritando, ya más en mis cabales—. ¡Van a evacuar a todo el mundo y vendrán los servicios de emergencia! Si descubren que has sido tú la responsable, se te va a caer el pelo…

—Si me descubren, seguramente… —contesta, volviéndome a besar—. Pero, mientras tanto, disfrutemos de este secretito juntos.

Me quedo mirándola, fascinado. Al final lo he acabado haciendo: la he llevado al lado oscuro. Cuando creí que estaba alcanzando el cielo con ella, voy y la llevo directamente hacia el infierno. La chica buena ha sido corrompida.

Comprendo que tampoco ha sido todo mérito mío; lo que ha tenido que pasar estos últimos meses la ha acabado transformando en la chica que tengo ahora frente a mí, y soy plenamente consciente de que, a partir de ahora, deberé protegerla como no lo hice con Roberto.

Vuelvo a besarla, porque ahora no puedo parar de hacerlo. Y, en

cuanto logramos detenernos durante unos segundos, le acaricio las mejillas mientras contemplo esos ojos azules, ahora llenos de fuego y acción.

—¿De verdad estás tan loca?

Ella solo sonríe.

—Tú ponme a prueba.

PARTE VI



Una chica muy mala



68

Gala Ruiz-Johnson

Nadie llegó a descubrir quién había pulsado la alarma de incendios, pero se montó el caos durante los días siguientes: interrogatorios a los estudiantes, rumores sobre que un grupo de chicos de otro colegio se había colado para gastar una broma al centro, la constante presión del director Brighton por encontrar al malhechor… Y, sin embargo, en ningún momento sentí la necesidad de contar la verdad. Aquí todos mienten; es adaptarse o morir.

Llevo días sin hablar mucho con mi padre. Nos sentamos a conversar sobre lo que ocurrió en el restaurante y todo lo anterior y, aunque ya esté todo hablado, me sigo viendo incapaz de mirarle a los ojos. Me siento pequeña y patética cuando recuerdo lo que ha sufrido por mi culpa, y tengo la impresión de que ese maldito vídeo ha estropeado nuestra relación.

Respecto a Guillermo, a estas alturas ya lo sabe todo de mí y siento que yo de él, también. Ya no hay mentiras entre los dos, y es todo un alivio. Ahora mismo paseamos por la calle Velázquez cogidos de la mano. Es por la tarde y vamos vestidos de punta en blanco: él con un esmoquin impoluto y yo con un vestido de noche rojo pasión. Hemos quedado para tomar algo juntos antes de su siguiente reunión y, dado que va a ser en el Wellington, insisto en

acompañarle.

—Gracias por el paseo —se despide una vez que llegamos al hotel.

—¡Marquesito! —El chico que parecía liderar el club se acerca a nosotros, piti en mano. Creo que se llamaba Alejandro—. Justo estaba saliendo a fumar. El resto ya ha llegado, más te vale ir pasando.

—¿Puedo entrar yo?

Ambos se quedan mirándome patidifusos. Alejandro, que ya se había colocado el cigarrillo entre los labios, frunce el ceño.

—Solo es para miembros del club, preciosa.

—Yo soy testigo —me defiendo—. Lo sé todo y no pienso decir nada. Pero, al menos, quiero comprender por qué mi novio se ha metido en esto.

Los chicos se miran entre ellos. Me siento un tanto sumisa, a la espera de su aprobación.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta Guillermo, muy seriamente.

—Te dije que quería entenderte. Así que sí.

Guillermo vuelve a mirar a Alejandro. Este coge aire y acaba asintiendo.

—Solo esta vez. Pero que no hable mucho. Solo será espectadora.

Entramos al hotel y Guillermo, que ahora está superserio, me deja pasar antes; yo le sonrío, un poco nerviosa. Un botones nos acompaña hasta la sala privada en la que se encuentran los miembros del CDC, a quienes no he vuelto a ver desde la noche de la estación. Una vez dentro, mantengo la compostura todo lo que puedo, creyendo que, en cuanto me vean, van a comenzar a escupirme a la cara. Sin embargo, de pronto siento sus cálidos brazos rodeando mi cuerpo como si fuese ya una más del grupo.

—¡Pero bueno! —exclama el chico del pelo desteñido. Por las descripciones que me dio Guillermo, deduzco que se trata de Víctor —. ¿La chica buena ya no es tan buena?

—Algo así —me escucho contestar, provocando risas en la sala.

La sala que han reservado es bastante grande, con las paredes pintadas de un modo muy elegante y columnas de mármol que decoran la estancia. Guillermo me explicó que algunos de ellos

viajan hasta aquí desde otros países para cada reunión. Todos van en traje; Guillermo ya me avisó de que ir de etiqueta a las reuniones era una tradición en el Club De Caballeros. La única que lleva otro vestido es, como era de esperar, la otra chica, Luna. Esta se acerca a darme dos besos como si nada; como si no hubiera sido una completa borde conmigo aquella noche.

—Estás preciosa, *amore* —me dice, agarrándome de las manos.

—Tú también. Te queda bien el negro.

—Gracias —contesta, girando sobre sí misma—. Es de Vivienne Westwood.

Víctor se acerca y pasa el brazo por los hombros de su amiga.

—¿No decías que ibas a empezar a comprar solo en tiendas locales para no beneficiar a las grandes empresas?

—Este ya lo tenía de antes, capullo.

—¿De qué habláis?

Guillermo viene después, posando su mano sobre mi cintura y acercándome un poco más a él. Noto cómo Luna se fija en el movimiento y borra la sonrisa de su cara. Sé que Guillermo perdió la virginidad con ella en su momento, pero me ha asegurado que ya no hay absolutamente nada entre ellos y le creo. Sin embargo, algo me dice que ella no opina igual…

De pronto, le llega un mensaje al móvil que Luna parece leer con suma atención.

—Aquí, la amiga —explica Víctor entre risas—, que tiene un armario de ricachona.

—Ahora os veo, tengo unos clientes. —Dicho esto, Luna desaparece de la sala como si nada. Me giro hacia Guillermo.

—¿Clientes?

—Olvídalo —responde con los ojos en blanco—. Ni yo quiero saberlo.

A lo largo de la siguiente hora, me fijo en la fiesta que hay a mi alrededor: copas de *whisky* por doquier, miembros del club con la corbata en la cabeza, botellas de champán desparramando su espuma por la habitación entre risotadas, olor a puro y a descaro…

Guillermo se une a ellos de vez en cuando. No ha bebido mucho, pero sí se ha tomado su copa de cortesía y estoy segura de que

finge estar más ebrio de lo que está, solo por agradar a los chicos que, según me ha contado, hoy le dirán en qué consiste su siguiente prueba.

No me contenta que él siga participando, y me he ofrecido a pagarle yo la deuda varias veces, a pesar de no poseer ni la mitad de riquezas de su familia… Pero se ha negado en rotundo cada vez que ha salido el tema y, sinceramente, ya estoy demasiado cansada como para seguir insistiendo. Por eso hoy me he unido a la reunión: quiero saber qué hay en su cabeza.

En un momento de la tarde, veo a Alejandro hablar a solas con Guillermo, un poco alejados del resto. Me miran de vez en cuando durante la conversación, la cual parece calentarse por momentos.

Víctor aparece por detrás de mí, pasando su brazo por mis hombros.

—Pero qué guapa eres —me confiesa, balbuceando—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Alguna que otra, sí.

—¡Ja! —vocifera—. Qué presumida. ¿Te ha dicho tu chico que soy mejor que él en esgrima?

—Oye, Víctor —le pregunto, retirando su brazo—, esto es solo por curiosidad, pero… ¿qué pasaría si yo me quisiese apuntar al CDC?

Los ojos de Víctor se abren tanto que por poco explotan. Mira a su alrededor.

—¿Tú sabes lo que eso implica, princesa? Esto no es un juego para todo el mundo…

—Soy consciente de ello —respondo con determinación—. Solo era una pregunta, no estoy para nada interesada en entrar, pero… —carraspeo—. Creo que me subestimas.

—Para nada —se ríe—. Todos vimos cómo te unías a tu amorcito en las vías del tren…

—Y eso que me pilló por sorpresa —justifico—. Sé que sería capaz de otras muchas cosas…

—¿Otras muchas cosas? —repite Guillermo, acercándose y uniéndose a la conversación—. ¿De qué cosas?

Víctor mira a su amigo y le responde sin tapujos:

—Tu novia ha preguntado qué hay que hacer para ser del club.

La mirada que recibo de Guillermo a continuación es casi mortal. Sella sus ojos en mí con un desconcierto que no podría describir.

—Ven conmigo un momento. —Seguidamente, me arrastra hasta fuera de la sala y nos quedamos a solas en el pasillo, con el sonido del club liándola al otro lado de la puerta y un olor muy característico a hotel de lujo envolviendo el ambiente—. ¿¡Te has vuelto loca!? Estoy intentando salir de aquí, y lo último que quiero es meterte ahora a ti. ¡Es literalmente lo último!

—Tranquilízate, ¿quieres? —le pido.

—No tenía que haberte dejado entrar…

—Guillermo, solo he preguntado. No es que me vaya a unir.

—Por supuesto que no te vas a unir —contesta, malhumorado—. Estarías firmando una sentencia de muerte.

—¿Qué pasa? —le recrimino, cruzándome de brazos—. ¿Es que tú tampoco me ves capaz de superar ninguna prueba?

—Tú eres capaz de lo que te propongas, angelito, pero no se trata de eso. Verás, he estado hablando con Alejandro y quiere…

—Uhh… ¿problemas en el paraíso? —La voz de Luna nos saca de la discusión. Lleva colgando del brazo una *tote bag* negra que no pega nada con su vestido.

—Pasa, anda —le ordena Guillermo, abriéndole la puerta que da a la sala privada.

Luna se encoge de hombros y me lanza una mirada de «la que te espera» antes de entrar. En cuanto nos volvemos a quedar solos, me acerco un poco más a él.

—Guillermo, no me voy a unir al club —le tranquilizo—. Solo preguntaba; por preguntar no pasa nada. Jamás me voy a poder quitar esa imagen de ti a punto de ser atropellado por el tren, ¡y te recuerdo lo de mi madre! ¿De verdad crees que quiero eso para mí? ¡Solo tenía curiosidad! Quería saber si decidirían una prueba específica para mí o tendría que hacer la siguiente que estuviese en su lista imaginaria… ¡Yo qué sé! Intento comprender lo que has estado viviendo, ¿vale?

Guillermo me sostiene la cara entre sus manos, penetrándome con esos ojos castaños tan perfectos.

—Si te mueres, me muero —contesta, usando mis palabras—. Aquí

no quiero ni que preguntes por curiosidad; nadie lo hace y es mejor así. Ya perdí a Roberto y no pienso arrastrar a nadie más conmigo a este infierno.

—Pero se supone que son tus amigos… —replico.

—Con mis amigos no tendría que fingir estar borracho para que no me juzgaran —admite—. Ni me vería obligado a tomar drogas o a hacer cosas que no quiero hacer… —suspira—. He vivido muchas aventuras con el grupo, pero cada vez tengo más claro que esto que hay entre ellos y yo no es amistad, por mucho que me duela admitirlo.

—¿Tomas drogas? —le pregunto con la voz quebrada, volviendo a lo que acaba de decir.

Guillermo arquea una ceja, consciente de lo que eso supondría para mí. Me acaricia el pelo.

—Tomé una vez. Pretérito perfecto simple del indicativo. Pero desde entonces, solo finjo que lo hago y me deshago de lo que sea que me hayan dado.

Suelto un enorme suspiro de alivio y Guillermo me besa en la frente.

—Créeme, salgo a correr todos los días, me cuido por dentro y por fuera y ya no consumo tabaco. La única droga que necesito eres tú.

Eso me hace sonreír. Comparto un apasionado beso que, poco a poco, se va volviendo más intenso. El tacto de sus labios sobre los míos me vuelve cada vez más loca, y encima está tan guapo con ese esmoquin que me encantaría arrancárselo a mordiscos.

—¡Eh, enamorados! —La voz de Sancho, otro de los chicos, nos llama desde la puerta—. Entrad ya, que va a comenzar la reunión.

—Creo que deberías irte ahora —insiste Guillermo.

—Ni en broma.

Regresamos al interior de la sala y ahora todos parecen formales de nuevo. Están en círculo, sentados sobre unas sillas acolchadas de estilo victoriano.

—Bien —inicia Alejandro, quien es claramente el líder—, como ya comentamos, la siguiente prueba para Guillermo debe de ser el doble de dura si quiere saldar su deuda…

—Una pregunta —intercedo, provocando una mirada de desprecio

por parte de Alejandro—: ¿Cómo os organizáis para planear a quién le toca una nueva prueba?

Los chicos se miran entre ellos, un tanto confusos. Guillermo intenta alertarme con la mirada, pero ni me molesto en mirarle.

—Supongo que es un poco como nos dé la gana —se atreve a explicarme Arón.

—Vale, ¿y cuántas pruebas seguidas lleva haciendo Guillermo? —cuestiono—. ¿Cuántas reuniones lleváis el resto sin hacer vosotros ninguna?

El grupo vuelve a caer en la duda. Sé que me podría estar metiendo en un lío, pero no me importa si así puedo salvar a Guillermo.

—Las dos últimas —responde esta vez Sancho.

Asiento fuertemente.

—Ya veo.

—No lo entiendes, preciosa —replica Alejandro—. Guille es ahora el que debe la deuda más grande. Y este club se mueve por las apuestas.

—¿No se movía por la adrenalina y la emoción de ser pillados o de sobrevivir? —respondo instintivamente. Me siento ahora mismo como Elle Woods—. Si de verdad estáis en este club con el fin de divertiros y demostrar de qué sois capaces, ¿no deberíais estar luchando por hacer vosotros la siguiente prueba? —Me encojo de hombros—. No sé, pero es como si usaseis a Guillermo para evitar una vez más ser el que tenga que arriesgarse…

Eso provoca más miraditas entre los miembros.

—Bien dicho, letrada —responde Luna, ocultando una sonrisa.

—De acuerdo, ¡de acuerdo! —reacciona Alejandro ante todos los murmullos que se han formado—. Está bien, esta prueba irá para otra persona.

Víctor sonríe con los ojos muy abiertos, como si el champán le hubiese subido de más. Luna revisa su teléfono de nuevo en cuanto este suena y, al cabo de un rato, vuelve a salir de la sala; o bien tiene otro «cliente», o bien está esquivando el ser la siguiente en pasar una de las pruebas.

—¿Quién quiere jugar en la siguiente reunión? —pregunta

Alejandro, paseándose por la sala—. ¿Gus? ¿Arón? —Luego, se acerca poco a poco a mí, con perversión en su mirada, estirando su mano—. ¿Quizá tú te quieres unir, princesita? El tatuaje del club te quedaría…

—Tócala y te mato —sentencia Guillermo, haciendo que Alejandro retire poco a poco esa mano que trataba de alcanzarme con sutileza.

La forma en la que se ve obligado a protegerme me pone los pelos de punta. Ya podía imaginar que aquí no encontraría unicornios y purpurina, pero lo que estoy viendo supera con creces mis expectativas. ¿De qué clase de monstruos estamos rodeados ahora mismo? Planean como si nada quién será el siguiente en caer, a quién le toca ahora sobrevivir… ¿De qué habrán hablado mientras nosotros estábamos en el pasillo?

Me levanto con la excusa de ir al baño y salgo de la habitación. Necesito aire; el surrealismo de este panorama me está dejando sin respiración. No puedo imaginarme formando parte de estos juegos. Y, sin embargo, tengo que confesar que, muy en el fondo, me muero de curiosidad: ¿cómo debe ser creerse inmortal y fuera de la ley? En cualquier caso, una cosa es fantasear con lo prohibido, y otra muy distinta enfrentarse a lo que podría acabar con tu futuro.

Recorro el pasillo en busca de oxígeno, pero no logro encontrarlo. No es hasta que salgo de las paredes del Wellington que alcanzo algo de aire. Me quedo un buen rato ahí, disfrutando de la brisa otoñal de principios de diciembre, mientras el equipo del hotel permanece en la entrada colocando la decoración de Navidad.

Estoy por volver a entrar cuando oigo la voz de Luna a la vuelta de la esquina. Está hablando de números, o más bien de precios. Debe de estar con otro de sus «clientes» y, aunque Guillermo me ha asegurado que no quería saber del tema, a mí me puede, cómo no, la curiosidad.

Giro lentamente la esquina, con la esperanza de que no me vea. Y, por suerte, no lo hace.

Pero yo vuelvo a quedarme sin aire, porque lo que vende no es otra cosa que sobres de cocaína y el cliente al que está atendiendo no es otro que mi padre.



69

Guillermo del Prado

El director Brighton sigue sin rendirse en su caza de brujas: no solo sigue pasándose por las clases a preguntar quién pulsó la alarma de incendios, sino que ahora está amenazando al cuerpo estudiantil con contratar a un especialista en ciberseguridad para descubrir quién trató de jugársela al profesor Morales con un perfil falso de Facebook que ponía en riesgo su puesto de trabajo; por lo que me ha contado Gala, esto último se trata de la supuesta venganza de Tristán por «haberse acostado con su ex». Sin embargo, a mí una *vendetta* así me huele a Dafne Laurent por todas partes.

La miro durante una de las apariciones del director en clase y solo juega con su pelo mientras le escucha con cara de póquer; es buena, muy buena. Podría dedicarse a la política perfectamente, pues no pierde la compostura y resulta consistente en su papel de alumna intachable.

A la hora del recreo, el grupo entero nos reunimos para ir a algún lugar lo más alejado posible del colegio; al parecer, es para evitar que las personas que no deben acaben escuchando lo que sea que tienen que decir mis amigos.

—Chicos, os lo confieso —suelta Jimena en cuanto llegamos a una cafetería de la zona—: Brighton me está dando un poco de miedo.

¿Y si acabamos todos expulsados por la broma de Morales?

—No fue una broma —la corrige Dafne—, fue un ajuste de cuentas. Eso le pasa por irse acostando con estudiantes que encima tienen novio.

—Además, tampoco fue para tanto —se ríe Tris, quitándole importancia.

A partir de ahí comienza una especie de discusión tonta en la que se plantean qué hacer al respecto con toda esta pantomima que ha montado el director para asustarnos.

Me fijo en que Gala es la única que no mete baza. Tiene la mirada perdida y parece estar en otra galaxia. Le doy un golpecito con el hombro.

—¿Te encuentras bien, angelito?

—Eh… Sí, sí. Perdona, estoy con mil cosas en la cabeza.

—Dime algún día que no estés así.

Eso la hace reír, pero yo me quedo preocupado. ¿Qué es lo que estará pensando? ¿Se ha metido en otro lío o finalmente está rayada por haber pulsado la alarma de incendios? Está más callada desde ayer. Creo que dejarla venir a la reunión del CDC fue demasiado para ella; no tendría que haber accedido a su petición. O quizá, todo lo contrario y sigue dándole vueltas a eso de unirse al club… No, me niego a pensar eso; ella me aseguró que solo preguntaba por preguntar.

La cubro entre mis brazos, con la esperanza de nublar sus pensamientos y traerla de vuelta al presente.

—A ver, ¡orden! —exclama Dafne, levantando una mano—. Está claro que podríamos estar ahora mismo metidos en un lío, sí. —Veo a Jimena tragar saliva—. ¡Pero no sois conscientes de la suerte que tenemos!

Comparto una mirada de confusión con el resto del grupo.

—Esto está mal decirlo —explica Dafne—, ¡pero somos populares! Lo suficiente como para que ni el director ni nadie sospeche de nosotros. ¿Por qué íbamos a cometer algún tipo de acto como el de la alarma o el Facebook falso? ¿Para llamar aún más la atención? No lo necesitamos. Sin embargo, hay otros muchos estudiantes que sí tendrían motivos lícitos por los que caer tan bajo…

—¿A dónde quieres llegar, Daf? —cuestiona Felipe, apoyado en Jimena.

Dafne solo sonríe, dándole un sorbo a su café con canela mientras se cruza de piernas en la silla, que ahora parece su trono.

—A que dejéis de preocuparos y os ciñáis a mantener un perfil bajo. No nos va a pasar nada porque yo ya tengo un plan.

—¿Qué clase de plan? —pregunta Tris.

—Uno de los míos —responde, encogiéndose de hombros—. Yo me ocupo de todo.



70

Gala Ruiz-Johnson

Siempre que todo parece bajo control, aparece un pequeño resquicio del pasado que vuelve a ponerlo todo patas arriba. Y esta vez ha sido mi padre, rompiendo una promesa inquebrantable: no solo me mintió en la fiesta de máscaras, sino que le sigue comprando droga a, ni más ni menos, que la amiga de Guillermo. Siento tanta impotencia que, cuando no le estoy dando vueltas al tema, mi mente se queda totalmente bloqueada. Es como si todos tuviésemos un cupo de preocupaciones al año, y las mías ya hubiesen excedido el límite.

Sé que en un momento deberé enfrentar de nuevo este tema con él; pero, mientras me planteo cómo, me escapo unas horas a mi galería favorita. Krys, la encargada, viene a saludarme.

—Gala, cielo, hay un chico que lleva esperándote aquí un buen rato…

En cuanto la veo guiñarme un ojo, entiendo que no supone una amenaza; pero, por un momento, siento pánico al creer que Julen ha escapado de la ley y vuelve a las andadas.

Por suerte, nada más ver la espalda de Guillermo contemplando unas obras del fondo, mi pecho se relaja y logro respirar de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. ¿Cómo sabías…?

—Porque te escucho —me contesta con una sonrisa—. Siempre hablabas de este sitio en nuestras llamadas.

La verdad es que sigo fascinada ante lo bien que me escucha.

—Sé que te pasa algo —confiesa, agarrándome de la mano—. Y no quiero que te sientas sola.

Mi primer instinto es decir que estoy bien y pasar a otro tema, pero me prometí no seguir ocultándole nada. Además, teniendo en cuenta que su amiga es la que vende ese veneno a mi padre, no quiero quedarme callada, así que le cuento lo que vi mientras me acompaña a casa.

El tiempo ahora es más frío y ventoso, y yo he sido tan tonta que solo me he traído una rebeca finita, creyendo que no bajaría la temperatura. En cuanto Guillermo me ve tiritar, no duda en quitarse su abrigo y colocármelo por encima.

—¿Es por eso por lo que estabas tan callada? —me pregunta—. Te prometo que no tenía ni idea, hablaré con ella seriamente.

—No te voy a mentir —respondo—. No me gusta nada ese «trabajo extra» de Luna, pero tampoco la culpo por esto. Si no fuese ella, mi padre hubiese dado con otro camello. Esto es algo que debo hablar con él, por muy poco que confíe ya en nada de lo que me diga…

Guillermo me observa en silencio, pero al final me abraza y me susurra que todo irá bien.

Le miro y sonrío.

Le quiero; estoy tan enamorada de él que duele.

Entro en el portal y me acerco al portero.

—Fernando, ¿sabes si mi padre ha llegado a casa?

—Qué va, señorita —contesta, mirando a Guillermo en la puerta—. De hecho… Me comentó que hoy llegaría tarde por trabajo. —Le falta guiñarme un ojo para dejarme claro que puedo subirle a casa. Y eso hago.

En el ascensor, Guillermo me observa con dulzura, acariciando mi mejilla.

—Como puedes ver —murmuro—, no soy ningún angelito.

—Tú siempre vas a ser mi angelito —corrobora—. Hagas lo que hagas.

Le doy un beso mientras me río.

—Gracias por estar aquí.

—A ti, por existir.

El ascensor se detiene y abro la puerta de casa. Oriana no está, así que estamos totalmente solos.

Dejamos su abrigo en la entrada y nos acomodamos en el sofá del salón. La última vez que estuvimos aquí los dos solos, él me consolaba tras una espantosa cita con Jaime Gleason. Cómo pueden cambiar las cosas…

Pasamos la siguiente hora hablando de las clases, de algunos compañeros y riéndonos con historias ridículas que nos han pasado. De vez en cuando, le acaricio el pelo mientras le escucho hablar. Es dolorosamente guapo, y más aún cuando habla de temas que le apasionan, como el diseño y la arquitectura.

—¿Entonces tienes pensado estudiar Arquitectura en la uni? —le pregunto.

Él baja la cabeza, un poco avergonzado.

—Me estoy planteando estudiar Finanzas —confiesa, dejándome totalmente extrañada—. Es la carrera que iba a hacer Roberto, y creo que se lo debo.

Por un momento, me quedo en blanco ante ese comentario. ¿Qué se puede contestar a eso?

—Guillermo —termino diciendo—, no le debes nada.

—Mi familia esperaba de él grandes cosas y… —sigue justificando.

—Oye —le interrumpo—. Estoy segura de que, si estuviese aquí con nosotros, sería el primero en decirte que estudiases lo que te hace feliz. Y yo tengo bastante claro qué es.

Le guiño el ojo, provocándole una sonrisa. Comprendo la culpa que debe de sentir, siendo él quien convenció a su hermano de unirse al CDC, pero no puede vivir anclado a ese remordimiento toda su vida. Guillermo retiene mi cara entre sus enormes manos.

—¿Pero cómo puedo tener una novia tan lista?

El corazón comienza a irme a mil.

—Ah, ¿así que soy tu novia?

—Solo si quieres —responde—. Mi otra opción es Juanfran, así que…

Le doy un golpe en el brazo, entre risas. Yo ya le consideraba mi novio desde hace tiempo, pero está bien que lo dejemos claro.

—Cállate, anda.

Comenzamos a besarnos, esta vez con una pasión que me corta la respiración. Me parece oír el telefonillo de casa, pero me siento tan obnubilada por el momento que no llego a estar segura de que el sonido sea real. Guillermo se coloca sobre mí en el sofá, sin dejar de besarme. Sus labios son tan adictivos que no quiero separarme de ellos. Sin embargo, los dejo marcharse en cuanto se trasladan a mi cuello, y luego a mi clavícula.

—Guillermo… —jadeo, enredando mis dedos en su pelo.

—No sabes las ganas que te tengo —susurra, acercándose a mi oído.

—Quiero hacerlo.

Eso parece descolocarle. Se separa de mí un momento y me mira directo a los ojos.

—Repítelo.

Suspiro antes de hacerlo. Las pulsaciones aumentan.

—Quiero hacerlo contigo, Guillermo del Prado. Aquí y ahora.

—¿Estás segura?

Me río mientras le llevo la mano a mi entrepierna húmeda.

—¿Esto te responde a la pregunta?

Guillermo suelta un bufido y luego se relame los labios. Me sigue besando sin apartar la mano de donde yo la he dejado.

Esto va a pasar. Por fin va a pasar.

Guillermo se quita la corbata del uniforme, y luego la camisa. Paso mis dedos por su abdomen definido, lo que me excita incluso más. Le quiero dentro de mí, quiero que me provoque las explosiones que Julen nunca llegó a conseguir…

—Vamos a mi cuarto —ordeno entre jadeos.

—Eso no será necesario. —La voz de mi padre me hace saltar de un respingo. Los dos nos giramos y ahí está él, frente a nosotros, con la maleta del trabajo aún en la mano mientras nos observa impasible.



71

Gala Ruiz-Johnson

¡El telefonillo! Fernando me estaba avisando. Por la forma en que mira a Guillermo, siento que mi padre va a arrancarle la cabeza. Sin embargo, logro recordar que ahora está tanteando negocios con sus padres, por lo que no le convendría, y Nuño Ruiz-Johnson no es tonto.

Quizá alcohólico, mentiroso y cocainómano. Pero tonto, no.

—Señor —le saluda Guillermo, manteniendo la compostura mucho mejor que yo.

—Me alegra verte, hijo —responde él, aún sin moverse—, pero ya es tarde. Vuelve a casa, mañana tenéis clase.

Su tono hace que el frío de diciembre parezca tropical. Guillermo me mira antes de realizar cualquier movimiento; yo solo asiento y le acaricio la mejilla a modo de despedida. Es evidente que mi padre ya ha visto que lo nuestro no es una amistad fraternal.

En cuanto oigo la puerta de la casa cerrarse, mi pulso empieza a acelerarse. Mi padre se sienta finalmente sobre la mesita del café, llevándose las manos a la cara. Está claro que voy a necesitar mucha terapia si no quiero acabar asociando el sexo a esta clase de situaciones.

—¿Al menos habéis comprado preservativos? —¿Eso es lo primero

que se le ocurre preguntar? Me encojo de hombros.

—No íbamos a hacer nada —miento.

—Ya estabais haciendo algo. ¿Has comprobado que, al menos, no te grababa?

Me quedo perpleja. Mi padre me mira firmemente a los ojos.

—Pudiste haber acabado muy mal con aquel loco —me recuerda—, y no pienso permitir que cometas de nuevo el mismo error.

La sangre me hierve tras oír sus palabras. No hemos mencionado el tema de Julen desde hace semanas, y que lo saque justo ahora me enfurece. Tenso la mandíbula tan fuerte que, por un momento, siento que se me va a partir en dos.

—Debes de haberte quedado muy a gusto diciendo eso —murmuro—. Cometer el mismo error de nuevo. ¿De qué me sonará? —Mi padre frunce el ceño y yo empiezo a reírme—. ¡Ah, sí! ¡Qué tonta! ¡De cuando te vi anoche comprando más droga al lado del Wellington!

—¿Disculpa? —Si el rostro de mi padre ya es blanco de por sí, tras escucharme, se ha puesto del color de la tiza. Se ve obligado a desanudarse un poco la corbata mientras habla—. ¿De qué demonios estás hablando?

—¿En serio, papá? —respondo, levantándome del sofá—. ¿Me vas a hacer luz de gas?

Conforme me acerco a él, él también se levanta.

—No sé qué te pasa últimamente, Gala —me reprocha, elevando la voz—. No sé si esta actitud es por ir saliendo con el hijo de los marqueses o por andar enrollándote con tipos mayores, ¡pero ya puedes ir cambiándola conmigo, señorita!

—¡He sido una hija perfecta desde que tengo uso de razón! —vocifero—. He sido madura, responsable… ¡incluso te he ayudado como he podido a levantar tu puto negocio!

—¿Desde cuándo dices palabrotas?

—¡Desde que tú te metes rayas durante funciones de *ballet*!

—Vigila lo que dices…

—¿O qué? —contesto, desafiante—. ¿Me vas a castigar? Por Dios, ¿no he pasado ya suficiente castigo en lo que llevamos de curso?

—¡Más ibas a pasarlo, acostándote sin condón con el niñato de los

Del Prado! ¿Es que quieres hundirte ya del todo la vida?

—¡No es un niñato! —estallo—. ¡Es un caballero! ¡Y es mucho más hombre de lo que un patético drogadicto como tú será jam…!

No me da tiempo a terminar la frase porque la mano de mi padre atraviesa mi cara a tal velocidad que no logro reaccionar. Ni antes. Ni durante. Ni después.

Tras el sonido del choque contra mi piel, ambos permanecemos quietos y en silencio durante varios segundos. Nunca me había abofeteado; nunca habíamos llegado a tales niveles de discusión. Finalmente, mientras mis ojos se vuelven involuntariamente cristalinos, me llevo una mano a la mejilla, roja y caliente, donde comienzo a sentir mis propios latidos.

Y es entonces cuando pronuncio las palabras:

—Ojalá no hubiese sido mamá la del accidente.

El silencio a continuación es casi letal.

—¡Ve a tu cuarto ahora mismo! —grita mi padre, con la voz rompiéndosele en el camino—. Y tu móvil me lo quedo hasta mañana.

No digo nada más. Le hago caso y cierro la puerta de un portazo. Me quedo sentada en la silla del tocador unos cuantos segundos más, tratando de procesar todo lo que acaba de suceder. Y, finalmente, cuando ya logro aterrizar, comienzo a llorar como una loca.

Porque estoy cansada de todo y de todos; porque no puedo vivir una historia de amor sin problemas; porque tantas mentiras me han llevado a mi límite, y ya lo han cruzado. Porque odio a mi padre.



72

Guillermo del Prado

Ha sido una noche terrorífica: Gala no ha contestado a ninguno de mis mensajes y llamadas. He llegado a plantearme ir a buscarla por la mañana, pero no quería liarla más si su padre seguía por ahí.

He llegado veinte minutos antes al colegio, como si eso fuese a servir de algo, y, en cuanto veo a Tristán y Dafne llegar en su miniván, me acerco corriendo a ellos.

—¡Chicos! ¿Sabéis algo de Gala?

—Buenos días a ti también, querido —señala Dafne, mirándome de arriba abajo.

—Hablo en serio, no sé nada de ella desde anoche…

—¿Y qué pasó anoche, *bro*? —pregunta Tris.

Me muerdo la lengua. No puedo decir nada, y tampoco quiero. Por suerte, el Audi negro de Gala estaciona frente al Knight's Hill en ese mismo instante y me acerco a toda prisa para abrirle la puerta. En cuanto su mano se apoya en la mía para salir del coche, noto una ola de tranquilidad. No parece triste ni enfadada; de hecho, muestra un rostro impasible al que no estoy acostumbrado.

Los primos De Aguilera se acercan a nosotros.

—Angelito —le digo—, llevo toda la noche intentando contactar contigo. ¿Va todo bien?

—Mi padre me quitó el móvil —explica, acariciándome la mejilla—. Acabo de recuperarlo ahora mismo. Siento no haberte podido avisar.

—Eso se llama «incomunicación forzada» —comenta Dafne, cruzándose de brazos—, ¿quieres que hable con mis abogados?

—No es para tanto —responde Gala, encogiéndose de hombros. Parece un robot, su voz suena tan fría como el azul de sus ojos—. Ahora estoy aquí.

Estoy preocupado. Volvería a preguntarle si realmente está bien, pero ya la conozco lo suficiente como para saber que me volverá a mentir. Hoy su aura es distinta, como más apagada; y mucho más oscura de lo que yo he llegado a tenerla.

—Bueno, ahora que sé que estás bien —menciono—, creo que es un buen momento para anunciar que este finde quiero dar una fiesta.

Los ojos de los primos se iluminan al momento.

—¿Una fiesta, dices? —repite Tristán, frotándose las manos.

—Mi hermana se ha ido unos días a visitar a una vieja amiga de su Erasmus en Praga, así que tengo la casa para mí solito.

—Nunca he visto tu casa del centro —comenta Dafne, más para ella que para el resto—. ¡Me apunto! Eso sí, confírmame antes la lista de invitados.

—No van a ser tantos —me río—. Solo nosotros, Jimena y Felipe.

—¿Qué pasa con nosotros? —pregunta Felipe, llegando junto a Jimena al círculo—. ¿Ya estáis hablando de lo guapos que somos?

—Y estilosos —añade Jimena, apartándose el pelo rizado de un manotazo—. Que no se te olvide «estilosos».

Suelto una risotada antes de repetirme.

—Decía que este finde quiero dar una fiesta…

—¿Y no puede ser esta noche? —pregunta Gala, repentinamente. Todos la miramos sorprendidos—. Adelantémosla, si puedes.

Me miro con el resto, intentando encontrar el motivo por el que quiere hacerla tan pronto. Pero todos parecen tan perdidos como yo.

Me planteo seriamente si aceptar o no la propuesta. Esta noche tenía el siguiente juego del CDC, y por primera vez en mucho tiempo, no iba a ser yo el que tuviese que pasarlo. Sé que se enfadarán si no voy, pero miro a Gala, tan impasible y carente del

brillo que tanto me gusta ver en ella, y sé que me necesita mucho más que cualquiera de esos zumbados.

—Eh… Sí, claro, lo puedo organizar —acabo cediendo—. ¿Hay algún motivo por el que…?

—Solo quiero divertirme un rato fuera de casa. Estar con mis amigos… —Después, se aferra a mi brazo, trayendo consigo su perfume adictivo—. Con mi chico.

Escuchar esas palabras susurradas en mi oído me obliga a cambiar de postura para que no se me note la creciente erección. ¿Qué está pasando con ella? Deduzco que no fue nada bien con su padre anoche, tras irme de la casa, por lo que entiendo que ahora no quiera pasar mucho tiempo con él. No obstante, nunca la había visto tan… No sabría definirlo con una palabra. ¿Sombría, quizá?

Tengo miedo de que cometa alguna estupidez esta noche. Pero, como la fiesta será en mi casa, podré tenerla más o menos vigilada.

—De acuerdo, pues esta noche —confirmo, mirando al resto—. ¿Os viene bien?

—¡Por mí sí! —canturrea Jimena—. Tengo deberes de Mates, pero tampoco son obligatorios.

—Los deberes siempre son obligatorios —la corrige Dafne—. Por eso se llaman «deberes».

—Pero por suerte, tengo una mejor amiga que me los va a dejar, ¿a que sí? —Jimena le guiña el ojo a su amiga y, en cuanto esta deja la mirada en blanco a modo de confirmación, le da un fuerte abrazo —. ¡Eres la mejor!

—Dime algo que no sepa.

—No. Jodas —comenta Felipe en voz alta, mirando la pantalla de su móvil.

—¿Qué pasa?

Felipe me enseña el mensaje que está leyendo. Uno del equipo de *rugby* le está contando el último cotilleo del Knight's Hill: han pillado al responsable de la alarma de incendios y el perfil falso de Facebook. Al parecer, todo lo hizo la misma persona.

El grupo al completo se queda perplejo, planteándose qué demonios ha debido de pasar y quién ha sido tan tonto como para responsabilizarse de nuestros delitos. Pero lo descubrimos cuando,

aún en el patio principal, vemos al director Brighton acompañando a Claudia Guzmán a la salida del colegio, donde sus padres la esperan con cara de decepción.

Claudia cruza su mirada con nosotros durante un par de segundos, aniquilándonos de una manera tan cruda que es evidente el hecho de que la han obligado a cargar con el muerto.

Y solo hay una persona capaz de hacer eso posible.

Los cinco nos giramos hacia Dafne Laurent conforme el coche de los Guzmán abandona La Moraleja. Ella solo se encoge de hombros y se cruza de brazos, con una sonrisa triunfante adornando su rostro.

—Os dije que me ocuparía.



73

Gala Ruiz-Johnson

A las once de la noche, mi padre, agotado tras tantos viajes y reuniones, se ha quedado dormido como un lirón nada más toca las sábanas. No me hablo con él desde el bofetón y ni siquiera me ha dado las buenas noches antes de irse a dormir; supongo que ahora que yo le considero un drogadicto y él a mí, una zorra estúpida, la relación se ha enfriado un poco. Que le den, estoy harta.

Abro con cuidado la puerta de casa y bajo en ascensor. Por suerte, Fernando ya no está en la portería y no me veo obligada a pagar por su silencio. Nada más llegar al portal, mis amigos ya me esperan metidos en la limusina negra que está cortando la calle.

—¡Bienvenida a la noche de tu vida, perra! —me grita Jimena, apareciendo por la ventana del techo. Creo que ya nos ha adelantado bebiendo.

Entro en la limusina y me abrazo con todos. Daf y Jimena van preciosas, ambas con vestidos brillantes de Versace y Balmain, mientras que Tris y Felipe han optado por camisas de Polo y pantalones de pinza. Llevan americanas marinas, pero Tris le ha cedido la suya a Jimena para que no pase frío; me pregunto qué estará pensando Dafne.

—¡Comienza la fiesta! —exclamo, abriendo una botella de

champán mientras mis amigos me ovacionan—. Próxima parada: la casa Del Prado.

El chófer de alquiler nos lleva hasta la casa de Guillermo dando unas cuantas vueltas de más por el centro. Al parecer, han pillado la limusina para toda la noche y pretenden aprovecharla.

Tris, Felipe y Jimena sacan la cabeza por la ventana del techo casi todo el rato, gritando a los guiris que van por la calle y brindando por esta noche. Dafne y yo nos reímos desde el interior, y estoy tan contenta que hasta accedo a sacarme mil *selfies* con ella para sus historias de Instagram y eludo el hecho de que acabamos de provocar la expulsión de Claudia del Knight's Hill.

Me importa un bledo. *Karma is a bitch*.

—Madre mía, ¡qué frío! —se ríe Jimena, metiéndose de nuevo al interior de la limusina y sentándose entre nosotras—. ¿Te acuerdas en Irlanda, Daf, cuando fuimos a los acantilados de Moher y te fuiste con Sadie a…?

—¡Suficiente Irlanda por hoy! —la interrumpe Dafne, riéndose—. Bebe un poco más, anda.

—¿Sigo dando vueltas? —nos pregunta el chófer.

—No, déjanos ya, si quieres —le ordeno. Me muero por ver a Guillermo.

En cuanto este nos abre la puerta de su casa, alucino con lo bonita que es. Pero antes de siquiera fijarme, me lanzo a sus brazos, enamorada y un poco borracha. Él se ríe mientras me aprieta bien fuerte.

—Alguien ha estado pasándoselo muy bien.

—Y no los vamos a pasar aún mejor —le susurro, tocándole la punta de la nariz.

Guillermo está perfecto, como siempre. Se ha debido de poner su colonia hace solo unos minutos y huele más fuerte que nunca. Lleva una camisa burdeos remangada hasta los codos y un chaleco negro que le da ese toque distinguido que tanto me excita.

—Me encanta la pintura —observa Dafne, fijándose en el enorme cuadro abstracto apoyado frente a la puerta principal—. ¿Es de algún autor conocido?

—Es de un artista emergente, lo compró mi hermana este año —

explica Guillermo—. Se supone que cada persona ve algo a través de todas esas manchas, líneas y colores.

—Mmm…

Todos se quedan mirándolo: Dafne dice ver un montón de personas colocadas en orden, como en primera línea de batalla; Tris observa algo así como una celebración con fuegos artificiales y gente saltando; Jimena ve un montón de vestidos bastante desordenados colgados en perchas, y Felipe confiesa que no logra ver nada, solo puro caos; aunque diría que eso ya es ver algo.

La fiesta en la casa comienza. Los seis comenzamos a beber del vino que ha traído Daf y a comer los tentempiés que la hermana de Guillermo tenía guardados en la despensa. Felipe se pone a hacer flexiones junto a Tris, a ver quién logra hacer más, y, aunque animan a Guillermo a unirse al duelo, yo le atrapo entre mis piernas en el sofá, porque ya sé que les ganaría con diferencia y no quiero alejarme un centímetro de él.

Dafne le pide a Jimena que le saque fotos en la terraza de la casa, que es «bastante *aesthetic*», y luego llama a Felipe para que se ponga con ella, ya que han venido a juego sin siquiera planearlo. Para ese momento de la noche, casi todos vamos ya bastante ebrios.

Tristán, abandonado por Felipe, se une a Guillermo y a mí, que no nos hemos movido del salón. No hemos parado de besarnos, y ha llegado un punto en el que he bajado mi mano a su abdomen y más allá, comprobando que, efectivamente, está más que contento de verme. Notar su erección entre mis manos me ha dejado realmente excitada, así que agradezco la aparición de Tristán, antes de acabar montándome encima de él ahí mismo.

Coloco discretamente un cojín sobre su regazo mientras mi amigo nos habla.

—Muy fuerte lo de la expulsión de Claudia, ¿eh? —comenta, rompiendo el silencio que hemos guardado todos los del grupo durante las últimas horas—. La voy a echar de menos.

—No hablarás en serio —le digo.

—Voy a admitir algo —responde, levantando la mano como en un juramento—. Me sigo haciendo pajas pensando en ella.

Guillermo empieza a reírse como un loco mientras yo me tapo los

ojos.

—¡Tris! —le regaño—. ¡No quería esa imagen en mi cabeza!

—El sexo fue bueno, joder —replica él—. Se merece esa expulsión, pero la tía sabía lo que hacía en la cama… —suspira—. Voy a echar de menos su culo y sus tetas, aunque lleve ya tiempo sin tocarlas… Ah, sus tetas… Y esto no lo sabe nadie, pero tenía una cicatriz en forma de medialuna en la parte interna de su muslo que me volvía loco.

—Suficiente información por hoy, amigo mío —contesto, levantándome del sofá y ofreciéndole la mano a Guillermo—. ¿Hay algún sitio donde podamos estar solitos?

—Os he puesto bien cachondos, ¿eh? —nos vacila Tristán.

—Ya quisieras.

—Hay una azotea —responde Guillermo, besando mi mano—. ¿Quieres ir?

Me ciño a besarle, y eso le sirve de respuesta. Tris se une al resto en la terraza mientras nosotros desaparecemos por unos minutos de la casa.

Guillermo y yo caminamos escaleras arriba por el edificio, riéndonos borrachos y nerviosos conforme los escalones crujen bajo nuestros pies. En cuanto alcanzamos la puerta de acero viejo del final, él la abre con una llave especial que nos traslada a un mundo paralelo.

La vista ahora es insuperable y suena música en mi cabeza, aunque estemos en silencio. La azotea es amplia y diáfana, vacía para nosotros dos. Es noche cerrada y, en cuanto me asomo al bordillo, vislumbro el paisaje de luces frías y cálidas que compone Madrid a lo lejos. El edificio de Guillermo es más alto que los demás, y yo me siento como una turista en el monte Olimpo.

Él me abraza por detrás mientras contemplo el horizonte.

—Las vistas son perfectas.

—Estoy de acuerdo —susurra a mi oído, besando mi cuello lentamente.

Un escalofrío de lo más placentero recorre mi pecho. Me giro hacia él y me apoyo en sus hombros. Noto cómo la temperatura de mi cuerpo va subiendo a su lado, por mucho frío que haga aquí fuera.

—Ahora mismo me siento como en casa —le confieso, suspirando.

—Yo también.

—Tú estás en tu casa —me río. Él me mira a los ojos y me aparta un mechón de la cara.

—Sabes a qué me refiero.

Sonrío. Vamos a besarnos en cuanto le suena el teléfono tres veces consecutivas, casi ensayadas. Guillermo se saca el móvil del bolsillo y lee la pantalla un par de segundos, para guardárselo de nuevo. Es muy poco tiempo, pero el suficiente para leer por encima los mensajes de su familia. Le observo con los ojos como platos.

—¿¡Es tu cumpleaños!?

—Sí, bueno… —se encoge de hombros—, por eso quería hacer la fiesta este finde. Quería estar de *chill*, no celebrar algo por todo lo alto.

—Pero luego a mí me organizas una noche en el Prado.

—Porque tú eres tú y yo soy yo.

—Y no querría que fueses nadie más.

Le agarro el rostro entre mis manos. Él sonríe inevitablemente, y está adorable. Le beso con una pasión que llevo guardándome mucho tiempo, demasiado. Y él me devuelve el beso sin dudarlo; un beso largo y lento que sé que se acabará en algún momento de la noche, muy a mi pesar. Al separar finalmente nuestros labios, le acaricio la mejilla y repaso cada poro de su cara.

—Feliz cumpleaños, marquesito.

—Gracias, angelito.

Nos reímos. No puedo dejar de mirarle. Siento cómo las palabras van a brotar de mi boca, sin nadie que las detenga.

—Estoy enamorada.

Guillermo solo sonríe.

—Estás bebida.

Eso me hace reír de nuevo. Los dos lo hacemos.

—Hablo totalmente en serio. Estoy tan suma y desesperadamente enamorada de ti que me volvería a tumbar sobre las vías del tren si con eso te salvara la vida… —Comprendo la posible hipérbole en la elección de mis palabras, pero no me arrepiento de ella. Guillermo se acerca más a mí mientras continúo hablando—. Y no quiero que

me digas que tú harías lo mismo. No tienes por qué contestar, siquiera. Solo quería dejar las cartas sobre la mesa, porque, ¡Dios!, ¡qué liberación decir la verdad por una vez! —Eso le provoca una carcajada—. Ya me da igual mi futuro, Guillermo. Tanto tiempo centrándome en lo que busco para dentro de unos años me ha nublado la vista de lo que quiero ahora. Y no hay nada ni nadie que quiera más que a ti, maldito cap…

Me veo cortada por sus labios sellando los míos. Guillermo se aferra a mi cintura y me atrae más hacia él, sumergiéndonos en un profundo beso cargado de fuego y amor. Hundo mis dedos en su pelo mientras nuestras lenguas juguetean, provocando una vez más que mi cuerpo reaccione al instante ante el tacto de su piel.

No sabía que el cielo pudiese también quemar.

—Eres tonta, angelito —me reprocha, separándose de mí—, si crees que yo no estoy igual de enamorado de ti, o incluso más. Te quiero tanto que ya no sé ni cómo demostrártelo…

—Yo sí.

Envalentonada por el vino de la fiesta, mi mano baja discretamente a lo largo de su chaleco. Dejo que mis labios rocen los suyos, sin llegar a concluir en un beso. Es entonces cuando, con la respiración alterada, me introduzco en el interior de su pantalón, hurgando bajo sus bóxeres elásticos y encontrando la sorprendente erección que mantiene tras ellos. Trago saliva al entrar oficialmente en contacto con esa parte de él que, hasta el momento, solo formaba parte de mi imaginación.

Guillermo suelta un jadeo involuntario con los ojos cerrados, apoyando su frente en la mía.

—Joder, Gala…

Estamos solos, la azotea es toda nuestra. Las vistas de la ciudad son dignas de una obra de arte, y no veo mejor forma de celebrar el cumpleaños del chico al que amo que dándole mi corazón y ofreciéndole mis fantasías más profundas. Por eso, sin darme mucho tiempo para pensarlo, le susurro:

—Fóllame, Guillermo. Aquí y ahora.



74

Guillermo del Prado

Siento un escalofrío que va directo a mi entrepierna en cuanto escucho su tono de deseo al pedirme que la folle. Llevo esperando este momento mucho más tiempo del que podría imaginarme; puede que incluso desde antes de conocerla. Supongo que mi subconsciente ya sabía que ella llegaría.

Sin embargo, y muy a mi pesar, me veo obligado a retirar su mano de mi erección. Bajo la mirada antes de toparme con su rostro de decepción en cuanto lo hago. Ya es la segunda vez que me obligo a rechazar su oferta.

—¿Va todo bien? —me pregunta, ya sin susurrar.

—Sabes que me muero por esto, angelito —le confieso—. Pero quiero hacerlo bien.

—Ahora está bien —se ríe, con esa chispa de alcohol que hace que le brillen más los ojos—. No es que ninguno de los dos siga siendo virgen.

—Lo sé, pero entre nosotros seguiría siendo una primera vez, y va a ser la primera de muchas, espero. Nos merecemos que sea por todo lo alto.

No es que esté borracha, pero tampoco está sobria. Y algo me dice que, ahora mismo, su cabeza no está del todo centrada en mí.

Este no puede ser nuestro primer recuerdo de lo que puede ser el comienzo de algo increíble. Pero tampoco quiero que sobrepiense nada, solo quiero que lo entienda y lo comparta. Por suerte, en cuanto su cara se relaja y comienza a asentir rápidamente con la cabeza, me quedo más tranquilo.

—Tienes razón. Perdón, no sé qué…

—Oye —le digo, agarrándole de las mejillas—. Esto no es porque no me muera de ganas de follarte ahora mismo. O en cualquier otro momento, vaya.

Gala sonríe con una timidez repentina. Me vuelve a besar y luego le cojo de la mano.

—¿Qué tal si aprovechamos la limusina y salimos a algún local con buena música en el que puedan colarnos? —le propongo—. Mi hermana es amiga del gerente del Club Elixir, y él me conoce.

—El Club Elixir, ¿eh? —repite Gala, ladeando la cabeza—. No suena mal.

Unos minutos después, los seis estamos metiéndonos en la limo en dirección al club. Se encuentra por Nuevos Ministerios, algo más escondido que el resto de las discotecas de la zona. Es uno de los sitios de fiesta más exclusivos de todo Madrid, por no decir de toda España; ahí siempre puedes encontrar *celebrities* de todo tipo, deportistas de élite e incluso altos cargos políticos.

La decoración del Elixir es negra y verde, en su mayoría; con neones que decoran los techos y cristales estratégicamente colocados en las paredes. Todo parece onírico y es como entrar en un sueño provocado por un buen viaje de mescalina; seguro que a los chicos les flipa.

—¡No me jodas! —grita Felipe al entrar, mirando a todas partes—. Que no hayamos estado aún aquí es una puta locura, hermano.

—Pues la fiesta recién ha comenzado —le recuerdo, saludando a Cobo, el gerente, que está al fondo de la primera planta—. Conozco a la persona indicada…

—Como ha de ser, *bro* —contesta Tris, pasando su brazo por mis hombros—. Como ha de ser.

Las siguientes horas transcurren a una velocidad inimaginable: Cobo nos cede un reservado al que nos llevan botellas decoradas

con bengalas y gominolas de vodka. Después, nos ponen de fondo la canción de «Birthday Sex» para felicitarme el cumple, y Gala y yo nos miramos entre risas, comprendiendo la ironía de la situación.

Está siendo una noche perfecta, un cumpleaños perfecto, a pesar de ser el primero que paso sin Roberto. Pensé que sería más duro, pero supongo que estoy aprendiendo a sanar… y el alcohol en vena también ayuda. Quizá en algún momento me dará el bajón, pero por ahora no me importa seguir subiendo sin parar.

—Vamos al baño —me grita al oído Gala, alejándose después con las chicas por la planta.

Me quedo con los chicos bailando en el reservado un par de canciones más, hasta que aparece el motivo por el que sé que la noche va a dejar de ser divertida: Víctor, Luna, Alejandro y el resto del CDC cruzan la entrada del Elixir. Los observo desde la valla de la segunda planta, donde está nuestro reservado, y lo peor de todo es que, por la forma en la que buscan con la mirada entre todos esos cuerpos en la pista, sé que no han venido a pasar un buen rato; han venido a por mí.

—Ahora vuelvo —les digo a los chicos.

Prefiero dejarme encontrar antes de que se líe y acabemos todos expulsados del local. Mi hermana me mataría. Me encuentro con ellos en la entrada a la pista de baile y trato de calmar las cosas abrazando a Víctor. Se los ve cabreados.

—¿Qué pasa, chicos? —saludo.

—No has venido —me reprocha rápidamente Alejandro—. A la reunión de esta noche.

—Es mi cumpleaños, quería celebrarlo con…

—¿Con tus amigos? —se adelanta Víctor, cruzándose de brazos.

Luna apenas me mira. Me echa un vistazo rápido, pero sigue buscando a alguien entre la gente y, en cuanto parece encontrarlo, acaba alejándose por el fondo del local.

—Que no te toque a ti participar en el juego no significa que no sigas formando parte del club —me recuerda Sancho—. Estás en esto o no estás.

Le miro muy seriamente, comprendiendo a la perfección lo que conllevaría «no estar». Es lo que eligió Bruno Luque, y le hicieron

dejar de estar a hostias. Sigo sin tener claro si sigue vivo, y eso me acojona.

—Bueno, vale, perdón —cedo—. No se repetirá.

—Y una polla —intercede Alejandro—. Ya estamos hartos de que nos vaciles, marquesito.

Frunzo el ceño, totalmente desorientado, buscando en sus miradas una especie de explicación. Es Arón quien me la acaba dando.

—Tío, te hemos estado poniendo a prueba todas estas últimas reuniones para que acabes con tu deuda. Pero si accedemos a que otro se juegue la vida…

—¡Y por tu novia! —recalca Gustavo.

—Por tu novia —repita Arón—, lo mínimo es que también vengas, joder.

Miro a Víctor, pero él no hace nada. Solo escribe en el móvil, y me parece de lo más inapropiado mensajearse con alguien en este preciso momento.

—Si quieres desentenderte ya del grupo, está bien —me explica Alejandro, que no parece para nada conforme—. Paga tu deuda y la de tu hermano, y serás libre.

—Sabes que eso es una puta mentira —me atrevo a contestar.

Mantengo la mirada con él. Por supuesto que quieren la pasta, aunque no la necesiten. La pregunta está en cómo se desharán de mí si decido «ser libre».

—Danos el puto dinero —insiste Alejandro, sin negar mis palabras.

—¿Y qué pasa si no lo tengo?

—Pues te consigues una *sugar mommy* —se burla Víctor, regresando a la conversación y posicionándose definitivamente de su lado.

—¿Y si no me sale de los huevos?

La mano de Alejandro va tan rápido a mi tráquea que, tan bebido como estoy, no me da tiempo a esquivarla. Sus dedos se acomodan alrededor de mi cuello conforme los va apretando más.

—¿Pretendes asustarme o ponerme cachondo? —le vacilo. No es muy buena idea.

—Guille, no hagas el tonto… —me recomienda Gus, colocándose tras el «amigo» que me está agrediendo.

Pienso en que Gala aparecerá de nuevo en cualquier momento, así que termino cediendo otra vez. Cojo el poco aire que aún me cabe por la laringe y suspiro después.

—De acuerdo. Dadme un poco más de tiempo, solo eso.

No sé cómo coño pienso hacerlo, pero tendré que conseguir el dinero.

—¿Va todo bien? —pregunta Tristán.

Me giro y veo que los chicos han bajado. Mierda. Habrán visto la escena desde arriba, en el reservado. Luego les tendré que suplicar discreción, pero, por suerte, al CDC no le gusta que nadie sepa del club, por lo que se ven obligados a alejarse. Asiento tranquilo.

—Sí, todo está solucionado, ya se iban —confirmo y miro al CDC—. Nos vemos.

Me giro apoyando la mano en el brazo de Felipe, llevándolos conmigo, pero no doy ni dos pasos cuando oigo hablar a Víctor; a mi «amigo»:

—Dejadle irse, chicos. Está más *cagao* que el marica de su hermano.

Pobre chaval. No se ve venir la hostia de después.

Solo son unos segundos desde que le doy el puñetazo hasta que se lía en toda la planta. Hay personas huyendo, gente gritando, y luego el CDC tratando de darme una paliza mientras yo me defiendo con la ayuda de Tris y Felipe. Menos mal que también saben meter buenas hostias, porque, si no, lo tendría más difícil.

—Putos niñatos de mierda —exclama Alejandro, como si él no fuese otro más.

—¡Que te jodan, hijoputa! —le dice Felipe, cruzándole la cara con el puño cerrado.

Un par de golpes más y ya nos están echando a todos. Joder, Aria me mata. Puedo ver algunos *flashes* enfocándonos mientras salimos a rastras; genial, encima ahora seremos virales.

Una vez tirados en mitad de la plaza a la que da el local, busco rápidamente a Víctor, pero no le encuentro. El cabrón se habrá escaqueado durante la pelea y seguirá dentro del club. Me siento tan traicionado ahora mismo que no encuentro las palabras. ¿En qué puto momento le ha dado por torturarme? ¿En qué momento ha

decidido odiarme y posicionarse en mi contra? ¿Ha sido realmente mi amigo en algún momento?

Su ojo izquierdo ahora está hecho una mierda y es gracias a mí. No me arrepiento, que le jodan. Alejandro es el primero en levantarse del suelo, quedándose frente a mí por unos segundos.

—Más te vale pagar cuanto antes, gilipollas —me dice, escupiendo veneno—. O las consecuencias van a ser peores que la muerte.

—¿Me vais a dejar como a Bruno o qué? —le desafío.

Alejandro me sonríe. Su boca está llena de sangre y siento un escalofrío al vérsela.

—Vas a desear quedar como él.

Dicho esto, el grupo al completo se larga de allí y me quedo a solas en la plaza con Felipe y Tris, que también se han llevado sus golpes. Los aprieto del hombro a ambos.

—Gracias, tíos.

—No sé qué coño acaba de pasar —confiesa Felipe—, pero me quiero cargar a esos cabrones.

—¿Tú estás bien? —me pregunta Tris.

Suspiro y me río. No tengo respuesta para eso, solo quiero encontrar a Gala y largarme de aquí.



75

Gala Ruiz-Johnson

El servicio está mucho más limpio de lo que me esperaba. Me retoco el pelo en el espejo mientras Jimena entra al lavabo y Dafne se saca *selfies* a mi lado. En cuanto suena la cadena de uno de los baños y Adriana sale entre risas con un par de chicas, no solo me sorprendo de la coincidencia, sino que ya me veo venir el comentario de Daf.

—¡Adriana Velázquez! —exclama con cierto tono de embriaguez, mirándola desde el reflejo—. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Orgía o fiesta de pastis?

—Ritual satánico —contesta ella con rapidez—. Te estábamos invocando.

—¿Qué tal, guapa? —le digo sobre la música de fondo, dándole un abrazo. Ella me lo devuelve con una sonrisa. Va guapísima, con un vestido corto negro bastante vaporoso y un pintalabios rojo pasión que le queda genial.

—¡Muy bien, cielo! Nunca te había visto por aquí.

—Hoy es un día especial… —respondo, bajando la mirada y dándole a entender por dónde van los tiros. Estoy segura de que ella lo entenderá.

—Ya veo, ya —termina respondiendo.

—Ese *lip combo* te queda genial —me comenta una de las chicas

con las que va.

—¡Ay, gracias! —contesto—. ¡A mí me encanta tu top! ¿De dónde es?

—¡De Carolina Herrera! Si quieres, te paso el *link*.

—Tú también vas muy guapa, Daf —añade Adriana, para sorpresa de todas. Ella la vuelve a mirar con la ceja arqueada, totalmente en silencio. Adri suelta una carcajada—. Me encanta que la primera vez que te dejo sin palabras sea echándote un cumplido.

Dafne suspira, regresando a su reflejo. Se da un repaso al pintalabios y se atusa el pelo por unos segundos hasta que, finalmente, se da la vuelta un poco como puede y se dirige a su archienemiga.

—Tú… —se lo piensa—, tu vestido es ideal. Venden cosas divinas en las rebajas de H&M…

—¡Daf! —le grito.

—Pff, ¡vale! —Dicho esto, le ofrece la mano a Adri—. ¿Qué te parece hacer tregua esta noche?

—Pues sí que andas pedo, sí —se ríe Adriana—. No entiendo esto de la tregua, ¿por qué no dejas de hablarme mal y listo?

—¿Aceptas el trato o no? —finiquita ella impaciente.

Adriana finge que se escupe en la palma de la mano y se la coge con entusiasmo. Puedo ver una ligera sonrisa asomando en las comisuras de mi amiga. No sé en qué momento le cogió tanto asco a Adriana, supongo que tendrá sus motivos… Pero me alegra ver que por mí puede dejarlo atrás una noche entera.

—¿Gala?

En cuanto me giro, veo a Luna, la amiga de Guillermo. Ha venido bastante radiante, con el pelo recogido en un moño alto y negro que le deja a la vista unos larguísimos pendientes de plata. Se acerca a abrazarme, aunque yo no me muevo mucho de la sorpresa.

No me la veía venir para nada y, aunque parece maja, eso no me impide recordar que le vendió droga a mi padre.

—¿Cómo estás? —acabo diciendo.

—¡Qué coincidencia más rara, chica! ¿Has venido sola? No he visto a Guillermo por ningún lado.

Asiento levemente.

—Sí, eh… He venido con amigos. De hecho, Guillermo debe de estar fuera.

—Qué bueno, *amore*… Ahora le saludo. —Seguidamente, mira el móvil unos segundos y luego se dirige otra vez a mí, apartándome un poco del resto—. ¿Te apetece salir y te invito a una copita?

—No hace falta, gracias.

—¡Insisto! —me dice—. Eres la única chica que ha pisado una reunión del CDC a parte de mí. Hay que apoyarse entre nosotras, y más ahora que estás con uno de los miembros, ¿no?

—¿Qué es el CDC? —pregunta Adriana.

—Nada —contestamos las dos a la vez.

Me lo pienso unos segundos. Dafne se acerca y me aprieta de la mano con discreción, alertándome de algo que desconozco. Después, mira a Luna con una sonrisa encantadora.

—Se la toma luego, que me ha prometido ahora un baile.

—Yo te conozco —le responde Luna, señalando su cara—. No caigo hasta ahora…

—Tengo muchos seguidores en mis *socials* —contesta ágilmente Daf—. A lo mejor me has visto por ahí.

—No… —dice esta, negando con la cabeza lentamente. Luna se queda un rato más mirándola, pero no llega a ningún puerto.

Pasa un poco más de tiempo y la situación se empieza a volver incómoda, así que acabo cediendo.

—De acuerdo, una copa —contesto, con media sonrisa, dirigiéndome después a Daf—. Estamos de celebración, ¿no?

Salimos del baño y los chicos no están. Observo el reservado desde el piso de abajo y está vacío. Busco rápidamente a mi alrededor, quizá han ido a bailar; pero no encuentro caras conocidas entre toda la multitud de polos oscuros y risitas ebrias.

Aquí ha pasado algo.

Después de un buen rato buscando, me fijo en que Luna ya me ha pedido una copa. A Dafne y a Jimena no les ofrece nada, lo cual me parece un poco maleducado, pero quizá ni se ha dado cuenta de que también venían con nosotras, quién sabe.

Me ha pedido un cosmopolitan; la copa es pequeña y el líquido es mínimo, por lo que acepto tranquila y luego me uno a la pista de

baile. Por un momento, olvido que Guillermo y los chicos están desaparecidos. Imagino que han salido a fumar o a tomar un poco el aire, pero, aun así, tengo un mal presentimiento.

Por suerte, esa sensación se va disipando a cada minuto y, conforme transcurre el resto de la noche, pierdo la noción del tiempo bailando en la pista. A ratos me siento totalmente enérgica, y luego, de repente, con unas ganas horribles de dormirme. Dafne me pregunta en varias ocasiones si estoy bien, y yo insisto en que sí, pero cada vez estoy menos segura de ello.

En un momento, a Daf la reclaman un par de chicas que le piden unas fotos y Jimena vuelve a pasar por el baño con Adriana y sus amigas. Me quedo sola con Luna, pero no estoy del todo incómoda.

De hecho, está siendo la noche de mi vida.

Siento que lo estoy dando todo. Me pongo a bailar como una loca y no estoy segura, porque a veces lo veo todo borroso, pero creo que me subo a una mesa y me desinhibo por completo. Encuentro a Luna sonriente observándome desde abajo.

—¡Esa, Galaaaa! —me grita—. ¡Dalo todooo! ¡Eres una reinaaaa!

Y yo me crezco tras oírlo y doy lo que mi público pide.

Ya no sé ni qué hora es, solo sé que empiezo a estar muy cansada y que ya no regreso al tope de energía después. Luna debe de notarlo, porque me lleva de nuevo hasta el reservado. «Ahí estaremos más tranquilas», me dice.

Una vez que me ayuda a tumbarme en el sofá de cuero, observo a duras penas cómo llama a alguien con la cabeza. Segundos después, veo a Víctor aparecer.

Él se sienta a mi lado cómodamente, riéndose y con lo que parece un ojo ensangrentado. Se lo toco por curiosidad, sin caer en que le puede doler, y él suelta un siseo mientras se aparta de mi dedo.

—¡Cuidado, preciosa! —sonríe.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, una tontería —contesta, apoyando su mano sobre mi muslo—. Cosas que pasan, pero aquí estamos ahora…

—¿Qué haces? —pregunto asustada, mientras él se inclina hacia mí y yo no me veo con la fuerza para moverme.

Víctor se ciñe a besarme el cuello de primeras. Busco a Luna con

la mirada, pero ella se ha marchado.

—Víctor… —susurro. Apenas se me oye.

—Shh… —Me aparta un mechón del cuello con los dedos, susurrándome con la voz ronca al oído—. Tú déjate llevar.

Me llega el olor de su aliento, a chocolate pasado y tequila barato. Luego, vuelven los besos en mi cuello y me entran arcadas. Estoy totalmente inmóvil, solo quiero llorar. Su mano va subiendo por mi muslo y quiero gritar, pero no puedo.

No puedo.

No puedo.

Intento gritar por quinta vez, y al fin siento que funciona. O, al menos, hasta que me fijo en que no es mi grito el que resuena. Luna chilla mientras le impide el paso vagamente a Guillermo, que sube las escaleras de la planta de dos en dos, perseguido por un par de hombres corpulentos. En cuanto se acerca un poco más a nosotros, noto la ira apoderándose de su rostro; pero lo único que siento es alivio, y más aún cuando noto cómo el peso de Víctor desaparece de encima y es sustituido por el sonido de golpes sobre la música. Los puños de Guillermo, cada vez más ensangrentados, continúan chocando contra la cara sonriente de Víctor, que no para de reírse mientras él le sigue dando su merecido.

Me acabo de salvar de algo que podría haberme traumatizado de por vida… si es que no lo ha hecho ya. De repente, tengo claro que había algo en mi bebida. Y por eso me caigo inconsciente.



76

Guillermo del Prado

Unas horas después, ya es por la mañana y sigo furioso. Víctor no solo me ha apuñalado por la espalda… También ha intentado hacerle lo innombrable a mi chica. Y juro por lo que haga falta que no se va a salir con la suya.

Si no está muerto es porque los seguratas del local me han parado a tiempo, pues yo no tenía la intención de detenerme. En cuanto he logrado abrirme paso de nuevo al interior del club y he visto la escena desde la entrada, he corrido más rápido de lo que lo había hecho nunca.

Todavía no entiendo cómo los muy cabrones del club le han dejado marcharse de rositas. Víctor también tendrá sus contactos en el local. Sin embargo, en cuanto Gala ha recuperado el conocimiento, hemos ido a la comisaría a denunciarle. A él y a Luna, mi otra amiga de mierda. Por lo visto, a la hija de la gran puta le encanta drogar a las personas para hacer con ellas lo que le dé la gana; otra que ha entrado en mi lista.

La forma en la que ambos se han organizado para tenderme esta trampa es casi magistral… Primero, *stalkear* el Instagram de Dafne para tener nuestra ubicación, y luego tratar de separarnos para abusar de… No puedo ni decirlo. ¿Todo esto como venganza por no

ir a la reunión?

Siento una constante sensación de impotencia al recordar lo fácil que se lo hemos puesto también nosotros.

Los odio, se me revuelve el estómago cada vez que me vuelven a la cabeza. Sabía que no tenía que haberles presentado a Gala; me temía lo peor y ha pasado. Y todo por mi culpa, joder. Otra vez por mi puta culpa…

Llevo ya un par de horas esperando fuera de comisaría y está a punto de explotarme la cabeza. En cuanto Gala ha logrado recuperar el conocimiento, he dejado que Dafne la acompañase dentro para que hiciera la denuncia. Espero que con una amiga se sienta más a gusto. Comprendo que, después de lo que ha pasado, no querrá tener a un hombre cerca, y menos al que le presentó a ese desgraciado…

Víctor Viña no es un hombre; es solo un puto violador.

Me miro los nudillos; ya les ha nacido una pequeña costra por encima de la sangre seca. Si me salen más cicatrices, que así sea; nunca he tenido miedo de las consecuencias. Aunque debería decir que nunca les había tenido miedo hasta que he visto que pueden hacer daño a las personas que quiero.

Como Gala.

Como Roberto.

El móvil empieza a vibrar en mi bolsillo. Al sacarlo y ver que es Aria quien me llama, suelto un enorme suspiro. De puta madre. Contesto sin pensármelo mucho.

—¿Qué tal, hermanita?

—¿«Qué tal, hermanita»? —repite, enfurecida—. No solo me entero por Cobo de que mi hermano la ha liado en su exclusivo club de fiesta privado, sino que pongo las noticias de muy buena mañana y le veo la cara en todos los telediarios.

Se me corta la respiración.

—¿Cómo?

—Unos cuantos niñatos de la fiesta han debido de grabaros. ¿Te doy una pista de los titulares que han salido? «El futuro marqués se desata», «La nueva oveja negra de la nobleza española», «¿Guillermo del Prado o Guillermo del Altercado?», «El marquesado

de Fonellosa pierde las riendas de su segundo hijo»… Nos hemos convertido en un chiste para los medios.

Me llevo los dedos al puente de la nariz. Su puta madre. Malditas redes sociales, qué hartito me tienen.

—Lo voy a arreglar, Aria.

—No hay nada que arreglar. Ahora cíñete a encontrar la paciencia para enfrentarte a mamá, porque debe de estar que trina.

—Paso a paso, ¿vale? Antes tengo que arreglar un par de asuntos. Te quiero. —Después, cuelgo.

La mandíbula se me tensa conforme busco a Luna entre mis contactos. Pulso «llamar».

—¿*Amore*? —Me lo coge al primer tono.

Suelto una carcajada al oír esa palabra.

—Para ti, Guillermo, pedazo de insecto —me oigo decir—. Lo que has hecho esta noche no te lo voy a perdonar en tu puta vida. Te llamo para que sepas que ahora mismo estamos denunciándote a la policía, así que olvídate de seguir abusando de la gente y de extender tu negocio de narcotráfico. Eres una persona de mierda, Luna Armado, y siempre lo serás. Deja de ir de activista, de feminista y de defensora de los más necesitados cuando está claro que el problema es y siempre ha sido tu puta jeta.

—Guillermo…

—No tengo nada más que decir.

—Yo sí —exclama con desprecio, casi interrumpiéndome—: Cuidado con tus siguientes movimientos, *amore*. Ya sabes de lo que somos capaces, y no hemos hecho más que empezar. O, si no, piensa en cómo conseguí esa foto de Bruno Luque en el hospital… —Siento un escalofrío. Por supuesto que ella tenía que ver—. ¿Ya no quieres ser mi amigo? Jo, qué penita… —contesta, fingiendo un puchero—. Ahora bien, ¿me quieres hundir el negocio? —Su risa suena diabólica a través del teléfono—. Lo siento por ti, amigo, porque estás más que jodido…

—No, Luna. No estoy jodido, ¿y sabes por qué lo sé?

Desconozco del todo lo que se apodera de mí a continuación. No sé si es el cansancio de la noche, el recuerdo de Gala a punto de ser atacada o todo lo que he estado guardando en mi interior

explotando a la vez, pero las siguientes palabras que me nacen salen de mi boca como un río que al fin encuentra su desembocadura.

—Porque como tú o cualquiera de vosotros intentéis ir de nuevo a por los míos, daos por muertos.



77

Gala Ruiz-Johnson

Jamás en mi vida me hubiese imaginado en esta situación. Desde muy pequeña he soñado con mil cosas: viajar por todo el mar Adriático, tener una boda ibicenca en una playa privada, vestir a mis futuros hijos a juego para las fotos familiares… Pero tener que denunciar a dos personas en comisaría a las tantas de la mañana por tentativa de agresión sexual, administración de estupefacientes y delitos contra la integridad personal no entraba en mi bingo. Y mucho menos, después de quedarme inconsciente.

Guillermo me ha prometido que no se movería de la entrada, pero me ha sugerido que mejor entrase con Dafne a denunciar. Me ha dicho que prefiere que esté ahora con una amiga de toda la vida; pero sé que, en realidad, se siente culpable por lo que ha pasado.

Al salir un par de horas después, él sigue ahí. Se pone erguido nada más verme y se acerca a mí con nerviosismo.

—¿Puedo abrazarte?

—¿Que si puedes? —sonrío—. Debes.

Guillermo me aprieta entre sus brazos y me vuelvo a sentir como en casa. Dafne me acaricia la espalda durante el abrazo.

—¿Ha ido todo bien? —pregunta él.

—Ya están más que denunciados —responde Daf por mí.

Conociéndola, sé que ella también se siente culpable por no haber estado más atenta a mí. Jimena también quería venir a la comisaría, pero he sido yo quien le ha pedido que se fuera a casa. Tampoco quería acabar abrumada—. Les va a caer un paquete a los dos. Por abusadores, por camellos y por chusma.

—Vale, Daf. Ya está —le digo a mi amiga, besándole la cara.

Miro hacia abajo y veo los nudillos de Guillermo. Siento escalofríos, entonces, al recordar la paliza que le ha dado a Víctor enfrente de mis ojos, poco antes de quedarme sin conocimiento. Le agarro con suavidad de las manos y se las levanto para verlas mejor, pero él me las retira.

—No te preocupes por eso ahora —me pide.

—Claro que lo hago —replico—. Te quiero y me preocupo por ti.

—Yo también te quiero… —murmura—. Pero no he estado a la altura para protegerte y debo pedirte perdón.

Suspiro fuertemente. Puedo comprender su frustración porque, si hubiese sido al revés y yo no hubiese hecho nada, también me odiaría. Pero él sí ha hecho algo: me ha salvado de ese degenerado al que llamaba «amigo».

—Te han intentado hacer eso por mi culpa —aclara—. Era una venganza por estar alejándome de ellos y no haber pagado aún mi deuda…

—¿Qué deuda? —pregunta Dafne.

—Luego te cuento —le digo, consciente de que seguramente no lo haga.

—No sé cómo no lo he visto antes —sigue diciendo él—. No es la primera vez que Luna tira de drogas para salirse con la suya…

Frunzo el ceño al instante, cruzándome de brazos.

—¿De qué estás hablando? —Guillermo me mira fijamente, pensando en si contármelo o no. Pero hoy no voy a dejar que decida —. Dímelo, por favor.

—La noche de Magnate —me recuerda—, cuando viniste a recogerme porque iba hasta el culo.

—Sí.

—No es que fuese hasta el culo, no bebí tanto… —confiesa—. Pero salí con Luna y… Joder, acabo de atar cabos: fue ella la que trajo las

copas.

Me llevo una mano a la boca, y Dafne hace lo mismo. La odio; odio tanto a esa chica que, de haber sabido lo que le había hecho a Guillermo, le hubiese arrancado el *septum* de cuajo. Me empiezan a llorar los ojos.

—¿Te llegó a…?

—¡No, no, no! —me tranquiliza, sujetándome de los brazos—. Lo intentó conmigo y fue bastante insistente, pero acabé diciéndole que ella no era la chica por la que sentía algo y me dejó ahí tirado. Por eso te llamé después. Bueno —sonríe—, el gorila de la puerta te llamó, pero…

—Lo entiendo —aclaro, soltando todo el aire después—. Dios… En cuanto llegue a casa, mi padre me va a matar.

—Voy contigo.

—Por favor, no —le pido—. Yo me encargo, todo irá bien.

—Al menos, déjame acompañarte al portal.

Asiento, y luego dirijo la mirada a Dafne, que me abraza y se despide de los dos.

—Voy a llamar a Jimena para tranquilizarla —me informa antes de irse.

Después, camino hasta casa con Guillermo para despejar la mente y logro encontrar la paz durante algunos segundos, pero duran menos de lo que querría, porque no consigo deshacerme de la sensación de que algo está a punto de explotar cerca de nosotros.



78

Guillermo del Prado

Un par de días después, la familia De Aguilera nos invita al cóctel de aniversario del grupo JGHR. El imperio cumple veintinueve años y han organizado —como, al parecer, hacen cada año— una fiesta por la mañana en un recinto cerrado de Almagro.

Mi familia es de las primeras en llegar al evento. Lo hacemos para evitar a la prensa que irá reuniéndose en la entrada conforme transcurre la mañana, pero ellos mismos se han adelantado y nos vemos obligados a pedirle a Iván que nos escolte a los cuatro hasta el interior del recinto, porque las sanguijuelas están sedientas de sangre y esta vez sus lenguas parecen más afiladas que nunca: «¡Guillermo! ¿Alguna adicción que declarar?», «¿Qué puedes decirnos sobre esas imágenes en el Club Elixir?», «¿Te consideras una persona violenta?», «¿Piensas seguir los pasos de tu hermano?»…

Hago oídos sordos, al igual que mis padres. Ya recibí la regañina de mi madre anteayer por la pelea en la fiesta y no fue agradable, pero sé que necesitaba dármela. Ahora que me he disculpado y hemos hablado, la situación está más calmada. De todos modos, tener a la prensa removiendo la mierda de nuevo no es para nada divertido.

El recinto es bastante grande: una casa blanca de estilo señorial acompañando al enorme jardín en el que transcurrirá el cóctel, adornado por una fuente de piedra en medio y casi más camareros que invitados. Estos nos reciben en dos filas, haciendo de pasillo, con una bandeja cada uno que ofrece desde copas de Boisson Dorée hasta canapés *gourmet* mientras una pequeña orquesta toca música clásica en una esquina de la parcela.

Paso los primeros minutos del evento algo aburrido, socializando con los conocidos de mis padres y presentándonos oficialmente a Tristán I de Aguilera, el abuelo de mis amigos y director ejecutivo de todo el conglomerado, un hombre muy alto y con un porte que raramente se encuentra hoy en día. Es más amable de lo que me imaginaba, pero impone bastante, como si bajo esa máscara de anciano elegante y entrañable custodiara una mano de hierro capaz de sacar en cualquier momento.

En cuanto veo a Gala llegar por la puerta del recinto, con un precioso vestido verde ceñido, siento alivio al comprobar que toda esta situación no le ha arrebatado su esencia dulce y luminosa. Va con su padre, pero van sonriendo. Supongo que están manteniendo la compostura en público, como harían en mi familia. Aun así, me acerco a abrazarla, y luego le doy la mano a su padre.

—Buenos días, señor Ruiz-Johnson —le saludo—. ¿Qué tal la mañana?

—Muy bien, chaval, todo correcto —me responde con una educación más amable de la que me podría esperar, teniendo en cuenta que la última vez que me vio fue restregándome contra su hija en el sofá—. ¿Están tus padres por aquí?

—Junto a la fuente.

—Bien, gracias. —El padre de Gala apoya su mano en mi antebrazo y se marcha a saludar.

Me sorprende su buen trato. Pensé que, ahora que hace negocios con mis padres, me habría cogido algo de manía tras ver mi vídeo peleándome en las noticias. Supongo que los adultos saben más de estas cosas, y quizá esto no sea tan grave como me imaginaba.

Me quedo a solas con Gala, a quien sujeto de la mano con discreción.

—¿Todo bien?

—Seguimos sin hablarnos demasiado —me explica—, pero al menos no me mató en cuanto supo que me había escapado por la noche. Seguramente fue consciente de que él no podía tirar la primera piedra…

—Cierto.

El ambiente continúa calmado. La orquesta toca Boccherini mientras los invitados conversan, bromean y se pasan tarjetas de contacto.

—Vamos a buscar al resto, hoy no quiero pensar mucho. —Gala acaricia la tela de mi camisa blanca—. Te queda genial el algodón.

—¿Me queda genial el algodón? —repito, aguantándome la risa.

Gala suelta un berrinche, apoyándose en mi hombro.

—¡Déjame! Estoy cansadísima.

Nos reunimos con Dafne y Tristán, que están posando en el *photocall* del evento. Ambos han venido vestidos de blanco, al igual que sus padres y su abuelo. Será idea del equipo de PR de JGHR, para que parezcan una familia transparente y unida; todos estos trucos me los conozco por mi madre.

—¡Princesita! —Jimena aparece desde la mesa de *catering*, vestida con un enorme sombrero rosa que la hace lucir definitivamente como la apasionada de la moda que es. Abraza a Gala y luego a mí —. ¿Cómo estás? —le pregunta, preocupada—. ¿Hay algo que pueda hacer…?

—Estoy genial, de veras —la tranquiliza ella.

Después, Jimena se nos queda mirando fijamente a los dos, medio sonriente.

—¿No seréis vosotros la nueva *power couple*?

—Después de nosotros, bonita —le dice Tristán, apareciendo a nuestro lado y pasándole el brazo por los hombros. No sé si él es consciente de lo que puede provocar ese tipo de comentarios en su amiga.

—¿Todo bien? —me pregunta Dafne por lo bajini, aferrándose discretamente a mi brazo. La miro y asiento levemente—. ¿Dónde se ha metido ahora Felipe?

—Pidiéndole el Insta a una camarera, creo —contesta Tris entre

risas.

Joder con Felipe; el chico es insistente en su papel.

—¿Se sabe algo de Claudia?

La sonrisa de Jimena se va disolviendo en cuanto escucha la pregunta de Tristán. Dafne, por su parte, deja la mirada en blanco.

—Está expulsada. O sea: simbólicamente muerta. *Forget her now!*

Tris levanta las manos, como si su prima le apuntase con un arma.

Miro a nuestro alrededor y el ambiente sigue distendido; todos necesitábamos algo así. Nuestros padres charlan entre ellos, el abuelo de los De Aguilera recibe a cada invitado como si fuese igual de especial y el aire huele a *networking*. Bastante me sorprende que Dafne siga con nosotros; supongo que no quiere dejar a Gala sola después de lo que pasó.

—Hola, parejita —nos saluda a ambos Felipe. Va con el pelo bien peinado y un polo azul cielo que marca sus bíceps.

—Llegas justo a tiempo —le dice Jimena, mientras vemos cómo Tristán I, el abuelo del clan, se sube a la tarima del recinto.

Alguien enciende su micrófono y este empieza a hablar:

—Muchas gracias a todos por venir, un año más, al cóctel de JGHR…

Mientras transcurre el discurso, vuelvo a coger de la mano a Gala. Su padre permanece detrás del director, junto a otros socios del conglomerado, esperando su momento para salir a hablar. Ella está nerviosa, lo puedo notar, seguramente porque lleva tanto sin hablar con él que no debe de saber ni lo que va a decir.

Para cuando Tristán I le presenta, hasta yo estoy tenso. Los invitados aplauden conforme se acerca al micrófono.

—Buenos días a todos. Gracias, don Tristán, por la presentación… —carraspea—. Estoy muy contento de anunciar que, a partir de hoy, Blaisè contará con el apoyo, ni más ni menos, del marquesado de Fonellosa. —Nuño señala a mis padres, que se encuentran a unos pocos metros de mí, sujetando sus copas y sonriendo—. Con ello, habrá cambios, por supuesto: nuevas estrategias de *marketing*, nuevas tiendas por todo el mundo, nuevos puestos de trabajo… Muchísimas gracias a la familia Del Prado por su gran aportación, y a mi hija…

Trato de fingir que no me sorprende esa mención. Me giro hacia Gala, que mantiene la compostura como solo ella sabe, aunque sé perfectamente que también está en *shock*.

—… por su apoyo incondicional y su saber estar. Te quiero, princesa.

Todos aplauden el maravilloso papel como padre que está interpretando. Sin embargo, puede que haya verdad en sus palabras, por lo que siento alegría por ella. Lamentablemente, esa alegría dura solo unos segundos más porque, en cuanto veo a Dafne colocarse a nuestro lado con la pantalla del móvil encendida, sé que no se viene nada bueno.

—¿Qué pasa? —le pregunta Gala en voz baja.

—Tía… —contesta ella, cogiendo aire—. No se van a salir con la suya, te lo prometo.

Ambos miramos a la pantalla: nos está mostrando la web oficial del Knight's Hill College, su página de inicio. Pero las imágenes del colegio y los alumnos sonrientes han sido modificadas, y ahora solo se ven dos vídeos en pantalla, uno al lado del otro. En el de la izquierda, se ve a Gala sentada en un restaurante junto a ese impresentable de la barbita, Julen, metiéndole la lengua hasta la garganta. Y en el de la derecha, el vídeo está medio borroso, pero se les puede reconocer mínimamente, tumbados sobre una cama y gimiendo entre movimientos ligeros de cadera… ¿Es un puto vídeo sexual? ¿De dónde coño ha salido esto? Me río ante mi propia pregunta. Es evidente: Luna.

—¿Qué está pasando? —pregunta Gala en un suspiro, con una lágrima recorriendo su mejilla.

Pobre Luna, está más que muerta.

Cuando parece que ya lo hemos visto todo, la pantalla se ilumina y comienza a saltar sobre esta las palabras «niña rica» y «zorra barata» escritas en rojo. Puta *hacker* de mierda. Había olvidado que, aparte de camello, también sabía de tecnologías. Si fue ella la que creó la aplicación del CDC…

El móvil de Jimena comienza a vibrar, y luego el de los demás. Todos recibimos una notificación de la página web. Observamos a nuestro alrededor, y todos los chavales ahí presentes que estudian

con nosotros también la han recibido. Todos miran el móvil, mostrándoselo después a sus respectivos padres.

La información corre como la pólvora.

Gala se lleva la mano al pecho y trato de consolarla, pero se aparta ante el mínimo contacto.

—No, por favor —suplica entre jadeos—. Necesito estar sola.

Y, dicho esto, se va. Porque le acaban de arrebatar lo único que había mantenido intacto hasta ahora, lo que más podría dolerle que le arrancaran… y más aún de manos de un monstruo como Luna Armado… Su reputación.



79

Gala Ruiz-Johnson

Regresar al Knight's Hill después del ataque a su web representa todo un desafío personal. Me quedo durante minutos frente al espejo de mi tocador, planteándome mil excusas para no ir a clase y posibles formas de escapar del país sin ser encontrada. Y tengo que echarme colirio tantas veces que casi me borro el iris de los ojos; sin embargo, siguen estando rojos porque no puedo parar de llorar.

Resulta que Luna debió de hackear el móvil de mi padre para buscar trapos sucios y, como este no había borrado ninguno de mis vídeos para tener pruebas en el juicio contra Julen, le puso en bandeja el contenido perfecto.

No soy perfecta: le hice daño a Tristán cuando estuve a punto de venderme ante Claudia, herí también a Jimena por ese mismo motivo, le rompí el corazón a Guillermo cuando me desentendí de sus pueriles decisiones respecto al CDC, antepuse mi bienestar sobre el ego de personas como Julen o Jaime, y no actué con suficiente dureza ante al problema de mi padre. Sin embargo, no me considero mala persona, o al menos tan mala como para que me pase esto.

Cometí errores porque creía estar enamorada y porque confié en algunas personas equivocadas. Pero me siento afortunada de poder confiar aún en algunas, y por eso trato de aferrarme a las que me

han demostrado ser buenas conmigo, como mis amigos y Guillermo, quienes me escoltan en grupo desde la entrada del colegio hasta la clase que me toca.

Me sorprende lo bien que han reaccionado ante mi vídeo íntimo. Comprendo que soy la última persona de la que esperarían algo así, aunque también entienden que fue en contra de mi voluntad, por lo que sé que intentan no mencionarlo para no incomodarme.

En el colegio, sin embargo, es inevitable esquivar las miradas, los susurros, los miles de teorías que recorren ahora los pasillos del centro: que si me he prostituido con Julen, que si le he puesto los cuernos a Guillermo, que si soy drogodependiente… Esta me duele aún más, pensando en mi padre. Él, por suerte, ha comprendido la situación perfectamente. De hecho, como se siente culpable por el hackeo, al menos ahora volvemos a hablarnos y estamos más unidos. Una lástima que, cuando ha declarado su amor por su hija, esta se haya visto expuesta por Luna. De hecho, me ha dicho que tomará cartas en el asunto con ella, pero le he pedido que no haga nada. ¿De qué serviría? Está claro que la gente que no se siente bien consigo misma siempre querrá hacer sentir igual a las demás, pero es que esto va más allá. Esa chica nunca ha querido ser mi amiga, me ha odiado desde el primer momento porque tengo lo que lleva anhelando desde que conoce a Guillermo: su amor.

Ahora solo quiero pasar página lo antes posible. No llevo ni medio día en el Knight's Hill y ya quiero huir. Volvería a pulsar la alarma de incendios si hiciera falta.

—Ey —me saluda Adriana, acercándose a mí—. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien —admito.

—Me tienes para lo que sea. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, gracias.

Después, Adri cruza miradas con Daf.

—Dafne.

—Adriana.

—¿La tregua sigue?

—Solo hasta que la víbora del *septum* pague por esto.

—Bien.

Llegamos a clase de Historia. Los murmullos y las miradas se triplican, y sigo sin saber cómo actuar frente a todos. ¿Me muestro dolida? ¿Vulnerable? ¿Sonrío como si no pasase nada? En un momento dado, escucho a Jaime Gleason susurrar cerca de mí:

—Yo ya os dije que era una puta…

—¿Te quieres tragar mi puño, polla-espagueti? —le amenaza Felipe, quedándose a centímetros de su cara sin problema.

Cómo le quiero. Y agradezco que Tris y Guillermo no hayan oído ese comentario, porque esa amenaza se hubiese hecho real con ellos.

Jaime se calla, por supuesto. Dafne mira mal a Mario, que está junto a él, y se sienta luego a mi lado. Jimena se pone en el pupitre de delante.

—Ni caso a los idiotas —menciona esta, ajustándose la corbata del uniforme.

—Ya…

—No tienes de qué preocuparte, yo me ocupo de todo esto.

—No hagas nada, Daf —respondo cansada—. No vale la pena.

—Cielo, si alguna de mis chicas se tropieza con una rama… yo quemo el bosque.

Le muestro la sonrisa más amplia que me veo capaz de hacer ahora mismo. Luego, Juanfran se queda frente a nosotras; el que faltaba. Lleva las cejas despeinadas y la americana mal puesta, para variar.

—Joder, rubita —vacila, tratando desesperadamente de llamar la atención del grupo de Jaime—, llego a saber que te va tanto la marcha y te digo de venirte a La Nuit el finde pasado…

—A ti no te dejarían pasar —replica Jimena.

—Tengo carnet falso, morenita.

—Lo digo porque no dejan entrar a cutres, *blanquito* —contesta—. Ahora, largo.

Dafne y yo la miramos boquiabiertas, con un orgullo desmesurado. Ella se lleva el pelo rizado hacia atrás de un manotazo. Tengo las amigas más icónicas de la historia.

El profesor Morales aparece en la clase y, por primera vez, agradezco su presencia. Ahora trata a todos, Dafne incluida, con

mucho más respeto. Al final sí que le ha venido bien ese sustito de casi perder el trabajo con el *catfish* de Facebook.

La clase pasa más rápido de lo que me espero y, durante el descanso, le pido a mis amigos que nos quedemos en clase. No quiero salir más tiempo fuera y que me sigan lanzando miradas de juicio por ahí. Me llego a plantear la posibilidad de publicar un comunicado en redes y contarlo todo, pero no vale la pena. Diga lo que diga, cada estudiante del Knight's Hill tiene ya su propio cuento estructurado, y dudo mucho que quieran modificarlo.

Los momentos en los que creo que puedo descansar son los peores. Básicamente porque siempre son en los que acabo recibiendo los disparos sin el chaleco antibalas puesto. Y eso mismo me pasa justo antes de acabar el primer descanso del día.

Logro pasarlo rodeada de mis amigos, tranquila e intacta, pero entonces llega Lucía Campoamor a la clase. La mejor amiga de Claudia, que nos mira mal a todos los del grupo desde que expulsaron a esta. Dios, debe de estar disfrutando esto como nadie.

—¿Cómo vas, Gala? —me pregunta, acercándose directamente al grupo.

—Eh… ¿Bien? —contesto, un poco dudosa de sus intenciones.

—Sinceramente, lamento mucho que todo esto te esté pasando a ti.

Me miro con mis amigas. Ellas están igual de sorprendidas que yo.

—Gracias —respondo.

—Sí, porque, verás… —continúa, pasándose el pelo por detrás de la oreja—, puede que hayas estado engañando a todo el curso con esa imagen de «mosquita muerta», pero me alegra saber que, al final, la hija ninfómana y caprichosa de un explotador esclavista se ha caído del trono.

No dice nada más. Me sonríe, me lanza un beso suave, otro a Daf, y se marcha de allí. Trato de no romperme en pedazos. ¿Ninfómana? ¿En serio? ¿Sabe siquiera lo que significa esa palabra? ¿Y a qué viene lo de mi padre? Esos rumores eran falsos, pero, claro, a ella eso no le importa lo más mínimo…

—No te lo tomes como algo personal —me pide Dafne, con cara de póquer—. Sigue enfadada porque no me venció en las elecciones

escolares y su amiguita ha abandonado el centro.

No, no lo ha abandonado. Hemos hecho que la expulsen por algo que no ha hecho. Y, sí, era un bicho, pero lo que le hicimos estuvo mal. Al igual que con las elecciones a delegada. No sé qué hizo Dafne ni quiero saberlo, pero permití que pasara y Lucía se vio obligada a retirar su candidatura.

—Perdonad —me disculpo mientras me levanto y salgo corriendo al baño antes de que alguien me vea llorar. Porque ahora empiezo a verlo todo claro.

¿Y si realmente sí me merezco todo esto? ¿Y si soy mala persona?

¿Y si mis amigos y yo hemos sido los malos todo este tiempo?



80

Guillermo del Prado

Por la tarde, le pido a Iván que me lleve en el Bentley a la urbanización El Bosque, en el suroeste de la ciudad. Conforme pasamos por todas esas calles repletas de casas de lujo y jardines de ensueño, trato de centrarme en el estilo arquitectónico de cada una de ellas para no perder los papeles antes de llegar a mi destino.

—Ya estamos —me informa mi chófer antes de estacionar frente a la casa de estilo colonial del final de la calle.

—Gracias, Iván.

Me bajo del coche sin pensármelo mucho. Me he puesto unos vaqueros, un jersey fino y una chaqueta oscura. Nada de ropa elegante como la que suele verme puesta Luna; hoy quiero que sepa que no vengo como el Guillermo de siempre, hoy la visito como su enemigo personal.

Llamo al telefonillo y me abren en cuestión de segundos. Conforme camino hasta la entrada de la casa, me fijo en la cantidad de lujos que rodean a mi examiga. Mucho quejarse de las clases altas y mucho hablar «en nombre del pueblo», pero lo decía bebiendo de su Stanley Cup mientras nadaba en su piscina olímpica. A parte de camella, *hacker* y persona de mierda, es una jodida hipócrita.

Voy a llamar a la puerta, pero ella me abre antes. Aún va en pijama, gajes de no dar un puto palo al agua en todo el día. Me sonríe con ternura y hace el ademán de abrazarme, pero yo me aparto a tiempo.

—¿Cómo estás, *amore*? —pregunta, como si nada—. ¿Has recapacitado?

—Que no me llames así —insisto—. Me da asco solo de oírlo.

—Veo que sigues irascible —contempla, con voz pausada—. ¿Quieres entrar? He pasado un palo de santo antes de que vinieras.

—¡Genial! Pues ahora métete ese palo por el culo, a ver si así maduras.

Luna me chequea de arriba abajo, con un gesto de decepción en su mirada.

—Tú antes no eras así.

—Pero tú, por desgracia —contesto—, siempre has sido así. Una lástima que haya tardado tanto en darme cuenta.

—Yo solo le conseguí las drogas a Víctor, ¿sabes? —intenta justificarse—. Yo adoro a Gala, ¡me parece una chica maravillosa!

—No quiero ni que pronuncies su puto nombre, ¿entiendes? —la aviso—. Sácatela de la cabeza. Sé perfectamente que has sido tú la de la web del colegio.

Está a punto de contestarme, pero simplemente suelta el aire, agotada de llevar esa máscara de inocencia puesta conmigo. Se la arranca de cuajo.

—¿Qué quieres que te diga? Me la juegas, te la juego. Así funciona.

—¿Y en qué momento te la jugó Gala para que la drogaras y se la pusieras en bandeja al violador de Víctor?

Soy plenamente consciente de que he acabado la frase gritando, pero no me importa; que sus vecinos se enteren de la clase de monstruo junto al que viven. Luna mira fuera de la casa, comprobando que no hay nadie en la calle; solo mi chófer.

—No acabó haciendo nada, ¿no? Pues ya está.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —me río—. No me extraña que tuvieras que intentar drogarme para que tuviera algo más contigo, hoy en día no te tocaría ni con un palo.

—Pues bien que lo hiciste en su momento.

—Y me arrepiento cada día.

Eso le borra la sonrisa jocosa de la cara y la veo tensar tanto la mandíbula que en cualquier momento podría rompérsela.

—No todas las veces que Víctor y yo hemos drogado a alguien ha salido mal, ¿sabes?

—¿De qué coño hablas?

—De que te jodan, Guillermo —sentencia—. Estás acabado. Y van a ir a por ti, que lo sepas. Tu deuda sigue vigente y te estás jugando más que a tu princesita con todo esto.

Ahora soy yo el que tensa la mandíbula.

—Solo hay un motivo por el que me he presentado hoy aquí, Luna. Y es para avisarte yo a ti de que estés bien atenta, de que mires cuando cruces la carretera y compruebes que nadie más ha tocado tu café del Starbucks antes que tú, porque en cualquier momento, ya puede ser en cinco minutos o en cinco años, voy a ir a por ti. Y te vas a arrepentir hasta de la última copa a la que decidiste meter mierda en secreto. —No digo nada más. Me doy la vuelta y camino sin volver la vista atrás.

—¡Tú sigue creyendo que esto es el final, Guillermo! —me grita desde la puerta—. ¡Pero aún tienes que saldar tu deuda si quieres conservar las piernas! ¡Y tengo buenas noticias para ti…!

—Eso lo dudo mucho.

—El club ha aceptado perdonártelo todo a cambio de un juego —sentencia—. El último.

Detengo mis pasos. Me permito unos segundos para pensármelo bien, pero luego recuerdo que, a pesar de que seguramente sea una trampa, podría ahorrarme informar a mi familia de que he seguido jugando tras la muerte de Roberto y que ahora tengo una deuda desorbitada.

Una última prueba. Un último juego. Y adiós, Club De Caballeros.

Me giro.

—¿Y qué pasará después? —cuestiono—. Deuda saldada, sí; pero nadie sale del CDC si no es con los pies por delante.

—Nadie quiere verte ya la puta jeta, *amore* —recalca—. Aceptarán que te marches sin un rasguño, siempre que no hables a nadie del

club.

Bajo la mirada, planteándomelo seriamente. No más CDC, no más pruebas letales ni el constante recuerdo de mi hermano muriendo persiguiéndome a diario. ¿Sería posible?

Miro una última vez a Luna.

—¿De qué se trataría?

Ella ladea una sonrisa, satisfecha de haberme atrapado una vez más. Baja las escaleras de su entrada y se reúne conmigo a mitad del camino. Luego, me acaricia la mejilla antes de que yo me aparte drásticamente.

—Ya está acordado, *amore* —dictamina—. Si quieres terminar de saldar tu deuda y la de tu hermano… tendrás que pasar la prueba que él nunca llegó a superar… Y esta vez, a otro nivel.

Noto cómo mi corazón se salta un latido y dejo de respirar por un momento. Me vienen todos los recuerdos de repente a la cabeza…

Una luz acercándose.

Mi voz rompiéndose en un grito.

Una corbata de satén manchada de sangre.

Pero esta vez, la cara de mi hermano yaciendo en el asfalto es sustituida por la mía. Y, por cómo sonríe, sé que Luna lo está viendo también en su cabeza.

Se acerca un poco más a mí y tira de mi chaqueta, juguetona.

—¿Preparado para cruzar la autopista con los ojos vendados?



81

Gala Ruiz-Johnson

Nada más salgo de la escuela de idiomas, me marcho paseando hasta Malasaña. Hoy es de esos días en los que pisar mi zona es lo último que quiero, por lo que, una tarde más, me refugio en mi galería favorita.

Krys me recibe con los brazos abiertos y un vestido negro ceñido que le queda como un guante, y me provoca una chispa de esperanza al imaginar un futuro así para mí. Con mi galería, mis actos benéficos, mis preciosos vestidos ceñidos…

—Gala, corazón, últimamente te veo muchísimo —sonríe—. Que me encanta, ¿eh? Pero ¿va todo bien?

¿Qué se contesta a eso? Creo que a estas alturas ya tengo la suficiente confianza con ella como para confesarle todo por lo que he estado pasando últimamente. Pero este sigue siendo mi lugar de refugio, y traer toda esa información hasta aquí podría contagiar la energía del ambiente.

—Todo está bien —me encojo de hombros—. Simplemente me gusta venir aquí.

La respuesta no suena del todo convincente, porque Krys apoya su mano en mi hombro en cuanto acabo de hablar. Ambas nos quedamos mirando una de las obras.

—El arte es el mejor de los escondites —recita—. Oculta todo lo que quiere mientras lo expone al mismo tiempo.

Siento escalofríos al oír esa frase. Krys me sonríe.

—Te prometo que todo va a mejor cuando acaba el instituto.

Y dicho esto, me quedo sola frente a la obra explorando todos sus escondrijos.



Al salir de la galería unas horas después, el universo parece ponerse al fin de mi parte en cuanto veo a Guillermo con un ramo de gardenias esperándome en la calle. Está tan guapo como siempre, con un jersey de cuello alto negro y una gabardina azul marino dejando ver de refilón su brillante reloj de pulsera plateado. Su pelo ligeramente engominado reluce bajo la luz nublada del día.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sonriente, aceptando el ramo.

—Verte. ¿Te parece poco?

—Me parece perfecto —contesto al instante—. Te echo de menos cada vez que no te veo.

Madre mía, ni yo me creo lo cursi que puedo ser.

—Pues entonces, esto te gustará… —me responde.

Guillermo carraspea.

—Mi hermana ha hablado con el bufete de su mejor amiga. Han amenazado a la prensa con presentar cargos por revelación de datos personales y vulneración de derechos fundamentales del menor si publican la noticia de tus vídeos, y se han retractado todos.

Suelto un chillido. ¡Al fin buenas noticias! Pero que tenga que alegrarme por noticias así…

—¡Muchísimas gracias! —le digo, abrazándole con fuerza—. Luego escribiré a Aria.

—Hay más.

Seguidamente, me sujeta de las manos y me mira fijamente a los ojos. Después de tantos meses, aún sigo sin poder respirar cuando me mira así…

—Tengo una propuesta para ti —me ofrece—. Tú. Yo. Roma. Nadie más. Dos días para los dos, para desconectar, como nos merecemos.

Suelto una risotada nerviosa.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Por qué Roma?

—Estudiabas italiano, ¿no? Pensé que te gustaría practicarlo con nativos.

No me lo puedo creer. Me muerdo el labio, repasando en mi cabeza cada asunto que aún debo resolver aquí, en la ciudad. Pero entonces caigo en que mi reputación ya está hecha cenizas, en que la chica que me chantajeaba lleva expulsada varias semanas, y la que me ha humillado públicamente se puede pudrir en el infierno.

Así que le miro con una sonrisa bien grande y respondo:

—¿Cuándo dices que nos vamos?



82

Guillermo del Prado

Un *jet* privado nos deja por la mañana en una terminal también privada de Roma. Ya puedo oler la pasta al dente, la historia tallada en cada edificio, el romanticismo de sus calles…

Viviré estos días como si fuesen los últimos.

Gala me mira emocionada cada vez que encontramos una nueva escultura por el centro. Parece que nunca hubiera estado aquí, aunque también la entiendo: yo he visitado Roma varias veces, pero nunca con alguien como ella. Viajar con la persona correcta te transforma toda la experiencia.

—¿Lista para unos días inolvidables? —le susurro en el taxi que nos lleva hasta el hotel Hassler.

Ella ladea una sonrisa, acariciándome la mejilla.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—Pues espera a llegar al hotel.

Efectivamente, logro mi cometido. Nada más entrar por las puertas del Hassler, el recepcionista llama a un botones que nos guía hasta el último piso, totalmente reservado para nosotros. Una vez que pasamos a la *suite* del ático, se queda boquiabierta.

—Guillermo…

El diseño de interior en la *suite* es simplemente exquisito: muebles

de madera pulida, detalles dorados a lo largo de toda la estancia, unas puertas marcadas con un arco de medio punto por encima… Es como meterse de lleno en una vieja película de Hollywood rodada en Italia.

Gala corre hacia las ventanas de la enorme habitación principal. Las vistas son inigualables, y son todas nuestras. Me acerco por detrás de ella en cuanto le doy la propina al botones, agarrándola con cariño de la cintura y apoyando mi barbilla en el arco de su cuello.

—La cama es matrimonial, pero yo dormiré en el sofá, si te sientes más cómoda.

—Es imposible que esté más cómoda contigo —se ríe ella, apoyando la mano en mi mejilla—. Ahora no me quiero ir de aquí.

—Podemos hacer lo que tú quieras.

Ella se gira y se queda frente a mí, aferrándose al cuello de mi camisa.

—Lo único que quiero lo tengo delante.

Sonrío y la beso. En cuanto nuestros labios se encuentran, ya no hay manera de separarlos y pasamos los siguientes minutos sumergidos en un beso que, tristemente, acabará en algún momento. Pero, para cuando lo hace, tengo el consuelo de encontrar los ojos más bonitos que han llegado a existir.

Y me están mirando a mí.

—Quiero visitar esta ciudad —termina diciendo, tan sonriente que es contagioso.

—Genial —accedo, muy a mi pesar. Me pasaría el día entero encerrado aquí con ella, y que pasase lo que tuviera que pasar—. ¿Qué quieres hacer primero?

Por suerte para ambos, se ha traído un listado de sitios que visitar y actividades que hacer. Lleva puesto un conjunto casi idéntico al de Audrey Hepburn en aquella película con Gregory Peck. En cuanto a mí, no voy en traje por la ciudad, pero sí llevo camisa y pantalones de pinza. Menos mal que me he traído un abrigo bien gordo, porque el aire refresca cuando las nubes ocultan el sol. Puedo ver de reojo cómo Gala trata de no temblar de frío, pero me adelanto y le paso el abrigo por los hombros.

El primer día pasa en un segundo: paseamos en una preciosa *scooter* verde por el centro de la ciudad, luego comemos en un restaurante de la Via Veneto con vistas a unos edificios antiguos y, por la tarde, Gala ha preparado en secreto un *minitour* privado por el área de Coppedè, en Trieste, para que un guía especializado nos hable de los edificios más antiguos y prestigiosos de la zona, de la arquitectura barroca y del *art nouveau* en Italia.

Es todo un sueño; ella es mi sueño.

Antes del atardecer, me la llevo a las colinas de Aventino, a un edificio imprescindible de ver donde, a través del agujero de la cerradura de su puerta, puedes echar un vistazo a un precioso camino laberíntico que da con una vista centrada y espectacular de la cúpula de San Pedro.

—Es increíble —murmura Gala.

—Dicen que representa la conexión entre los tres estados soberanos de Italia, la Orden de Malta y la Ciudad del Vaticano. Se dice que lo diseñó el arquitecto Giovanni Battista Piranesi.

—¿Pero cómo puedes saber tanto? —me pregunta, apretándome de las mejillas antes de besarme—. Estás muy *sexy* cuando sueltas todos estos datos.

—Anda, anda…

Luego disfrutamos de un precioso paseo al atardecer hasta el Teatro di Marcelo, a mitad de camino del hotel, y nos quedamos ahí un buen rato sentados, disfrutando de un helado. Nos lo contamos absolutamente todo, desde nuestros recuerdos más vagos de la infancia hasta las cosas más tontas que rondan por nuestras cabezas. No quiero que este día acabe.

Cenamos por la Piazza di San Marco y luego le compro una rosa al vendedor ambulante que se detiene en nuestra mesa. Simplemente me apetecía; Gala no me puede estar haciendo más feliz con su sola presencia y ni todas las *suites* ni todas las flores podrían llegar a compensarlo.

Ella ha podido practicar su italiano, y hasta nos hemos podido hacer amigos de la dueña de un puesto de *cannoli* caseros. El día ha sido tan bueno que no me importaría vivir en él durante el resto de mis días…

Sean los que sean.

En cuanto cae del todo la noche, me doy cuenta de que apenas he pensado en Madrid y todo lo que ello conlleva. He estado aquí y ahora, todo el tiempo, y eso es mucho más de lo que el CDC y sus estúpidas pruebas me han logrado hacer sentir en meses.

El ático del hotel está silencioso, pero la temperatura es perfecta y la luz, tenue y misteriosa. Dejo el abrigo en la entrada y, cuando encuentro la cama repleta de pétalos de rosa, me giro automáticamente hacia Gala.

—Yo no he pedido los pétalos.

—Lo sé —me sonríe—. He sido yo.

Gala rodea mi cuello con sus brazos. ¿Cómo puede estar incluso más guapa bajo esta luz dorada? Apoyo mis manos sobre su cintura, un poco nervioso por lo que parece que está a punto de pasar. Quiero decir algo, pero no llego a comprender del todo la situación.

—Gala…

Ella me silencia con un beso. Nuestras bocas están destinadas a encontrarse, no se me ocurre otro motivo por el que se extrañan tanto cuando no lo hacen.

—No tenemos por qué hacer nada esta noche —le susurro, pronunciando cada palabra con toda la fuerza de voluntad que me queda—. Este viaje lo hice para estar contigo más tiempo, no para…

—¿Más tiempo? —me pregunta, preocupada—. ¿Por qué estás tan raro, Guillermo? Sé que eres romántico, pero llevas todo el día tratando de hacerme sentir como una princesa a cada minuto, y siento que es porque me ocultas algo…

Niego con la cabeza. Odio seguir mintiéndole, pero no es el momento de contarle nada más.

—Todo está bien. Solo estoy un poco nervioso, nunca me había enamorado antes.

Gala sonríe, acercándose más a mí, si es posible.

—Yo tampoco —susurra—. Desde que te conozco, siento que todos los chicos de los que creía estar enamorada eran solo puro capricho; un leve pasatiempo mientras esperaba tu llegada.

—Joder, Gala… —Vuelvo a besarla. Esta vez, sin miedo a romperla, porque ahora es lo único que quiero hacer con ella: destrozarla

sobre ese colchón de pétalos hasta que mi nombre sea lo único que pueda salir de su boca—. Estamos un poco sudados, ¿no? —me río, separándome un poco de ella—. No es que me importe, pero me doy un poco de asco, después de todo el día fuera…

—Tienes razón —coincide, desabrochándose su camisa de botones —. Habrá que ducharse.

La tela de su camisa se desliza por sus brazos hasta caer al suelo, dejando a la vista sus pechos desnudos. Como si fuera un espejismo en mitad del desierto, observo su forma perfecta y turgente, el tamaño de sus pezones, duros y preparados para mí, con un pequeño brillo sobre ellos, causado por el sudor.

La erección es instantánea.

—¿Te parece bien? —me sugiere, con una voz que me pone más duro de lo que he estado nunca. Ella lo nota, porque baja la mano por mi abdomen y la cuela bajo mis pantalones—. ¿Esto es para mí?

Asiento, porque me he quedado sin palabras.

—¿Nos duchamos juntos, entonces? —pregunto, con un tono más infantil del que tenía la intención de poner. Ella se ríe.

—Solo si tú quieres.

Ahí, la respuesta es fácil. Comienzo a comerle la boca, una vez más, mientras me deshago de mi camisa y ella, de su falda de vuelo. Se había recogido el pelo en un trenzado también referencial a la película de Audrey, pero algo más sencillo, porque, en cuanto se quita un par de pinzas, sus mechones rubios le cubren de nuevo la cara, y yo se los aparto antes de volver a besarla.

Nos metemos juntos en la ducha. El agua caliente tarda poco en llegar, y luego nos mojamos enteritos. Enjabono cada parte de su cuerpo mientras ella se centra solo en una del mío. Hago lo posible por aguantar las ganas de follármela ahí mismo, porque es nuestra primera vez y quiero que sea especial… Sin embargo, en cuanto pase el estreno, pienso hacerla mía a cada instante que me sea posible.

La ducha dura menos de lo que querría, pero la noche acaba de empezar. Nos secamos con la misma toalla entre risas y luego nos trasladamos a la enorme cama de la *suite*.

No me canso de besarla.

Es perfecta, de arriba abajo. Y es mi chica, mi angelito.

Lo sé desde el instante en que la vi y, aunque hubiese soñado con este momento desde entonces, no me hubiese imaginado que, meses después de encontrarnos, estaríamos aquí, en un ático de Roma, a punto de sellar un trato de amor entre los dos.

—Guillermo… —jadea mientras deslizo mi primer dedo dentro de ella.

—Estoy aquí —le susurro de vuelta, lamiéndole el cuello—. No me voy a ningún lado.

Sus gemidos van *in crescendo*, al ritmo de una ópera italiana: lentamente, pero con una pasión desenfrenada. Sus suspiros entran en mi cabeza y hacen que me mareé de la excitación. No aguanto más, así que decido bajar mi cabeza hasta su monte de Venus… Es irónico que esa sea la diosa que parece haberla creado.

—Dios, Guillermo… —gimotea, hundiendo sus dedos en mi pelo, aún mojado—. No quiero que pares.

Y no lo hago. Sumerjo mi lengua entre sus piernas, como un explorador buscando el tesoro de su placer, y sé que lo he encontrado al cabo de unos minutos, cuando la hago retorcerse bajo mis labios. Ahí me detengo un poco, dejándola con ganas de más mientras regreso a los labios de su rostro.

—Esta noche está siendo demasiado perfecta —jadea de nuevo, con la voz entrecortada—. Te quiero.

—Y yo te quiero a ti —contesto—. Sabes que soy tuyo.

—Y yo soy tuya.

—¿Me lo prometes?

Gala se muerde el labio, asintiendo con la cabeza. Sus mejillas ya están rosas como el atardecer que acabamos de presenciar. Le paso un mechón de pelo tras la oreja y, después, le beso el cuello. Ella me aparta un momento y se acerca a la mesilla de noche.

—Menos mal que he venido preparada.

—¿Cómo?

Y así, cuando creía que esto no estaba sucediendo de verdad, ella va y saca una caja de preservativos que se ha traído en secreto.

—Quiero que me llenes aún más de lo que ya lo has hecho —me pide.

Y si Gala quiere algo, yo muevo viento y marea para dárselo. Así que dejo que me ayude a ponerme el primero de la noche y, luego, con paciencia y lentitud, me preparo para introducirme en ella hasta provocarle su tan merecido orgasmo.

—Confía en mí —le susurro, antes de entrar. Ella sonríe.

—Ya lo hago. —Su seguridad me deja tranquilo.

Entrelazo mis dedos con los suyos y, con un ligero empujón, ya estoy dentro. Gala deja salir un suspiro de sus labios, sin apartar la vista de mí por un solo instante. La quiero, la amo. Ella es la persona que he pedido a gritos en el vacío de mi mente desde que tengo memoria. Si la hubiese conocido antes, muchas cosas habrían sido distintas, pero ahora no pienso en eso; solo en el aquí y ahora, en mi cuerpo fusionándose con el de ella, en sus gemidos, en nuestros dedos entrelazados, en nuestros latidos sincronizados, en el final apoteósico que llega veinte minutos después…

Ambos caemos rendidos sobre las sábanas, respirando como podemos.

—Ya estoy deseando repetir —se ríe ella. Yo solo sonrío.

—Las veces que hagan falta. La noche es nuestra.

Dicho esto, me vuelve a besar. Y yo hago lo mismo, odiándome a mí mismo por estar ocultándole la verdad una vez más.

No miento cuando digo que querría estar en esta habitación con ella para siempre. No solo por el placer de su sola presencia, sino por todo lo que implica regresar a Madrid: el adiós a mi familia, la última carrera a nado con los chicos, el último beso de sus labios…

Todo porque, en cuanto Luna me ofreció ese último juego para saldar la gran deuda, acabé aceptando como quien firma un pacto con el mismísimo diablo.

Y de pactos así, rara vez se sale vivo.

PARTE VII



El último juego



83

Guillermo del Prado

El Bentley negro de la familia recorre los bosques de Madrid una vez más. Mantengo el silencio a lo largo del viaje, quiero disfrutar de las hojas caídas de los alcornoques y del paisaje, a puntito de nieve, una posible última vez.

La valla de entrada al palacio está vacía, y ahora me resulta raro. Los paparazis han debido de perder el interés en la familia; son cosas que pasan. Ya volveremos a estar en su radar, seguramente cuando mi hermana se case o yo me meta en un nuevo lío.

O me muera.

Conforme Iván recorre el camino de cipreses hasta la casa, me fijo en los empleados que ya andan decorándolos con bombillas microscópicas para la fiesta de Navidad. Es tradición en el palacio: cada año, tres días antes del nacimiento de Jesús, el marquesado de Fonellosa invita a la *crème de la crème* a una noche repleta de lujos y buena compañía. Contratan a una orquesta de música clásica; ofrecen bandejas infinitas de faisán dorado, huevos de codorniz y caviar iraní; organizan juegos para los más pequeños y exigen un código de etiqueta acorde al evento, que varía en función del color y la temática de la decoración. Y, por lo que veo, este año será blanco y plateado; puro y brillante, como una estrella que aún sigue

recorriendo el firmamento sin nadie que la persiga.

—¡Guille! —me llama mi hermana, lanzándose a mis brazos—. ¿Qué tal por Italia?

—*Bene*, *bene*.

—Has venido con color —me informa mi madre, apretando mis mejillas en un intento de gesto maternal que no llega a gestarse del todo—. Estás guapísimo, querido.

—Gracias, madre.

—Cuéntaselo, anda —le pide Aria, emocionada.

Mi madre suspira, sonriente.

—Este año hemos invitado a todos tus amigos a la fiesta —me informa—. Tu padre y yo estamos muy contentos de que hayas retomado las riendas de tu vida, a pesar de alguna que otra recaída… —deja caer, recordándome la noche en Elixir—. Pero me alegra ver que al fin te has juntado con la gente adecuada.

«La gente adecuada». Sinceramente, esta vez no pienso quitarle razón.

—Gracias —repito.

Abrazo a mi madre como llevaba tiempo sin hacerlo.

—Caray, menudo abrazo —se ríe Aria—. Ni que estuvieras despidiéndote.

—Déjalos, Aria —defiende mi padre, más serio de lo normal—. Que se abracen todo lo que quieran.

Paso todo el sábado con ellos. Ayudo a mi madre a elegir los centros de mesa, practico esgrima con mi padre en el jardín trasero del palacio y luego, por la tarde, cuando ya empieza a airear, echo un poco de leña en la chimenea del salón del ala este, donde se encuentra Aria leyendo.

—Gracias, hermanito —me agradece, cerrando su viejo ejemplar de *Crimen y castigo*.

Me siento a su vera.

—Estás más majo de lo normal —concluye, analizándome con la mirada—. Y algo me dice que no es del todo mérito de Gala.

Bajo la mirada riendo, intentando quitarle importancia.

—Quizá nuestra madre ha conseguido lo que tanto buscaba —resuelvo—: Cambiarme.

Aria me acaricia el pelo con ternura, mostrando una mezcla de tristeza y empatía en su mirada. Yo bajo la mía, contemplando el fuego de la chimenea, que comienza a crepitar.

—Te voy a contar una cosa, Guillermo, y no quiero que salga de aquí jamás.

Me giro hacia mi hermana, repleto de curiosidad.

—¿Qué pasa?

Aria suspira antes de hablar, mirando detrás de nosotros por si acaso. Comienza a juguetear con su pulsera de diamantes.

—Mamá no era como es ahora —confiesa en voz muy baja—. A tu edad, era… conflictiva.

Arqueo una ceja, esperándome una ristra de carcajadas saliendo a continuación. Sin embargo, mi hermana se mantiene seria.

—Conflictiva —repito.

—Conflictiva. A ella también la expulsaron en varias ocasiones. Se juntó con gente mala a finales de los noventa e hizo cosas que no le ha contado a nadie, ni siquiera a papá.

Me muerdo el interior de la boca, tratando de buscar dónde está la broma en todo esto.

—Me vacilas, ¿no?

—Guille, estoy cansada de verte así —me reprocha—. Flagelándote todo el rato, creyendo que mamá te ve como una causa perdida… A mamá la salvó papá, y puede que el título que llevaba consigo. Si no, seguramente sería una yonqui callejera o algo peor, pero no lo es porque supo rectificar. Y por eso quiso darnos lo mejor a nosotros. Por eso es tan insistente con algunos asuntos, y por eso demuestra su amor como lo hace. Tú no has cambiado: te has rectificado. Tienes un futuro brillante estudiando lo que quieras, tienes buenos amigos en un buen colegio y tienes a Gala, que no es poco… —me sonríe—. Pero entiéndelo: mamá cometió muchos errores en el pasado, por eso ha luchado porque tú y Roberto no llevarais el mismo camino…

—Pues le ha salido el tiro por la culata.

—Puede que con Roberto —admite a regañadientes—. Pero tú, al final, te has vuelto a encaminar.

No me he vuelto a encaminar: he aceptado el último juego; voy a

suicidarme sin querer siquiera hacerlo.

—Aria —confieso, apretándole la mano—, Roberto no tomó el camino equivocado… Yo le obligué a hacerlo.

—No digas eso —me pide al instante, viéndome los ojos vidriosos, al borde de las lágrimas—. Sabes que tú no fuiste el verdadero problema.

Asiento, aunque estoy mintiendo con ello. Puedo tratar de pasar página, puedo intentar ser una nueva persona… pero jamás seré capaz de dejar de preguntarme qué habría pasado si hubiera hecho algo distinto para salvar a Roberto. Ese dolor no se irá hasta el día de mi muerte, y es probable que ese día no esté muy lejos…

Como si estuviera ensayado, el móvil comienza a vibrarme. Lo cojo rápidamente porque sé de quién es el mensaje y no quiero que lo vea Aria.

—Saben que los quiero, ¿verdad? —pregunto finalmente—. Nuestros padres.

—Por supuesto que sí. Y ellos a ti. Todos te queremos muchísimo.

Aria me da un fuerte abrazo.

—Por cierto —recuerda—, estuve hablando con el padre de Gala durante vuestra ausencia.

—¿Cómo?

Mi hermana se encoge de hombros, sin darle más importancia.

—Le vi en una visita que nos hizo tras el desastroso evento y aprovechó para pedirme consejo legal —después, baja la mirada—. También me confesó algunas cosas y… le recomendé un centro donde puede recuperarse. —La forma en la que me mira me da a entender que no sabe si yo conozco su adicción.

Frunzo el ceño con verdadera preocupación.

—¿Y qué va a pasar con ella si él se va?

Aria solo me sonríe y vuelve a abrazarme.

—Por eso no te preocupes.

Eso me resulta imposible, pero también sé que mi hermana resuelve los problemas como nadie. Vuelvo a abrazarla y, después, me alejo del salón del ala este y recorro el pasillo hasta alcanzar el del ala oeste. Ahí huele a lirios y naftalina, y el ambiente es más tranquilo. Me siento en el sofá de cuero y contemplo las dos espadas

de coleccionista que hay encima de la chimenea apagada.

Voy a leer el mensaje, pero mi padre irrumpe en la habitación.

—¿Todo bien, hijo?

—Sí, claro.

Pero no es suficiente para que se vaya, pues se sienta a mi lado y me da un fuerte abrazo. Mi padre es amable y cercano, pero nunca me había mostrado tanto cariño.

—¿Va todo bien? —le pregunto ahora yo.

Mi padre se separa de mí, solo para mirarme a los ojos.

—Estoy orgulloso de ti —se ciñe a contestar—. Hagas lo que hagas.

Y, seguidamente, se va. Permanezco en *shock* por unos segundos, tratando de analizar lo que acaba de suceder, pero no quiero retrasar más esto; así que, en cuanto encuentro la fuerza que necesito, leo el mensaje que Luna ha enviado a la *app* del CDC:

> Mañana, 22 de diciembre, a la medianoche en el descampado de Vicálvaro, junto a la rotonda.

> El segundo marquesito se juega su preciada vida.

La fecha no está escogida al azar. No solo quieren que muera, quieren que lo haga durante la fiesta de mi familia.



84

Gala Ruiz-Johnson

El recuerdo que guardo ahora de Roma supera a cualquier otro; ha sido como una pincelada de luz en un cuadro pintado con tinta negra. Guillermo se ha convertido en mi razón de sonreír, ahora que el mundo vuelve a ser oscuro a nuestro regreso. Madrid ya no se siente brillante, y ni siquiera es por el frío de diciembre.

Falté al colegio para poder hacer este viaje; Guillermo no quería esperar más y sospecho que lo hizo para que no tuviera que ir a clase durante unos días. De todos modos, dada la situación que se dio con la página web del Knight's Hill, el centro se ha responsabilizado de la trampa y me han cedido un tiempo de descanso para «mejorar mi estado anímico», por lo que nuestra escapada no afectará negativamente a nuestro currículum. No hace falta mencionar que todo me lo negoció Dafne.

Mi padre, por su parte, no ha hecho mucho más que denunciar a la escuela. El director Brighton ha hecho lo posible por calmar las aguas, pero está claro que eso con mi padre no funciona. Tan solo espero que no vuelva a recaer, después de todo esto…

Por suerte para mí, la Navidad se acerca, y es de mis momentos favoritos del año. La nieve en la ciudad, las tiendas decoradas con adornos navideños, los villancicos… Es como volver a ser la Gala de

diez años que solo quería muñecas nuevas y unos patines de hielo para ser feliz.

Al parecer, la familia de Guillermo organiza cada año una especie de «fiesta pre-Navidad» en la que invitan a toda clase de conocidos de la nobleza, de sus empresas y de las altas esferas, en general. Y, al igual que pasó con la mascarada, a este evento también hemos sido invitados. No tengo muchas ganas, la verdad, porque lo que pasó con la página web me afectó mucho y no sé si estoy preparada para socializar de nuevo. Por suerte, tengo unos amigos que me han ayudado mucho a que estuviera mejor: Jimena me ha traído manolitos de chocolate, Dafne me ha enviado todos los días un vídeo nuevo de «*it girl mindset*» para recordarme que soy una mujer empoderada, y Guillermo me ha llamado cada noche, antes de irme a dormir; recordábamos momentos de nuestro viaje y, sin siquiera decirlo en voz alta, extrañábamos nuestros cuerpos en contacto a través de la llamada.



Cuando llega la mañana del 22 de diciembre, me levanto un poco nerviosa. Esta tarde se celebra el evento en el Palacio de Fonellosa, y no quiero aparecer de morros con mi padre, como espero que vaya a pasar. Sin embargo, en cuanto salgo de mi habitación, la realidad me deja con la boca abierta.

—Buenos días, princesa.

Mi padre espera sentado en el sofá del salón, ya vestido para salir a visitar una de sus tiendas. Y Oriana, que ya me ha servido el desayuno, espera junto a la mesa del comedor. Miro a ambos, algo confusa.

—¿Qué está pasando?

—Oriana, ¿nos dejas a solas?

Ella asiente y se marcha de allí. Me acerco a mi padre y me siento en el sofá.

—Sé que aún no es Navidad —me explica él—, pero quería darte ya tu regalo.

Suelto un bufido sonoro.

—Papá, si crees que me vas a poder comprar con algún tipo de…

—¿Vas a dejar hablar a tu padre? —interrumpe con la voz pausada.

Me quedo en silencio, cruzada de brazos. Alucino con que piense que, comprándome algo caro o bonito, vaya a hacer que le perdone sin siquiera escuchar sus disculpas. Él se acomoda en el sofá y me mira fijamente, algo nervioso.

—El regalo que tengo no es material. Solo informativo.

Abro un poco más los ojos, sorprendida.

—¿De qué hablas?

—De que voy a entrar en un centro de rehabilitación.

Dicho esto, me muestra un panfleto con toda la información: miro las fotos y parece un sitio bastante agradable, además de que, por lo que leo, cuenta con un buen programa de desintoxicación.

—Me hubiese esperado a decírtelo más tarde —continúa—, pero es un centro privado muy exclusivo y acaban de dejar una plaza disponible, por lo que no me lo he pensado mucho. Me voy mañana.

El corazón se me detiene por un momento.

—¿Mañana? —le pregunto—. ¿Y qué pasa con la Navidad?

—Princesa… —Mi padre suspira—. Esta decisión ha sido difícil para mí, no te haces una idea de cuánto, pero creo que es lo mejor para todos; en especial, para ti. Te mereces un padre que esté ahí contigo, y no consumiendo sustancias cada vez que surgen problemas.

Siento de pronto un barrido de sentimientos contradictorios que me lanzan finalmente a sus brazos, entre lágrimas. Él me acoge con sumo cariño y, por un momento, yo vuelvo a ser una cría y nunca hemos estado mal.

—Mi princesa.

—¿Y qué va a pasar con Blaisè? —cuestiono, más preocupada de lo que debería.

—Te recuerdo que cuento con un listado de socios en la empresa que están encantados de ocupar mi puesto durante estos meses. Aún tengo que elegir a uno, pero creo que voy a poner a Noriega, a ver si se espabila un poco…

Eso me hace reír. Me seco las lágrimas entre carcajadas.

—Papá… perdóname por todo.

—No. Perdóname tú, Gala —me responde—. Esto no ha sido tu culpa. Sé que puedo ser mejor padre y mejor hombre, y ha llegado el momento de que te lo demuestre.

—Espera —le detengo—. Legalmente, no me puedo quedar sola tantos meses en casa, a no ser que Oriana…

—Por eso no te preocupes —sonríe—. Tú eres lo primero en lo que he pensado. He hablado con Aria del Prado y me ha ayudado a rellenar unos papeles.

Levanto las cejas ante ese giro de los acontecimientos. ¿Aria? ¿Qué hacían hablando mi padre y ella?



Por la tarde, Pedro nos lleva en el Audi hasta el Palacio de Fonellosa, a las afueras de la ciudad. Los bosques que recorren el camino están repletos de preciosos alcornoques con las ramas vacías y suena música de Achille Togliani en la radio, lo que me hace recordar de nuevo a Guillermo y a Roma.

Respiro profundo, porque todo parece en orden. Pero, luego, siento una presión punzante en el pecho, porque, cada vez que eso sucede, algo nuevo irrumpe y lo destroza todo. No obstante, el viaje hasta nuestro destino es tranquilo, y me consuela saber que pasaré el resto del día con gente a la que quiero.

La casa de los marqueses parece sacada de un cuento de princesas: el palacio es grande y señorial, y el terreno, todo rodeado de bosque, es enorme. Los invitados ya han comenzado a llegar y se reúnen en el jardín trasero, junto a la piscina, donde los camareros van pasando con bandejas de plata y una larga mesa de *catering* ofrece una plétora de aperitivos realmente lujosos. El *dress code* era «nieve y hielo», por lo que el blanco y el plateado destacan entre los conjuntos de los invitados. Unas cuantas estufas de gas para exteriores decoran el jardín y Haydn suena de fondo, armonizado por una orquesta en directo que le pone la guinda al pastel a esta fiesta, ya de por sí distinguida.

Los más pequeños juegan al pillapilla por los alrededores, los

adultos conversan en el jardín tranquilamente, y el aparcacoches espera paciente a su siguiente vehículo.

Hemos llegado de los primeros, pero Tristán y Felipe ya andan por aquí. Acabo de ver a sus padres, a quienes me acerco a saludar antes de excusarme. Ellos me indican que están en la planta baja, y ahí me los encuentro con Guillermo, jugando al billar y gritándose entre ellos.

Los tres van con camisas blancas bien planchadas y pantalones de pinza claros. Me río solo de verlos. En cuanto Guillermo me oye, corre a abrazarme y los chicos le abuchean.

—¡No uses a Gala de excusa, que estabas perdiendo! —vocifera Felipe—. Ven aquí y siente la derrota como un hombre.

—¿No os apetece más un *tour* por la casa? —sugiere él, con ese aura sofisticada que a veces le aparece y que a mí tanto me gusta—. Antes de que se llene de desconocidos.

Todos aceptamos encantados. La visita dura casi veinte minutos, y estoy segura de que no nos lo llega a mostrar todo. Su cuarto es más sencillo de lo que me imaginaba, con cochecitos antiguos en las estanterías y una doble cortina que alcanza el gran largo del techo. También nos muestra las espadas de coleccionista de su padre, que también practicaba esgrima en su época, y finalmente nos lleva hasta el *parking* principal, uno apartado del resto de los coches, donde esconde la joya de la casa: un Aston Martin DB5 del 65. Con más de 60 años y conservado en buenísimo estado, Guillermo nos ofrece dar una vuelta en él.

—¡Qué flipado, chaval! —se ríe Tristán—. Si no tienes carnet.

—¿Y? —responde, impávido—. Eso no implica que no sepa conducirlo.

En cuanto vienen Dafne y Jimena, nos quedamos los seis aislados del resto, en una de las salas de estar de la segunda planta. Y mientras hablamos de los viajes que vamos a hacer durante las vacaciones de invierno, contemplo los cuadros que ocupan la estancia. Son todos de artistas impresionistas, y cada uno de ellos podría alimentar a una familia entera durante un año.

Está claro que los marqueses de Fonellosa han sabido moverse en la nobleza.

—¡No es cierto! —responde Felipe a Tristán, entre carcajadas—. ¡Te lo inventaste tú por completo!

—¿Nos libramos de esa clase o no? —se defiende este, alcanzando la tercera botella de vino que ha ido rulando por la habitación—. Pues hala.

Se lo están bebiendo todo entre ellos dos, Dafne y Jimena. Guillermo no prueba trago y yo tampoco; no me apetece después de mis últimas experiencias con el alcohol. Ambos estamos tirados juntos en uno de los sofás. Irónicamente, somos las dos únicas personas en esta sala que no han pasado este verano en el internado de Irlanda, y las únicas que tampoco se están enterando de las anécdotas que rememoran.

—¿Te ha contado tu padre la noticia? —me susurra Guillermo al oído mientras el resto sigue charlando—. Vamos a ser compis de piso.

Levanto una ceja, confusa. Pero entonces, todo encaja. «He hablado con Aria del Prado y me ha ayudado a rellenar unos papeles…». Mi padre ha debido de autorizarla como mi guarda temporal, lo que significa que viviré con ellos en su piso. Sonrío a mi novio.

—¿Esto es real?

Él solo sonríe de vuelta y yo le beso. Le beso muchísimo.

—¡Ya están los tortolitos! —nos recrimina en broma Jimena—. ¡Idos a un hoteeeeeel!

Dafne se ríe a carcajadas; le quita la botella a Tristán y bebe también. Nunca la he visto tan pasada, debe de estar celebrando el fin de trimestre y que ya no tendrá que ver la cara de Morales hasta enero.

—Solo lo hiciste para ver la habitación de la profesora de Gramática —le echa en cara a su primo, continuando con su conversación—. Anda que no ibas detrás de ella…

—Para nada —se defiende—. Yo estaba casadísimo con Claudia.

Todos le abucheamos en cuanto dice su nombre.

—¡Tú ibas detrás de todas! —se ríe Jimena, aunque por dentro, sé que lo está sufriendo—. De la de Gramática, de la de Literatura… Hasta Sadie nos preguntó si le lanzabas la caña.

—Otra vez con Sadie —murmura Dafne, llevando la cabeza hacia atrás con pesadumbre.

—¡Pero es cierto!

¿Qué le pasa a mi amiga con esa chica? Siempre que Jimena menciona a su *roomate*, ella cambia al instante de tema. Ahora, levanta la botella como buenamente puede.

—¡Por los nuevos comienzos! —brinda, con un tono de lo más ebrio—. Por dejar atrás el pasado y toda la roña que hay en él…

—¿Qué pasa ahora? —se queja Tris, perdiendo un poco la borrachera con cada palabra—. ¿No voy a poder mencionar a mi ex sin que me lo echéis en cara?

—Va, tío, no iba con esas… —le tranquiliza Felipe.

—¡Pero si cada vez que digo su nombre ya me decís de todo! —se queja—. Joder, que pasamos mucho tiempo juntos en el pasado, es normal que a veces la extrañe…

—Tris… —le intenta detener Jimena.

—Era una cretina, pero me hacía reír y estaba buena. Me gustaba todo de ella, desde sus labios regordetes y sus cejas pobladas hasta la cicatriz con forma de medialuna en la parte interna del muslo.

—Era más bien de *minicroissant* —escupe Dafne por lo bajini.

—¡Lo que sea! —estalla—. ¿No pensáis que tengo derecho a sentir nostalgia, tíos?

—Por supuesto que sí, cariño —le digo, acariciando su brazo—. Todos necesitamos tiempo para olvidar, y tú más, teniendo en cuenta todo lo que habéis pasado junt…

—Un momento. —Tristán me detiene, sin apartar la vista de su prima. Ella tiene la suya perdida por la habitación, puedo verla tambalearse ligeramente en su sillón.

»Tú. —Tris la señala—. ¿Cómo sabes lo de la cicatriz de Claudia?

Dafne mira a ambos lados y se queda perpleja cuando ve que la pregunta va dirigida a ella. Se encoge de hombros.

—La habré visto en el vestuario…

—¿Cuándo, exactamente? —contradice—. Porque ella no va a clase de Equitación…

—Chicos… —comenta Guillermo, viendo cómo las aguas comienzan a agitarse.

Pero Tristán levanta la mano, silenciándolo al instante. No le había visto ese semblante de furia desde esa vez que echó a Claudia de aquella fiesta.

—Dafne —le pregunta—, ¿qué hiciste cuando volvimos de Irlanda?

Mi amiga permanece callada. «Por Dios, di algo, tía…».

—Contesta a la puta pregunta, primita —insiste él, tensando la mandíbula. Pero ella no se mueve, como si el alcohol se hubiese escapado de sus venas en cuestión de segundos y ahora solo lo ocupase el miedo. Tris pega un golpe a la mesa de café—. ¡Ya!

Todos sentimos un escalofrío tras el grito. Está realmente cabreado, y no llego a comprender por qué, o al menos hasta que suelta una larga risotada cargada de desengaño y Jimena se lleva las manos a la cara.

No puede ser.

—Eres una cabrona —susurra Tristán.

Me giro hacia mi amiga, totalmente boquiabierta, y ella solo baja la mirada.

Tanto tiempo buscando al amante secreto de Claudia, y lo teníamos delante de nuestros ojos.



85

Gala Ruiz-Johnson

La sala de estar se vuelve fría y hostil en cuestión de segundos. Dafne respira con dificultad y, por primera vez en la vida, siento que mi amiga no puede controlar la situación.

Miro a Guillermo, pero él está tan estupefacto como los demás. La única que no parece tan sorprendida es Jimena, que mira a Dafne preocupada, mordiéndose el labio como si ya no supiese dónde esconderse para que la verdad no la manche a ella también.

Ahí me lanzo a preguntar:

—Chicas, ¿qué pasó en Irlanda?

El silencio es sepulcral, casi dañino. Daf observa a Jimena, y ella le devuelve la mirada con un ápice de súplica. Al parecer, yo no era la única que guardaba de secretos, y no sé si eso me alivia o me preocupa.

—¿Por qué no contestas a la pregunta? —le dice Tristán, totalmente cargado de enfado—. ¿Desde cuándo te quedas con la boca cerrada, prima?

—Muy bien, Tristán. —Dafne suspira—. ¿Quieres la verdad, aunque duela? Pues aquí va…

Antes de empezar a hablar, se sienta bien sobre el sofá, cruzando los tobillos al estilo duquesa y llevándose el pelo hacia atrás de los

hombros. Su vestido blanco de pierna abierta yace perfectamente colocado sobre gran parte del brazo del sofá, descansando mientras los secretos salen finalmente a la luz.

—Durante nuestra estancia en el internado, traté de centrarme en los estudios y la experiencia, como cabe imaginar, pero entonces llegó Sadie, nuestra *roomate* y, bueno… —se gira hacia Jimena—, ¿podríamos llamarla «amiga»?

—Yo sí —declara ella.

—Yo, no lo sé… —confiesa, bajando la mirada—. Tras la primera fiesta clandestina que hicieron en la residencia, la del cuarto de Marjorie, Sadie y yo compartimos un momento divertido las dos solas en su baño en el que, supongo que provocado por el alcohol, me acabó besando.

Siento un subidón en el pecho tras la noticia. ¿A Dafne le gustan las chicas?

—Al principio fue raro, pero, cada vez que surgía alguna fiesta, terminábamos encontrándonos. Mario me escribía a veces, e incluso se ofreció a pillar un vuelo e ir a vernos; pero yo sabía que solo quería acostarse conmigo de una vez por todas y, sinceramente, no tenía ganas… Me apetecía más estar con Sadie.

»Pasamos el resto del verano escondidas, besándonos cuando Jimena no estaba en el cuarto o cuando los jardines del internado parecían vacíos. Comenzaba a sentirme realmente bien a su lado, la empezaba a… querer.

El corazón se me ablanda tras oírla. Que se haya estado guardando todo esto durante tanto tiempo me rompe el alma.

—Pero, vamos —continúa, secándose los ojos con un pañuelo de tela—, resumiéndolo un poco: su familia no era muy abierta de miras, al igual que la nuestra, y no sé qué clase de conversación tuvo con su madre que, después de una llamada, de repente se mostró fría como el hielo y no volvió a acercarse a mí en ninguna fiesta ni en ninguna clase, y menos aún si nos encontrábamos solas.

—¿Y qué cojones tiene que ver todo esto con Claudia? —cuestiona Tristán, sin un ápice de empatía en su tono.

—¡Me dejó destrozada, primo! —exclama ella—. Y nadie podía consolarme, ni siquiera Jimena, que sé que ya se olía algo…

Jimena le acaricia la espalda mientras esta habla. Debió de ser duro también para ella. Y yo me siento fatal por no haber hecho nada; la desinformación me hace sentir impotente.

—Nos marchamos del internado y traté de escribirle, pero no he vuelto a saber de ella. Entonces… —la veo tragar saliva—, ¿recuerdas que me quedé a dormir en tu casa los días siguientes a nuestro regreso porque la mía seguía en reformas? —Tris asiente—. Claudia te escribió y te dijo de quedar, pero tú pasaste y te marchaste de fiesta con Felipe y los chicos… Sin embargo, no le dijiste nada, así que ella se presentó en tu casa.

Aprieto el brazo de Guillermo, totalmente atrapada por la historia. Los ojos de Dafne vuelven a ponerse llorosos.

—Le dije que te habías ido, pero me vio mala cara y me preguntó cómo estaba. Yo no estaba bien, Tris. Me sentía débil, vulnerable, como si nadie fuese capaz de quererme como merecía… Y tu querida novia empezó a consolarme y… terminé besándola.

Tristán vuelve a tensar la mandíbula, apretando bien los labios para dejarla terminar.

—Me quedé paralizada justo después, creyendo que acababa de cometer la mayor cagada de la historia de la humanidad, pero… —carraspea— pero ella me devolvió el beso después.

Felipe y yo nos miramos con la mandíbula hasta el suelo. Él debe de sentir algo de alivio al escucharla. Tris se lleva las manos a la cabeza.

—¿Estabais solas en mi casa? —pregunta—. ¿Y mis padres?

—No lo recuerdo, primito, pero sí: estábamos solas.

—¿Y dónde lo hicisteis?

Dafne mira fijamente a su primo, mordiéndose el labio con dolor en la mirada. Suspiro, consciente de cuál es la respuesta. Los ojos de Tristán, cubiertos ahora de puro odio, se llenan de lágrimas al instante y se tapa la boca antes de hablar.

—¿Perdiste la virginidad con mi novia en mi propia cama?

Siento una punzada repentina en el pecho, como si fuese a mí a la que han traicionado. Guillermo se acerca a darme un beso en la frente y luego me dice al oído que se marcha a estar un rato con la familia. Hace bien marchándose. Él, que puede.

La discusión entre los primos se vuelve más alta y candente. Tristán sigue sin dar crédito a lo que hizo su prima, y ella aprovecha para echarle en cara que es el único error que ha cometido en su vida con él, y que no se hace una idea de lo que supone ser «la chica a la que nadie se toma en serio para el futuro del imperio familiar». Todos intentamos interceder, pero es como querer impedir un duelo entre dos ciervos con cuernos de acero…

Bueno, esa referencia a los cuernos ha sido de lo más desafortunada.

Ahora entiendo muchas cosas: por eso Daf tenía tanto control sobre Claudia y su amiga, Lucía. La familia Guzmán, los padres y hermanos de Claudia, son todos del Opus Dei: su estirpe es católica y extremadamente tradicional, por lo que, si su hija más joven tuviese fama de adúltera sería incluso mejor a que la tuviese de homosexual. Dafne también tendría mucho que perder, puesto que el clan De Aguilera siempre se ha mostrado perfecto ante los medios y, aunque hoy en día, formar parte del colectivo no esté tan mal visto, quizá mancharía la reputación clásica, tradicional y *old money* que los ha caracterizado siempre.

Sin embargo, estoy segura de que mi amiga ha sabido darle la vuelta a la situación para convertir aquella noche de lascivia sáfica en una oportunidad de control sobre los demás. Por eso Lucía se retiró de las votaciones a delegada, y por eso Claudia lidió con la culpa de lo de la alarma de incendios y la broma a Morales.

Dafne comprendió las prioridades de su examante y las usó a su favor.

La tensión es tan creciente en el ambiente que agarro mi abrigo blanco de Blaisè y me escapo unos segundos para tomar aire. Felipe me pide un vaso de agua, así que aprovecho para ir a buscarlo. Él y Jimena se quedan tratando de calmar a Tris y a Daf, aunque tampoco es que puedan hacer mucho más que impedir que se maten entre ellos.

La energía en el jardín trasero, por suerte, sigue siendo bastante familiar. Los niños corren de un lado a otro, bajo sus pequeños abrigos blancos o grises, y me imagino cómo vestiré a los que yo tenga con Guillermo en un futuro: serán adorables y tendrán el

cabello oscuro de su padre con los ojos azules de su madre; serán buenas personas, inteligentes, amables y unos caballeros de los que ya no quedan.

No me puedo creer que vayamos a vivir juntos.

Contemplo un rato más al resto de invitados que aún merodea entre las bandejas de los camareros, hasta que mi mirada se topa con la última persona que me apetecería ver aquí: Luna Armado, que está adentrándose en la fiesta como si estuviese invitada. ¿Es que nadie lleva un registro de los asistentes? Me acerco a toda pastilla hacia ella, sin pensármelo mucho. Va vestida con traje, como suelen ir los miembros de ese estúpido Club De Caballeros al que finjo que no pertenecía Guillermo. Está mandando un mensaje con el móvil y, en cuanto me ve alcanzarla, muestra una amplia sonrisa.

—¡Gala! —me saluda, cóctel en mano, echando un vistazo al espacio abierto de mi abrigo—. El satén blanco te queda *supersexy*.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, cortante.

—¿Pero dónde están tus formas? —me responde, haciendo un mohín—. Tanto tiempo con el marquesito te ha vuelto superborde, tía. Míratelo.

Luna le da un sorbo a su Martini y yo se lo aparto de las manos con un golpe. La copa de cristal se hace trizas sobre el césped. Nunca he sido violenta, pero esta rata no solo me ha humillado públicamente, sino que me ha drogado, me ha intentado ofrecer como trozo de carne a su amigo y le ha vendido cocaína a mi padre. Y encima el *septum* le queda fatal.

—¡Pero bueno, mírala! —se ríe, realmente sorprendida—. Te has vuelto toda una camorrista… Ahora hasta me pones un poco y todo.

—Bonitos zapatos, Luna. ¿Qué tal si los desfilas hasta la salida?

—Qué afilada, me encanta —sonríe de nuevo—. No te preocupes, *amore*. He venido a llevarme a tu príncipe. En cuanto haya acabado con él, te lo devolveré de una pieza, si se da el caso.

—¿De qué hablas?

Miro a Luna, desafiante. Por un momento, siento que me está vacilando. Pero con ella nunca se sabe. Me devuelve la mirada, juguetona.

—¿No te ha contado nada? Vaya, cuánta comunicación… —

empieza a mirarse las uñas con desinterés—. Guille ha accedido a una última prueba con el CDC para saldar toda su deuda.

—¡De última prueba, nada! —reclamo—. Le disteis una paliza, me intentasteis violar y luego me denigrasteis públicamente desde la página de mi colegio. Lo cual, por cierto, dejé pasar, a pesar de que subir contenido así de una menor podría ponerte en muy mal lugar…

—Por favor —suelta Luna tras un bufido—, tu vídeo porno lo dejé borroso. Además, tengo familiares jueces y no me habría pasado una mierda. Lo de la página web fue justicia pura y dura, cari: me jodiste el negocio que tenía montado, es lo mínimo que podía hacer. Nada de esto tiene que ver con la deuda que aún debe Guillermo.

Me quedo mirándola, planteándome si podría estar abierta a negociaciones, a pesar de que claramente me odia a muerte.

—¿Cuál es la prueba?

—¿Disculpa?

—Ya me has oído.

Una sonrisa asoma en las comisuras de sus labios; maldita psicópata.

—Interesante. ¿De verdad quieres saberla? No creo que al CDC le guste…

—¡Luna!

—Bien. —Se acerca un poco más a mí y me la susurra al oído—. Va a tener que superar el juego que su hermano nunca llegó a pasar. Distinto país, mismo escenario.

Trago saliva. ¿Cómo pueden ser tan crueles? Tan macabros. Van a hacerle pasar por un infierno hasta que acabe con esa maldita deuda, y no creo que yo pueda aguantar mucho más tiempo atestiguándolo…

—¿Cuánto os debe?

Luna suelta una carcajada que inunda el ambiente.

—¡Pero mira a la princesita! Si al final va a ejercer de *sugar mommy* y todo…

—Dime una maldita cifra y lárgate de esta fiesta.

—Esto ya no va de dinero, *amore*. —Se acerca amenazante hacia mí, quedándose a unos pocos centímetros de mi cara—. ¿O es que acaso no lo entiendes?

Frunzo el ceño, cada vez más confusa y enfadada.

—¿Y de qué va, entonces?

—Va del miedo —me explica—. Va de la inmortalidad, ¡del puto privilegio de estar vivos, joder! ¿Pero tú qué vas a saber? —se ríe, mirándome de arriba abajo—. Eres una niña de papá, una pobre princesita de cuento de hadas que yace dormida en su cama con dosel, esperando a que el príncipe venga a rescatarla…

Me vienen de nuevo las palabras de Jaime Gleason a la cabeza: «Todos sabemos eso de que quieres ser una mujer florero y dedicarte a la caridad con el dinero de tu marido». ¿Qué hay de malo en ser una princesa? ¿Qué pasa si quiero que me cuiden? ¿Eso implica que yo no sé cuidar de los demás? ¿Que no puedo cuidar de mí misma? Estoy harta; se acabó.

—Yo no tengo miedo —revelo—. Ni de ti, ni de tus amigos, ni de ese estúpido club que os hace sentir como dioses cuando todos pasan de vosotros —eso le borra la sonrisa a Luna—. Deja a Guillermo fuera de esto y llévame a mí.

Sus ojos se abren tanto que brillan como dos lunas llenas en la noche. Me observa de arriba abajo una vez más, sedienta de mi sangre.

—Joder con la mosquita muerta… ¿Estás hablando en serio? —Me ciño a asentir—. *Okay*, *okay*… La cosa se ha puesto interesante. —Mira el reloj del móvil—. Y, al parecer, tu principito no quiere venir, así que… Adelante.

Luna comienza a desfilar hacia el aparcacoches mientras yo la sigo detrás. Echo un último vistazo al Palacio de Fonellosa, donde se encuentra mi familia, mis amigos y el chico al que amo. Y me despido por dentro porque, quizá, después de esta noche, la única persona que vaya a ver será Roberto.



86

Guillermo del Prado

No había tanto drama bajo estos techos desde comienzos del siglo xx, cuando los hombres de mi familia solo sabían arreglar las cosas a base de duelos y peleas, y no quiero pasar mi posible última noche con vida presenciando una escena tan violenta entre mis nuevos amigos, así que salgo de la sala y voy a buscar a mi familia, que se encuentra en la sala de estar principal junto a unos amigos, para preguntarles cómo están. Todos me reciben con los brazos abiertos, invitados incluidos. Mantengo una pequeña charla educada con cada uno de ellos, hasta que a mi madre le da por hablar en mi nombre una vez más.

Pero, esta vez, tras la conversación que tuve con Aria, la dejo hacerlo. He comprendido que, si le apetece vender mi imagen como crea conveniente, eso no me obliga a dejar de tomar las decisiones que yo quiera.

—¿Qué, chaval? —me pregunta un senador, buen amigo de mi padre—. ¿Ya sabes lo que harás en la universidad?

—Sí, voy a…

—Estudiará Arquitectura —me interrumpe mi madre.

Me giro hacia ella, sorprendido por escuchar esa palabra; es la primera vez que no menciona la carrera de Finanzas, ni nada que me

convierta automáticamente en el futuro reemplazo de Roberto. Ella me mira, con una sonrisa de orgullo que me deja los pelos de punta.

—Su habitación está llena de libros de arquitectura y diseño. Además, le he oído hablar sobre el tema y le brilla la mirada cuando lo hace. Le apoyaremos en lo que quiera hacer.

Sonrío de vuelta a mi madre. El alivio que me supone escucharla decir eso es mucho mayor de lo que podría imaginarme. Aria, desde su asiento, aprieta mi mano, y así, como si nada, pasan a otro tema de conversación.

Quizá redirigir mi vida no esté tan mal; quizá el Knight's Hill College no haya sido una mala idea después de todo… Tan solo espero sobrevivir a esta noche para poder demostrar todo lo que me queda por dar al mundo.

Me llega una notificación al móvil. Luna ya está abajo, esperándome.

Cojo aire y respiro profundamente.

—¿Estás bien? —me pregunta Aria, a la que no se le escapa una.

—Eh, sí —improviso, agitando la cabeza—. Demasiado vino por hoy.

—En eso eres como Roberto —se ríe ella, por lo bajini—. Le dabas una copita para que probase la reserva y ya iba achispadísimo. El pobre no aguantaba nada.

Me río también. Pero luego dejo de hacerlo, porque tiene razón: Roberto era muy susceptible al alcohol y, por ende… seguramente a las drogas. Y es entonces cuando me viene a la cabeza aquella frase que me soltó Luna cuando fui a verla a su casa: «No todas las veces que Víctor y yo hemos drogado a alguien ha salido mal, ¿sabes».

Joder. No puede ser. Siento cómo cada músculo del cuerpo se me tensa, en un abanico de emociones en las que no sé si creerme o no mi propia teoría… Es el momento de indagar.

Me despido de mi familia con un enorme abrazo que definitivamente los deja extrañados, y luego bajo corriendo al jardín. Busco por todo el terreno, pero no hay nadie. Miro si Luna me ha mandado alguna ubicación, y no es el caso. ¿Dónde se ha metido?

—¡Ey, tío! —Felipe se acerca algo ebrio desde lo lejos, con su traje blanco un poco manchado de pintalabios en el cuello de la camisa.

Me da un abrazo fuerte y luego me pregunta dónde estaba.

»Lo que te has perdido, colega… —balbucea entre risas.

—Ahora no, Felipe, estoy buscando a alguien.

—¡Yo igual, *bro*! Gala se ha pirado hace ya un buen rato y no me ha traído el agua…

Giro la cabeza cual lebrel a mi amigo.

—¿No encuentras a Gala?

—Dijo que volvía ahora, pero la tía ha hecho una bomba de humo de cojones.

—No, no, no… —Me llevo las manos a la cabeza intentando mantener una respiración constante, pero no me es posible. Me agacho en el suelo, y Felipe me acompaña.

—Eh, eh, ¿qué te pasa?

—Que me tengo que ir —termino respondiendo, levantándome de nuevo del suelo—. Pero ya.

—¿A dónde? —pregunta, siguiéndome al área de los coches—. ¡Voy contigo, *bro*!

—¡Chicos! —nos llama Jimena, uniéndose a la caminata—. ¿A dónde vais? No me dejéis más tiempo a solas con esos dos, que se van a matar…

—Por favor, quedaos aquí —imploro—. Voy a por Gala.

—¿Cómo? —pregunta Jimena—. No entiendo.

—No hace falta que lo hagas.

—¡Guillermo!

Mientras mis amigos se marchan extrañados, mi padre se acerca corriendo hacia mí.

—¿Podemos hablar lueg…?

—Sé adónde vas —responde abatido—, y no tienes por qué hacerlo.

—No lo sabes…

—¿Quién crees que te reclutó en el CDC?

Voy a responder en cuanto me quedo sin palabras. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo al oírle hablar del tema. ¿Ha sabido lo que sucedía todo este tiempo?

—¿Cómo sabes…?

—Alejandro Gil, ¿no? —me interrumpe, aún con la respiración

entrecortada—. Lo hizo porque se lo pedí a su padre; porque el club le solucionó la vida a nuestra familia y nos dio todo lo que necesitábamos para conservar este estatus y estilo de vida. Pero las pruebas antes no eran como ahora, ¡nadie moría!

Una pequeña arcada se asoma a mi garganta conforme pienso en que todo este tiempo nuestra familia ha estado endeudada con ellos. Sigo tratando de procesarlo. Pero, en cuanto lo hago, una corriente de rabia recorre todo mi cuerpo.

—Me estás diciendo que podrías haber pagado la deuda de Roberto hace meses… —le grito—, ¿y no has movido un puto dedo?

—¡Hijo, no podía! —replica—. Si se enteraba cualquiera de los otros miembros *senior* de que te había ayudado a saldar vuestra deuda, le hubiesen hecho la vida imposible a toda la familia. El CDC no son solo juegos de niños…

¿Juegos de niños? ¿¡Mi hermano murió por culpa del CDC y se atreve a llamarlo «juego de niños»!? Ahora lo entiendo todo: por qué intentaba quitarle importancia a la muerte de Roberto y me sugería practicar esgrima cada vez que estaba conmigo; no quería que me sintiese culpable ni tampoco sentirse así él. Pienso también en cada vez que me ha preguntado si estaba bien, justo después de leer algún mensaje de mi móvil… Él estaba al tanto de todo desde el principio; desde mucho antes de perder a su hijo.

—Ahora no tengo tiempo para esto —repongo, muy a mi pesar—. Hay alguien en peligro por mi culpa y yo sí pienso hacer algo.

Mi padre se lo piensa unos segundos y luego recapacita.

—En tal caso, espera un momento.

Tarda dos minutos en entrar y salir de la casa, trayendo consigo las dos espadas de coleccionista que adornaban la parte superior de una de las chimeneas en forma de equis; están en perfecto estado, más de lo que recordaba.

—Por si lo necesitaras —me sugiere, más serio que nunca.

No le respondo. Si espera que le dé las gracias después de toda la información que acabo de recibir, está muy equivocado. Me dirijo a su Aston Martin *vintage* rojo y ya ni siquiera trata de detenerme. Él nos enseñó a mí y a Roberto a conducirlo hace dos veranos, y una multa si me detienen no es algo que vaya a afectarle. Mantengo

silencio mientras guardo las espadas en el maletero y luego me acomodo en el asiento del piloto.

Después, arranco. Es hora de hacer justicia.



87

Gala Ruiz-Johnson

El coche de Luna tiene un motor de lo más silencioso. ¿Tendrá ya los dieciocho como para poder conducir? Seguro que no tiene ni carnet. La tensión se palpa en el ambiente, y ni siquiera se molesta en poner la radio. Quiere hacerme sentir mal por recibir el amor que nunca tendrá; quiere castigarme por todo el dolor que acumula dentro; quiere matarme para darle una lección a Guillermo.

En cuanto llegamos a un pequeño descampado cerca de la M-30, que conecta los distritos de Vicálvaro y San Blas, nos encontramos con el resto del Club De Caballeros. Por un momento he olvidado que a quien esperaban es a Guillermo, porque nada más bajar del coche, sus miradas de sorpresa y desconcierto inundan el ambiente.

—¿Qué cojones, Luna? —suelta uno de ellos, creo que se llamaba Arón.

—A mí no me miréis, se ha ofrecido ella.

—¿Es eso cierto? —me dice Alejandro, acercándose más a mí.

Trago saliva antes de hablar. Esto se está haciendo demasiado real.

—Así es —me escucho contestar, levantando la cabeza.

Los silbidos y las risotadas comienzan después. Todos van vestidos de esmoquin, como las otras dos veces que los he visto, y eso, en

cierto modo, los hace parecer más psicópatas. Luna se queda tras de mí y me arranca el abrigo como una de las hermanastras feas. No me defiendo, creyendo que a lo mejor es parte del juego. El hecho de que hasta Luna lleve traje, y yo solo un vestido blanco de satén hasta la rodilla, me hace sentir extrañamente vulnerable; como esa pobre chica a la que intentan sacrificar en *King Kong*, pero supongo que ella no se moría de frío.

Puedo escuchar desde aquí los coches que recorren la carretera que tenemos detrás.

—Deja que lo haga ella —sonríe Víctor, guiñándome un ojo. Siento escalofríos—. No le vendría mal un poco de marcha.

—Hazme caso cuando digo que prefiero lanzarme ciega a la autopista que tocarte con un palo —le escupo sin dudarlo.

Las risas crecen aún más, pero a Víctor ya no le hace tanta gracia.

—En fin —suspira Alejandro—. Un trato es un trato. Será más divertido con alguien nuevo, para variar.

Luna me aprieta del brazo y me acompaña al inicio de la prueba. En cuanto me cruzo con Víctor, le escucho murmurar «Muérete zorra» en el camino, pero me hace sentir bien porque, al menos, si pasase algo esta noche, me iré sabiendo que he hecho pupa al ego de un violador.

—El juego es sencillo —me explica el que creo que es Sancho mientras Luna me ata bien fuerte un pañuelo blanco alrededor de la cabeza, tapándome los ojos—. Deberás cruzar desde aquí, donde estamos, hasta el refugio en medio de la autopista, con los ojos bien tapados. Nada de mirar por debajo del pañuelo, nada de intentar hacer cualquier tipo de trampa y, por supuesto, nada de rendirte una vez que has comenzado. La ruptura de cualquiera de estas normas supondría tu derrota en el juego, y eso duplicaría la deuda de Guillermo.

—Lo cual, sería una pena —me susurra Luna—. Porque le tocaría pagar de alguna forma que quizá a ti te afecte.

Intento mantener el tipo, pero la velocidad de mis pulsaciones me lo está poniendo difícil. La prueba consiste en no morir atropellada. Como si de una broma del destino se tratase, pienso automáticamente en mi madre; que haya pasado tanto tiempo con

miedo a ir por la carretera en coche y ahora deba hacerlo a pie es pura ironía. Maldito Guillermo y su estúpido CDC.

Estar enamorada no es nada fácil.

—Bien, ¿estás preparada? —pregunta Alejandro, desde arriba del puente que cuelga sobre nosotros. Conecta el distrito de San Blas con Vicálvaro, y es el lugar perfecto desde donde verme arriesgar mi vida.

Yo solo asiento con la cabeza, tiritando del frío. Esto va a ser duro.

—Tienes un minuto, princesa. ¡Y el juego comienza ya!

¿Un minuto? ¿Desde cuándo? ¡Nadie me ha dicho eso! Mi corazón va aún más rápido, si es posible. Apoyo mi mano en la valla de la autopista y paso sobre ella como puedo. Antes de siquiera poner un pie en el asfalto, ya comienzan los pitidos de los coches que pasan; entre mi posición y que apenas voy abrigada, deben de estar pensando que estoy loca. Y razón no les falta.

Apoyo el primer pie en la carretera y me entran, de pronto, unas ganas increíbles de llorar. Quiero gritar, pedirle a mi padre que detenga todo esto y que Oriana me prepare un chocolate caliente antes de irme a dormir. Soy una niña mimada; mimada y caprichosa. Pero ahora mismo no me puedo permitir caer en eso, así que apoyo el segundo pie.

Camino un poco más con la confianza de que los coches me vean a tiempo y se retiren con cuidado, sin provocar ningún accidente. Hay muchísimos. Viniendo hacia acá no había tantos y, por un momento, he pensado que estaría bastante vacío, con las cenas navideñas. Pero luego caigo en que aún no es Navidad; solo en el Palacio de Fonellosa.

Oigo de fondo los gritos del club, observándome desde el puente:

—¡Venga, vamos! ¡Ya no te queda nada!

—Muere, muere, ¡muere!

—Uyyyy… ¡ese Ford casi le da!

Trato de hacer caso omiso a las voces. Ya he dado los suficientes pasos como para creer que voy por el segundo carril. Siento el aire por delante y por detrás de los coches que pasan a centímetros de mí. Los pitidos de claxon no hacen más que hacerse cada vez más recurrentes, pero ya he dejado de preocuparme por ellos, y estoy

más pendiente de salir de aquí que de pedir disculpas a los conductores.

Me imagino al pobre Roberto en una situación parecida. El hermano de Guillermo tuvo que pasar esto, y ni siquiera lo consiguió. ¿En qué momento he creído que yo sí lo lograría? Intento no llorar; ya es tarde para eso. Ahora toca ser una mujer fuerte, así que me lo planteo como un desafío: si alcanzo el refugio de la autopista, jamás volveré a sentirme débil, ni «demasiado vulnerable», y me sentiré capaz de lo que sea y eso nadie me lo arrebatará jamás.

Segundo carril: conseguido. Ahora toca el tercero, el carril rápido. Puedo notarlo por cómo ahora el aire que me llega de delante es mucho más fuerte y frío. El frío ya no es un problema, la adrenalina me ha hecho entrar en calor rápidamente. Levanto una mano lentamente hacia delante, como si eso fuese a avisar a los próximos coches. Pero, por suerte, al cabo de unos segundos, ya no me llega tanto aire desde delante.

—¡Diez segundos, Gala! —me avisa la voz de Gustavo.

¿Diez? ¿Solo diez? Me juego mucho en esto. La vida, el futuro, Guillermo… Es ahora o nunca, debo dar el salto. Es la única forma de acabar con todo esto y, si sobrevivo, empezar de cero.

No me puedo guiar por el sonido de los coches, porque se entremezcla con el de los carriles del otro sentido y los que ya tengo detrás. Así que cojo aire, mucho aire, y susurro las palabras «Te quiero, Guillermo» antes de lanzarme al vacío y correr hasta el final.

Son tres pasos largos. Tres pasos enormes. Y durante esos tres pasos, dejo de respirar, porque no me atrevo. Pero en cuanto alcanzo la valla del otro lado de la carretera, que se me clava ligeramente en las rodillas, siento unas ganas irremediables de llorar como nunca.

Me quito la venda rápidamente y comienzo a reírme y a gritar como una loca.

Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido!

—¡Ya está! —les grito desde abajo al club, que me sigue mirando desde el puente—. ¡Lo he logrado!

—De eso nada —demanda Luna, mirándome con asco—. Te has

retirado el pañuelo antes de cruzar la valla, así que seguías dentro del juego y, por lo tanto, no es válido.

—¿¡Estás de puta broma!? —No suelo decir palabrotas, pero ahora mismo le gritaría todas las que me sé a la cara.

Luna y el grupo empiezan a hablar entre ellos durante un buen rato, y no puedo escucharlos, a pesar de que ahora, irónicamente, han dejado de pasar tantos coches. ¿En serio? ¿No podía haber estado así de calmada la autopista hace unos minutos?

Aprovecho esta tranquilidad en la carretera para volver a cruzarla —a duras penas, porque me tiemblan las piernas como nunca— y reunirme con el resto encima del puente.

—Vale —anuncia Alejandro, en cuanto me ve llegar. El corazón me sigue yendo a mil, y estoy volviendo a sentir el frío de diciembre—. Para compensar este pequeño error, tenemos una oferta.

—¿Pequeño error? —repito—. He cruzado la autopista con los ojos vendados, ¡lo he hecho! Pasar por encima de la valla o no es una estupidez.

—También forma parte de la autopista.

—¡Cruzando la valla no me juego la vida! —exclamo—. Y eso es lo importante de esta prueba, ¿no? Ver si sobrevivo, si soy tan inmortal como os creéis todos que sois…

—No has superado la prueba, putilla —grita Víctor—, así que lo tomas, o lo dejas.

Me llevo el pelo hacia atrás, aguantándome las lágrimas.

—¿Cuál es la oferta? —pregunto a regañadientes. Puedo ver la sonrisa que asoma en los labios de Luna.

—Cruzar la otra parte de la autopista —comunica ella—. La de sentido contrario.

—Completar el recorrido, como quien dice —explica Arón—. Nadie lo ha hecho nunca.

—Claro que nadie lo ha hecho nunca… —contesto, explotando al final—, ¡porque nadie está tan mal de la cabeza!

—Lo tomas o lo dejas, princesa —repite Víctor.

—Lo deja. —Esa voz. Giro la cabeza y le veo. Guillermo, detrás de todos nosotros. Tan guapo como siempre y más cabreado que nunca. Me acercaría a abrazarle, a llorar en su hombro y puede que

hasta a desmayarme de la tensión y de la hipotermia. Pero las piernas ya no me funcionan, así que me quedo quieta.

—Guillermo…

—¿Lo has hecho? —me pregunta, con la mirada vidriosa—. ¿Has pasado la prueba de mi hermano?

Comienzo a asentir, pero Luna intercede.

—No ha sido válido.

—Tú… —contesta, acercándose a ella—. Te la has llevado a pasar la prueba. Eres un puto monstruo, te dije que lo haría yo, ¿qué coño no te entró en la cabeza?

—Yo me ofrecí —digo por lo bajini.

—Por supuesto que sí, ¡pero me da igual! —reclama, volviéndose al grupo—. La prueba era mía, así que no vale.

—Claro que no —se ríe Alejandro—, porque no la hemos dado por válida.

—¿Queréis una prueba válida? Pues me la vais a dejar elegir a mí, esta vez.

Surge un silencio entre ellos. Arón y Sancho miran a Alejandro. Gustavo me mira, con cierta empatía en su rostro, y Luna y Víctor aprietan la mandíbula, mirando a Guillermo.

—Esto no funciona así, marquesito —replica Alejandro—. Esto es una democracia.

—¿Desde cuándo? —contesta, riéndose—. Yo entré en el club por nepotismo, ¿no es así?

Alejandro se queda boquiabierto y baja la mirada instantáneamente. ¿De qué está hablando Guillermo? Él permanece con la barbilla levantada.

—Exijo una prueba final, un juego que, aunque lo proponga el propio participante, no vais a poder rechazar…

—¿Y eso por qué?

Guillermo me mira antes de contestar. Y, por la cara que pone, sé que lo hace para que le perdone en cuanto lo diga. Después, se dirige de nuevo al club:

—Porque es a vida o muerte.



88

Guillermo del Prado

Nunca antes se había hecho algo así en el CDC. Siempre hemos optado por pruebas en las que el participante tuviese una mínima posibilidad de sobrevivir, pero si lo que buscan es espectáculo, adrenalina de la buena, eso es lo que van a ver esta noche.

—Acompañadme.

El club entero, con Gala incluida, a quien ayudo a moverse porque parece paralizada por la situación, me sigue hasta el Aston Martin, el cual he aparcado junto al resto de sus coches de alta gama. Sancho le devuelve su abrigo a Gala mientras yo saco del maletero las dos espadas de coleccionista de mi padre, y una de ellas se la lanzo a Víctor. Él la captura por el mango al instante, pero muestra un rostro de confusión indescriptible.

—¿Qué me quieres decir con esto?

—Sencillo —respondo—. Tú y yo. Un duelo de espadas, hasta que alguien derrame su sangre sobre la tierra. —Víctor me observa, dubitativo, y yo ladeo la cabeza con una sonrisa macabra—. ¿No fardas siempre de ser mejor que yo en esgrima? Es tu momento de demostrarlo.

Le veo tragar saliva desde los tres metros de distancia que nos separan. Por un momento, siento que alguien se va a interponer,

pero, al final, nadie dice nada; todos contemplan al cabrón que consideré un amigo antaño, pero a quien ahora sería capaz de cortar en rodajas.

Víctor dirige su mirada a Luna, pero ella retira la suya.

—¿Y bien? —cuestiono—. ¿Hay huevos o al fin te los ha cortado alguien?

Verle tensar la mandíbula de pura vergüenza mientras se coloca en posición es lo más satisfactorio que he vivido esta noche. Yo también me coloco.

—¿Preparado para morir, marquesito? —me vacila una última vez.

Yo no contesto. Intento centrarme en el duelo y dejar todo lo externo a un lado en mi cabeza, aunque me es tremendamente difícil después de todo lo que está pasando esta noche: las palabras de mi padre, la epifanía con mi hermana, la confesión de Dafne, no llegar a tiempo de detener a Gala…

Odio que ella lo esté presenciando. No dice nada, y algo me dice que teme descentrarme y darle ventaja a Víctor; cuento con que ella también le quiera ver muerto.

Las luces de los coches aparcados nos iluminan a modo de focos. El duelo comienza, y sé que no va a ser un juego limpio. Ya desde el primer ataque, Víctor lo hace de una manera desesperada, a ver si logro caer de una estocada. Inútil.

—Le drogasteis, ¿verdad? —le interrogo delante de todos, mientras él sigue lanzando su espada sin pensar antes de actuar—. A Roberto, antes de su prueba.

Oigo murmullos a los que intento no prestar atención; seguro que el resto no lo sabía. Lanzo mi primer ataque. Se defiende por los pelos, pero su forma de sortear el golpe me da bastante información.

—¿Es eso cierto? —oigo decir a Alejandro—. Prometimos no mezclar las drogas con los juegos; más vale que eso no sea cierto.

—Está mintiendo —se ríe Víctor, atento a mis movimientos—. Díselo, Luna.

No hay respuesta. Me encantaría girarme y verle la cara, pero no le voy a dar esa satisfacción a mi contrincante. Por otro lado, él sí acaba girándose rápidamente hacia ella.

—¿Luna?

—¿Vamos a seguir mintiendo? —pregunta, cansada—. Ya qué más da, este club está perdiendo la gracia con cada prueba…

—Tendréis que reclutar a nuevos hijos de *seniors*, supongo… —suelto bien alto. No me giro a ver a Alejandro, pero sé con certeza que ha captado el comentario.

Víctor regresa su mirada hacia mí, con el cuerpo claramente tenso por la situación. Los he pillado, y ahora tengo mil motivos de sobra por los que clavarle la espada sin piedad. Aunque tenga décadas de antigüedad, se conserva en buenísimo estado; es una verdadera lástima que acabe manchada por la sangre de una rata rastrera y patética.

—¿Por qué lo hicisteis? —me lanzo a preguntar, esquivando su siguiente ataque.

—¡Porque era débil, Guillermo! —exclama, casi en tono en burla—. Porque nuestros padres nos habían amenazado con contarnos el grifo si no sacábamos mejores notas en Suiza y necesitábamos la pasta. ¡Nunca pensamos que el grupo sería tan empático que te dejaría ir pasando pruebas hasta que saldaras la deuda!

—¿Me estás diciendo que mi hermano murió porque vosotros, hijos de la gran puta, queríais el dinerito que vuestros padres amenazaban con quitaros?

—*Sorry* —responde entre dientes el muy psicópata, aguantándose la risa—. No todos nuestros papis andan enterados del club…

—Mi padre no podía ayudar con nuestra deuda, imbécil. —Entonces, me dirijo a Alejandro—: ¿Tú lo sabías?

—Es una regla no escrita —confiesa—, ¿pero por qué crees que seguimos con el club, a pesar de que este verano nos advirtieran de que parásemos una temporada?

—¿Cómo? —exclamo.

—Los miembros *senior* le pidieron a Ale mantener un perfil bajo tras la muerte de Róber; y los muy carcas hasta dijeron que nos estábamos pasando con el nivel de las pruebas. Por eso creé la *app* del CDC, para que solo los miembros que fuimos pillados en Suiza siguiéramos en activo con nuestras apuestas.

—¿He seguido pasando vuestras putas pruebas por la cara? ¿Ni

siquiera eran parte oficial del CDC?

—¡Las apuestas no son parte oficial tampoco! —se justifica Alejandro—. Por eso debías ser tú el que siguiese pasando los «juegos» hasta cubrir su deuda. ¡Era casi un puto favor!

—Sois todo un cielo —deja caer Gala.

—Fue tu estúpida novia la que jodió todo el plan. Si no hubiese aparecido, ya estarías cubierto.

—¡O muerto! —recuerda ella—. ¡Y toda esta deuda no empezó por mí!

—Drogamos a Roberto pensando que eso le impediría pasar la prueba, *amore* —me explica Luna desde fuera—. Creímos que se acojonaría o que se rompería un hueso, como mucho. No creímos que…

Trato de centrarme todo lo posible en el combate, pero me están entrando las náuseas con toda esta información. Sabía que le pasaba algo a mi hermano cuando estaba pasando la prueba, pero en su momento pensé que eran nervios, no que le hubieran drogado. Ellos lo mataron, pero, al fin y al cabo, sigue siendo culpa mía; mía y de mi padre. Víctor aprovecha mi momento más vulnerable para atacar de nuevo, y solo gracias a su mala puntería esquivo la muerte, una vez más.

El filo de su espada atraviesa el hueco entre mi brazo y mi costado, dejándome este último caliente y dolorido pero no sangrante. De repente, Víctor utiliza mi dolor para empujarme al suelo; efectivamente, ha sido juego sucio.

—Joder —murmuro, apretando los dientes mientras trato de levantarme. Casi lo consigo, pero Víctor me empuja otra vez de una patada.

—Pobre marquesito —canturrea, caminando a mi alrededor mientras me apunta con la espada—. Tanto tiempo rodeado de los niñatos de sus amigos y la zorrita obediente de su novia le han hecho convertirse en uno de ellos.

Su espada se acerca más a mí y, por unos segundos, lo veo todo perdido. Pero entonces veo una pequeña luz al final del túnel, la única arma que puedo usar en contra de Víctor: su propio ego.

—Una lástima que tu hermano no esté aquí para ver cómo termino

con su doble —me susurra al oído, con la punta del arma presionando mi pecho—. ¿Sabes, Guillermo? A veces, en la vida, hace falta un poquito de juego sucio. Dale recuerdos a Roberto de mi parte…

—Ya se los he dado —contesto rápido—. Me ha dicho que te follen.

En un movimiento rápido, meto tal patada a su rodilla desde delante que la parto hacia atrás. El grito que suelta después es tan sonoro que lo siento en los huesos. Me levanto de un salto, preso de la adrenalina, y cambiamos posiciones en cuestión de segundos.

Ahora él permanece tirado en el suelo, jadeante, y yo con mi espada apuntándole al pecho.

—Venga —comenta, al cabo de un rato, cuando la primera dosis de dolor por la pierna partida se le pasa—. Acaba ya conmigo.

—Yo no soy como tú —respondo con desprecio—. Yo no voy a matar a nadie.

—Tan cobarde como su hermano —se ríe—. Este juego no acaba hasta que alguien derrame sangre.

—Cierto.

Seguidamente, levanto la espada mientras él cierra los ojos, y lanzo un golpe a su costado, que se llena de sangre en cuestión de segundos. Para cuando vea bien la herida, comprobará que su tatuaje con el escudo del CDC que todos llevamos ahí ha sido tachado con sangre.

—Se acabó —concluyo, mirando al resto del grupo—. Mi juego termina aquí. Y mi deuda, también. Si alguien tiene algo que decir, que lo haga ahora y me encargaré encantado de acabar también con su preciado escudo.

El silencio se apodera del descampado hasta que Gala y yo recogemos las espadas y salimos de allí en mi coche.



89

Gala Ruiz-Johnson

Me siento como si despertase de un sueño, como si nunca hubiese sido real nada de lo que ocurrió aquella noche, como si haber sobrevivido a aquella prueba en la autopista solo se hubiese tratado de una pesadilla… Y, conforme pasan los días, ese mal sueño se va haciendo más y más pequeño, hasta solo cubrir el recuerdo de Guillermo viniendo a rescatarme.

Sin embargo, hay algo con lo que me quedo de esa noche… Y es que no necesito ser rescatada. Que me guste ser tratada como una princesa no implica que no pueda ser una guerrera, que no pueda ser yo quien mate al dragón por amor. Y por Guillermo, destruiría a todos los monstruos que se interpusiesen en su camino.

Ojalá mi madre pudiese ver a la mujer en la que me estoy convirtiendo; ojalá estuviera aquí, conmigo, regañándome por insensata y prometiéndome que nunca estaré sola. Aunque, como a papá, quizá tampoco le habría contado lo sucedido.

A él lo acompañé a la clínica de rehabilitación, que más bien parecía un *spa*, según lo previsto y sin que se enterara de nada de lo ocurrido la noche de la fiesta. Siento que fue mejor así; él ahora necesita recuperarse, y no tener otros motivos para querer consumir. De todos modos, tendrá que salir algún que otro día cuando llegue

el juicio contra Julen, lo que será bastante duro para él, pero ya se lo han autorizado si asiste con alguien del centro. Antes de despedirnos nos dimos un abrazo bien fuerte y nos deseamos lo mejor. Él añadió que haría lo posible por superar todo lo que hemos pasado y que, a partir de ahora, sería un mejor hombre. Yo voy a hacer lo posible por creerle.

Desde entonces estoy instalada en casa de Aria, que ese mismo día me mandó un PDF con normas de la casa; casi todas van dirigidas a no hacer cositas con su hermano si ella está cerca, lo que es totalmente comprensible.



Me reúno con Dafne en la terraza del Dani Brasserie, dentro del Four Seasons. El ambiente es calmado y sofisticado, con música lenta de fondo, sillones acolchados rojos por toda la planta y una luz del sol perfecta para no pasar frío del todo. Ambas hemos venido casualmente de negro: ella con un mono largo y yo con un vestido y una gabardina *oversized* de Coach. Parece que estuviéramos de luto, y a lo mejor es así, porque estos días ha habido muchas muertes; no de personas, por suerte, pero sí de relaciones.

Dafne me pregunta que ha pasado con, y cito textualmente, «el grupo de frikis ese», a lo que yo contesto que todo está solucionado. Sin embargo, tengo que inventarme una historia sobre el CDC para no exponerlos, porque no puedo contarle que, en cuanto nos fuimos, la policía no tardó mucho en llegar al lugar de los hechos y se llevó a todo el club a comisaría. Víctor, aún con la herida del costado sangrándole, se acobardó y lo confesó todo, como la rata que es. Por lo que Guillermo ha oído de su padre —quien también es un maldito miembro—, ahora el club se la tiene jurada y, aunque los miembros *senior* del CDC vayan a tener que cubrir su confesión para que nada salga a la luz, algo me dice que el destino de ese chico está bastante oscuro. Menos mal que Guillermo ya no forma parte de todo eso.

Hablando de él, me ha escrito antes y me ha dicho que hoy iba a dar un gran cambio. No tengo muy claro a qué se refiere, pero me

alegro por él y estoy deseando que me lo cuente todo.

—Menuda loca estás hecha, marchándote así de la fiesta con una *random* —bromea mi amiga, ahora que estoy mejor—. ¿Esto significa que ya no podemos llamarte «Santa Gala»?

Ladeo una sonrisa, llevando la vista al horizonte de la ciudad.

—Supongo que sí, pero no tendría mucho sentido.

Aparece la camarera y le pedimos unos zumos naturales. En cuanto nos quedamos solas de nuevo, se hace un pequeño silencio del que trato de aprovecharme.

—Bueno —menciono, mirando fijamente a Daf—. ¿Quieres que hablemos del elefante en la habitación?

Mi amiga deja la mirada en blanco. Ella también ha perdido bastante en estos días: Tris la ha bloqueado en todas las redes sociales y no le dirige la palabra. Por suerte, estamos de vacaciones en el Knight's Hill, porque estoy segura de que verlos juntos en el colegio sería ahora mismo de lo más incómodo.

He escrito también a Jimena para que venga a animarla, pero no me ha contestado… No me extrañaría que se pusiera del lado de Tris en todo esto: Dafne hizo algo horrible y, además, ella está hasta los huesos de nuestro amigo. Sin embargo, me gustaría tenerla aquí, con nosotras, para qué voy a mentir.

—Hablemos, si quieres —me contesta Daf—, pero no tengo mucho que decir.

—¿No piensas actuar? Eso de no solucionar las cosas no es nada propio de ti.

—Ahora solo quiero descansar —replica, llevándose el pelo hacia atrás de un manotazo—. Me van a salir canas del estrés.

—¿Con diecisiete años? —me río—. Lo dudo.

Dafne me lanza su servilleta y me llega un recuerdo de este verano, con los cinco en el barco de los De Aguilera, en Mallorca. Me quedo pensando por unos segundos en cómo pasa el tiempo, y en la de cosas que pueden cambiar en tan solo unos meses…

—Así que te gustan las chicas… —menciono—. Entonces, ¿eres lesbiana?

—No estoy segura; me gusta liarme con Mario… —responde, dejándome sin palabras. No sabía que existiese algún asunto en el

que mi amiga no tuviese las cosas claras—. Lo único que tengo claro es que no quiero que me categoricen de algo que me pueda hacer sentir limitada.

—Puedo entenderlo… —Tras un breve silencio, le sigo preguntando —. ¿Vas a contárselo a él, al menos? Lo tuyo con Claudia.

—¿Por qué iba a hacerlo? Mario y yo no somos nada.

—«Nada» tampoco, por lo que tengo entendido… —Después, me lo pienso un poco más y me lanzo a preguntarle—: ¿Entonces no estás liada con él para mantener las apariencias?

Ella se me queda mirando, como si ya tuviese una respuesta, pero no supiese cómo expresármela. La miro de vuelta. Es tan guapa y perfecta que cuesta creer lo que le ha hecho a su primo.

—Dafne —digo con voz muy calmada—. Lo que has hecho no estuvo bien, ni mucho menos. Pero sé que encontrarás una solución, al igual que hice yo cuando estuve a punto de jugársela a Tristán…

Pensándolo bien, el pobre se las ha llevado todas en lo que llevamos de curso.

—Y, mientras tanto —continúo—, me vas a tener a mí a tu lado. Porque eso es lo que hacen las amigas: apoyarse hasta en los peores momentos.

Dafne coge mi mano por encima de la mesa.

—Estoy de acuerdo —secunda una voz a mi espalda.

La reconozco al instante, pero es la cara sorprendida de Dafne la que me constata que se trata de Jimena. Me levanto a abrazarla y me fijo en que, al contrario de nosotras, ha venido de blanco. Deduzco que ella era la luz que necesitábamos en un día oscuro como el de hoy.

En cuanto Dafne se acerca también a saludarla, es la primera vez que le noto los ojos algo humedecidos.

—Estás aquí —dice ella.

—¿Lo dudabas? —contesta Jimena, sujetando entre sus dedos el colgante Tiffany Knot de oro rosa que nos regaló Daf al principio del curso—. Para eso están las amigas, ¿no?

Cada una aprieta su propio colgante, como si eso nos dotara de una especie de superpoder de conexión que fuera más allá de lo humano. Después, nos abrazamos en grupo, como si, por un

momento, volviésemos a comenzar este curso y todo fuera a ir a mejor.



90

Guillermo del Prado

Me había sentado a hablar con mi madre miles de veces en el pasado, pero jamás con mi padre. La charla fue larga y seria y, gracias a ella, logré unir varias piezas. Por ejemplo, me enteré de que, una vez que te gradúas del instituto, pasas a ser miembro *junior* del club, momento en que puedes seguir pasando pruebas, pero en que principalmente accedes a la red de contactos del CDC alrededor del mundo. Entonces, tras graduarte en tu primera carrera, te conviertes en *senior* y tienes todo el poder al alcance de tu mano. A mi hermana no le ofrecieron entrar en su momento por pura misoginia. De hecho, si Luna es la única integrante femenina en todo el mundo es solo porque es hija única y porque su padre supo mover muy bien los hilos. Sí que parece bastante secta, sí.

Por otro lado, hay ciertas normas no escritas en el CDC. Así, una vez que te haces *senior*, «no puedes ayudar a los aspirantes a superar sus pruebas ni a cubrir sus deudas». Se supone que nos estamos convirtiendo en «hombres de verdad», por lo que debemos sacarnos nuestras propias castañas del fuego. Pero durante mi tiempo en el club puedo asegurar que jamás vi hombres, solo críos.

Aun así, eso no me sirve de excusa para justificar que mi padre no hiciera nada cuando Roberto murió en esa prueba. Temía por la

familia, lo entiendo, pero esta ya estaba rota. Por suerte, al fin ha optado por plantarles cara y decirles que yo ya no seré miembro. Ha sido arriesgado, porque donde hay poder siempre hay un ego desmesurado. Pero, después de todo lo que hemos pasado mi hermano y yo, y toda la parafernalia de nuestro grupo durante estos meses, han acabado aceptando mi salida a cambio de mi silencio.

En cuanto mi padre cerró ese trato, los otros *senior* también le contaron lo que había sucedido tras la pelea: la policía llegó y los detuvo a todos, Víctor se chivó y seguramente ahora le dejen igual o peor que a Bruno Luque. Sigue sin parecerme ni la mitad de lo que se merece, pero es un buen comienzo. Y teniendo en cuenta que Luna y Alejandro siguieron reuniendo al CDC, a pesar de las advertencias de los *senior* de parar una temporada, ambos han sido oficialmente expulsados de esta élite. Sus familias ahora se verán afectadas por las consecuencias de sus actos; sin embargo, teniendo en cuenta que Luna «no soporta a los ricos», no lo verá como un problema, ¿no? Cómo desearía haberle visto la cara con la noticia…

Aun así, hay cosas que no me llegan a encajar, como que apareciera la policía de la nada o que Víctor fuera tan tonto como para largarlo todo. Pero tampoco soy idiota: mi padre tiene un localizador para su Aston Martin y contactos en la Policía. Jamás lo admitirá en voz alta de cara al CDC, pero me alegra que al fin tratase de intentar salvarme como no pudo hacer con Roberto. Y, en cuanto a Víctor, esto es solo intuición, pero ahora que han salido a la luz las artimañas que se traían él y Luna para drogar y abusar de las personas, no me extrañaría que ella le hubiese urdido una trampa para quitárselo de en medio y que no los relacionasen más.

Hablar de todo esto con el resto de la familia es la parte más dura. Esta tarde nos reunimos con Aria y mi madre, en el palacio. Esta última, que sorprendentemente desconocía toda la historia, rompe a llorar de manera desconsolada. Mi padre y yo nos miramos, ambos testigos de todo lo que hemos provocado y que jamás abandonará nuestras conciencias.

Pero al menos ya ha acabado; la pesadilla ha terminado.

En cuanto mi madre se retira un momento para discutir con mi padre, Aria se acerca a abrazarme. Luego, me da una colleja.

Supongo que ella ya se olía que mi relación con «esos chicos malos» no había finalizado en el internado de Suiza, pero entiendo que, si no está más enfadada, es porque, en cierta forma, le alivia al fin comprender lo que le sucedió realmente a Roberto.

Mi madre pensará de la misma forma en un futuro, cuando se le pase el *shock*.

Yo no me saco de la cabeza que Róber y yo éramos un equipo y que, más allá del CDC, murió por mi culpa, y este sentimiento me impide avanzar del todo. He prometido a mi hermana que iré a terapia y que trataré de madurar más de lo que he podido hacerlo estos últimos meses. Sé que aún queda mucho camino por delante hasta que logre encontrarme bien del todo, pero saber que esta pesadilla ha acabado y que encima ahora habrá un angelito merodeando por casa, es un buen comienzo. No sé qué milagro he debido de hacer en otra vida para que el universo me haya querido presentar a Gala.



Cuando mi madre regresa unas horas después al salón, sigue llorando y, al verla tan mal, me es imposible no empezar a llorar con ella. Una vez se abre el grifo, no puede cerrarse, y nos abrazamos y nos pedimos perdón. Que haya tenido que irse mi hermano para que algo así llegara a suceder me da verdadera lástima…

Prometo que no volveré a meterme en líos ni a mentir sobre algo tan peligroso y, una vez que quedamos como la familia comunicativa que debimos haber sido siempre, me despido de ellos y le pido a Iván que me lleve al cementerio de La Almudena. Tengo una última cosa que hacer.

En cuanto llego, voy directo al panteón familiar y, una vez dentro, observo la tumba de mi hermano por unos minutos hasta que finalmente encuentro la fuerza que necesito.

—Bueno, pues aquí estamos —le digo, casi riendo—. Menudo trote, tío, lo que te has perdido.

No recibo respuesta. Pero, por dentro, sí lo hago.

—Ya ha acabado todo. A la mierda el CDC, somos libres —sonrío

—. Tú eres libre, así que ve a donde tengas que ir y no mires atrás. Pero, por si hace frío ahí arriba…

Agarro con fuerza su chupa de cuero azul, la que he estado llevando todos los días a clase por encima del uniforme. Es suya, siempre lo será. La dejo encima de su lápida, como si así pudiese cubrirlo de este frío helador de finales de diciembre.

—Creo que esto te pertenece —digo mientras observo la tumba, alejándome unos pasos—. Te queda bien.

Una lágrima brota de mi ojo, recorriendo mi mejilla e invitando a que otras más se unan; ya no puedo parar. Suspiro antes de salir del panteón.

—Te quiero, tío. No lo olvides nunca.

Es la primera vez que me voy sin dejar crisantemos sobre la tumba. Sin embargo, se me ha ocurrido una idea para compensarlo…



Tristán y Felipe han estado esperando fuera de la tienda de tatuajes a que saliese. En cuanto me ven, vienen corriendo hacia mí, emocionados.

—¡Va, enséñanoslo!

Me levanto el jersey de punto hasta las axilas, mostrándoles el tatuaje que acaban de hacerme. Son cinco crisantemos en mi costado izquierdo, uno por cada miembro de mi familia, que cubren mi tatuaje anterior del escudo del CDC. Ha quedado perfecto.

—Hostia, ¡qué pasada! —exclama Tris—. Tienes hasta clase, tío. Voy a preguntar qué más cosas hacen.

Mi amigo se marcha un momento a la tienda, y yo me quedo en la calle con Felipe. Él apoya su mano en mi nuca y sonríe.

—Qué movida de trimestre, ¿eh? —declara—. Esto no suele ser así en el Knight's Hill.

—¿Seguro?

Pone cara de duda y nos reímos. Después, nos quedamos en silencio hasta que me lanzo a hablar.

—Mi hermano era gay —le confieso—. Tenía una perspectiva del

mundo envidiable, una sensibilidad que a mí me hubiese venido bien tener a veces… Era una persona que me hubiese encantado presentaros, especialmente a ti.

Felipe baja la mirada, algo menos tenso de lo que podría haberme esperado. No miento si digo que Roberto y Felipe hubiesen congeniado a la perfección; la química habría sido brutal. Sus personalidades son bastante diferentes, pero solo lo justo para que hubiesen encajado como piezas de un *puzzle*.

—Todo esto es difícil para mí —me explica Felipe, en voz más baja —. Soy tenista, y quiero vivir del deporte. En ese ambiente, lo que te gusta y lo que eres importa. Sé que no tiene sentido, pero no quiero perder futuras oportunidades por algo tan estúpido como esto…

Yo no lo considero estúpido, pero tampoco me corresponde a mí darle ninguna lección. No me puedo ni imaginar la presión por la que debe de pasar Felipe, al igual que nadie se podría imaginar todo por lo que he debido de pasar yo hasta este mismo instante.

—Bueno, pues nada. —Tristán sale decepcionado de la tienda—. Les he pedido si me podían tatuar en el brazo la cabeza cortada de mi prima, pero han creído que lo decía en broma…

—Tris… —le animo—. Dafne la ha cagado contigo, sí. Pero os he visto, y sé que te quiere con locura. Es literalmente de las únicas personas que conozco capaces de deshacerse de un cadáver por la gente que quiere.

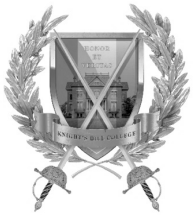
—Yo soy de acciones, no de palabras —me contradice—. Y ella ha demostrado que sus «acciones» consisten en tirarse a la chica de la que estaba enamorado.

¿Enamorado? He visto mucha más química entre él y Jimena que cuando se hablaba con Claudia. Pero tampoco me quiero meter en esos asuntos; al fin y al cabo, sigo siendo el novato del grupo.

—La acabarás perdonando —predice Felipe—. Daf es Daf…

Tristán suelta una carcajada sonora.

—Daf es Daf —repite, marcando cada una de sus palabras como una sentencia—. Pues que se vaya preparando para el año que viene, porque voy a por ella.



EPÍLOGO

Gala Ruiz-Johnson

El 31 de diciembre se respira como el adiós perfecto. Una despedida de las malas personas, de las incógnitas mal guardadas y de los secretos más oscuros… Aunque hay alguno que otro que mantendremos bajo la manga.

Para la prensa y para el mundo entero, Roberto del Prado se suicidó por problemas de salud mental. Guillermo ha acabado cediendo ante esa historia que maquinó su madre, solo para demostrar a su familia que el pasado ha quedado atrás, y el CDC, también.

Mi padre está bien en rehabilitación. O eso me comentan desde el centro, ya que no puede tener contacto con nadie del exterior durante las primeras semanas. Le veré en el juicio contra Julen, pero aún queda un poco para eso. Estoy orgullosa de él, y espero que él lo esté de mí, porque estoy estudiando para los exámenes de la segunda evaluación como una posesa para mantener la nota media perfecta. Además, Aria me está cuidando bien. Ella no tiene a una Oriana que nos haga el desayuno y nos limpie la casa porque «le gusta sentirse totalmente independiente». Pero suele comprar comida preparada y, para el resto de las cosas, nos las apañamos entre los tres.

Amo vivir con Guillermo. No pasamos todo el día juntos. Cada uno tiene sus momentos a solas para estudiar o lo que haga falta, pero cuando pasamos esos pequeños ratos los dos solos… es como

regresar a nuestro viaje a Roma.

Dafne y Tristán siguen sin hablarse. Aún hace falta mucho tiempo y reflexión para que ambos hagan las paces, así que vamos a tener un segundo trimestre bastante tenso. Hoy nos hemos reunido por la noche todas las familias en el hotel Ritz de Madrid, cerca de la casa de Guillermo. Es la gala exclusiva de Nochevieja, el momento perfecto para soñar y olvidar, pero ninguno de los dos parece dar su brazo a torcer. Yo solo espero que acaben haciendo las paces, porque, como se descubra lo que hizo Dafne, podría convertirse en puro escándalo para la familia…

Jimena me ha regalado un vestido para esta noche, uno diseñado por ella. Es precioso, rosa y con capas de tul en la falda, pero no llega a verse infantil. Es incluso *sexy*, con ese escote Reina Ana y la espalda al aire. Sé que ya está mirando para mandar su solicitud a Parsons, la escuela de moda que le recomendó Daf, en Nueva York. Aún queda mucho para que se vaya, pero sé que va a ser una diseñadora de éxito en el futuro y ya la estoy echando de menos…

Ya no parece tan unida a Tristán desde hace días. De hecho, no se ha separado de nosotras en todo este tiempo, así que me imagino que ella misma es consciente de lo valiosa que es nuestra amistad y lo efímero que es el tiempo en el Knight's Hill College.

Felipe ha venido tan guapo como siempre, con su espesa melena castaña engominada hacia atrás y un olor a Maison Margiela que quita el hipo. Un par de camareras de veinte años bastante guapas pasan por delante de nosotros conforme entramos al comedor principal, pero él no se gira a mirarlas. Poco a poco, está atreviéndose a ser él mismo, y eso me enorgullece como amiga… Aunque, a veces, le sigue saliendo esa vena masculina y competitiva cada vez que se menciona el campeonato de tenis. Se le llena siempre la boca cuando habla de su mayor contrincante.

Ya son las once de la noche, y la cena de gala está siendo exquisita. El ambiente es cálido, dorado, hay música en directo y estoy rodeada de la gente a la que quiero y a la que considero mi hogar. No pido nada más. Después, llega el cotillón, y bailamos, saltamos, nos reímos y sudamos como locos entre estas paredes históricas. Dafne saca fotos y vídeos, Jimena me imita bailando fatal

y los chicos se abrazan como locos. Esto debería ser eterno.

Los cuartos suenan y, seguidamente, uvas en mano, comenzamos a comernos las doce hasta atragantarnos. Tris escupe una de ellas porque no le da tiempo y, para cuando las campanadas han terminado, me doy cuenta de que aún me quedan tres en el plato. Todos se ríen, pero juro de verdad que me han puesto uvas de más porque no me salen los cálculos.

La gala sigue su curso unas cuantas horas más. En un momento dado, Guillermo me coge de la mano y me lleva con él. Paseamos por los pasillos de la última planta, y ahí caigo en que siempre que estamos juntos, terminamos en la zona alta de los hoteles.

Supongo que, cuando conoces a la persona indicada, acabas siempre por encima de las nubes.

Guillermo está radiante con ese traje negro y esa corbata rosa que se ha puesto a juego con mi vestido. Seguimos siendo polos opuestos, pero, a la vez, siento que somos uno. Me apoya contra la pared con lascivia mientras besa mi cuello muy lentamente.

—No aguantaba más ahí abajo —susurra sobre mis labios, provocando que se me erice la piel—. Te quería ya para mí solo.

—Si me tienes cada noche —me río entre jadeos—. Eres un caprichoso.

Él se aleja y me sujeta la mejilla con firmeza y cariño.

—Tú no eres un capricho, Gala Ruiz-Johnson —corrige—. Eres una necesidad. Eres todo lo que ni siquiera sabía que estaba buscando. Y quiero que seas tan mía como yo me considero tuyo.

Trago saliva, aún sin creerme lo afortunada que soy. Y pienso en la primera vez que le vi, en la entrada del colegio, vistiendo aquella chupa de cuero azul y mirándome con unos ojos de los que acabaría perdidamente enamorada.

—Hay trato —concluyo, besándole de nuevo—. Por un año nuevo desde cero.

Guillermo apoya su otra mano en mi cintura.

—Por uno sin juegos ni mentiras.

—En realidad…

Mi sonrisa se desvanece, o al menos hasta que traslado sus dos manos a mis glúteos. A él le sale una sonrisa dulce pero traviesa, y a

mí no me queda otra que lamerme de nuevo los labios, hambrienta de todo lo que está por venir para nosotros.

—… yo nunca he dicho que no a los juegos —susurro—. Solo necesitamos un poco de imaginación para crear los nuestros propios…

Guillermo sonríe de nuevo, besándome en la clavícula y permitiéndome hundir mi cara en su cuello una vez más y dejándome embriagada ante ese olor tan perfecto que emana.

—Eso no será un problema, angelito —corrobora—. Tengo muchas ideas.

Estoy segura de que sí, porque yo también. Chopin se escucha de fondo. Guillermo se aleja por un momento y me ofrece la mano, inclinándose hacia mí.

—*Wanna dance, my lady?*

Suelto una carcajada, aceptando su propuesta.

—Eres idiota.

Y, acto seguido, comenzamos a movernos al ritmo del vals. La música en vivo suena por todo el hotel y, aunque el salón principal está repleto de nuestros seres queridos, aquí arriba, en este pasillo, solo estamos él y yo, danzando sin pensar en la siguiente prueba que nos toque superar…

Porque esta vez somos nosotros quienes decidimos el juego.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Este libro nació de mi necesidad imperante de explorar un ambiente de mi ciudad en el que, si bien he estado inmerso en numerosas ocasiones, nunca he llegado a ahondar.

Es por eso que quiero empezar agradeciendo a mis padres todo lo que me han dado a lo largo de mi vida. Gracias a ellos es por lo que cada día me siento como un marqués.

A Esther Sanz, mi editora. Ha sido un gustazo trabajar contigo. Y no me puedo dejar tampoco al equipazo entero de Titania (y Urano) que hay tras la novela. Personas maravillosas que han tratado *Puro Capricho* como a su propio bebé.

A Luis Tinoco, un artista de los pies a la cabeza, y responsable de la preciosa portada que habéis estado mirando cada vez que agarrabais el libro.

A mi team de Editabundo, por cuidar tan bien de mí en una industria tan grande que nunca deja de cambiar y crecer. ¡Sois los mejores!

A todas las personas que, sigan o no en mi vida, se convirtieron en inspiración para los personajes. La mayoría de vosotros no llegaréis a leer estas palabras… pero siempre os estaré agradecido.

Y también a todas de las que creí enamorarme en su momento, pero que solo resultaron ser… bueno, ya te lo imaginas, ¿no? De ahí nació el título de esta historia.

Y por último, cómo no, se lo dedico a mis seguidores y a mis lectures alrededor del mundo. He querido dejar esta parte para el final porque en cierto modo, estoy ahora mismo aquí, escribiendo estas palabras, gracias a todos vosotros. Vuestros comentarios y mensajes me llenan de amor y, aunque soy horrible respondiendo, os aseguro que trato de leerlos todos y no sabéis cómo disfruto de vuestra buena energía.



#SíSoyRomántica